



**LA  
TENTACION  
VIVE  
ARRIBA**

# LA TENTACION VIVE ARRIBA

## —CAPITULO 1— LA FAMILIA Y UNA MAS

Las vacaciones de Marta y Javier, en Mallorca, estaban llegando a su fin, faltaban cuatro días para regresar a la rutina de Madrid. Esa mañana, Javier, recibió una llamada de Ricardo, les invitaba a cenar, para despedir el verano que habían pasado juntos, hasta el del año siguiente y para comentar algo con él. Javier comento a Marta la llamada de Ricardo, y estaban algo intrigados por qué sería lo que tenía que comentar con Javier.

Hacia quince años que se conocían. Ricardo y Javier eran aficionados a jugar al golf. Y se habían conocido en el club de campo donde ambos solían jugar en Mallorca. Desde entonces pasaban, ambos matrimonios, gran parte de sus vacaciones haciendo cosas juntos. Además de jugar al golf, solían salir a cenar y de copas casi todas las noches, y muchas mañanas y tardes las pasaban navegando en el barco de Ricardo.

Ambos matrimonios eran similares. Javier ya había cumplido los cuarenta y tenía una agencia de publicidad. Marta su mujer tenía treinta y nueve años y era profesora de educación infantil en un colegio privado de la ciudad. Ricardo ya tenía cuarenta cinco y se dedicaba a gestionar sus empresas, una promotora inmobiliaria especializada en clientes de alto nivel, varios hoteles en Baleares y Canarias y un par de restaurantes en Barcelona. Elena, la mujer de Ricardo, era abogada y además de ayudar a su marido en la gestión de sus empresas, trabajaba en el bufete de abogados que su familia tenía en Palma de Mallorca. Ambos matrimonios tenían hijos ya mayores. Carlos y Olga, hijos de Javier y Marta, ya tenían los dieciocho y diecinueve años respectivamente. Y Ana la hija de Ricardo y Elena ya había cumplido los veintidós.

Carlos en septiembre empezaría en la universidad en primer curso de magisterio en educación física, puesto que le apasionaba el deporte y practicaba varios. Olga en cambio empezaría su segundo año de empresariales. Para Ana si todo salía bien ese sería su último año de derecho.

Durante la cena los dos matrimonios hablaron de sus cosas, lo bien que lo habían pasado ese verano, de planes para el año que empezaba y de muchos más temas sin transcendencia. Fue en la sobremesa, mientras tomaban unas copas y hablaban de los chicos, cuando Ricardo saco el tema que le preocupaba y había sido también una de las razones de la invitación a cenar en casa, ya que normalmente lo hacían fuera.

—Javier, me gustaría hablar contigo, tendría que pedirte un favor—dijo Ricardo.

—Tú dirás, si está en mi mano, dalo por hecho—respondió Javier.

—Esta mañana, Ana, nos ha dicho que se ha matriculado en la facultad de derecho en Madrid, quiere hacer ahí su último curso. Esta tarde he telefonado a todas las residencias universitarias y colegios mayores de Madrid y están completos. Así que tendríamos que ir con ella a Madrid para buscarle un piso donde pasar el curso, pero pasado mañana Elena y yo salimos de viaje por negocios y nos va ser difícil volver a tiempo para tenerlo preparado todo antes que empiece el curso—expuso Ricardo.

—Entiendo perfectamente, pues tú dirás—dijo Javier.

—Ana pretende que le alquilemos un piso para ella sola, para estar a su aire y hacer lo que le dé la gana. Elena y yo lo hemos hablado, y aunque no habría ningún problema, hemos pensado que es mejor en este caso que comparta piso con otros estudiantes y sepa que es la realidad lejos de las comodidades de casa y teniendo que hacerse ella misma todo—continuo explicando Ricardo.

—Os comprendo perfectamente. Marta y yo también hemos hablado sobre ello en alguna ocasión, sobre lo consentidos y mimados que tenemos a los chicos—dijo Javier.

—Pues si vosotros decís que los tenéis consentidos, imagina como esta Ana que es hija única. Sale cuando quiere, entra cuando le da la gana, no da explicaciones de nada y se pregunto algo de que hace, dice que no tiene porque darme explicaciones que ya es mayor de edad. No sabemos si tiene

novio o si sale con alguien nada de nada. Eso sí su asignación mensual no la perdona y aparte lo que me saca cuando quiere. Algunas veces tengo la sensación algunas veces que para ella solo soy un cajero automático. Con lo adorable que era cuando era una niña. Menos mal que por lo menos los estudios se los toma en serio, si no fuera por eso, no le consentiría tanto, pero creo que ya es hora de darle una lección. Pero que os voy a contar a vosotros —continuo Ricardo.

—Te entiendo, os entendemos perfectamente. Los nuestros son poco más o menos aunque hemos procurado ponerles algunos límites pero aun así, en muchas ocasiones también hacen lo que les da la gana—se lamenta también Javier.

—Pues si no os molesta os agradeceríamos que le buscáseis un piso compartido a Ana. Ahora te daré un sobre con diez mil euros para los gastos de la fianza y los primeros meses de alquiler y por si tiene que hacer alguna compra para acomodarse pues prefiero que se lo administréis vosotros me quedaría mucho más tranquilo—concluyo Ricardo.

—Mira Ricardo, no hace falta que me des dinero, yo en cuanto llegue a Madrid me encargo de todo, y cuando sepa lo que es te llamo y tu le haces a los caseros una transferencia o lo que tú quieras. Y si no yo lo pago y ya me lo darás luego sabes que por eso no hay problema—respondió Javier.

—Lo sé, Javier, y te lo agradezco. Pero prefiero que te lleves el dinero, encima que nos haces el favor no vas a adelantar tu el dinero—dijo finalmente Ricardo.

—Como tú prefieras, Ricardo, en cuanto estemos en Madrid, como te he dicho me pongo a ello—concluyo también Ricardo.

—Pues muchas gracias—finalizo Ricardo.

—Sabes que no hay porque darlas—también finalizo Javier.

Los dos matrimonios continuaron con la sobremesa tomando alguna copa más. Cuando dieron por concluida la velada se despidieron hasta el verano

próximo aunque este año estarían más en contacto que los anteriores y quedaron en hacer alguna visita a la capital, para ver a Ana, y también para verse ellos.

Una vez en Madrid, hablo con su hija Olga, para ver si algún conocido suyo compartía piso y tenían un hueco para Ana. Olga lo comento con sus compañero pero era demasiado tarde, lo había dejado mucho e estaban completos. En vista que esa vía no tenia salida, Javier, visito varios pisos que se anunciaban para estudiantes, pero estaban a finales de agosto y en los que los inquilinos parecían buena gente, el piso no reunía lo que Javier consideraba lo mínimo, otros estaban en zonas de la ciudad poco recomendables y en otros las personas con las que tendría que compartir piso no eran las más recomendables. Y eso no lo podía ofrecer a Ricardo para su hija.

La dejadez de Ana, intencionada o no, había hecho que Javier no pudiera cumplir la promesa que le había hecho a su amigo. Una noche comentándolo con su mujer, Marta, que esta ese momento se había mantenido al margen, esta, le propuso a Javier una posible solución.

—No sé qué opinaras, pero... porque no se queda Ana aquí en casa con nosotros—dijo Marta a Javier.

—Sí, podría quedarse con nosotros, pero no va a estar un año durmiendo en el sofá. Y con Olga en su habitación, se negara en redondo, ya sabes cómo es tu hija—respondió Javier.

—Yo estaba pensando en otra cosa...—dijo Marta.

—Pues tú dirás estoy abierto a cualquier solución—dijo Javier algo impaciente por solucionar el problema de una vez.

—Qué te parece si se queda en la buhardilla. No la utilizamos para nada. Solo hay algún trasto y es una buena oportunidad para darle uso e integrarla en la casa—dijo Marta.

—Si es una buena idea, pero tendríamos que acondicionarla un poco,

conforme esta ahora mismo no está para que una persona viva ahí—respondió Javier a su mujer.

—Haz una cosa, habla con Ricardo y Elena, propónselo, y si les parece bien no te preocupes yo me encargo de todo—dijo finalmente Marta.

—Vale, mañana llamo a Ricardo y se lo planteo. Si están de acuerdo adelante. Aunque tú creas que será una buena influencia para los chicos, ya los escuchaste en la cena—dijo Javier algo preocupado a Marta.

—No te preocupes por eso, lo único que le hace falta a Ana es que le pongan unos límites, así no habrá problemas. Pero con lo buena estudiante que es en eso si les será de ayuda a los chicos, tendrán en ese sentido un buen ejemplo en casa—tranquilizó finalmente Marta a Javier.

—Bueno, si tu lo dices, te hare caso. Mañana hablare con Ricardo y te digo que deciden—acepto finalmente Javier.

A la mañana siguiente, Javier, llamo a Ricardo desde su despacho, para explicarles los problemas que habían surgido y la solución que se les había ocurrido. Javier marco el número del teléfono móvil de su amigo Ricardo. El teléfono daba una llamada, dos, tres,...pero no respondía nadie. Busco en su agenda el teléfono de las oficinas de Ricardo y lo llamo ahí. En esta ocasión tuvo más suerte y una voz femenina respondió su llamada.

—Empresas DONA. Buenos días. Soy Samanta. ¿En qué puedo ayudarle?—dijo la señorita al otro lado del teléfono.

—Buenos días Samanta. Soy Javier Flores. Póngame con Ricardo, espera mi llamada—dijo Javier a la señorita que lo atendía.

—Lo siento mucho Sr. Flores, pero el Sr. Céspedes se encuentra reunido en este momento y no puede atenderle. Si lo desea puede dejarme el recado y se lo hare llegar—fue la respuesta de la telefonista.

—Mira, Samanta, es muy importante que hable con él, así que haz el favor de pasarme con él—insistió Javier.

—Ya le he dicho que en este momento es imposible, ha dado orden que no le molesten. Lo siento mucho. Si no quiere dejar ningún recado puedo llamarlo más tarde—continuaba en sus trece la recepcionista.

—Samanta no te molestes, pero ya veo que no puedes ayudarme y sé que estás cumpliendo con tu trabajo, pero haz el favor de pasarme con alguno de tus superiores si no puede ponerse Ricardo—pidió Javier finalmente a punto de perder la paciencia.

—Le paso con la secretaria del Sr. Céspedes—dijo la telefonista.

—Gracias—respondió Javier y empezó a escuchar la musiquita de la centralita mientras se transfería la llamada. Unos segundos después obtuvo respuesta.

—Buenos días, Sr. Flores. Soy Raquel, la secretaria del Sr. Céspedes, puedo ayudarle en algo—dijo la secretaria.

—Hola Raquel, si ponme ahora mismo con Ricardo, es importante—dijo Javier.

—El Sr. Céspedes está reunido, lo siento. Déjeme el mensaje y se lo hare llegar personalmente, no se preocupe—fue la repuesta de la secretaria.

—Raquel—dijo Javier seriamente—pásame ahora mismo con Ricardo, es muy importante, se trata de su hija y tengo que hablar personalmente con él. Esto no puede esperar—continuo Javier poniéndose un poco dramático.

—¿No le habrá pasado nada malo?—dijo la secretaria con tomo preocupado.

—No es malo pero si muy urgente, por favor pásame con Ricardo—dijo en tono algo más tranquilizador Javier.

—Un momento le paso ahora mismo con el Sr. Céspedes—dijo finalmente la secretaria dejando a Javier nuevamente con la musiquita de la centralita

mientras esperaba.

—Dígame—respondió finalmente Ricardo.

—Joder Ricardo—dijo Javier—es más difícil hablar contigo que con el presidente del gobierno—continuo Javier—no te habré molestado.

—Hombre Javier, no te preocupes ya habíamos terminado y no te enfades las chicas solo hacían su trabajo. Porque no me has llamado al móvil—dijo Ricardo conciliador.

—Te he llamado pero no has respondido—dijo Javier.

—Es cierto, se me olvidaba que me lo he dejado en casa. Bueno pues tú dirás. Está todo bien. Hay algún problema—se interesó Ricardo.

—Si todo bien. Te llamaba por el tema del piso de Ana. Es imposible encontrar algo para compartir que merezca la pena. Si te soy sincero lo que he encontrado no se lo ofrecería ni a mi peor enemigo. La única solución es un piso para ella sola, ahí si habría buenos pisos donde elegir—explico Javier.

—Si en el fondo, Ana, lo que está buscando es eso, como ya te dije, por eso nos lo ha dicho en el último momento. Porque no quiere compartir piso con nadie, y sabe que si no hay otro remedio lo hare. Y sé que lo que quiere es estar a su aire en Madrid y darse la buena vida. Le hemos consentido demasiado y al final se va a salir con la suya—se lamentó Ricardo.

—A Marta y a mí se nos ha ocurrido una posible solución, siempre y cuando Elena y tu estéis de acuerdo. Porque no se queda Ana en mi casa, la buhardilla no la usamos para nada y la puedo habilitar para ella, tendrá su dormitorio, su zona de estudio, incluso un espacio para que monte un pequeño salón, sería como un pequeño apartamento pero en mi casa, tendría su intimidad, lo único que tendría que compartir el baño con mi hija. A nosotros no nos importaría que pasara aquí el curso y creo que sería positivo para los chicos, Carlos empieza este año magisterio en educación física y Olga empieza segundo de empresariales. Las dos estarían en la misma facultad—dijo Javier.

—La verdad es que estaríamos mucho más tranquilos sabiendo que esta con

vosotros, y está controlada, para que no se desmadre mucho. Eso sí, ponerlos firmes con ella si es necesario desde el primer día, sino se tomara el brazo como le deis la mano—recomendó Ricardo.

—No os preocupéis, nosotros nos encargamos de todo, estamos acostumbrados a lidiar con dos parecidos. Seguro que pasa aquí un año tranquilo y centrada en sus estudios—tranquilizó Javier a Ricardo.

—Pues siendo así, creo que lo más razonable es que el sobre que te di os quedéis vosotros con él—dijo Ricardo.

—No puedo aceptarlo de ninguna manera—repuso Javier.

—Claro que si, como me has dicho tendréis que acondicionar la buhardilla pues úsalo para eso, ya que ella la usara, que este a su gusto, si no os importa—concluyo Ricardo.

—Bueno, lo usaremos para eso, pero lo que sobre en cuanto nos veamos te lo devuelvo—dijo Javier.

—De eso nada, es para vosotros el resto, como ayuda a la manutención de Ana—dijo Ricardo.

—Por favor Ricardo, donde comen cuatro lo hacen cinco, sabes que eso no es ningún problema—replico Javier.

—Bueno como quieras, entonces administraselo a Ana para algún gasto extraordinario que le pueda surgir, ya que ella tiene la asignación que le paso todos los meses—dijo Ricardo.

—Me parece bien. ¿Cuándo viene Ana?—pregunto finalmente Javier.

—El día dos o tres de septiembre. De todos modos ya te llamo yo y te digo la fecha concreta y el vuelo en el que va—concluyo Ricardo.

—Perfecto. Espero tu llamada. Un abrazo Ricardo—se despidió Javier.

—Otro para ti Javier, hasta pronto—se despidió también Ricardo colgando el teléfono.

Una semana después Javier estaba, en la T2 de Barajas, esperando a Ana. Estaba esperando frente a la puerta 15, que indicaba el panel de llegabas, que sería por donde saldrían los pasajeros procedentes de Palma de Mallorca. Javier se estaba preguntando como la reconocería, hacía mucho tiempo que no se veían. Javier recordó que la última vez que la vio Ana tendría unos quince o dieciséis años. Y debía haber cambiado muchísimo. Aunque los matrimonios quedaban durante las vacaciones, tanto Ana como los hijos de Javier iban a su aire. Por lo que Javier sabía por sus padres, Ana, solía irse de vacaciones sola, o con algunas amigas, le encantaba viajar y pasaba los veranos de un lugar a otro, haciendo breves escalas en casa de sus padres para reponerse, sobre todo económicamente. Los hijos de Javier solían hacer algo parecido se pasaban el verano de un lugar a otro con sus amigos, aunque a una escala más modesta que Ana. Estaba Javier imbuido en esos pensamiento cuando le timbre de su teléfono móvil sonó. En la pantalla aparecía un número que no estaba asociado a ningún nombre de la agenda. Descolgó.

—¿Sí?—respondió Javier.

—Hola. ¿Eres Javier?—pregunto una dulce voz femenina al otro lado del aparato.

Sí, soy yo. ¿Quién eres?—interrogo Javier sorprendido por la dulce voz que preguntaba por él.

—Soy Ana. Acabo de desembarcar del avión y estoy aquí en la terminal y bueno no sé como reconocerte. ¿Dónde estás?—se identifico finalmente la voz.

—Estoy en la puerta 15, por donde se supone que has debido salir—dijo Javier.

—No hemos desembarcado en esa puerta estoy en la 32—repondio Ana.

—Está bien, no te muevas de ahí, voy para allá. ¿Cómo vas vestida para reconocerte?—pregunto Javier mientras se encaminaba a la puerta indicada.

—Una camiseta color turquesa, un short blanco y gorra blanca—respondió Ana.

—Perfecto, en cinco minutos estoy ahí—dijo Javier y colgó el teléfono.

Javier camino por la terminal en busca de Ana. A lo lejos vio una joven que llamaba la atención. Era preciosa y era Ana, ya que coincidía con la descripción de la ropa que le había hecho por teléfono. Cuando se aproximó a ella pudo apreciar como su camiseta color turquesa ajustada a su cuerpo y de generoso escote resaltaba el color dorado de su piel, hacia un precioso conjunto con el short de color blanco que se ceñía estrechamente a sus caderas dejando al descubierto sus preciosas, largas y torneadas piernas. Una gorra también de color blanco por la que dejaba salir su pelo dorado recogido en una coleta por la apertura occipital y gafas de sol, tipo aviador, complementaban su atuendo, junto con una Reebok Clasic desatadas. Cuando Javier estuvo frente a ella no pudo evitar dirigir su mirada al pecho de la joven donde sus dos pezones resaltaban bajo la tela de la camiseta dejando claro que no llevaba sujetador. Javier, a pesar de sus cuarenta años cumplidos aun tenía la testosterona por las nubes, lo que hizo que sufriese una erección instantánea al ver a la hija de sus amigos.

—¿Ana?—pregunto Javier a la joven esperanzado en que esta no se diera cuenta del bulbo que había surgido en su entrepierna.

—Sí. ¿Javier?—dijo la joven al tiempo que se aproximaba para darle dos besos y se quitaba las gafas de sol.

—Sí, soy yo—respondió Javier y correspondió a los besos de Ana, notando como los erectos pezones de la joven rozaron su pecho a traves del polo que vestía. No pudo evitar en fijarse en los ojos de la joven, no los recordaba, pero eran de un color azul verdoso que vistos desde tan cerca recordaban al mar.

—Hola. Con todo el tiempo que hace que no nos vemos, pero tú estás igual que te recordaba. Parece que no ha pasado el tiempo por ti—dijo Ana volviendo a cubrir sus bonitos ojos con las gafas de aviador.

—Gracias, por el piropo—respondió Javier—pero yo no puedo decir lo mismo de ti. Desde luego no te pareces en nada a la niña que yo recordaba y que pasaba los veranos con nosotros—continuó Javier—estas echa toda una mujer—siguió diciendo mientras caminaban por la terminal hacia el parking.

—Sí, he crecido un poquito desde entonces—dijo Ana sonriendo y continuo diciendo—además ahora me sienta mucho mejor el bikini que entonces.

—Seguro que sí, que te sienta fenomenal. Aunque por lo que yo recuerdo tampoco te quedaba mal entonces—dijo Javier sonriendo. Mientras pensaba para sí mismo que con ese par de tetas y ese culito tan redondito y respingón y esas curvas, debía de ser todo un espectáculo verla en bikini.

Cuando llegaron al coche de Javier, este cogió la pequeña maleta que arrastraba la joven tras de sí y la puso en el maletero. Cuando se agacho para cogerla no pudo evitar fijarse en el trasero de la joven. Se dio cuenta que la fina tela blanca del short prácticamente se transparentaba dejando adivinar el fino hilo del tanga que surgía de entre sus firmes glúteos. Esto hizo que la erección de Javier recobrase fuerza. Y pensó como podía estar así de excitado con una chica, a la que conocía desde que era una cría, que además era la hija de uno de sus mejores amigos y que prácticamente podría ser su hija, ya que Olga su hija solo tenía tres años menos que Ana.

—Parece que traes muy poco equipaje. Solo esta maletita—observo Javier.

—Sí, de momento esto solo, el resto llegara mañana. Lo he enviado por mensajería. Odio llevar mucho equipaje cuando vuelo, siempre te pierden o estropean algo y aunque luego reclames no te hacen ni caso. Así que prefiero ahorrarme las reclamaciones, y viajo siempre muy ligera de equipaje, solo lo que puedo llevar conmigo en la cabina sin facturar—explicó Ana.

—Creo que es una buena filosofía—afirmo Javier.

Durante el trayecto hablaron de las cosas sin importancia, de las ganas que tenia Ana de conocer mejor Madrid, porque aunque había estado varias veces en la capital, se había limitado a visitar los lugares típicos. Siguieron charlando y finalmente Javier consiguió que Ana le reconociese que ella

hubiera preferido vivir sola en un apartamento, pero les estaba muy agradecida a Javier y a su familia por haber abierto las puertas de su casa para ella.

Hubo unos minutos de silencio y, Javier mientras conducía no podía evitar desviar la mirada de vez en cuando a las preciosas piernas de la joven que iba a su lado. Incluso intentaba adivinar algo más cuando también de reojo miraba a su escote y con algún movimiento de esta podía ver algo más de la sima que se abría entre sus pechos. Esto estaba volviendo a excitar a Javier y nuevamente un bulto aparecía en su pantalón, también ayudado por su imaginación, puesto que empezaba a jugarle una mala pasada, e imaginaba como sería disfrutar de un momento de intimidad con su joven acompañante y disfrutar de su precioso cuerpo. Entonces Ana lo sacó de ese mundo de ensoñación y lo devolvió a la realidad.

—Te importaría parar de camino en algún supermercado o droguería, tengo que comprar algunas cosas, ya sabes que no te dejan llevar algunos productos en la maleta cuando la subes a la cabina—le dijo Ana.

—Como quieras, pero en casa hay de todo y lo tienes a tu disposición—le dijo Javier.

—Ya lo sé, muchas gracias, pero para los productos de aseo soy un poco maniática—le explico Ana.

—No te preocupes, de camino a casa hay una droguería donde solemos comprar las cosas para casa pararemos antes de llegar—concluyo Javier.

Unos minutos más tarde Javier aparcaba el coche y ambos se bajaron. Ana le seguía a su lado hasta entrar en la droguería. Ana cogió uno de los cestitos que había a la entrada del establecimiento y empezó a recorrer los pasillos. Javier le pidió que le dejara a él llevar el cesto, en un gesto de caballerosidad, a lo que ella accedió. Ana iba de un lado para otro cogiendo cosas y depositándolas en el cesto que Javier le llevaba, un par de cepillos de dientes, unos tubos de dentífrico, unos botes de champú, acondicionador, gel de ducha y de baño, cremas de varios tipos, algunas barras de labios, varios tarritos de laca de uñas de varios colores, un par de cajas de tampones, un

frasco de perfume y algunas cosas más que Javier no supo identificar aunque había visto como su mujer tenía envases parecidos en el baño. Cuando Ana dio por concluida la compra pasaron por caja. Javier intento pagar la compra que había hecho pero Ana no se lo permitió. Del pequeño bolso que llevaba saco una tarjeta de crédito junto con su carnet y pago a la cajera, mientras él ponía todo en varias bolsas. Cuando salieron de la droguería, Javier, llevaba un par de bolsas con lo más pesado y Ana le acompañaba con otra bolsa con las cosas menos pesadas. Después de depositar la compra en el maletero subieron al coche y continuaron hasta casa de Javier.

Cuando llegaron a casa, solo los recibió Marta, ninguno de sus hijos se encontraba allí. Cuando Marta vio entrar a Javier acompañado de la exuberante joven, se quedo un poco sin palabras. Había cambiado mucho la jovencita de quince años que ella recordaba. Marta a sus treinta y nueve años, era una mujer muy fogosa, que junto a Javier disfrutaba de una vida sexual excelente. El hecho de que con poco más de veinte años ya tuvieran a sus dos hijos les había permitido disfrutar de una vida sexual plena incluso ahora que ya estaban en la frontera de los cuarenta. Javier que conocía perfectamente los gustos sexuales de Marta, y que a ella le gustaba considerarse bisexual, ya que habían tenido varias experiencias con mujeres y le habían encantado y habían facilitado también hacer realidad alguna fantasía de Javier. Por ello, Javier, no pudo evitar esbozar una sonrisa cuando vio como su mujer miraba su joven invitada mallorquina.

—Hola Ana, que mayor y que guapa estas. Por que se que eres tu si no casi no te reconocería—dijo Marta y luego daba dos besos a su invitada en forma de saludo.

—Hola Marta, muchas gracias. Tu también estas fenomenal, estas igual que te recordaba, no has cambiado nada. Por cierto, ya se lo he dicho a Javier, muchas gracias por dejar que pase aquí el curso.

—No tienes porque darlas. Y gracias a ti por el cumplido. Espero que pases un año estupendo aquí con nosotros.

—Seguro que sí, aquí estaré como en casa—añadió Ana.

—Venga, vamos a dejarnos de cumplidos, te voy a enseñar la casa y cuál va a ser su habitación—dijo Marta agarrando a Ana de la mano para que la acompañase.

Después de enseñarle toda la casa, Marta y Ana, subieron a la buhardilla. Javier había subido la maleta y las bolsas de la compra que habían hecho a la habitación de la joven y luego se despidió de ellas y se marchó aludiendo motivos de trabajo. A la joven lo que más le gusto fue la piscina que había en el jardín, ya que en casa nadaba prácticamente a diario.

Marta le mostro la buhardilla que durante el curso seria su habitación. Al fondo estaba colocada la cama. Era una cama grande, de matrimonio, que usaron Javier y Marta hasta que decidieron cambiar la decoración. Había un par de armarios enormes, por que se imaginaban que Ana tendría mucha ropa que traer, si se parecía algo a su hija Olga eso estaba claro. Y en la zona más próxima a la escalera habían habilitado una zona de estudio con unas estanterías para que dejase sus libros y una mesa enorme de estudio hecha con unos caballetes de metal cromado y un gran tablero de color negro. Marta le comento que ella podría poner lo que quisiera y decorarlo a su gusto que ella había montado lo básico para que se instalase. Marta también le dijo que Javier disponía de un dinero que le había entregado su padre para que dispusiera de él y acondicionase el lugar para sentirse como en casa.

Ana agradeció a Marta nuevamente su hospitalidad, y le dijo que le encantaba su habitación ya que era muy luminosa, contaba con cuatro ventanas en el techo y una terraza. Marta dejo a Ana sola para que se instalase cómodamente, y si necesitaba algo estaría abajo en la cocina. Ana después de deshacer su maleta y colocar las cosas en uno de los armarios bajo al baño que Marte le dijo que era el suyo, y que compartiría con Olga y Calor, para dejar algunos de los productos que había comprado en la droguería, los dejo en un rincón hasta que Olga o Carlos le dijese donde podría colocarlos. Después bajo a buscar a Marta.

—Marta—dijo Ana al entrar en la cocina.

—Dime Ana—respondió Marta.

—Hace muy buen tiempo te importa si salgo a la piscina y nado un poco—comento Ana.

—Ana, puedes hacer lo que quieras, como si estuvieses en tu casa—invitó Marta a la joven.

—Gracias, entonces voy a cambiarme—respondió Ana y salió de la cocina.

Ana subió a su habitación a ponerse un traje de baño y se dispuso a pasar el resto de la tarde en la piscina.

Marta por su parte, no quiso acompañarla en su tarde de piscina, aunque ella lo hacía todas las tardes, le encantaba darse un buen baño y luego leer un buen libro tumbada en la hamaca tomando el sol, no quería que Ana se sintiese intimidada y observada el primer día en casa. Esa tarde Marta subió a su habitación a leer cuando terminó en la cocina. Miró por la ventana de su dormitorio y vio como Ana nadaba en la piscina. Luego se acomodó en su sillón favorito y se centró en su libro.

Después de casi un par de horas de lectura, Marta, se cansó de su libro. Se levantó de su sillón y volvió a asomarse por la ventana que daba sobre la piscina. Lo que vio Marta le hizo mojar sus bragas. Ana estaba tomando el sol en la hamaca que ella usaba a diario. Tomaba el sol boca arriba, con un bikini blanco, que le sentaba genial con el color de piel que lucía. No tenía puesta la parte de arriba y dejaba ver sus preciosas tetas, redonditas, y de un tamaño perfectamente proporcionado con su cuerpo, con unos pezones rosados y de punta. No tenía marcas blancas en sus pechos, en torno a sus pezones, lo que indicaba que hacía topless habitualmente. Ana tenía puestas sus gafas de sol, y unos auriculares, estaba inmóvil, dormida quizás.

Marta miró a la casa de enfrente al escuchar un ruido. Era su vecino Pedro. Pedro, era el típico vecino jubilado anticipadamente, había sido militar y ahora había pasado a la reserva, divorciado, con unos 60 años, pasaba muchas horas en casa. En los meses de primavera y verano, siempre solía regar las plantas y el jardín a las horas en que se tomaba el sol en la piscina de enfrente. Pedro era alto, fuerte de pelo canoso, y muy atractivo, a ella le recordaba a Sean Conery, desde luego no aparentaba la edad que tenía. Aunque a Marta le

parecía que también, en ciertas ocasiones, tenía pinta de vicioso, y sospechaba que esa era la razón por la que su mujer se había separado.

Esa tarde, Pedro, confirmó las sospechas de Marta. Ella sabía que le gustaba mirar, todas las tardes mientras regaba, se asomaba a escondidas para verlas a ella y a su hija Olga tomar el sol. Pero esa tarde era diferente y mucho más placentera para él. La joven mallorquina había decidido mostrar más que lo que solían hacer las dueñas de la casa.

Cuando, Marta, tomaba el sol, desde la hamaca, no podía ver lo que su vecino Pedro hacía mientras miraba y disimulaba haciendo que regaba sus plantas. Pero desde la ventana de su habitación podía ver perfectamente lo que hacía Pedro en su jardín. Pedro, pensaba que como todos los días nadie lo observaba en su labor de observación, no tardo en excitarse con la visión de la nueva joven que tomaba el sol en casa de sus vecinos. Pedro, bajo sus pantalones y los bóxer negros hasta la mitad de sus muslos, dejando al descubierto una enorme polla totalmente depilada. Marta, atónita, veía como la mano de Pedro empezó a recorrer su miembro erecto. Ella no pudo evitar excitarse con la escena. La mano de Pedro subiendo y bajando por su polla cada vez más brillante la estaba poniendo muchísimo junto con visión de Ana casi desnuda y ajena a todo lo que estaba pasando.

Marta no aguantó más la excitación que hacía que su entrepierna estuviese empapada y bajo su short, pasó la mano sobre la tela de sus bragas, con fuerza, introduciendo la tela entre los labios de su sexo y sintiendo su humedad en los dedos. Luego bajo su braga, la deslizó hasta sus tobillos junto con el short, piso ambas prendas y se deshizo de ellas. Marta abrió sus piernas, y sin poder dejar de mirar la polla de Pedro y como este la movía, y el cuerpo de la inocente Ana, introdujo dos de sus dedos en su vagina y empezó a gozar de verdad, mientras también estimulaba su dilatado clítoris. Pedro aceleró el ritmo de su brazo, su mano subía y bajaba muy rápido, tras un rato así, una enorme corrida salió de la polla de su vecino, parte de su semen quedó en su mano, pero la mayoría salió disparado al césped. Marta no aguantaba más, con su mano libre subió su camiseta y se acarició sus pechos, los tenía durísimos, y en el momento que su mano pellizcó sus pezones, Marta, llegó al orgasmo, fue un orgasmo suave, pero muy prolongado. Se tumbó en la cama y se relajó. Cuando se calmó, fue a su baño a lavarse, se puso unas braguitas limpias, se

vistió y colocó la cama. Volvió a su sillón para seguir con su lectura, pero se quedó dormida, entre Pedro y Ana la habían llevado al clímax sin ellos saberlo.

El sonido del timbre despertó a Marta. Mientras se espabiló y bajó las escaleras, cuando fue a abrir, en la puerta ya estaba Ana, que al verla llegar no abrió la puerta. Se había puesto la parte de arriba del bikini, era tipo cortina, y cubría poco más que sus pezones, y un pareo pequeño anudado a un lado de su cintura. Su pelo largo y rubio, esas preciosas tetas y el bikini que llevaba, excitó nuevamente a la dueña de la casa. El que venía de visita era Pedro, parecía que se habían puesto de acuerdo en excitarla toda esa tarde. Ya que cuando abrió la puerta no pudo evitar mirar el paquete de su vecino y vio como una manchita de semen blanco campada en el color oscuro de su bermuda.

—Hola Pedro. ¿Qué tal?—saludó Marta al abrir la puerta.

—Buenas tardes Marta. Pues mira que la he vuelto a liar, ya sabes, como todas las tardes me pongo con las plantas y se me han caído unas cosas a vuestro jardín. Si me dejas un cepillo te lo recojo en un momento—dijo Pedro a Marta—disculpa soy un mal educado, soy Pedro el vecino de al lado—dijo dirigiéndose a Ana.

—Soy yo la mal educada. Perdona, no os he presentado. Mira, ella es Ana, la hija de unos amigos, va a estudiar aquí este año y se queda a vivir con nosotros. Ana, él es Pedro nuestro vecino—hizo las presentaciones Marta.

—Es un placer conocerte Ana y una alegría tener a una nueva vecina—dijo Pedro y se aproximó a Ana para darle dos besos.

—Lo mismo digo—respondió Ana y correspondió a los besos de su vecino.

Pedro besó a Ana sin perder detalle de las tetas de esta, y las que ya había contemplado sin nada que las ocultase pero desde una distancia mucho mayor, de cerca aun cubiertas por esa diminuta porción de tela eran espectaculares. Ana se dio cuenta perfectamente de cómo el vecino la estaba devorando con los ojos.

—¿Y qué vas a estudiar?—pregunto Pedro a su nueva vecina.

—Derecho. Es mi último curso, si todo va bien—respondió Ana.

—Yo también estudie derecho, pero solo he ejercido en el ejército. Soy militar. Me especialice en derecho penal en su momento y siempre me ha gustado seguir casos de ese tipo. Así que ya sabes para cualquier duda me tienes a tu disposición—concluyo Pedro.

—Muchas gracias. Lo tendré en cuenta. Me interesa mucho en tema penal—dijo Ana por ser amable.

—Pues cuando quieras puedes pasarte por casa y hablamos mientras tomamos un café—se ofreció Pedro.

—Lo hare. Hasta luego—dijo Ana a modo de despedida.

Ana se giro mostrando su espalda prácticamente desnuda, solo atravesada por los finos cordones del bikini. Y su pareo prácticamente transparente, dejo ver su brasileña que dejaba su perfecto culo a la entera disposición de las miradas de Pedro y Marta. Marta que se dio cuenta de las miradas de Pedro sobre el cuerpo de Ana cuando esta volvía a la piscina.

—Disculpa su indumentaria, acaba de llegar de Mallorca y estaba en la piscina. Ya te puedes imaginar que hay en las islas son mucho más liberales en las costumbres que aquí. Además si lo juntas con la juventud, ya ves—se disculpo Marta.

—No tienes porque disculparte Marta. No pasa nada, lo entiendo perfectamente. ¿Dónde está el cepillo que solucione ese estropicio?—pregunto finalmente Pedro con intención de acceder al jardín.

—Déjalo Pedro, no hace falta que te molestes hoy, yo me encargare de recogerlo más tarde. Ana está en la piscina y no quiero que se sienta incomoda en su primer día en casa.

—Lo comprendo perfectamente, no te preocupes, procurare que no vuelva a pasar—dijo resignado Pedro.

—Gracias, nos vemos—se despidió Marta.

—Adiós—fue la despedida de Pedro.

Marta cerró la puerta y volvió a su habitación para continuar con la lectura, antes de que Javier y los chicos llegasen. Una vez en el dormitorio volvió a mirar por la ventana. Ana estaba de pie junto a la piscina y dio unos pasos alrededor, observando si alguien podía verla. Marta supuso que fue lo mismo que hizo la primera vez que bajo a la piscina. Cuando pareció que estaba segura que no había miradas indiscretas se quitó el minúsculo pareo y lo dejó junto a la hamaca, después desanudo la parte superior de su bikini, la dejó junto al pareo. Camino hasta uno de los extremos de la piscina y volvió a mirar a su alrededor. Ana metió un par de dedos a cada lado de su cintura en el elástico de la braguita del bikini, la bajo a lo largo de sus piernas, quedando totalmente desnuda. Marta no podía creer lo que estaba viendo. Pudo comprobar que no había marcas blancas en la piel que ocultaba su bikini de miradas indiscretas y todo su cuerpo tenía un uniforme y precioso color dorado. Después, de un salto Ana se lanzó de cabeza a la piscina, estirando su hermoso cuerpo para hacer una entrada perfecta en el agua. Nada sumergida un par de largos antes de salir a tomar aire. Marta no pudo evitar mirar hacia la casa de Pedro, afortunadamente no estaba en su observatorio habitual y se estaba perdiendo el maravilloso espectáculo que Ana le estaba brindando. Ana seguía nadando, haciendo un largo tras otro a un buen ritmo, era incansable. Marta había perdido la cuenta de las veces que había recorrido la piscina cuando Ana se detuvo en el extremo desde el que se había lanzado al agua. Se apoyó en el borde de la piscina y volvió a observar a su alrededor. Tomó impulso y salió del agua de un salto. En esta ocasión, Marta, pudo ver la parte delantera del cuerpo de Ana. Ya que cuando se quitó el bikini solo vio su hermoso trasero. Ahora podía ver como el agua escurría por su pecho, su abdomen firme y plano y por su sexo, que tenía completamente depilado. Ana cogió la braguita del bikini y se la puso. Fue hasta la hamaca y se tumbó nuevamente a tomar el sol para devolver la calidad perdida a su piel.

Marta excitada por lo que había visto intentó concentrarse nuevamente en su

libro pero le era imposible, no podía apartar de su mente el precioso cuerpo de la nueva habitante de la casa. El sonido del timbre la hizo regresar a la realidad. Fue a abrir eran sus dos hijos Olga y Carlos. Antes de que estos se perdiesen en sus respectivas habitaciones hasta la hora de la cena Marta les quiso presentar al nuevo miembro de la familia. Salieron al jardín donde Ana seguía en la piscina.

—Mira Ana estos son mis hijos, Olga y Carlos—dijo Marta presentando a Ana a sus hijos.

—Hola encantada – respondió Ana.

A Carlos, se le fueron los ojos derechos a los pechos de Ana. Y su miembro salto dentro de su pantalón cuando los sintió sobre su pecho cuando Ana se le acerco para darle dos besos.

—Que bien, otra chica en casa, seguro que nos lo pasamos bien juntas, ¿has colocado ya tu ropa? ¿Quieres que te ayude? – preguntó Olga.

—No he traído prácticamente nada de equipaje solo lo imprescindible, llegaran mañana todas mis cosas así que si quieres mañana puedes ayudarme a colocar todo – respondió Ana.

—Vale, así podemos pasar la tarde y nos vamos conociendo – dijo Olga.

Tras las presentaciones Ana subió a darse una ducha rápida para quitarse el cloro de la piscina y vestirse para la cena. Cuando Ana bajo al comedor Javier ya estaba en casa y todos la esperan en la mesa. La joven se retiró a su habitación justo después de cenar puesto que estaba agotada del viaje.

La mañana siguiente Ana la paso haciendo compras decorar a su gusto su nuevo alojamiento. Cuando regreso a casa ya tenía todas sus cosas en la habitación. Y a primera hora de la tarde unos operarios entregaban y colocaban todo lo que había comprado unas horas antes.

Después de pasar un rato en la piscina tras la comida, las dos jóvenes, subieron a la buhardilla, una vez allí, Ana colocó una maleta encima de su

cama y abrió los dos armarios que tenía.

Ambas jóvenes, sacaban prendas de las maletas, y las colocaban en el armario, Olga con 18 años recién cumplidos, alucinaba con alguna ropa de Ana, minifaldas, tops ajustados, tangas muy sexys, eran la mayoría de prendas que sacaba, hasta que de pronto Olga alucino, en el fondo de una de las maletas, debajo de toda la ropa, había un consolador negro de tamaño gigante, unas bolas chinas y un arnés consolador.

—Toma esto colócalo tu donde quieras – dijo Olga colorada como un tomate.

—Joder, con los juguetitos, los suelo llevar guardados en una bolsa de aseo, pero ayer en el aeropuerto, el vigilante del escáner quiso, ponerse cachondo – respondió Ana con total naturalidad.

—¿A sí? ¿por qué? – preguntó Olga curiosa.

—Porque mientras pasaba la maleta por el escáner vió lo que había y haciéndose el gracioso, delante de sus compañeros, me obligó a abrir la maleta para ver lo que había en la bolsa, y claro tuve que sacar las bolas, el arnés y el consolador, delante de toda la sala de embarque.

—Joder que corte, ¿no? – comento Olga pensando en la situación tan delicada.

—Bueno si, pero tendrías que haber visto sus pollas como crecían en un momento – dijo Ana sonriendo.

—Bueno. ¿Esto lo utilizas de forma habitual? Esto sé lo que es – dijo cogiendo el consolador — pero estos dos juguetes ¿Para que los utilizas? – pregunto con curiosidad Olga.

—Mira esto son dos bolas chinas, te las metes en el coño y vas con ellas dentro de tu vagina, no te imaginas el placer que dan cuando andas, cuando saltas, te mueves, subes caleras y esto es un arnés se coloca así – explicó Ana.

Ana cogió el arnés, lo colocó en las caderas de Olga quedando esta con una estampa perfecta con ese falo color carne entre sus piernas.

—Y con esto haces de hombre con alguna chica ¿no? – pregunto nuevamente curiosa Olga.

—Si ya sabes cuando quieras probamos – Respondió Ana sonriendo y la joven Olga se puso de nuevo colorada ante la frase de Ana.

—¿Eres lesbiana? – pregunto Olga con algo de timidez.

—No, prefiero considerarme bisexual o si lo prefieres heterosexual curiosa. Soy sexualmente muy activa, me gusta probarlo todo, ya he probado mucho, pero siempre hay cosas que aprender – respondió Ana de nuevo con naturalidad a la pregunta de Olga.

En ese momento la puerta de la buhardilla se abrió, Marta, la madre de Olga, que subía para ver si podía ayudar, por poco sufre un infarto cuando vio a su hija con el juguete de Ana puesto.

—¿Pero Olga! – grito Marta.

Ante el grito dado por su madre, Carlos el hijo de esta, subió las escaleras para ver qué pasaba, cuando vio a su hermana así, no daba crédito.

—¿Pero qué está pasando aquí? – pregunto Marta muy enfada.

—Nada mama Ana me estaba enseñando sus juguetes – respondió Olga un poco cohibida por la reacción de su madre.

Carlos sonreía alucinado, miraba a su hermana y a Ana ambas aun seguían solo con el bikini tanga puesto, con sus pezones de punta. El chico no pudo evitar una nueva erección, jamás había mirado con aquellos ojos a su hermana.

—Quítate eso y vete a tu habitación – le dijo Marta a su hija enfadada.

Olga se quitó el arnés y se marchó de la buhardilla. Su hermano Carlos

viendo el enfado de su madre hizo lo mismo y ambos bajaron las escaleras dejando a solas a Marta y Ana. Entonces Marta dijo:

—¿Se puede saber que estabas haciendo con mi hija? ¿No te das cuenta que tienes solo 18 años? – dijo Marta enfadada.

—Marta no te pongas así, no ha pasado nada, solo hemos deshecho mis maletas y ha tenido curiosidad por mis juguetes, nada más – respondió Ana sin dar importancia a lo sucedido.

—¿Nada más? ¿Te parece poco el colocarle a mi hija ese arnés? No voy a permitir que vengas a mi casa a crear malas influencias sobre mis hijos, cuando venga Javier hablaremos... — continuo visiblemente alterada Marta.

—Perfecto, cuando venga Javier hablamos, sabes Marta no puedo con la doble moral... — respondió Ana en tono desafiante.

—¿A qué te refieres? – pregunto Marta en el mismo tono.

—Pues eso que cuando venga Javier hablamos, le contamos todo lo que ocurrió ayer por la tarde... te crees que no me di cuenta de cómo te masturbabas mientras tomaba el sol en la piscina, y como el vecino de enfrente se estaba haciendo una paja ¿eso también se lo vas a contar a tu marido? – respondió Ana con seguridad. Marta se puso colorada como un tomate, ante la acusación de Ana, la joven llevaba razón, Marta había perdido los papeles en esa situación y ahora no sabía que contestar — Mira Marta, no voy a hablar más del tema, Javier y tú habéis querido que yo me instale aquí, ahora tenéis que asumir las consecuencias. Yo no voy a cambiar de un día para otro, soy como soy, y ahora si me disculpas me voy a duchar – concluyó Ana.

Ana miro fijamente a Marta que estaba muy enfadada, bajo sus manos por su cintura hasta llegar a la tira del tanga blanco que llevaba, empezó a bajárselo hasta quitárselo completamente, cuando se encontraba desnuda frente a Marta.

—¿Dónde puedo dejar la ropa sucia? Voy a darme una ducha – preguntó Ana con su minúsculo tanga en la mano en un tono chulesco.

—En el baño tienes un cesto – Respondió Marta mirando el cuerpo perfecto de Ana.

Ana se fue caminando hacia el cuarto de baño que había en la plata inferior a la buhardilla ante la mirada de Marta.

—Podrías ir vestida por la casa por lo menos – dijo Marta indignada.

—Tú lo has dicho Marta podría... — fue la descarada respuesta de Ana.

Ana salió de la buhardilla y bajo las escaleras hacia el baño. Marta siguió mirando el precioso culo que tenía Ana. Pero, Marta, no daba crédito del poco pudor que esta mostraba. Marta nunca había sido retrograda en su forma de pensar respecto al sexo, pero lo de Ana en pocas horas la había dejado sin palabras.

Cuando Ana se disponía a entrar en el baño Carlos salía de su habitación. Cuando vio a la chica totalmente desnuda su miembro reacciono inmediatamente, se quedo quieto, con los ojos y la boca muy abiertos.

—Carlos, cierra la boca o te entraran moscas — fue el comentario de Ana al tiempo que cerraba la puerta tras de sí.

Carlos volvió a entrar en su habitación dispuesto a calmar su excitación haciéndose una buena paja antes de cenar. Pensó que Ana no llevaba ni 48 horas en casa, ya la había visto totalmente desnuda y a su hermana con una polla de por lo menos 20 cm.

Javier se disponía a subir a la buhardilla cuando Marta ya bajaba.

—Hola ¿Qué pasa? Me ha parecido oír a Olga llorando en su habitación – pregunto Javier a su mujer.

—Nada, nuestra invitada se ha traído unos cuantos juguetitos y se los estaba enseñando a la niña – respondió Marta.

—¿Qué juguetes? – pregunto Javier curioso.

—Pues un consolador, unas bolas chinas y le había puesto un arnés con una polla de veinte centímetros a Olga – respondió Marta.

—¿Y por eso llora Olga? – volvió a preguntar Javier sorprendido ya que lo sucedido no era para tanto.

—Es que he regañado a Olga – le respondió Olga a Javier.

—A saber lo que haga por ahí con su novio cuando sale. No deberías haberle dado importancia. Además a nosotros también nos gusta usarlos – dijo quitando importancia a lo sucedido.

—Pero nosotros somos adultos y lo que haga con su novio prefiero no saberlo – dijo Marta para justificarse.

—Vale, pero no te pongas así que no ha sido para tanto. ¿O ha pasado algo más? – se interesó Javier.

—Que se me ha puesto chulita la niña – se quejó Marta algo molesta aún.

—¿Olga? – pregunto extrañado Javier.

—No, Ana, me ha amenazado con contarte que me masturbe ayer mientras ella estaba en la piscina y que el vecino bueno... ya sabes cómo anda. Además se ha desnudado delante de mí y ha bajado así al baño. Y para colmo me dice que hace lo que da la gana – explico Marta a su marido.

—¿Quieres que hable con ella? – se ofreció Javier para mediar.

—Creo que si – acepto Marta.

Después de la ducha, Ana, subió envuelta en una toalla a su habitación después de haber recapacitado un poco tras lo sucedido.

Marta hizo la cena como todas las noches. Durante la cena, había cierta tensión en la mesa. Todos se miraban con recelo. Nadie decía nada salvo

algún comentario intrascendente. Cuando terminaron de cenar.

—Ana, puedes venir un momento a mi despacho, quiero hablar contigo – pidió Javier a su joven invitada.

—¿Es necesario?— pregunto Ana en tono chulesco.

—Sí, es necesario – respondió Javier con seriedad.

Ambos fueron al despacho, entraron y se sentaron uno frente al otro con la mesa de trabajo de Javier entre ambos.

—Ya veo que Marta te ha ido con el cuento de lo de esta tarde – dijo Ana arrogante.

—Algo me ha contado – dijo tranquilo Javier.

—¿Te ha contado todo? – interrogo Ana para poner a Marta en evidencia ante su marido.

—Te refieres a lo sucedido ayer con del vecino y que se masturbo – continuó Javier con tranquilidad.

—Ya veo que sí – dijo Ana algo decepcionada.

—Mira Ana, me parece genial que experimentes cosas, que uses juguetes o lo que te dé la gana. Yo cuando tenía tu edad también hacía de todo. Pero entiende que ahora estas en mi casa y hay que seguir unas mínimas normas de convivencia. Eso de bajar desnuda al baño... bueno... entiendo que seas muy liberal y no te importe enseñar tu cuerpo, lo respeto, pero digamos que aquí no estamos acostumbrados a encontrarnos a una invitada desnuda por el pasillo. Si te hubiese visto Carlos ¿Qué? Es aun un crio – expuso con calma Javier.

—Me ha visto – dijo Ana algo cortada al reconocer el hecho ante Javier.

—¿Qué ha hecho? – se intereso Javier.

—Nada quedarse con la boca abierta. Supongo que luego habrá ido a cascársela – respondió Ana recuperando su seguridad perdida por un momento.

—A eso me refiero. De sobra se que, Carlos, se la casca cuando le apetece, está en la edad, pero vamos a intentar no provocar. Y con Olga... bueno... sé que hablareis de vuestras cosas... tu se ve que tienes mucha más experiencia que ella... solo te pido que no... que todo lo que comentéis sobre sexo sea dentro de un orden y procura que Marta no se entere – le pidió sin alterarse en ningún momento Javier.

—Si no hacíamos nada, solo me pregunto que era, se lo dije y le enseñe como se colocaba, no hubo nada más – se justificó Ana.

—Lo sé – dijo Javier, dejándole ver que él estaba de vuelta de todo en esos temas.

—¿Puedo irme? – pregunto Ana mucho mas sumisa.

—Un momento. En el futuro procura respetar un poco más a Marta – le pidió Javier.

—Vale, lo siento, pero si fuera tan abierta como tú sería más fácil – se disculpo Ana.

—Lo es, como yo o más, solo que no se esperaba encontrarse a su hija con esa imagen – justifico Javier a Marta.

—Le pediré disculpas. Por cierto puedo usar más tarde tu ordenar hasta que mañana Carlos me ayude a instalar el mío. Y por cierto, mañana tengo que ir a la universidad a formalizar la matricula y hacer un papeleo ¿podrás llevarme? – dijo Ana conciliadora disculpándose.

—Claro puedes usarlo no hay ningún problema. No te preocupes yo te acercare a la facultad – se ofreció Javier.

—Gracias. Siento lo sucedido – volvió a disculparse Ana.

Ana salió del despacho de Javier y fue a la cocina. Los chicos estaban en el salón viendo una película. Marta estaba colocando algunas cosas y Ana se puso a ayudarla en silencio. Después de unos minutos, cuando el silencio se empezaba hacer incomodo.

—Marta, siento lo sucedido esta tarde. No se volverá a repetir. No era mi intención en ningún momento hacer nada con Olga. Lo siento de verdad – se disculpo Ana.

—No te preocupes esta todo olvidado – dijo Marta aceptando la disculpa de Ana.

—Gracias – dijo Ana, salió de la cocina y subió a su habitación para terminar de colocar sus cosas en su nueva habitación.

Cuando Marta y Javier decidieron marcharse a la cama los chicos hacia ya un rato que se habían retirado a sus habitaciones. Se encontraron con Ana que bajaba.

—¿Dónde vas ahora? Es tarde – pregunto Javier.

—Voy a consultar unas cosas en Internet como te dije. He preferido hacerlo ahora para no molestarte – respondió Ana.

—Está bien – dijo Javier.

—No te quedes hasta muy tarde – aconsejo Marta.

—Descuida enseguida subiré a mi habitación – dijo Ana.

—Buenas noches – se despidió Javier.

—Hasta mañana – hizo lo mismo Marta.

—Que descanséis – dijo Ana despidiéndose de ambos.

A las cuatro de la mañana Javier se despertó con sed y bajo a la cocina a por un vaso de agua. Vio luz en su despacho, era tarde y pensó que Ana se la habría dejado encendida por descuido. Javier de todos modos se aproximó a la puerta que permanecía abierta con sigilo. Ana seguía despierta. Al día siguiente tenían que ir temprano a la universidad.

Cuando miró desde la puerta, se quedó alucinado de lo que vio, Ana estaba frente al ordenador con unos cascos puestos, sentada en su sillón y viendo un video sado. Donde se podía ver como a una joven la tenían atada a una mesa y cuatro hombres se iban turnando para follarla desde atrás, sus dos agujeros. Ana llevaba puesto un pantalón corto color naranja y una camiseta de tirantes. Tras un rato allí viendo lo que hacía, decidió volver a acostarme, con una erección de caballo.

A la mañana siguiente, a las siete de la mañana como todos los días, Marta y Javier se pusieron en pie para ir a trabajar, mientras Javier se metía en la ducha, Marta, fue a llamar a Ana. Javier ya había salido ya de la ducha y escucho gritos desde la buhardilla, Marta bajó enfadada.

—¿Qué pasa que son esas voces? – pregunto Javier.

—La niña esta..., que dice que no va a la universidad, que tiene sueño – respondió Marta a su marido.

—Normal. Anoche me levante a beber agua y a las cuatro de la mañana, estaba viendo videos porno en el ordenador, con unos cascos puestos – dijo Javier justificando lo sucedido.

—Venga ya. Lo que nos faltaba – dijo Marta algo enfadada por el nuevo suceso.

—Era una página de videos de sado y dominación, una joven atada a una mesa de pies y manos, se la follaban a turnos cuatro tipos, uno detrás de otro, a la vez que le daban azotes en el culo, hasta dejarlo rojo como un tomate – explico Javier a su mujer lo que estaba viendo su invitada.

—Eso es lo que vamos a tener que hacer con ella, darle unos azotes, o

mandarla con sus padres de vuelta a Mallorca, ya te digo yo que esta va hoy a la universidad – fue el comentario de Marta.

—Pues tu primer intento de despertarla no ha tenido mucho éxito ¿subes tú o yo? – dijo Javier sonriendo.

—Prueba tú, yo me voy a duchar mientras, a ver si tienes más suerte – dijo Marta rindiéndose.

Javier no se paró a pensar que subía a la buhardilla solo vestido con el bóxer, subió rápido las escaleras y cuando llegó a la cama, donde Ana dormía, tiró con fuerza de las sábanas hacia atrás, dejando ver el cuerpo de esta, que descansaba vestida con una camiseta de tirantes y un tanga, ese movimiento rápido por parte de Javier la asusto y se despertó sobresaltada.

—¿Qué haces? – grito Ana.

—Ve a ducharte ahora mismo, te vistes y vamos a la universidad, mi trabajo esta de camino, te dejare yo mismo allí – dijo calmado Javier pero autoritario.

La voz de Javier y su orden la dejaron perpleja, pero quiso retarle y volvió a intentar coger las sábanas para arroparse, pero el más fuerte que ella, quito las sábanas de sus manos y las volvió a echar con fuerza para atrás, ella vio que iba en serio.

—¿Quién te has creído, para darme ordenes a mí? – pregunto Ana enfadada.

—Mira niña, ahora vives en mi casa, las normas las pongo yo, espero que te quede claro, no te lo voy a volver a repetir, ve a la ducha y vístete para ir a la universidad – dijo con el mismo todo autoritario pero calmado de antes. Al decir esas palabras, una extraña sensación recorrió su cuerpo y el hecho de llevar solo el bóxer puesto, le delato, cosa que Ana advirtió.

—Vaya, vaya, a si que a Javier le gusta mandar ¿no? – dijo Ana en tono pícaro.

— Vete a la ducha – sentencio finalmente Javier.

Ana se levanto de la cama, y fue a su armario a coger ropa, paso muy cerca de él, le dio la espalda y pudo ver, lo bien que le quedaba el tanga, tenía un culo perfecto, esa visión no ayudaba nada a que su polla se relajara, ella se agachó para abrir, el cajón de abajo del armario, dándole una imagen increíble de su culo, y provocándole descaradamente, tuvo fuerzas suficientes para bajar a su habitación y no follarse el culo de Ana en ese mismo momento.

Javier termino de vestirse y desayuno con Marta, al rato Ana bajo a desayunar con ellos, estaba mucho más simpática. Ana vestía un top de color turquesa y un short de color negro tipo exploradora. El pelo lo llevaba suelto y ondulado sobre sus hombros desnudos. En su canalillo descansaban sus gafas de sol. Ana les pidió unas llaves para entrar en casa por si llegaba antes que ellos y los chicos no estaban, se las dieron. Marta la miro sorprendida por su cambio. Marta se fue en su coche al trabajo y Javier llevo a Ana a la universidad. Por el camino Ana se intereso por los horarios de la familia.

—¿A qué hora llegáis a casa? – pregunto Ana a Javier mientras conducía.

—Solemos llegar sobre las seis de la tarde de lunes a jueves – respondió Javier.

—¿Y los chicos? – continuo interesándose Ana.

—Ellos ahora hasta que empiecen las clases normalmente no tienen un horario muy regular, pero casi siempre suelen regresar a la hora de la comida y de la cena. ¿Por qué ese interés? – aclaró Javier y se intereso por tanta pregunta.

—Me gustaría adaptarme a los horarios de la familia y no meterme en líos – dijo Ana en tono conciliador.

—Eso está bien. La escenita de esta mañana no debe repetirse ni lo sucedido ayer – dijo Javier satisfecho por el aparente cambio de aptitud de La joven.

—Tranquilo Javier no se volverá a repetir – confirmo Ana.

Esta última frase a Javier le sonó sugerente. No podía dejar de mirar a Ana de reojo mientras conducía. Estaba claro que no se había puesto sujetador y los pezones de la joven se insinuaban claramente sin dejar nada a la imaginación. Su mirada también recorría las largas y doradas piernas de la joven. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Javier cuando al cambiar de marcha acarició la suave piel del muslo de Ana que lo había aproximado a la palanca de cambio. Javier se dio cuenta que al notar su contacto, Ana, no retiró la pierna, la apretó un poco más a su mano. Javier la miró. Ana levantó sus gafas y devolviendo la mirada a Javier le guiñó un ojo mientras le sonrió de manera pícaro. Ella colocó nuevamente las gafas en su lugar y volvió a mirar al frente. No movió la pierna de su sitio y cada vez que Javier accionaba la palanca de cambio sentía la suavidad y calidad de la piel de la joven en el dorso de su mano. Cuando llegaron a la universidad Javier aparco frente al edificio de la facultad de derecho.

—¿Sabrás volver a casa cuando termines? — preguntó Javier a su acompañante.

—Si no te preocupes. Además tengo que aprender a manejar en la ciudad — respondió Ana con seguridad.

—Vale. ¿Tienes dinero? Para el metro o el autobús, o por si tienes que coger un taxi continuó preocupándose Javier.

—Sí, no te preocupes de verdad. Si tengo cualquier problema os llamo — lo tranquilizó Ana.

—Está bien. Que tengas un buen día — se despidió Javier.

—Tú también. Gracias por traerme — Le dijo Ana a Javier mientras abría la puerta del coche.

Antes de bajar Ana se acercó a Javier y le dio un beso en ese lugar indeterminado entre la mejilla y los labios. El bello de Javier se erizó al sentir los labios de la joven tan cerca de los suyos además del tacto de su suave mano recorriendo su antebrazo. Ana salió del coche y antes de cerrar la puerta

volvió a asomarse.

—Gracias — Volvió a decirle a Javier e hizo el gesto con sus labios como si le besara.

Ana cerró la puerta del coche y subió las escaleras que daban acceso al edificio. Javier no pudo apartar la mirada de la espalda y el trasero de la chica. Ese culito perfecto se contoneaba de una manera deliciosa con cada uno de los pasos de Ana subiendo los peldaños de la escalera. Vista desde ese ángulo con su carpeta bajo el brazo y su bolso al hombro parecía una inocente estudiante pero cada uno de los movimientos de su esculpural cuerpo decían todo lo contrario, quiero guerra ¿estarás a la altura? La polla de Javier reacciono ante esa visión con vida propia igual que había sucedido esa misma mañana. Cuando Ana entro en el edificio Javier deseo que esa escalinata hubiese sido un poco más larga.

Javier se puso de nuevo en marcha para ir a su trabajo. Mientras conducía por la cabeza de Javier paso un pensamiento fugaz. ¿Se le estaría insinuando? Por su trabajo en la agencia de publicidad tenía relación prácticamente a diario con jóvenes modelos, en alguna ocasión se le habían insinuado e incluso alguna vez había caído en la tentación. Lo de Ana era diferente. Ana podía ser su hija, tan solo tenía un par de años más que ella. Pero por un instante eso en lugar de ser un inconveniente se le presento como un acicate. Desecho ese pensamiento y volvió a la realidad cuando entro por la puerta de su oficina.

Ana se dirigió a la secretaria de la facultad para solucionar el papeleo pendiente que no había podido hacer desde Palma de Mallorca. Había una cola importante la gente madrugaba para esas cosas, pensó, luego dio un pequeño soplido para darse animo ya que tendría que pasar ahí toda la mañana. Llevaba ms de veinte minutos en la fila y esta no se había movido ni un solo centímetro cuando una mano la toco en el hombro.

—Ana... ¿Eres tú? – dijo un joven a su lado.

La joven se giro al sentir el contacto de la una mano en su hombro y escuchar su nombre. Cuando vio al joven no pudo evitar sonreír y abrazarlo al

tiempo que le decía.

—¡Roberto cuanto tiempo! – exclamó Ana sorprendida.

—¡Dios estas preciosa! ¿Qué haces aquí? – se interesó Roberto por su amiga.

—Ya ves aburrirme como una ostra para hacer el papeleo de la matricula – informo Ana haciendo un gesto de lo que era evidente.

—¿Vas a estudiar aquí? – preguntó Roberto interés.

—Sí. Logre convencer a mis padres para estudiar mi último año aquí. ¿Y tú? ¿Qué es de tu vida? – ahora fue Ana quien interrogó a su amigo.

—También estudio aquí. Eso no te lo esperabas, seguro – dijo Roberto sonriendo.

—Pues la verdad no. Te hacía en alguna pequeña isla de Tailandia disfrutando de la vida, la última vez que nos vimos ibas para allá – reconoció Ana.

R.—Estuve unas semanas, pero se me acabo la pasta y mis padres se negaron a darme un solo euro más si no terminaba la carrera, así pues, aquí mi tienes – aclaró Roberto.

—Entonces nos veremos por aquí y recordaremos los buenos tiempos — Ana no pudo evitar sonreír y morder su labio inferior al pensar en ellos.

—Ven conmigo – dijo Roberto.

—No puedo perderé el turno en la fila – expuso Ana.

—Vamos un amigo me está guardando el sitio y ya casi nos toca el turno – insistió Roberto.

Ana y Roberto avanzaron por la fila de gente hasta llegar casi a la puerta de

la secretaria. Solo dos personas estaban delante de ellos. Robert hizo las presentaciones.

R.—Ana, este es David, un buen colega. David, ella es Ana, ya te he hablado de ella.

Ana y David se dieron dos besos a modo de saludo.

—Al fin conozco a la famosa Ana de la que tanto me ha hablado Robert — dijo David.

—Espero que todas cosas buenas — respondió Ana.

—Muy buenas — dijo David sonriendo de una manera malvada, a lo que Ana no pudo contener tampoco su sonrisa cuando miro a Roberto y este se encogía de hombros diciendo, lo sabe todo.

Las dos personas que había delante de ellos entraron al tiempo a la secretaría. Los siguientes serian ellos. Estuvieron hablando y poniéndose un poco al día de sus vidas y el tiempo paso más rápido. Era el turno de Roberto y David de solucionar el papeleo. Ana se quedo nuevamente sola pero más animada, no tendría que perder toda la mañana en la facultad. Cuando sus amigos salieron era su turno. Pero antes de que Ana entrase Roberto le dijo:

—Te esperamos en la cafetería, esta al final de aquel pasillo, cuando termines pásate por allí.

—Descuida — contestó Ana.

Los jóvenes se marcharon camino de la cafetería y ella entro a formalizar el papeleo pendiente. Tardo algo más de lo esperado ya que hubo unos ligeros problemas con el traslado de su expediente pero afortunadamente lograron solucionarlo. Cuando termino pensó que Robert y David ya se habrían marchado pero de todos modos se paso por la cafetería para tomar algo. Cuando entro Robert la llamo desde una de las mesas. Ella se acerco, se sentó con ellos y tomaron un refresco mientras seguían recordando los buenos tiempos.

—Bueno chicos, yo tengo que irme – dijo pronto David.

—Sera mejor que nos marchemos todos. ¿No? — dijo Roberto mirando a Ana.

—Por mi sí, ya he terminado aquí y no tengo nada mejor que hacer – les informo Ana.

—Vamos entonces, yo os llevo donde queráis en el coche – se ofreció Roberto.

Los tres salieron y fueron hasta el coche de Roberto. Un BMV serie 3, descapotable de color negro. David subió atrás y Ana se acomodó en el asiento del copiloto junto a Roberto. Este plegó la capota y se pusieron en marcha. Dejarían primero a Ana en su casa pues era la que les pillaba mejor en su recorrido. Roberto mientras conducía no dejaba de mirar a su vieja amiga. Se veía reflejado en el espejo de sus gafas de sol y cuando observaba como ondeaba su pelo rubio mientras le sonreía recordaba esas inolvidables semanas en Mikonos. Cuando llegaron a la nueva residencia de Ana pararon frente a la puerta que daba acceso al garaje de la casa.

—Pasad un momento y nos tomamos una cerveza antes de que os vayáis a casa – dijo Ana con amabilidad.

—Déjalo quedamos otro día. No queremos molestar – contestó Roberto.

—Sí, quedamos otro día, yo tengo prisa – añadió David.

—Venga chicos, no hay nadie en casa, y lo único que hare será aburrirme – insistió Ana.

—Venga vale, pero solo una – acepto finalmente Roberto.

—Una y nos vamos – también acepto David.

Robert pulso un botón del salpicadero y la capota del vehículo volvió a su

lugar. Bajaron los tres del coche y entraron en la casa, precedidos por Ana. Fueron directamente al salón donde se acomodaron mientras Ana fue a la cocina a buscar unas cervezas y algo de picar.

Encontró cerveza bien fría en el frigorífico y en uno de los armarios una bolsa de patatas fritas. Abrió las cervezas y fue al salón junto con sus amigos. Roberto y David jugaban con el mando a distancia mientras hablaban y se bebían la cerveza. Pararon en un canal donde ponían Californication, precisamente en una escena donde los protagonistas se estaban liando. Ana se fijo en la entrepierna de Roberto donde algo empezaba a crecer, cuando miro la de David vio que la escena estaba teniendo el mismo efecto.

Ana estaba sentada entre ambos chicos. Roberto sin decir nada cogió la mano de Ana y la puso sobre la entrepierna de David. Ana tomó con la mayor naturalidad del mundo el gesto de Roberto y noto como la polla de David crecía bajo su mano. Este no se podía creer que esa preciosa chica le estuviese acariciando el paquete. Ana besó a David. Este se quedo un poco parado pero luego reaccionó y correspondió al beso con entusiasmo, sus lenguas se peleaban en el interior de sus bocas. Ana sentía como unas manos acariciaban su cuerpo pero no podían ser las de David. Eran los dos chicos, los que recorrían con sus manos el cuerpo de Ana. Se habían introducido bajo su top, Roberto jugaba con uno de sus pezones. Ana se giro y beso a Roberto, luego volvió a besar a David, bajo la cremallera del pantalón de Roberto y finalmente también la del pantalón de David.

Ana se fundió en un profundo beso con su viejo amigo mientras la mano de David se había abierto paso entre su short y ya jugaba bajo su diminuto tanga acariciando su delicioso clítoris sin prisa pero sin pausa. Roberto dirigió una de sus manos a ese punto que sabía con seguridad que a ella la vuelve loca, pero encuentra su objetivo ocupado por la mano de su compañero. Mientras tanto, las manos de Ana recorren la longitud de dos hermosas vergas plenas de vigor que estaban a su entera disposición.

Aquella mañana con las prisas y la discusión con Ana, Javier, se dejo el teléfono móvil en casa. Después de una importante reunión que había tenido a primera hora de la mañana aprovecho para salir e ir a casa o recogerlo. No podía vivir sin su teléfono. Cuando llego a casa le cabreo muchísimo que

hubiese un coche aparcado justo en la puerta de la entrada al garaje por lo que tuvo que buscar otro aparcamiento e ir caminando hasta casa. Al llegar a la puerta vio que Ana o Marta habían vuelto a casa puesto que la puerta no estaba cerrada con llave. Iba a entrar a su despacho a recoger su teléfono cuando unos ruidos en el salón llamaron su atención. Camino sigiloso y se asomo con cuidado a una de las puertas. No podía ser lo que estaba viendo, era Ana la que estaba en casa, pero no sola, dos chicos la acompañaban. Pero no se sorprendió que no estuviese sola, sino lo que estaban haciendo. Su primer impulso fue entrar en el salón y detener aquello pero no pudo, esa visión había hecho que su polla creciese escondida en su pantalón y de manera inconsciente una de sus manos ya la estaba acariciando. Freno su impulso y observo la escena.

Los tres jóvenes se levantaron del sofá. Ana se deshizo del polo y del pantalón de unos de los chicos. Y un instante después hizo lo mismo con el otro. Mientras ambos muchachos despojaban a Ana del top que tenía arrugado en la cintura dejando sus deliciosos pechos al aire y luego mientras uno la levantaba en volandas el otro le quito su pantaloncito y su pequeño tanga. Roberto lanzó el tanga de Ana hacia tras cayendo cerca de la puerta donde Javier se ocultaba.

Javier no pudo resistirse, se agacho y cogió la preciada prenda con cuidado para ocultarse de nuevo. Vio como la pequeña porción de tela estaba casi transparente por la humedad de los fluidos que habían manado del cuerpo de esa diosa que eso dos niños estaban disfrutando. Lo llego a su nariz y aspiro profundamente el aroma de la joven. Era delicioso. El también quería disfrutar de ese cuerpo, saborear esos jugos y aspirar ese olor directamente de la fuente. Libero su miembro de la presión de su bóxer y empezó a masturbarse con la delicada prenda envolviendo su polla.

Ana, de rodillas en el suelo comía con ansia la verga de David, regalándole la mejor mamada que le habían hecho en su vida. Luego la joven se puso de rodillas en el sofá con David entre las piernas, comenzó a besarle la cara, los ojos, la nariz, su boca, el cuello, bajó por su pecho, se centro en sus pezones, los mordió, los chupo y tiro de ellos con sus dientes.

La mente de Javier no paraba de pensar como seria sentir esos labios en su

cuerpo. Sería sencillo, solo tendría que entrar en el salón, echar a esos niños y disfrutar de esa endiablada joven que se estaba apoderando de su mente. Pero no podía, estaba paralizado, no podía apartar la vista de la escena que protagonizaban los tres jóvenes, la única parte de su cuerpo que se movía era su brazo mientras se hacía una de las mejores pajas de su vida.

Esa boca hambrienta de más se canso de los pezones de David y continuó su viaje. La imparable y juguetona lengua de Ana lamió, repaso cada uno de los músculos del abdomen de ese muchacho que con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo disfrutaba del paraíso. La cabeza de Ana se perdió entre las piernas de David, sus dientes mordieron sus huevos tirando de ellos antes de tomar la dilatada polla entre sus labios. Comenzó a tragarla, despacio, para que David notara en avance de su boca entorno a su polla. Cuando Ana la tuvo totalmente dentro, cuando su nariz choco con el vello púbico del muchacho se quedo quieta, mientras su lengua giraba alrededor de ese pedazo de carne que invadía su garganta. Luego la fue sacando poco a poco y cuando estuvo fuera, sus dientes descubrieron completamente esa apetecible seta que su lengua no paraba de repasar mientras sus labios lo sorbían sin descanso.

Javier deseaba estar en el lugar de ese crio y ser él quien se follase esa preciosa boca. En ese momento hubiese dado cualquier cosa por sentir en su inflamada verga el trabajo que la lengua y la boca de Ana estaban haciendo.

Cuando Ana noto que David estaba a punto de terminar abandono su polla y volvió a besar sus labios compartiendo con él el sabor de su propio sexo. David sacó un condón e intentaba ponérselo a duras penas. Una vez David tuvo plastificado su miembro tomo a Ana por la cintura apartándola de él. Se puso de pie y coloco a la perversa joven de espaldas a él apoyada en el sofá. Abrió sus piernas y, sin previo aviso, metió de un solo golpe su polla en el encharcado coño de Ana.

Ella gritó de placer al sentir semejante miembro en su interior taladrándola con cada una de las rápidas y profundas embestidas de David. El chico no aguantó más y su polla empieza a lanzar chorros de leche en el interior de la joven, contenidos por la fina capa de látex que los separa. David salió del interior de su coño, se apartó, se quitó el condón y lo dejo caer junto al sofá.

—Lo siento, me he corrido muy rápido y no has disfrutado nada. — se disculpo David con su joven amante.

La respuesta de esta no fueron palabras, sino un par de gestos; se mordió su labio inferior de manera sensual y tomándolo por el cuello le dio un largo y profundo beso hasta dejarlo sin aliento.

Javier mordía su puño para callar sus jadeos y no gritar de rabia mientras su mano no paraba de recorrer su miembro erecto con la fina tela del tanga. Él si habría sabido hacerla disfrutar. Él si le habría arrancado una interminable cadena de orgasmos que la habría dejado rendida, pero tenía que conformarse de momento con pajearse viéndola disfrutar con un par de críos inútiles.

Los ojos de Ana se fijaron en Roberto que estaba al otro lado del sofá, desnudo, acariciando despacio su miembro erecto con mucha calma mientras no perdía detalle del juego de sus amigos. Ana se dirigió a él, inclinándose sobre su entrepierna para comenzar una rica una mamada. Ana hace que Roberto se tienda en el sofá para iniciar un nuevo recorrido como el realizado sobre el cuerpo de su amigo. Pero en esta ocasión hubo algo diferente. Cuando Ana disfrutaba del sabor de la barra de carne de Roberto, de ese sabor que ya había degustado y que le era familiar, David se situó tras ella, sus manos amasaron sus duras y sensibles tetas, mientras las de Roberto hacían suyas la redondez y dureza de su culo. Las caricias que ambos jóvenes iniciaron en el cuerpo de Ana la pusieron a cien. Los labios de David la recorrían desde el cuello hasta el sensible orificio de su ano y los de Roberto besaban la firmeza de sus pechos, al tiempo que sus dientes y su lengua destrozaban de gusto la dureza de sus pezones.

Los gemidos y los gritos de Ana subían en volumen conforme el placer invadía su cuerpo. Javier, sin dejar de menear su polla, empezaba a temer por los vecinos. Sobre todo por Pedro, que se pasaba la vida en el jardín intentando pillar algo. Si lo estaba escuchando, seguro que estaba disfrutando, pero no tanto como él.

Ana estaba a punto de correrse del maravilloso trabajo que hacían las manos de sus amigos en todo su cuerpo. Entonces notó como la polla de

Roberto penetraba su caliente y húmeda intimidad deseosa de placer, pero aun le aguardaba otra sorpresa. David estaba entrando por la puerta de atrás, le estaba partiendo su culito en dos, ¡y le encantaba! Los dos muchachos empezaron los rítmicos movimientos. Sacaban sus pollas de los orificios de su amiga hasta la mitad para después volvérsela a clavar un poco más hondo. Ana sentía como los dos invasores chocaban dentro de ella tan solo separadas por la fina membrana que independizaba ambos agujeros y esa sensación de sentirse completamente llena la hacía correrse sin parar encadenando un orgasmo tras otro mientras sus amigos aceleraban el ritmo de su penetración.

Los fluidos de Ana manaban como si de una fuente se tratase empapando sus muslos y los de sus dos amantes. Entonces Roberto exploto en su interior en un largo y prolongado orgasmo sin dejar de moverse dentro de ella. David no pudo contenerse y lleno con su leche el culo de Ana, esta rebosaba corriendo por las piernas de ambos con sus últimas investidas.

Cuando los tres jóvenes cayeron extenuados y enredados en el sofá, Javier por fin dejó salir lo que llevaba rato conteniendo. Se corrió en el tanga de Ana recogiendo con ella toda su leche mientras veía la cara de placer y lujuria de esa joven que había invadido su casa y su mente. Fue entonces cuando el sonido de una llave entrando en la cerradura lo saco de su ensimismamiento. Javier guardo su aun inflamada polla dentro de su pantalón precipitadamente. Se dirigió a la puerta guardando el pringoso tanga de Ana en su bolsillo e intentando recomponer su aspecto. Cuando la puerta de se abrió Olga apareció tras ella.

—¡Papá! – dijo Olga sorprendida al encontrarse a su padre de golpe frente a ella.

—¿Qué haces tan pronto en casa? – pregunto él nervioso.

—Venía a por algo más de dinero para ir a comer con unas amigas. ¿Y tú qué haces en casa? – fue la respuesta de Olga.

—He olvidado el móvil y no sé donde lo he puesto. Anda ayúdame a buscarlo.

—Seguro que lo tienes en tu despacho – sugirió Olga.

—Vamos a ver si esta y te doy el dinero para la comida.

Padre e hija se dirigieron al despacho de Javier. Olga no pudo evitar fijarse en el nerviosismo de su padre, en como su entrepierna estaba abultada y una mancha de humedad empezaba a surgir en la tela de su bolsillo, así como al pasar rápidamente junto a la puerta entreabierta del salón unas sombras se movían de manera fugaz en el interior.

En cuanto oyeron las voces, Ana y sus amigos comenzaron a vestirse precipitadamente esperando que de un momento a otro alguien entrase en el salón. Metió de una patada los preservativos usados por sus amigos bajo el sofá, secaron con pañuelos el cuero de los asientos del sofá y se sentaron como si nada hubiese pasado. Ana busco su tanga sin éxito por toda la habitación mientras Roberto y David terminaban de adecentar su aspecto ya sentados.

Nada más entrar en el despacho Olga se fijo en el teléfono móvil de su padre que descansaba sobre el escritorio. Fue hasta él y cogiéndolo le dijo:

—Mira donde lo tienes. No sé como lo habrás buscado pero cada día estás mas despistado, no pierdes la cabeza por que la tienes pegada a los hombros.

J.—Es cierto hija, no sé qué haría yo sin ti.

O.—Ya. Bueno, ¿me das algo de dinero?

—¿Tienes bastante con cincuenta euros?

—Con veinte sería suficiente pero si me das cincuenta mejor.

Javier cogió su cartera y saco un billete de cincuenta que entrego a su hija. Esta se lo agradeció con un beso en la mejilla. Cuando sintió las tetas de Olga, notó que bajo la fina tela de su vestido tampoco llevaba sujetador. Cuando esos dos botones tocaron su cuerpo esas decimas de segundo fueron suficiente para que su polla reaccionase nuevamente haciéndolo sentir muy incomodo.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio de camino a la oficina? – le pregunto Javier.

—No hace falta – dijo Olga — Carolina me espera fuera en su coche.

—¿Nos vamos entonces o tienes que hacer algo más?

—No, yo me marcho ya. ¿Y tú? – contestó Olga.

—Yo también, me iba cuando has entrado ya que no encontraba el teléfono.

Olga salió del despacho de su padre delante de él. Javier no pudo evitar recorrer con la mirada el cuerpo de su hija. Se había excitado al pensar que solo iba vestida con ese ligero vestido que solo cubría poco más de medio muslo y que debajo solo había unas braguitas. Mientras salían de casa, Javier acomodó disimuladamente su erección sin dejar de mirar el cuerpo de su hija, era igual o incluso mejor que el de Ana, aunque no se había dado cuenta hasta ahora. En ese momento un pensamiento cruzó su cabeza, ¿su hija habría hecho algo parecido a lo que acababa de ver? Olga era una joven dulce y cariñosa, pero si se fijaba bien, su manera de vestir era sexy. Cuando imagino a Olga desnuda disfrutando del sexo como acababa de hacer Ana, dos sentimientos contradictorios lo invadieron, uno de repugnancia hacia sí mismo por haber pensado eso y otro de un tremendo morbo que acentuó aún más su erección. Javier pensó que todo eso era nuevo para él, nunca le había pasado algo parecido y tenía miedo de sus reacciones.

Padre e hija se despidieron en la acera. Olga subió al coche de su amiga y se despidieron de Javier con un toque de claxon cuando el coche se marchaba. Javier respondió con un gesto de su mano mientras caminaba por la calle hacia su coche inmerso en un mar de dudas y sensaciones contradictorias.

Mientras tanto en el coche, Olga miró al frente en silencio pensando en lo que había sucedido en casa. Habría jurado que al llegar escucho los gritos de Ana. Pero ella no estaba en casa; aunque tuvo la sensación de que alguien había en el salón. Además había encontrado a su padre nervioso y evidentemente empalmado; le había dado el dinero sin gruñirle como siempre.

Y juraría que se empalmo cuando ella le dio el beso de agradecimiento. Luego pensó si Ana y su padre... “no... podía ser, ¿o sí?” imagino a su padre y a Ana liándose en el salón y su braguita empezó a mojarse. ¿Pero por qué se excitaba? A ella no le gustaban las tías aunque reconocía que Ana era guapísima, entonces ¿la ponía su padre?

Ana despide a sus amigos después de unos minutos en absoluto silencio para asegurarse que no había nadie en casa. Los acompaña a la puerta y se despide de ellos besándolos en los labios. Se esperó en el porche hasta que los dos jóvenes subieron a su coche y se marcharon. Justo cuando se disponía a entrar mira hacia la casa de Pedro. El vecino que se encontraba en su porche, la saludó con la mano. Ella le devolvió el saludo y entró en casa. “Mierda...”, pensó Ana, ese maldito cotilla había visto salir de casa a sus amigos. Pero pronto olvidó eso y volvió al salón a poner todo en orden, recogió las patatas, las cervezas, limpió escrupulosamente el cuero del sofá, asegurándose de no dejar ninguna mancha, y busco de nuevo su tanga sin éxito. Finalmente pensó que seguramente Roberto se lo había llevado como trofeo, sabía de sobra que eso le encanta. Cuando todo estuvo en orden, Ana subió a darse una ducha y luego fue a su habitación a descansar un poco.

En la cena había un ambiente algo tenso. Todos se miraban con recelo ya que ninguno sabía que sucedía exactamente. Javier miró a Ana y a Olga, pensando si debía contarle lo sucedido a su mujer o dejarlo pasar. Marta se fijó en como Javier no deja de mirar a Olga y a Ana, al tiempo que veía como Ana no apartaba los ojos de Javier y de su hijo, sabiendo perfectamente por su forma de comportarse que oculta algo; eran muchos años juntos y lo conocía muy bien. Olga observó a Ana y a su padre y no dejó de pensar si esa mañana habría pasado algo entre ellos. Y Carlos, ajeno a todo ese juego, disfrutó del generoso escote de Ana, que sentada frente a él, empezó a acariciar una sus piernas por debajo de la mesa, habiendo que se empalmara al instante.

—CAPITULO 2—

## UN NOCHE MUY CALIENTE

Después de la cena todos ayudaron a recoger la mesa. Marta esperaba quedarse a solas con Javier para hablar con él por su comportamiento durante la cena. Lo había notado como ausente mosqueándole mucho el hecho de que no apartase la vista de Ana y Olga. No obstante le fue imposible hablar con su marido ya que los chicos no dejaban de entrar y salir en la cocina. Cuando terminaron de recoger todo. Javier se fue a su despacho a revisar unos bocetos, mientras Carlos y Olga estaban en el salón viendo un programa de televisión. Ana salió al jardín, se puso los auriculares para escuchar música y tumbó en una de las hamacas de la piscina mirando al cielo en busca de las estrellas que esa noche habían sido ocultadas por las nubes. Marta salió al jardín y se sentó junto a su joven invitada.

—¿Te importa que me siente contigo? – le pregunto.

—No, estás en tu casa – contesto Ana quitándose uno de los auriculares.

—No quiero molestarte, de verdad, si quieres estar sola dímelo – dijo conciliadora Marta.

—Por favor, siéntate – agregó la chica quitándose el otro auricular y apagando su Ipod.

—¿Te gusta mirar las estrellas? – se interesó Marta intentando entablar conversación.

—Sí, me encanta... me relaja mucho, pero hoy es complicado está totalmente nublado y aquí aunque este despejado tampoco creo que pudiese ver muchas, hay demasiada claridad.

—Lo sé, a mí también me gusta mirarlas pero es complicado. Vivir en una gran ciudad tiene sus ventajas pero también tiene ciertos inconvenientes. Por cierto, ¿Qué tal la universidad, has hecho todo el papeleo?

—Bien, mucha gente, pero me encontré con un amigo que me coló en la fila y no tarde mucho – explicó Ana.

—Que bien. No sabía que tenías amigos en Madrid estudiando lo mismo que tu.

—No sabía que estaría en Madrid. Nos conocimos hace un par de veranos en Mikonos cuando pase allí unas semanas. Pensaba que estaría en Tailandia, quería mudarse allí, pero sus padres no le han dejado hasta que acabase la carrera.

—Pues está muy bien que conozcas a alguien en la facultad así te será más fácil integrarte.

—Sí, está bien, pero no creo que tenga problemas para integrarme – dijo la chica con un sonrisa.

—De eso estoy segura, tienes un carácter muy abierto – comento Marta, aunque pensó que tenía abierto era otra cosa que prefirió guardarse para evitar enfrentamientos — ¿Fumas?

—¿Cómo? – se sorprendió la chica ante la pregunta.

—¿Qué si fumas? – repitió Marta.

—No, no fumo. No te preocupes, ese vicio no lo tengo – dijo Ana un poco a la defensiva.

—Seguro que alguno si habrás fumado – insistió Marta.

—Pues claro, como todo el mundo, ¿Quién no ha fumado alguna vez un cigarrillo? Pero ya te digo que no lo hago habitualmente. ¡Ah! Y si es que has encontrado alguna colilla por ahí te aseguro que no es mía, investiga por otro lugar.

—Por favor, Ana, no te acuso de nada. Solo lo decía por si te apetecía fumar uno, a mi me gusta fumarme un cigarrillo de vez en cuando. Me relaja – la tranquilizo Marta.

—No, gracias. Pero tu fuma si quieres – respondió Ana.

Marta cogió de uno de sus bolsillos un paquete de tabaco y un pequeño mechero. Sacó uno de los cigarrillos, lo puso en sus labios y aproximó la llama del encendedor para prenderlo. Ana se fijó en los labios de la mujer que ahora sostenían el cilindro humeante. Eran unos labios carnosos y sensuales. Cuando Marta expulso el humo, sus labios parecían esperar un beso. Ana pensó en la delicia que sería besarlos y sentir su suavidad sobre los suyos. Ambas mujeres se miraron en silencio. Marta observaba las piernas de Ana, totalmente desnudas, pues su corto vestido estaba arrugado tan arriba que sólo le cubría lo necesario. Marta imaginó que sería una delicia acariciar esas piernas y ese cuerpo que estaba hecho para el pecado.

Había empezado a levantarse viento pero su frescor era agradable en la bochornosa noche. Entonces un gran relámpago iluminó el cielo seguido de un trueno ensordecedor. En ese momento el cielo se abrió y comenzó a llover de una manera torrencial sacando a ambas mujeres de sus respectivos pensamientos. Se levantaron apresuradamente para entrar en la casa. Ana ni siquiera se puso las chanclas que estaban junto a la tumbona y Marta tiro su cigarrillo cuando corría hacia el interior de seguida de Ana. Solo habían tardado unos pocos segundos en entrar pero la fuerte y abundante lluvia las había empapado. La fina tela del vestido de Ana se había pegado a su cuerpo

como si de una segunda piel se tratase dejando al descubierto todos los secretos que esta escondía.

Cuando entraron en el salón Carlos no pudo evitar fijarse en el cuerpo mojado de la chica. Podía distinguir perfectamente la redondez de sus pechos, el color de sus aureolas, la dureza de sus apetecibles pezones, que de no estar presentes su madre y su hermana tal vez hubiera podido contenerse alzándose a probar con sus labios esos dos ricos manjares. Su vista descendió un poco más abajo justo donde el mojado vestido dejaba ver un diminuto triangulo de tela negra que cubría ese tesoro que a él le gustaría descubrir y probar.

Ana vio como Carlos recorría su cuerpo con la mirada, así mismo se percató del momento en que tomo uno de los cojines del sofá, que ella había disfrutado esa misma mañana, para ponerlo sobre sus piernas y así disimular lo que estaba creciendo ahí debajo. Cuando sus miradas se cruzaron, Ana le guiño un ojo a su joven admirador, sabedora de que estaba mostrando prácticamente todo. Carlos se puso colorado ante aquel gesto, y al ser pillado en su reconocimiento, no le quedo otra que desviar rápidamente su mirada de nuevo hacía la pantalla.

Marta también tenía sus ropas mojadas y pegadas al cuerpo, pero la densidad de las telas y el color de las mismas lo único que dejaban ver era la bonita silueta de un cuerpo maduro pero muy cuidado en largas sesiones de gimnasio.

—Estáis empapadas – dijo Olga cuando las vio entrar.

—Se ha puesto a llover a mares – respondió Marta.

—Si, estoy empapada, será mejor que vaya a secarme y cambiarme de ropa – corroboró Ana.

—Yo también subo a cambiarme – se apresuro Marta.

—Creo que ya me iré a la cama, buenas noches – se despidió Ana.

—Hasta mañana – se despidieron a la vez Olga y Carlos.

Cuando Marta y Ana salían del salón la mirada de Carlos volvió a examinar el cuerpo de la joven, de la desnudez de su espalda perfecta bajo a la redondez de su precioso y prieto culito, la firmeza de sus glúteos ocultaba la finísima tira de tela de la tanga teniendo la sensación que no llevaba nada.

—Te gusta Ana, ¿verdad? – le pregunto Olga a su hermano.

—¿Qué dices? – respondió Carlos algo ofendido por la insinuación de su hermana.

—Venga Carlos, no seas crio, admítelo, solo hay que ver que repaso le has dado, no te has perdido detalle.

—Es guapa pero nada más.

—¿Solo guapa? Yo diría que es algo más. Solo hay que ver cómo te has puesto – le dijo Olga con una sonrisa mientras señalaba el cojín que ocultaba su erección.

—Déjame en paz y metete en tus asuntos – fue la respuesta de Carlos en tono ofendido.

—No, si yo te dejo. Pero sé donde te gustaría meterte – continuó Olga sin parar de reír ni de mirar el cojín que cubría la entrepierna de su hermano – Además estoy segura que ya te has hecho más una paja pensando en ella y que en cuanto subas a tu habitación te harás otra para relajar esa tensión.

—¡Vete a la mierda, Olga! – grito Carlos al tiempo que se levantaba del sofá y arrojaba a la cara de su hermana el cojín que cubría el bulto de su pantalón.

Carlos salió del salón con un más que visible bulto mientras Olga se reía por haber hecho de rabiar a su hermano. Javier entro en el salón y se sentó junto a su hija que se había tumbado en el sofá. Ella puso sus piernas encima de las de su padre.

—¿Qué le pasa a tu hermano? ¿Mamá y Ana donde están? – pregunto Javier mientras acariciaba las piernas desnudas de su hija, sintiendo la suavidad de su piel.

—Mamá y Ana subieron a cambiarse. Se han empapado con la tormenta y seguramente se van a dormir. Y Carlos es que no aguanta una broma – respondió la chica.

—Ya... una broma, seguro que te has metido con él para hacerlo de rabiar.

—Bueno todo puede ser – dijo Olga sonriendo.

Javier recorría con sus manos las piernas de su hija acariciándola con suavidad mientras veían en silencio la televisión. Con delicadeza, casi con sensualidad, acarició sus pies, las pantorrillas y los muslos de Olga. Sentir la firmeza de la tersa piel de su hija lo comenzó a excitar, haciendo que la sangre se acumulase en esa delicada zona. ¿Qué le estaba pasando? Era su hija, su pequeña y dulce niña. ¿O lo que realmente deseaba era a Ana y ella se la recordaba? Javier aparto las piernas de su hija y se levanto del sofá cuando su erección empezaba a ser más que evidente. Se puso frente a su hija sin darse cuenta que ese prominente abultamiento quedaba a escasos centímetros de la cara de Olga. Javier se agacho y dio un beso a su hija en esa indeterminada zona entre la mejilla y los labios. Olga devolvió el beso en la mejilla de su padre.

—Buenas noches, no te acuestes muy tarde – se despidió Javier y salió del salón camino de su dormitorio.

—Hasta mañana – contesto su hija.

Una vez sola, Olga, pensó que les sucedería a los hombres de la casa esa noche que se iban así de excitados a la cama, al no haber podido evitar fijarse en la erección que llevaba su padre. “Esta noche lo va a pasar bien mamá”, se dijo a si misma mientras sonreía para sí pícaramente.

Javier entro en su dormitorio donde Marta lo esperaba leyendo en la cama. Se quito la camisa tirándola sobre el sillón que su mujer solía usar para sentarse a leer, se sentó al borde de la cama y se quito los zapatos.

—Javi... ¿Qué te pasa? – le pregunto Marta dejando su libro en la mesilla.

—Nada, solo estoy cansado – respondió Javier. Se levantó para quitarse los pantalones que dejó en el mismo sillón y entró al baño.

—Venga Javi, dime la verdad. Estas raro y durante la cena estabas como ausente. ¿Qué te preocupa Olga o Ana? – insistió Marta.

—¿Cómo dices? – respondió Javier saliendo del baño ajustándose el pantalón del pijama intentando disimular su erección.

—¿Te preocupan las chicas? No has dejado de mirarlas durante toda la cena ¿Qué pasa son ellas? – continuo interrogando Marta.

—No estoy seguro de que haya sido una buena idea que Ana se quede en casa – dijo Javier metiéndose en la cama.

—¿Y eso? ¿Es por lo de esta mañana o por la escenita del otro día? No creo que sea mala chica solo tiene que adaptarse. Siempre ha hecho lo que ha querido, ahora haciendo esas cosas busca donde están los limites para saber dónde puede llegar – lo tranquilizo Marta.

—Sí, puede que tengas razón, pero no es eso exactamente lo que me preocupa.

—¿Qué es entonces? Si no me lo dices no soy adivina.

—Creo que se me está insinuando – dijo Javier a su mujer. Pero en su interior sabía que lo que realmente le preocupaba no eran las insinuaciones de Ana, eso podía controlarlo, ya le había pasado con otras mujeres. Lo que realmente le preocupaba era la forma en que estaba empezando a ver a su hija. No la veía como su niña, sino como una mujer deseada y apetecible con la que tener una relación no precisamente de padre e hija.

—¿Eso es lo que te preocupa tanto? – contestó Marta aliviada, ya que pensaba que sería algo mas grave.

—¿Te parece poco? Mira... – y levantado la sabana para que su mujer

pudiese ver la tienda de campaña que había en su pijama.

—Sí, me parece una tontería.. Creo que esta vez te has confundido. Ana es una joven muy guapa y deseable, no me extraña que te excite, pero no se te insinúa a ti, es al niño.

—¿Ana le ésta tirando los trastos a Carlitos? – dijo Javier con sorpresa, preguntándose a qué demonios estaba jugando Ana.

—Sí, creo que le gusta Carlos, no le ha quitado ojo en toda la cena, y cuando hemos entrado empapadas en lugar de subir a cambiarse enseguida a tardado unos minutos para que Carlos se fijase en ella. Creo que hablare con Ana antes de que pasen a mayores.

—Si es así, me dejas más tranquilo, pero creo que será mejor que hable yo con ella que tengo más mano izquierda.

—Como quieras. Y ahora creo que hay otro problema que tenemos que resolver... – contestó Marta en tono pícaro.

Marta aparto la sabana y acarició el bulto de su marido sobre la tela del pijama. Se acerco a él y lo besó acariciando su pecho con la mano libre. Bajo el pantalón de Javier y comenzó a masturbarlo. Mientras se besaban la mano de Marta recorría la polla de su marido mientras la mano de Javier se perdía bajo el camisón de su mujer acariciando sus duros pechos. Javier le quito el pequeño camisón dejándola tan solo con una sexy braguita. Él movió las piernas para deshacerse del pijama. Marta volvió a besar su pecho, mientras este la acariciaba, bajo hasta encontrar la dura polla de su marido. Dio un dulce besito al rosado glande y lo rodeo con su lengua antes de volver a masturbarlo. La mujer no le había dado más de tres sacudidas a esa apetitosa verga que tanto le gustaba cuando un potente chorro de semen salió disparado contra su propio pecho. Ella siguió pajeándolo un poco más para extraer toda la leche de los huevos de su marido, nuevos chorros salieron con menos fuerza quedándose en la mano con la que recorría la polla.

—Javi, realmente estabas muy excitado. No has aguantado nada – dijo Marta besándolo para luego llevar la mano manchada de leche a su boca para limpiarla con su lengua – Pero me encantas – y le mostró como se tragaba todo.

—Lo siento. Estaba muy cachondo. Dame unos minutos – contesto Javier, quien la beso en los labios saboreando su propia semilla. Se levanto y se metió en el baño.

Javier se limpio el semen que le había salpicado en su pecho y los restos que quedaron en su polla al tiempo que aprovechaba para echar una placentera

meada. Cuando volvió al dormitorio, Marta ya tenía puesto el pequeño camisón, había apagado la luz de su lado de la cama y con los ojos cerrados abrazaba su almohada. Javier se sentó en la cama. Su polla empezaba a despertar de nuevo y acaricio en prieto culo de su mujer.

—Marta, ¿estás dormida? Ya podemos continuar... – le susurro Javier a su esposa sin dejar de acariciarla.

—Javi... mejor seguimos mañana, ya es tarde y tengo sueño – ronroneo Marta sin abrir los ojos y sin soltar su almohada.

—¡Mierda! – el susurro de Javier fue casi inaudible.

—¿Hum...? – fue la débil respuesta de su mujer.

—Descansa – y Javier le dio un dulce beso en su hombro desnudo.

Javier se levanto de la cama y busco su pantalón del pijama. Lo encontró caído a los pies de la cama, apago la luz y se acerco a la ventana. Mientras se lo ponía miro al exterior donde continuaba lloviendo. Se estaba metiendo nuevamente en la cama cuando un rayo ilumino de azul todo el dormitorio. La tormenta volvía a arreciar. Javier, tumbado en la cama, junto a Marta que ya dormía plácidamente ajena a todo, cerró los ojos para conciliar el sueño.

La lluvia golpeaba los cristales, las rachas de viento soplaban con fuerza, los rayos iluminaban con un halo fantasmal las estancias de la casa mientras los truenos sonaban de fondo. Un movimiento fuera de lugar llamo la atención de Javier. La puerta se había abierto y una sombra avanzaba por el dormitorio. Un nuevo rayo ilumino la figura que se movía sigilosamente logrando distinguir quién era.

—¿Olga? – susurro Javier para no despertar a su mujer.

—Sí, soy yo – dijo la joven casi en un murmullo, acercándose al lado de la cama de su padre.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, pero no puedo dormir. La tormenta es muy fuerte y me da miedo – volvió a murmurar Olga sentándose junto a su padre. En ese momento otro rayo ilumino el dormitorio y un gran trueno hizo que todo temblase. La joven, asustada, se abrazo con fuerza a su padre quien la estrecho entre sus brazos para tranquilizarla — ¿Puedo quedarme aquí un rato hasta que pase la tormenta?

—Claro – dijo Javier apartando la sabana para que Olga se tumbase a su lado.

Liberándose momentáneamente del abrazo, Olga, se metió en la cama junto a su padre dándole la espalda. Javier se acercó al cuerpo de su hija pegando

su pecho a su espalda, le pasó su brazo por encima para que ella se sintiese protegida mientras uno de sus pies acaricia delicadamente los de la joven. Javier sintió el calor del cuerpo de su hija en su pecho, separado por la fina tela de la amplia camiseta que ella solía usar para dormir. Acarició el pelo de su pequeña y lo apartó.

—¿Estas mejor? – le susurra Javier pegado a su oído y dando un suave beso en el cuello.

—Sí, estoy mucho mejor, gracias por dejar que me quede – respondió la joven en el mismo tono mientras cogía la mano con que su padre la abrazaba para pegarse más a su cuerpo.

—Sssshhhh, duérmete cariño – dijo Javier.

Al poco rato Olga parecía dormida. La mente de Javier voló a las escenas presenciadas esa tarde pero ahora la protagonista no era Ana, era Olga, su hija, y ahora estaba allí en la cama junto a él. La polla de Javier empezó a crecer pegada a las duras y prietas nalgas de su hija. Javier bajo su pantalón para liberar su duro miembro, luego retiro la sabana para ver el cuerpo de su Olga tan solo cubierto por la fina y gastada tela de esa vieja camiseta, mientras su mano recorría su cintura bajando hasta la curva de sus caderas para subir la tela hasta su cintura. Sin darse cuenta, empezó a mover con suavidad sus caderas para frotar su erecta polla sobre las bragas de su hija. Muy despacio la mano de Javier rodeo el cuerpo de la joven colándose bajo su camiseta, acaricio su suave y firme abdomen, subió despacio con delicadeza hasta que se mano encontró uno de sus pechos. Amoldó su mano a la delicada forma de la teta de su hija, sintió su suave calor en la palma y su exuberante firmeza. Sus dedos tocaron el pezón que era pequeño y delicado al tacto, pero lo hizo con sumo cuidado no quería despertarla. Tampoco quería despertar a su mujer que dormía tranquilamente a su lado ajena completamente a su depravación.

Javier se concentro en las delicadas tetas de su hija, sus dedos apretaban con dulzura los pezones que se endurecían por momentos en respuesta a sus caricias. En ese momento pensó que Olga era imposible que siguiese dormida con tanto toqueteo por muy sutil que fuera. Pero, ¿Por qué se dejaba? ¿Por qué no decía nada? ¿Estaría tan excitada como él? ¿Le daría corte decirle a su padre que no le metiese mano? Pero pronto esos pensamiento se desvanecieron y Javier continuó disfrutando de ese cuerpo que tanto deseaba.

La mano de Javier acaricio los duros, prietos y musculosos muslos de Olga. Esa traviesa y atrevida se aventuro a tocar lo que tanto anhelaba. Acaricio la

braguita que ocultada el preciado tesoro que quería poseer. Hundió su nariz en suave cabello de su hija, aspiró su aroma, sus labios besaron su cuello, su nuca y su nariz se llenó del olor de esa piel. Cuando la mano de Javier regresó al pecho de su hija algo había cambiado, la respiración pausada se había acelerado y ese par de cositas perfectas subían y bajaban rítmicamente.

Era hora de tomar lo que más deseaba, pensó. Su mano recorrió nuevamente el cuerpo de Olga hasta llegar a su braguita. De la dura polla de Javier brotaba la transparente humedad que hacía imposible disimular su excitación al sentirla apretada entre ambos cuerpos. La mano se coló dentro de la braga y las piernas de su hija se abrieron para facilitarle el acceso a su objetivo. Sus dedos tocaron el nacimiento de esa rajita, que estaba totalmente depilada. Su niña tenía totalmente rasurado su sexo, y él pensando que seguía siendo esa pequeña que jugaba con él en el parque. ¿A que jugaría ahora?

El dedo de Javier notó esa deliciosa humedad que brotaba de la intimidad de su hija y presionó ese botón que sabía la haría despertar con una descarga eléctrica que recorrería todo su cuerpo. La reacción de Olga no pudo ser más receptiva. Se volvió situándose boca arriba y abrió todo lo que pudo sus piernas, elevando las caderas para que la mano de su padre tuviese libre acceso a lo que tanto deseaba. Olga giró la cabeza y lo miró fijamente a los ojos.

—Papa, me encanta, por favor continua – le susurró al oído.

Javier no podía creer lo que acababa de escuchar, su reacción no se hizo esperar. Su mano abarcó ese delicado coño que ya estaba completamente empapado por esa deliciosa humedad había mojado su braguita. Los dedos de Javier se deslizaban con delicadeza por la intimidad de su pequeña recogiendo todos sus jugos. Entonces la boca de Olga se acercó a la de su padre y sus labios se juntaron. Sus lenguas se buscaron y exploraron la cálida humedad de sus respectivas bocas. La boca de Olga abandonó la de su padre para susurrarle al oído con la respiración acelerada.

—Papa... estás loco mira lo que has hecho con tu hijita.

—Lo siento, yo... yo no quería... — dijo él en un tono casi inaudible, arrepintiéndose de todo.

—No tonto, no es eso, me has puesto a cien – fue la respuesta de Olga y volvió a comerle la boca – Vamos, no vas a quitarme de una vez la braga – añadió ella entre besos.

Javier no se hizo esperar y sus manos fueron a deshacerse de la prenda. Olga elevó su cintura para facilitar el trabajo.

—Tranquilo papi... – le dijo al oído de la forma más sensual.

—¿Te voy a desvirgar? – pregunto asustado Javier.

—Siento decirte que no serás el primero, pero me habría encantado que hubieras sido tú.

La mano de Olga tomo la polla de su padre, comenzó a acariciarla, a recorrerla con suavidad en toda su longitud y empezó a pajearlo con la fuerza y el ritmo justos. “Que puta es mi hijita, se nota que no es la primera vez que hace esto”, pensó Javier. Entonces Olga se puso de rodillas con las piernas de su padre entre las suyas y su boca engullo esa delicia de polla. Su boca subía y bajaba a lo largo de ese grueso trozo de carne, mientras una de sus manos jugaba con esos huevos depilados, cosa que sorprendió a la joven, mientras la otra acariciaba su abdomen y su pecho. Javier estaba en el cielo con los labios de su preciosa Olga recorriendo su miembro y empezó a mover sus caderas para follarse su boquita.

—¡Eh...! Tranquilo papi, no quiero que termines tan pronto – le dijo Olga – quiero que me folles, quiero tenerte dentro de mí.

Mientras Olga subía hasta la boca de Javier y lo besaba compartiendo con el su propio sabor, su mano cogió la polla de su padre y ella misma la guio hacia su entrada. La joven recorrió con esa dura cabeza toda su raja para que su padre sintiese como ardía su coño y supiese que había sido él quien había encendido ese fuego.

—Vamos... métemela – le dijo la joven oído.

Javier miro a su mujer que seguía profundamente dormida y ajena a lo que estaba sucediendo a su lado. Las caderas de Javier empujaron y el placer inundó su cuerpo al sentir el calor del interior de su hija entorno a su miembro y como este se contraía entorno a él.

—Sí, papi así..., hasta el fondo, ¡Aaaaah! – gimió Olga, reprimiendo un grito tapando su boca con la mano para no despertar a su madre.

El se incorporó y abrazado a ella empezó a bombear con fuerza dentro del cuerpo de su hija. Olga movía al mismo tiempo sus caderas para que el placer fuera máximo. Javier seguía moviéndose mientras su hija lo cabalgaba incansable.

—Así, así, sigue así papi..., no pares, nadie me ha follado nunca como tú – le repetía su pequeña al oído, cosa que excitaba todavía más.

—Cariño..., no puedo más..., voy a correrme – jadeó Javier.

—Vamos papi... lléname con tu leche – susurro Olga fuera de sí de manera sensual.

La joven se movía cada vez más rápido sobre su padre y este embestía con todas sus fuerzas el cuerpo de su hija para metérsela hasta el fondo. Javier iba a explotar cuando un fuerte estruendo lo hizo reaccionar. Abrió los ojos. Se encontraba tumbado en su cama, solo, empapado en sudor, con la respiración agitada y una tremenda erección. Miró a su lado, Marta dormía tranquilamente junto a él. “¿Ha sido un sueño?”, se preguntó. No podía ser, todo había sido demasiado real. Le dolía la polla de la fuerte erección que tenía y se acercó a Marta para relajarle con ella.

—Marta... Marta... Marta... — le susurro Javier al oído.

—Ummm... ¿Qué? — respondió ella entre sueños.

—Mira... vamos a jugar — volvió a susurrar Javier mientras frotaba su dura polla contra su culo.

—Estoy dormida Javi... luego jugamos — dijo Marta inconsciente, sin realmente saber a qué quería jugar su marido.

Javier volvió a su lado de la cama. Estaba cabreado. Sabía que Marta cuando estaba tan profundamente dormida no reaccionaba ante nada. El seguía empalmado y con la boca seca. Pensó en levantarse e ir al baño a beber agua cuando un nuevo golpe llamó su atención.

Se levantó de la cama y salió del dormitorio en busca del origen de ese sonido. Bajo las escaleras, todo estaba tranquilo. Las luces estaban apagadas. Caminó por el amplio pasillo y vio la luz de la cocina encendida. Lo que vio Javier cuando entró en la cocina no le ayudó nada a relajar su excitación. Ahí estaba Olga, descalza, con el pelo revuelto, tan solo vestida con una camiseta de finísimos tirantes de color blanco, ajustada las curvas de su cuerpo, dejando a la vista su firme abdomen y una braguita rosa pastel tipo bikini, tan bajita que solo le cubría lo necesario. Todas las vivencias del sueño que acababa de tener se presentaron de golpe en su mente, recordando como su hija había cabalgado sobre su erecta polla, la cual no dejaba de palpar bajo su pantalón.

—¿Qué haces? ¿Estás bien? — preguntó Javier, repasando con su mirada el cuerpo de su hija. Olga dio un respingo, asustada. Entonces respondió:

—Papá... Si, sólo es que no podía dormir y he bajado a comer algo.

—Y ese ruido, ¿eras tú? — dijo Javier, desviando la mirada y dirigiéndose al frigorífico.

—Sí, lo siento se me ha caído una bandeja, ¿te he despertado? — contestó Olga sin poder evitar fijarse en el abultamiento que había en la entrepierna de su padre cuando pasó junto a ella.

—No, no te preocupes, estaba despierto yo tampoco podía dormir — sacó una botella de agua helada y llenó un vaso.

—Sera mejor que me vuelva a la cama – dijo Olga

Se acerco a su padre que apoyado en la encimera bebía su vaso de agua. Puso su mano en su hombro desnudo, se levantó de puntillas y le dio un beso en la mejilla apoyando su pecho sobre el de suyo. Javier sintió como los pezones de Olga se clavaban en su pecho a través de la fina tela de su camiseta. La polla de Javier palpito bajo el cuerpo de su hija. Olga sintió la dureza y el tamaño del miembro que le había dado la vida en su abdomen.

—Buenas noches – dijo Olga, y se aparto de su padre al sentir como su verga palpitaba pegada a su tripita para volver a su habitación. La joven pensó cómo podría aguantar semejante erección sin inmutarse, debería de ser incluso doloroso.

—Que descanses – contesto su padre, que dio un largo trago a su vaso de agua quedándose solo en la cocina.

“Que habrá pensado de mí”, se dijo Javier, creyendo que era imposible que su hija no notase lo empalmado que estaba. Tenía que hacer algo. No podía seguir así, no hay quien descansa con eso. Cuando se disponía a meter la mano bajo su pantalón para aliviar la tensión una nueva visita llevo a la cocina.

—Dios..., esto parece el metro en hora punta – dijo Javier entre dientes cuando vio entrar a Ana.

La chica vestía una camiseta de baloncesto de los Chicago Bull bastante amplia. Javier se quedo boquiabierto cuando vio que los abundantes pechos de Ana casi se escapaban por el escote y los tirantes de la holgada camiseta.

—Hola. ¿Decías algo? ¿Molesto? – contesto al comentario que no logro entender.

—No, pasa, solo pensaba en voz alta. ¿Estás bien? – dijo Javier mientras se sentaba a la mesa para disimular su erección.

—Sí, no te preocupes, solo me apetecía un poco de leche – ella sacó el paquete del frigorífico.

Ana se acerco al mueble de los vasos y, poniéndose de puntillas sobre sus pies descalzos, se estiro para coger uno. Javier no apartaba su mirada del cuerpo de la joven, llevándose una gran sorpresa cuando su camiseta comenzó a subírsele descubriendo la perfecta redondez de sus nalgas. Sus ojos se abrieron como platos y apuró de un trago el agua que quedaba en su vaso cuando se dio perfecta cuenta que la chica no llevaba absolutamente nada bajo esa camiseta. Después de que la joven tuvo su vaso la camiseta regreso a su

posición original cubriendo esa maravillosa imagen que hizo que la polla de Javier chocase contra la mesa. Ana lleno su vaso, se giro y cruzando las piernas se apoyo en la encimera para beber su leche mientras miraba a Javier.

—¿Tu tampoco podías dormir? – le pregunto la chica rompiendo el incomodo silencio.

—No, está siendo una noche dura y complicada – respondió Javier.

—¿Por qué no tomas un poco de leche fría? Seguro que ves las cosas de otra manera – Ana le ofreció el paquete de leche.

—Creo que la leche no será suficiente, necesito algo mas fuerte – dijo Javier sin poder dejar de mirar el cuerpo semidesnudo de la chica.

—Pues tomate unos bizcochos, yo si me comería uno – contesto Ana sonriendo.

—Por mí no te prives, detrás de ti en la parte de arriba los tienes.

—Gracias comeré uno, ¿me acompañaras? – le pregunto Ana volviéndose para abrir el armario.

Ana volvió a ponerse de puntillas para intentar alcanzar la bolsa de los bizcochos sabedora que dejaba totalmente al descubierto y a la vista de Javier la redondez de su trasero. Él no pudo evitar recordar las escenas que había visto esa misma mañana en el salón. A su mente regresaron aquellos dos chicos disfrutando de ese precioso cuerpo, que en ese momento él tenía ahí al alcance de su mano, lo único que tenía que hacer erar alargarla y acariciar la firmeza de esos apetitosos glúteos.

—¡Eh! ¿Me hechas una mano en lugar de mirarme tanto? – le dijo la chica devolviéndolo a la realidad.

—Sí, perdona – le respondió Javier poniéndose de pie.

Se acerco a la joven que continuaba intentando alcanzar la bolsa, se pegó a su espalda y se estiró un poco para alcanzar el paquete. El erecto miembro de Javier se clavó en las caderas de la chica, al sentir la dureza de la polla en esa parte de su cuerpo se echó hacia atrás frotándose contra ese firme pedazo de carne que sentía enorme. Javier, al ver la reacción de Ana, tardó un poco más de lo necesario en coger la bolsa que buscaban agradeciendo el movimiento de la joven en su polla tan necesitada de mimos.

—Aquí tienes los bizcochos – le dijo Javier, separándose de la chica para entregándole la bolsa y apoyarse en la mesa.

—Sabes, es verdad que está siendo una noche muy dura – comentó Ana de forma muy picara, sonriendo y mirando el enorme bulto que había en el pantalón de Javier.

La joven cogió uno de los bizcochos y sin dejar de mirar la entrepierna de Javier saco su lengua y comenzó a jugar con ella alrededor del dulce, lo chupó de manera sensual para morderlo con suavidad. Javier no perdió detalle de la escena, lo que hacía que su polla no dejara de palpar bajo su pantalón. Ana dejó el bizcocho sobre la encimera, se acercó a Javier y puso sus manos sobre su pecho, acariciando muy despacio sus músculos y jugando con su bello. La chica acercó sus labios al oído de su anfitrión y le susurró de la manera mas sensual que él nunca había escuchado.

—Sabes que a mí los bizcochos me gustan con leche.

Javier permaneció en silencio. El cuerpo de Ana se pegó al suyo, sintiendo como las duras tetas de esa diablesa se clavaban en su pecho. Mientras la chica descendía acariciando su pecho y su abdomen, una de sus manos se coló bajo su pantalón. La lengua de la joven dejó de jugar en el cuello de Javier.

—Sí, eres un chico malo, tu tampoco llevas nada debajo y estas depiladito – volvió a repetir ella de forma sensual.

La mano de Ana acarició toda la longitud de esa verga completamente dura hasta que llegó a los huevos, los tomó con su mano y los apretó con suavidad arrancándole al hombre un jadeo ahogado. Una de las manos de Javier se aventuró a tocar el apetecible culo de la chica, lo hizo con suavidad sobre la tela de la camiseta, sintiendo su firmeza. La mano bajo a su muslo acariciando la suave piel de la joven y fue subiendo hasta que poco a poco se coló bajo la camiseta. Por fin sintió la delicada piel de ese culito que tanto deseaba, cubrió con su mano toda la nalga de Ana y la apretó comprobando la firmeza de esa parte de la anatomía de su invitada, quien no perdía el tiempo y seguía jugando con su polla. La chica la había tomado entre sus dedos que subían y bajaban por ese mástil que se tensaba aun más. Javier no podía contener tanta excitación, su respiración se acelero con su cabeza enterrada en el cuello de la joven. Ana, sabedora de lo que se aproximaba, saco la mano del pantalón y se apartó de él. Javier dejó de acariciar el culo de la joven.

Ana tomo el bizcocho que había dejado en la encimera y lo devoró de un solo bocado. Javier no podía apartar su vista de ella, de cada uno de sus movimientos. La joven cogió el vaso de leche y sin dejar de mirar a los deseosos ojos de Javier, lo bebió de un trago, pasando su delicada lengua sensualmente por su labio superior para limpiar el filo blanco de leche que había quedado. Ana se acerco otra vez a Javier, apoyo una de sus manos en su hombro, se alzó de puntillas y dio un suave beso a los labios mientras su otra mano se poso nuevamente en su paquete para apretarlo por última vez.

—Buenas noches – le dijo.

Ana caminó hacia la puerta de la cocina, de puntillas, moviendo sus caderas de manera sensual. Cuando llegó, se giró, le guiño un ojo y con una sonrisa entre pícaro y malvada, vio como una mancha de humedad se extendía por la zona de la bragueta del pantalón de Javier. Este se quedó solo en la cocina con una leve sonrisa en sus labios, sintiendo como la humedad de su corrida mojaba su vientre y bajaba por su pubis. Javier no se limpió, subió a su dormitorio con su semilla corriendo por sus muslos pero con su polla relajada. Marta seguía tan dormida. “Menos mal que es a Carlitos a quien Ana le tira los tejos”, pensó Javier, recordando la conversación que había tenido con Marta. Se tumbo en la cama y se durmió al instante.

Javier se despertó sintiendo unos labios sobre los suyos. Su esposa lo estaba besando mientras acariciaba su pecho.

—Buenos días mi amor – lo saludo cuando este abrió los ojos.

—Hola – dijo Javier soñoliento, sonriendo por la aptitud de su mujer.

Marta siguió besándolo, una de sus manos lo tomaba por la nuca para que no se le escapase su boca y su mano se coló bajo el pantalón de su marido. La polla de Javier estaba flácida pero al sentir el tacto de la mano de su mujer comenzó a crecer. Cuando Marta acarició la polla y el pubis sintió la piel pegajosa.

—Javi... ¿Te hiciste anoche otra paja? – le pregunto dejando de besarlo, sacando su mano del pantalón y llevándola hasta su nariz para olerla.

—No, ¿cómo voy hacerme una paja?

—Anoche entre sueños me parecías excitado, te has corrido y ni siquiera te limpiaste. Además tienes el pijama manchado – dijo Marta a su marido mostrándole su mano y la tela de su pantalón.

—Pues no me masturbe, ha debido ser un sueño erótico – mintió Javier acariciando los muslos de Marta y metiendo su mano bajo la leve tela de su corto camisón.

—Vaya ahora resulta que estoy casada con un adolescente – respondió la mujer con una sonrisa y dándole un piquito en los labios. Luego se levanto de la cama, se quito el camisón y lo tiro al pecho de su marido que seguía tumbado, para ir vestida tan solo con una pequeña braguita blanca hacia el baño.

—Pero, Marta...

—¿Qué?

—¿Me vas a dejar así otra vez? – le pregunto Javier señalando su polla que

estaba medio erecta.

—Claro. Me apetecía un poco de leche calentita, pero... tendrías que ducharte. Además mira qué hora es. Es tardísimo, tengo que ducharme, preparar el desayuno e irme la reunión del claustro a primera hora. Pero no te preocupes sabes que te compensare – fue la respuesta de Marta. Luego entro en el baño y se dio una ducha.

Cuando Marta salió del baño envuelta en una toalla, Javier estaba sentado en la cama apoyada la espalda en el cabecero. Javier la miraba fijamente. Marta se quitó la toalla y busco unas braguitas en uno de los cajones.

—Me miras de una forma que parece que no hubieses visto desnuda antes – dijo su mujer mientras se ponía las bragas elegidas.

—Es que estas preciosa y me encanta admirar tu cuerpo. ¿Por qué no vienes a la cama y me esperas cinco minutos que me dé una ducha?

—Venga, date una ducha.

Javier se quitó el pantalón y salto de la cama en dirección al baño. Marta sonreía viendo a su marido corriendo desnudo por la habitación. El hombre se metió en la ducha a toda prisa, abrió el grifo y potente chorro de agua fría golpeo su cuerpo. Cuando salió del baño con solo una toalla anudada a su cintura, Marta ya no estaba en el dormitorio. Se vistió y bajo a la cocina. Marta ya estaba perfectamente vestida, con el desayuno en la mesa y tomando una tostada.

—Has sido muy mala. Eso no se hace – le dijo Javier al entrar en la cocina.

—Lo siento de verdad. Cuando bajen los chicos cerciérate que coman algo que luego se van tomándose solo un café o un zumo – dijo Marta. Luego apuro su café, se levanto de la mesa y le dio un apasionado beso a su marido compartiendo el amargo sabor del café que acababa de tomar – Te quiero. Llego tarde. Ah, por cierto, hoy vendrá María – continuo diciendo mientras salía apresurada.

—Adiós... también te quiero.

Javier se quedo solo en la cocina, se sentó a la mesa y se puso una taza de café recién hecho del que había dejado Marta. Carlos y Olga entraron con prisa por que llegaban tarde su primer día de clase. Saludaron a su padre y tras beberse un vaso de zumo cada uno y coger unas magdalenas salieron corriendo. Justo cuando ellos salían entraba Ana, que se despidió de Carlos con un hasta luego y de Olga con un te veo luego en la facultad.

—Buenos días – le dijo a Javier con una sonrisa cómplice.

—Buenos días – respondió Javier como si nada, dando un nuevo sorbo a su

café.

Ana se puso también un zumo, pero no se sentó para tomarlo, se apoyo en la encimera como la noche anterior para que Javier disfrutara de su atuendo. Ella vestía unas ajustadas mayas de color negro con tres rallas blancas en los laterales que le llegaban justo por debajo de la rodilla, un top ajustado del mismo color en el que destacaba la marca en blanco sobre sus pechos y unas deportivas blancas para correr. El pelo lo llevaba recogido en una coleta. El deportivo conjunto se ajustaba a su cuerpo como si de una segunda piel se tratase. Javier, en el repaso visual de la joven, no pudo evitar fijarse en el vértice de sus piernas donde la ajustada y elástica tela del pantalón se introducía marcando claramente los labios de su sexo desnudo.

—Ana, tenemos que hablar – le dijo en tono serio.

—Si es por lo que paso anoche, no te preocupes, no se volverá a repetir si tú no quieres. Además tampoco paso nada, tú estabas muy excitado y yo también... y bueno, no serás el primero ni el último que se corre con las caricias de una chica – respondió Ana con toda tranquilidad.

—Sí, vale, lo de anoche está aclarado y no volverá a suceder – dijo él zanjando esa cuestión – Pero de lo que quería hablar contigo es de otra cosa, pero no sé cómo planteártelo es algo delicado.

—Venga, Javier, creo que ya tenemos confianza y más delicado que lo sucedido anoche no creo que sea – dijo Ana sonriendo.

—Tienes razón iré al grano. Se trata de lo de traer chicos a casa.

—¿Cómo? – dijo la chica extrañada.

—Eres joven, guapa y me parece bien que te guste el sexo, pero lo que paso ayer aquí con esos dos chicos no debe repetirse. Olga estuvo a punto de pillaros y creo que escucho los gritos que dabas.

—¿Con eso quieres decir que nos viste? – dijo Ana haciéndose la ofendida.

—Sí, os vi.

—¿Y por qué no entraste para echarlos? Qué pasa... ¿O es que te gusto lo viste? – Javier permaneció callado. El tono de Ana comenzaba a ser más sugerente – ¿No dices nada? Eso quiere decir que te gusto y seguro que lo pasaste muy bien, ¿Verdad? – se hizo un segundo de silencio – No... ¿No me digas que te la machacaste viéndome follar como una perra? – dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, me hice una paja viendo como follabas con ellos ¿Qué pasa? – la reto Javier.

—No pasa nada, pero empiezo a entender el motivo de tu charla, Olga casi

te pilla con la polla en la mano, fue eso. Por eso estabas así ayer, tenias ganas de follar, ¿o continuas teniéndolas? – dijo Ana con cara de felicidad, alargando la mano para agarrar el paquete de Javier – Si, sigues teniéndolas, estas empalmado y con ganas de follarte a la primera que se te ponga a tiro, ya que parece que Marta te ha dejado con las ganas. Sabes, estoy segura que si ahora mismo entrase Olga por esa puerta con esa faldita que llevaba y se agachase un poquito podrías verle todo, y ella esta mucho mas buena que yo, ¿te podrías resistir a clavársela y hacerla disfrutar? – continuó diciendo Ana.

—Calla, joder, no digas burradas, ¿de verdad piensas que soy tan depravado que me follaría a mi propia hija? – atacó Javier.

—No digo que lo hagas, pero seguro que se te ha pasado por la imaginación – respondió la chica.

—Ana, no sigas por ahí – la corto Javier de manera tajante.

—Sabes te entiendo perfectamente, se lo que es tener ganas de follar y no poder hacerlo. ¿Sabes lo que hice anoche cuando subí a mi habitación? Me hice unos deditos pensando en ti, en que era tu polla la que me penetraba, no te imaginas lo que me costó contenerme, me hubiera encantado follarte y disfrutar tu verga aquí contigo.

—Déjalo ya – interrumpió Javier.

—Ves a ti te pasa lo mismo, te mueres de ganas por follarme – Ana metió su mano en su pantalón, la llevo hasta su sexo y recogió con dos de sus dedos la humedad que empezaba a brotar, luego, sacando la mano, le acerco los dedos a Javier – Mira, ¿ves como me pones?

Él tomo la muñeca de Ana y llevo su mano hasta su nariz, olió el íntimo aroma de la joven y luego, llevando esos dedos a su boca, degustó su esencia.

—¿Y ves como me pones a mi? – Javier llevó la mano de Ana al bulto de su entrepierna.

—Vamos, fóllame – le dijo Ana, subiendo su top y mostrando sus firmes pechos.

Javier se lanzo a ellos, los mordió con ansia, con deseo, con lujuria probando la dureza de sus rosados pezones. Mientras una de sus manos la cogía por la estrecha cintura, la otra bajaba sus mallas deleitándose con el tacto de ese prieto culito que lo volvía loco. Ana, con la cara hundida en el cuello de Javier, lo mordió con furia mientras sus manos luchaban con el cinturón y los pantalones de este. Él bajo el pantaloncito de la joven hasta sus rodillas sin dejar de disfrutar sus tetas, llevó su mano a la deseada entrada donde sus dedos empapados por la excitación penetraron a la chica con total

facilidad. La mano de Ana ya se había apoderado de esa polla que tanto quería cuando sintió como Javier la follaba con sus dedos. Ella no pudo evitar gritar de gusto. Javier callo el grito con su boca.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa? – grito una mujer entrando en la casa.

—¡Mierda! ¡Es María! ¡La asistenta! ¡Arréglate! – susurro Javier apartándose de Ana.

Ana subió rápidamente su ajustada maya y bajo el top cubriendo sus tetas, mientras Javier volvía a meter la camisa dentro del pantalón para después abrocharlo. La joven cogió su zumo y Javier su café justo cuando la asistenta entraba en la cocina.

—Buenas días – dijo María.

—Hola María – respondió Javier totalmente congestionado.

—Buenas – fue el saludo de Ana a la desconocida.

—¿Qué tal la vacaciones? ¿Y la familia? – le pregunto Javier para desviar cualquier sospecha.

—La familia muy bien, gracias. Y las vacaciones descansando un poquito. ¿La señora y los niños están en casa? Es para saludarlos – dijo María.

—No. Marta se marchó temprano al colegio, tenía una reunión y los chicos empezaban hoy las clases. Por cierto te voy a presentar. Ella es Ana. Es la hija de unos buenos amigos y estará en casa durante el curso – dijo dirigiéndose a María – Y ella es María, se encarga de llevar la casa – añadió dirigiéndose a Ana.

—Encantada de conocerla y espero no darle mucho trabajo – dijo Ana a la asistenta y se acercó para darle dos besos.

—El placer es mío y tú por eso no te preocupes – respondió María correspondiendo a los dos besos de la joven – Estas con Olga en su habitación, ¿verdad?

—No, hemos acondicionado la buhardilla, Ana vivirá ahí – respondió Javier – Por cierto, hablé luego con Marta para ajustar su sueldo a la nueva situación.

—Usted no se preocupe por eso. Bueno, voy a ponerme a la tarea – dijo María.

—Gracias María. Ana acompáñame un momento a mi despacho y dejemos que María haga sus cosas — dijo Javier. Ambos fueron al despacho.

Nada más entrar en el despacho Ana comenzó a reírse tapándose la boca con la mano para que María no la oyese mientras Javier volvía a colocarse la ropa perfectamente.

—¿Por qué te ríes? – preguntó Javier.

—Tendremos que hablar con el vecino para que te de bromuro – dijo Ana riéndose de nuevo.

—Que graciosa. Pues a mí no me hace ninguna – contesto Javier sonriéndole.

—¿Quieres que sigamos por dónde íbamos? – sugirió la chica pícaramente acercándose a Javier.

—¿No ves que no estamos solos? Además, tendrás que ir a clase.

—Las clases las tengo esta tarde. Entonces ya que tú no quieres hacerme correr... me iré a correr – dijo Ana con malicia, provocándolo.

—Ana... déjalo, no provoques más. Por cierto tengo algo tuyo.

—¿Qué?

—Esto – y sacó el tanga de uno de los cajones de su mesa, dándoselo a la chica.

—Vaya, vaya... con que lo tenías tú – continuó Ana con el tono provocador. Y cogiendo la prenda noto la textura acartonada, luego la olío – Ya veo que lo usaste bien mientras me mirabas. Puedes quedártelo, estoy segura que lo disfrutaras – dijo devolviendo la prenda a Javier – Sera mejor que me vaya.

—Yo también me voy – añadió Javier guardando el tanga de nuevo en su cajón.

Javier cogió su portafolio y ambos salieron del despacho. Caminaron juntos hasta la puerta. El miro a su espalda por si estaba María cerca, viendo que no había nadie apretó con su mano en culo de Ana.

—¡María, nos marchamos! – grito Javier a la asistente antes de abrir la puerta.

Ya con la puerta abierta, justo antes de salir, Ana se apoyo en el hombro de Javier y, poniéndose de puntillas, le dio un suave beso en los labios.

—Ciao, que tengas un buen día. Me acordare de pedirle el bromuro a Pablo – dijo la chica riendo. Salto los escalones de la entrada y salió corriendo.

—Adiós – dijo Javier sonriendo. Luego subió a su coche y se fue empalmado a la oficina.

—CAPITULO 3—

LA PELICULA PORNO

La rutina fue tomando su sitio en la casa conforme las cosas volvían a la cotidianidad. Los chicos habían comenzado sus clases de manera habitual. Olga y Carlos pasaban fuera de casa toda la mañana y no regresaban hasta primera hora de la tarde. Ana tenía un horario mucho mas caótico ya que tenía

sus clases repartidas entre la mañana y la tarde dependiendo de los días, lo que le permitía pasar mucho tiempo fuera de casa.

Javier, de nuevo zambullido en su trabajo pasaba todo el día fuera, regresando sobre las seis, después de su jornada, siempre que no tuviese ningún compromiso. Marta salía mucho antes del colegio, pero aprovechaba para ir al gimnasio tres veces por semana y el resto de los días hacia la compra o se tomaba un café con las amigas, con lo que solía llegar a casa casi a la misma hora que su marido.

Ana se había centrado en sus clases por lo que de momento tenía aparcado el tema de los chicos. Pero a lo que Ana no podía resistirse era a su juego de seducción con Javier. Aprovechaba la más mínima ocasión para hacer que Javier se encendiese. Su manera de vestir cuando estaba en casa era cómoda pero siempre se las ingeniaba para dar un toque de sensualidad a su atuendo cuando sabía que Javier la vería. Camisetas ajustadas o muy amplias, con amplios escotes, bajo las que nunca había nada que guardase sus encantos de las mirabas deseosas de su anfitrión. Los pantaloncitos que solía ponerse con cinturas muy bajas siempre dejaban a la vista su tripita y la longitud de sus piernas, la escasa tela de estos, hacia que la mayor parte del tiempo, por cualquier movimiento involuntario, la sensual ropa interior de Ana fuese visible para los habitantes de la casa.

Olga había retomado su relación con Daniel tras haberlo dejado, momentáneamente, por una discusión sin importancia a la que ambos le dieron demasiada. Daniel, dos años mayor que Olga, estudiaba RR.LL. y ese era su último curso. El novio de Olga pasaba desde su reconciliación pasaba muy a menudo por la casa. Posiblemente, Daniel, era el único hombre que pasaba por allí que no se había fijado en Ana. Este solo tenía ojos para Olga. Ella era su ideal de mujer. Con su pelo castaño, largo con un suave ondulado, que parecían olas sobre sus hombros, sus ojos negros y profundos como la noche, su cuerpo torneado con sensuales curvas lo volvían loco y su voz dulce lo hechizaba. Realmente, Olga, era mucho más guapa y tenía mejor cuerpo que Ana, pero no sabía explotarlo de la misma forma que ella. A pesar de ello, para Daniel, Ana, solo era una chica rubita y mona que le gustaba mostrar sus encantos.

Con la reconciliación, Olga y Daniel, querían recuperar el tiempo perdido y en alguna ocasión habían sido interrumpidos en el sofá, cuando tras los besos y las caricias la mano de Daniel buscaba otras intimidades.

Todo esto hacia que Javier no dejara de pensar en disfrutar del apetecible

cuerpo de su invitada. Marta disfrutaba de las apasionadas emboscadas de su marido para desfogarse con ella, mientras, Javier, en su mente todo eso se lo estaba haciendo a ese demonio de chica que se había metido en su cabeza y que le hacía estar excitado a todas horas. Pero Javier, también, empezaba a ver a su hija Olga de una manera muy diferente. Ya no era su niña pequeña. Olga se había convertido en una mujer espectacular en la que no había reparado hasta entonces. Una mujer que era capaz de despertar en un hombre sus deseos más primarios.

En todo ese juego de seducción y provocación había una persona que estaba al margen pero que disfrutaba de él tanto o más que su padre. Carlos, se deleitaba diariamente con el cuerpo de Ana y con las ocasionales insinuaciones que esta le regalaba siempre que su madre estaba presente. Esto hacía que Carlos cada noche cuando se iba a la cama liberase su excitación en solitario. Las imágenes del cuerpo desnudo de Ana se habían grabado a fuego en su mente. Esas imágenes habían sustituido en sus sesiones de sexo solitario a las de su novia, Clara.

Carlos había comenzado a salir con Clara, como pareja, hacía solo unos meses. Ambos se conocían desde niños ya que el padre de Clara, Marcos, era socio de Javier en la agencia de publicidad e Irene, la madre de Clara, era íntima amiga de Marta. Clara, un año menor que Carlos, no había accedido a consumar su relación con él a pesar de su insistencia. El sexo, entre Clara y Carlos, por el momento, se limitaba a largas sesiones de besos y caricias, que culminaban con ambos desnudos masturbándose mutuamente.

Marta estaba preocupada por lo que pudiese ocurrir entre su hijo y Ana, ya que las insinuaciones de esta hacia él eran evidentes y las había presenciado en varias ocasiones. La preocupación de Marta no era por lo que pudiese hacer Carlos con Ana. Lo que realmente la tenía intranquila era que Ana era una chica con mucha experiencia, por lo que temía que Carlos se encaprichase de ella y dejase a Clara. Eso, Marta, estaba dispuesta a evitarlo por todos los medios, puesto que ella consideraba que la hija de su amiga era la chica ideal para Carlos. No podía permitir que Ana se metiese en medio de la joven pareja.

A finales de septiembre cuando María hacía la limpieza general de todos los meses ocurrió un hecho que hizo que Marta encendiese una lucecita roja de alerta. Marta estaba en su dormitorio corrigiendo unos ejercicios cuando fue interrumpida por unos nudillos que llamaban a la puerta.

—¿Se puede? – pregunto María entreabriendo la puerta.

—Pasa María – respondió Marta al tiempo que María entraba en la habitación.

—Marta... — dijo María quedando luego en silencio sin saber cómo continuar.

—¿Ocurre algo? – se preocupó Marta.

—Es que... no sé si debería decírtelo... — intento continuar nuevamente.

—María di lo que tengas que decir que hay confianza entre las dos – la animó Marta.

—Estaba haciendo la limpieza del salón y... creo que será mejor que lo veas tu misma.

—Está bien, vamos a ver – dijo Marta dejando los folios y el rotulador sobre la cama después de levantarse de su sillón.

Las dos salieron del dormitorio y bajaron al salón. Estaba desordenado, con los muebles movidos de sus lugares habituales y con algunos cubos, cepillo y aspiradora en medio.

—Bueno ¿Qué es lo que tengo que ver? – pregunto Marta.

—Estaba limpiando y cuando he movido ese sofá... tal vez no debería haber dicho nada— respondió María y señaló el lugar.

Ambas se acercaron. Lo que vio Marta en el suelo que habitualmente ocupaba el sofá la dejó estupefacta. Ahí estaban dos condones, usados, con el fruto de la pasión seco en su interior.

—Has hecho muy bien en decirlo, no te preocupes, además me encargaré de que esto no se vuelva a repetir – dijo Marta y se agachó para recogerlos.

—No, déjalo ya me encargo yo – quiso detenerla María.

—Tu continua con la limpieza, no pasa nada – respondió Marta y salió del salón.

Marta fue a la cocina para tirar a la basura los dos preservativos, segura de que habían sido usados por Carlos y Ana. Ahora estaba segura que las insinuaciones de Ana habían dado su fruto. Marta dudaba que sería mejor, hablar con Carlos, con Ana o con los dos para dejarles claro que ese jueguito que se traían debía terminar. De todos modos antes quería comentarlo con su marido.

Ese viernes coincidieron todos en casa para comer. Cuando llegó Javier, Marta, estaba en la cocina ayudando a María con los últimos detalles de la comida. Javier entró en la cocina directamente siguiendo el olor de lo que ahí se estaba preparando.

—Hola. Eso huele que alimenta – dijo Javier a María – Hola cariño – le

dijo a su mujer y le dio como tenía por costumbre un piquito en los labios.

—Gracias, pero espere a probarlo – le respondió María.

—Hola cielo – contesto Marta y correspondió al beso de Javier.

—Voy a ponerme cómodo – informó Javier a su mujer y se dispuso a salir de la cocina.

—Espera, voy contigo, tenemos que hablar – le dijo Marta y salió tras él.

Javier, fue a su despacho, donde dejó su portafolio, antes de subir a su dormitorio acompañado de su mujer. Ambos entraron y cerraron la puerta.

—¿Qué pasa? – pregunto Javier mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre el sillón.

—María ha encontrado dos condones usados bajo el sofá esta mañana cuando limpiaba – respondió Marta sentada en la cama.

—¿Y qué? – dijo Javier tranquilamente desanudando la corbata.

—¡Ah! ¿A ti te parece normal que Carlos se enrolle con Ana en el salón y dejen los condones debajo del sofá? – respondió Marta algo enfadada por la aptitud de su marido.

—Vamos a ver. No está bien que hayan dejado los condones debajo del sofá. Eso serían las prisas. Mira el lado bueno, al menos han usado protección. Pero... ¿Cómo sabes que son de Carlos y Ana? – recapacito Javier en lo dicho por su mujer.

—Joder, Javier, es que no me escuchas cuando te hablo. Ya te dije el otro día que Ana se le estaba insinuando y al final ha caído. Tendremos que hacer algo ¿no? – insistió Marta con su teoría.

—Pero para hacer algo tendremos que estar seguros de quienes han sido.

—¿Es que no lo tienes claro? Pues en ésta casa no hay más hombres que Carlos y tú. Y nosotros no usamos condones – dijo Marta algo molesta por las dudas de Javier que se había sentado en el sillón frente a ella.

—Vale, supongamos que ha sido Carlos, ¿Cómo sabemos que ha sido con Ana? El otro día cuando llegue Carlos y Clara estaban muy acaramelados en el sofá.

—Pues lo sabemos porque Clara y Carlos no lo han hecho todavía. Clara es virgen – le dijo Marta con seguridad a Javier.

—¡Joder! ¿Y tú como lo sabes? – pregunto Javier sorprendido por la afirmación de su mujer.

—Me lo ha dicho Irene. Clara hablo con ella sobre el tema, ya que al parecer Carlos quiere, pero ella no se siente preparada aún – le respondió Marta bajando el tono de voz.

—Cuando tomáis café no tenéis otro tema de conversación que no sea la vida privada de vuestros hijos.

—No te desvíes del tema. La cuestión es con quien tenemos que hablarlo, con Carlos, ya que no está nada bien que salga con Clara y se esté revolcando con Ana, o lo hablamos con Ana ya que ella ha iniciado esto, o lo hablamos con los dos – dijo Marta pidiendo consejo a Javier.

—Pero seguimos dando por sentado que ha sido Ana.

—¿Por qué coño la defiendes tanto? – pregunto enfadada Marta.

—Porque no estamos seguros que haya sido ella.

—¿Pues dime tu quien nos queda? – siguió interrogando enfadada a Javier.

—Daniel – respondió Javier.

—¿Olga y Daniel? – se pregunto Marta al surgir la duda, ya que esa era una posibilidad que no había contemplado.

—Admite que últimamente Daniel pasa mucho tiempo aquí ¿Cómo podemos saber que no han sido ellos? – apuntalo Javier la duda en su mujer.

—Está bien, al final me has hecho dudar, ¿Estas contento? – dijo Ana decepcionada ya que Javier había hecho que su teoría hiciese aguas.

—No. Lo único que pretendía era que te dices cuenta que no sabemos quién ha sido. Además tampoco hay nada de malo en lo que han hecho. No han hecho nada que no hiciésemos nosotros a su edad. Y lo más importante, son lo bastante responsables para tomar precauciones – dijo Javier para tranquilizar a su mujer quitando importancia a lo sucedido.

—Ya, pero...

—Sí, estoy de acuerdo, dejarlos debajo del sofá no ha estado bien, pero creo que será suficiente con decir en general que eso no se deja ahí y ya tomara nota quien haya sido para no repetir – continuo Javier.

—Vale, lo dejaremos así de momento ¿Bajamos a comer? – dijo Marta cerrando el tema.

—Claro, me lavo las manos y bajamos. Por cierto, me ha llamado tu hermano Rafa esta mañana, que ha quedado con tu hermana Belén para cenar, para si nos apetecía y salíamos los seis esta noche. Le he dicho que te lo comentaría y tu de dirías algo.

—Me parece un buen plan, lo llamo después de comer para decirle que vamos – dijo Marta.

Javier y Marta bajaron al salón donde Olga, Carlos y Ana veían la televisión mientras esperaban que la comida estuviese lista. María les dijo que la comida estaba servida y todos pasaron al comedor.

La comida fue normal. Comentaban lo que habían hecho durante la jornada, Marta y su marido, se interesaban por cómo iban las clases de los chicos. Cuando Javier consideró que el ambiente estaba relajado aprovechó para hacer el comentario.

—Esta mañana, parece ser, han aparecido debajo de uno de los sofás del salón un par de cosas. Suponemos que alguien las olvidó ahí sin darse cuenta. Solo esperamos que no se repita.

—¿Pero qué es? – pregunto Olga.

—No importa. La persona que lo olvidó ahí ya sabe que la próxima vez debe tener más cuidado. Así que cambiemos de tema – corto Javier cualquier nuevo comentario que pudiese surgir.

En ese momento a la mente de Ana vino la imagen de cómo metió de una patada los condones usados por sus amigos bajo el sofá. Lo había olvidado por completo. El rostro de Ana tomó un ligero tinte rojizo. Cuando los mirados de Javier y Ana se cruzaron esta le hizo un gesto de reproche por su comentario.

Marta, observaba a su joven invitada, ya que a pesar de las dudas planteadas por su marido, seguía pensando que era Ana la responsable. El gesto de Ana confirmó su sospecha parcialmente, puesto que Carlos, al que tampoco quitó ojo, no había hecho ningún gesto que le indicase que se daba por aludido. En ese mismo instante, Marta, decidió que tenía que hablar con Ana para saber que había pasado exactamente.

—Por cierto, esta noche salimos a cenar con los tíos, si vais a salir no quiero que volváis muy tarde – comentó Javier.

—Yo iré al cumpleaños de Carolina y a lo mejor me quedo a dormir en su casa – comentó Olga.

—¿También irá Daniel? – le pregunto su padre.

—Claro – dijo Olga como si fuera algo obvio.

—Entonces como muy tarde a las tres en casa – le dijo Javier.

—¡Pero! ¡Papá...!

—No hay peros, a las tres aquí o estarás castigada el próximo fin de semana. Tu veras – le dijo Javier zanjando la discusión.

—¿Yo también tengo toque de queda? – pregunto Ana con un tono ligeramente sarcástico no esperando respuesta.

—Sí, tu también, si vas a salir a las tres en casa. Y si no cumples el toque de queda la pena será la misma, arresto domiciliario el próximo fin de semana – respondió Javier también en tono sarcástico.

—A sus órdenes — dijo Ana.

—Carlos ¿tu vas a salir? – le pregunto Marta.

—No. Clara no va a salir, tiene que preparar un examen que tiene el lunes durante el fin de semana y además tengo partido mañana. Así que veré unas pelis – respondió Carlos.

—Me parece muy bien – dijo su madre.

Después de la comida toda la familia incluida la invitada fueron al salón. Javier ojeaba un periódico mientras se tomaba su café. Marta y los chicos veían un programa de televisión. Ana con sus auriculares puestos leía un libro. La joven lectora vestía una muy corta y ajustada falda vaquera. Al principio la ajusto bajándola para guardar las apariencias ante Marta pero con el paso del tiempo y los movimientos “involuntarios” la faldita fue subiéndose. Las morenas piernas de Ana estaban totalmente descubiertas y comenzaba a mostrar el color blanco de su braguita. Javier que de vez en cuando miraba por encima del periódico se percató inmediatamente del bonito espectáculo que se mostraba ante él. Carlos sentado junto a su padre desvió su atención de la televisión a las piernas y el triangulo blanco que se mostraba frente a él.

La joven levantaba en algunos momentos la vista de las páginas de su libro y miraba a los dos hombres que estaban frente a ella. Cuando su mirada se cruzaba con la de Carlos este rápidamente la desviaba a la televisión sabiéndose pillado. Javier, por encima del periódico sonreía a la joven provocadora y esta le devolvía la sonrisa.

Carlos cruzo las piernas para disimular la erección que había aparecido bajo su pantalón y su padre bajo un poco el periódico para cubrir su entrepierna que tampoco se había resistido a los encantos de la joven. Las mentes de padre e hijo estaban disfrutando pensando en las posibilidades que les ofrecería disfrutar de ese escultural cuerpo.

Mientras, Marta, sentada junto a su hija observaba a los tres. Veía como la falda de Ana se había convertido en un cinturón y como no le importaba mostrar sus piernas desnudas por completo. Miraba a su hijo y como este no apartaba la mirada de la joven salvo en los momentos que la de ambos se cruzaba, viendo como con movimientos disimulados intentaba acomodar la ese sensible parte de su cuerpo que había aumentado de tamaño. También vigilaba a su marido, pero no veía nada fuera de lo común en su comportamiento. Marta tenia cada vez más claro que Ana y su hijo estaban siendo algo más que compañeros de casa.

Cuando terminó el programa Olga subió a su habitación para arreglarse para

ir al cumpleaños de su amiga. Marta también se fue a su dormitorio para terminar de corregir los ejercicios que le quedaban, al tiempo que su hijo recibía la llamada de un amigo para ir a dar una vuelta antes de cenar, marchándose también.

Se habían quedado solos. Ana y Javier frente a frente. La mano de la joven recorrió sus el interior de sus muslos hasta llegar al húmedo vértice de sus piernas. Javier miraba por encima del periódico como la traviesa mano de la joven marcaba la raja de su sexo en la blanca tela de sus bragas. Él pene de Javier pugnaba por escapar de su prisión y tomar posesión de aquella cueva que se mostraba frente a él. Su mente nuevamente se vio tomada por las imágenes de aquel día de la joven y sus amigos en ese mismo sofá, lo que hizo que su ya prominente erección lo fuese aun más. La provocadora joven abrió totalmente sus piernas y dejó su libro a un lado llevando ambas manos a ese lugar que su anfitrión no perdía de vista y que tan necesitado estaba de atenciones. Apartó la mojada tela de su braga con una de sus manos exponiendo totalmente su sexo a la lujuriosa mirada de Javier, luego con su otra mano acarició nuevamente el interior de sus muslos hasta que sus dedos recorrieron la húmeda entrada de su vagina impregnándose de toda su esencia.

Javier no pudo aguantar más su excitación cuando su invitada llevo sus dedos a la boca los chupo a fondo saboreándolos bien para lubricarlos convenientemente para su propósito. Esos dedos volvieron a esa cueva que ansiaba su visita y a la que entraron sin ninguna dificultades. Ana mordió su labio inferior para contener los gemidos que ella misma se estaba provocando al pellizcar su dilatado clítoris mientras de penetraba con sus ojos clavados en su deseado anfitrión. Él, sin apartar la vista de ella llevo su mano a su bragueta, bajo la cremallera de su pantalón y su mano busco su verga dejándola salir de la cárcel de tela que la contenía. Mientras sostenía el periódico con una mano cubriéndose la otra ya recorría su polla en toda su longitud. Levantó el diario para que su provocadora visita pudiera ver que había logrado su objetivo y se masturbaba frente a ella también.

El dueño de la casa bajo precipitadamente el periódico y dejó de recorrer su polla cuando en la puerta del salón, a la espalda de la diabólica joven, apareció una figura femenina. Ella no detuvo su placer a pesar de ver la reacción de su compañero de juegos y saber que alguien había a su espalda.

—Señor, ¿esta Marta? – pregunto María desde la puerta.

—Está arriba corrigiendo – fue la respuesta de Javier casi sin aliento por la excitación.

—Entonces no la molesto. Dígale que ya he terminado y que todo lo que me pidió se ha quedado terminado.

—No te preocupes María, yo se lo digo – dijo Javier algo más repuesto.

—Gracias. Hasta el lunes – se despidió María.

—Adiós, buen fin de semana – dijo Ana con una sonrisa que no cabía en su cara del maravilloso orgasmo que acababa de tener.

—Hasta el lunes – dijo Javier.

—Gracias – dijo María a la joven y se marchó.

Cuando escucharon como la puerta de la casa se cerraba Ana rió, nuevamente Javier se había quedado a medias. Él la miró desconcertado y decepcionado por su nuevo fracaso. La joven se levanto sin componer su indumentaria y fue junto a él, se sentó en el brazo del sofá y se asomo apartando el periódico al centro de Javier. Su polla aun se mantenía dura. Ana aproximó sus dedos a los labios del hombre, esos dedos que hacía solo unos segundos estaban dentro de su coño. El degusto ese sabor aunque solo eran las migajas, lo que deseaba era beber directamente de la fuente. Javier llevo su mano al muslo de su invitada y subió por el hasta encontrar por segunda vez la calidez de ese coño que tanto deseaba disfrutar. La mano de la chica tomo su polla y comenzó a masturbarlo rápidamente. “Joder que mano tiene esta puta” pensó Javier por la maestría con que esa diablesa le estaba dando placer mientras sus dedos querían perderse también en el culo de la joven. La verga de Javier se tenso aún más anunciando el inminente orgasmo. La joven con unas fuertes sacudidas mas hizo que él se corriese sin remedio lanzando un primer disparo de semen contra el diario que aun sostenía en su mano. El resto de su leche fue quedando en la mano de Ana que lo exprimió a conciencia extrayéndole hasta la última gota. Luego Ana acerco la mano a su boca y la limpio con su lengua recogiendo toda su semilla. Una vez la mano limpia le mostro su boca llena de su cremosa esencia, luego la cerro y cuando la volvió a abrir para enseñársela toda su semilla había desaparecido como si de un truco de magia se tratase. El aparto su mano de la entrepierna de la joven y esta se puso en pie llevando la falda a su posición.

—Creo que iré a por un bizcocho, ya sabes que me encantan con leche – le dijo con una sonrisa endiabladamente sexy.

Javier no pudo contestar, aun estaba recuperando el aliento por la paja que la joven acababa de regalarle. Ella cogió su libro y su Ipod, salió del salón dejándolo solo y aun incrédulo por lo que había sucedido, mientras guardaba su ya flácida polla nuevamente en su pantalón. Después de unos minutos

volvió a tomar conciencia de la realidad y decidió que era un buen momento para subir a darse una ducha. Dejo el diario sobre la mesa baja que había frente a él se acercó al mueble donde guardaba los licores y puso dos dedos de güisqui en un vaso. Observo el vaso examinando el color dorado de su contenido mientras agita el agua de fuego moviendo su mano. Después de unos instantes de indecisión lo bebió de un solo trago. Subió la escalera despacio, sin prisa, asimilando lo sucedido y esperando que el licor hiciese su efecto.

Cuando pasaba frente a la puerta del dormitorio de su hija, Javier, se percató de que no estaba cerrada del todo y una rendija le permitía ver el interior. Se detuvo frente a la puerta en completo silencio y miro el interior. No veía nada. Estaba a punto de seguir su camino cuando se fijo en el espejo. Ahí estaba, sentada en la cama con una toalla anudada en torno a su pecho mientras secaba sus largas y torneadas piernas. No se movió ni un solo milímetro observando todos y cada uno de los movimientos de su hija.

Olga se puso de pie y abrió la toalla que cubría los secretos de su cuerpo frente al espejo. Comenzó a secar sus brazos, sus hombros, su cuello y finalmente sus pechos. Los secaba con delicadeza como si los acariciase con el suave algodón de la toalla. Cuando Olga comenzó a secar su abdomen, su padre, pudo contemplar en toda su plenitud esas dos perfectas tetas, firmes, con dos rosados y pequeños pezones apuntando al techo, que le llamaban diciéndole “tómame”. Las comparó mentalmente con las de Ana que había podido ver y disfrutar brevemente. Su hija las tenía algo más grandes y eran sencillamente perfectas. La toalla comenzó a secar el otro punto que Javier estaba deseoso de ver. Solo fue un minuto, pero para él fue eterno. Finalmente la toalla cayó al suelo y su deseo se hizo realidad. Estaba viendo a su hija completamente desnuda frente a un espejo y la Olga real era mucho mejor que la que había disfrutado en su sueño. La última vez que pudo ver así a su hija era solo una niña inocente en la que ni siquiera se podían adivinar las sinuosas curvas que ahora tenía su escultural cuerpo.

Frente al espejo acaricio sus pechos, su abdomen, su pubis y finalmente uno de sus dedos recorrió esa rosada rajita abriendo esos labios que a él le encantaría disfrutar. Su otra mano sopeso sus pechos y pellizco sus pezones hasta hacer que estos se mostrasen insolentes. Cuando se dio cuenta su mano desde el interior de su bolsillo acariciaba la recobrada dureza de su miembro deseoso de tomar aquel cuerpo. Continuó ensimismado en ese reflejo viendo como su hija cubría su sexo con un minúsculo triangulo de tela negra que solo ocultaba a las miradas indiscretas como la suya la entrada a su cálida cueva.

Después tomando un sujetador del mismo color cubrió sus pechos. Estos se juntaron formando un escote al que no podría resistirse nadie.

La mano de Javier seguía intentando calmar su excitación a través de la tela del bolsillo y de su bóxer. Con la vista clavada en el espejo tubo la sensación que su mirada se cruzaba por un instante con la de su hija en la pulida superficie del cristal. Eso le hizo reaccionar saliendo de su ensimismamiento. Sacó la mano de su bolsillo y camino rápidamente hasta su dormitorio.

Lo que el hombre no sabía era que le habían visto disfrutando de la visión del cuerpo de su hija. Cuando la puerta del dormitorio del matrimonio se cerro, Ana, salió al pasillo camino del baño. Antes de entrar se asomo por la rendija que ese hombre había usado para espiar a la preciosa chica que ahora intentaba decidir que vestido ponerse. Luego entro en el baño.

Javier entro apresuradamente en su habitación donde su mujer, acomodada en su sillón, seguía corrigiendo ejercicios. Marta alzo la vista de sus papeles por la efusividad de la entrada de su marido.

—Javi, ¿pasa algo?

—Nada ven – le dijo agitado.

Javier desabrocho su cinturón, el botón de su pantalón y lo dejo caer a sus pies. Su mujer continuaba sentada sin salir de su asombro. Se acerco a ella y la levanto de su asiento dejando caer los folios al suelo. La beso apasionadamente rodeando su cuerpo con sus brazos. Marta correspondió al beso de su marido con la misma fuerza mientras sus brazos rodeaban su cuello.

Su mano bajo al muslo de su mujer y comenzó a subir su falda hasta que tuvo a su alcance las prietas carnes de sus nalgas. Cuando encontró el elástico de su braga las bajó con prisa a lo largo de sus piernas mientras ella hacía lo propio con su bóxer. Levantó a su mujer en vilo tomándola de su culo. Ella siguió aferrada a su cuello y puso sus piernas en torno a la cintura de su marido, mientras sus bocas no se separaban ni un segundo. Así se desplazaron hasta llegar a la pared más próxima.

La espalda de Marta se apoyó en el muro y en ese momento su marido penetró sus entrañas. Su gemido fue ahogado por la boca de él que cubría la suya. La follaba con pasión desenfrenada, con urgencia y como si en ello le fuese la vida. Las potentes investidas de su marido hicieron que se corriese en un prolongado orgasmo. Ella sintió como la polla de su marido crecía un poco más en su interior indicándole que el también estaba a punto. Pero Javier no termino dentro de ella, ese no era su plan.

Sacó su verga del cálido y humero agujero de su mujer para dejarla en el

suelo. Le indicó que se arrodillase y ella lo hizo sin dudar. Marta tomó la polla de su marido y la engulló hasta el fondo, jugando con su lengua alrededor del miembro. Él comenzó nuevamente con el movimiento de cadera mientras sujetaba la cabeza de su mujer para follarle la boca. El hombre estaba a punto. Un par de investidas después llenaba con su semilla la garganta de su esposa, que tragaba sin parar el néctar que él le ofrecía. Cuando se supo completamente vacío, Javier, levanto a su mujer y se fundió con ella en un profundo beso en el que probó su propio sabor.

Su mano cubrió el sexo de su mujer y sus dedos se apoderaron de ese botón rosado que hacía que se derritiera. Javier la masturbaba mientras sus labios no dejaban de besar su cara, su cuello y sus pechos aun atrapados en el sujetador. Cuando Marta alcanzó el deseado premio del orgasmo las fuerzas la abandonaron y las piernas dejaron de sostenerla. Su marido la tomó en sus brazos y la depositó en la cama. Se tumbó junto a ella y sin dejar de disfrutar de su boca estuvo junto a ella hasta que la fuerza perdida regresó poco a poco a su relajado cuerpo.

Morfeo llamaba a Marta para acogerla en su seno. La mujer no pudo resistirse a esa invitación y cobijada en los brazos de su marido cayó en un profundo sueño. Javier se levantó y arropó a su mujer con la fina manta que siempre descansaba a los pies de la cama. Luego desnudándose completamente entró en el baño.

Olga llamó a la puerta de la habitación de sus padres y entró sin esperar respuesta. Cuando entró en el dormitorio su madre estaba en echada en la cama y abría perezosamente los ojos saliendo de un profundo sueño. La ropa de su padre estaba en el suelo de la habitación junto con un montón de papeles y la braga de su madre estaba a sus pies. El sonido de la ducha le indicaba que su progenitor estaba en el baño. “Vaya, mis papis se han dado un buen homenaje” pensó.

—¿Pasa algo cariño? – le pregunto su madre incorporándose en la cama.

—No, nada. Solo decirte que me marcho ya. ¿Cómo estoy?

—Guapísima hija. Aunque creo que no deberías provocar tanto al pobre Daniel.

Olga vestía un precioso vestido de color burdeos con un favorecedor escote palabra de honor que realzaba su pecho y la falda justo por encima de la rodilla con vuelo, junto con unos zapatos a juego con un tacón de vértigo hacían que sus bonitas piernas luciesen espléndidas. Un pequeño bolso de mano con pedrería completaba su imagen. Su vestuario junto con el maquillaje

hacia que Olga pareciese unos años mayor.

—¿De verdad?

—Totalmente en serio – dijo Marta rodeando a su hija – pásalo muy bien y recuerda no vuelvas tarde que luego tu padre se enfada.

—Vale... — dijo Olga resignada.

Marta besó a su hija suavemente pero no estropearle el maquillaje y esta se marchó a la fiesta de cumpleaños de su amiga. Estaba recogiendo los ejercicios de sus alumnos que estaban esparcidos por el suelo cuando su marido salió del baño vestido tan solo con una toalla entorno a su cintura. Ella dejó los papeles sobre su sillón. Javier la tomó por la cintura y la besó.

—Javi, hoy estas desatado – dijo sonriendo.

—Tú haces que me desate. Sabes que me apetece hacerte otra vez el amor.

—Pues tendrás que esperar a esta noche, si no me pongo a arreglarme ahora mismo llegaremos tarde a la cena. Dio un beso a su marido y entro en el baño.

Javier se vistió en el dormitorio, un traje gris oscuro y camisa blanca fue la indumentaria elegida para la velada con sus cuñados. Cuando entro en el salón para esperar a su mujer vio el periódico doblado sobre la mesa, recordó que estaba manchado y lo cogió para tirarlo a la basura eliminando así las pruebas de lo sucedido con Ana. Cuando salía de la cocina y se disponía a entrar en su despacho, Carlos entraba en la casa, saludó a su padre y subió a su habitación. Javier se acomodó tras su escritorio y abrió el cajón donde guardaba su tesoro. No lo sacó, solo lo miró y pensó que necesitaba un nuevo trofeo, pero esta vez no de Ana si no de su hija.

Carlos antes de entrar a su habitación fue corriendo al baño, no podía aguantar más y tenía que vaciar su vejiga. La puerta no tenía el pestillo echado y entro directamente. No esperaba encontrar a nadie y se disponía a sacar su pene por la bragueta por la urgencia. Pero hay estaba ella vestida solo con un amplísimo albornoz medio abierto. Lo que vio lo dejó petrificado. Ana tenía apoyada su pierna sobre el borde de la bañera dejando una perfecta vista de esta hasta la ingle mientras inclinada sobre ella terminaba de poner crema en su pantorrilla. La chica se giro por la inesperada visita dejando que uno de sus pechos escapase de la prenda.

—Perdona, no sabía que estabas aquí – dijo Carlos totalmente rojo.

—No pasa nada, ya he terminado, puedes pasar – respondió ella incorporándose y cerrando el albornoz.

—Gracias – fue lo único que se le ocurrió contestar mientras Ana salía del baño y le guiñaba un ojo al pasar junto a él.

La presión en su vejiga lo hizo volver a lo que realmente lo había llevado ahí. Después de aliviarse con una larga y placentera meada noto como su polla comenzaba a tomar cuerpo. Cuando el chico se disponía a salir del baño algo llamo su atención. Una prenda asomaba parcialmente bajo la tapa del cesto de la ropa sucia. Sin saber por qué cogió la prenda. Era una braguita blanca, tipo bikini, de cintura baja. Estaba seguro que era de Ana. La extendió con ambas manos y pudo apreciar una mancha más oscura de humedad en esa parte de la prenda que había tenido contacto directo con su sexo. El no pudo resistir la tentación y llevo la braguita a su nariz aspirando profundamente. El olor dulzón que despedía le encanto y la punta de su lengua toco la prenda para intentar averiguar cómo sabía la intimidad de la chica. Escucho un ruido en el pasillo y rápidamente guardo su fetiche dentro de su pantalón aumentado con él el tamaño de su ya voluminoso miembro. Salió del baño y se fue a su habitación pensando en que esa misma noche disfrutaría con la ayuda de la braguita de una de las mejores pajas de su vida.

Marta mientras se arreglaba para salir no podía dejar de pensar en lo que había visto esa misma tarde. Como Ana coqueteaba descaradamente con su hijo. Y aunque su marido había logrado sembrar la duda por unos momentos sobre quien había usado esos preservativos la reacción de la joven durante la comida cuando su marido hizo el comentario no le dejo dudas de que Ana estaba relacionada con ellos. Tenía que hablar con ella y dejar las cosas claras. Cuando termino de vestirse subió a la buhardilla.

—¿Ana? – dijo Marta en voz alta mientras subía la escalera.

—Sí, estoy aquí. Sube.

—Hola. ¿Podemos hablar? – dijo Marta pasando hasta la zona de la buhardilla que Ana había acondicionado como su dormitorio.

—Tú dirás – respondió la joven se podía unos zapatos negros de tacón que complementaban su atuendo. La chica vestía un ajustado vestido negro con cuello Mao y sin mangas con la falda del mismo justo por debajo de la rodilla. A pesar de lo recatado del vestido la forma en que este se ceñía al cuerpo de la chica insinuando sus curvas lo hacía tremendamente provocativo y sexy. Además se había maquillado y hecho un recogido que la hacía mucho más atractiva ya que hacía que toda la atención se centrara en sus preciosos ojos azules.

—Creo que me ahorraré los rodeos e iré directamente al grano.

—Eso me suena a regañina ¿Qué he hecho esta vez?

—Sabes muy bien lo que estás haciendo y no estoy dispuesta a permitirlo.

—Lo siento Marta pero no te entiendo ¿Qué he hecho? ¿Qué no vas a permitir? – pregunto la chica con la duda de si se habría enterado del juego que se traía con su marido.

—Mira Ana, se perfectamente que los condones que había en el salón los usaste tú. La cara que pusiste en la mesa cuando Javier hizo el comentario te delató.

—¿Cómo dices?

—Sí, no te hagas la tonta conmigo. Se lo que te traes entre manos con Carlos – cuando escucho el nombre del chico la joven se relajo – y que sea la última vez que te acuestas con él.

—Marta, lo siento, pero estas muy equivocada. Yo no me he acostado con Carlos, eso lo primero, y segundo, ¿Por qué han de ser míos esos condones? No soy la única mujer de la casa.

—¿Qué estas insinuando? ¿Qué son míos? Además solo hay que ver como coqueteas con él.

—Yo no he dicho en ningún momento que sean tuyos. Solo que no soy la única mujer de la casa.

—¿Me estás diciendo que son de mi hija?

—Yo no afirmo nada. Solo sé que Daniel y ella últimamente están muy unidos.

—Mira Ana. No voy a decir que mi hija no se acueste con Daniel, porque no lo sé con certeza y es muy probable que lo haga. Pero de lo que si estoy segura es que esos condones son tuyos y los has usado acostándote con mi hijo.

—Te he dicho y te repito que con tu hijo no he hecho nada de nada. ¿Quieres saber la verdad? Ya que por lo que veo tu marido no ha dicho nada.

—Te agradecería que me contaras todo ¿Y qué tiene que ver Javier en todo esto?

—Sí, los condones son míos...

—Lo sabía. Continua.

—Pues eso que son míos pero no los use con Carlos...

—¿Entonces con quien? ¿Con Javier? Serás puta. Ya puedes hacer las maletas que mañana mismo te vas de esta casa.

—Yo no he hecho nada con tu marido – mintió — ¿me dejas continuar?

—Por favor.

—Te acuerdas que te hable que me encontré con un amigo en la facultad el día que fui a formalizar la matricula. Pues lo invite a él y a su amigo a venir a

casa y terminamos liándonos los tres en el salón.

—¿Te follaste a dos tíos en mi salón? Y Javier ¿qué tiene que ver en todo esto?

—Sí, lo siento. Javier nos pilló y ya le prometí que no se volvería a repetir. Pensaba que lo sabías.

—Pues como puedes ver no lo sabía. Supongo que te castigó.

—No, no lo hizo, solo me hizo prometer que no lo repetiría.

—Pues estas castigada.

—¿Qué?

—Que estas castigada. Esta noche te quedas en casa.

—Pero... ahora tengo que pagar yo que tu marido no te cuente las cosas.

—No. Te castigo por tirarte a dos tíos en el salón y por coquetear con mi hijo.

—Marta... vete a la mierda. No puedes impedirme salir.

—Ya has visto que si lo he hecho. Y además el próximo tampoco saldrás por impertinente.

—Bueno ya lo veremos.

—Mira niña. Estas en mi casa y estas castigada como me entere que sales esta noche estarás de vuelta a tu casa antes de lo que te imaginas. ¿Entendido?

Ana se quedo en silencio mirando con odio a Marta. Después de unos segundos mirándose mutuamente, Marta, salió de la buhardilla. Mientras bajaba se preguntaba por qué su marido le había ocultado aquello. Miro su reloj y era tarde, no era el momento de hablar con él o llegarían tarde a la cena con sus hermanos. “Pero eso no podía quedar así” se dijo.

Llamó en la puerta de la habitación de su hijo y entro en la habitación. Carlos estaba frente a su ordenador.

—Carlos nos vamos. No te quedas solo Ana estará en su habitación.

—Vale. Pasadlo bien.

—Hasta luego.

Cuando Marta bajo al salón su marido ya la esperaba en la puerta. No pudo evitar mirarlo de arriba abajo preguntando que más le ocultaba. Javier noto la mirada de su mujer.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo? – le pregunto.

—Sí, no pasa nada. Ya hablaremos tranquilamente en otro momento – dijo Marta haciendo un gran esfuerzo por contenerse – Vámonos o llegaremos tarde.

—Vamos.

El matrimonio salió de la casa camino a la cena que tenían planeada. Cuando escucho como se cerraba la puerta de casa Carlos salió de su habitación y subió a la buhardilla. Cuando entro se encontró a la joven guardando un vestido en el armario y tan solo vestida con un conjunto de braguita y sujetador de un precioso color rosa pálido. Al principio se quedo un poco cortado pero luego recordó que ya la había visto con mucha menos ropa y a ella no le había importado.

—¿Ana estas bien? ¿Te apetece ver una película?

—¿No sabes llamar a la puerta? No ves que estoy desnuda – dijo la joven con un evidente mal humor.

—Lo siento – dijo muy bajito el chico y se fue rápidamente.

Ana se sentó en su cama. Estaba enfadada y quería vengarse de Marta. Después de pensar muchas cosas que podía hacer finalmente decidió que lo más sencillo era acostarse con Carlos. Ya que ella había insistido en que ya lo había hecho y estaba tan preocupada por su pequeño, la próxima vez podría decirlo con toda la razón que si se lo había follado. Fue a su escritorio y busco en la cajonera una webcam. Cuando la encontró la coloco oculta en la estantería que separaba el dormitorio del resto de la buhardilla, la conecto al ordenador y comprobó que tenía un buen plano de la cama. Dejo todo preparado para empezar a grabar tan solo con pulsar una tecla y comenzó a vestirse con la ropa que había tenido ese tarde. “Si quieres que juguemos sucio lo haremos” se dijo mientras bajaba al salón para llevar a cabo su plan.

Ana entro en el salón vestida con la falda vaquera que vestía esa tarde, una ajustada camisa blanca con los tres primero botones desabrochados lo que hacía que sus pechos formasen un impresionante escote y sin decir nada se sentó frente a él en uno de los sofás. Se puso a ver la película que Carlos tenía puesta. “Perros de Paja”. Como esa misma tarde el joven no pudo evitar centrar su atención en las preciosas piernas de la joven que lo acompañaba y que hacía que esa noche no estuviese solo.

—¿Por qué coño me miras tanto? ¿Te gusto? – le dijo Ana en un tono un tanto hostil como si estuviese enfadada con él.

—Lo siento – respondió el joven poniéndose como un tomate y sorprendido por el comentario de la joven que unas horas antes se le había insinuado descaradamente.

Sin decir nada más el joven centro su atención nuevamente en la película y procurando no mirar a la chica. Pero al cabo de un rato el comportamiento de

la joven cambio. La expresión de su rostro se suavizo. Ella tenía las piernas cruzadas y sus muslos totalmente desnudos lo que hacía que el joven no pudiese evitar fijarse en esas preciosas piernas. Carlos procuraba no mirarla demasiado y hacerlo disimuladamente para que ella no se molestase nuevamente.

Cuando la joven descruzo las piernas muy despacio frente a él no pudo evitar recordar la escena de “Instinto Básico” con la única salvedad que en lugar de ver su intimidad solo le mostro su braguita. El volvió a centrar su atención en la pantalla para no tentar a la suerte. Pero su deseo de contemplar el precioso cuerpo de la joven era mucho más fuerte. Cuando su vista se centro nuevamente en ella tuvo una agradable sorpresa, sus piernas estaban entreabiertas y pudo distinguir perfectamente el color rosa pálido de su ropa interior. Ella también lo observaba para saber si estaba pendiente de sus movimientos.

—Que desatendida la tiene a la podre, no le hace ni caso – comento la joven distraídamente – Aunque la protagonista está muy buena ¿No?

—Si no está mal – siguió la conversación.

—Estoy segura que ahora mismo entrase una mujer así en casa la colmarías de atenciones – y sonrió traviesa.

No hubo respuesta por parte del chico que continuó viendo la película aunque no podía evitar mirar brevemente sus torneadas piernas. “Pero... ¿qué está haciendo?” se pregunto cuando vio que Ana disimuladamente comenzaba a subir su falda dejando al descubierto la totalidad de sus largas piernas y el inicio de su entrepierna cubierto por la pálida tela. La polla del joven se empalmo al instante pugnando por salir del pantalón.

El sabía que ella lo observaba y estaba estudiando sus reacciones. Carlos trataba de disimular su excitación pero era imposible, no tenía nada a mano para cubrir su entrepierna y el bulto que ahí había era más que evidente. Se dio perfecta cuenta de como la chica miraba su inflamado paquete y sonreía sin disimulo.

La joven comenzó a abrir y cerrar sus piernas descuidadamente, como si de un juego se tratase. Pero no lo era. Era una coreografía perfectamente planeada por ella. En ese momento la pantalla muestra como el cazador va a la casa de la protagonista y viola a su mujer. Pero después de resistirse un poco termina disfrutándolo por lo que se une a la pareja el compañero del cazador para follarle el culo.

—¡Que puta! Como lo está disfrutando – dijo la joven – aunque con yo en su

lugar y estando a dos velas como ella también dejaría que un tío así hiciese conmigo lo que quisiera – y se rió.

—Sí, parece que le gusta.

—Y a ti... ¿te gustaría hacerle eso a una tía cómo ella?

—Eh... no se... me parece un poco fuerte. ¿No crees?

—Tal vez. Aunque teniendo en cuenta que habían sido pareja... ¿Qué te parece ella?

—No está nada mal.

—Se sincero – insistió ella.

—Está muy, muy, pero que muy buena.

—¿Te gusta más que yo? – pregunto ella con una sonrisa maliciosa en su rostro.

—Eh... No... tú estás muy bien – titubeo el chico ante la pregunta.

—Vamos... que no te gusto. Eso es lo que se suele decir para salir del paso.

—¿Qué no me gustas? Pero si eres guapísima y tienes un cuerpo...

—Lo de guapa te lo admito pero... ¿Cuándo has visto tu mi cuerpo? Que yo sepa nunca me has visto desnuda.

—¿Te acuerdas de tu segundo día en casa? Yo no puedo olvidar cuando bajaste al baño.

—Es verdad – dijo ella y sonrió recordando la escena.

La pareja de jóvenes volvieron a centrarse en la película aunque ella ya había perdido todo el interés por la historia y quiso retomar la conversación.

—¿Puedo preguntarte algo? Aunque... bueno mejor no. Es muy personal y a mí tampoco debe importarme.

—Si no me dices de que se trata no puedo saber si es personal o no.

—Déjalo de verdad, es una tontería, no sé cómo ha podido ocurrírseme algo así.

—Venga... pregunta lo que quieras. ¿Qué quieres saber?

—Me preguntaba si eres virgen. Como ves es una tontería no tienes que responderme.

Carlos se quedo en silencio meditando su respuesta. Podía mentirle y decirle que no para dársela de chico experimentado e interesante para las mujeres para atraerla o simplemente decir la verdad y esperar su comprensión.

—Sí, soy virgen — respondió finalmente Carlos — ¿Y tú?... ves esta pregunta si que sobra salta a la vista que eres una mujer muy experimentada – dijo poniéndose un poco colorado.

Ella no respondió a la pregunta del joven. Simplemente le sonrió

confirmándole lo que él sabía de sobra. Pero ya que habían entrado en intimidades continuó con su interrogatorio.

—¿Lo dices en serio? Clara y tu... nunca...

—No. No lo hemos hecho. Ella dice que aun no está preparada.

—Pero... alguna experiencia con chicas habrás tenido.

—Eh... si. Clara y yo hacemos algunas cosas pero nunca llegamos.

—¿Qué cosas hacéis? – insistió Ana.

—Pues... — el joven no sabía cómo continuar. En el tema del sexo era evidente que el estaba en el parvulario y ella tenía un doctorado y sabia que cualquier cosa que el pudiese decir le parecería una tontería, pero finalmente, se lanzo – Pues... normalmente nos besamos, nos metemos mano, nos tocamos, los día que ella esta mas desinhibida acabamos desnudos y masturbándonos mutuamente. Incluso una vez tuvimos sexo oral.

La joven no hizo ningún comentario se limito a sonreír. Poco a poco fue hundiéndose en el sofá adelantando sus caderas dejando su culito casi fuera, con las piernas abiertas regaló a Carlos un perfecta imagen de su entrepierna. Su abultado monte de Venus se marcaba perfectamente en la fina tela de su braga. El chico pudo distinguir como la el rosa pálido de la prenda se oscurecía donde su rajita decía lo cachonda que estaba. Ella con su dedo en la boca y con el otro brazo apoyado en el brazo del sofá miraba la pantalla pensativa.

“Que estaría pasando por la mente de Ana” pensaba el joven sin dejar de mirarla y de disfrutar su regalo. “No sé cómo aguanto” se decía a sí mismo, ya que lo que realmente deseaba era abalanzarse sobre ella arrancarle las bragas y follarla hasta llenar con su leche ese coño que tenía frente él, ofreciéndose descarado. Y no pudo evitar preguntarse “¿Por qué ese cambio? ¿Por qué había pasado de la hostilidad al aparente deseo?”.

Ana continuaba abriendo y cerrando las piernas. Era evidente que cuando las tenia cerrada las tensaba para apretar su coñito entre ellas y luego liberarlo.

El chico inconscientemente comenzó a acariciar su miembro por encima del pantalón. Eso no paso desapercibido para la joven que llevo su mano de manera distraída a su sexo para recorren con sus dedos su rajita. “Dios, ella también tiene ganas” se dijo. Desabrocho su pantalón y bajo la cremallera haciendo sitio para acariciar su dura polla por encima de la tela de su bóxer mojada por el líquido que manaba de su capullo. Ella seguía estimulando su sexo sin apartar la vista de él.

Carlos estaba tan excitado que decidió jugar fuerte y apostar todo. Aparto el elástico de su bóxer dejando al descubierto su hinchado glande. Espero la reacción de la chica. No hizo nada solo mirarlo. Decidió que debía continuar y sin pensárselo bajo su bóxer y el pantalón hasta sus rodillas. Ella no aparto la vista de su polla, que salto como si tuviese un resorte, y de su velludo pubis. Pensó si decirle que le mostrase su sexo pero antes de terminar el pensamiento miro al vértice de las piernas de su compañera de juegos viendo como la tele se había apartado mostrándole ese hermoso coñito. Era el segundo coño que veía y le encanto que estuviese totalmente rasurado. Él le había pedido en varias ocasiones a Clara que se lo depilase totalmente pero ella no había accedido, lo tenía eso si muy recortadito y formando un triangulo sobre su raja. El deseaba conocer el tacto de un sexo de mujer totalmente limpio y suave.

—Tienes una muy buena herramienta – dijo ella sonriendo.

—... Viniendo de ti creo que debo tomarlo como un cumplido. Aunque supongo que todos la tendremos parecidas – respondió él después de pensar que responder.

—No son todas parecidas y la tuya está muy por encima de la media – sentencio con seguridad ella.

—Tu coño también está muy bien.

Ella se limito a sonreír mientras pensaba que él no tendría muchos con el que compararlo.

—¿Quieres que veamos una película porno? – se atrevió a preguntar el joven.

—Vale. Pero mejor la vemos arriba en mi habitación.

Carlos salió corriendo del salón sin colocar su pantalón y su polla daba botes delante de el a cada paso. Ella no pudo evitar reírse con la escena. Se levanto del sofá apago el televisor y subió a su habitación para esperar al joven. Puso a grabar la cámara y se acomodó en su sofá, abrió nuevamente sus piernas aparto su braguita nuevamente y desabrocho un par de botones más de su ajustaba blusa y se quito el sujetador. Cuando el chico entro en la habitación de Ana seguía con el pantalón en las rodillas y su polla se disparo al cielo cuando se encontró de frente a él nuevamente ese precioso coño y la imagen de esas tetas que querían salir de esa apretada camisa marcando unos duros y puntiagudos pezones. Puso la película y se sentó junto a ella.

Olga abrió la puerta de casa. Estaba enfadada. Olga había discutido con Daniel ya que este le había pedido, durante la fiesta de cumpleaños de su

amiga, ir a su casa y tener con ella sexo anal, ella se había negado y él le dijo que era una estrecha. La negativa de la joven y la poca comprensión de su chico hicieron que la noche acabase mucho antes de lo que ella tenía previsto. No podía dejar de darle vueltas a la cabeza de cómo Daniel le había dicho que era una estrecha. Ella que había accedido a hacer con él todo lo que le había pedido hasta ese momento no entendía por qué no le daba algo más de tiempo. Estaba imbuida en sus pensamientos cuando entro en el salón. Las luces del salón estaban encendidas pero no había nadie. Tiró su pequeño bolso en el sofá y se sentó para quitarse los zapatos de tacón que la habían torturado durante toda la noche.

En la película había pocos preámbulos y a los pocos segundos los actores ya estaban follando. La visión del cuerpo de la Ana junto a las imágenes hizo que Carlos se pusiera a cien. Se quito las zapatillas y se desnudó de cintura para abajo. Comenzó a masturbarse despacio recorriendo su verga en toda su longitud mirando la pantalla.

Del bolso de Olga comenzó a surgir una alegre melodía. Ella lo abrió y sacó su teléfono móvil. Miró la pantalla en ella aparecía la fotografía y el nombre de Daniel. Sostuvo unos instantes en aparato en sus manos y después de pensarlo decidió no responderle colgándole. Unos minutos después el teléfono volvió a anunciarle con su alegre melodía la entrada de una nueva llamada. Nuevamente miró la pantalla, era Daniel, y volvió a colgarle. Luego fueron dos breves pitidos los que le anunciaron la entrada de un mensaje. Cuando miró que era vio que era otra vez él. Abrió el mensaje.

“POR FAVOR PERDONAME LO SIENTO MUCHISIMO Y TIENES RAZON PODEMOS ESPERAR. DIME ALGO”

Olga apagó su teléfono y lo guardo en su bolso. Apagó las luces del salón y subió a su habitación para dar por terminado el día. Antes de entrar llamó a la puerta de la habitación de su hermano pero no obtuvo respuesta. Pensó que ya estaría durmiendo y abrió la puerta con cuidado pero no había nadie. “Habrás salido” se dijo. Cuando apagó la luz del pasillo para entrar en su habitación se dio cuenta que había luz bajo la puerta que llevaba a la buhardilla. Parecía que Ana había vuelto pronto a casa.

Ana se puso de pie y muy despacio saco sus braguitas y las dejo caer solo el erecto miembro de su compañero de juegos, desabrocho otro botón de su blusa y dejo que sus exuberantes pechos escapasen de la tela. Se acomodo junto a él y mientras sus dedos comenzaron a moverse dentro de su vagina la otra mano acariciaba sus pechos y pellizcaba sus pezones. El cogió las bragas

húmedas de la chica y después de olerlas las puso alrededor de su miembro y continuó masturbándose.

—¿Quién te pone más ese actriz o yo?

—Tú... ¿Puedo besarte? – se atrevió a preguntar.

Olga tiro el bolso sobre la cama y dejo los zapatos junto al armario. Se tumbo en la cama mirando al techo. Después de un buen rato se levanto para quitarse el vestido y cuando se disponía a hacerlo de dijo que tal vez sería un buen momento para hablar con Ana a solas sobre lo que le había pasado con Daniel. Subió la escalera que llevaba a la habitación de la joven invitada. Cuando tuvo visión de la habitación de su invitada lo que vio la dejo paralizada.

La respuesta de Ana no fue verbal. Ella se levanto se sentó sobre él de una manera natural como si eso lo hubieran hecho cientos de veces. Él lo tomo de la misma manera. Así estuvieron un rato uno frente al otro mirándose fijamente a los ojos. Sin hacer caso a la pantalla con sus eróticas imágenes. Ella finalmente tomo la iniciativa y lo beso dulcemente. El tiempo se detuvo. El la abrazo y la atrajo más hacia sí y correspondió al beso. No saben cuánto tiempo estuvieron así. Ella quería que su primera vez fuera algo especial, pese a que no eran esos sus planes al principio. Pero de la dulzura inicial pasaron a la pasión y sus lenguas chocaban en el interior de sus bocas mientras sus manos acariciaban sus espaldas. Ella dejo de besarlo y acerco sus labios a su oído.

—Fóllame — Le susurro y luego mordió el lóbulo de su oreja.

Ella se levanto y se puso frente a él. Se había transformado la joven ahora era todo lujuria. Pero le gustaba lo que estaba viendo. Ella desabro los botones de su blusa. Lo hizo con calma. Luego comenzó a quitarse la camisa e inmediatamente sus pechos quedaron totalmente expuestos a su mirada. Dejando caer la prensa a sus pies. Ella quedó ante él solo con su minifalda. Él armándose de valor alargó su mano e introdujo un dedo en la cintura de la prenda y la atrajo hacia él. La sujeto por la cintura y beso sus pechos, estos reaccionaron insolentes al contacto de sus labios. Ella acariciaba su pelo. Deshizo su recogido y dejo caer su pelo sobre su espalda echando la cabeza hacia atrás. Él la sostenía por la cintura mientras su mano jugaba con sus pechos y su lengua hacia círculos de saliva en torno a su ombligo. Él se detuvo, se puso de pie, la cogió de la mano y con una seguridad que no creía que podía tener dijo:

—Ven.

Cuando Olga desde la escalera intuyó que Ana y su hermano iban a follar no supo cómo reaccionar. Lo que se traían entre manos no era un simple juego de adolescentes. Lo primero que le se paso por la cabeza fue entrar y detener aquello, pero no lo hizo, después de unos instantes de turbación se dio media vuelta y regreso a su habitación.

Ana lo siguió hasta su propia cama. De pie frente a ella se besaban con lujuria, con pasión, con urgencia. Ella le desabrochó los botones de la camisa y se la quito deslizándola por sus brazos. Acaricio su pecho. Él sonreía. Mientras continuaban besándose ella acaricio su erecto miembro que palpitaba al contacto de su mano. Cayeron enredados en un apasionado abrazo sobre la cama. Sintieron totalmente el contacto de sus cuerpos desnudos. Se exploraron abrazados sobre la cama. Él estaba maravillado de la naturalidad con que ella asumía su propio deseo, sin ningún tipo de remordimiento y sin ninguna inquietud. Fue ella quien recorrió su torso con las palmas de las manos, como si quisiera memorizar cada curva y cada musculo. Él mientras permanecía inmóvil y, para que iba a negarlo algo asustado. Habían dejado de besarse y él volvió a contemplarla de cerca. Era preciosa y se había transformado en una mujer diferente. Ambos jadeaban y poco a poco fueron acompasando el ritmo de sus respiraciones hasta que acabaron haciéndolo al unísono. Por fin ella se abalanzo sobre él, no había otra forma de explicarlo. Se fundieron en un arco, un puente, mientras ella escribía en la piel de él una criptografía de caricias y arañazos que dirían al mundo que su cuerpo había sido suyo. Estaban rojos, acalorados y sudorosos. Ella estaba bajo él. Él le acaricio la espalda hasta que se detuvo en las caderas para aferrarlas después a su cuerpo con ambas manos y ambas piernas.

–Espacio. Dijo ella.

Él pensó que ella quería ser la maestra de ceremonias y llevar la voz cantante. Él contuvo el aliento mientras entraba en ella, calculada y morosamente, centímetro a centímetro, de forma que ella pudiera sentir cada diminuto avance y él pudiera deleitarse con las agradables sensaciones que estaba experimentando al entrar por primera vez dentro de una mujer. Realmente no le costó entrar en ella pues su sexo fluía como una fuente. Él sentía el miembro tenso al máximo, pleno de vigor y entusiasmo a medida que entraba y como las paredes de la vagina se contraían a su alrededor, como dándole la bienvenida, como invitándole a entrar, como intentando atraerlo hacia lo más profundo, y por fin él se supo dentro, completamente dentro, casi fundido con ella. Y allí se mantuvo, rígido e inmóvil, sin desplazarse un solo

milímetro disfrutando de la cálida humedad de esa mujer. Ella agito las caderas, impaciente, pero el permaneció inmutable, descansando en su interior, con las mano apoyadas en el cabecero de la cama para no perder el equilibrio. Y entonces, muy, muy, muy despacio, haciendo gala de un autocontrol que a él mismo le sorprendía, empezó a moverse con estudiada calma. Se retiro y volvió a entrar en ella como a cámara lenta, y en la segunda investida hundió el miembro un poco más profundamente. Poco a poco incremento el ritmo, más rápido, más profundo, más rápido, más profundo, hasta alcanzar tal intensidad que con cada nuevo impacto y aquella fricción le provocaba a él un calor intenso que se iba extendiendo por todo el cuerpo. En un momento sus cuerpos parecían pegados uno al otro, al momento siguiente él se despegaba. Ella respondía a cada nuevo ataque con un profundo gemido y a medida que él aceleraba el ritmo los gemidos de ella ganaban en volumen. Cuando él comprendió que ella había perdido su seguridad y había dejado de ser ella la que llevaba la iniciativa, él se sintió poderoso y dueño de la energía necesaria para tomar aquella fortaleza. El se emborracho en la sensación de superioridad y dominio, y sin poder evitarlo, sintió como se unía a ella de una manera muy especial. De repente todo el contenido del dormitorio pareció converger hacia la cama, un gemido más intenso y agudo ascendió salvaje por su garganta, y cuando lo dejo salir, la lleno de todo su calor. El se desplomo sobre ella, entre espasmos, luego se tumbo a su lado y se abrazaron.

—Lo siento, no te he avisado y me he corrido dentro – dijo tomando conciencia de lo que había hecho.

—Tomo la píldora.

Ella lo beso con una ternura, que él nunca había sentido antes, apoyo la cabeza en su pecho y se quedo dormida.

Ana abrió los ojos, estaba acurrucada en los brazos de Carlos que dormía plácidamente a su lado. Miró el reloj que había sobre su mesilla. Las dos de la madrugada. “¡Mierda, nos hemos dormido!” pensó.

—Carlos..., Carlos... despierta – le decía mientras lo movía para sacarlo de su dulce sueño.

—Mamá... es temprano déjame un poco más.

—¡Qué coño de mamá! Vamos despiértate o nos meteremos en un lio.

—¿Ana? – dijo desconcertado.

—Venga vete a tu habitación antes de que lleguen tus padres y se lie.

—¿Hemos follado? – pregunto incrédulo al verse desnudo en la cama de la

joven, pensaba que todo había sido un agradable sueño.

—Sí, pero no te emociones, vamos vete – insistió y le arrancó la sabana y la envolvió en torno a su pecho para levantarse.

Ana fue hacia la escalera. El la siguió mientras recogía la su ropa desperdigada por el dormitorio. No se vistió, tan solo cubrió su miembro con las prendas que llevaba en las manos. La joven abrió con cuidado la puerta que daba al pasillo. Todo estaba tranquilo.

—Date prisa, vete a tu habitación – le susurro.

Carlos salió y fue corriendo hasta su dormitorio mostrando la blancura de sus duros glúteos a la joven. Ella no pudo evitar sonreír. Cuando el cerró la puerta de su habitación ella fue hasta la habitación del matrimonio. Abrió la puerta con cuidado y se asomo al interior. No había nadie, por suerte no habían regresado aún. Ana respiro tranquila no tenía ganas de una nueva discusión con Marta, de momento. Volvió a su habitación apagó la televisión y luego fue hasta su ordenador para detener la grabación. Guardo el archivo de imagen en una carpeta con el nombre de CARLOS y luego busco una memoria USB para hacer una copia del archivo. Guardo la memoria en uno de los zapatos que tenía en el armario y se metió en la cama.

No habían pasado ni quince minutos cuando escucho unos pasos subiendo la escalera de su dormitorio. Cerró los ojos y se hizo la dormida.

—También está dormida – susurro la voz de Javier.

La joven pudo escuchar como los pasos se alejaban dejándola sola en su cama. Cerró nuevamente los ojos y en esta ocasión si se quedó profundamente dormida.

#### —CAPITULO 4— EL INCIDENTE

A mediados de octubre aunque el verano se resistía a marcharse, el otoño ya empezaba a mostrar su cara. Aquel lunes, después de un radiante fin de semana, había amanecido gris y aunque no hacía el calor de fechas atrás la temperatura aun era agradable. Conforme avanzaban las horas el día iba empeorando y cuando Ana llegaba a casa a primera hora de la tarde las nubes empezaban a descargar las primeras gotas de lluvia.

La casa estaba en completo silencio muestra evidente que no había llegado ningún miembro de la familia de sus respectivas ocupaciones. La joven dejo su bolso sobre el sofá junto con un par de carpetas y unos libros para acercarse al ventanal del salón que daba al jardín delantero de la casa. Desde

ahí, además del jardín, podía ver parte de la calle. Veía como los coches circulaban moviendo sus limpiaparabrisas, como la gente caminaba rápida cobijada bajo sus paraguas y como otras personas corrían al verse sorprendidas por el aguacero.

Cuando iba a retirarse de la ventana algo llamó su atención y se fijo en él. Era un chico alto, moreno y aparentemente delgado, era un chico normal. No fue su aspecto lo que llamó la atención de Ana, sino que estaba allí de pie, quieto frente a la casa calándose hasta los huesos mientras tenía la impresión que la miraba fijamente. Ella movió su mano en forma de saludo pero no obtuvo ninguna respuesta del joven desconocido.

—Buenas tardes – dijo una voz a su espalda. Ana se giro rápidamente dando un respingo al verse sorprendida – ¿te he asustado?

—María. Hola. Sí me has asustado pensaba que no había nadie en casa.

—Ya me marchaba. Dile a Marta que he dejado la cena en el frigorífico, solo tiene que calentarla.

—No te preocupes yo se lo digo. Si no fuera por ti creo que solo comeríamos precocinados – dijo la joven sonriendo.

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana María. ¡Ah! Coge un paraguas está lloviendo.

La asistenta salió del salón y un instante después mientras recogía sus cosas escucho como se cerraba la puerta. “Por fin sola” pensó y subió a su habitación. Dejo sus libros sobre el escritorio y miró su reloj haciendo un cálculo mental de cuánto tiempo tenía antes de que alguien llegase. El cuerpo le pedía marcha, desde que se lo monto con Carlos no había vuelto a tener sexo, ni siquiera se había masturbado y las insinuaciones a Javier, que siempre la excitaban, estaban en horas bajas ya que este parecía que había perdido su interés por ella puesto que últimamente estaba muy distraído.

Paso hasta donde estaba su cama, se quito la camiseta tirándola sobre ella, llevo las manos a la espalda desabrochando su sujetador, que dejo junto a la camiseta, liberando sus pechos que no se inmutaron en su posición por la falta de la prenda. Se descalzó y desabrochó sus vaqueros los bajo a lo largo de sus bonitas piernas y cuando estuvieron en sus tobillos los pisó para librarse de ellos de una patada. Tan solo vestida con una escueta braguita de bajísima cintura, de color morado, se aproximó al armario y abriendo ambas puertas de par en par hecho un vistazo a su ropa de diario buscando algo con lo que sentirse cómoda. Un vestido corto y ligero de tirantes fue el elegido. Siempre lo había usado por su comodidad para ir a la playa o al barco de su padre pero

porque no para estar cómoda en casa. Se calzó con unas sandalias y fue hasta su mesa.

Ana se sentó frente al escritorio. Abrió uno de los libros y de una de sus carpetas sacó un puñado de folios que extendió sobre la mesa. Comenzó a repasar sus apuntes, mientras comprobaba en el libro algunos datos pero su cabeza no estaba centrada en los artículos aplicables al caso que tenía que repasar. Tenía ganas de sexo estaba excitada y no podía concentrarse. Si quería estudiar ese caso tendría que hacer algo. “Que pena que no éste Carlos en casa, me encantaría disfrutar su polla en este momento o la de su padre aunque últimamente pasa de mi” pensó.

Se levanto de la silla y se acercó al balcón. La lluvia seguía cayendo con fuerza. “Porque no” se dijo recordando lo que en un par de ocasiones había hecho en su casa cuando empezaba a iniciarse en el sexo. Abrió la puerta y salió a la terraza. No fue ni un minuto el tiempo que estuvo ahí fuera pero suficiente para que la fina tela de su vestido se pegase a su cuerpo transparentando claramente sus pechos y el morado de sus braguitas. Miro nuevamente su reloj y entro de nuevo. Bajó a la cocina y fue hasta la puerta que de ahí daba acceso a la piscina. Vio su efimero reflejo en el cristal de la puerta, con el pelo suelto y ese vestido tenía un look muy sexy, “si fuese un hombre me haría el amor ahí mismo” se dijo. Precisamente era lo que iba hacer, hacérselo ella sola.

La joven Ana no podía esperar más el tiempo corría en su contra. Se quito el mojado vestido, las sandalias y bajo las braguitas hasta sus rodillas. De esa guisa se apoyó en la encimera y empezó a frotar su clítoris. Con aquel frenético movimiento de sus dedos pudo haber tenido un orgasmo en un par de minutos, estaba ansiosa por alcanzarlo pero quería disfrutar al máximo. Dejo de estimular su botón del placer y dos dedos entraron en su vagina, el flujo era abundante y la joven lamía sus dedos para eliminarlo parcialmente aunque no dejaba de salir. La chica aprovechó su abundante humedad para lubricar su ano preparándolo así para unirse a su fiesta privada. Cada mano jugaba con dos dedos dentro de cada una de sus entradas proporcionándole un placer que le impedía sostenerse en pie.

Ana dejo caer sus bragas al suelo para poder abrir más sus piernas y continuar con su juego. Pero su culito requería algo más que sus dos deditos. Miro a su alrededor y no encontró nada que le sirviese. Entonces una bombilla se encendió en su cabeza y como cuando era una niña de apenas quince años abrió el frigorífico y apareció ante sus ojos. Un hermoso pepino le daría

placer y sería el sustituto ideal de la polla que quería en ese momento. La joven acercó la hortaliza a su sexo para cubrirla totalmente con su flujo y así poder introducirlo en su puerta trasera.

Estaba tremendamente excitada y el corazón le latía desbocado esperando disfrutar en su culito de aquel pepino. La chica empujó la hortaliza contra su ano, esta empezó a entrar pero con algo de dificultad ya que era bastante grueso. De cualquier forma esas sensaciones no eran nuevas para ella y sabía disfrutar de esos momentos anteriores a la penetración total. Cuando su esfínter se dilató lo suficiente gran parte del pepino desapareció en su interior haciendo que disfrutase de un maravilloso placer anal. Que solo aquellas que lo hayan vivido sabrían apreciar. El placer que sentía era tal que no podía permanecer quieta, andando por la cocina sin poder parar ya que el movimiento hacia que el placer fuese mucho más intenso haciendo que los primeros gemidos saliesen de su garganta.

Continuaba lloviendo. Ana abrió la puerta de acceso al jardín, el sonido de la lluvia se hizo más intenso y el aire frío que entro la dejó helada al momento. El agua cubría el suelo y el césped. La joven se puso sus sandalias y salió bajo la lluvia otoñal. Lo que sintió la joven fue maravilloso. La lluvia caía sobre su cuerpo desnudo y el pepino seguía guarecido en la puerta de atrás. Se descalzó y caminó completamente desnuda de un lado a otro del jardín bajo la lluvia. El placer que sentía era extraordinario, cada movimiento era transformado por su ano y su ocupante en un relámpago de placer que hacía que no pudiese dejar de moverse.

Sus pezones duros como rocas no dejaban de ser atendidos con tirones y pellizcos. No disimulaba sus gemidos de placer, que le producían el frotar su sexo como si su mano estuviese poseída por el mismo diablo, ya que de eso se ocupaba la tormenta. Cuando su cuerpo no pudo más, la joven, cayó sobre el césped sentándose sobre el pepino que seguía alojado en su recto haciendo que este entrase por completo. Apoyó la espalda en la hierba mojada, abrió completamente sus piernas y mirando como la lluvia caía sobre ella siguió torturando su clítoris sin ningún miramiento.

Cuando no pudo aguantar más, su pulgar se hizo cargo de su inflamado clítoris mientras el índice y el corazón se hundieron en su vagina. Fue entonces cuando llegó lo que tanto deseaba. Un grandioso orgasmo recorrió todo su cuerpo. Los espasmos hicieron que su espalda se arquease y la presión a la que su recto sometió al pepino hizo que este fuera expulsado de su interior. Este quedó tan dilatado que no llegó a cerrarse completamente. Ana rodó por

el césped gritando de placer y temblando aun por las sacudidas que le había producido ese añorado amigo, el orgasmo.

Tirada en el suelo, quieta, con la lluvia golpeando su cuerpo con fuerza espero a poder reaccionar y ser nuevamente dueña de su cuerpo. La fuerza volvió a sus extremidades y sin levantarse sonrió de manera traviesa. “¿Algún chico le habría proporcionado un momento parecido?” se pregunto a sí misma, “Creo que no” se respondió sin dejar de sonreír.

La lluvia no cesaba, comenzaba a oscurecer y sintió frio. Supo que era el momento de entrar antes de que alguien la pillase, aunque ella particularmente no le importase. Se puso en pie y desde el centro del jardín miro a su alrededor. Todo estaba tranquilo aunque cuando detuvo un instante la mirada en la casa de su vecino le pareció ver como una sombra se ocultaba tras las cortinas. No le dio importancia y recogiendo sus sandalias entro en la casa. Una vez en la cocina cerró la puerta, cogió su ligero y mojado vestido junto con sus braguitas. Desnuda como estaba con las prendas en una mano subió a su habitación dejando tras de sí un sendero de formado por las húmedas huellas de sus pies descalzos. Ya en su habitación envolvió su cuerpo en la calidez de un mullido albornoz. Volvió a su escritorio y bajo la isla de luz que formaba su flexo se puso a estudiar su caso mucho más relajada.

Poco a poco la casa fue llenándose de vida conforme los miembros de la familia fueron regresando. Javier y Marta estaban pasando un bache en su relación. Marta estaba molesta con el comportamiento de su marido pero este no sabía que había hecho para que su mujer reaccionase de esa manera. Intentaba hablar con ella para solucionar lo que pudiese haber pasado pero ella siempre dejaba ese asusto para otro momento. Esta situación había hecho que Javier estuviese preocupado por lo que había dejado aparcados los conqueteos y los juegos con su invitada.

Marta, aparte de estar enfadada con su marido por ocultarle lo que había hecho Ana aquel día al poco de llegar y castigarlo sin decirle nada sobre el tema, por lo demás estaba muy satisfecha. Parecía que su conversación con Ana había surtido efecto y las insinuaciones a Carlos habían cesado. Si se había dado cuenta que su hijo intentaba acercarse a la joven pero ella ignoraba todos sus intentos.

Carlos había intentado por todos los medios volver a hacerlo con Ana pero últimamente pasaba de él. Esto había hecho que insistiese con más fuerza en hacerlo con Clara, pero ella seguía sin estar preparada y seguían sin pasar de las mutuas masturbaciones. Esto a Carlos lo volvía loco ya que estaba

deseando repetir la experiencia vivida aquella noche con Ana. Todo esto hacia que estuviese permanentemente excitado con lo que no podía evitar masturbarse un par de veces al día.

Después de su pelea, Olga y Daniel, estuvieron varios días sin hablar. Finalmente Daniel se disculpo por lo que le había pedido, Olga acepto sus disculpas y retomaron nuevamente su relación. Pero a pesar de que parecía que Daniel se había olvidado del asunto, Olga continuaba pensando en ello. No dejaba de darle vueltas al asunto ya que estaba dispuesta a complacer a su chico pero quería estar segura de hacerlo bien. Después de aquella noche en que intento hablar con Ana sobre el tema y se la encontró follando con su hermano no había vuelto a tener oportunidad de hablar con ella a solas. Además dudaba si decirle que la había visto haciéndolo con su hermano lo que hacía que le costase mas forzar un encuentro para hablar con ella. También tenía sus dudas en si debía hablar con su hermano sobre lo sucedido, ya que lo que había hecho no estaba bien, puesto que le había puesto los cuernos a su novia. Lo que la frenaba en esto era que no sabía si aquello había sido algo esporádico que no había vuelto a repetirse o sería algo habitual. Todas estas dudas la habían llevado a entrar en un círculo que hacía que no resolviese sus dudas sobre el sexo anal.

Unos días después Ana entraba en la cafetería de la facultad después de una de sus clases. Un grupo de compañeros llamaron su atención para que se sentase con ellos. Ana los saludó mientras se aproximaba a la barra. Una joven camarera se acerco a ella para tenderla. Pidió un refresco y después de pagarlo fue a sentarse con sus compañeros. Ahí comentaron como enfocar los trabajos que el profesor de derecho penal les había encargado. Dudaban como plantear las supuestas defensas y acusaciones de los casos que les había planteado el más capullo de sus profesores.

Una mano se poso sobre el hombro de Ana. Esta se giro. Su expresión risueña se torno seria y confundida cuando vio a quien pertenecía la mano. Realmente parecía que estaba viendo un fantasma.

—Ana, ¿qué haces aquí?

Fue el saludo de un joven de unos veinticinco años, alto, moreno, con un cuerpo bien formado y unos ojos verdes que parecían esmeraldas. Las compañeras de Ana quedaron embobadas mirando al misterioso desconocido que parecía conocer muy bien a su amiga.

—Nos presentas a tu amigo – dijo una de las compañeras de Ana.

—Hola, soy Jorge el novio de Ana.

Se presentó el mismo ya que la joven no reaccionaba. Los jóvenes fueron saludando al novio de su compañera mientras ella continuaba sentada en la silla incrédula de lo que estaba pasando. Entonces algo saltó en su interior y la hizo reaccionar.

—No es mi novio, lo dejamos este verano – puntualizó poniéndose de pie – y tú ¿Qué coño haces aquí? – interrogó cogiéndolo del brazo y apartándose del grupo.

—Yo pregunte primero.

—Vete a la mierda. No deberías estar en Londres haciendo tu tesis.

—Solo ha sido un pequeño cambio de planes. ¿Me das un beso? – y se aproximó a la joven con intención de besarla en los labios.

La reacción de Ana no sé hizo esperar y en lugar de encontrarse con los sensuales labios de la joven, lo que encontró fue su mano cruzando su cara con una sonora bofetada. Se hizo el silencio en la cafetería y todos dirigieron sus miradas a la pareja.

—¿Estás bien Ana? – dijo uno de sus compañeros levantándose de la mesa y rompiendo el silencio que reinaba en ese momento en el lugar.

—Tú no te metas, capullo, esto no es asunto tuyo – dijo irritado Jorge por la reacción de la chica.

—Estoy bien, no te preocupes, no pasa nada – tranquilizó Ana a su compañero – Vamos fuera – le dijo a su ex en un tono más bajo y caminó decidida hacia la salida.

Ana, ajena como siempre a las normas del protocolo avanzó por delante de Jorge. Caminó con paso firme y seguro entre las mesas. Jorge comprobó como todo el mundo en la cafetería seguían atentos su avance. Y no pudo evitar fijarse detenidamente en ella. En su camiseta blanca ajustada de generoso escote, su chaqueta azul con mangas vueltas, sus ajustados vaqueros y en esos zapatos de tacón que hacían que el movimiento de sus caderas y su apretado trasero fuera algo hipnótico. Ana siguió avanzando ajena a las reacciones que había desatado y como el silencio se había transformado en un murmullo creciente del que eran los protagonistas. Una vez fuera de la cafetería Jorge intentó detenerla, pero ella continuó caminando hasta salir del edificio, cruzó la calle sin mirar, haciendo que un par de coches tuviesen que frenar, hasta llegar a los jardines que se extendían frente a la facultad. Jorge la seguía y disculpándose con los conductores llegó al parque tras ella. La joven se giró para enfrentarse a su ex cara a cara. El chico al verla se paró en seco a un metro de ella.

—¿Puedes decirme ahora qué coño haces aquí? – le pregunto claramente cabreada.

—Ya te lo he dicho un cambio de planes.

—No me vengan con gilipolleces. Se suponía que deberías estar en Londres terminando tu tesis. ¿O solo fue una excusa para dejarme? Porque eso me dijiste ¿no? que sería mejor darnos un tiempo mientras estabas fuera. Que las relaciones a distancia son complicadas. Vamos que querías tener el campo libre para follarte a las que se te pusieran por delante sin tener remordimientos. ¿O no es así?

—Ana, por favor...

—Ni por favor ni ostias. Quiero una explicación. Quiero saber que haces aquí. Quiero que me digas por qué apareces ahora y pretendes que parezca que fue anoche cuando nos vimos por última vez.

—Vale te lo explico pero tranquilízate, joder.

—No me digas que me tranquilice sabes que no lo soporto. Vamos di lo que tengas que decir.

—Nunca tuve intención de ir a Londres, este verano conocí a una chica, Martina, ella vive aquí y decidimos que yo podría hacer aquí mi tesis para estar juntos.

—Vale me parece muy bien. Que seáis felices. ¿Qué quieres de mí entonces?

—Volver contigo.

—¿Qué?

—Lo mío con Martina no ha funcionado y me he dado cuenta que no puedo vivir sin ti. Me he dado cuenta que sigo enamorado de ti y que no he dejado de quererte en ningún momento. Intente llamarte pero tu numero de móvil ya no existe y finalmente llame a tu casa. Tus padres me dijeron que estabas aquí estudiando y te he buscado. Ana sabes que te amo. Sabes lo que siento por ti.

—Como mientes cabrón.

—No miento, de sobra sabes que es verdad.

—Pues mejor. Pero ahora la que necesita un tiempo soy yo. Así que ya puedes largarte.

—¿Estas con otro?

—A ti no te importa si estoy o no estoy con alguien eso es cosa mía. Tú y yo ya no somos nada y no tengo que darte explicaciones.

—Sí, estas con alguien. ¿Quién es? Ese capullo que se ha levantado antes para defenderte. Vamos no me digas que ahora te gustan ese tipo de tíos. Si es

un mierda. Tú no puedes caer tan bajo.

—Pues ése mierda es mucho más hombre que tú.

—¿Ah sí? Pues vamos a verlo. Ven aquí – y sujetándola por ambos brazos con fuerza la acerco a él para besarla. La joven golpeó su pecho con sus puños mientras intentaba zafarse de los brazos de él sin dejar de mover la cabeza evitando sus labios.

—Suéltame cabrón me haces daño.

—No te suelto, voy a recordarte lo que es un hombre de verdad ya que parece que lo has olvidado.

—Déjame.

El cubrió finalmente con su boca los labios de la joven haciéndola callar. Metió su lengua en su boca y la beso con rabia mientras ella no dejaba de resistirse. Ella le mordió con fuerza uno de sus labios. Cuando sintió el mordisco se aparto de ella. Llevo una de sus manos al labio y recogió la sangre que brotaba de él.

—Eres una puta – le grito y lanzo su mano contra su cara. Cuando esta choco contra el rostro de la joven la hizo tambalearse – vete a la mierda hay cientos de chicas mejores que tú – le dijo dándole la espalda para marcharse.

Ana cuando se repuso de la bofetada corrió tras él. Saltó a su espalda y lo hizo caer al suelo de rodillas sorprendido por el ataque. Comenzó a golpearlo con rabia con los puños cerrados mientras lo insultaba a gritos. Pero él mucho más fuerte que ella logro reducirla y tumbarla en la hierba sentándose a horcajadas sobre ella para inmovilizarla mientras con una de sus manos sujetaba las de la chica sobre su cabeza.

Vio como el labio de la joven sangraba. Ella no paraba de mover sus piernas intentando liberarse, pero era imposible, la diferencia entre los cuerpos y las fuerzas de ambos era considerable. El aproximó su lengua a la cara de ella y lamio la sangre que brotaba de su labio.

—Ya veo que ahora te gustan las cosas más fuertes – le dijo sonriendo con maldad.

—Eres un hijo de puta – fue la respuesta de Ana y le escupió a la cara.

La mano libre de Jorge volvió a elevarse y golpear el rostro de Ana. Lo repitió una, dos, tres veces más. De sus ojos comenzaron a brotar lágrimas por la impotencia, no por el dolor, de no poder zafarse de él y defenderse.

Entonces alguien lo quito de encima de la joven liberándola. No sabía de dónde había salido ya que estaban solos en ese parque. Pero cuando logro incorporarse vio a Jorge en el suelo. Un chico lo sujetaba de su cazadora de

cuero y no dejaba de golpearlo en la cara con su puño. Cuando Ana logro incorporarse agarro al desconocido por el cuello.

—Déjalo. Para. Lo vas a matar — le gritaba intentando separarlos.

El joven desconocido la aparto y después de darle un último puñetazo a Jorge se incorporo dejándolo aturdido y ensangrentado en el suelo.

—¿Estás bien? – le pregunto el desconocido.

—Sí. Estás loco podías haberlo matado – le recrimino ella.

—Se lo merecía.

—Además a ti nadie te había dado vela en este entierro yo podía defenderme.

—Yo no estoy muy de acuerdo.

Ana fue hacia Jorge que continuaba semiinconsciente en el suelo sin parar de sangrar. Se arrodillo junto a él para intentar ayudarlo.

—¿Por...?

La chica iba a dirigirse al desconocido pero este se había esfumado de la misma forma en que había aparecido. Comenzaron a oírse unas sirenas que se acercaban rápidamente. Dos coches de policía se detuvieron frente al edificio de la facultad. Del edificio comenzaron a salir jóvenes curiosos por saber a qué se debía la visita de la policía. Los cuatro agentes corrieron hacia el lugar donde Ana estaba arrodillada junto a Jorge intentando detener la abundante hemorragia con su chaqueta doblada. Uno de los agentes la apartó del cuerpo del joven mientras otro se encargaba de socorrerlo. Los otros dos agentes intentaban contener a los curiosos que empezaban a remolinarse en torno al lugar mientras solicitaban una ambulancia por radio.

El policía preguntaba a la joven si se encontraba bien y que había sucedido pero no obtenía respuesta. Ana miraba a su alrededor y así misma. No daba crédito a lo que había pasado. Un nuevo coche de policía llegó junto con la ambulancia. El sonido incesante de las sirenas la estaba volviendo loca. Estaban completamente rodeados de gente. Estaba despeinada, descalza, había perdido sus zapatos y su camiseta estaba manchada de sangre. No sabía de quién era, si suya o de Jorge. El agente insistía en preguntarle pero ella no oía nada. Sus compañeros de la cafetería se abrieron paso entre la gente. Uno de los agentes intento detenerlos pero Ana corrió hacia ellos y se abrazo al joven que intento ayudarla en la cafetería. El correspondió al abrazo y Ana se derrumbo en un mar de lágrimas mientras el policía interrogaba a sus compañeros recién llegados.

Javier y Marta entraron apresurados en el pabellón de urgencias del

hospital. Se dirigieron al mostrador y preguntaron al celador por Ana. El celador les indicó que hablasen con un policía que estaba a unos metros de ellos hablando con un médico que le entregaba unos papeles. Se acercaron al agente y se identificaron. Los estaba esperando. Los acompañó a una sala donde estaba Ana sentada junto a una agente de policía.

—¿Estás bien? – preguntaron ambos a un tiempo mientras Marta se sentaba junto ella y la abrazaba.

Ana asintió afirmativamente con la cabeza abrazándose con fuerza a Marta. Mientras Javier acaricia su cabello revuelto.

—No se preocupen ésta bien – les dijo la joven policía que la acompañaba — solo tiene el labio partido y algún hematoma, nada grave.

—¿Pero qué ha pasado? – pregunto Javier.

—Ella no nos ha dicho nada. Estaba muy nerviosa. Pero según algunos testigos empezó a discutir con su novio en la cafetería, salieron y ahí se complico todo – respondió la agente.

—¿Su novio? – pregunto extrañado Javier.

—¿No sabían que tenía novio? – pregunto el otro policía.

—Lo primero que oigo. No teníamos ni idea. Solo hace un par de meses que vino a vivir con nosotros. ¿Y ese cabrón donde esta? Habrá que poner una denuncia — dijo Javier algo alterado.

—Lo están operando en este momento. Tenía la nariz y la mandíbula rotas – dijo la agente.

—¿Ana le hizo eso? – pregunto desconcertado Javier.

—En principio creemos que no. Pero será mejor que eso lo aclaremos mañana en comisaría – le indico el otro policía mirando sus papeles.

—¿Podemos irnos entonces? – pregunto Marta.

—Claro. Llévensela a casa y que descanse. Tome mi tarjeta. Mañana cuando vayan a comisaría pregunten por mí – les dijo la joven amablemente.

Marta ayudo a la chica a levantarse. Ana se puso los zapatos que están en el suelo junto a ella. No sabía cómo habían llegado ahí. Javier se quito su chaqueta y la puso sobre los hombros de Ana. El policía entrego unos papeles con el logotipo del hospital y una bolsa con los objetos de Ana a Javier. Se despidieron de la pareja de policías y salieron los tres del hospital.

Una vez en casa Javier fue directo a su despacho para llamar a los padres de Ana y contarles lo sucedido mientras Marta acompañó a la joven hasta el baño. Marta regulo la temperatura del agua y comenzó a llenar la bañera poniendo unas sales. Luego ayudo a la joven a desnudarse ya que estaba

dolorida y se movía con dificultad. Le quito la camiseta cubierta de manchas rojas dejando su cuerpo desnudo. Ana no llevaba sujetador. A Marta no le extraño ya que tenía un pecho perfecto y podía permitírselo. Luego desabrocho sus vaqueros comenzó a bajarlos. Se llevo una sorpresa cuando ante ella apareció el sexo desnudo de la joven sin ropa interior. Eso ya le pareció excesivo. “Por lo menos un tanga aunque sea pequeño” pensó, pero no le dijo nada ya que no era el momento. Aunque el estar así con ella la estaba excitando un poco. La ayudó a entrar en la bañera y la dejo un momento que se relajase en el agua caliente.

Ella mientras subió a su habitación para buscar algo de ropa y dejar la bolsa que les había entregado la policía. La abrió sobre la cama de la joven. Ahí estaba la ropa interior de Ana junto a otros objetos personales. Se la quitaron en el hospital para examinarla. Luego busco unas braguitas en los cajones, una camiseta de las que usaba para dormir, el albornoz que había sobre la cama y volvió al baño.

Marta se arrodillo junto a la bañera cogió la esponja y le puso algo de jabón. Comenzó a pasarla con delicadeza por los hombros de la joven. Luego tomando uno de los brazos también lo recorrió cubriéndolo de espuma para luego hacer lo mismo con el otro.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? – se intereso Marta.

—Si estoy bien, solo algo doloridas las piernas.

—¿Quieres que te de un masaje?

—¿No me harás daño, verdad? – pregunto Ana algo tensa.

—No te preocupes tendré mucho cuidado y te aliviará – terminando de frotar el brazo de la joven con la suave esponja.

—¿Estoy bien así, separo más las piernas o tengo qué ponerme en otra posición?

—Así está bien.

Cuando termino con los brazos tomo una de las doradas y torneadas piernas de Ana para comenzar con el masaje. Marta se puso en las manos un poco de aceite esencial que había en uno de los bordes de la bañera y empezó a masajear el prieto muslo de la joven.

—Uuufff – dijo Ana al sentir las manos de Marta aplicando presión sobre su muslo dolorido.

—Relájate, estas muy tensa.

—Vale. Lo intentare. Me gusta como lo haces, es verdad que me alivia.

Ana comenzó a excitarse con la forma en que Marta le hacia el masaje.

“Creo que está notando que me gusta lo que hace” pensó relajándose más en la bañera. Las manos de Marta subían desde la rodilla hasta la ingle. La joven notaba como en algunas ocasiones las manos de su masajista se detenían algo más de lo necesario rozando con las puntas de sus dedos su entrepierna bajo en agua caliente. Cerró los ojos y se dejó hacer. No podía evitar sentir como los labios de su sexo se hinchaban. Y sabía que Marta lo estaba notando al rozarla con sus dedos. La joven estaba segura que Marta sabía que estaba excitada. Su respiración se aceleraba y sonrió. En un movimiento reflejo por puro instinto Ana abrió más las piernas y se agarró con ambas manos a los bordes de la bañera.

—¡Ummm! Me gusta, tienes unas manos que...

—Gracias – respondió Marta sorprendida por aprobación de la joven.

“No sé cómo he sido capaz de decir eso. Estoy fuera de control.” Pensó Ana. Marta se apoyó en la bañera justo donde Ana estaba a ella y frota su pecho en el dorso de su mano. La joven imaginó cómo sería su pecho que está separado de su mano solo por la tela de su blusa y su sujetador.

—Te daré también en el otro muslo parece que también está tenso – dijo Marta.

—Bien. Me gusta. Me encuentro mucho mejor.

—Estoy segura que te está viniendo bien este masaje.

—Marta, la verdad es que lo haces muy bien. Me gusta.

Marta le masajea el otro muslo de la misma forma. Sigue tocando la rajita de la joven con la punta de sus dedos. A esas alturas esta empapada y noto como fluye su flujo. Ana mueve su mano y descaradamente la mete entre los pechos de Marta para que juegue con ella. De forma disimulada Marta hacía leves movimientos frotando sus pechos en la mano de la juguetona y receptiva joven. Marta también estaba excitada y muy mojada.

—¡Ummmmmm! – gimió Ana sin poder evitarlo.

—¿Estás excitada? – pregunto Marta sin ningún reparo.

—Un poco es que... — mintió Ana. Estaba muy cachonda — ¿Te importa?

—No, no me importa. Me gusta. ¿Creo que lo has notado?

—Sí, pero me daba vergüenza decirte que... me gustas. Además con los desencuentros que hemos tenido.

—Olvídate de eso ahora. A mí también me gustas. ¿Quieres que sigamos?

—¡Sí! ¿y tú? — respondió entusiasmada Ana.

Marta no respondió a su pregunta y simplemente pasó a la acción. Subió las manos por sus muslos hasta sus caderas para bajar a lo largo de sus piernas. Ana la dejó hacer toda excitada. Ana se levanta. De pie en la bañera agua y espuma corren por su cuerpo.

Ahora tenía ante ella el coñito de su joven y deseaba invitada. Estaba totalmente rasurado. Ana estaba totalmente empapada. Sentía como sus fluidos manaban de su interior. Marta acariciaba su sexo suavemente sintiendo su humedad. Recorría toda su abertura con sus dedos. La joven no pudo evitar abrir más las piernas y agitar un poco las caderas buscando un contacto más profundo. Recogía sus fluidos con sus dedos y los llevaba a sus labios. Abría un poco su boca e introducía sus dedos en ella. Los estaba saboreando. Ana sabía perfectamente que esa no era la primera vez que Marta estaba con una mujer.

—¿Te gusta? — pregunto Ana a su anfitriona.

—Me encanta.

Con los pechos de la joven a su disposición, Marta, colocó ambas manos sobre ellos y los acarició con suavidad. Notó que los tenía como piedras en ese momento y sus pezones reaccionaron insolentes al contacto de sus manos. Marta hundió su cabeza en la entrepierna de la deseada joven. No dejaba de jugar con sus pechos. Ana acarició el pelo de Marta mientras esta jugaba con su lengua en su clitoris que a esas alturas está hinchadísimo. Lo mordía, lo besaba, lo adsorbía. Su lengua no estaba quieta un solo momento. Bajó una de sus manos acariciando su cuerpo. Introdujo sus dedos dentro de ella, sin dejar quieta su lengua un solo segundo.

—¡Dios que bien! — no pudo evitar decir Ana por el excelente trabajo que Marta le estaba realizando.

Ana estaba empapada y abierta y Marta no dejaba de meter su lengua en ese delicioso coñito para recoger hasta la última gota de fluido que salía de su interior. Marta continuaba trabajando con su lengua y sus dedos. La respiración de la joven se aceleraba e intentaba contener los gemidos. Tenía miedo que Javier las escuchase aunque a Marta parecía no importarle. Entonces tuvo un primer orgasmo, aunque no muy intenso, porque Marta abandonó por unos momentos su clítoris. Su vientre se contrajo un par de veces y su respiración empezó a calmarse un poco.

Javier después de hablar con los padres de Ana para comunicarles lo sucedido y tranquilizarlos subió para ver como se encontraba. Ni Ana, ni Marta estaban en la buhardilla así que fue al baño. Llamó suavemente. No obtuvo respuesta del interior. Abrió con cuidado la puerta y se asomó con sigilo para no ser indiscreto. Lo que vio lo maravilló. Ana completamente desnuda, de pie en la bañera con gotitas de agua resbalando por su delicada piel, con los ojos cerrados y el cabello mojado cayendo sobre sus apetecibles hombros. Y con un rostro de placer que era insuperable. Un placer que le estaba proporcionando su mujer con la cabeza enterrada entre las piernas de esa diosa. Por un momento vio en esa imagen el “Nacimiento de Venus” y pensó que si Sandro Botticelli hubiese contemplado esa imagen habría sido Ana la inmortaliza en ese lienzo surgiendo de la aguas. Con esa imagen grabada en sus retinas cerro con mucho cuidado la puerta y volvió a su despacho.

Marta se centró en el clítoris de la joven cuando aún no se había rehecho de su mi primer orgasmo. Su respiración se aceleró nuevamente, empezó a jadear sin parar y no pudo evitar mover las caderas al ritmo que marca la lengua de esa mujer. Marta se lo estaba mordiendo, besando, chupando y sorbiendo sin parar. Su respiración estaba muy acelerada y su cuerpo se puso en tensión. Notó como le venía era muy intenso. Marta no descansaba ni un segundo. El sexo de Ana era un autentico manantial de fluidos. Hasta que finalmente.

—¡Oohhhhhhhhhh! ¡siiiii!

Fue un orgasmo intenso, muy intenso y largo. Ana tenía los ojos cerrados y su vientre no deja de moverse por la intensidad del momento. Mientras su respiración empezaba a relajarse un poco. Cuando abrió los ojos Marta la estaba mirando. Tenía una mano metida en su pantalón y por su expresión supo que ella también iba a llegar. Cuando terminó, Marta se puso de pie frente a

ella, se besaron. Fue un beso muy tierno. Ambas estuvieron encantadas de sentir los labios carnosos y suaves de la otra sobre los propios.

—¿Te gusto? — Le preguntó Marta mientras estaban fundidas en un abrazo.

—Ha sido una experiencia maravillosa.

—Me alegro que te haya gustado. Para mí también ha sido muy especial.

Volvieron a fundirse en un beso. Entonces alguien llamó a la puerta del baño. Ambas se separaron. La puerta se abrió sin esperar respuesta.

—¿Ana estas bien? — pregunta preocupada Olga entrando en el baño y cerrando la puerta tras de sí — Papá me ha contado lo que te ha pasado.

—Sí, no te preocupes solo ha sido un susto — dijo Ana mientras se ponía el albornoz que Marta le ofrecía.

—Bueno ya que estás aquí ayuda a Ana. Yo voy a cambiarme me he mojado la blusa al ayudarla en con su baño — le dijo Marta a su hija.

—No te preocupes yo me encargo — respondió Olga.

—Gracias Marta, por todo — dijo Ana.

—No tienes que darlas ha sido un placer — respondió Marta y salió del baño camino de su dormitorio.

Marta entró en su dormitorio mientras comenzaba a desabrochar su blusa. Ahí estaba Javier que salía de su baño. No dijo nada solo miro fijamente a su esposa que se quedo quieta como una estatua al verlo. Vio como su blusa trasparenteaba por la humedad el encaje del sujetador y no pudo resistirse. Javier fue hasta ella la tomo por la cintura y la beso. La beso con pasión recorriendo su boca con su lengua y saboreándola. Quería probar los jugos de Ana en la boca de su mujer que los había tomado de la misma fuente.

Cuando Ana estuvo completamente seca se despojo del albornoz que envolvía su cuerpo dolorido quedándose desnuda ante Olga. Esta no pudo evitar deleitarse con ese cuerpo y mentalmente compararlo con el suyo. “Es realmente hermosa pero yo la supero físicamente en muchos aspectos ¿Por qué no tengo yo el mismo éxito con los chicos?” pensó mientras le daba las braguitas a Ana y esta se las ponía. Pero Olga sabía perfectamente la respuesta a esa pregunta. Ana siempre estaba segura de sí misma y de sus posibilidades sacándole todo el partido que le era posible. Cuando Ana se puso su camiseta de dormir ambas salieron del baño y la acompañó a su habitación.

—¿Ya te vas a dormir?

—No, no creo que me duerma, pero si me meteré en la cama necesito descansar un poco.

—Vale. Entonces no te molesto más.

—No me molestas. De verdad.

Se hizo un silencio. Ana ya metida en la cama y Olga sentada junto a ella. La mente de Olga no dejaba de darle vueltas a la idea que la estaba atormentando últimamente y finalmente pensó en decírselo.

—Ana... a mi... yo...

—¿Si? Dime ¿Pasa algo? – pregunto intrigada al ver que Olga no se decía a hablar.

—No... pero...

—Olga dime lo que sea. de verdad, creo que hay confianza entre nosotras.

—Me gustaría hablar contigo pero es algo embarazoso.

—Vamos no será para tanto. Además creo que hay confianza entre nosotras y podemos hablar de cualquier cosa. Y por supuesto todo quedara entre nosotras. Tú dirás.

—Es que no sé por dónde empezar.

—Lo más fácil es por el principio.

—Vale está bien ¿Tú has probado el sexo anal?

—Claro ¿Por qué?

—Daniel quiere te lo hagamos yo la me negué y discutimos. Bueno eso ya lo sabes que habíamos discutido pero no sabias el motivo. El se ha disculpado y parece que se ha olvidado del tema.

—Entonces que problema ahí. Tu no querías y el ya no te ha insistido más todo solucionado.

—Ya, pero ahora soy yo la que no deja de pensar en ello. Y... bueno he pensado que seria para él un buen regalo de cumpleaños pero quiero hacerlo bien. ¿Podrías ayudarme? ¿Qué tengo que hacer? ¿Duele?

—No te preocupes yo te ayudaré y te diré todo lo que se sobre el tema. Daniel quedará muy satisfecho con su regalo – dijo Ana sonriendo.

—Gracias Ana. ¿Por dónde empezamos?

—Déjame un par de días que me reponga y te enseño todo lo que quieras.

—Vale te dejo descansar.

Olga salió de la buhardilla sonriendo. Por fin se había decidido y Ana la ayudaría. Ana se tumbo en su cama y cerró los ojos aunque no tenía sueño. Una sonrisa se dibujo en sus labios cuando vino a su mente la primera vez que le follaron su culito.

—CAPITULO 5—

CLASES PRÁCTICAS

Al día siguiente del desafortunado suceso, Javier y Marta, acompañaron a la comisaria a Ana. La agente que se ocupó de ella el día anterior los atendió amablemente. Ana respondió a todas las preguntas que esta le formuló. Un apartado especial fue el que dedicaron al desconocido que dio la paliza a Jorge y evitó que este la violase. Repitió una y otra vez lo que recordaba de ese chico que realmente no era mucho. Era un chico alto, moreno y aparentemente delgado, era un chico normal, vestía vaqueros y una sudadera con capucha de color gris.

Después de prestar declaración Ana no quiso presentar denuncia contra Jorge. Javier, Marta y la propia agente insistieron pero ella se negó rotundamente. Javier se enfadó por la negativa de Ana. La agente de policía lo tranquilizó informándole que aunque Ana se negara a presentar denuncia, ellos actuarían de oficio al existir un parte de lesiones por violencia de género presentado por el hospital. Antes de marcharse la agente de policía informó a Ana que podía poner la denuncia en cualquier momento si se lo pensaba mejor, además de que podría ser llamada nuevamente a declarar como testigo ya que Jorge había presentado una denuncia por agresión contra el chico que la había ayudado.

Aquella misma tarde los padres de Ana se presentaron en Madrid, en casa de Javier y Marta. Primero hablaron los cinco, luego Ana y sus padres pero no hubo manera de convencerla de denunciar lo sucedido. Ella insistía en que no había pasado nada, tan solo una pelea, ella estaba perfectamente y el único que había salido mal parado era Jorge.

Esa noche los padres de Ana insistieron en invitar a todos a cenar en un conocido restaurante de la capital. Los siete cenaron y charlaron animadamente. En ningún momento se hizo referencia a lo sucedido. Se limitaron a recordar los veranos en Mallorca, cuando los niños eran pequeños, y pasaban unos maravillosos días todos juntos. Ricardo, el padre de Ana, sugirió que podrían repetirlo y pasar unos días todos juntos. Planteó que un buen momento sería el puente de Todos los Santos. Javier se disculpó con su amigo ya que sería imposible que pudiesen ir todos, faltaban muy pocos días y ya tenían otros planes. Esto contrario momentáneamente a Ricardo hasta que, Elena, su mujer, sugirió hacerlo en el puente de la Constitución que era más largo y así en lugar de en Mallorca lo pasarían en Canarias. A todos les pareció una idea fantástica y aceptaron la invitación de los padres de Ana.

A la mañana siguiente Ana comió con sus padres. Aunque estaban al tanto de todo, ya que Javier y Ricardo hablaban frecuentemente, querían confirmar

de su propia hija que todo estaba bien, tanto en los estudios como en la convivencia con Javier y su familia. Evidentemente Javier y Marta no les habían dicho nada a sus amigos de los hechos que habían acaecido entre Ana y algunos miembros de la familia ya que eran embarazosos para todos. Esa misma tarde Ana junto a Marta y Javier, despedían en el aeropuerto a sus padres y amigos que regresaban de nuevo a Mallorca una vez que habían comprobado que su hija se encontraba perfectamente y que todo había quedado en un desagradable incidente.

El fin de semana después del incidente con su ex en la facultad, Ana, se sentía nuevamente en plena forma y casi había olvidado lo sucedido. No había hecho planes para esos días puesto que con lo sucedido a principio de semana y la visita de sus padres había tenido abandonado un trabajo de clase que debía presentar en pocos días y quería ponerse al día.

Ese sábado de madrugada. Después de estar toda la tarde y toda la noche rodeada de libros, tan solo con una breve pausa para una cena ligera, Ana estaba mentalmente cansada y necesita desconectar. Recogió todo lo que había extendido sobre su mesa y se dirigió a su armario abrió una caja de zapatos y sacó uno de ellos, introdujo la mono en él. Apareció una memoria USB. Dejó los zapatos en su sitio y fue a su ordenador. Abrió la memoria USB, solo contenía un archivo, CARLOS. Hizo doble clic sobre él y este comenzó a reproducirse. Aun no había visto la grabación que había hecho follando con Carlos y era un buen momento ya que le apetecía masturbarse para irse relajada a la cama.

Se quitó la camiseta y el amplio pantalón. Vestida tan solo con un tanga minúsculo comenzó a pellizcar sus pezones viendo y recordando lo sucedido aquella noche. Mientras su otra mano ya se había perdido dentro de la escueta prenda y se entretenía recorriendo su monte de Venus. Lo que estaba viendo la excitaba demasiado y no tenía bastante con sus deditos, necesitaba una polla urgentemente. Javier no estaba, había salido a cenar con Marta, con las ganas que tenía de disfrutar esa polla y no habían tenido ninguna buena ocasión. “Bueno, disfrutare del protagonista del video”, pensó.

Ana saltó de la silla tal y como estaba. Vestida solo con un minúsculo tanga blanco empapado que no dejaba nada a la imaginación. Bajó las escaleras rápido y se detuvo en seco junto a la puerta. La abrió con cuidado y se asomó. No había nadie. Bueno eso pensaba ella. Salió y fue directamente a la habitación de Carlos.

Olga iba a salir de su habitación cuando vio como Ana se movía sigilosa

por el pasillo. Se detuvo y vio como entraba en la habitación de su hermano. No se lo podía creer. Por lo que parecía lo que había visto aquella noche no fue algo esporádico, Ana se estaba follando a su hermano. Salió rápidamente de su habitación y fue hasta la puerta de su hermano. Ana no la había cerrado del todo y pudo verlos procurando no hacer ruido para no ser descubierta.

Carlos estaba sentado frente a su televisión jugando a un video juego, moviendo los dedos en el mando de manera frenética, con los cascos puestos y el micrófono integrado hablaba con algún amigo con el que estaba jugando en línea. Olga pudo ver como Ana caminaba de manera sensual hacia su hermano moviéndose como una pantera que acecha su presa. Carlos no se había percatado de la presencia de la joven ensimismado en el juego. Ana se situó frente a él le retiró los cascos y Carlos se quedó con la boca abierta al descubrir a la joven semidesnuda en su habitación.

—Tu amigo tiene que hacerme un trabajito, luego seguiréis jugando – dijo Ana a través del micrófono que le había arrebatado a Carlos y lo dejo caer al suelo.

Ana se sentó en las piernas de su hermano y lo besó. Olga vio como Ana se comía literalmente la boca de Carlos y como este respondía. Las manos de su hermano recorrían la espalda desnuda de Ana y se entretenían apretando los duros y redondos pechos de la joven. Ana se levanto y cogió a Carlos de la mano llevándolo hasta la cama. Carlos no decía nada tan solo se dejaba llevar. Junto a la cama Ana volvió a besarle mientras con su mano agarraba su paquete para comprobar si estaba a punto. Luego lo empujo haciendo que cayese en la cama.

—Desnúdate – escucho como le ordenaba Ana a su hermano.

Mientras este obedecía y se quitaba la camiseta mostrando su definido torso desnudo, Ana se quito el tanga quedando completamente desnuda frente a él. Luego Olga vio como Ana con prisas se agachaba y le quitó las zapatillas a su hermano lanzándolas al aire, luego los calcetines y finalmente le dijo:

—Levanta el culo.

Y desabrochando el vaquero lo tomó con ambas manos por la cintura junto con la ropa interior y literalmente se lo arranco dejándolo completamente desnudo. Su polla erecta temblaba impaciente en paralelo a sus abdominales.

Olga estaba sorprendida, nunca se había fijado como en ese momento en su hermano. Sus amigas siempre le decían que Carlos tenía un buen polvo pero ella nunca les había hecho el menor caso. Pero en ese momento viéndolo así, con una mujer, se dio cuenta que sus amigas tenían razón y que esa polla que Ana estaba a punto de disfrutar era mucho más grande que la de Daniel y no pudo evitar preguntarse que se sentiría al tener algo de ese tamaño dentro.

Todo eso había hecho que una ola de calor invadiese su cuerpo y esa humedad tan íntima mojase sus bragas. Su mano derecha se perdió dentro del escueto y ajustado pantalón de su pijama y sus dedos recorrieron toda la longitud de su raja recogiendo y extendiendo el fluido que no dejaba de salir. Su mono izquierda bajo la camiseta de tirantes amasaba con fuerza sus duras tetas y retorció sus pezones que a esas alturas estaban como rocas.

Carlos tumbado en la cama se dejaba hacer sin decir una sola palabra. Ana empezó a besarle el cuello, bajo por su fuerte pecho y se detuvo unos segundos en su cuartado abdomen. Pudo ver como la polla de su hermano crecía aun un poco más. “Quiero esa polla” pensó Olga sin dejar de masturbarse.

Ana besó el recortado vello del pubis de su hermano y continuó bajando. Tomó su erecta polla en su máximo esplendor y empezó a mover su mano arriba y abajo, de una manera suave. Parecía que lo que su mano sostenía era un delicado pajarillo. Olga veía como la piel del glande se deslizaba al ritmo que Ana le marcaba y como empezaban a aparecer las primeras gotas de ese liquido transparente que a ella le gustaría probar. Mientras dos de sus dedos entraban y salían dándose un efímero placer.

No podía apartar la vista de la escena y de cómo Ana agarraba los huevos de su hermano pequeño amasándolos con suavidad sin dejar de masturbarlo e incrementando el ritmo de sus movimientos. Carlos se retorció en la cama y con un hilo de voz prácticamente inaudible tuvo la sensación de que dijo.

—Más.

Ante esa escueta petición, Ana, aumento el ritmo y él movía su cabeza indicando que estaba disfrutando de lo lindo. Fue en ese momento cuando Ana se metió la polla en la boca. La lengua de la joven lamia desde la base hasta la punta y volvía a meterse ese gran trozo de carne en la boca. Primero la punta y después, Olga pudo ver como Ana, poco a poco fue tragándosela entera hasta que su nariz topo con el pubis de su hermano. “¿Cómo es posible que se haya metido en la boca todo eso? Se va ahogar”, pensaba Olga ante lo que estaba viendo y que aun así no podía creer.

Ana se movía su cabeza arriba y abajo, con la boca bien apretada entorno a

la polla de su hermano para darle más placer, succionando con fuerza en cada mamada. La joven estaba encima de él, a cuatro patas, desnuda y haciéndole la que seguro había sido la mejor comida de polla que su hermano había tenido en su vida, si es que había tenido alguna. Aquello excitaba a Olga sobre manera. Ver el culo en pompa de Ana mostrándole sus agujeros y como la cara interna de sus muslos brillaba por la humedad que fluía de ella. Olga pensó cuantas veces habría estado Ana en esa postura disfrutando de ser follada por un chico. A ella le encantaba que Daniel la follase así, que se le metiese desde atrás en su coñito que ahora solo disfrutaba de un dedo.

Olga vio como la joven dirigió una de sus manos a su clítoris y empezó a frotarlo con fuerza sin dejar de engullir la verga del pequeño Carlos. Se podía apreciar que Ana lo estaba disfrutando y qué decir de la cara de su hermano que era una mezcla de gozo y asombro por lo que estaba viviendo. Ana gozaba como una perra y que podía decir de su hermano. Se le entrecortaba la respiración y ella succionaba con más fuerza aún esa enorme polla que a Olga se le antojaba maravillosa en su interior. Este pensamiento de tener la verga de su hermano dentro la confundió y la excitó al mismo tiempo haciendo que sus dedos entrasen y saliesen de su gruta a gran velocidad. Ana frotaba con fuerza su clítoris sin dejar de dar placer al hermano de Olga con su miembro embutido en su garganta y a punto de explotar.

La cabeza de Ana subía y bajaba de una manera endiablada. Carlos saliendo de su pasividad sujeto la cabeza de la joven con ambas manos y comenzó a mover su cintura follando la boca de su amante. El gemido ahogado de Carlos le indicó que había terminado. Ana alzó su cuerpo y con hilos de semen y saliva resbalando por las comisuras de sus labios y con los ojos cerrados sus dedos hicieron que se corriese también. Se tragó todo el semen y recogió el que le manchaba la barbilla para llevarlo a su boca y no desperdiciar ni una sola gota. Con ese espectáculo Olga también tuvo su orgasmo. Para ella era lo más parecido a un trío que había vivido hasta ese momento.

Olga pensó que el espectáculo había llegado a su fin, pero se equivocaba, Ana estaba muy cachonda y la polla de su hermano aun estaba dura. Ana tomó la verga de Carlos y la masajeó un poco y esta inmediatamente reaccionó a los estímulos volviendo a alcanzar su máximo esplendor. Ana se sentó con las piernas abiertas sobre el metiéndose ese enorme miembro muy despacio. Ver como la joven se empalaba con la polla de su hermano hizo que Olga volviese a masturbarse. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo cuando imaginaba como ese pedazo de carne abriría la vagina de Ana y la llenaba completamente.

Pensaba como las paredes se contraerían en torno a ella envolviéndola y haciendo que esta entrase más y más en su interior.

Las manos de la joven espía recorrían su cuerpo a esas alturas semidesnudo, los pechos, el culo, su sexo húmedo y deseoso de placer que sus dedos volverían a proporcionarle. Podía ver como Ana cabalgaba lentamente sobre su hermano cogiéndolo de las manos para que este tocara su cuerpo brillante. Carlos se deleitaba con los exuberantes pechos de la joven y cogiéndola de la cintura intentaba marcar el ritmo, pero su experta amante no se lo permitía, era ella la maestra de ceremonias.

Ana subió su culo hasta casi dejar completamente fuera la polla de Carlos. Cuando Olga apreció como el miembro de su hermano brillaba cubierto por los jugos de Ana, sus dedos aceleraron en ritmo con el que se estaba proporcionando placer. Carlos no apartaba la vista de las tetas de Ana, estaba hipnotizado, con el movimiento que le imponía su cabalgada sobre él. Podía apreciar como su hermano intentaba acompañar los movimientos de la joven amazona de una manera algo torpe. Aunque en los pocos instantes que lograba sincronizar sus movimientos los jadeos y los gritos ahogados de Ana eran inevitables. Y Olga pudo apreciar en el rostro de ese diablesa que nuevamente había alcanzado el orgasmo pero no parada de moverse.

Olga escucho un ruido en el silencio de la casa, y no era los que provenían de la habitación de su hermano. Cuando reacciono su padre ya estaba en el amplio pasillo frente a ella. Saco rápidamente la mano del interior de su empapado pantaloncito del pijama y cubrió sus pechos desnudos con su brazo. Una ola de calor subió por su pecho hasta su cara haciendo que se pudiese completamente roja.

—¿Te pasa algo? — dijo Javier al ver a su hija en esa situación tan comprometida.

—Eh... no... es que... —Olga no era capaz de dar una respuesta aunque su mente intentaba buscarla rápidamente.

Cuando Ana escucho las voces en el pasillo acelero el ritmo de su cabalgada, quería que Carlos volviese a correrse y que lo hiciese dentro de ella. Se tumbó sobre el pecho de su amante espachurrando sus grandes pechos contra él sin dejar de moverse. Carlos la aferro fuerte por la cintura y ella sintió como tenía su segundo orgasmo y como la estaba llenando completamente con su cálida leche. En cuanto supo que Carlos se había vaciado Ana salto de la cama y con el semen del chico escurriendo por sus muslos corrió para cerrar la puerta.

—No te preocupes no pasa nada – le dijo a su hija. Pero no pudo evitar fijarse en como la cara interna de sus muslos brillaba por el flujo que resbala por ellos y como sus grandes y preciosos pechos luchaban por escapar del brazo que los cubría. Javier tenía muy claro lo que estaba haciendo su hija e hizo que se excitase. Esto provocó que en su pantalón comenzase a formarse un bulto considerable. Lo que no tenía tan claro es por qué se estaría masturbando en el pasillo.

—Es que... iba al baño y se me ha caído la camiseta – acertó a decir finalmente la joven a su padre cuando apreció que su polla estaba creciendo dentro de pantalón.

Javier se limito a sonreírle y camino hasta donde estaba su hija y se agacho para recoger la camiseta que estaba a sus pies. El aroma a sexo de su hija lo embriagó y acentuó más su erección. Entonces un pensamiento volvió a tomar su mente. ¿Cómo sería disfrutar de ese cuerpo? De su calor, de su firmeza, de el sabor se ese néctar que recorría sus esculturales piernas, de sus pechos insolentes, de esos botones rosados que los coronaban y de esa humedad cálida de su interior abrazando su miembro.

—Toma – le entrego la camiseta a su hija. Y esta se cubrió inmediatamente el torso con ella. Aunque a él lo que le apetecía en ese momento era arrancarle las escuetas prendas que la cubrían y poseerla en ese mismo lugar, en el pasillo.

—¿Pasa algo Javier? – se escucho la voz de Marta subiendo la escalera que devolvió a su marido a la realidad.

—No pasa nada – respondió Javier.

Olga corrió hasta su dormitorio y cerro rápidamente la puerta antes de que su madre la viese también en esa incómoda situación.

—¿Con quién hablabas?

—Le daba las buenas noches a Olga que salía del baño.

—Vale vamos a la cama – dijo Marta a su marido cuando vio, ya que era imposible disimularlo, el bulto de su entrepierna.

Ana y Carlos permanecieron en silencio en la habitación esperando que todo se calmase en el pasillo. Ana se vistió con la camiseta que el joven había vestido antes de que ella irrumpiese deseosa de sexo y se sentó en la cama. Carlos busco sus pantalones y se vistió de cintura para abajo.

—¡Carlos!... ¡Carlos!... – se podía escuchar tenuemente en el silencio que reinaba en ese momento de nuevo en la casa, saliendo de los auriculares tirados en el suelo.

—Todo tuyo — dijo Ana al desconocido que llamaba a su joven amante.

Le entregó los auriculares y el micrófono a Carlos que había vuelto a sentarse frente a la pantalla y lo besó en los labios. Luego salió con cautela de la habitación camino del baño.

Olga, mientras, en su habitación estaba hecha un mar de nervios y tremendamente avergonzada al haber sido pillada por su padre en mitad del pasillo masturbándose. Pero al mismo tiempo su cuerpo excitado por lo que había visto y vivido, y que había sido interrumpido aun quería su compensación. Se desnudó y se tumbó en la cama. Miró al techo he intentó mantener la mente en blanco de todas las imágenes que se agolpaban en su mente. Cuando no pudo soportarlo más, Olga, comenzó a recorrer con su mano su raja húmeda e impaciente. Cuando sus dedos descubrieron su clítoris el placer que recorrió su cuerpo la hizo jadear de gusto. Se tocaba despacio, muy despacio, queriendo que esa sensación se prolongase en el tiempo, mientras sus dedos se empapaban con el fluido viscoso y dulce que manaba de su interior. Introdujo un dedo en su vagina y comenzó a meterlo y sacarlo rápidamente. Su excitación aumentaba por momentos. A ese primer dedo poco después se unió otro, la pareja entraba y salía de su interior con un ritmo acelerado. Luego un tercer dedo se unió a la fiesta. De la dilatada vagina de Olga no paraba de fluir el preciado néctar que cualquier chico querría probar y mojar en él su erecta polla. La fricción de los dedos en su interior junto a los pensamientos que invadían su mente hicieron que su temperatura se elevase en un instante, sintiendo como el pecho le ardía y los lujuriosos gemidos invadían la habitación. Cuando volvió a presionar su clítoris las imágenes en su mente se hicieron más intensas. Los chicos anónimos que imaginaba que la follaban habían desaparecido. Era la polla de su hermano la que deseaba que la poseyera como lo había hecho con Ana. Quería cabalgar sobre él y sentirse completamente llena. Luego la imagen de su hermano se fue transfigurando y ahora era su padre, el que se había excitado en el pasillo con ella, sacaba su miembro de sus pantalones y se lo clavaba sin ningún miramiento contra la pared. Sentía como llegaba hasta lo más hondo de ella mientras al oído le decía lo puta que era y lo había deseado que llegase el momento de podérsela follar. Con todo esto en su mente y mientras sus dedos seguían entrando y saliendo de ella, y frotaba su clítoris con intensidad el orgasmo se apoderó de su cuerpo. Fue intenso y largo. Unos de los mejores que había experimentado masturbándose. Conforme su cuerpo se iba relajando fue reduciendo la intensidad de las penetraciones y dejó de frotar su dilatado y sensible clítoris.

Luego se quedo inmóvil en la cama.

Fue entonces cuando el sentimiento de culpa apareció. No podía estar bien masturbarse pensando en que su padre y su hermano se la follaban. Eso era una monstruosidad. Nunca le había pasado. ¿Cómo había llegado a eso? A desear estar con su padre y su hermano. No como una familia sino como hombre y mujer. Y un nombre apareció como respuesta. Ana. Era ella la que se follaba a su hermano y posiblemente también a su padre. ¿Por qué deseaba ser como ella? Sin saber por qué decide que tiene que hablar con ella, decirle que deje en paz a su hermano y a su padre. Se levanta y se pone el pijama. Sale de la habitación para subir a la buhardilla. Entonces se la encuentra. Ana sale del baño envuelta en una toalla.

—Tenemos que hablar – le dice sin preámbulos.

—Ya lo sé, sube y hablamos – responde Ana con tranquilidad. Ambas suben la escalera y en cuanto ponen el pie en la buhardilla y antes de sentarse en el sofá.

—Quiero que dejes en paz a mi hermano y a mi padre.

—¿Cómo? – responde Ana sorprendida ya que no era ese el tema del que esperaba hablar.

—Se que te estás follando a mi hermano y creo que también te tiras y a mi padre. Quiero que los dejes en paz.

—Olga, no se a que viene eso ahora y que películas te has montado en tu cabeza para...

—No se te ocurra negarlo. Esta misma noche te has follado a Carlos en su habitación. Os he visto. Sé que no ha sido la primera vez. Y con mi padre...

—Está bien, lo admito, me he tirado a tu hermano en un par de ocasiones. Pero eso como sabes es cosa de dos y el tampoco se ha negado. En cuanto a tu padre, no ha pasado nada. Así que no se a que viene esto.

—Viene a que no está bien lo que haces.

—¿Por qué no está bien? ¿Qué hay de malo en un poco de sexo?

—Además, tal deberías hablar con tu hermano en lugar de conmigo. El es el que está comprometido, no yo. Yo no engaño a nadie.

—Pero él es un crío. No sabe controlarse. Es como un toro solo necesita que le pongan el capote delante para investir. Y eso es lo que haces lo provocas, los provocas, a los dos.

—Mira Olga, creo que lo que pasa es que estas celosa.

—¿Qué? ¿Celosa yo? ¿De qué? ¿De ti?

—Sí, de mí. Creo que esta noche te habría gustado estar en mi lugar y ser tú

la que se follase a Carlos.

—Pero qué coño estás diciendo. ¿Estás loca?

—No, no estoy loca, solo soy observadora. Además no hay nada malo en ello. Es normal que te sientas atraída por tu padre y tu hermano.

—Ana no sigas por ahí.

—¿Por qué? He dado en el clavo ¿verdad? ¿O es que te gusto yo y no soportas que este con tu hermano?

—Por favor, Ana, calla – A Olga la voz le comenzó a temblar y los ojos se le humedecieron.

—Está bien, lo siento, de verdad. Pero te daré un consejo. Asume tus sentimientos, será lo mejor – y Ana abrazó a la chica.

—Sera mejor que me vaya.

—Pensaba que querías hablar de lo que me comentaste. ¿O ya lo has solucionado?

—No, sigo queriendo hablar de ello. Iba a subir a hablar contigo de ello cuando te vi entrar en la habitación de Carlos. Pero... creo que será mejor dejarlo, no creo que ahora sea un buen momento.

—Por mí no hay problema.

—Gracias, pero es muy tarde y estarás cansada. Además supongo que llevara su tiempo que me cuentes como funciona todo eso.

—Te repito, lo que tú quieras.

—Mañana creo que nos quedaremos solas en casa, tendremos toda la tarde noche, será mejor, si no tienes ningún plan dejarlo para mañana.

—Por mí perfecto. Lo preparo todo para mañana.

—Puedo hacerte una pregunta.

—Claro, lo que quieras.

—¿Cómo fue tu primera vez que...? ¿Cuántos años tenías?

—¿Qué como fue la primera vez que me follaron el culo?

—Sí.

—Pues tenía si no recuerdo mal dieciséis años.

—¿Solo? Lo siento, no quería interrumpirte.

—Sí, fui muy precoz en el sexo. Estábamos en la ducha después de haber follado toda la tarde el agua tibia, caía sobre nuestros cuerpos mientras nos enjabonábamos mutuamente. Su polla empezó a endurecerse de nuevo, y no pude evitar volver a tenerla entre mis manos.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Ana, no — me dijo él.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> ¿Por qué? Por favor.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> No lo vamos hacer otra vez sin tener condones — Aquella tarde lo hicimos sin protección y no quería arriesgarse más de la cuenta.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> No, quiero que me desvirgues....

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Que graciosa, a estas alturas.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Déjame terminar — le dije, mientras salíamos de la ducha — quiero que me desvirgues el culo, que me folles por detrás.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Tú no estás bien, estas completamente salida.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Mira — le dije girándome y mostrándole mi culito duro y redondito — no me digas que no, seguro que te encanta, y así seré tuya hoy totalmente.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> ¿Tienes un poco de vaselina?

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> ¡Bien! — dije contenta — no, vaselina no, vale una barra de cacao para los labios.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Puede valer, vamos. Esto, la próxima vez que lo hagamos...

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Lo sé, que usemos condón — le dije como cansada de su consejo — ¿Qué hago? — le pregunte finalmente.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Sube a la cama y ponte a cuatro patas.

Yo obedecí sin replicar. El me ayudo y me colocó en la posición adecuada, dejando mi culo a su entera disposición. Empezó a acariciar mi ano con sus dedos y su saliva. Luego empezó también a estimularlo con su lengua, así recogía el flujo que volvía a manar de mi entrepierna, usándolo para meter sus dedos con más facilidad en mi agujerito. Primero introducía un dedo, cuando la dilatación de mi ano aumento, me penetraba con dos de sus dedos y después de estimularme convenientemente, empezó a meterme tres de sus dedos en mi virginal culito.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> ¿Estás preparada?

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Estoy deseando ser tuya otra vez.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> ¿Dónde tienes el cacao?

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> En el primer cajón de la mesilla.

Saco la barra de cacao del cajón y empezó a aplicársela en su polla que no perdía ni por un instante su erección, luego lo aplico en mi ano.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> ¿Lista?

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Si.

Note su glande en mi ano y como una de sus manos sujetaban mis caderas para evitar que pudiese moverme. Le bastaron dos golpes de cadera para que

me metiese toda su polla. Sentí el suave tacto de sus huevos en mi perineo. Estaba dentro de mí culo y me ardía, pero ese ardor, ese fuego, ese dolor, se fue diluyendo en placer conforme Nacho entraba y salía de mi culo. Intentaba no desplomarme sobre la cama, pues las piernas empezaban a flaquearme de tanto placer. Nacho seguía bombeándome el culo, se marcaba un ritmo tranquilo, pero a la vez firme y constante. Ese ritmo hacía que mis tetas tuviesen un movimiento de bamboleo con cada una de sus investidas que hacía que mis pezones rozasen las sabanas, así mis tetas y los pezones estaban duros como piedras. Entonces saco su miembro de mi interior.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Date la vuelta.

Hice lo que me dijo. Abrió mis piernas, me elevó con sus brazos por las caderas y volvió a penetrarme de un tirón. Tumbándose sobre mí y sin dejar de mover sus caderas penetrándome, me besó con fuerza. Su pecho aplastaba el mío haciendo que le clavase en el mis duros pezones. Los dos estábamos otra vez cubiertos de sudor. Me iba a reventar. Me abrace con mis manos alrededor de su cuello y mis piernas abrazaron su cintura. Me sentía toda una mujer, en esta postura, me recordaba alguna escena de película, donde dos amantes lo hacían con pasión. No pude evitar volver a gritar y a gemir y un nuevo orgasmo invadió mi cuerpo. Notaba como me corría, como mi flujo empapaba mi culo y la polla de Nacho, que no paraba de moverse dentro de mí, y como bajaba por mi espalda.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Me voy a correr... No aguanto más. — dijo jadeando y con la respiración agitada.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Hazlo dentro, por favor, hazlo dentro.

Nacho cerró los ojos y mordió su labio inferior. Unos segundos después, sin dejar de moverse, empezó a llenarme el culo con la calidez de su esperma. No dejaba de moverse como si quisiera dejarme dentro hasta la última gota de su leche. Salió de mí y calló rendido a mi lado. Lo bese.

—Ana, tal como lo cuentas parece que fue maravilloso. Pero... ¿te dolió?

—Sí, fue genial. Lo importante es que el chico sepa lo que hace. Y te seré sincera al principio me dolió un poco pero luego fue genial. Además cuanto más lo practiques mejor.

—Pero no tengo ni idea si Daniel...

—Yo creo que no. Por eso te insistió tanto. Pero es mejor así. De este modo tú serás la que lo guíes y haréis las cosas a tu ritmo.

—Eso espero. Sera mejor que me vaya a dormir. Hasta mañana.

—Buenas noches. Por cierto... — dijo Ana deteniendo a la joven antes de que se marchase – Primera lección. Mañana será mejor que evacues completamente y cuando te duches céntrate en tu culito, ya me entiendes.

Olga salió de la buhardilla sin decir nada más. Ana se quedó sola en el sofá. Seguía envuelta en la toalla. Miró el reloj que había sobre su escritorio y era tardísimo. Fue hasta su cama se despojó de la toalla y se metió tal cual entre las sábanas.

Se levanto temprano a pesar de ser domingo y de haber trasnochado el día anterior. La casa estaba en silencio cuando fue al baño. Cuando salió todo seguía tranquilo. Se vistió e hizo la cama. Conecto su ordenador y abrió el programa que controlaba la webcam. Vio que continuaba enfocando a su cama, tal y como se quedo después de grabar su primer encuentro con Carlos. En esta ocasión la puso para que enfocase a su pequeño salón y para que se viese perfectamente la zona del sofá. Cuando tuvo todo a su gusto cerró el programa y apagó el ordenador. Bajo a la cocina y se puso un enorme vaso de leche fría. Lo bebió de un solo trago. La familia seguía durmiendo, así que pensó en dejarles un mensaje. Cogió el rotulador que colgaba de la pizarra de la cocina y escribió:

“He salido temprano a ver a una amiga por un trabajo de clase. Vuelvo a la hora de comer. Ana.”

Cogió un juego de llaves que había en una repisa al lado de la puerta y salió de casa. Una vez en la calle caminó en busca de un taxi. Paro el primero que vio y subió.

—Al hospital Doce de Octubre, gracias.

La ciudad a esa hora aún tenía poco tráfico y pocos minutos después Ana se bajada del coche en la puerta del hospital. Entró y fue directamente al mostrador de información. Ahí una joven vestida con pijama blanco y cara de estar aburrida la atendió.

—Buenos días. ¿Puede decirme en que habitación esta Jorge Meliá?

—Buenos días. Un momento, por favor – y comenzó a teclear en el ordenador que tenia frente a ella – Habitación 525 traumatología. Coja el segundo ascensor llegará antes.

—Gracias.

La joven no respondió y continuó aburrida en sus tareas. Ana fue al ascensor indicado y subió a la quinta planta. Todo estaba tranquilo. Era demasiado pronto para que hubiese visitas. Tan solo vio a una enfermera que

entraba en una de las habitaciones. Llego a la habitación. La puerta estaba cerrada. Llamó. No espero respuesta y entró. Jorge estaba solo, tumbado en la cama y aparentemente dormido. Tenía colocado en la cabeza un aparato metálico que le sujetaba la mandíbula y que supuso le impedía hablar. Cuando estuvo junto a la cama puso la mano en su hombro. Jorge abrió los ojos. Cuando este vio a la joven su rostro expreso sorpresa.

—¿Puedes hablar?

Jorge negó un leve movimiento de su cabeza.

—Está bien. Entonces hablare yo. No sé qué pretendías presentándote así el otro día después de lo que me hiciste antes de marchare como un cobarde. Quiero que tengas claro que no quiero volver a saber nada de ti. No quiero volver a verte, ni que me llames, ni que me escribas, nada, ¿lo entiendes?

Ana espero un gesto de Jorge pero no obtuvo ninguno. En vista que no tuvo respuesta dirigió la mano más próxima a la cama a la entrepierna del muchacho que se dibujaba bajo la sabana. Agarró con decisión sus huevos y los apretó con fuerza retorciéndoselos un poco. Un gesto de dolor apareció en el rostro del joven. Intento apartar la mano de Ana de su delicada zona pero no lo consiguió, solo que la presión que ejercía la chica aumentase.

—Parece que estas duro de oído. Y parece que no has tenido suficiente con la paliza que te dio ese tipo. Me han insistido en que te denuncie, pero no lo he hecho. Creo que con lo que te ha pasado has tenido suficiente. Así que lo repito, no quiero volver a saber nada de ti. Como vuelvas a parecer en mi vida, no te denunciare, seré yo misma la que iré a por ti cuando menos te lo esperes. Te cortare los huevos y haré que te los comas. Creo que ya me conoces y sabes que soy capaz de eso y de mucho más. ¿Me has entendido ahora?

Se lo volvió a preguntar al tiempo que retorció y apretaba con fuerza los huevos del muchacho. Este hizo un leve movimiento afirmativo con su cabeza.

—Bien. Así me gusta. Espero que te recuperes pronto.

Dijo Ana después de soltar los huevos del muchacho. Su cara se relajó y sus mano sujetaron su entrepierna, como comprobando que aún seguía ahí. Ella se acercó a él y le dio un beso en la frente.

—No olvides lo que te he dicho. Adiós.

La joven salió de la habitación y del hospital. Cogió nuevamente un taxi en la paraba frente a la puerta y pidió al taxista que la llevase al Parque del Retiro.

Paseó tranquilamente hasta llegar al lago. Hay apoyada en la baranda miro

un par de chicos que remaban en sus barcas echando una carrera. Ana sonrió por el espectáculo. Cuando lo dio por concluido sin un vencedor claro continuó su paseo hasta la Glorieta del Ángel Caído. Tomó asiento en uno de los bancos. Miro detenidamente la figura del demonio. No sabía por qué pero esa estatua siempre había llamado su atención. Recordó la primera vez que estuvo en la ciudad con sus padres y lo que le costó insistir hasta que la llevaron a verla y como le hizo decenas de fotos desde todos los ángulos posibles. Tenía algo que la hacía recapacitar.

Un joven se sentó a su lado. Ana no le dio mayor importancia, pensó que el muchacho intentaría ligar con ella, y continuó observando la negra figura mientras meditaba en lo que había sucedido durante la semana.

—Hola – dijo el joven haciendo que abandonase sus pensamientos.

—Hola – respondió ella por simple cortesía sin intención de que la conversación continuase.

—Ya veo que no me recuerdas.

—¿Te conozco? – respondió ante la afirmación del desconocido que parecía empeñado en hablar.

—No nos han presentado, pero nos hemos visto.

—Lo siento pero... no creo que hayamos coincidido en ningún sitio.

—No importa. Me alegro que estés bien – se levanto del banco y camino paseo abajo.

Fue en ese momento cuando Ana se fijo detenidamente en el joven. Era él. El desconocido que le había dado la paliza a Jorge. Se levanto de un salto y corrió tras él llamándolo.

—¡Oye...tú! Espera un momento – grito Ana.

El joven se giró al escuchar los gritos. Vio que era la chica y se detuvo. Cuando Ana llego frente a él, le dijo:

—Perdona por ser un poco borde antes. Lo siento. No te había reconocido. Muchas gracias por lo que hiciste el otro día.

—No importa. No podía permitir que ese tío te pegase.

—Ya. Pero te pasaste un poco. ¿Sabes que está en el hospital con la mandíbula rota y que te busca la policía por agresión?

—Lo de la policía no me importa. Con la descripción que les haya podido dar él o tú no me encontrarán. En cuanto a la mandíbula... debería haberlo matado.

—¿Y si llamo a la policía ahora mismo? – dijo Ana sacando su teléfono del bolsillo.

—No creo que lo hagas.

—Pareces muy seguro de ello. Dame una razón.

—Se que no has querido poner denuncia contra él. Eso solo tiene dos posibles soluciones que no le das importancia al hecho ya que consideras que lo que le hice ha sido suficiente. O que aun estas enamorada de él, pero esto creo que no. y por tanto no quieres complicaciones.

—Me parece un poco chulito tú. Además, que lo sepas. Aunque no hubieses aparecido me habría librado de él. Solo me pillo desprevenida.

—Ya... seguro. ¿Ahora quien es la chulita?

—No es chulería. Es la realidad. Cuando quieras te lo demuestro.

—Venga chiquilla, eso no te lo crees tú ni harta de cubatas. Me quieres hacer creer que te habrías librado de un tío que te sacaba una cabeza y casi te doblaría el peso.

—Sí, me libraría de alguien como tú.

—Eso me gustaría verlo.

—Ahora mismo si quieres. Vamos al césped para que no te hagas daño.

El joven se rio de esta última afirmación y la siguió hasta la pradera de césped que había frente a ellos. Ana se quito la chaqueta dejándola en el suelo y sobre ella puso el teléfono y las llaves. El desconocido admiro los redondos y firmes pechos que marcaba la ajustada camiseta.

—Venga atácame – le dijo Ana al tiempo que le hacia un gesto con las manos para que se acercase.

—Lo dices en serio. No quiero hacerte daño.

—No me harás daño. ¡Vamos! O tienes miedo que te pegue una chica.

—Como quieras. Después no llores.

Y una vez dicho eso el joven desconocido se lanzo sobre ella. Ella cogió su mano y dando media vuelta se inclino interponiendo su cadera. Cuando el joven se dio cuenta estaba tirado en el suelo panza arriba mientras ella le tenía inmovilizado por el cuello sonriendo. Ana lo soltó y se puso de pie nuevamente. El joven se levanto de un salto y la ataco de nuevo. Otra vez termino con la espalda en la hierba y con la joven sentada a horcajadas sobre su pecho lo que le impedía respirar, al tiempo que le impedía mover las piernas y le sujetaba las manos sobre su cabeza. Esto hacia que ese par de tetas perfectas estuviesen sobre su cara.

—¿Te rindes?

—Vale, tú ganas.

—Por cierto, no me gusta que me sigan. Ahora recuerdo que el otro día

estabas frente a mi casa bajo la lluvia y casualmente a otro día me salvas y hoy apareces de la nada. Te lo advierto no me sigas. Ya ves que no necesito un guardaespaldas.

—Yo no te he seguido, han sido simples coincidencias.

—Ya.

Ana se levanto y recogió sus cosas del suelo. Se puso la chaqueta y camino hacia la salida dejando al joven desconocido tirado en el suelo.

—¡Espera! – le grito el joven. Ana se volvió — ¿Me das tu teléfono?

—No. Seguro que tú podrás conseguirlo por casualidad. Adiós.

Y la joven continuó su camino. Mientras el desconocido se levantaba del suelo miró como se marchaba. Se quedo embobado viendo como movía su precioso culito al caminar. No aparto la vista de ella hasta que se perdió en la distancia.

Ana salió del Retiro y volvió a tomar un taxi para volver a casa. La comida transcurrió con normalidad. Comieron pronto ya que Javier y Marta habían quedado con unos amigos y Carlos tenía partido. En cuanto Ana terminó de comer subió a su habitación con la excusa de terminar un trabajo.

A primera hora de la tarde la casa se había quedado vacía y en silencio. Ana estaba estudiando cuando Olga apareció en la buhardilla. Parecía algo dubitativa como si se arrepintiese de la decisión que había tomado y se hubiese dado cuenta nada más pisar aquel lugar.

—¿Estas estudiando? Si te molesto vuelvo mas tarde.

—No te preocupes, solo estaba haciendo tiempo hasta que subieses. Ponte cómoda mientras recojo esto.

Olga se sentó en el sofá mientras Ana amontonaba los folios a un lado de la mesa y cerraba un par de libros. Pulso el botón de grabar en su ordenador y lo cerro. Luego fue hasta el sofá y se sentó junto a ella. Ambas quedaron en silencio hasta que Olga incomoda por la situación lo rompió.

—Bueno, ¿Qué tengo que hacer?

—Ya te lo he dicho, ponte cómoda.

—Ya estoy cómoda, me he sentado.

—Me refería a te que quitases algo de ropa – y Ana sin más preámbulos se quito la camiseta mostrando a Olga su pecho enfundado en un bonito sujetador de encaje de color marfil.

—¿Es necesario?

—Si quieres que hagamos las cosas bien, sí.

A continuación Ana se quito el sujetador, indicándole así a Olga que no

debía sentirse incomoda por la situación que lo tomase con normalidad. Olga pudo apreciar aun el leve y uniforme tono dorado de sus pechos sin las antiestéticas marcas del bikini. Estaban erguidos, desafiantes y coronados por dos pezones, ya apreciablemente duros, de un apetitoso color rosado. Olga parecía algo incomoda por la situación.

—Venga Olga no me digas que te da vergüenza desnudarte delante de mí. ¿No me digas que nunca has visto a otra mujer desnuda a parte de ti misma?

—Sí, claro que las he visto, muchas veces. En las duchas del gimnasio, cuando nos cambiábamos en clase de gimnasia en el colegio, o en los probadores cuando voy de compras con mis amigas.

—¿Entonces...?

—No se... no es la misma situación, me da corte por lo que vendrá después.

Ana se recostó en el sofá y tomo su camiseta que descansaba en el suelo junto a ella y cubrió sus pechos desnudos pero sin ponérsela. Olga se sentía abrumada por una mujer tan liberal como Ana. Seguía tumbaba, sin decir nada, ninguna de las dos, y parecía que iba a rendirse a un plácido sueño. Entonces lo dijo:

—Quítate la blusa.

No fue una sugerencia a pesar del tono suave que utilizo Ana. Fue una orden en toda regla. Olga la acató sin mediar una sola palabra. Sin prisa Olga desabrocho los botones de su blusa para luego dejarla caer a su lado. Lucía un bonito y sencillo sujetador de color lila.

—Quítate el sujetador – volvió a decir Ana en el mismo suave pero autoritario, dejando ver que no admitía un no.

Olga llevo sus manos a la espalda y desabrocho el cierre de la prenda. Dejo que los tirantes cayesen por sus brazos mientras con sus manos sostenía las copas en sus pechos. Cuando las retiro el sujetador bajo por su brazos dejando al descubierto sus redondas y firmes tetas. Luego lo dejo junto a la blusa. Ana retiro la camiseta que le cubría el pecho y la miro fijamente.

—¿Sabes una cosa? – dijo Ana.

—¿Qué?

—Me gustan tus tetas.

—A mí también me gustan las tuyas – respondió Olga poniéndose totalmente colorada.

—¿Quieres tocármelas?

—No creo que este bien.

—Vamos... hazlo.

Ana tomó la mano de Olga y la llevo hasta posarla sobre uno de sus pechos. Estos reaccionaron al contacto de la mano de la joven que empezó a jugar con él. Lo hacía con naturalidad y estimulaba el pezón de su maestra como si esa no fuera la primera vez que se lo hacía a otra mujer. Ana tenía el pecho más suave y firme que, Olga, había tocado esta ese momento. Tampoco es que hubiese tocado muchos pechos, a parte de los propios, pero en alguna ocasión el grupo de amigas tonteando en alguna fiesta de pijamas habían sopesado los pechos del resto. Ana comenzó a gemir y a respirar de una manera profunda y agitada, indicándole a Olga que cada vez estaba más excitada. Esto también excito a la tímida joven y le dio confianza, lo estaba haciendo bien, y su otra mano se unió al juego.

—Olga ponte sobre mí.

—¿Cómo?

—Que te pongas a horcajadas sobre mí y sigas con lo que estás haciendo. Me pone muchísimo.

Olga obedeció nuevamente. Se sentó a horcajadas sobre su maestra abrazando con sus prietos muslos sus caderas. Continuó con el masaje pectoral que le estaba regalando a su profesora. Entonces, Ana, comenzó a acariciar los pechos de su alumna. Solo tardo unos segundos en ponerle los pezones tan duros como ella los tenía. Luego Ana pasó su mano tras el cuello de su discípula y la atrajo hacia ella. Sus labios se fundieron en un beso con los de ella. Al principio a Olga le pareció violento e intento resistirse, pero la mano firme de Ana la mantuvo pegada a sus labios. Una vez que Olga dejo de resistirse acepto el apasionado beso. La lengua de Ana dentro de su boca la ahogaba al recorrer con ella todos sus rincones. Mientras una de las manos de la profesora apartaba los cabellos de su inexperta alumna la otra acariciaba su cuerpo desnudo. Cuando Ana separó los labios de los de Olga, esta pudo respirar con un hondo suspiro. Pero su profesora no la dejo descansar ni un solo segundo. Todo se dio la vuelta. Ahora era Olga la que estaba entre las piernas de Ana, esta recorrió el cuello, los hombros y los pechos, de Olga, con una marea de besos.

—No sabes lo que me pone esta aptitud tuya de niña buena que parece que no has roto un plato en tu vida – le susurro Ana al oído.

Olga estaba cada vez mas excitada. No podía resistirse. Era la primera vez que tenia sexo con una mujer y era distinto, especial. No por el hecho de ser dos mujeres, que también, era que Ana tenía más experiencias y vivencias sexuales, sola, que ella y sus amigas con sus respectivas parejas juntas. Los

pensamientos empezaron a surgir como un remolino en el cerebro de Olga, surgían mucho más rápidos que las sensaciones que su cuerpo experimentaba bajo los besos y caricias que la sensual joven que estaba sobre ella le proporcionaban.

La joven aprendiz no supo cuando su maestra se había desnudado por completo y había hecho lo mismo con ella. Tuvo conciencia de ello cuando sintió los labios de Ana recorriendo su monte de Venus y su lengua entraba lenta y profundamente en su húmeda intimidad. Que hasta ese momento ninguna mujer había profanado. El trabajo experto de la lengua de Ana hacia que el cumulo de sensaciones de que sentía Olga era algo que no sabía describir. Solo sabía que esa diablesa de mujer estaba haciendo que su cuerpo se estremeciese de una manera indescriptible, como nunca antes lo había hecho.

Mientras, Ana, seguía literalmente comiéndole en coño Olga, esta supo que la clase que esperaba recibir había comenzado cuando sintió como una de los dedos de su maestra empezó a encajarse en su prieto orificio anal. Olga no supo cómo, Ana, solo con eso logró llevarla al orgasmo en un tiempo record. La joven no pudo contener sus gemidos que surgieron de una manera escandalosa como nunca antes le había pasado.

A pesar de que Olga ya había alcanzado su orgasmo, Ana, no se detuvo, continuó chupando, lamiendo y mordiendo el sexo de su amiga. El coctel formado por la saliva de Ana y la esencia de Olga empapaban los muslos de esta y corría entre sus nalgas. Pero su maestra no paraba continuaba jugando con su lengua en ese nudo de nervios que era el inflamado y sensible clítoris de su alumna. Olga perdió la cuenta de las veces que el orgasmo la había estremecido por completo su cuerpo.

Cuando Ana sacó la cabeza de entre las piernas de Olga, con su boca, sus mejillas y su nariz brillante por la marea de jugos que esta había derramado supo que en ese momento comenzaba la verdadera lección.

El dedo de Ana continuaba en el culo de Olga y entonces empezó todo. Ese dedo que no había entrado, desde el principio, ni la mitad de su longitud comenzó a moverse dentro de ella con suavidad pero con rapidez al mismo tiempo. Cuando la mano de Ana chocó con su culo supo que lo tenía completamente dentro. Noto como salía y como volvía a entrar una y otra vez. En cada nueva entrada llegaba un poco más profundo y el placer que sentía la tenía nuevamente a las puertas del orgasmo. Este explotó cuando noto como un segundo dedo se abría paso en su interior. Olga notaba como su ano se dilataba con el nuevo visitante en cada entrada y salida de la pareja. Y aunque

creía que no era posible el placer que sentía se multiplicó. Nuevos orgasmos se apoderaron de su cuerpo. Y el gusto que estaba experimentando nuevamente se incremento cuando un tercer dedo comenzó a dilatar su puerta trasera acomodándola al nuevo invasor.

El placer que Ana le hacía sentir a Olga nunca antes, nadie, se lo había proporcionado. Olga no sabía si todo lo que sentía era por la excitación del momento o quizás, y era lo más probable, la forma en que Ana movía y dirigía sus dedos dentro de ella sabiendo exactamente el punto exacto donde tocar. Nuevos orgasmos se habían apoderado de Olga cuando sintió como los dedos de Ana la abandonaban. Se notó vacía y sentía como la dilatación de su ano se mantenía, teniéndola completamente abierta. Ana se levantó y se dirigió a su dormitorio.

—¿Dónde vas? – pregunto Olga con el hilo de voz que su agitada respiración le permitió.

—Solo es un minuto.

Ana se perdió caminando completamente desnuda tras las estanterías. Cuando regreso lo que Olga vio le pareció grotesco pero a la vez increíblemente excitante. En ese momento comprendió el cabreo de su madre el día que ayudo a Ana a deshacer su maleta. Ana caminaba hacia ella de una manera sensual con su escultural cuerpo desnudo brillante por el sudor. Lo grotesco y la vez excitante era la polla de veinte centímetros que colgaba entre sus piernas. Cuando estuvo a su lado Ana le dijo:

—Quiero que te pongas ahora mismo a de rodillas en el sofá y te apoyes en el respaldo.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Hazlo.

—Pero no pretenderás meterme eso por el culo.

—Eso es lo que voy hacer.

—Ana por favor es enorme. Me vas a destrozar. La polla de Daniel no es tan grande.

—Olga ¿Confías en mí?

—Claro que confío en ti.

—¿Te ha dolido lo que hemos hecho hasta ahora?

—No. Al contrario lo he disfrutado muchísimo.

—Entonces haz lo que te digo. Ponte de rodillas en el sofá y apóyate en el respaldo.

Olga no dijo ni una palabra más e hizo lo que su profesora le había dicho.

Ana se colocó tras ella. Tenía una perfecta visión de los dos agujeritos de la inocente Olga. Abrió el bote que llevaba en su mano y cogió una buena cantidad. La extendió por el enorme miembro que colgaba entre sus piernas como si se estuviese masturbando. Luego directamente del bote puso el producto en la dilatada puerta trasera de Olga y comenzó a introducirla con sus dedos poniendo énfasis en el anillo exterior.

—¿Qué es eso? Está frío.

—Tranquila es lubricante. ¿Estás preparada?

—Creo que sí.

Ana tomó a la joven por las caderas para posicionarla a la altura adecuada. Después con sus manos abrió los redondos y firmes glúteos. Moviéndola recorrió con la punta de la polla desde el monte de Venus hasta la entrada del recto de la joven donde se detuvo. Sujetó la enorme verga con la mano y empujó con suavidad. Entraba con facilidad ya que la lubricación y la dilatación previa eran fenomenales. Olga sentía como se llenaba completamente. Sentía una ligera molestia por el grosor del miembro que la estaba poseyendo pero podía decir que incluso era agradable y placentero. Ana viendo la facilidad con la que la estaba tomando dio una última investida hasta que su pubis tropezó con las nalgas de Olga. Este grito al sentirse completamente empalada por semejante polla y luego se mordió el labio para soportar el ardor que sentía. Ana la sujetó por las redondas caderas y permaneció dentro de ella casi sin moverse. Tan solo un ligero vaivén. Este producía un ligero roce en el interior de Olga que hizo que su excitación se disparase de repente al tiempo que las paredes de su ano se acomodaban al nuevo visitante.

Olga movió sus caderas exigiendo movimiento. Esta señal no pasó inadvertida para Ana que inmediatamente comenzó a salir de ella para luego volver a penetrarla. Un gemido de placer salió de la garganta de Olga. Ana comenzó a follarla. Primero con un ritmo lento y constante. Después fue incrementándolo. Cada vez sacaba más el miembro de ese delicado culito virgen hasta hacia unos instantes para luego volverlo a hundir con más fuerza y más profundidad. Cada nuevo embate era seguido de un placentero gemido o grito que Olga era incapaz de contener. Los orgasmos se le iban encadenando de una manera vertiginosa. No terminaba de recuperarse de uno cuando otro la invadía de nuevo.

Estaba a punto de desfallecer de placer cuando Ana sacó completamente la enorme polla de su culo y cayó rendida a su lado. Olga sintió un enorme vacío

que incluso le pareció molesto después de sentirse tan plenamente llena. Miro a Ana. Esta estaba exhausta empapada en sudor y son sonriéndole.

Olga sabía que tenía que dejarla que se recuperase durante unos minutos, pero estaba tan excitada que no pudo contenerse. Desabrocho el arnés que se ceñía al cuerpo de Ana. Tomo en su mano la gran verga que había estado alojada en su interior y la dejo sobre la mesita que había junto al sofá. Olga se arrodillo frente a Ana y abrió sus piernas todo lo que pudo. Esta se dejo hacer. Olga enterró su cabeza en la entrepierna de su maestra y se apodero de su vulva. Sus mejillas y su barbilla se impregnaron con la esencia que empapaba la zona y corría por la cara interna de sus muslos. Olga metió su lengua lo más profundo que pudo por primera vez en la intimidad de una mujer. No pudo evitar excitarse nuevamente por la situación. La respiración de Ana se agito y se transformo en continuos jadeos mientras sus caderas se revolvían con el trabajo que Olga estaba realizando. “Es una gran alumna. Aprende rápido” pensó Ana. Estas señales le indicaban que iba por buen camino y la animaban a continuar con más ahínco aún.

—Méteme los dedos. Fóllame con tus dedos – dijo Ana entre gemidos.

Olga obediente hizo lo que su maestra le pedía e introdujo dos de sus dedos en su vagina para lo que tuvo que abandonar la deliciosa vulva que estaba disfrutando.

—No, ahí no. En el culo. Fóllame el culo.

Los dedos de pringados del propio flujo de Ana, Olga, los puso en la entrada haciendo una ligera presión. Vio como el esfínter se relajaba y el ano se abrió ligeramente. Apretó un poco y sus dedos entraron con total facilidad. Se notaba que ese precioso culito había probado muchas más cosas que el suyo. Ana gemía y gozaba como una loca. Olga sabía que estaba haciendo un excelente trabajo de fin de curso ya que su maestra no paraba de correrse una y otra vez. Olga no podría decir cuántos orgasmos encadeno Ana y seguramente ella tampoco podría decirlo, pero lo que estaba claro era que de la vagina de Ana fluía un abundante caudal de flujo. Este denso rio empapaba la cara y la mano de Olga. También en su recorrido lubricaba su trabajado culo y mojaba sus muslos.

Ana se tumbo satisfecha en el sofá, sudada y exhausta. Olga agotada también sacos sus deditos de la oscura cueva y aparto la cara de entre las torneadas y doradas piernas de Ana. Olga se tumbo junto a ella en el sofá. Después de un rato de silencio.

—Olga, has estado antes con una mujer, ¿verdad?

—No, tú has sido la primera.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues lo has hecho muy bien.

—Tan solo he hecho lo que me gusta que me hagan a mí.

—Olga... tienes muy buen gusto.

—Ana, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—No me arrepiento de lo que hemos hecho esta tarde. No había disfrutado tanto con ningún chico.

—Pues cuando quieras repetimos.

—No creo que repitamos.

—¿Por qué? No acabas de decir que lo has pasado muy bien.

—Sí. Pero no creo que este bien lo que hemos hecho.

—Mira, Olga, no hemos hecho nada malo. Solo hemos disfrutado de nuestros cuerpos que es lo más normal del mundo. Pero entiendo tu postura. No te preocupes, por mi parte no hay ningún problema. Y sabes que me tienes aquí para lo que quieras y en el momento que quieras.

—Gracias Ana.

—No tienes por qué darlas. Creo que será mejor que nos demos una ducha y recoja esto antes de que lleguen tus padres o tu hermano.

—¿Te ayude a ordenarlo?

—No, baja tu a ducharte y mientras ordeno yo.

—Vale.

Ana se acercó a Olga y le dio un tierno beso en los labios. Luego se levanto y comenzó a recoger las cosas desnuda como estaba. Olga se levanto y recogió su ropa que estaba repartida por el suelo. Sin vestirse tampoco salió de la buhardilla camino del baño. Cuando Ana se quedó sola fue hasta su mesa y abrió su ordenador. Detuvo la grabación y guardo el archivo. Fue a su armario y cogió la memoria USB donde tenía guardada la grabación de Carlos. La conecto al puerto correspondiente y guardo una copia del archivo. OLGA. Después la volvió a guardar en el armario y continuó recogiendo. Cuando termino cogió su albornoz y bajo a la ducha.

—CAPITULO 6—

LA FIESTA DE DISFRACES

Faltaban pocos días para que llegase el puente de Todos los Santos. Como

era ya tradicional la agencia de publicidad de Javier organizaba todos los años una fiesta de disfraces. Era una de las fiestas más esperadas del año. A esa fiesta acudían las personas más relevantes del mundo de la publicidad, además de modelos, algunas actrices y todo el personal de la empresa.

Ana se interesó como debería ir vestida, ya que era la primera vez que asistía a esa fiesta. Javier le explicó que las mujeres podían disfrazarse de lo que quisieran. No había una temática especial. Los hombres en cambio iban todos con traje negro, camisa blanca y corbata negra. En la primera parte de la fiesta, durante el coctel, todo el mundo llevaba máscara o antifaz y después todo el mundo se lo quitaba.

Javier durante los días previos a la fiesta intentó que las chicas y su mujer le dijese como irían disfrazadas. Pero no lo consiguió. Se habían puesto de acuerdo las tres para no decir nada, ni siquiera entre ellas, sobre cómo se vestirían para la fiesta. Pensaron que sería divertido que fuese una sorpresa para todos.

La noche de la fiesta los hombres de la casa esperaban en el salón a que Marta y las chicas hiciesen su aparición. Las tres como si hubiesen estado sincronizadas aparecieron al mismo tiempo.

Los disfraces que habían elegido las mujeres de la casa sorprendieron a Javier y a Carlos que no tenían ni idea hasta que las vieron de cómo irían vestidas. Ambos esperaban que fuese Ana la más audaz con su disfraz pero se equivocaron. La joven Ana era la más recatada de las tres.

Ana eligió un disfraz de azafata de vuelo. Era de color azul marino, pero el tono que precisamente suelen denominar dentro de la gama azul azafata. Llevaba un casquete del mismo color. El disfraz se componía de dos piezas, la superior era una chaqueta sin mangas, con cuello en uve y solapas, cerrado por botones dorados. El escote era muy favorecedor para la joven Ana, puesto que, mostraba un espectacular canalillo. La parte inferior era una falda de tubo del mismo color que le llegaba más debajo de la mitad del muslo. Completado con unos zapatos negros cerrados con un tacón de infarto que hacían sus piernas infinitas y su trasero aún más espectacular.

Olga se decantó por un disfraz de Caperucita Roja. Pero esta Caperucita no tenía nada de inocente. Llevaba unas medias blancas hasta la mitad del muslo. La minifalda de color rojo con mucho vuelo cubría no llegaba a la mitad de su muslo. Justo a la línea que marcaban sus medias. Debería tener cuidado con sus movimientos pues de lo contrario más de uno podría deleitarse con sus encantos. La parte superior era un minúsculo chalequito, como no, de color

rojo, que tan solo cubría su abundante pecho haciendo que este resaltase majestuoso y dejando su firme abdomen al descubierto. El disfraz se complementaba con una cápita del mismo color que llegaba a la cintura de la despampanante joven y una pequeña cestita.

Por último, Marta, se había decidido por el clásico pero no menos provocativo disfraz de conejita de Playboy. Medias negras y un ajustado body también de color negro, con la espalda totalmente descubierta y la parte delantera tan solo sujeta por el broche en torno a su cuello. Unos espectaculares zapatos de color negro junto con una colita blanca de conejita y unas orejas complementaban el escueto disfraz de la madre de familia.

En el trayecto en coche hasta el local donde se celebraba la fiesta Javier no podía apartar la vista del espejo retrovisor. No quería perderse detalle de las tres mujeres de infarto que viajaban a su espalda. Con cada mirada al espejo su polla se endurecía un poco más y lo único que le apetecía era follarse a las tres.

Carlos sentado al lado de su padre no dejaba de girar levemente la cabeza para echar un vistazo al asiento trasero para mirar a hermana y a su madre, ya que Ana estaba sentada tras él. Había visto a su madre y a su hermana millones de veces con mucha menos ropa que ese momento en la piscina de casa y en la playa, pero ese día fue el primero que las vio como dos mujeres deseables con las que no le importaría acostarse. Ese pensamiento le preocupó un poco. No tenía problema en acostarse con Ana, aunque la consideraban parte de la familia y era como una hermana no había nada que los uniese más que el afecto y la amistad. En cambio el solo pensamiento de querer follarse con su madre lo turbaba. Quería meter su polla en ese lugar por el que él había nacido. Era algo antinatural pero le pareció excitante. También le vinieron a la mente la cantidad de veces que sus amigos le habían dicho que su hermana estaba buenísima y que tenía un buen polvo. Nunca le dio importancia a esos comentarios. Él opinaba lo mismo de las hermanas de ellos. Eran adolescentes con las hormonas revolucionadas y cualquier chica tenía un buen polvo. Pero se dio cuenta que su hermana, era diferente a las otras chicas, no tenía nada que envidiar a las modelos que aparecían en las revistas o en internet con las que de vez en cuando se masturbaba. Olga si era digna de un buen polvo.

Cuando llegaron al local poco a poco los miembros de la familia se fueron perdiendo unos de otros conforme saludan a la gente e iniciaban conversaciones. En la fiesta había una breve cena informal de picoteo. Una enorme mesa con un gran buffet donde la gente se servía a su antojo. Además

un ejército de camareros recorría la sala ofreciendo bebida a todo el mundo.

Una vez que se dio por concluido el buffet los camareros se retiraron. El Dj comenzó a pinchar música mucho más movida y en la barra situada en uno de los laterales de la sala empezaron a servir copas a todo el mundo. Dejando una amplia pista de baile llena a rebosar. Javier coincidió con su mujer en la barra. No se habían vuelto a ver desde que llegaron a la fiesta. Javier estaba apurando su copa y pidió dos nuevas copas de ron con hielo. Tomó a su mujer por la cintura y la atrajo hacia él. Marta se dio la vuelta pegando su espalda al pecho de su marido mientras daba un sorbo a su copa. Javier la besó en el cuello. Marta arrimó su culo al paquete de su marido y comenzó a moverlo en pequeños círculos haciendo que la polla de Javier reaccionase. Ana y Olga llegaron junto a ellos haciendo que Marta hiciese una pausa en su juego.

—¿Qué tal lo estáis pasando? – les pregunto Javier.

—Es una fiesta de puta madre –respondió Ana evidenciando que había bebido demasiado.

—Si es genial papa – dijo Olga claramente borracha.

—Javier pídenos dos destornilladores... mientras vamos al baño – pidió Ana.

—Si vamos al baño – secundo Olga.

—Chicas ¿No creéis que habéis bebido ya suficiente?

—Javier que es una fiesta. Si no tomas una copa no tiene gracia.

—Si papa una más.

Las chicas se marcharon hacia el baño sorteando a la gente cogidas de la mano y riendo descontroladas.

—Dos destornilladores. Flojitos, gracias – pidió Javier al camarero.

—Si estaban ya borrachas. ¿Para qué les pides otra copa? – le reprochó Marta a su marido.

—Déjalas por una noche, además estamos nosotros, no pasara nada. Venga seguimos con el juego.

Javier volvió a besar a su mujer en el cuello y ésta comenzó de nuevo a frotar el paquete de su marido con su duro y firme trasero. La tenía cogida por la cintura y con su barbilla apoyada en su hombro le susurraba al oído lo que le haría al llegar a casa. La situación tenía a Marta muy excitada por lo que apretaba con fuerza su culo para sentir la dura polla de su marido entre sus nalgas.

Cuando al cabo de un rato regresaron las chicas a por sus copas, no dijeron nada tan solo reían divertidas. Las cogieron y fueron a la pista. Olga y Ana se

pusieron a bailar juntas de forma provocativa. Javier sonrió al verlas.

—Javier, deberíamos decirles algo – se preocupó Marta al verlas bailar.

—Tranquila, todos saben que es mi hija y no intentaran nada, dejemos que se diviertan.

—Y a Carlos ¿lo has visto?

—Hace un rato. Estaba con Clara y otros chicos. ¿Sabes que me gustaría?

—¿Qué?

—Que vinieses conmigo al baño.

—¿Para qué?

—No te acuerdas de la boda de tu hermano al poco de conocernos.

Marta lo miró volviendo su cabeza y le dio un beso por encima del hombro. Sonrió ampliamente. Y frotó nuevamente el bulto de su marido que se mantenía completamente erecto.

—Vamos – le dijo Marta.

Y cogiéndolo de la mano ambos se encaminaron a los baños. El mero recuerdo de lo sucedido en la boda de su hermano la ponía a mil. Estaban a punto de entrar en los lavabos cuando Marcos, el socio de Javier y padre de la novia de Carlos, los interceptó.

—Os estaba buscando – dijo apresurado.

—¿Qué pasa? – se interesó Javier.

—Es Carlos, ha tenido un pequeño accidente.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? – preguntó impaciente Marta.

—Está ahí fuera a la entrada, se ha resbalado y el caer se ha hecho daño en las muñecas. Creo que no es grave pero Irene ha llamado al 112 por si acaso.

—Venga vamos – dijo Marta.

Los tres salieron de la sala y se dirigieron esquivando a todo el mundo a la salida. Carlos estaba sentado acompañado por Clara e Irene. Su cara reflejaba dolor. Una de sus muñecas estaba muy hinchada y la otra se iba poniendo morada por momentos.

—¿Estás bien? ¿Te duele? – se interesó Marta arrodillándose frente a su hijo.

—Sí, estoy bien. Solo me duele un poco – intentado hacerse el fuerte.

—Venga no te preocupes seguro que no es nada, ya lo veras – intento tranquilizarlo su padre.

Marta se puso junto a su hijo, lo abrazaba y acariciaba con ternura intentando que se calmase y se olvidase del dolor. Clara intenta lo mismo pero sin parar de acariciar su pierna, mientras lo miraba asustada, preocupada por

su chico.

Unos minutos más tarde una ambulancia llegaba. El médico acompañado de una enfermera examina a Carlos. Su diagnóstico es que tiene una de las muñecas rotas y la otra parece un fisura. Inmovilizan ambos brazos al muchacho y deciden trasladarlo al hospital para hacerle radiografías. Javier y Marta suben a la ambulancia con su hijo.

—Mierda, las chicas siguen en la fiesta y no saben nada de lo ocurrido – dijo Javier acordándose de ellas.

—No pasa nada, ves a buscarlas llévalas a casa y luego vas al hospital. De todas maneras yo te voy llamando – dijo Marta.

—¿Pero cómo vas a ir sola?

—No te preocupes no me va a pasar nada.

—Nosotras te acompañamos. Os seguimos en el coche – dijo Irene.

—Gracias. No hace falta que os molestéis – dijo Marta.

—No es molestia, además Clara estaba más tranquila – continuó Irene.

—Gracias, yo acercare a Marcos a vuestra casa – dijo Javier – tomo será mejor que te pongas esto – y se quitó la americana dándosela a mujer para que se la pusiese.

Cerraron la puerta de la ambulancia. Irene y su hija ya estaban en su coche esperando que saliese la ambulancia para seguirla. Javier y Marcos esperaban en la puerta para ver como se marchaban. Cuando la ambulancia se marchó los dos hombres entraron nuevamente a la fiesta en busca de las dos jóvenes.

Ana y Olga bailaban sin parar ajenas a lo sucedido. Daban vueltas al ritmo de la música. Eso hacía que la pequeña falda de Olga se elevase dejando ver prácticamente su hermoso culo. Dos jóvenes, se atrevieron a coger a Olga y Ana de la mano y comenzaron a bailar con ellas. Mientras bailaban metían su pierna entre las de las chicas. Sus manos aprovechaban los movimientos del baile para tocarles el culo y meterles mano. El que bailaba con Olga aprovechando que esta no protestaba por sus toqueteos aventuro su mano fajo su falda. La joven Olga excitada por la música, el alcohol y una pastilla que les había pasado un chico en los lavabos agradecía sonriendo las caricias en su entrepierna.

—Estas tías están super colocadas. Le estoy tocando el coño y esta tan feliz – dijo el chico a su amigo que bailaba con Ana.

El joven siguió bailando con Olga con la mano bajo su falda. Se atrevió a dar un paso más. Y le dijo a Olga al oído.

—A que no os atrevéis tu amiga y su a quitaros las bragas y seguir bailando

con nosotros.

Olga se separó del joven con el que bailaba y se aproximó a Ana. Le dijo cosas al oído. Ana cogió a su amiga de la mano y riendo corrieron hacia los baños. Los chicos las siguieron, no querían perder su oportunidad de follar esa noche con dos modelos. Unos minutos después las chicas salieron del baño sin parar de reír y se unieron a sus parejas de baile con las que regresaron a la pista. Mientras volvían a bailar Olga abrió su mano y le mostro al joven un minúsculo tanga blanco de hilo. Ana hizo lo propio y le mostro a su acompañante una mini braguita negra transparente. Ambos jóvenes se miraron incrédulos por la suerte que estaban teniendo. Los dos cogieron las íntimas prendas que les ofrecían y las guardaron en sus bolsillos.

Continuaron con bailando. Y el que bailaba con Ana quiso comprobar que efectivamente se había quitado la braguita. Levantó su estrecha falda y metió la mano bajo ella. Primero exploró su firme trasero y desde ahí avanzó desde atrás hasta su coño, comprobando que efectivamente no llevaba nada debajo. La gran cantidad de gente que había en la pista hacía que nadie se percatase de la escena. Dos nuevos jóvenes se acercaron a Olga y Ana, amigos de los anteriores, emparedándolas entre los cuatro. Las jóvenes echaban sus cabezas hacia atrás con los ojos cerrados sin parar de bailar, muertas de placer, mientras cuatro manos recorrían sus cuerpos. Los jóvenes estaban disfrutando de ellas, tocando sus tetas, su culo y su coño sin ningún impedimento. Uno de los chicos excitado por la situación y a punto de reventar intentó sacar su dura polla y follarse a Ana ahí mismo.

Fue en ese momento cuando Javier y su socio aparecieron e intervinieron llevándose a las dos jóvenes hacia la salida. Los jóvenes miraron a los dos hombres irritados por fastidiarles el plan. Uno de ellos hizo ademán de detenerlos para poder continuar la fiesta, pero uno de sus compañeros reconoció a ambos hombres y lo detuvo a tiempo. Mientras salían acomodaron las faldas de las chicas en su lugar.

—¿Qué coño hacéis vosotros? Queremos follar con esos tíos – dijo Ana.

—¿Creéis que este es lugar para comportaros así? – les recrimino Javier.

—A ti que más te da. Estoy cachonda y quiero follar – le respondió su hija.

Las jóvenes evidentemente colocadas por las pastillas y el alcohol no reconocían a los hombres que las habían librado de los cuatro salidos que las acosaban.

—Pues os aguantáis las ganas – dijo Javier.

—Pero yo tengo gana de polla – continuó Ana.

—Y yo también – la coreo su amiga

—Pues no hay polla que valga, os apañáis entre vosotras – respondió Javier algo alterado.

—Venga y vosotros ¿no queréis follar con nosotras? – dijo Ana.

La pregunta no obtuvo respuesta por parte de Javier y mucho menos de su socio. Marcos escuchando aquello no pudo evitar empalmarse. Las dos jóvenes no los reconocían y morían de ganas por probar una buena polla. Su mente ya le estaba jugando una mala pasada y se veía disfrutando de esas jóvenes. Pero intento desechar la idea ya que se trataba de la hija de su socio y su amiga.

Mientras iban hacia su coche, Javier, tampoco pudo evitar que su cabeza le recordase los deseos que tenía últimamente. Como había deseado disfrutar de esas dos mujeres que ahora ni lo conocían y estaban deseando de tirarse al primero que se pusiera delante. Esos pensamientos hicieron que su polla también se endureciese.

Una vez en el coche, las dos jóvenes se metieron en el asiento de atrás, Javier ocupó el asiento del conductor y Marcos, su socio, se sentó a su lado. Javier puso el coche en marcha y salió del aparcamiento para dirigirse a su casa.

Ana y Olga empezaron a besarse y acariciarse entre ellas. Sus respiraciones se aceleraron y se convirtieron en gemidos que hacían que se mordiesen los labios de justo. Esto hizo que Javier mirara al retrovisor y Marcos volviese la cabeza. Las dos chicas se estaban liando en el asiento trasero del coche. Javier se preguntó qué coño habrían tomado para estar en ese estado que empezaba a sacarlo de sus casillas.

La escena que Javier contemplaba a través del espejo y su socio girando la cabeza hasta casi partirse el cuello era impresionante. Olga tenía una de sus tetas fuera, de la cual una de las manos de Ana estaba dando buena cuenta, mientras no dejaban de comerse la boca. La falda de Ana estaba completamente arrugada en su cintura y con sus piernas abiertas daba una más que inmejorable vista de su coño, que estaba siendo masturbado por la mano de Olga, que con la falda subida mostraba sin reparo su redondo y prieto culito.

Ambos hombres miraron nuevamente al frente y se miraban entre sí intentando controlarse pero los bultos que palpitaban en sus pantalones evidenciaban que era complicado. Un fuerte gemido emitido por Ana desde la parte de atrás hizo que nuevamente Javier clavase la vista en el espejo y

Marcos volviese la cabeza. Ana se había recostado en la puerta y subido una de sus piernas al asiento mientras Olga ya con sus dos perfectas tetas al descubierto se había puesto de rodillas en el asiento y había enterrado su cabeza entre las piernas de su amiga mientras su mano frotaba desesperadamente el suyo. En esa posición Olga estaba enseñando su firme culo por la ventanilla a cualquier coche que se pusiera a su altura.

—Joder Javier. ¿Cómo puedes soportarlo?

—No puedo, coño, no puedo. Pero es mi hija y la hija de un buen amigo.

—Hostias ya lo sé. Pero... nunca lo has pensado. Yo te aseguro que me he hecho más de una paja pensando que me follaba a Clarita. Estas condenadas chicas tienen unos cuerpos de diosas y luego encima... la forma en que se visten y como se comportan.

—¿Se comportan? Si tú supieras las insinuaciones que me hace Ana. Con decirte que hasta me dio unas bragas tuyas para que me masturbase con ellas.

—¿No jodas?

—Como lo oyes.

—Pues Javier... no se a que estas esperando, una oportunidad como esta no se vuelve a presentar en la vida.

—Pero... ¿Y Olga?

—Mira Javier... si te surge la ocasión tienes mi permiso para follarte a Clarita.

Javier giro en la primera calle que encontró a su derecha y piso el acelerador a fondo. En ese momento recordó el lugar donde iba a follar con Marta, cuando empezaron a salir, un pinar cerca de la universidad. Después de callejear unos minutos llegaron a la Avenida de la Complutense. Un instante después aparcaba el coche en mitad de un pinar con los faros iluminando el infinito.

Marcos y Javier se bajaron del coche e hicieron que las jóvenes detuviesen su loco frenesí. Hicieron que Ana se sentase en el asiento del copiloto y Marcos ocupó el asiento trasero junto con Olga. Javier volvió a su lugar. No le había dado tiempo a acomodarse en su asiento cuando su socio ya tenía los pantalones en las rodillas y su hija le estaba comiendo la polla, mientras este amasaba su deseable culo. No podía creer lo puta que era su hija si no lo hubiese visto. En cuanto Javier estuvo en su asiento Ana se lanzo a sus pantalones y se apodero en un segundo de su dura polla engulléndola hasta los mismos huevos. Javier tuvo que hacer un esfuerzo sobre humano para no correrse en ese mismo momento. Una vez más relajado y disfrutando el trabajo

que la boca de la joven Ana le estaba haciendo levantar su falda y enterró un dedo en su chorreante coño. Luego metió un segundo dedo y finalmente un tercero. Cada vez que Ana se sacaba de la boca ese duro trozo de carne sus gemidos eran increíbles. Por como empapada su mano Ana no paraba de correrse.

Las puertas traseras del coche se abrieron. Marcos hizo que Olga bajase con él. Fueron hasta la parte delantera y este hizo que Olga se inclinara y pusiese las manos sobre el capó del coche. Cuando Javier miró a través del parabrisas vio a su hija riendo y con una cara de viciosa que no le había visto en la vida. Sus enormes y firmes tetas, desnudas, temblaban como gelatina frente a sus ojos. Vio como Marcos tras ella sacaba su polla, grande y gorda, de la que colgaban unos enormes huevos. Su socio no se entretuvo en preliminares ya que sabía que su hija estaba empapada y se la metió de un solo golpe en ese lindo coño que él también deseaba. Olga gritaba de placer y abrió los ojos como platos clavándolos en los de su padre. Javier no pudo soportarlo y sin poder controlarse se corrió en la boca de Ana que seguía comiéndole la polla. Ana tragaba lo que podía pero Javier disparaba chorros de leche sin parar. Cuando la joven ya no podía tragar más separó la cabeza del erecto miembro de su anfitrión pero este lanzó nuevos tiros de cálida y espesa leche que se estrellaron en su cara. Ana lo miró sonriendo divertida.

Javier salió del coche e hizo que Ana lo siguiese. A pesar de su primer orgasmo su polla no había perdido un ápice de su dureza. La tumbó de espaldas sobre el capó del coche junto a su hija. Levantó su falda hasta la cintura y de un tirón abrió el chaleco de Ana haciendo que los botones saltasen. Las perfectas tetas de Ana que tanto había deseado estaban a su disposición. Tomó las piernas de la joven y las elevó hasta colocarlas sobre sus hombros. Tenía esos dos preciosos agujeros a su disposición. Sin pensárselo dos veces embutió su dura polla en el palpitante coño que tanto había deseado y hundió su cara en las duras y firmes tetas que quería comerse. Ana gritaba de placer mientras Javier le comía las tetas y la follaba a conciencia. Sus gritos se mezclaban con los de Olga a la que Marcos se la seguía follando de manera dura y contundente. Cuando Marcos no aguantó más empezó a inyectar leche en la vagina de Olga hasta que esta reboseó por sus continuos movimientos. Ambos cayeron vencidos sobre el coche mientras Javier taladraba sin piedad a Ana.

Cuando Javier se incorporó un momento sacando la cara de entre los pechos de Ana. Vio a su querida hija junto al coche tan solo vestida con las medias

blancas, los zapatos y la escueta capa de Caperucita. Observo como su socio la besaba y sus rudas manos apretaban sus delicadas tetas. Pero lo que le hizo explotar fue ver como esa mezcla de semen y fluidos bajaban por sus piernas. Esto lo hizo acelerar el ritmo con el que se follaba a su deseable Anita corriéndose en su interior. Ana grito de gusto cuando sintió como su interior se llenaba de leche y un nuevo orgasmo la recorrió haciendo que se corriese con Javier. Este dejo los pies de la joven en el suelo y sin dejar que se levantase del capo la beso con pasión metiéndole la lengua hasta la garganta. Luego le dijo a su socio.

—Marcos será mejor que nos vayamos.

—Joder, Javier, mira como estoy aun. No hay manera de bajar la polla.

—Yo también sigo empalmado. Pero...

—Deja que me lo haga con ella.

—Dios. Estamos locos. Venga.

Ambos hombres intercambiaron a las chicas. Ahora Javier iba a disfrutar de su propia hija. Sin pensarlo más colocaron a las dos apoyadas en el capo con sus preciosos y deseables culos en pompa. Ana seguía con la falda enrollada en la cintura y Olga ya no la llevaba. Las chicas se miraban y no paraban de reír. Los dos hombres tenían cuatro deseables agujeros a su disposición y no sabían cual disfrutar. Mientras esperaban que se decidiesen las dos chicas empezaron a besarse en la misma posición que se encontraban.

Como si de una conexión telepática se tratase ambos decidieron follarse el culo de cada una de las chicas. Los dos metieron sus respectivos miembros entre las piernas de las chicas para lubricarlos con los jugos y la leche que rebosaba de sus coños. Luego acariciaron con una de sus manos esos manantiales para llevar ese espeso fluido al ano de las chicas imperando e introduciéndolo con sus dedos en firmes culos que esperaban impacientes.

Marcos no se hizo esperar y ensarto a Ana con facilidad. Se sorprendió gratamente lo poco que le había costado entrar en ese putita. La agarro con firmeza por las caderas y empezó a bombear con fuerza. Ana gritaba de placer.

—Sigue cabrón. Dame más fuerte. Quiero que me partas en dos y me llenes las tripas de leche.

Eso hacía que Marcos se excitase aun más y follase con más dureza el culo de la joven Ana, que parecía toda una profesional. Ana se frotaba su clítoris con fuerza para intensificar la sensación de placer que sentía.

Javier ante el redondo, firme y prieto culo de su hija, viendo como disfrutaba su socio se decidió por fin a atacar. Puso su grueso y morado

capullo en la entrada trasera de su hija. El no sabía que sería el que desvirgaría ese delicioso culito. Nunca antes un hombre se había atrevido a profanar aquella cueva. No sabía que única polla que había osado entrar, fue una verga de látex manejada con maestría por la chica que estaba a su lado unos días antes. Le costaba entrar el agujero era muy estrechito. Abrió los glúteos de su hija y empujó con fuerza logrando meter la cabeza de su polla en tan prieto lugar. Olga grito. Su padre no supo si de placer, dolor o una mezcla de ambos. Con una nueva investía noto como avanzaba poco a poco como se iba abriendo a su paso y como se contraía entorno a su dura polla. Con dos nuevos empellones se supo completamente dentro del culo de su niña. Acaricio con ternura su espalda bajo la cápita roja para tranquilizarla mientras permanecía quieto en su interior. Cuando notó como el ano de su hija se relajaba empezó un ligero movimiento de bombeo. El placer que estaba experimentando era increíble. La estrechez de ese lugar haría que se corriese enseguida.

—Me corro cabrón, me corro. Que gusto. Lléname de leche cabrón.

Cuando Marcos escuchó eso no pudo aguantarse más y descargo por segunda vez esa noche con un largo y placentero orgasmo. Llenó con su leche las tripas de Ana mientras esta gritaba de placer por el orgasmo que recorría todo su cuerpo y que acentuaba el que no dejaba de frotarse el clítoris con desesperación. Marcos saco la polla de la chica y esta cayó de rodillas frente a los faros del coche ya que sus piernas no eran capaces de sostener el peso de su agotado cuerpo.

—Vamos putita, límpiame bien la polla – dijo Marcos a la joven que estaba a sus pies.

Ana con la polla de Marcos frente a su cara la cogió y comenzó a limpiarla con su lengua mientras esta se iba deshinchando poco a poco. Marcos saco su teléfono del bolsillo interior de su chaqueta y comenzó a fotografiar a Ana limpiándole la polla. Después de unas cuantas instantáneas empezó a grabar a Javier follando el culo de su hija.

No aguanto mucho Javier envistiendo a su hija. El morbo de la situación, la excitación y lo trechito del orificio hacia que el placer que sentí alcanzase cuotas que no había experimentado hasta ese momento. Empezó a disparar chorros de leche en el interior de su pequeña Olga sin ningún control, no sabía cómo era posible después de haberse corrido dos veces previamente saliese de sus huevos tal cantidad de semen. Cuando se supo completamente vacío salió del interior de su hija. Olga dio un nuevo grito cuando la polla de su

padre abandono su cuerpo y ola de flujo mano de su coño corriendo por sus piernas.

Olga se giro y apoyo su maltratado culo en el coche. Miro a Javier directamente a los ojos y sonrió complacida. Javier le mantuvo la mirada, no era la de su Clarita, su hija no miraba nunca así. En esa forma de mirar supo que había follado con el cuerpo de su hija pero no era ella. En ese momento solo era una puta con el cuerpo de Olga. Pesar eso era una forma de tranquilizar su conciencia como otra cualquiera. Olga se puso de pie se abrazo al cuello de su padre y lo beso. Lo beso con pasión, mordiendo sus labios y metiendo su lengua en su boca. Javier tomo a su hija por los hombros e hizo que se arrodillase.

—Haz como tu amiga, límpiame la polla – le dijo a Olga.

La joven de rodillas frente a él con la polla frente a su cara lo tomo en su mano y lo miró nuevamente a los ojos. Pero lo que vio en ese momento en sus ojos no era la mirada de antes. Había miedo en sus ojos e incredulidad. Y sin apartar la vista del hombre que tenia frente a ella Olga dijo:

—¿Papá?

El estomago de Javier dio un vuelco al escuchar esa palabra y ver los ojos de su hija. Pero un segundo después la mirada de la joven volvió a cambiar y comenzó a limpiar la verga de su padre que había perdido todo su vigor.

Javier se aparto de ella y subiéndose los pantalones, corrió hasta uno de los pinos más próximos y, comenzó a vomitar. Toda la culpabilidad le llegó de golpe con solo escuchar una palabra y ver la incredulidad y el miedo en los ojos de su pequeña.

—Vámonos, ¿Dónde está su ropa? – le dijo a Marcos

—Atrás en el coche.

—Venga arregla un poco a Ana mientras yo visto a Olga.

Fue a coger el chalequito y la falda de su hija. La ayudo a vestirse. Mientras Marcos ayudaba a levantarse a Ana y le bajaba la falda. Luego intento cerrar como pudo la chaqueta de la joven que Javier había destrozado, en vista que no podía hacer nada se quito su americana y la cubrió con ella. Javier saco una manta de viaje que tenía en el maletero y arropo con ella a su hija antes de acomodarla en el asiento trasero del coche junto a Ana. Luego los dos hombres se metieron en el coche y Javier salió de allí todo lo rápido que pudo.

—Chicos ¿nos tomamos otra copa? – dijo Ana.

—Sí, yo quiero otra copa – la acompaño Olga.

—Ya es hora de que vayáis a casa – respondió Javier.

—Soy un par de aburridos – sentencio Ana.

No se volvió a escuchar una sola palabra en el coche. Javier miro por el espejo y vio como las dos jóvenes se habían quedado dormidas acurrucadas juntas. Una vez en casa Javier metió el coche en el garaje para evitar las miradas de algún vecino indiscreto a esas horas de la madrugada. Intentaron despertarlas pero fue imposible estaban profundamente dormidas. Después del estado de excitación y euforia que les había producido el alcohol y quien sabe que más, estaban de completo bajón porque los efectos estaban remitiendo.

Javier cogió en brazos a su hija y Marcos a Ana. Las subieron a sus habitaciones. Primero dejaron a Olga en su cama, su padre le quito los zapatos, las medias y la cápita roja. Después la arropo mimosamente con el edredón y la besó en la frente. Marcos subió a Ana hasta la buhardilla junto con Javier. La metieron en su cama. Javier también le quito los zapatos, las medias y la destrozada chaqueta a Ana. La arropó también como a su hija y la besó en la frente.

Marcos se ponía su chaqueta mientras bajaba nuevamente al garaje con su socio. El teléfono de este sonó en ese momento.

—Dime Marta. ¿Todo bien?

—Si todo bien. Carlos tiene una muñeca rota y la otra un esguince y fisura. Van a tener que inmovilizarle las dos. ¿Dónde estáis?

—En casa, acabamos de dejar a las chicas durmiendo. Vamos para allá.

—Hasta ahora. Un beso.

—Te quiero — concluyo colgando después el teléfono.

Nuevamente en el coche, Javier y su socio fueron al hospital La Paz donde Marta, Irene y Clara los esperaban. Cuando entraron en la sala de espera de urgencias ahí estaban Clara e Irene. Marta estaba dentro con su hijo Carlos. Javier les pregunto si había alguna novedad aparte de lo que Marta le había dicho por teléfono. No había nada nuevo. Solo esperaban a que le inmovilizasen las muñecas y le diesen el alta.

—Sera mejor que os marchéis a casa. Estaréis cansados y no hacemos nada todos aquí – dijo Javier a sus amigos.

—Como te vamos a dejar solo – dijo Irene.

—No pasa nada de verdad. Ya no creo que tarden mucho por lo que dices. Además he llamado a Marta y ya sabe que estoy aquí.

—Como quieras entonces – dijo Irene.

—Muchas gracias por todo.

—No ha sido nada. Pare eso están los amigos.

Todos se levantaron de sus respectivos asientos, Clara e Irene se despidieron con dos besos de Javier. Y Marcos le estrechó la mano. Javier aprovechó el momento y le dijo en voz baja:

—Lo que ha sucedido esta noche queda entre tú y yo.

—Eso no tenías ni que decirlo – respondió Marcos en el mismo tono.

—El lunes hablaremos en el despacho.

—Como quieras.

—Adiós – dijo Javier.

—Mañana os llamamos para saber cómo va todo. Adiós. – se despidió Irene.

Y los tres salieron de la sala de espera dejando a Javier solo. Una hora después salían Marta y Carlos. Este con los dos brazos escayolados he inmovilizados de momento por una semana y luego el especialista les diría si podría empezar a hacer algún movimiento. Cuando llegaron a casa, a altas horas de la madrugada, Marta y Javier ayudaron a su hijo a meterse en la cama. Luego Javier hecho un vistazo a las chicas antes de ir a su habitación con Marta, las dos seguían descansando tal y como él las había dejado.

A la mañana siguiente Javier se levanto relativamente pronto y después de una ducha volvió a echar un vistazo a su hija y a Ana. Las dos seguían profundamente dormidas. Javier temía el momento en que se despertasen por si recordaban algo de lo sucedido la noche anterior. El matrimonio estaba desayunando cuando Ana entro en la cocina recién duchada, con el pelo mojado y envuelta en su albornoz.

—Buenos días – dice Ana quejumbrosa.

—Hola – dijo Marta.

—Buenos días ¿Cómo estás? – se intereso Javier con un nudo de nervios en el estomago.

—Tengo un dolor de cabeza horrible y no me acuerdo de nada de lo que hice anoche, no sé ni cómo me metí en la cama.

En ese momento entro Olga en la cocina. También estaba recién duchada y vestida con un amplio pantalón de chándal y una más amplia sudadera que era de su hermano.

—Buenos días – saludo también desganada.

—Hola cariño – respondió su madre.

—¿Cómo estás? – fue el saludo de su padre.

—Me duele la cabeza y todo el cuerpo. Parece que me han dado una paliza,

casi no puedo ni sentarme. Además no sé ni cómo llegue a casa anoche.

—Así estoy yo – dijo Ana.

—Me parece que estas dos señoritas se pasaron mucho con la bebida ayer – dijo Javier.

—Es cierto ayer bebisteis demasiado. Menos mal que estábamos nosotros allí. Espero que esto os sirva de lección y no lo volváis a repetir – añadió Marta.

—Vaya mierda de bebida que pusisteis en la fiesta. A mí nunca me había pasado esto después de una noche de juerga – dijo Ana.

—Hablaré con los del catering – dijo Javier algo más tranquilo al comprobar que ninguna de las dos recordaba lo sucedido.

—¿Y cómo llegamos a casa? – se interesa Ana.

—Sí, ¿cómo vinimos? – secunda Olga.

—Os trajo Javier y os metió en la cama. Según parece os dormisteis en el camino de regreso y no había quien os despertase – respondió Marta.

—¿y dónde estaba tu mamá?

—Con Carlos en el hospital.

—¿Qué le ha pasado? – se intereso Ana.

—Se resbaló tuvo una caída y se rompió las dos muñecas. Ahora está en su habitación descansando. Por cierto, durante toda esta semana tendremos que echarle una mano entre todos has que lo vea el especialista y le diga si puede empezar a mover los brazos – anunció Marta.

Las chicas no dijeron nada, se limitaron a continuar con su desayuno en silencio. En ese momento el sonó el teléfono. Javier se levanto para cogerlo.

—¿Quién coño llama a estas horas?, me va a explotar la cabeza – dijo Ana.

—Creo que me vuelto un rato mas a la cama – añadió Olga.

—Y yo espera que subo contigo – se unió Ana.

Ambas jóvenes se tomaron un par de aspirinas y volvieron a sus respectivas habitaciones para seguir durmiendo hasta como mínimo la hora de comer.

—CAPITULO 7—

## LA CONVALECENCIA DE CARLOS

El resto del fin de semana fue relativamente tranquilo. Ana y Olga lo pasaron descansando y estudiando, ya que estaban demasiado agotadas de la fiesta para salir. Los efectos se esta no los olvidarían en una buena temporada.

Javier y Marta lo que quedaba de fin de semana se les complico con el accidente de Carlos. Las visitas se sucedían para interesarse por el muchacho.

Además como este no podría usar sus manos en una semana tenían que ayudarlo para realizar cualquier tarea, desde vestirse, comer, asearse o ir al baño. Esos días que Javier estaba en casa, él se encargó de ayudar a su hijo en las tareas más comprometidas como podía ser lavar ciertas partes o ir al baño. En el resto de tareas solía ayudarlo Marta y su marido le echaba una mano.

Aquel domingo por la noche durante la cena. Mientras Marta ayudaba a comer a su hijo.

—Mañana, tu padre y yo tenemos que trabajar. Procuraremos venir lo antes posible, procura tu también faltar lo menos posible de casa, ya que tendrás que ayudar a tu hermano, mientras no estemos nosotros – le dijo Marta a su hija.

—Mamá, mañana había quedado con mis amigas al salir de clase para preparar un examen.

—Pues... venís aquí a prepararlo y así puedes estar pendiente de tu hermano.

—Olga yo vendré lo antes posible, no te preocupes – intentó mediar Javier.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Si quieren venir tus amigas a preparar el examen aquí, muy bien, si no te vienes y estudias tu solo aquí – sentenció Marta.

—Yo mañana solo tengo una clase a primera hora, luego pensaba pasar el día en la biblioteca, no me importa venirme después de clase y estar pendiente de Carlos – se ofreció Ana.

—Gracias Ana, pero no es necesario – dijo Marta.

—Marta, de verdad que no me importa. Yo puedo hacer lo mismo aquí que en la biblioteca y vosotros podéis hacer vuestras cosas con calma.

Marta miraba de reojo a su hijo mientras seguía ayudándole a cenar. En la cara de Carlos había aparecido una leve sonrisa que intentaba disimular al pensar en que podría tener una enfermera que había sido tan complaciente en otros momentos. Y eso era lo que pretendía evitar Marta.

—Ana este no es tu problema. Te agradezco la buena intención pero es algo que tenemos que solucionar nosotros – intento zanjar Marta.

—Mamá yo...

—Carlos tú te callas – lo corto de raíz su madre.

—Yo solo pretendo ayudar en lo que puedo para hacer que la vida de todos sea un poco más fácil. Vosotros me habéis acogido en vuestra casa y solo quiero colaborar. Pensaba que formaba parte de la familia, pero... ya se cual es mi lugar – dijo Ana,

—Marta, por favor. Yo terminare pronto en la agencia para volver lo antes posible. Ana solo quiere ayudar – intento mediar nuevamente Javier.

—Está bien. Lo siento Ana, no pretendía excluirte de la familia solo... — rectifico Marta.

—Gracias Marta. Te entiendo perfectamente. Para mi ayudaros en lo que esté en mi mano no es ninguna molestia.

—Bueno asunto solucionado el de mañana. Ya podemos seguir cenando en calma – dijo Javier dando por concluida la cuestión.

Ana estaba preparando sus cosas para la clase de la mañana siguiente antes de meterse en la cama cuando Marta apareció en la buhardilla.

—¿Puedo hablar contigo?

—Claro. Tú dirás.

—Lo primero, siento lo de la cena. Pero creo que sabes perfectamente el por qué de mi negativa.

—Lo sé perfectamente. Creo que la última vez que hablamos te deje claro que entre Carlos no había nada y así sigue siendo. Por mi parte no habrá ninguna insinuación ni provocación puedes estar tranquila. Solo espero que él se comporte como un caballero.

—No te preocupes por eso, he hablado ya con él seriamente.

—Entonces no hay nada por lo que tengas que preocuparte si los dos tenemos claras las cosa.

—Gracias. Me alegra saberlo. Buenas noches.

—Que descanses.

Ese lunes Ana se levanto temprano pues tenía su clase a primera hora de la mañana. Cuando bajo a desayunar Javier y Marta ya estaban en la cocina. Después de saludarlos se sentó a la mesa con ellos. Desayuno como tenía por costumbre una tostada con tomate y aceite en esa ocasión acompañada de un zumo de naranja. El matrimonio informo a Ana que antes de marcharse a sus ocupaciones Carlos se quedaría levantado y arreglado para que cuando ella regresase no tuviese mayor problema. La joven se dio por enterada y cuando termino su desayuno se marchó a la universidad.

Cuando Ana termino su clase pensó en ir a tomar un café al bar de la facultad. La clase había sido aburridísima y estaba medio dormida. Le hubiese encantado saltársela pero en ese ocasión no pudo, tenía que presentar un trabajo y era obligatorio asistir. Luego se acordó de Carlos y pensó que mejor se tomaba el café en casa tranquilamente. Salía de la facultad para ir a la estación de metro cuando alguien llamo su atención.

—¡Ana! ¡Ana!

Al oír su nombre la joven dirigió su mirada al lugar desde donde la llamaban. Un hombre que rondaría los cincuenta años le hacía señas. Ella se detuvo y él fue a su encuentro. Cuando lo tuvo a su lado se dio cuenta que no era tan mayor. Podría tener al año más que Javier. Pero finalmente dedujo que tendría más o menos la edad de su padre, cuarenta y cinco. Lo que sí estaba claro es que se cuidaba muchos menos que su padre y que Javier que aparentaban menos edad de la que realmente tenían. La tripa y su aspecto descuidado hacían que aparentase cinco o seis años más.

—Hola – la saludo el tipo.

—¿Nos conocemos? – fue el saludo de Ana.

—Sí, nos presentaron en la fiesta del fin de semana.

—Lo siento, pero no te recuerdo. Bebí demasiado y tengo ese día algo borroso.

—Me llamo Marcos. Soy el socio de Javier en la agencia de publicidad.

—¡Ah! Sí. Ahora recuerdo. Tú eres el padre de Clara, la novia de Carlos.

—El mismo.

—Pues tú dirás. Tengo un poco de prisa, me esperan en casa para vigilar a Carlos que está lesionado.

—Lo sé. No te preocupes no te quite mucho tiempo. ¿Puedo invitarte a un café mientras hablamos?

—Te lo agradezco pero ya te he dicho que tengo prisa.

—¿Te llevo a casa en mi coche y hablamos por el camino?

—No hace falta. Si es importante lo que tienes que decirme pues ves al grano o me marchó y lo dejamos para otro día.

—Como quieras al menos vamos a sentarnos en el coche. Hace frío.

Caminaron juntos hasta el coche de Marcos. Ana pensó que sería el todo terreno frente al que se encontraba cuando la llamó pero no era ese. El coche estaba aparcado dos plazas más atrás. Era un Mercedes SLK 500 de color negro. El típico coche que se compra un tipo inseguro que atraviesa la crisis de los cincuenta para ligar con tías tontas mucho más jóvenes de él. Ambos ocuparon las dos únicas plazas del vehículo.

—Bueno, ya estamos en el coche... ¿Qué tienes que decirme?

—Es algo delicado y no sé por dónde empezar.

—Me gustaría repetir lo que hicimos el otro día en la fiesta.

—Ya te he dicho que no recuerdo que pasó en la fiesta. Como no seas más claro.

—Tú... yo...

—Tú y yo ¿Qué?

—Tú y yo nos liamos en la fiesta y me gustaría repetirlo. Ya lo he dicho.

—Venga ya. ¿Qué me lie contigo?

—Sí.

—Bueno, pues esa suerte que tuviste, realmente estaba muy borracha. Pero no lo vamos a repetir. Así que un placer hablar contigo pero me marchó.

—Un momento. Si lo vamos a repetir.

—Ya te he dicho que no. Adiós – y Ana abrió la puerta para bajar del coche.

—¡Espera! – dijo Marcos sujetándola del brazo – Esto lo puedes hacer por las buenas o por las malas. Mira.

Saco su teléfono del bolsillo interior de su chaqueta y pulsando con sus rechonchos dedos en la pantalla finalmente se la enseño.

—Esta eres tú, ¿verdad? – dijo pasando las fotos

—Sí. Soy yo la otra noche haciéndote una mamada. ¿Qué pasa?

—¿Quieres que Javier se entere de lo que hiciste?

—Enséñaselas si quieres. No me importa.

—¿Y tus padres o tus compañeros de clase?

—Marcos, si intentas chantajearme con eso para que te haga una mamada o me acueste contigo, lo siento, ya te he dicho que no. Enséñale o envíale las fotos a quien quieras, no me importa. He hecho cosas peores que comer la polla a un tío mayor que yo y mis padres lo saben no se va a asustar por esto. En cuanto a mis compañeros, creo que ya me he tirado a todos, eso no les sorprenderá. Aunque si te hace feliz puedes publicarlas para que vea todo el mundo lo macho que eres y como te tiras a crías de veinte años. Ya te he dicho que no me importa. Solo pasa una cosa. Si lo haces tú perderás mucho más que yo.

—¿Me estas amenazando tú a mi? Niñata – dijo Marcos claramente cabreado.

—No. No confundas las cosas. Yo no te estoy amenazando. Te estoy exponiendo los hechos. Si publicas esas fotos te denunciare por hacerlo sin mi consentimiento, por atentar contra mi intimidad y contra mi honor. Además te denunciare por violación. Con todo esto tu mujer se enterara de a que te dedicas en tu tiempo libre y supongo que también en el trabajo. Supongo que lo sospechara pero eso será la prueba que necesita para divorciarse de ti y dejarte sin casa, sin tu parte de la agencia, sin tu bonito deportivo, sin

dinero... vamos lo perderías todo, estarías en la puta calle. Sin contar con que tú prestigio profesional, si es que lo tienes, se iría a la mierda cuando se sepa públicamente que te tiras a las modelos que trabajan para ti. Vamos nadie querrá que trabajes para él. Ahora que tienes todo claro puedes hacer lo que quieras. Adiós.

Ana abrió nuevamente la puerta y salió del coche sin esperar respuesta. Cuando se disponía a cerrar de un portazo se agacho y se asomo al interior apoyándose en el techo.

—Por cierto. Si hubieses dejado la proposición para otro momento, sin prisa, con una copa tranquilamente y me lo hubieses propuesto sin amenazas, tal vez me habría acostado contigo. Pero... has perdido tu oportunidad por impaciente. Consuélate en que al menos tienes unas bonitas fotos del otro día.

La joven se aparto y dio un fuerte portazo al bonito coche. Luego se dirigió tranquilamente a la estación de metro para volver a casa. Ahora se explicaba por que cuando se ducho al día siguiente de la fiesta iba sin bragas y tenía semen reseco en su vagina, el culo y los muslos. Ese cabrón se lo había pasado bien con ella.

Cuando llego a casa María estaba limpiando el salón. La saludo y subió a ver a Carlos. Clara estaba con él. Había tenido un par de horas libres y fue a hacer compañía a su chico. Ana le dijo que estaría arriba en su habitación que si necesitaba algo que la llamase o le diese un toque en el móvil y bajaría enseguida. Luego siguió su camino hasta sus dominios.

Mientras subía pensó que con lo buena chica que era Clara y que padre tan cabrón que tenía. Sería una pena que se enterara de las cosas que hacía su papa. Pero todo dependía del capullo de su padre. Se puso a estudiar tranquilamente después de bajar a por un café.

Ana estaba centrada en sus apuntes cuando escucho la voz de Carlos “Ana por favor, ¿Puedes bajar?”. Cuando entro en la habitación del chico Clara se había marchado y en su lugar estaban un par de amigos. Estos no se cortaron al verla y la repasaron con la vista de arriba abajo. La habían desnudado con los ojos. Se dio cuenta inmediatamente que Carlos les había contado sus dos encuentros.

—Hola ¿Qué necesitas? – saludo Ana.

—Hola – dijeron los chicos al tiempo.

—Necesito ir al baño – continuo Carlos.

—¿Y para eso me llamas?

—No puedo ir solo. Ya lo sabes. Creía que estabas en casa para echarme

una mano.

—Así es. Pero es que pensaba que estabas solo. Pero teniendo aquí a tus dos colegas cualquiera de ellos o los dos si quieren pueden ir contigo.

—¿Cómo les voy decir eso?

—Seguro que están encantados de ayudarte ¿verdad chicos? — Los amigos de Carlos no dijeron nada – solo tienen que ir contigo al baño bajarte el pantalón y el slip cogerte la polla y apuntar. O mejor aun te sientas y así no tienen que tocártela, si les da repelús a ellos o a ti que te la toque un tío. Pero te la ha estado cogiendo tu padre estos días y no te he oído quejarte – continuó diciendo Ana haciendo que los tres muchachos empezaran a ponerse rojos — ¿puedo haceros una pregunta? — Concluyo Ana.

—Sí, claro – respondieron los tres muy tímidamente y ya colorados como tomates.

—¿A qué os habéis visto en bolas en más de una ocasión? Incluso diría que os hicisteis alguna paja juntos. ¿Tengo razón? – pregunto finalmente Ana sabedora de la respuesta.

Los tres chicos no dijeron ni una sola palabra y movían sus ojos inquietos sin saber dónde mirar. Entonces uno de los chicos dijo:

—Creo que es mejor que nos vayamos ya.

—Si es tarde – añadió el otro.

—Ya hablamos – se despidieron ambos de Carlos.

—Hasta luego – dijo Carlos.

Cuando los dos amigos de Carlos se disponían a salir de la habitación Ana les dijo:

—Chicos una cosa. Igual os he parecido un poco borde pero Me habéis pillado en un mal día. Y por cierto tal vez no os creáis después de verme lo que Carlos os ha contado sobre que me ha follado un par de veces. Pues es cierto. He follado con él y es todo un semental. Adiós espero veros pronto. Igual me pilláis de humor la próxima vez y nos montamos un trío o una orgía – les dijo Ana sonriendo.

—Adiós – dijeron los chicos en un susurro ante la propuesta futura de tan explosiva mujer y ante la confirmación sin esperarla de lo que su amigo les había contado. Luego salieron rápidamente.

—¿No habré asustado a tus amigos?

—Asustado no sé, pero cortados seguro, eres la primera tía que los deja sin palabras. Mira que es difícil porque no suelen cortarse un pelo con nada ni con nadie y menos con una tía. Pero tu...

—Yo ¿Qué?

—No se... no eres como las demás chicas, eres diferente a todas, no te cortas con nada... eres... eres... genial.

—Muchas gracias. Eso se merece un premio. ¿Sigues necesitando ir al baño?

—Sí.

Ana lo ayuda a levantarse y lo acompaña al cuarto de baño. Le baja hasta las rodillas el pantalón del chándal y el bóxer dejando al descubierto el miembro del muchacho. Este empieza a mostrar los primeros síntomas de erección dilatándose un poco.

—Creo que será mejor que te sientes. No creo que sea capaz de apuntar con tu manguera dentro del váter y lo pondremos todo perdido.

—Vale.

La chica lo ayuda a sentarse. Una vez sentado la verga de Carlos queda apoyada en la tapa del inodoro. Ana la toma con su mano y la mete entre las piernas del chico para que cuelgue dentro de la taza. La joven espera que termine pero no oye nada.

—¿Prefieres que salga o me gire? Conmigo aquí parece que no te concentras.

—Creo que será suficiente con que te des la vuelta.

Ana se giro y dio un par de pasos alejándose del joven. Un segundo después pudo oír como una catarata golpeaba con fuerza las paredes del inodoro. La joven se entretenía mirando los frascos de colonia y perfume colocados en la estantería que había frente a ella cogiendo algunas de las masculinas para olerlas.

—Ya he terminado.

Ana se acerco a él y lo ayudo a levantarse nuevamente. No le subió los pantalones ni la ropa interior. Cogió un par de cuadraditos de papel higiénico y se agacho frente a Carlos cogió su pene y se dispuso a limpiarlo.

—¿Qué haces?

—Limpiar las gotitas que queda. Ya sé que vosotros no acostumbráis a hacerlo así que un par de sacudidas ya está. Pero así es mucho más limpio y no manchas el bóxer.

Carlos se dejo hacer. Ana tomo el desinflado pene del chico y tiro del prepucio hacia atrás dejando completamente al descubierto el rosado glande. Luego lo seco con los trocitos de papel. Cuando Carlos sintió en el sensible capullo el roce del papel y de los dedos de Ana comenzó a excitarse. Una vez

limpio y con la verga del chico creciendo por momentos la joven la palpo los huevos. Los tenía duros e hinchados.

—¿Cuándo hace que no descargas?

—Por lo menos cinco días y estoy a punto de explotar. Llevaba un par de días sin masturbarme y el día de la fiesta Clara y yo... bueno ya sabes, pero con esto nada.

—Y Clara esta mañana no...

—Iba a masturbarme cuando llegaron mis amigos y se marchó.

—Esto es una bomba de relojería puede explotar en cualquier momento.

—¿Quieres de que la desactive?

—Te lo agradecería un montón. Con mi padre no hay problema, pero cada vez que mi madre... bueno ya sabes... se me empieza a poner morciillona y ya casi no puedo controlar la erección. Me da mucho corte.

—Entonces vamos a solucionarlo. Pero me debes un favor – dijo Ana sonriendo.

En la misma posición que estaba Ana cogió la polla del chico, que ya estaba apuntando al techo, con su mano y comenzó a masturbarlo despacio. Carlos se apoyo en el lavabo y cerró los ojos mientras la joven enfermera improvisada ponía solución a su problema. Después de unos minutos Carlos estaba a punto de correrse cuando escucharon:

—María estoy en casa – dijo Marta nada más entrar en casa.

Ana soltó rápidamente la polla del muchacho totalmente excitado y a punto de reventar. Le subió el bóxer y el pantalón dejando fuera la camiseta que vestía para disimular el bulto que había en su entrepierna. La joven acompañó apresuradamente a Carlos hasta su habitación y lo ayudo a sentarse en su cama. Ana tomo el mando a distancia y encendió la televisión. En ese mismo momento la puerta de la habitación se abrió.

—Hola ¿Qué tal? ¿Todo bien? – dijo Marta al entrar y se acerco a besar a su hijo.

—Muy bien, es un buen paciente, no me ha dado ningún trabajo – respondió Ana.

—Mamá has venido muy pronto.

—Si he pedido el resto del día libre. Me llamo tu padre pare decirme que se le ha complicado el día y llegará tarde. Y no quería molestar a Ana más de lo necesario.

—Es la primera vez que he bajado en toda la mañana. Y no es ninguna molestia ya lo sabes.

—Acababa de llamarla para que pusiera la tele, estaba aburrido – añadió Carlos.

—¿Estabas estudiando? – pregunta Marta a la joven.

—Sí, pero no me ha molestado nada iba a hacer una pausa para despejarme cuando me llamo.

—Bueno, puedes seguir estudiando y me encargo yo.

—Vale.

La joven le dio el mando a distancia a la madre del muchacho y se dirigió a la puerta de la habitación. Marta se puso a ordenar un poco el cuarto. Ana antes de salir sin que la madre del joven lo viese le guiño un ojo y le lanzó un besito. Eso hizo que su erección aumentase un poco más. Ana subió a su habitación sonriendo y pensando a quien le explotaría esa bomba en las manos que acababa de activar.

Ese medio día solo comieron los tres en casa, Marta, Carlos y Ana. Javier aviso nuevamente disculpándose con su mujer ya que tendría que pasar el resto de día fuera. Olga también llamo para decir que comería con sus amigas.

Esa tarde el teléfono no paro de sonar. Ana lo oía desde su habitación. Aunque su móvil tampoco se quedo atrás. No podía concentrarse. La llamaron sus padres, una amiga y un par de compañeros de clase. Tenía el teléfono móvil en la mano para desconectarlo cuando volvió a sonar. Un número desconocido aparecía en la pantalla del aparato ya que no estaba relacionado con ningún nombre de la agenda para que lo mostrase. Ana descolgó el teléfono.

—¿Sí?

—Hola. ¿Me conoces? – dijo la voz de un desconocido al otro lado de la línea.

—Y si te digo que el otro día me dejaste tirado en el Retiro.

—Entonces si se quién eres. Ya veo que al final has conseguido mi número. ¿Cómo lo has hecho? – dijo Ana sonriendo.

—¿Lo dudabas que lo conseguiría?

—No, sabía que me llamarías pero creía que tardarías menos.

—No me subestimes. Hace días que lo tengo pero no he querido llamarte antes para que no te emociones y creas que estoy deseando verte.

—No me has respondido.

—¿A qué?

—A cómo has conseguido mi número.

—Eso es confidencial. Secreto profesional.

—¿No le habrás pegado a alguien?

—¿Por quién me tomas? Yo solo le pego a quien se lo merece. Además si quieres que te lo cuente tendremos que vernos.

—Al final si estas deseando verme.

—No te emociones Anita.

—No se te ocurra volver a llamarme Anita.

—Bueno, Ana, ¿Cuándo nos vemos? Te parece bien esta noche.

—Imposible. ¿Qué tal el miércoles por la tarde?

—Perfecto.

—Pues recógeme a las cinco y media en la puerta de la facultad.

—Hay estaré. Hasta el miércoles entonces, Anita.

Lo dijo con guasa, separando las silabas para hacer más énfasis y colgando justo después para que no le diese tiempo a responderle. Ana pensó en llamarlo y decirle lo cabrón que era, pero no lo hizo, solo aguardo el número en la memoria y apago el teléfono. Ya se las pagaría el miércoles.

—¿Estás ocupada? – dijo marta a su espalda.

—No, hablaba por teléfono. ¿Pasa algo?

—Me ha llamado Javier, tiene que cenar con un nuevo cliente e ira su esposa, así que tengo que ir. Además Olga se que a dormir con sus amigas estudiaran hasta tarde.

—No te preocupes, veta tranquila yo me encargo.

—Solo es que estés pendiente y le ayudes con la cena, antes de irme dejare a Carlos duchado y con el pijama puesto.

—Como quieras.

—Gracias Ana.

—Sabes que lo hago encantada.

Algo más tarde Carlos estaba en el salón viendo videos musicales en el MTV cuando llego su madre.

—Vamos Carlos es hora de ducharte.

—¿Ahora? Pero si es media tarde. Además no voy a salir mejor lo dejamos para mañana cuando me levante.

—Mañana tu padre y yo tenemos mucho lio a primera hora.

—Pues me ducho después de cenar.

—No le des más vueltas. Tu padre me ha llamado y cenamos fuera. Tiene que ser ahora.

—Después de cenar me ayuda Olga o Ana.

—Como tengo que decirte que tiene que ser ahora. Tu hermana no viene a

dormir y Ana bastante hace con estar pendiente de ti cuando no estamos para que encima tenga que ayudarte en la ducha.

—Pero...

—No hay peros que valgan a la ducha ya.

Marta apagó la televisión y ayudo a levantarse a su hijo del sofá. Este subió de mala gana al baño. No por el hecho de tenerse que duchar temprano si no por que fuese su madre la que lo ayudase en esa tarea.

Una vez en el baño Marta desvistió a su hijo y este entro en la ducha. A Carlos no le preocupada que su madre lo viese desnudo, lo que le preocupaba era la excitación acumulada de tantos días. Esta ese momento había sido su padre el que lo había ayudado y no había tenido problema en controlarse pero con su madre era distinto. Su madre comenzó a lavar a Carlos con cuidado de no mojar las escayolas. El muchacho aguantaba como podía la excitación se sentir unas suaves y delicadas manos de mujer recorriendo su cuerpo mojado. Intentaba pensar en cosas lo más opuestas al erotismo posible. Recordaba las clases de matemáticas o repasaba mentalmente la lista de los reyes de España.

Pero los reyes de España desaparecieron de su mente en el momento que su madre agacho para seguir duchándolo de cintura para abajo y el agua empapó su blusa. Pudo ver que su madre no llevaba sujetador. La tela blanca de pego a su pecho marcándolo perfectamente. Su madre tenía unos pechos perfectos para su edad y pensó que más una chica jovencita los quisiera para ella. Ese par de tetas que le habían dado de mamar hace años y que aunque no lo recordaba seguro las disfruto, estaba firmes y duras a la vista con unos pezones perfectamente marcados. En su mente apareció su madre vestida de conejita de Playboy, como en la fiesta.

Esos hechos junto a que su polla estaba a escasos centímetros del encantador rostro de su madre y que esta agarro su pene para lavar la zona con la otra mano. Mas que frotar a le parecía que le acariciaba el culo, el perineo, la cara interna de los muslos y los sensibles, hinchados y cargados huevos. Esta estimulación mental por su parte y física por parte de su madre, hizo por mucho que se esforzó en lo contrario que su polla comenzase a despertar y crecer.

Marta no decía nada ante el evidente hecho de que el miembro de su hijo comenzaba a crecer desmesuradamente. Carlos estaba preocupado por la cantidad de días que llevaba sin descargar y lo excitado que estaba. Cuando Marta vio que el pene de su hijo se sostenía solo mirando al techo lo soltó y miro a Carlos. Le sonrió de una manera entre tierna y picara. Tomándose el

hecho como algo natural.

La mente de Carlos volvió desahogada. Los pensamientos morbosos se agolpaban en su cabeza. Su madre ahí, con la blusa empapada, mostrándole sus tetas que si no fuera por que tenía los brazos escayolados le hubiese encantado tocarlas sentir en la yema de sus dedos la suavidad de esa piel y su firmeza, apretar esos pezones que se le antojaban deliciosos. Su polla dura como una barra de hierro a escasos centímetros de su cara y de sus carnosos labios. Le encantaría sentir esos labios en su enorme y rosado capullo.

Carlos no sintió los labios de su madre, pero si la suavidad de su mano cuando empezó a asear era dura barra de carne. La enjabonó subiendo y bajando su mano por toda la longitud del miembro erecto de su hijo. Este movimiento lo hizo unas cuantas veces. Luego se centró en limpiar el hinchado glande cerrando su mano enjabonada en torno a él y haciéndola girar unas cuantas veces. El roce de su mano en tan sensible zona fue lo que hizo saltar la espoleta de la bomba. Algo surgió en su interior que lo recorría como el fuego. La mano de su madre aun sostenía su polla totalmente descapullada cuando esta palpito hinchándose un poco más.

—Mamá me corr...

No pudo decir nada más. El primer chorro de semen que salió de su polla fue a parar al pecho de su madre sobre una de sus empapados pechos. Marta miró a su hijo incrédula y luego volvió a mirar el miembro que tenía frente a ella soltándolo de golpe. Un nuevo chorro de espesa leche salió disparado al rostro de su madre cruzándole la nariz y parte de la mejilla. Un tercer borbotón brotó del miembro de Carlos pero este con menos fuerza cayó en la ducha a los pies del ruborizado muchacho.

Marta no dijo nada. Terminó de duchar a su hijo y lo hizo salir de la ducha para secarlo. Pero antes limpió con el dorso de la mano la leche que corría por su cara y amenazaba con entrar en su boca. La polla del muchacho había empezado a desinflarse. Cuando ante el pesado silencio. Dijo Carlos ruborizado:

—Mamá yo...

—No pasa nada. No tiene importancia. Son cosas que pasan no te preocupes. Olvídalo.

Intentó Marta quitar importancia al hecho de que su pequeño se hubiese corrido en su cara. Mientras terminaba de secarlo y lo vestía se dio cuenta que la polla de su hijo era algo más grande que la de su marido. Pensó como sería sentir toda esa potencia dentro de ella. Pero eliminó inmediatamente esos

pensamientos de su cabeza.

Cuando termino de vestir a Carlos bajo con él al salón lo ayudo a sentarse en el sofá y le puso la televisión para que no se aburriese hasta la hora de cenar. Luego subió a su habitación para ducharse y cambiarse para cenar con su marido. De camino a su dormitorio Marta se chito la blusa. Terminó de subir la escalera y recorrió el pasillo solo vestida con su vaquero. Buscó la mancha de semen en la mojada camisa y cuando iba a entrar en su dormitorio la llevo a sus labios para degustarla. La puerta de la habitación principal se cerraba cuando Ana bajaba de la buhardilla para ver un rato la tele en el salón antes de la cena.

Ana y Carlos estaban en el salón viendo el informativo cuando Marta entro vestida para ir cenar. Le enseñó a la joven lo que tenía que hacer en la cocina para la cena. Ana se quedo preparándolo mientras Marta volvía al salón para despedirse de su hijo y darle un beso. El beso fue tierno como siempre pero no fue en la mejilla como tenía por costumbre, sino en esa zona tan indeterminada que es la comisura de los labios y la el principio de la mejilla. Después de marchó.

Una vez preparara la cena, Ana, llevo a Carlos a la cocina donde cenaron los dos. Ella le dio la cena al chico haciendo alguna broma, ya que estaba muy serio y callado, de las que se le hacen a los niños pequeños con el avioncito. Pero las bromas no dieron resultado. Después de cenar estuvieron un rato en el salón pero Carlos no dio tiempo a que empezase la película, le pidió a Ana que lo ayudase a meterse en la cama. Una vez en la habitación del muchacho.

—¿Qué te pasa? Estás raro.

—No me pasa nada.

—Venga Carlos, dímelo. Tenemos confianza ¿no?

—Es una tontería.

—Cuando estas así no será una tontería.

—Es que si te lo digo no se qué vas pensar de mi.

—Vamos no creo que hayas matado a nadie.

—Tal vez sea peor.

—No seas exagerado y cuéntamelo. Ya decidiré yo.

—¿Prometes no reírte?

—Lo prometo. Palabrita de niña buena.

—Cuando mi madre me estaba duchando me he empalmado.

—Hombre eso no es para tanto, es normal. Además no creo que tu madre le dé importancia a eso.

—Es que no ha sido solo eso.

—Pues tú dirás que más ha pasado.

—Es que... No sé si decírtelo vas a decir...

—Venga no supongas lo que voy a decir o pensar y dímelo de una vez.

—Va... Me he corrido en su cara y sus tetas.

Ana no pudo evitar esbozar una sonrisa al oírlo. Pero no se rió. La bomba que ella había activado esa misma mañana le había explotado a Marta en toda la cara.

—Y ella que te ha dicho.

—Nada. Que no me preocupe, que no pasa nada, que lo olvide.

—Hombre es que tampoco es para tanto. Y tu madre lo comprende. Llevabas varios días sin descargar estabas excitado y cuando te ha tocado la zona al ducharte pues... nada ha sido un hecho natural que ha surgido en el baño, como podría haber surgido esta noche mientras duermes.

—Pero igual piensa que ella me pone.

—¿Te pone?

—Sé que mi madre es muy guapa y atractiva. Algunos de mis amigos me ha dicho que tiene un buen... bueno tú ya sabes. Pero yo nunca la he visto así – en eso último mintió Carlos reservándose los pensamientos del día de la fiesta y los que había tenido en la ducha.

—Tu madre no le ha dado importancia y tú no debes dársela. Así que duerme tranquilo. Además mira el lado bueno. Has descargado y te has relajado ¿no?

—Pues no. Siento todavía que los tengo a reventar.

Ana llevo su mano a la entrepierna del muchacho y le palpo los huevos. Efectivamente seguían cargados y en breve volverían a explotar.

—Eso tiene fácil solución.

Ana hizo que Carlos se recostase en un poco en la cama. Luego se acerco y se agacho para bajarle el pantalón del pijama. Acaricio por encima del bóxer su polla que en un segundo alcanzo su máximo esplendor. Después bajo también el bóxer y descubrió esa polla, dura y palpitante que esperaba ansiosa la atención de su boca. En esa ocasión Ana se esmero con Carlos. Quería disfrutar de esa limpia y suave polla y darle todo el placer posible. La joven paso su lengua lentamente alrededor de la verga. Aparta su pelo con una mano, con la otra tomó su polla y comenzó chuparla con lentitud y suavidad. Acompasó el movimiento de su mano con el de su boca sin prisa. Poco a poco la joven incrementa el ritmo mientras su mano y su boca giran al tiempo que

suben y bajan aumentado la presión que ejercía en el miembro. La respiración de Carlos se aceleró y su pene se engrosó un poco más anunciando lo que llegaba.

—Me voy a correr.

La joven amante no dijo nada. Continuó con su juego aumentando un poquito más el ritmo a la espera de su premio. Este no se hizo esperar y Carlos inundo la garganta de Ana con su dulce y espesa leche. La chica se la trago toda, aprovechando hasta la última gota. Luego con su lengua recorrió toda la barra del chico hasta dejarla completamente limpia. Cuando Ana se incorpora se acerca a él, con cuidado para no hacerle daño, y lo besa apasionadamente.

—Me ha encantado – dijo Carlos cuando ella separo sus labios.

—¿Mejor ahora?

—Algo mejor pero no me baja la erección.

—¿Crees que podrás follarme sin manos?

—Puedo intentarlo.

Ana ayudo a levantarse a Carlos de la cama y se dirigieron al escritorio que el chico tenía en la habitación. Calcula con la mirada la posición y le baja a los tobillos el pantalón y el bóxer. Ella, frente a él desabrocha su vaquero y lo baja también a sus tobillos mostrándole una diminuta braguita de color blanco. La bajo despacio hasta que hizo compañía a su vaquero. Carlos admiró eso que tanto le gustaba y que estaba a punto de disfrutar de nuevo. Ana se giro y se inclino sobre la mesa dejando a la disposición del chico sus dos agujeros.

—Acércate despacio y mete la polla entre mis muslos.

El joven siguió las indicaciones de su maestra de ceremonias aproximándose con cortos pasos. Cuando Ana sintió la dureza de esa polla entre sus muslos llevo una de sus manos hacia atrás para sujetarla y situarla en la entrada de su caliente y empapado coño.

—Empuja. Métemela.

Carlos empuja y empala a la joven de una sola vez. El placer recorre el cuerpo de Ana al sentirse completamente llena de golpe. El chico empieza a follarla con fuertes y precisas investidas. Carlos mantiene un ritmo fuerte y potente. Ana estaba muy excitada y con cada embestida crece un increíble orgasmo dentro de ella. La joven jadea y grita cada vez que su amante alcanza con su polla lo más profundo de su ser. Carlos sigue follándosela con fuerza y ella se corre. Y un impresionante orgasmo recorre todo su cuerpo. El sigue bombeando en su interior y un nuevo orgasmo empieza a crecer en su interior. Pero de repente Carlos saca completamente su polla dejándola vacía.

—Ana, por favor date la vuelta, quiero verte.

Lo hizo. Ana miso su pantalón y de una patada lo aparto liberando sus piernas. Se sentó en el escritorio y las abrió todo lo que pudo. Carlos se acerca con sus pasos cortos de pingüino. La joven toma de nuevo la verga del chico y apunta a su objetivo. Una vez más de una sola investida la llena completamente. Vuelve a follarla con fuerza. Ana abraza con sus piernas la cintura del joven y apoya las manos en mesa echándose hacia atrás. Lo mira fijamente. No puede evitar gemir. Con una de sus manos empieza a estimular su clítoris para intensificar el placer que Carlos le proporciona. Ana se vuelve a correr en un largo y placentero orgasmo, empapando con sus jugos la polla, los huevos y la mesa de Carlos, además de sus muslos y su propio culo. A esta abundancia de fluidos se une Carlos que finalmente alcanza su orgasmo corriéndose dentro de Ana con profundas y fuertes embestidas, mientras se muerde el labio inferior con los ojos cerrados. Ana siente como un chorro tas otro la van inundado hasta que con las investidas del joven rebosa manchándolo todo.

Cuando empiezan a relajarse, Ana, liberó al chico del abrazo de sus piernas. Se bajó de la mesa y cogiendo unas toallas húmedas que había sobre su mesa le limpia la polla y los muslos para luego subirle la ropa y acomodarlo en la cama. Ella tal y como esta. Solo vestida con su camiseta va de un lugar a otro limpiando los restos de su encuentro. Una vez terminada la limpieza se sentó junto a él en la cama. Lo besó larga y profundamente.

—Tengo que ir al baño. Vuelvo enseguida.

Le dijo Ana levantándose de la cama y recogiendo su ropa que seguía tirada en el suelo para luego salir de la habitación. Cuando regresó Carlos se había quedado dormido. Miro su cara de niño durante un rato luego lo arropó con el edredón y le dio un tierno beso en los labios. Apagó la luz y se marchó a su habitación.

—CAPITULO 8—

CHANTAJE

Dos días antes, lunes:

Marcos, decepcionado después del chasco sufrido en su intento de mantener una relación con Ana pensó que tal vez podría intentar con un plan B. No le gustaba mucho la idea pero la experiencia merecería la pena.

Se fue al bar de la facultad de donde un rato antes había salido Ana y se tomo un café caliente. Pensó que debería informarse de los horarios pero

luego, dijo que ya que se había decidido a hacerlo podría pasar la mañana ahí. Afortunadamente para él no tuvo que esperar más de una hora cuando la vio salir acompañada por un grupo de chicas.

—¡Olga! ¡Olga!

Una de las chicas al oír el nombre de su amiga le indicó que alguien la estaba llamando. Olga miró donde le indicaba su amiga e inmediatamente reconoció Marcos, el socio de su padre. Dijo a sus amigas que la esperasen un momento y se acercó al hombre.

—Hola – la saludó él.

—Hola ¿Qué tal? ¿Qué haces por aquí?

—Nada, pasaba por aquí y al verte he dicho voy a saludarla.

—Bueno pues encantada de verte. Ahora me marcho me esperan mis amigas.

—Es que me gustaría hablar contigo y enseñarte una cosa.

—¿Ha pasado algo?

—No, no ha pasado nada. No te asustes.

—Entonces espera que le digo a mis amigas que se vayan adelantando.

—Vale, te espero.

Olga fue hasta donde la esperaban sus amigas para ir a estudiar. Les dijo que se adelantasen ellas que enseguida las alcanzaban. Tenía que hablar con el socio de su padre. El grupo de amigas continuó su camino. Olga volvió con Marcos.

—Bueno tú dirás.

—Mejor hablamos en mi coche, estaremos más cómodos.

—Como quieras.

Caminaron juntos hasta el coche de Marcos. Había llevado el coche que a ella tanto le gustaba. El Mercedes deportivo. Ella le había dicho en alguna ocasión a su padre que se còmprese uno igual. Pero este se negaba ya que lo consideraba poco práctico para la vida familiar. Se acomodaron en el coche y comenzaron a hablar. Marcos le enseñó algunas cosas que tenía guardadas en su teléfono móvil. Luego los dos se marcharon en el coche.

Tres cuartos de hora más tarde Marcos dejaba a Olga donde había quedado con sus amigas. Cuando la joven bajo del coche su expresión era mucho más seria. Se colocó la blusa y la chaqueta y se marchó sin despedirse del socio de su padre. Al contrario que Olga, Marcos, mostraba en su cara satisfacción y una amplia sonrisa.

—Hasta mañana — Se despidió Marcos sin obtener respuesta.

Hoy, miércoles:

Era una radiante mañana de otoño. El cielo estaba completamente despejado y de un brillante color azul. El sol brillaba con fuerza lo que hacía que a pesar del frío fuese agradable pasear. Ana se asomó a la terraza de la buhardilla para disfrutar de tan preciosa mañana antes de bajar a desayunar.

El hecho no hubiese tenido la mayor relevancia de no ser por que casualmente se fijo en uno de los ventanales de la casa de Pablo, su vecino. Tenía las cortinas medio abiertas cuando lo normal es que estuviesen completamente cerradas. Centró su atención en esa ventana por la novedad más que nada. Ya que, Ana, no esperaba ver nada pero se llevo una sorpresa. Un hombre de espaldas completamente desnudo apareció justo en la abertura de las cortinas. Le pareció que era Pablo pero inmediatamente se apartó de la terraza y bajo a desayunar. Quiso evitar que se diese la vuelta y la viese mirándole en culo.

A media mañana Olga salía de la facultad. Marcos tenía aparcado su flamante coche justo en la puerta y la espera apoyado en el. Bajo la escalinata y cuando estaba a su lado Marcos intento besarla en la mejilla pero ella aparto la cara. El hombre sonrió. Le abrió la puerta y la joven se acomodo en el deportivo. Después de cerrar con cuidado la puerta él ocupó el asiento del conductor y puso el potente motor en marcha. Se marcharon.

—No quiero que vuelvas a venir a buscarme a la puerta de la facultad. Ya te lo dije ayer. Podrían vernos mis amigas.

—Bueno ya veré si mañana me acuerdo.

—Eres un cerdo.

—Lo sé y me encanta. Y a ti también te gusta aunque no quieras reconocerlo. En el fondo eres muy puta a pesar de tu carita de no haber roto un plato en tu vida en cuanto ves una polla la quieres disfrutar. Por cierto hoy estas muy guapa con esta faldita.

No hubo respuesta por parte de Olga. Mientras la mano del hombre recorría su muslo subiendo la falda hasta rozar su braga. La joven continuó en silencio hasta que llegaron a su destino. Marcos bajo el coche al parking y lo encerró como en días anteriores en su garaje. El hombre le indico que bajase y ambos salieron del coche.

—¿Hoy si querrás follar conmigo? Aquí estamos solos y no puede vernos nadie. Me han encantado las pajas que me has hecho y las mamadas pero hoy quiero follar.

—No, no voy a follar contigo.

—Vale, se que al final me suplicaras que te folle. ¿Qué vas a hacerme entonces?

—Nada.

—¿Cómo has dicho?

—Que hoy no voy a hacer nada.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Muy bien.

Marcos saco el teléfono móvil de su bolsillo y comenzó a manipularlo. Olga intento quitárselo de las manos pero él se zafó de ella dándole un bofetón que casi la hizo caer al suelo. Luego se recompuso como pudo.

—Marcos, por favor no lo mandes. Por favor.

—Yo no quería pero me estas obligando tu con tu comportamiento.

—Por favor, no lo hagas, hare lo que me pidas.

—Está bien – dijo guardando el teléfono en su chaqueta.

—Desnúdate ahora mismo.

Olga se quitó la chaqueta, luego la blusa y finalmente la falda. Se quedó frente al hombre tan solo vestida con un conjunto de braga y sujetador de color rosa y las medias.

—Vamos... continua. No me digas que ahora te da vergüenza. El otro día en la fiesta no eras tan tímida.

Olga llevó las manos a su espalda y desabrochó el sujetador. Sus firmes y perfectas tetas con sus bonitos pezones de punta quedaron a la disposición de la mirada de Marcos. Después bajó las bragas por sus piernas para deshacerse de ella. Su monte de Venus completamente depilado quedó expuesto a la mirada obscena del hombre. Se disponía a quitarse las medias cuando:

—Quieta. No te quites las medias. Así eres mucho más morbosa. Ahora ponte de rodillas y ya sabes lo que debes hacer.

Olga hizo lo que le ordenó. Se puso de rodillas frente a él y comenzó a abrir su cinturón, luego desabrochó su pantalón, bajó la cremallera y dejó que este cayese a los tobillos. Después bajó el feo slip estampado dejando frente a ella la erecta polla de Marcos.

Cuando la joven se disponía a comenzar la mamada Marcos le metió su verga de golpe todo lo que pudo en la boca. Esto provocó una tremenda arcada a Olga. Luego sin ningún tipo de espera Marcos sujetó la cabeza y la nuca de la chica y comenzó a follarle la boca con fuerza. Esto le producía nuevas arcadas por la violencia del acto y provocaba que se le saltasen las lágrimas. Cuando estaba a punto de correrse paro y sacó la polla de su boca.

—Ponte de pie. Voy a follarte el culo.

—No. Por favor, Marcos, por el culo no. Lo que quieras menos eso.

—Has dicho que harías lo que quisiera.

—Sí. Pero no me pidas eso.

—¿Nunca te han follado el culo?

—No.

—No está bien mentir, puta.

—No te miento.

—Si me mientes. El otro día le suplicabas a tu padre que te lo follase. Y como se negaba, se podría que lo violaste para conseguir su polla en tu culo. Así que no me mientas. ¿O quieres que saque el teléfono?

Olga bajó la cabeza avergonzada y una lagrima de pena bajó por su mejilla. Había cometido un pecado y ahora tenía que pagar su culpa.

—No. Dejaré que hagas lo que quieras.

—Pues date la vuelta, inclínate, apoya las manos en el coche y abre bien las

piernas.

En esa posición Marcos tenía una visión perfecta de sus dos agujeros. Su coño estaba mojado y brillante.

—Ves como en el fondo todo esto te encanta, puta, si estás empapada, este juego te pone cachonda.

Olga no dijo nada. Era cierto se había excitado comiéndole la polla a esa cabrón. Pero no lo admitiría. No le daría esa satisfacción.

El hombre escupió en su mano varias veces y lo extendió junto con los jugos que recogió de la chica por su culo para lubricarlo dentro de lo posible. En el fondo no quería hacerle daño cada vez que miraba a Olga le recordaba su pequeña Clarita. Sin pensarlo más colocó la punta de su verga en la entrada de su culo y se la clavó con fuerza. Olga ahogó su grito de dolor mordiéndose el labio. La follo con fuerza hasta que poco a poco la cavidad se adaptó al invasor y los gritos de la chica fueron en disminución. Marcos consiguió que ella se corriese ya que sus jugos mojaron sus huevos al chocar con su coño mientras se la follaba. Un minuto después el hombre obtuvo su premio corriéndose en las entrañas de Olga. Cuando Marcos sacó su polla sin ningún cuidado, Olga, volvió a morder su labio y notó como la espesa leche del hombre salía de sus interior corriendo por sus piernas. Él se subió el slip y los pantalones después de limpiarse la polla con un pañuelo de papel.

—Tomo límpiame un poco y vístete, nos vamos – le dijo Marcos tirándole el paquetito de pañuelos.

Olga se limpió lo mejor que pudo y cuando cogió sus bragas para comenzar a vestirse, Marcos le dijo:

—No te las pongas dámelas. Y dame también tu sujetador.

La chica no dijo nada, que podía decir, que podía hacer. Se las dio las prendas. El las cogió y haciendo un ovillo con las bragas en su mano las llevó a su nariz para olerlas. Guardó el sujetador en un bolsillo de su chaqueta. Aspiró profundamente su aroma, las guardó en su bolsillo y subió al coche. Olga se puso la falda, la blusa y la chaqueta. Se sentó a su lado y esperó en silencio que saliese del garaje.

—Hoy lo hemos pasado bien ¿verdad?

No recibió respuesta. Olga miraba al frente a través del parabrisas con la vista puesta en el infinito.

—Se que aunque no lo digas o lo niegues tu también lo disfrutas. ¿Te dejó en la parada de metro de siempre?

—Sí.

Marcos detuvo el coche frente a la parada de metro. Olga abrió la puerta para bajar de coche pero este la detuvo poniendo su mano sobre su muslo y acariciándolo por encima de la falda.

—Espera. Mañana te voy a invitar a comer a un bonito restaurante que conozco y quiero que te vistas de manera especial.

—¿Y si alguien me reconoce? No me niego a comer contigo pero en un lugar que estemos solos.

—No te preocupes hay no te conoce nadie y es un lugar muy discreto.

—Pero no puedo retrasarme mucho tengo clase por la tarde.

—No te preocupes llegarás a tu clase. Mañana te recojo justo después de tu última clase. Ponte una falda cortita, con vuelo, en la parte de arriba algo con escote generoso ya me entiendes, no te pongas medias, ponte un abrigo largo ¿tienes verdad?

—Sí, alguna indicación más.

—No te pongas ropa interior. Hasta mañana amor.

Olga salió del coche sin despedirse y cerró la puerta. Fue hasta la boca del metro y se perdió bajando las escaleras camino de su casa.

A las cinco y veinte en punto termino Ana su última clase del día. Mientras recogía sus apuntes charlaba con una compañera. Ambas salieron juntas de clase y se dirigieron a la salida. Justo antes de salir del edificio otro compañero llamo su atención para invitarlas a tomar algo en la cafetería de la facultad. Ana se disculpo diciendo que la esperaban y su compañera acepto la invitación pero se reuniría con ella en cinco minutos.

—¿Te espera alguien o solo ha sido una excusa?

—Me espera él – dijo Ana señalando a un chico que esperaba junto a una moto.

—Ese chico no es de la universidad ¿verdad?

—No, no lo creo. Lo más seguro es que ni siquiera haya terminado el instituto.

—Parece demasiado mayor para seguir en el instituto.

—No creo que vaya.

—¿Quién es? Porque parece que no sabes nada con seguridad de él.

—En realidad no sé nada de él. Es el chico que le dio la paliza a mi ex.

—¿Y cómo lo has encontrado?

—Me encontró el a mí. Hace unos días estaba en el Retiro y apareció de repente. Hablamos y me pidió el teléfono.

—Y se lo diste.

—No. Le dije que se buscara la vida para encontrarlo y hace un par de días me llamo.

—¿No sabes cómo lo consiguió?

—No quiso decírmelo. Solo me revelaría el secreto en persona y a eso voy.

—Suerte entonces. Hasta mañana.

—Gracias. Nos vemos.

Ana salió del edificio y bajo las escaleras con calma. El joven desconocido le hizo un gesto señalando su muñeca indicándole que llegaba tarde. Ana no se dio por aludida. Cuando estuvo a su lado antes de decir nada le dio un puñetazo con todas sus fuerzas en el hombro.

—¡Au! Y eso a que viene.

—Te dije que no me gusta que me llamen Anita.

—Vale. Lo siento.

—Pues toma nota, cada vez que me llames así te llevaras uno de esos.

—Procurare no olvidarlo Anita o mi hombro no lo resistirá — La joven lanzo un nuevo puñetazo a su hombro con más fuerza que el primero haciendo que el joven desconocido tuviese que mover sus pies para no perder el equilibrio — ¡Au! Ya veo que vas en serio.

—Yo siempre voy en serio.

—Vámonos entonces An... Ana.

—¿Esta moto es tuya o la has robado?

—Es mía aunque no lo creas. Toma ponte el casco.

—Podías haberme avisado que vendrías en moto, habría traído una mochila para meter los apuntes.

—Abróchate un poco tu cazadora.

El desconocido cogió las carpetas de apuntes de Ana mientras esta subía la cremallera de su cazadora. Antes de que ella cerrase mas la cremallera él la detuvo, metió las carpetas en el pecho de ella y le cerró la prenda hasta arriba.

—¿Qué haces?

—Solucionar el problema de la mochila.

El chico subió a su mono y le tendió nuevamente el casco a Ana. Esta se subió tras él y se ajusto el casco. El joven desconocido arrancó la moto haciendo un caballito y Ana no tuvo más remedio que sujetarse con fuerza a su cintura pegando su pecho plano por las carpetas a su espalda. El motorista desconocido circulaba muy rápido entre el tráfico adelantando a todos los coches. Ya estaba oscureciendo cuando la moto entro en una zona con mucho menos tráfico y el faro de la moto iluminaba la carretera. Unos minutos

después estaban a las afueras de la ciudad. Cuando el joven detuvo la moto estaban en mitad de un descampado sin nada ni nadie alrededor. Ana por unos instantes se puso nerviosa por el lugar y por qué no sabía nada de su acompañante ni de las intenciones con las que la había llevado a ese lugar. Ana bajo de la moto y se quitó el casco. El hizo lo mismo y ambos dejaron los respectivos colgados de los retrovisores.

—¿Dónde coño me has traído? Estamos en mitad de la nada.

—En un momento lo vas a ver.

—Espero que tus intenciones no sean lo que empiezo a sospechar.

—¿Por quién me tomas?

—Pues por un desconocido, que le da palizas a la gente, que consigue el teléfono de una chica sin saber nada de ella, que posiblemente lleve días siguiéndome y del que no sé ni siquiera su nombre.

—Efectivamente no soy un santo pero mis intenciones no son las que tú crees. Dame la mano.

Ana tomó la mano del desconocido y caminaron por el sendero que el faro de la moto indicaba. Estaba cuesta arriba. Ella resbaló un par de veces ya que los zapatos que llevaba no eran para andar por un terreno como ese y no cayó al suelo gracias a que él la sujetaba. Lo que vio cuando terminaron de subir la dejó sin palabras. Tenía la ciudad a sus pies. Madrid iluminado por la noche era precioso pero desde esa perspectiva era algo que la dejó sin palabras. Los edificios más emblemáticos parecía que estaban al alcance de su mano y el resto parecía pequeñas colmenas que se iban iluminando con diminutos puntitos de luz.

—No tienes nada que decir.

Ella siguió en silencio. Ana miraba intentando grabar en su mente esa postal que le habían brindado de la ciudad. El a su lado no dijo nada más. La cogió de la mano. Ella la tenía helada y sintió el reconfortante calor de la de él apretándola suavemente. Continuaron en silencio unos minutos más, luego él le dijo:

—Me llamo Fabián.

—Curioso nombre. Nunca he conocido a nadie que se llame así. ¿Por qué ese nombre?

—Sinceramente no lo sé. Aunque nadie me llama así. Todos me llaman Ian.

—¿Cómo quieres que te llame?

—Tú puedes llamarme como quieras.

—Que simpático. ¿Estás seguro que quieres que te llame como yo quiera?

Puedo tener muy mala leche cuando me lo propongo. Vamos a ver. Fa, Fabi, Flabi, ya esta Flapy como la ardilla...

Fabián no la dejó terminar su explicación, la tomó por los brazos y le dio un beso en los labios. Ana se retiró de él y le dio una bofetada que le hizo girar la cabeza. La respuesta del joven fue volverla a besar. Ella volvió a darle otra bofetada y él respondió con otro beso. Cuando ella iba a abofetearlo por tercera vez él cogió la mano de la joven que ya iba hacia su rostro. Ella lo miró con odio en los ojos. Él con ternura. El odio se transformó en fuego y Ana se abrazó con fuerza a su cuello y lo besó con pasión. Se comieron mutuamente. Sus lenguas chocaban. Mordían los labios del otro y sus manos recorrían sus cuerpos sobre sus ropas buscando una entrada hacia sus cálidas pieles que no encontraban. Ante esta desesperación Fabián se apartó de ella.

—¿Dónde vas? – pregunto Ana encendida.

—Será mejor que nos vallamos.

—¿Me vas a dejar así?

—Toma, ponte el casco y sube.

—Joder. ¿Te parece bonito? Me calientas y me dejas con las ganas. Pues luego diréis de nosotras que somos unas calienta pollas. Pero vaya que vosotros...

Fabián le agarró el culo y la acercó a él. Le dio un largo, apasionado y húmedo beso. Luego se puso el casco.

—Vamos sube, ya habrá tiempo para apagar el fuego.

Ana se puso el casco y subió a la moto. Se agarró fuerte a su cintura y volvieron a la ciudad. Cuando la moto se detuvo estaban frente a la casa de Ana. Esta se bajó le dio el casco a Fabián. Ella abrió la cremallera de su cazadora y sacó las carpetas de los apuntes. Luego le dio un fuerte puñetazo en el hombro.

—¡Au! ¿Qué he hecho esta vez?

—No apagar el fuego. ¿Te volveré a ver?

—Puede. No lo sé ¿Quieres volver a verme?

—Tal vez. No lo sé. Pero la próxima vez que me vayas a buscar con la moto me avisas.

—Pensaba que no querías volver a verme.

Ana le dio un nuevo puñetazo en el hombro.

—¡Au! ¿Y ahora qué?

—Por gilipollas.

Luego le dio un fugaz beso en los labios y cruzó la calle corriendo hasta la

puerta de su casa. Antes de entrar lo miro. El acelero la moto y salió haciendo un caballito. Ana entro y cerró la puerta atravesó el jardín hasta la casa y pensó: “Debería haberle dado otro puñetazo pero en la nariz por que salir así con la moto sí que es de gilipollas”.

Ana subió a mi habitación para dejar los apuntes y ponerse cómoda. Inconscientemente volvió a asomarme a la terraza. El ventanal donde por la mañana vio el culo de su vecino tenía las cortinas corridas como era habitual. Pero el que estaba a su lado tenía la luz encendida y las cortinas abiertas. Pablo, su vecino no estaba solo, estaba acompañado de una preciosa mujer. Era la primera vez que, Ana, lo veía con una mujer. No hacían nada especial, estaban sentados en un sofá bebiendo algo.

Cuando volvió a subir a su habitación después de cenar con la familia y ver una película tenía intención de estudiar un rato antes de irse a dormir. Dejó la buhardilla completamente a oscuras a excepción de su mesa de estudio. Se asomó nuevamente a la terraza, sentía curiosidad por la nueva vida de Pablo, pero sobre todo le daba morbo estar al otro lado, ser la observadora y no la observada.

Seguían en la misma habitación pero algo había cambiado. Ella seguía sentada en el sofá, ya no estaba vestida, solo llevaba un conjunto de braga y sujetador. Pablo estaba completamente desnudo y estaba de pie hablando por teléfono. De vez en cuando daba algunos pasos y su polla flácida oscilaba como un péndulo. Cuando Pablo colgó el teléfono se sentó junto a la mujer y la besó al tiempo que su mano se perdió dentro de sus bragas. Un rato después ambos se levantaron y se perdieron del campo de visión de Ana. La luz del otro ventanal se encendió, supuso que estarían ahí, pero no pudo ver nada al tener las cortinas completamente cerradas. La joven dio por concluido el espectáculo y se fue a su escritorio a estudiar un rato hasta que le entrase sueño para irse a la cama.

A la mañana siguiente, Olga, después de la ducha, cubierta por una toalla alrededor sus pechos buscaba en su armario la ropa apropiada para el encargo de Marcos. Después de un par de vueltas a su vestuario se decidió por una falda negra, corta con algo de vuelo como le había pedido y una camisa blanca entallada que realzaba sus curvas. Preparó también unos zapatos negros de tacón pero no excesivo, además de un conjunto de braguita y sujetador de encaje semitransparente de color blanco. Una vez tenía seleccionada ropa comenzó a vestirse. Primero la braguita de cintura baja, después se puso el sujetador y acomodo sus pechos con ambas manos frente al espejo, luego la

falda. Se miro en el espejo dando una vuelta sobre sí misma para comprobar el vuelo. Tenía pero no excesivamente para llamar la atención y enseñar las bragas en la facultad. Por último se puso la camisa abrochándola completamente menos el botón más próximo al cuello. Se miró en el espejo y no quedo satisfecha. Busco en su armario y saco un jersey de color gris con cuello de pico, se lo puso y quedo más satisfecha. Antes de bajar a desayunar cambio sus apuntes de su habitual bolso a uno mucho más grande que se ajustaba a su plan.

Olga bajo a desayunar. Ana se había marchado temprano. Carlos, aun convaleciente con sus lesiones seguía en la cama. Su madre aún no había bajado ya que no tenía que madrugar al haber pedido unos días libres en el colegio para cuidar a su hijo. Los únicos que se encontraban en la cocina eran su padre y María que estaba recogiendo las cosas de la cena de la noche anterior.

—Buenos días – saludo Olga a su padre y a María

—Hola – fue la respuesta de su padre.

—Buenos días. ¿Quieres que te prepare algo para desayunar? – dijo María.

—No, gracias solo tomare un vaso de leche.

—Olga ¿Te pasa algo? – pregunto su padre.

—No ¿Por qué?

—No sé, llevas unos días desganada y muy callada. ¿Tienes algún problema en la universidad? ¿Está todo bien con Daniel? ¿Os habéis peleado?

—No papá, de verdad, no me pasa nada en la universidad y con Daniel todo está bien. Supongo que será la presión de los exámenes y los trabajos.

—Pues no te sientas presionada. Me gusta que aprobéis todo, pero si eso va hacer que estés así y te pongas enferma prefiero que suspendas alguna asignatura o la dejes para otro momento.

—No te preocupes procure aprobarlo todo, aunque me lo tome con más tranquilidad.

—Pero ten claro que no debes sentirte presionada ni por tu madre ni por mí.

—Gracias papá. Será mejor que me vaya o llegaré tarde.

—¿Quieres que te lleve a clase?

—No hace falta. Hasta luego. Adiós María.

—Adiós Olga – dijo María.

—No me das un beso.

Olga iba a salir de la cocina se volvió y le dio un beso a su padre. Y este la correspondió con un dulce beso en la mejilla. Mientras subía a por su bolso y

la gabardina que se pondría. Pensó. Como su padre podía comportarse con ella con total normalidad después de lo que ella le había hecho. Debía de quererla mucho para que eso no lo marcara o si lo había hecho lo disimulaba muy bien. Ella por suerte no se acordaba de nada, si no hubiera sido por Marcos, ese traidor que su padre tenía por socio, todo habría quedado en el olvido y no tendría que cumplir su castigo.

A la una y veinte Olga terminó su última clase de la mañana. No se entretuvo con sus compañeros de clase, recogió sus cosas y salió rápido del aula. Fue a uno de los baños, entro y se encerró en uno de los cubículos individuales. Tenía que parecer que había estado toda la mañana vestida como Marcos le había pedido. Se quitó el jersey y lo guardó en su amplio bolso. Luego se quitó el sujetador y por último las braguitas, poniendo amabas prendas también en el bolso. Cuando salió del cubículo se miró en uno de los espejos y desabrocho un par de botones de su camisa para mostrar el escote. Se puso su gabardina negra, la anudó a su cintura y se dirigió a la salida. Los pasillos en los diez minutos que habían pasado se habían quedado desiertos. Algunos estarían en la última clase y muchos se habrían ido a comer o a sus casas. Una vez Olga alcanzó la calle Marcos estaba como el día anterior frente a la puerta de la facultad apoyado en su coche. Le abrió la puerta y Olga subió sin decir una sola palabra. Luego él se acomodó en su asiento y se marcharon.

Lo que Marcos y Olga no sabían es que ese día alguien se había percatado de que se marchaban juntos. Casualmente Ana estaba tomando una cerveza con sus compañeros cuando vio, por uno de los ventanales, salir a Olga y montarse en el coche de ese cabrón. Inmediatamente le se acordó de la conversación que habían mantenido. Ella se había defendido y lo hizo que se pensase dos veces lo que pretendía. ¿Habría intentado lo mismo con Olga? Le surgió la duda y pensó que debería averiguarlo con la mayor discreción posible.

Cuando llegaron al local, nada más entrar un camarero sale a su encuentro. Marcos le indica que tiene una reserva y les pide que lo sigan. Atravesaron un pequeño bar donde los comensales podían esperar antes de entrar en el restaurante. Esperando frente a una puerta y el guardarropa.

—¿Me dejas tu gabardina?

Le dijo Marcos muy caballeroso antes de entrar en el comedor. Olga se giró y dejó que Marcos recogiese su gabardina. Marcos cogió la gabardina y dejó al descubierto el impresionante conjunto que vestía Olga. Resaltaba todas y cada una de sus curvas, aquellas curvas que Marcos estaba descubriendo y disfrutando. Marcos entregó la gabardina en el guardarropa y entraron al

restaurante.

El restaurante era pequeño y coqueto, con un cierto aire retro. Nada más entrar en el comedor un nuevo camarero salió a su encuentro. El joven camarero sonrió de una forma cómplice y les pidió que le siguiesen, los lleva hasta una mesa en un reservado en el fondo del restaurante donde solo hay otra mesa donde tres hombres están comiendo.

Marcos se congratuló al ver como el resto de comensales seguían atentos el avance de su joven acompañante. El deseo, la fascinación, la envidia, pueden verse en las miradas de los hombres y de algunas mujeres. Todos ocupados como estaban en sus platos y conversaciones, encontraron tiempo para mirarla. Una chica dio un codazo a su pareja para llamar su atención y señaló a Olga con la cabeza. Olga siguió avanzando ajena a las reacciones que estaba causando. En momentos así, Marcos se sentía orgulloso de sí mismo, no pensaba en que podía ser su padre, no pensaba en que tenía una hija tan solo dos años menor que Olga, no pensaba que dirían de él las personas que no apartan la vista de Olga.

Olga y Marcos se sientan uno frente al otro. Quedando la otra mesa del reservado a la derecha de la joven. El camarero les entregó una carta a cada uno. Olga hojeó la suya pero fue Marcos el que pidió por los dos. Mientras volvía el camarero con la comida Marcos comenzó una conversación muy incómoda para Olga.

—Por lo que sé creo que tienes novio.

—Sí. Tengo novio. ¿Algún problema? – respondió Olga intentando mostrar algo de entereza.

—No, por mi no hay ningún problema. Tal vez el si puede tenerlo.

—A él no lo metas en esto.

—Eso solo depende de ti. Por cierto, ¿has follado con él después de hacerlo conmigo?

Tras esa pregunta, Olga, miro a su plato avergonzada. Los hombres de la mesa de al lado que estaban pendientes de la conversación la miraron esperando la respuesta. Pero ella seguía en silencio.

—Olga, no me hagas repetirte la pregunta.

—Si he follado con él.

—Ves como en el fondo eres una puta. Desabrocha otro botón de tu camisa. Cuando venga el camarero quiero que pueda ver tus preciosas tetas.

—¿Cómo voy a hacer eso? Pueden verme.

—Olga ¿quieres que saque el teléfono?

Olga obedeció y desabrocho un botón más de su camisa. Sus enormes tetas casi se salían de la ajustada prenda mostrando un más que generoso escote. Los hombres de la otra mesa se habían olvidado de su conversación y solo estaban atentos a la mesa de la pareja.

—¿Además de él has tenido otros novios?

—No, el ha sido el primero.

—Y ningún otro a parte de nosotros dos ha disfrutado tu precioso cuerpo.

—No nadie más.

—Me estas mintiendo. Ya sabes que no me gusta y si me mientes tendré que hacer algo que no me gustaría hacer.

—Vale, está bien, hubo otras dos personas.

—¿Quiénes son ellos?

—Uno fue un chico de mi clase en el instituto y la otra persona fue una amiga.

—Vaya, vaya. Con lo modosita y buena que pareces. Mira por dónde eres toda una viciosa. Entonces ¿te gusta hacerlo con mujeres?

Olga no respondió. No quería responder y menos aún sabiendo que los comensales de la mesa de al lado estaban pendientes de ella.

—Olga, no he oído tu respuesta.

—Sí, me gusta.

—Está bien saber tus gustos en la cama. Tal vez en algún momento podamos sacarle partido. Pero... por otro lado tal vez debería corregir esa perversión.

Lo que ocurría en el reservado no podía ser visto desde el resto del restaurante. Solo el camarero podía ser testigo cuando iba a servir alguna de las dos mesas.

—Creo que vamos a empezar a corregirla ahora mismo. Ponte de pie y enseña las tetas a los señores de la mesa de al lado.

—No me hagas hacer eso me pueden ver.

—Solo puede verte el camarero. Olga no empieces a poner pegos, me estas cansando, no quiero que discutas las cosas que te pido, solo quiero que las hagas. Si no te gusta levántate y márchate. Yo no te retengo aquí. Solo que en cuanto salgas por esa puerta ya sabes que va a pasar, asume tus propios actos y nos olvidamos de todo. ¿Qué vas a hacer?

—Al menos déjame que vaya antes al baño.

—Está bien pero te quiero aquí en cinco minutos.

Olga se levanto de la mesa y se marchó. Marcos saco un pequeño frasco del bolsillo interior de su chaqueta, lo abre y con el cuenta gotas pone una dosis

en la copa de vino de la joven.

—¿Qué le has puesto en el vino? – pregunto otro de los tipos

—GHB. No te preocupes lo vas a disfrutar.

Cuando Olga regresó del baño cogió su copa de vino y la bebió de un solo trago para darse valor. Se puso frente a la mesa de los tres tipos que comían a su lado y desabrocho todos los botones de su camisa abriéndola después. Les mostro sus dos preciosos pechos con unos pezones duros como rocas por lo morbosa de la situación.

—¿Puedo tocar? – dijo uno de los hombres.

Marcos asintió con la cabeza y los dos hombres que estaban más próximos a ella comenzaron a tocarle una teta cada uno. Se las aplastaban con fuerza y le pellizcaban los pezones. Olga intento apartarse no le gustaba lo que le estaban haciendo esos tipos. Pero la voz de Marcos llego desde su espalda.

—Ni se te ocurra apartarte de ellos.

—Joder tiene las tetas como piedras y con estos pezones se podría cortar un cristal de los duros que los tiene. Parece que le gusta – dijo el mismo tipo que pidió permiso para tocar.

—Hay donde la veis que parece que no ha roto un plato en su vida con esa cara de niña buena, pues en el fondo es toda una puta y le encanta hacer de todo. Si yo os contase las cosas que ha hecho esta preciosidad.

Olga cuando escucho eso se giro y miro a Marcos fulminándolo con la mirada. Inmediatamente se dio cuenta de su error. Si lo contaba ella ya no tendría nada que perder y el perdería su precioso juguete. Olga empezaba a no encontrarse bien de repente. Tenía calor y se sentía excitada. No podía ser el vino, pesó, solo he tomado una copa como tantas otras veces y nunca me ha sentado así.

—Cuenta, cuenta – dijo otro de los tipos.

—No, esas historias son entre ella y yo. Pero... anda enséñales tu bonito coño a estos caballeros para compensarlos.

Antes de darse cuenta un gemido se escapo de su garganta por el toqueteo de aquellos tipos en sus tetas. ¿Qué le estaba pasando? No podía ser. Estaba muy excitada. ¿Cómo una situación como aquella podía ponerla cachonda. No era normal en ella, a no ser que Marcos tuviera razón y en el fondo fuese una puta.

—Vamos... enséñaselo.

Olga levanto su falda sin ningún pudor con sus manos y dejo ver a aquellos desconocidos su precioso y depilado coño. El camarero apareció en ese

momento para retirar los servicios pero la joven no se inmuto, continuo con su falda levantada mostrando su intimidad. El camarero intentaba mostrar indiferencia y profesionalidad pero no podía evitar que sus ojos fueran directos a esa preciosa entrepierna. Cuando el camarero se retiro le dijo Marcos:

—Ahora, muéstrales esa delicia de culito.

No lo dudo, Olga, se giro y subió nuevamente su falda pero esta vez por la parte de atrás. Los tres se miraban entre sí alucinados por la perfección de ese trasero que tenían ante ellos.

—¿Lo podemos tocar? – se atrevió a preguntar el mismo que pidió permiso para tocar los pechos de la joven.

Marcos se levanto de su sitio e hizo que Olga se inclinase apoyándose en su mesa. El mismo subió la falda de la joven hasta lo más alto de su espalda para que ese culo quedase perfectamente expuesto. Y el mismo fue el primero en sobar con descaro el trasero de la chica. Luego les dijo:

—Podéis tocar. Mirad que suave y firme esta.

Dos de los tipos se abalanzaron a sobar el culo de la joven. El otro miraba sin poder salir de su asombro lo cachondos que estaban sus compañeros de mesa y como la chica ni se inmutaba incluso parecía que lo disfrutaba. Marcos se sentó de nuevo en su sitio. Tenía la cara de Olga a escasos centímetros. La joven tenía los ojos cerrados y no paraba de gemir ante el sobo de esos dos tipos.

—¿Sabéis una cosa? Ayer a estas mismas horas mi polla estaba dentro de ese culito que tanto os gusta. Pero bueno señores, será mejor que terminemos de comer, la joven tiene clase esta tarde y no queremos que llegue tarde ¿verdad? Olga puedes terminar de comer.

Olga se coloco la falda y abrocho su blusa. Tenía las mejillas encendidas y la respiración agitada. Nada más sentarse lleno su copa de vino y la bebió de un solo trago. El resto de la comida transcurrió tranquila. Cuando llego la hora del postre dijo Marcos dirigiéndose a los comensales de la mesa de al lado.

—Como supongo que estáis muy cachondos que os parece si para poner la guinda a la comida la joven pasa debajo de su mesa y le ofrecéis vuestras pollas para que se las coma hasta que os corráis. Vuestra leche será el mejor postre para ella. ¿Os parece bien?

Los tres tipos asintieron con la cabeza incrédulos por la proposición que les estaban ofreciendo.

—Ve a por tu postre.

Olga en un estado de excitación que no podía definir se puso de rodillas y paso bajo la mesa. Comenzó por el tipo más gordo de los tres. Su cara de placer no dejaba lugar a dudas, cerraba los ojos para intentar retrasar lo inevitable ya que el trabajo de Olga bajo la mesa era magnifico. No tardo demasiado en correrse y lo hizo con un gruñido sordo. Olga se movió bajo la mesa y el siguiente fue el tipo tímido que no le toco el culo. No tardo ni un minuto en correr. Esa chica era una joya. El último fue el tipo lanzado, el que pedía permiso para tocar. Este fue el que más tardo y el que más disfruto de la boquita de Olga. Este metió las manos bajo la mesa para sujetar la cabeza de Olga y comenzó a mover sus caderas para follársela. El tipo era incansable y sus movimientos cada vez más violentos. En algún momento se escuchaba alguna arcada de Olga y como cogía aire cuando el tipo sacaba la polla de su boca. Cuando finalmente se corrió cayó rendido en la silla. Seguro que no le habían hecho una mamada así en su vida. Olga salió de debajo de la mesa. En su boca y su barbilla tenia restos de semen y una cara de viciosa que excitaba a cualquiera. Eso a Marcos lo puso más cachondo que saber que se estaba comiendo tres pollas delante de él. Miro su reloj y era tarde. De no haber sido así se la hubiese follado encima de la mesa con los tres tipos como espectadores.

—Ve al baño a asearte un poco.

Mientras Olga fue al baño, Marcos se quedo charlando con los tres tipos.

—Marcos, esta misma tarde pasamos por la agencia y firmamos ese contrato.

—Sabía que con esta comida os convencería. Mi socio se pondrá muy contento cuando le digáis que firmáis la campaña con nosotros.

—Será todo un placer. Ninguna agencia tiene estos detalles con sus clientes.

—Estos detalles solo los tenemos con clientes muy especiales.

—Nos vemos en un par de horas en la agencia. Por cierto, no te molestes en pagar la comida, será todo un placer para nosotros correr con la cuenta. Y toma nuestras tarjetas dáselas luego a la señorita, dile que sabremos agradecer muy bien sus servicios.

—No os preocupéis.

Cuando Olga volvió del baño los tres tipos se despidieron de ella con dos besos, Marcos estrecho sus manos y se despidieron. Recogieron la gabardina de Olga en el guardarropa y esta se la puso para salir a la calle.

—¿Lo has pasado bien?

—Quiero que me folles.

—Pero tienes clase.

—Así no puedo ir a clase.

—Bueno ya veremos.

Cuando el coche de Marcos paró frente a la facultad Olga se bajó con prisa, no por que llegase tarde a clase, no, sino por qué tenía unas insaciables ganas de sexo.

—Venga ven conmigo vamos a follar.

—Tienes que ir a clase y mi me esperan en la agencia. ¿No has tenido bastante polla por hoy?

—No, no sé qué me pasa pero necesito más.

—Pues guarda las ganas para mañana.

—De eso nada. Tú me has puesto cachonda como una perra pues tú me quitas las ganas. Y si no puedes o no te apetece, ves ese edificio, está lleno de tíos que estarán encantados de darme polla.

—No te serás capaz.

—Tú mismo. Adiós.

—Espera.

Marcos salió del coche y acompañó a Olga. Ella lo guió por los pasillos del edificio. Por fin llegaron a uno solitario por el que no pasaba nadie y entraron en unos aseos. Nada más cerrarse la puerta Olga lo besó apasionadamente y sus manos recorrían el descuidado cuerpo de Marcos.

—¡Que ganas tengo de que me folles!

Olga sentía la polla pegada a su cuerpo que se hinchaba con cada nueva caricia. Mientras ella se sentía revolucionada y empapada, hasta el punto que corría por sus muslos. El hecho de follar en la facultad donde alguno de sus compañeros o profesores podrían pillarla aun le ponía más. Olga le dio la espalda a Marcos y se subió la falda.

—¡Fóllame el culo, cabrón, quiero tu polla dentro!

Marcos no se hizo de rogar, estaba en el paraíso, se bajó los pantalones mientras ella se apoyaba en el lavabo. Su mano acarició su prieto culo y uno de sus dedos se perdió entre sus nalgas y bajando a hasta su empapado coño para jugar con él.

—Que puta eres, no se puede estar más mojada. Has visto como al final me has suplicado que te folle.

—Es que no sabes cómo me pones.

Marcos con los dedos empapados por los propios jugos de la chica los lleva hasta su ano y la penetró con ellos. Olga gemía y se estremecía pero lo

que quería era su polla dentro. Entonces noto como sus dedos la abandonaban y ese duro pedazo de carne se acercaba a su objetivo. Marcos abrió sus nalgas y la penetró de una sola y firme embestida. Un gemido salió de su garganta al sentir como la llenaba. Sus cuerpos se pegaban y sentía como esa polla entraba completamente en su culo. Marcos la tomó por las caderas y empezó a follarla. Olga no contenía sus gemidos, le daba igual que la oyesen o que alguien entrase en el baño. Esa situación la ponía a mil y no sabía por qué. Un largo y placentero recorrió todo su cuerpo haciendo que su culo se contrajese con fuerza en torno a la polla de su amante lo que provocó que este se corriese dentro de ella sin remedio con un grito ahogado llenándole las tripas de espesa leche.

Cuando Marcos sacó su polla de su interior, Olga, no se encontró bien. Comenzó a marearse y las piernas no eran capaces de sostenerla cayendo de rodillas frente a él.

—Venga cómemela como tú sabes.

La cabeza le daba vueltas y tenía ganas de vomitar. Pero obedeció y abrió la boca comiéndose el glande de Marcos, lo chupo, lo lamio, mientras él no dejaba de gemir. El la tomo de la cabeza para meterle toda la polla en la boca. Olga sintió como chocaba con su campanilla y le provocó una arcada que no pudo contener. Apartó un poco su cabeza y aún con la polla de Marcos en la boca comenzó a vomitar. Cubriendo con la primera arcada su polla y sus pantalones. Saltó hacia atrás apartándose de ella y la dejó tirada en el suelo mientras su cuerpo expulsaba toda la leche y la comida que había tomado.

—Joder, me has puesto perdido, puta. Ahora tendré que ir a cambiarme.

Olga no respondió, seguía en el suelo, pero había terminado de vomitar. Se apartó del charco de vomito y se hizo un ovillo entre dos lavabos. Marcos se coloco la ropa e intento limpiarse un poco para ir a cambiarse. Luego se dispuso a salir del baño pero antes de dejarla con la puerta entreabierta le dijo:

—Ya hablaremos de esto mañana.

Y se fue cerrando la puerta tras de él. Olga continuó unos minutos en la misma posición sin moverse. Seguía mareada y en su cabeza se estaban agolpando todas las imágenes del día. ¿Cómo había llegado a eso? ¿Qué le había pasado? Ya no solo se encontraba mal físicamente si no que psicológicamente no entendía nada y moralmente se sentía como una mierda por su comportamiento.

Cuando se sintió un poco menos mareada se puso en pie apoyándose en uno

de los lavabos. Se miro en el espejo. Estaba horrible, blanca con una pared y con unas marcadas ojeras. Saco unos pañuelos de su bolso y mojándolos en el lavabo se limpio lo mejor que pudo los muslos, el dilatado culo del que aun salía algún resto de semen y su pringosa vagina de sus propios jugos. Una vez estuvo más o menos limpia busco sus braguitas en el bolso y se las puso. Se quito la camisa y también se puso el sujetador. Luego se lavo la cara abundantemente con agua fría para intentar despejarse. Después de secarse volvió a mirarse al espejo, seguía tremendamente pálida, se recogió el pelo haciéndose una coleta. Se puso la camisa abrochándola de arriba abajo y se puso su jersey. Finalmente se puso la gabardina y volvió a mirarse al espejo. Seguía encontrándose algo mareada y le dolía todo el cuerpo pero su aspecto al menos era más presentable pese a lo pálida que seguía. Después de coger su bolso salió del baño y fue a clase.

Llego tarde, evidentemente, pero no le importo de todos modos no se encontraba en condiciones de enterarse de nada, ni de esa clase ni de la siguiente que tuvo. Cuando terminaron las clases su amiga Carolina se intereso por ella al verla en ese estado y la acompaño a casa.

Una vez en casa después de explicarle a su madre, lo mismo que le había dicho a Carolina, que le había sentado mal la comida se dio un baño caliente y se metió en la cama.

Cuando Ana durante la cene que enteró de lo que le había pasado a Olga, su mente empezó a atar cabos después de lo que había visto esa misma mañana. Cuando Ana subió a la buhardilla para irse a la cama no encendió las luces. Fue directamente a la terraza y miró para ver que hacia Pablo. Esa noche no tuvo espectáculo, estaba todo apagado y tranquilo así que se fue a la cama. Ahí antes de dormirse volvió a darle vueltas al tema de Olga.

## —CAPITULO 9—

### PRACTICAS DE CONDUCIR

Ana estaba sentada frente al escritorio dando el último repaso a su examen del día siguiente. Miró su reloj y marcaba las dos de la madrugada. La casa estaba en completo silencio, señal que todos sus ocupantes estaban descansando. La joven decidió que ya había sido suficiente estudio y que era hora de irse a la cama. Apagó la luz del flexo y en completa oscuridad se dirigió a su cama. Cuando paso frente a la terraza miro al exterior, a casa de Pablo, aunque hacia ya mucho tiempo que no había visto a la misteriosa mujer, ni a Pablo, ni las cortinas abiertas.

Esa noche tuvo una agradable sorpresa había luz en el dormitorio de Pablo

y las cortinas estaban completamente abiertas. Ana se paró frente a los cristales y miro con más detenimiento. Ahí estaban los dos. Pablo estaba tumbado en la cama, completamente desnudo, mientras la mujer se miraba en el espejo probándose un vestido. Después de dar varias vueltas sobre sí misma sin dejar de mirarse en el espejo mientras se reía. Pablo también se reía sin apartar la vista de la misteriosa mujer. Cuando se detuvo comenzó a quitarse el vestido. Lo hacía muy despacio mirando fijamente a Pablo. Cuando descubrió su torso Ana comprobó que no llevaba sujetador mostrando unas tetas pequeñas y firmes. Después cuando se quito completamente el vestido negro comprobó que tampoco llevaba braguitas y parecía que tenía el pubis completamente depilado. Colgó el vestido en el armario y se quedo con los brazos en jarras frente a la cama. Pablo se estaba masturbando. La mujer caminó hasta la cama y luego gateo por ella hasta estar al lado de Pablo y besarlo. “Esto se va a poner interesante” pensó Ana. Pero se equivoco. La mujer se tumbo junto a Pablo y apago la luz dejando a la joven con ganas de saber cómo terminaría la película. “Tal vez si no hubiese estudiado hasta ahora hubiese visto algo más. Además tengo que hacerme con unos prismáticos o un telescopio para no perderme detalle” si dijo a si misma mientras se metía en la cama.

A la mañana siguiente Ana se levanto temprano. Coincidió con Olga y Marta en el desayuno. Ese día, Olga, se llevaría el coche de su padre para ir a la facultad, este estaba de viaje en Barcelona con su socio y no regresaría hasta la noche. Olga le dijo a Ana si quería que la llevase a clase. Ana acepto el ofrecimiento ya que solo harían una parada para recoger a una amiga de Olga. De camino a la facultad Ana aprovechó para hablar con Olga en el coche.

—Olga, tal vez dirás que me estoy metiendo donde no me importa pero ¿estás bien?

—Claro que estoy bien. ¿Por qué?

—No sé... últimamente te veo distinta. Como más cerrada en ti misma. No habrás tenido ningún problema con Daniel por lo del sexo anal.

—No. Con Daniel no he tenido ningún problema con eso, no hemos tenido aún oportunidad.

—Bueno... ¿entonces de verdad no te pasa nada?

—De verdad. Solo es la presión de los estudios, últimamente no me da tiempo a nada y creo que voy a suspender algunas asignaturas.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. Y puedes contarme lo que quieras. Seré una tumba.

—Gracias.

—¿No quieres contarme nada?

—Ana, ¿Qué te pasa hoy? Estas muy pesada.

—Vale lo siento. Ya me callo. Pero hace varios días que quería hablar contigo a solas.

—Si es por lo de Daniel, ya te he dicho que no hemos hecho nada y si es por lo que hicimos...

—No, no es por nada de eso. Es por Marcos.

La cara de Olga cambió en el momento que escucho ese nombre en los labios de Ana. ¿Qué sabía ella? ¿Por qué tanto interés y tantos rodeos? ¿Sospecharía algo? Todas esas preguntas se amontonaron en su mente en un segundo. Un coche tocó el claxon insistentemente cuando Olga se desviaba de su carril. Haciéndola reaccionar dando un volantazo para volver a su carril.

—¡Hey! Ten cuidado. Será mejor que aparques. Dijo Ana.

Olga se apartó a la derecha y aparcó el coche en doble fila. Estaba completamente pálida y temblando.

—¿Te encuentras bien? Insistió Ana.

—Si no te preocupes, solo me he mareado un poco he debido desayunar algo más.

—Olga, no creo que sea el desayuno. ¿Qué te pasa con Marcos? Te ha hecho algo.

—No sé por qué insistes en lo de Marcos, a mi no me pasa nada con él y tampoco me ha hecho nada. Solo es el socio de mi padre.

—Hace unos días te vi con él. Bueno, vi como salías de la facultad, el te estaba esperando y subiste a su coche. Luego os fuisteis juntos.

—¡Ah! Eso. Me vio en la facultad y se ofreció a llevarme a casa. Nada más.

—¿Seguro que solo te llevo a casa?

—Dios, Ana, ¿qué te pasa? ¿Por qué insisten tanto? Sera mejor que lo dejemos como has dicho te estás metiendo donde no te llaman.

—Mira, seré sincera contigo, Marcos, hace unos días intento chantajearme con unas fotos mías que había sacado en la fiesta, para que accediese a acostarme con él. Solo quiero saber si ha intentado lo mismo contigo.

—¿Cómo puedes pensar eso? Es el socio de mi padre y el padre de la novia de Carlos como va hacerme a mí algo así.

—Pues por lo mismo que ha intentado hacérmelo a mí.

—¿Te ha hecho algo? ¿Se lo has dicho a mi padre?

—No, a mí no. Le pare los pies y no creo que se atreva a meterse conmigo.

A tu padre no le dicho nada, no lo considere necesario, se que son socios desde hace mucho y no quiero quise levantar recelos entre ellos por algo que considero resuelto. ¿Ha intentado chantajearte a ti?

—Claro que no. No sé ni cómo has podido llegar a esa conclusión.

—Vale, entonces todo olvidado. Sera mejor que sigamos si estás bien o llegaremos tarde.

Olga continuaba pálida y temblorosa pero enciende nuevamente el motor del coche para incorporarse otra vez al rio de vehículos que circulan por la calle. Cuando está haciendo la maniobra algo golpea el coche. Olga frena en seco y su palidez se acentúa.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que nos han dado por detrás. Espera aquí. Dice Ana.

Ana se baja del coche y va hasta la parte de atrás. Un señor de unos sesenta años se baja del otro vehículo para comprobar los daños. Ambos miran los desperfectos sin decirse nada. El coche de las jóvenes solo tiene uno de los faros roto, el otro no tuvo tanta suerte y tiene destrozado el morro. Entonces dice el hombre:

—¿No va a bajar tu amiguita?

—Ya he bajado yo, ¿no le valgo?

—Pero tú no conducías niña.

—Mire, señor, lo primero me habla con más respeto y lo segundo para tomar los datos del seguro vale cualquiera. Así que deme sus datos para que demos parte a nuestra compañía.

—¿Cómo? ¿Qué te de los datos de mi seguro?

—Claro, usted ha tenido la culpa. Usted nos ha dado.

—Mira guapa, no me vengas con gilipolces, dile a tu amiga que salga del coche y vamos a solucionar esto.

—Ya le he dicho que me hable con más respeto. Y que yo puedo encargarme de esto. De momento voy a fotografiar esto.

Ana saca el teléfono del bolsillo de su ajustado vaquero e hizo varias fotos de ambos vehículos. El tipo la miraba diciendo que le había salido listilla la cría.

—Sera mejor que saque sus papeles yo también tengo prisa.

—No con que tengamos los vuestros será suficiente ya que es culpa vuestra.

Ana se subió nuevamente al coche. Mientras los coches que circulaban pitaban insistentemente por el obstáculo que había en la calzada. Olga seguía agarrada al volante, tensa y muy pálida.

—No te preocupes, solo ha sido un faro roto relájate. Voy a llamar a la policía, ese tipo está empeñado en que la culpa ha sido nuestra. Dame los papeles del coche y pásate ahora a mi asiento.

—Vale.

La joven marco en su móvil el número de la policía municipal y explicó lo sucedido. En unos minutos tendría una patrulla en el lugar le indicaron. Olga busco la documentación en la guantera y se la dio a Ana. Esta salió con los papeles mientras Olga se cambiaba de asiento.

—Venga, déjame los papeles que tomo nota, que tengo prisa.

—Yo también tengo prisa pero esperaremos unos minutos.

—Venga tu eres tonta niña o que te pasa. A qué coño tenemos que esperar.

—A la policía.

—Mira niñata, ¿Tú eres gilipollas o que te pasa? ¿Para qué cojones llamas a la policía?

—Lo primero, para denunciarle por no dejar de insultarme y lo segundo para que sean ellos los que aclaren quien tiene la culpa del accidente ya que nosotros no estamos de acuerdo.

—La culpa la ha tenido tu amiguita. ¿Por qué se ha cambiado de asiento?

—Nadie se ha cambiado de asiento.

En eso un motorista de la policía aparca delante de ambos vehículos. Luego se dirige a donde esta Ana y el tipo maleducado.

—Buenos días. Saluda el agente.

—Buenos días. Dije Ana.

—Hola. Mira ya que estas aquí dile a esta niñata que saque los papales del seguro para solucionar esto que tengo prisa.

—Oiga caballero. Lo primero a mi trata de usted y a esta señorita no hace falta que la insulte, así que un poquito más de respeto. ¿Qué ha pasado y quien ha llamado?

—Que va a pasar que les dan el carnet a estas inútiles y la lían o no...

—Ya le he dicho que no insulte a la señorita. ¿Ha llamado usted?

—No.

—Bien. Entonces se calla. Señorita por favor explíquese.

—Pues mi amiga iba conduciendo y ha empezado a encontrarse mal. Ha parado aquí para que siguiese conduciendo yo. No soy de aquí y no conozco bien la manera de circular por aquí además que es la primera vez que cojo ese coche y estaba incorporándome despacio y con precaución cuando hemos sentido un golpe. Tal vez debería haberme incorporado con más agilidad

pero...

—No se preocupe señorita. Ha actuado como debía. Si su amiga no se encontraba en condiciones de conducir han hecho lo correcto y por lo precavida es lo que debe hacer si no conoce el vehículo ni la ciudad. ¿Se encuentran bien?

—Si el golpe no ha sido nada.

—Pero como miente la muy puta.

—¿Usted quiere que lo detenga verdad? Vamos deme la documentación del coche y la suya. Señorita por favor me facilita su documentación.

—Aquí tiene la mía.

—Si está visto que con un par de buenas tetas y unos pantalones apretados.

—Es la última vez que se lo digo. Como vuelva a faltarnos el respeto a la señorita o a mi lo detengo.

El tipo malhumorado va a coche para coger la documentación solicitada. Ana sonrío amablemente al agente y este le devuelve la sonrisa. El policía comprueba los papeles que Ana le entrega. Luego coge los que le del tipo gruñón y después de mirarlos empieza a escribir. Después de unos minutos.

—Aquí tiene señorita, su documentación y su copia del parte de accidente para que lo entregue su amiga a su compañía.

—Gracias.

—Por cierto quiere poner una denuncia a este señor por los insultos.

—¿Cómo? Encima. Me dice que tengo yo la culpa y quiere que me denuncie.

—No se preocupe, no voy a poner denuncia, el señor está nervioso.

—Entonces pueden marcharse.

—Ya ere hora.

—Usted no. A usted tengo que ponerle la multa correspondiente.

—Suba al coche y le facilito la incorporación.

—Muchas gracias.

—Ha sido un placer.

Ana sube al coche se ajusta el cinturón y pone el motor en marcha. El agente detiene el tráfico y le da paso para que se incorpore. Sale dando pequeños tirones. El agente sonrío. Olga le indica a Ana que debe hacer y consigue que el coche circule con suavidad. Olga le dice a Ana que irán directamente a la facultad que la ha llamado su amiga y como llegaban tarde se ha marchado ya a clase. La joven conduce despacio y con algo de inseguridad. Finalmente llegan a la universidad. Las dos jóvenes bajan y miran el golpe.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. Gracias por encargarte de todo.

—No hay de qué. Ves como no ha sido nada.

—Ya pero mi padre seguro que se enfada.

—Javier no se enfadara, no ha sido culpa nuestra y el seguro de encargara de todo, además eso en el taller lo arreglan en diez minutos.

—Tienes razón. Pero habrá que decirle a papá que te de unas lecciones de conducir.

—¿Para qué? No hace falta.

—Pues para un caso como este. Has venido pisando huevos y mirando a todos los sitios controlando.

Las dos jóvenes se rieron, Ana le dio las llaves a Olga, y entraron en la facultad. Evidentemente llegaron tarde a su primera clase. Ana le dijo a Olga que no la esperase a la salida de clase que había quedado con un amigo, pero que si seguía encontrándose mal que no durara en llamarla y se iría con ella. Durante uno de los descansos Ana llamó a Fabián.

—Hola Anita.

—Vete a la mierda.

Ana colgó el teléfono. Un segundo después sonó. Miró la pantalla y aparecía el nombre de Fabián. Descolgó.

—¿Vas a seguir haciéndote el gracioso?

—Solo te he saludado. No puedo decirle hola Anita a la...

—Eres gilipollas.

Volvió a colgar el teléfono y un segundo después volvió a sonar.

—Vale perdona Ana, lo siento. No lo volveré hacer.

—Eso espero.

—Bueno ¿Qué querías? Me ha sorprendido tu llamada, ya que soy yo siempre el que tengo que llamarte.

—¿Cuándo podemos vernos?

—¿Tan desesperada estas por verme?

—Vale, déjalo, ya veré como me las arreglo.

—Perdona, parece serio, nos vemos cuando tú quieras.

—Cuando salga del examen esta tarde a las cuatro y media te viene bien.

—Ahí estaré. Por cierto, iré con la moto. ¿Puedo?

—Puedes. Hasta esta tarde. Un besito.

—Otro para ti.

A las cuatro y media en punto Ana salía de la facultad. Fabián ya la

esperaba apoyado en su moto frente a la puerta. Cuando la joven llegó a su lado le dio un beso cerca de la comisura de los labios. Luego le pega dos fuertes puñetazos seguidos en el hombro.

—¡Au! ¿Qué he hecho ahora?

—Por lo de esta mañana. Así no lo olvidas. Dijo sonriendo.

—Vale, no se volverá a repetir. Por cierto, ¿Qué tal tu examen?

—Bien, lo he aprobado seguro, lo que no sé es con que nota. El profe es un cabronazo de cuidado.

El chico le dio el casco y ambos subieron a la moto. Ana se agarró a su cintura por si como tenía por costumbre hacia un caballito para asustarla. Se movían ágiles zigzagueando entre los coches. En pocos minutos estaban frente al lago de la Casa de Campo. Bajaron de la moto y se apoyaron en la barandilla mirando el agua.

—Tú dirás.

—Necesito que me ayudes.

—Mujer para eso podíamos haber ido a mi casa...

—Hablo en serio.

—Vale. ¿Qué pasa?

—¿Puedes seguir a una persona? Decirme que hace y con quien está en cada momento.

—Yo no soy un detective.

—Ya lo sé pero seguro que en tu mundillo lo habréis hecho alguna vez. O tal vez tendrás algún amigo que lo haga. Y si te pido que le des una paliza a alguien lo harías o me encontrarías alguien que lo hiciese.

—Ana, no sé por qué tienes ese concepto de mí. Por qué crees que soy un delincuente.

—Venga, ahora me vas a decir que eres una hermanita de la caridad.

—Tampoco eso. Bueno dime de qué se trata. Y veré que puedo hacer.

Ana sacó de su bandolera un cuaderno y cortó una hoja. Luego se la entregó a Fabián.

—Ahí te he puesto el modelo del coche que conduce el tipo y la matrícula. La dirección de la agencia de publicidad donde trabaja y una descripción. Quiero saber todo lo que hace y si se va con esta chica. Ana sacó su teléfono y le enseñó una foto de Olga.

—No tienes una foto de ese tipo.

—No.

—Pásame la foto de la chica. Ana se la envió a su teléfono.

—Ahí la tienes. Por cierto el tipo se llama Marcos.

—¿Quién es la chica?

—Una buena amiga. Por cierto espero que seas discreto.

—Ana, por favor, soy un profesional.

—Ves, lo has admitido eres un macarra. Dijo Ana riendo y Fabián también termino por reírse.

—Lo que tú digas. Pero esto tendrá un coste.

—Por eso no te preocupes. El dinero no es problema, dime cuanto necesitas.

—Mira la niña de papá presumiendo de pasta.

—Si soy una niña de papá, ¿Qué pasa?

—No, nada. ¿Pero sabes las cosas que tienen que hacer algunas personas para conseguir el dinero que te da tu papá para un fin de semana?

—Pues no lo sé. Dímelo tú.

—¿Cuánto te da tu padre para un fin de semana?

—Hace mucho que no tengo paga de fin de semana. Papá me ingresa una cantidad en mi cuenta y uso una tarjeta.

—¿Esa bandolera es nueva?

—Sí. Me la compre por la manía que tienes de llevarme en moto.

—¿Cuánto pagaste por ella?

—Cincuenta euros.

—Sabes que por ese dinero hay mujeres que tienen que dejar que las folle un borracho, y si tienen suerte no las pegaran.

—Joder Fabián. Quieres hacerme sentir culpable.

—No. Quiero que sepas la suerte que tienes. No hace falta que presumas de pasta. A mí eso me da lo mismo.

—Pero tú me has dicho que esto tendría un precio.

—Pero yo no he hablado de dinero.

—Ya. Quieres cobrarlo en especie. En carne para ser más exactos. Está bien.

Ana se puso frente al chico y lo rodeo con sus brazos, luego lo beso. El beso fue largo, apasionado, sus lenguas peleaban por conquistar la boca del otro. Mientras las manos de Fabián rodearon la cintura de Ana apretándola contra su cuerpo. La joven sintió como algo crecía y se endurecía pegado a su abdomen. Cuando sus labios se separaron para tomar aire Ana se separo del chico.

—Bueno, creo que como anticipo es suficiente.

—¿Qué?

—Que por hoy ya está bien. Si haces bien lo que te pido te cobraras con creces.

—Pero mira como me has puesto.

La joven puso su mano sobre el bulto del pantalón acariciándolo sobre la tela varias veces. Luego lo soltó.

—Ya lo veo y promete. No sé quién de los dos lo va a pasar mejor en su momento.

—Además, ¿por quién me tomas? ¿Crees que te ayudo para acostarme contigo? Estas muy equivocada yo no soy así.

—Pues yo creo que sí. Solo hay que ver tu pantalón.

—Eres demasiado egocéntrica. No eres la única mujer.

—Entonces solo soy un capricho para ti. Te falta una niña pija que follarte para añadir a tu colección y me has elegido a mí. Si solo quieres eso dímelo, no hace falta que hagas el paripé.

—Ana, estas muy equivocada conmigo y yo contigo. Pensaba que eras distinta.

—Sera mejor que me llesves a casa.

Fabián no dijo nada pero se le notaba desilusionado. Caminaron hacia la moto y ambos se pusieron el casco. Ya era de noche y la moto avanzaba veloz tras el haz de luz que la precedía. Cuando se detuvieron frente a la casa Ana bajo de la moto y le entregó el casco a Fabián. Este no se había quitado el suyo y no había apagado el motor. Ana aproximó sus labios al casco donde se suponía que estarían los labios de él, pero apartó la cabeza. Luego lo miro a través de la visera.

—Pues tú te lo pierdes. Adiós.

Ana cruzo la calle y entro en su casa sin mirar atrás. Subió directamente a su habitación y se puso a estudiar hasta la hora de la cena. Cuando bajo ya estaban todos en la mesa, incluso Javier había regresado de Barcelona. Comenzaron a cenar y charlaban de lo sucedido durante el día. Ninguna de las dos jóvenes saco el tema del coche esperando que quedase en el olvido. Así que fue Javier el que lo puso sobre la mesa.

—Marta me ha dicho que esta mañana habéis tenido un accidente con mi coche. No pensabais decirme nada.

Olga comento el sucedido a su madre cuando volvió a casa y esta se lo dijo a su marido cuando fue a recogerlo al aeropuerto.

—En realidad no ha sido nada – dijo Ana.

—Es cierto solo un faro roto. Además tenemos los datos del seguro del otro conductor – añadió Olga.

—Ya. Eso está muy bien. Pero ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido? – interrogó Javier.

—Un hombre nos dio por detrás cuando nos incorporábamos al tráfico – dijo Olga.

—Eso lo supongo. Lo que quiero saber es por qué estabais paradas en mitad de la calle.

—Olga no se encontraba bien, se mareaba y se detuvo un instante para recuperarse. Como el coche estaba estorbando pensé que yo podría continuar conduciendo. Pero como no conozco el coche y el tráfico aquí es un lío salía muy despacio y ese tipo nos dio.

—¿No te encuentras bien Olga? – pregunto su padre.

—Sí, está perfectamente es solo que esta mañana prácticamente no ha desayunado – respondió su madre.

—Olga, últimamente estás muy rara – dijo Javier.

—Solo es la universidad y los exámenes – dijo ella.

—Está bien. Pero debes cuidarte más. Mañana llevare el coche al taller.

—Sabes Javier, creo que es un buen momento para que cambie mi coche — dijo Marta.

—¿Y eso? – respondió su marido.

—Sabes que llevo mucho tiempo encaprichada de un Mini. Además el mío lo pueden usar los chicos así tendrán más autonomía y nosotros no tendremos que estar pendientes de llevarlos y traerlos.

—Bueno como tú veas – dijo Javier.

—Pues si te viene bien el viernes podemos ir a verlos – concluyo Marta ilusionada.

—Por mi perfecto.

—Papá.

—Dime Olga.

—Creo que deberías darle unas clases de conducir a Ana si mamá cambia el coche.

—¿Para qué?, no hace falta. Si yo no conduzco aquí nunca – respondió Ana a la propuesta.

—Es una buena idea – añadió Marta.

—Pero no es necesario si yo no cogeré el coche – insistía Ana.

—Hoy lo has cogido – dijo Javier.

—Ya, pero ha sido una excepción ya que Olga se encontraba mal.

—Pues por eso mismo. Aunque no conduzcas habitualmente es bueno que conozcas el coche y el tráfico por si se presenta alguna otra excepción – dijo Marta.

—Si os empeñáis, pero que sepáis que soy muy mala alumna conduciendo, mi profesor cuando me saqué el carnet besaba el suelo cada vez que terminaba una clase – dijo Ana sonriendo.

El resto de la familia estalló en una carcajada imaginando la situación. Finalmente decidieron que el domingo sería un buen momento para dar su primera clase. Ana le indicó a Javier que se fuese armando de paciencia.

Después de la cena y de ver un rato la televisión Ana subió a su habitación. Se desnudó frente al espejo quedando solo vestida con su pequeña braga. Buscó una camiseta, de las que utilizaba para dormir y se la puso. Cuando iba a su mesa para estudiar un rato mas antes de dormir mira a las ventanas de Pablo como tenía últimamente por costumbre. Ya que parecía que ambos se habían intercambiado los roles que hasta hacia poco desempeñaban.

Tuvo suerte. La luz del dormitorio estaba encendida y las cortinas abiertas. La misma mujer de días anteriores estaba frente al armario, completamente desnuda, buscando algo. Pablo apareció detrás de ella. También estaba desnudo y con la polla erecta. La abrazo desde atrás pegando su cuerpo al de ella y clavando su duro miembro entre las nalgas de la mujer. Ella se dejo hacer. Pablo la sujetaba por los pecho y jugaba con ellos mientras la besaba en el cuello. Se fueron aproximando a la cama sin que Pablo dejase de meter mano a la mujer. Luego se separaron y ella se tumbo en la cama. Lo miraba fijamente y parecía que él le decía algo. La mujer abrió sus piernas todo lo que pudo exponiendo su coño ante Pablo. Esto cogió su polla y se acariciaba en toda su longitud mientras se ponía de rodillas entre las piernas de la mujer. Pablo apunto con su duro troce de carne a su objetivo y lo enterró en el de una sola embestida. Daba la sensación que la mujer gritaba de placer y Pablo la follaba a buen ritmo mientras se entretenía con sus tetas y su boca.

Ana no pudo aguantarlo más. Estaba empapando las bragas. Le estaba gustando esa situación de ver sin ser vista y la excitaba muchísimo. Ana empezaba a entender a su vecino y por que la espiaba a ella. La joven levanto un poco su camiseta y metió su mano en la braga. Su sexo rezumaba jugos y sin pensárselo dos veces se follo con dos de sus dedos mientras Pablo hacia lo propio con esa desconocida. La otra mano se unió a su compañera frotando el dilatado clítoris para acentuar aun más la sensación de placer mientras sus

dedos seguían penetrándola. Cuando Pablo daba la sensación que estaba a punto de correrse, Ana, sintió como un orgasmo comenzaba a fluir por todo su cuerpo con suavidad desde su botón mágico. No había sido un orgasmo explosivo como en otras ocasiones, de los que te destrozan y agotan, no, había sido un largo y placentero orgasmo que la había relajado sobremanera.

Pablo estaba tumbado junto a ella. Se besaban y él seguía acariciando el sexo de la mujer y penetrándola con sus dedos. Ella se incorporo en la cama, lo beso y se levanto saliendo del campo de visión de Ana. Esta seguía mirando la escena mientras chupaba los dedos que un instante antes le habían dado placer. Pablo se cubrió con la sabana y después apago la luz.

Ana no siguió estudiando como tenía previsto. Se sentía tan relajada que se metió en la cama. Se arrebujó bajo su edredón y cerró los ojos quedándose profundamente dormida.

El siguiente domingo Ana se levanto relativamente temprano. Eran las nueve de la mañana cuando ya estaba en pie. A pesar de haber salido de marcha y haber regresado tarde se encontraba descansada y en forma. Después de asearse subió a su habitación vestida tan solo con la escueta camiseta que había usado para dormir y que dejaba al descubierto la parte baja de su culito a cada paso que daba. Afortunadamente no se encontró con ninguno de los miembros de la familia ya que les habría dado un gran espectáculo de buena mañana. Ya en su dormitorio abrió el armario y se situó frente al espejo. Se quito la camiseta y se deleitó contemplando su propio cuerpo. Le encanta verse sus pechos firmes y su culito respingón.

El chico con el que ligo la noche anterior solo la había calentado y luego no supo apagar el fuego. La llama continuaba encendida en su interior a pesar de las horas transcurridas. Llevaba muchos días sin sexo y costaba que la llama se apagase. No quería relajarse masturbándose ya que de lo que tenía gana era de un buen revolcón. Pensó en Carlos pero ese día era imposible con la casa llena. También pensó en Fabián pero llevaba días sin saber de él y después de su último encuentro pensó que no era la mejro opción. Por eso esa mañana de domingo decidió salir a correr para intentar calmarse. Su costumbre era descansar ese día y correr el resto de la semana pero las circunstancias mandaban.

Ana buscó en el armario un conjunto deportivo negro y amarillo flúor. Estaba compuesto por un top, negro con tres líneas flúor en el tirante, muy ajustado, que sujetaba sus pechos perfectamente para correr cómodamente, de forma que no hacía necesario el uso de sujetador y un pantalón, negro con unas

otras tres líneas flúor a cada lado, que casi llegaba hasta sus tobillos que se ajustaba como una segunda piel a su anatomía. Primero se puso el ajustado pantalón sin nada más. La prenda se ceñía de tal forma a su cuerpo que más que a hacer deporte invitaba a otro tipo de ejercicio. Vio en el espejo como realizaba su culito y como se ajustaba a su vulva. Ana no pudo resistirse a pasar su mano por la zona para sentir como sus labios se hacían más que evidentes para cualquiera que dirigiese la vista a ese lugar. Sintió como se excitaba solo de imaginar lo que pensarían los hombres que se cruzasen con ella esa mañana. Volvió a la realidad y se puso nuevamente el ceñido pantalón después de ponerse un diminuto tanga de color negro. A pesar de la escasez de tela de la prenda interior esta se marcaba sutilmente bajo el pantalón. Luego se puso el top acomodando su abundante pecho en su interior. Por culpa de sus pruebas los pezones se marcaban su dureza en la prenda prueba de la excitación.

Se miro una vez más en el espejo y se dio la aprobación. Completo su vestuario con las zapatillas de correr y una sudadera abierta. Se recogió el pelo en una simple coleta y se puso una gorra haciendo que esta saliese por la abertura trasera de la misma. Bajo a la cocina, aun no había bajado nadie, saco zumo del frigorífico y se puso un vaso, busco unas magdalenas y las comió apoyada en la encimera. Cuando termino escribió en la pizarra “Me voy a correr al parque. Ciao.” Guardó su teléfono en uno de los bolsillos de la sudadera y cerro la cremallera. Luego salió de casa.

Cuando Ana enfilaba la calle a paso ligero para ir calentando los músculos ya que la mañana era fría, frente a ella apareció su vecino, Pablo. Este se detuvo y se recreo en la visión del cuerpo de su joven vecina. Ella no pudo evitar recordar como lo había visto algunas noches. Cuando se cruzaron.

—Buenos días. Has madrugado – dijo Pablo.

—Voy a correr. Pero tú has madrugado más.

—He ido a por la prensa – e hizo un gesto mostrándole los periódicos.

—Nos vemos.

Ana le guiño un ojo y continuó su camino iniciando un ligero trote. Pablo se giró para ver como se alejaba la joven calle arriba. Cuando llego al parque hizo unos estiramientos ligeros junto a un banco. No había nadie y se perdieron el magnífico espectáculo que mostraba el trasero de Ana al realizar los ejercicios. Se quito la sudadera a pesar del frio, la anudo a su cintura y comenzó a correr a buen ritmo. Sintió como el viento frio cortaba su piel y como sus pezones aumentaron su tamaño por dicha razón. Cuando miro su

pecho y vio el volumen que habían alcanzado no le extrañó que todos los hombres con los que se cruzaba en su carrera la mirasen boquiabiertos. Un chico que también corría se puso a su altura. No la adelantó y se puso a darle conversación.

—Buenos días. Pareces en forma.

—Hola. Procuero cuidarme.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Suelo venir casi todas las mañanas.

—Yo también y no te he visto has ahora.

—Vengo muy temprano.

—¿Puedo acompañarte?

—Prefiero correr sola – Ana acelero un poco el ritmo dejando atrás.

—Es mejor hacerlo en compañía – dijo el poniéndose de nuevo a su altura.

—Puede ser, pero esto prefiero hacerlo sola – y volvió a incrementar el ritmo de su carrera.

—Una pena que no quieras hacerlo conmigo.

Escucho Ana a su espalda señal que el chico no había podido seguir su ritmo. Ella se volvió sin dejar de correr, le sonrió, le hizo un gesto los hombros y la cabeza en señal de no eres mi tipo, volvió a acelerar la carrera y se alejo del chico. Unos minutos después Ana bajó un poco el ritmo y continuó con su recorrido. Una música comenzó a salir del bolsillo de la sudadera que colgaba en su cintura. Lo sacó sin detenerse y miró la pantalla. JAVIER. Se detuvo y respondió.

—¿Si? – dijo con la respiración acelerada por el esfuerzo.

—¿Dónde estás? Habíamos quedado en que hoy te daría las lecciones de conducir.

—En el parque... corriendo... lo había olvidado – respondió recuperando el aliento.

—Vale. ¿Te recojo en diez minutos en la entrada?

—Bien. Nos vemos.

Ana colgó y volvió a correr llevando el teléfono en la mano. Se dirigió a la salida y un poco antes de llegar se detuvo junto a un banco para hacer nuevos estiramientos y relajar los músculos del ejercicio realizado. Luego camino hacia la salida mientras se ponía la sudadera sin abrocharla. Cuando salió del parque el coche ya estaba frente a la puerta. Entro y se acomodo junto a Javier.

—Hola – dijo ella.

—Hola, ¿vamos?

—Vamos.

Javier arrancó y se puso en movimiento. No había podido evitar fijarse en como resaltaban los pezones de la joven bajo su ajustada prenda. Su mente voló por un instante y su miembro reacciono inmediatamente bajo el vaquero.

Llegaron a una urbanización a las afueras donde el tráfico era escaso y donde Javier comenzó a darle las primeras explicaciones a su joven alumna. Luego ambos intercambiaron sus posiciones. Ana aceleraba bruscamente revolucionando excesivamente el motor sin cambiar de marcha y cuando Javier le indicaba que debía cambiar de velocidad, ella en lugar de eso frenaba bruscamente. Javier intentaba tener paciencia con ella pero era complicado. Él le indicaba tocando sus tensos muslos la pierna que debía usar en cada momento y tomaba sus manos en el volante o en la palanca de cambio. Pero ella seguía igual y lo único que estaba consiguiendo además de perder la paciencia era calentarse al no dejar de tocar el magnífico cuerpo de Ana. Ella se reía y le decía “Te lo dije”. Varios coches tocaban el claxon tras ellos cada vez que Ana detenía el coche.

—Sera mejor que vayamos a un sitio menos transitado.

—Está bien.

Ambos salieron del coche e intercambiaron de nuevo sus puestos. Javier arrancó y fue en busca de un lugar menos concurrido para continuar con las prácticas. Cuando se detuvieron en un stop Javier se acerco a ella. Sus caras quedaron a escasos centímetros sus ojos se clavaron en los del otro y sus labios casi llegaron a juntarse. Javier hubo de contenerse al igual que Ana por no fundirse en un apasionado beso.

—El cinturón – dijo Javier.

Ana sonrió y él le devolvió la sonrisa. Tomó el cinturón y tiro de él. Al pasarlo por el pecho de la joven rozó uno de los pezones, duro como una piedra, con el dorso de su mano. Un calambre recorrió el cuerpo de Ana cuando sintió el leve contacto y este se acentuó cuando este rozo su vientre desnudo antes de abrochar en su anclaje el cinturón. Javier volvió a su sitio sin apartar la mirada de los ojos de Ana que le aguantaba la mirada. Ambos veían el deseo en los ojos del otro. Unos cientos de metros más adelante Javier detuvo el coche en un paso de peatones. Una chica estaba cruzando la calle. Javier no pudo evitar seguirla en todo su recorrido. La joven tenía alrededor de veinticinco años, morena y un cuerpo escultural enfundado en un ajustado atuendo deportivo similar al que vestía Ana. Ana se dio cuenta en la forma en que Javier miraba a la joven.

—¿Es guapa verdad? – dijo Ana de improviso.

—¿Quién?

—Esa chica que estaba cruzando la calle. No le has quietado ojo.

—Sí. No está mal. –dijo Javier sonriendo y reanudando la marcha.

—¿Si tuvieses la oportunidad le tirarías los tejos?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Simple curiosidad.

—No me importaría. Pero creo que no me haría ningún caso.

—Yo creo que sí. Tienes algo que atrae a las mujeres.

—Sí, claro. Una colonia mágica. – dijo Javier divertido.

—Te lo digo en serio. Estoy segura que no te faltan oportunidades para ser infiel. Por cierto, ¿le has sido infiel a Marta?

—Eh... prefiero no contestar.

—Eso es un sí. ¿Cuándo ha sido la última vez? Y las tonterías que has hecho conmigo no valen.

—¿Pero que te crees que me voy tirando a toda mujer que se aproxima a mi?

—No, eso no. Puedes darte el lujo de elegir. Vamos dímelo.

—Está bien. Hace un par de meses.

—Ummmm. Interesante. ¿Y quién era?

—No la conoces.

—Eso ya lo supongo. Pero dime algo de ella.

—Era una modelo.

—Vale. Quiero más detalles. Como es. Qué edad tiene. Donde lo hicisteis. Cuantas veces...

—Joder Ana. Pareces una ametralladora disparando preguntas.

—Claro, quiero respuestas. – dijo sonriendo pícaramente.

—Morena, pelo largo, ojos oscuros, buen pecho y un culito muy apetecible...

—¿Sabes...? Parece que estas describiendo a Olga.

—Es simple casualidad.

—Si tú lo dices. Continua.

—Está bien. Tiene veinte años y lo hicimos un par de veces.

—¿Dónde?

—La primera vez después de una sesión de fotos en la agencia fue a mi despacho y... bueno no pude resistirme. Y la segunda fue en la fiesta de presentación de la campaña. Estuvo toda la noche provocándome...

—Pero a esa fiesta fue Marta contigo, ¿no? – lo interrumpió Ana.

—Sí, estaba conmigo.

—¿Entonces...?

—Entonces me escabullí con ella al baño de señoras y lo hicimos ahí.

—Mmmmm. Que morbo.

—Me encantaría que me follases a mí también en el baño mientras Marta no espera fuera.

—Pero eso no va a pasar.

—Ya... no soy tu tipo. Tú prefieres a las del tipo de Olga o... mejor dicho prefieres a Olga y la sustituyes por chicas que se le parecen.

—Ana no sigas por ahí.

—Venga... Javier, no pasa nada. Olga es una chica muy atractiva y aunque seas su padre no dejas de ser un hombre. No hay nada de malo en ello.

—Sera mejor cambiar de tema.

—Vale. Entonces hablemos de mí. ¿Te gusto?

—Eres una joven muy atractiva.

—Bien. Muy atractiva. Pero... ¿hasta dónde estarías dispuesto a llegar? Sé que te gusto y te excito.

—Sí, me gustas y me excitas. Pero quien no se excitaría con una mujer como tú. Además no haces más que provocarme.

—Me encanta ponerte en aprietos. Me encanta notar cómo se te pone dura. Y me encanta notar como deseas en ese momento hacerme tuya. ¿Lo harías si tuvieses oportunidad? ¿Me follarías? – dijo Ana con un tono sensual.

—No. No lo haría. No podría hacerlo. – respondió Javier de manera poco convincente.

—Pues yo creo que sí, que me follarías si tuvieses la ocasión. Mira como estas. – dijo Ana poniendo la mano sobre la entrepierna de Javier que estaba completamente empalmado. Javier la miró con deseo. – Además creo que estarías dispuesto a hacerlo ahora mismo. Mira mis pezones como se marcan con el top. No llevo nada debajo. Y mi entrepierna te has fijado como se marca y mi culito. Estoy segura que sí, que quieres disfrutarlos.— el tono de Ana era cada vez más sugerente. Se humedecía los labios de forma sexy y no dejaba de acariciar su pecho con la mano que no tenía en la pierna de Javier.

—Vamos te toca a ti.

Dijo Javier cuando llegaron al polígono. Volvieron a intercambiar sus posiciones. En esta ocasión Ana conducía con más soltura. El contacto entre sus cuerpos era casi constante ya que Javier casi sobre ella le indicaba cada

movimiento, intentaba ser profesional en sus enseñanzas y no recordar los comentarios de Ana. Pero sus miradas no dejaban de cruzarse y Ana llegó un momento en que estaba más atenta a los ojos de Javier y a como sus manos la tocaban para indicarle que a lo que había frente a ella. Esto hizo que Ana chocase con un montón de cajas apiladas junto a la acera. Javier dio en ese momento por concluida la lección. Ana apago el motor y se bajo del coche. Javier cambio de asiento sin bajarse y metió un cd en el equipo de música. Necesitaba relajarse. Ana después de dar varias vueltas alrededor del coche volvió a subir quitándose la gorra y tirándola al asiento trasero.

En el coche, Javier, arrancó el motor. El equipo de música se puso en marcha y el disco compacto que contenía comenzó a reproducirse. Ambos estaban en silencio envueltos por la música que parecía se había confabulado contra ellos, llevándolos a lo irremisible.

Recorrieron parte del polígono buscando un lugar apartado. Ana no dijo nada. Sabía perfectamente lo que iba a pasar. Y sí pasaba tampoco sería su primera vez, aunque hacía mucho tiempo que no lo hacía en un coche.

Cuando el coche se detuvo les faltó tiempo para girarse ambos y besarse con deseo. Sus bocas ya no precisaban de darse permiso para poseerse y sus manos iniciaron el recorrido por el cuerpo del otro impacientes por descubrir lo que sus ropas les ocultaban y que tanto deseaban. Como si de una carrera se tratase en la que ambos buscaban sus respectivas metas compitiendo por ser los primeros en alcanzarlas. La mano de Javier navegaba ya entre la ajustada tela del pantalón de la joven y había esquivado la escasa tela del tanga. Esa mano ya había detectado e inspeccionaba la húmeda vagina de Ana. Ella por su parte ya se había hecho con el duro y erecto pene de Javier que muy pronto sería suyo.

Javier desplazo su asiento hacia atrás todo lo que era posible. Ana aprovechó que había bajado el pantalón y el bóxer de Javier para tomarse un aperitivo dominical. Introdujo su verga en su boca mientras con una de sus manos la sujetaba masajeándola con suavidad. En ese momento sonaba el Vals del Emperador y Ana pensó si ese monarca que tenía entre las manos estaría dispuesto a invadir su reino escondido y que una avanzadilla ya exploraba.

Minutos después la música cambio y la marcha de Mambo N°5 ofreció a la pareja aquello que sus cuerpos hacía tanto tiempo que estaban deseando. Ana se situó delante de Javier, dándole la espalda, se bajó el ajustado pantalón y el escueto tanga. Luego se sentó encima de él cubriendo su polla. Despacio, suavemente, por el mero hecho de recrearse, sujetando con ambas manos el

volante, se dejaba caer sobre ese duro trozo de carne un poquito para después elevarse y que este la abandonase. Luego, Ana, repetía la acción haciendo que entrase un poco más en su intimidad. Así una y otra vez hasta estar completamente empalada y sentir los huevos de Javier chocando en sus muslos. Mientras, Javier quería quitarle el top, única prenda que le quedaba pero Ana no se lo permitió. Las manos del hombre buscaron bajo la ajustada prenda hasta conseguir sus dos premios. La penetración que había comenzado lenta pronto fue acelerándose para acompañarse al ritmo del mambo que sonaba. La pasión bailó con ganas en esa pista de deseos encontrados donde el placer los enloquecía. Ana sin soltar el volante de las manos comenzó a inclinarse a uno y otro lado, suavemente, guiando así las investidas de Javier. Ana sentía como las paredes de su vagina descubrían el intenso contacto del miembro que la invadía. Se recreaba en ese placer hasta que su clímax llegó a un estado tal de excitación, que no quería llegar a él. Quería prolongar el momento y las sensaciones que estaba experimentando. El orgasmo de Ana debía y tenía que esperar pues el juego era demasiado bonito como para no disfrutarlo alargándolo todo lo posible. El azar se alió con la joven y cuando el mambo concluyó comenzó el electrizante Twist and Shout de The Beatles. Ana decidió cambiar de posición. Javier salió de ella y la joven regresó a su asiento, lo movió al máximo hacia atrás y luego inclinó el respaldo hasta colocarlo en la posición perfecta. Entonces, Ana, se situó con las piernas apoyadas en el respaldo del asiento y doblando la parte superior de su cuerpo, dando muestras de una tremenda elasticidad, hasta apoyar sus manos en el asiento trasero. Una vez posicionada, Ana, abrió sus piernas ofreciendo a Javier la imagen con la que tanto se había querido deleitar.

“...Come on, come on, come on baby now...” Decía la canción cuando Ana notó como Javier iba a tomarla como ella antes había hecho con él. Sintió como los labios y la lengua de Javier ascendían por sus muslos hasta llegar a la redondez de sus glúteos, sus suaves mordiscos, su lengua viva explorando su perineo, se entretenía en los extremos del mismo. La mano de Javier, sus dedos acariciaban el pezón de la joven. Ana quería pedirle que parase, que aún no quería terminar. Pero entonces Javier se encendió su Monte de Venus con enérgicas y giratorias caricias, caricias que iban y venían entrando en su vagina para luego abandonarla. Ana ya no podía luchar más contra su naturaleza y se rindió a ella. Se rindió al placer más absoluto y con él explotó en un prolongado y deseado orgasmo. Su cuerpo, sus sentidos, toda ella se evaporó en un grito liberador.

Entonces un nuevo cambio de canción como si todo estuviera siendo sincronizado por la diosa del sexo, Afrodita. Los altavoces les empezaron a regalar los acordes del erótico Do you love mi, de The Countors, para que Javier la penetrara, acoplándose en su interior y marcara el ritmo de sus investidas y caricias ese apoteósico rock. Ana sentía como su polla la llenaba hasta lo más profundo de su ser y con su rítmico bombeo no pudo recuperarse del placer alcanzado, sumergiéndose nuevamente en volver a experimentarlo.

Por su respiración, sus gemidos, sus exclamaciones, Ana, sabía que Javier estaba alcanzado la cumbre y eso la excitaba mucho más. Ana lo animaba entre jadeos para que él también alcanzase su merecida recompensa.

—Más, más... dame más... no pares. Fóllame fuerte.

Pero Javier no quería concluir aún quería seguir disfrutando de lo que tanto tiempo había estado esperando y aprovechó un nuevo cambio en la música para salir de su joven amante.

—No, aun no... — le dijo Javier mientras la abrazaba para luego besarla con pasión ardiente en los labios – estoy disfrutando demasiado para terminar ahora... ¿vamos atrás?

Ana pasó la primera pero antes se trasladó al lado para mover el asiento del conductor hacia delante todo lo que era posible. Javier colocó el respaldo del asiento del copiloto y luego lo adelantó hasta igualarlo con el del conductor. Cuando fue al encuentro de Ana la encontró sentada en el centro del asiento trasero. Javier supo inmediatamente lo que Ana esperaba de él. Se arrodilló en el suelo para acercarse a ella y la besó nuevamente. En el equipo de música sonaba La Lambada de Kaoma, Ana se incorporó para abrazar a Javier y seguir disfrutando de la sensualidad del encuentro y de la pasión compartida.

Antes de volver a perderse en el cuerpo de Ana, Javier, se había despojado de toda su ropa. Lo siguiente que hizo fue sacar el ajustado top de Ana que en esta ocasión no puso ningún obstáculo. No era la primera vez que Javier se deleitaba con la visión de los pechos de la joven, pero si la primera en que los disfrutaría siendo conscientes ambos de lo que estaban haciendo. Javier los tomo las tetas de la joven primero con sus manos y sus dedos, apreciando cada centímetro de esa piel suave y sedosa, de esa firmeza y de ese agradable tacto. Luego se deleito saboreándolos. Cubriéndolos de besos, lamidas, suaves mordiscos en los pezones y chupetones. Ana sabía que eso le encantaba a Javier y que lo disfrutaba tanto o más que ella.

Javier volvió al rostro de la joven cubriéndolo de besos, perdiéndose en el océano de sus ojos azules, que brillaban mirándolo con ternura. Una nueva

melodía acompañó el mágico momento. “... Sólo sé que me aturde la vida como un torbellino, que me arrastra y me arrastra a tus brazos con ciega pasión...” Un bolero, Pecado, de Los Panchos, los animaba a calmar la pasión que ardía en sus cuerpos.

—Eres tan bella – susurro a su oído.

Ana lo besó en los labios una, otra y otra vez, sin dejar de acariciar su cara y su cuerpo. Javier aceptó los mimos de la joven correspondiendo a ellos. Se recrearon en las pausadas caricias sin separar sus bocas. Todo se detuvo para ellos, no había nada más que sus caras y sus cuerpos. Simplemente estaban ellos y la música. Entonces Ana dijo susurrando:

—Házmelo otra vez por favor.

Javier no se hizo esperar y se separó de ella un poco, lo suficiente para que Ana apoyase los pies en los asientos delanteros. Javier se acercó despacio y volvió a penetrarla. Él entraba y salía de ella con un ritmo constante. Ana rebotaba con cada nuevo empujón. La polla de Javier se movía dentro de ella haciéndola tocar el cielo con la punta de los dedos. Javier aceleró el ritmo sus embestidas penetrándola hasta el lugar más profundo de su ser. La música se mezclaba con una sinfonía de gemidos, gritos, jadeos y exclamaciones.

La potencia y la frecuencia con la que Javier follaba a la joven hacía que el coche se meciese de un lado a otro. Imagen inequívoca de lo que dentro sucedía para cualquiera que hubiese podido observar el vehículo. Pero en ese momento a la pareja no les importaba nada lo que pasase en el exterior de ese lugar. Para ellos el mundo se reducía en ese instante al reducido habitáculo del coche y al placer que estaban experimentando.

Cuando Ana sintió que Javier estaba a punto de alcanzar la meta ella quiso acompañarlo y atravesarla junto a él. Ella comenzó a masturbarse frotando su dilatado clítoris con frenesí. Fue el complemento perfecto al magistral trabajo que Javier hacía en su interior. En breves instantes Ana se puso a la altura de su amante y cuando este comenzó a llenarla con su semilla su orgasmo se unió al de Javier. Las contracciones de sus cuerpos se complementaron y las últimas caricias enérgicas intensificaron las sensaciones del momento.

Javier permaneció dentro de ella, abrazado a ella, fundidos en uno solo, hasta que sus cuerpos se relajaron. Cuando él abandonó su cuerpo Ana bajó las piernas dejándolas relajadas en el suelo, lo abrazó y se fundieron en un nuevo beso. Un beso tierno y pausado, casi paternal. Sus labios seguían unidos y no tenían ganas de separarse fundidos cada uno en los brazos del otro. En esos momentos Nat King Cole sonaba en los altavoces “...Ansiedad, de

tenerte en mis brazos musitando,... palabras de amor. Ansiedad, de tener tus encantos y en la boca, volverte a besar...” Cuando termino la canción Javier la beso y dijo:

—Deberíamos vestirnos, es tarde.

Buscaron en la guantera un paquete de pañuelos y se limpiaron lo mejor que pudieron. Luego ambos se vistieron y colocaron los asientos del coche en su posición habitual. Javier recogió todos los pañuelos usados y salió del coche para depositarlos en un contenedor que había a unas decenas de metros de donde se encontraban. Cuando regreso al coche Ana ocupada el asiento del conductor, él se acomodó a su lado y volvieron a casa.

—CAPITULO 10—

## UNA NOCHE DE PASIÓN

En el coche de regreso a casa. El silencio se hacía pesado. Ana busco su gorra y su sudadera y se las puso. Luego de repente dijo:

—¿Cómo conociste a Marta?

—¿Qué?

—¿Qué como conociste a Marta?

—¿Y eso a que viene ahora?

—Siento curiosidad. Venga cuéntamelo. – dijo Ana poniendo cara de niña buena y un tono de voz tan tierno que era imposible resistirse.

—Nos conocimos por casualidad. Yo era por entonces ayudante de cámara en una agencia de publicidad. Hacía muy poco que había terminado los estudios y era mi primer trabajo serio. Fuimos a rodar a un colegio a los niños en el recreo para luego montarlo en un anuncio y ahí estaba ella.

—¿Y ya está? No hay nada más. ¿Le hablaste tú o te habló ella?

—Ese día no nos dijimos nada. Simplemente no dejamos de mirarnos. Ella estaba con los niños en el recreo. Jugaba con los niños y estaba preciosa. Me fijé en ella nada más entrar en el patio. Ella también se fijó en mí, pues nuestras miradas no dejaron de cruzarse mientras estuve allí.

—Entonces no os dijisteis nada. ¿Luego fuiste a buscarla o ella te busco a ti?

—Ni yo la busque a ella, ni ella a mí. Supongo que estábamos predestinados a estar juntos y el destino nos volvió a unir.

—¿Cómo?

—¿Siempre preguntas tanto después de hacer el amor?

—No. Normalmente me suelo quedar dormida pero hoy no he tenido

oportunidad. —dijo sonriendo y Javier también sonrió.

—Está bien, te lo contaré. Fue el viernes siguiente. Esa tarde proyectaban cortos en la Facultad de Ciencias de la Información y fui con un amigo. Cuando salíamos yo iba distraído hablando con mi amigo y tropecé con ella. Casi la tiro. La cogí al vuelo. Y sujetándola por la cintura nos quedamos embobados mirándonos. Una amiga suya que la acompañaba nos hizo reaccionar. Salimos los cuatro de la facultad. Fuimos a tomar unas cervezas y ahí comenzamos a conocernos. Mi amigo y su amiga tuvieron que marcharse y nos dejaron solos. Tomamos unas raciones en el centro y luego me ofrecí a llevarla a su casa. Ella aceptó y cuando llegamos a la puerta estuvimos más de una hora en el coche hablando. Luego antes de salir del coche me dio su número de teléfono y un beso en esa zona tan indeterminada como es la comisura de los labios.

—Lo vuestro fue amor a primera vista. Qué bonito.

—¿Y cuando lo hicisteis por primera vez?

—Unos días después. No lo planeamos. Simplemente surgió.

—Sabes. Me encantaría encontrar alguien así, del que me enamore a primera vista.

—Y lo tuyo con Jorge, ¿no fue así?

—No. Nos conocíamos desde el colegio. Salíamos en el mismo grupo de amigos y un día nos dio por acostarnos. A partir de eso empezamos a salir.

—Entiendo. El roce hizo el cariño.

—Se puede decir que sí.

—¿El ha sido tu primer novio?

—No. Ha sido el último y con el que más tiempo he estado.

—¿Por qué lo dejasteis?

—Bueno. Es complicado. ¿Qué quieres saber, la versión oficial o la verdadera?

—Cuéntame las dos.

—Vale. Oficialmente, él se iba a terminar sus estudios fuera y decidimos darnos un tiempo.

—Ya. Quería libertad.

—Realmente había conocido a otra y estuvo jugando con las dos durante un tiempo. Pero de eso me he enterado relativamente hace poco tiempo.

—¿Entonces qué pasó realmente?

—Te lo cuento si me juras que no se lo dirás a nadie. Ya que si te lo cuento serás el primero en saberlo aparte del cabrón de Jorge, pero él estoy segura

que no dirá nada.

—Te lo juro.

—¿Me lo juras por Olga y Carlos?

—Te lo juro por ellos.

—Está bien. La verdadera razón de la ruptura fue que me quede embarazada.

—¿Te quedaste embarazada y no se lo contaste a tus padres?

—No. No se lo conté a nadie. Eres el primero en saberlo. Cuando se lo dije a Jorge se acojono. Lo supero la situación. Me dijo que no podía ser suyo, que era una puta y que quería cargarle el muerto a él. Desde ese día no volvimos a vernos hasta el incidente.

—¿Y el bebe?

—Decidí abortar.

—¿Y lo hiciste sola?

—Sí. No estaba ni de dos meses cuando lo hice.

—¿No tuviste miedo?

—Mucho. Le dije a mis padres que me iba a Londres unos días a ver a una amiga. Y bueno ya te imaginas a lo que fui. No me he sentido tan sola como en ese momento en toda mi vida.

Cuando llegaron a casa Ana subió directamente a darse una ducha antes de comer. Después de haber corrido por el parque y de habérselo montado en el coche con Javier estaba totalmente sudada. El resto del día transcurrió tranquilo. Ana estuvo toda la tarde en su habitación estudiando y Javier se fue con Marta al cine.

Esa noche, de madrugada, Ana daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Tenía demasiadas cosas dándole vueltas por la cabeza para poder dormir. Pero lo que más le preocupaba era el haberle contado su gran secreto a Javier, además del asunto de Olga con el cerdo de Marcos.

Un ruido en el exterior la hizo salir de sus pensamientos. Encendió la lamparita que tenía junto a la cama y se levanto para asomarse al balcón. Pablo acababa de cerrar el ventanal de su dormitorio. Estaba completamente desnudo pero solo. Entonces apareció ella, la misteriosa mujer, vestida con un salto de cama de raso negro. Se aproximó a Pablo y lo besó en los labios. El la cogió del culo y la apretó con fuerza contra su cuerpo. El beso se prolongaba y la mujer apretaba con fuerza el culo de su vecino. Ana comenzó a excitarse, aquello prometía, se quitó la camiseta quedándose vestida tan solo con una diminuta braguita de color negro. Pablo se separó un poco de ella y

deslizo los finos tirantes por sus hombros. La dicada prenda se deslizo por el cuerpo de la mujer hasta caer a sus pies dejándola totalmente expuesta a los ojos de Pablo y a los de la joven espía.

La mujer se arrodillo frente a Pablo y tomo la polla de este entre sus manos. Ya estaba completamente erecta. La acarició y la recorrió con delicadeza como si tuviese entre las manos una delicada pieza de porcelana. Luego abrió la boca y sacando la lengua comenzó a lamerla. Primero el tronco en toda su longitud, luego se dedico al dilatado glande y finalmente la engulló completamente.

Ana estaba excitada con la escena. Las tetas se le habían puesto como piedras y sus pezones reclamaban atención. La comenzó a jugar con sus propios pechos, apretándolos, acariciándolos y pellizcando sus pezones para sentir como un calambre recorría su cuerpo.

Pablo miró por la ventana. Miró fijamente hacia donde Ana se encontraba. No había apagado la luz y Pablo pudo verla perfectamente. Su vecino sonrió. La mujer se detuvo un momento y también la miro, solo un segundo para luego seguir comiéndole la polla a Pablo. Ana sabia que la habían visto, pero no sabía si se habían dado cuenta que estaba ahí semidesnuda, jugando con sus tetas y mojando sus dedos en la humedad de su coño. La mujer se dio un descanso en su trabajo e hizo que la polla de Pablo recorriese sus tetas y su cuello para luego volver a mamársela. Luego esa desconocida aceleró el ritmo ayudándose de su mano. La mujer saco la polla de Pablo de su boca y este empezó a descargar chorros de semen en su cara, su boca, su cuello y su pecho. Ana que seguía masturbándose alcanzo un delicioso orgasmo al tiempo que su vecino se corría en el cuerpo de la mujer. Ella se levanto y sin limpiarse la leche de Pablo se acerco al enorme ventanal y la miró sonriendo.

La mujer se retiró de la ventana y se tumbo en la cama. Abrió las piernas y comenzó a recorrer su raja con la mano. Pablo también se acerco a la ventana, seguía empalmado pese a haberse corrido, y sonrió a su joven vecina. Luego empezó a acariciarse la polla, como si se masturbara para ella, se dio la vuelta y subió a la cama. Su vecino se situó entre las piernas de esa mujer y la penetro mientras ambos no dejaban de mirar al exterior. Luego se olvidaron de ella y Pablo siguió follándose a esa desconocida mientras Ana se masturbaba sin parar. La joven quería contener su orgasmo para correrse junto a la pareja que la excitaba. Pero cuando ella pensaba que aun quedarían unos minutos ambos se separaron. Pablo se tumbo junto a ella con la polla aun dura y brillante por los jugos de su compañera. El la besó y ambos se levantaron de

la cama. Ana seguía con tres dedos entrando y saliendo de su coño cuando la pareja se acercó al ventanal y la saludaron con la mano sonriendo. Luego corrieron las cortinas y dieron por finalizada la función.

Pero Ana se había quedado con ganas de más. Ahí estaba ella frente a la ventana, completamente desnuda, con la humedad de su coño corriendo por sus muslos y más caliente que un horno. Ahora sí que no podría conciliar el sueño. Se puso las braguitas y la camiseta y bajo de la buhardilla. Necesitaba beber agua calmar de alguna manera el fuego que la abrasaba por dentro. Antes de entrar en la cocina vio luz en el despacho de Javier. Era muy tarde y suponía que todo el mundo estaría durmiendo. Pensó que por descuido se habría dejado la luz encendida. Saco una botella de agua helada del frigorífico y lleno un vaso. Lo bebió con de un solo trago con ansia desbocada por apagar el calor que brotaba en su interior.

Salió de la cocina y fue hasta el despacho de Javier para apagar la luz que suponía encendida por olvido. Pero se había equivocado. Ahí estaba Javier, de espaldas a ella mirando a la oscuridad del jardín.

—Lo de esta mañana no puede volver a repetirse — le dijo ella.

—Tienes toda la razón, Ana, eso ha sido una locura, lo siento — contestó él sin girarse — Ha sido culpa mía, no he podido contenerme. Quería...

—Calla, no ha sido culpa tuya — le interrumpió ella rodeándolo con sus brazos desde atrás, inclinándose sobre las puntas de sus pies y apoyando su barbilla en su hombro para mirar junto a él la negrura de la noche — en todo caso la culpable he sido yo. Debería haber sido más discreta, y contenerme pero no pude, ha sido superior a mí. Pero no te preocupes no se volverá a repetir — continuó diciendo junto a su oído.

—Pero, Ana, es que...—intento continuar.

—Javier, no le des más vueltas — intentó tranquilizarlo — al fin y al cabo no ha sido tan grave.

Pero Ana seguía abrazada a él. Notó como sus pezones comenzaron a endurecerse de nuevo clavándose en su espalda. Javier lo noto claramente. Ana introdujo su pierna entre las de él y la movió suavemente hasta subir a su entrepierna.

—Ana... — susurro Javier.

—¿Sí...? — respondió con un profundo suspiro junto a su oído y mordió su oreja.

—No hagas eso — le dijo dejando escapando un leve suspiro de su pecho.

Ella comenzó a desabrochar su camisa, muy despacio, con calma y al mismo

tiempo acariciaba su torso, estaba fuerte y definido. Y no dejaba de besarle el cuello y jugar con el lóbulo de su oreja.

—Estás muy fuerte — le susurró.

—Lo has notado, voy al gimnasio — le respondió poniendo sus manos sobre las de la joven y guiándolas por todo su pecho ahora completamente descubierto.

Javier se dio la vuelta y se miraron fijamente a los ojos. Ana pudo ver miedo en su mirada, por lo que había pasado y lo que podría pasar, pero también pudo ver deseo y pasión. Apoyó su manos en su duro abdomen y fue subiendo muy despacio, para que sus manos recordasen ese camino antes recorrido sin atención, cuando sus manos llegaron a sus hombros se introdujeron bajo la camisa deslizándola por sus brazos hasta dejarla caer al suelo. En ese momento Javier la estrechó entre sus fuertes brazos y sus labios se juntaron. Las manos de la joven recorrían sus brazos y su espalda mientras sus lenguas jugaban como hacía esa misma mañana lo habían hecho dentro de sus bocas. Ana se sentía segura en sus brazos como antes se había sentido en otros brazos, y sentía el calor de su cuerpo, y como su pecho aprisionaba el suyo haciendo que sus pezones erectos y duros se clavasen en su torso a través de la tela de su camiseta. Las manos de Javier recorrieron su espalda bajando hasta el culo de la joven, ahí sus manos lo agarraron con fuerza, como sopesando si todo seguía lo mismo que el recordaba. Entonces sus labios se separaron y volvieron a mirarse. En los ojos de Javier ya no había miedo, ahora solo se podía ver deseo.

—¿Qué te parece? — le preguntó, mientras seguían con la mirada clavada el uno en el otro.

—¿Qué? — me dijo, como si no supiera de qué hablaba.

—Mi culo.

—Esta exactamente igual que lo recordaba, durito y apretado — dijo y volvieron a besarse riendo.

Sin separar sus labios y sin dejar de recorrer sus cuerpos sus nuestras manos, Javier, empezó a empujarla haciéndola retroceder hasta chocar con la mesa del despacho. Entonces Javier agarrando su culo con más fuerza la alzó hasta depositarme sobre la mesa de pulida madera. Entonces el deseo y la pasión empezaron a desbocarse. Sus labios chocaban con impaciencia, sus lenguas luchaban incansables por conquistar la boca del otro y tiernos mordiscos hacían que las lenguas no escapasen. Ana aferraba con sus manos la nuca de Javier para aproximarle aun mas a ella, al tiempo que sus piernas

abrazaban su cintura. Las manos de Javier se perdieron bajo su camiseta y se encontraron con sus duros y sensibles pechos, Ana, sintió el tacto de sus manos en ellos, como los acariciaba y apretaba, y un escalofrío recorrió su cuerpo. Ella no pudo contener el suspiro de placer que se escapó de su garganta.

—Levanta los brazos — dijo Javier.

Ana, obediente elevó los brazos sobre su cabeza. Dejó sus pechos deseosos de seguir sintiendo sus manos y bajo estas hacia su cintura. Sujeto su camiseta y comenzó a subirla muy despacio, dejando al descubierto primero su abdomen, y luego su pecho desnudo que se erguía insolente y deseoso de mas atenciones. La camiseta subió por los brazos de la joven y finalmente Javier se deshizo de ella dejándola caer a su espalda. Sus labios volvieron a juntarse mientras sus fuertes manos volvieron a conceder a mis tetas las atenciones que merecían. Sus labios empezaron a recorrer su barbilla y luego bajaron por su cuello dejando un delicioso y húmedo camino. Cuando sus labios llegaron a sus pechos comenzaron ascender por ellos mientras sus manos no dejaban de acariciarlos y apretarlos con ternura. Finalmente su boca hizo cumbre y tomó posesión nuevamente de las montañas perdidas. Besó sus duros y sensibles pezones, los mordió y su lengua jugó con ellos como tantas veces había imaginado. Mientras sus manos seguían amasando con calma sus tetas,, su boca siguió su viaje. Bajo por su abdomen y rodeo su ombligo con un círculo de saliva. El cuerpo de Ana no dejaba de estremecerse por sentir de nuevo esas manos y esos labios recorriendo y acariciando mi piel. Cuando llego a la cintura de sus braguitas, sus manos se introdujeron la cintura de estas, Ana alzó su cuerpo para facilitarle la labor y su diminuta braguita descendió por sus piernas.

Javier, agachado como estaba, con su cara a la altura del sexo de Ana, rezumando humedad, cogió sus piernas y las acarició, las recorrió en toda sus longitud, luego las coloco encima de sus fuertes hombros y se puso de pie. Esto hizo a la joven caer hacia atrás apoyándose en los codos. Javier beso la cara interna de sus muslos con un claro objetivo final, mientras sus manos no paraban de recorrer sus nalgas, sus caderas, su cintura, sus pechos, su boca, sus labios. Ana, sentía su aliento cálido como se acercaba, estaba impaciente, por sentir sus labios y su lengua en ese lugar, ese lugar que esa misma mañana Javier había visitado. Su respiración se aceleró y sintió que el corazón se le iba a salir del pecho cuando su lengua empezó a recorrer los bordes sus mis despejados labios mayores. Las piernas de Ana se cerraron entorno a su cuello

para atraerlo más a ella, sentía el cosquilleo de su barba de tres días en sus muslos, mientras Javier engullía sus labios mayores con tirones ansiosos. Estaba en el cielo, estaba a punto de correrme cuando succiono con fuerza su clítoris, lo sujeto con sus labios y lo mordió suavemente mientras su lengua no dejaba de rodearlo. Un escalofrío recorrió su espalda, el placer era máximo, mordía sus labios para intentar contener el orgasmo que luchaba por invadirla, al tiempo que contraía su vagina. La lengua de Javier empezó a moverse de manera vertiginosa haciendo que las descargas que brotaban de ese punto a todas y cada una de las partes del cuerpo de la joven fueran incontenibles. Esto hacía que no pudiese evitar el mover sus caderas para acomodarlas al ritmo de su lengua.

Los orgasmos empezaron a encadenarse uno tras otro, Ana, no acababa de recuperarme del anterior cuando su lengua desenfundada hacía que saltase otro. Entonces los largos dedos de Javier se unieron a su juego y buscaron la humedad que empapaba su sexo. Sin más, dos de sus dedos entraron, y los jadeos y gritos salían de su garganta sin control, con cada nueva embestida con su mano aumentaban de volumen. Un nuevo dedo se unió a los anteriores y esos tres diablos entraban y salían de la joven y giraban en su interior, acariciaban y frotaban las paredes de su vagina que se cerraba entorno a ellos para no dejarlos escapar. Un nuevo orgasmo mucho más intenso que los anteriores brotó del interior de la joven, sus piernas se tensaron en torno a él, lo mismo que cada músculo de su cuerpo, un grito desgarrador, de placer surgió de lo más profundo de ella dejándola totalmente sin aire, mientras su corazón iba a explotar en su pecho. Después todo su cuerpo se quedó sin fuerza y se desplomó sobre la mesa, con los brazos extendidos a lo largo de su cuerpo inerte y con sus piernas aun sobre los hombros de Javier como si fuesen dos trapos.

—Ana..., Ana... ¿Estás bien? — preguntaba Javier ansioso, mientras sujetaba a la joven por los hombros y la movía para hacerla reaccionar.

Poco a poco los pulmones de Ana se fueron llenando nuevamente de aire y sus brazos y piernas recobrando la fuerza perdida. Luego cuando notó que su respiración volvía poco a poco a la normalidad pudo decirle algo.

— Dame un minuto — dijo entrecortadamente y lo abrazó, acercó sus labios a su oído — Ha sido el mejor orgasmo de mi vida.

—Joder me habías asustado — dijo Javier más relajado y en su rostro brillante bañado de los jugos de la joven se dibujó una sonrisa.

—Si me das otro minuto veras de lo que soy capaz — le dijo Ana más

relajada. Los ojos de Javier brillaron, y su rostro se iluminó al escuchar sus palabras — Súbete a la mesa — le dijo Ana mas repuesta mientras se bajaba ella.

Javier se sentó en la mesa y parto los objetos que la ocupaban. Cuando termino se giro hacia ella. Ana se acercó despacio hacia él dejando que se recrease en su cuerpo.

—Túmbate en la mesa—le dijo cuando estuvo junto a él, puso sus manos sobre su pecho para empujarle suavemente.

Cuando Javier estuvo tumbado en la larga mesa, Ana, desanudó sus zapatos y los dejo caer al suelo. El subía la cabeza para ver lo que iba haciendo y como me movía a su alrededor. Ana acarició sus piernas fuertes por encima de la tela de su pantalón. Cuando llegó a su entrepierna pasó por encima de ese bulto que palpitaba bajo la prenda. Notó su miembro erecto duro e impaciente. Abrió su cinturón y desabrochó su pantalón lo agarró con fuerza a ambos lados de las caderas y tiró de ellos hasta deshacerme de ellos y dejarlos caer en el suelo. Volvió a acariciar sus piernas y cuando nuevamente estuvo en su entrepierna sus manos acariciaron sus testículos el sobre tejido de su ajustado bóxer. Ana se inclinó sobre él su lengua recorrió la silueta dibujada por su erecto miembro en la tela. Después lo liberó de ellos y se los tiró a la cara. Javier sonrió. Las manos de Ana acariciaron su miembro bajando hasta sus testículos y apretándolos suavemente. Después lo miró fijamente y se humedeció los labios con su lengua de una forma sensual. La joven se inclinó sobre su polla y sujetándola con su mano aproximo sus labios a ella. Ana los apoyó sobre la punta de su glande y fue descendiendo muy despacio, ejerciendo una ligera presión sobre ella con sus labios y sus dientes, mientras su lengua jugaba a su alrededor y hasta que su nariz choco con su pubis. La había introducido totalmente en su boca. Su lengua lamia ese firme falo y se centraba especialmente en ese hinchado capullo.

Cuando Ana comenzó a retirarse para Javier fue una tortura insoportable. Con la boca totalmente ensalivada devoraba su miembro, ascendía un centímetro y se detenía para seguir jugando y atendiendo con su lengua ese delicioso manjar. Antes de continuar subiendo volvía a bajar la mitad de lo ascendido y volvía a dejar que su lengua atendiera debidamente esa duro miembro que latía en el interior de su boca. A Ana le encantaba torturarlo de esa manera. Sabía perfectamente que Javier estaría a las puertas del orgasmo cuando alcanzó la parte baja de su glande y lamió con ansia la zona del frenillo, llevándolo casi a un punto sin retorno. Cuando sus labios y su lengua

lamieron su dilatado capullo como si de un caramelo se tratase para finalmente despegar sus labios de su polla. Javier había aguantado in extremis sus atenciones y no creía que aguantase más sin correrse.

Ana empezó a besar sus abdominales, su ombligo y continuó por su pecho hasta llegar a sus pezones que mordieron sus dientes mientras miraba a Javier a los ojos con cara de chica mala. Chupó y lamió sus pezones mientras mi mano no dejaba de jugar con su polla y sus huevos. La boca de la joven subió hasta la de él y sus labios se apropiaron de los suyos, su mano que seguía acariciando su dura polla y sus huevos bajo hacia el perineo y lo acarició suavemente. Ana retiró la mano sin dejar de besarlo y la llevó a su empapada entrepierna, la humedeció bien en sus propios jugos y volvió a acariciar su perineo. La lengua de Ana luchaba con la de Javier y la empapada mano de ella buscó la entrada de su culo y uno de sus dedos lubricado con su propia humedad se abrió camino en su interior. Javier no protestó por su atrevida incursión, sabía que le gustaba, y a ella le ponía a mil sodomizarlo mientras no dejaban de comerse la boca.

La joven invitada ya no aguantaba más, el fuego que había en su interior tenía que ser apagado. Ana subió a la mesa y montó sobre sus caderas buscando esa manguera capaz de apagar lo que ardía dentro de ella. Se dejó caer sobre ese duro miembro dejando que se clavase en su interior por completo. Así en esa posición con sus ojos clavados en los de Javier permaneció unos segundos deleitándose con esa plenitud que llenaba su interior. Su mano apretó sus huevos, suavemente, para estimularlo y con la otra acariciaba sus tetas y pellizcaba sus duros pezones.

Ana cerró los ojos y las manos de Javier tomaron sus caderas, y muy despacio fueron subiendo por su abdomen y su torso hasta que alcanzó sus pechos. Las manos de Javier los estrujaron, amasaron y masajearon sus firmes y duras tetas con una mezcla de impaciencia, pasión y dulzura. El trabajo de sus manos sobre sus pechos excitó a la joven hasta el punto de casi correrse. Ana no podía evitar emitir intensos jadeos. Se inclinó apoyando sus manos en sus fuertes hombros y las manos de su anfitrión aferraron con fuerza su culo ayudándola a iniciar una lenta y erótica cabalgada. Cada vez que el miembro de Ana descendía clavándose nuevamente su polla en su interior buscaba el placer rozar su dilatado y sensible clítoris con su pubis. Estaban perfectamente acoplados y sincronizados como el movimiento de un reloj suizo, era como si llevaran años haciendo lo mismo juntos. Ana estaba disfrutando de cómo cada centímetro del miembro de su anfitrión llenaba su

interior, y como frotaba las paredes de su vagina que se cerraban en torno a él para aumentar el mutuo placer.

Javier se incorporo y empezó a comerle las tetas mientras Ana no dejaba de cabalgar sobre él. Esto hizo aumentar la excitación de la joven y sus movimientos sobre él aumentaron de intensidad para dejar salir el orgasmo que ya crecía dentro de ella. Sabía que Javier estaba a punto de correrse, sentía como su miembro se dilataba en su interior y casi podía sentir sus hinchadas venas. Ana sabía que intentaba contenerse pero, también sabía que no podría hacerlo por mucho más tiempo. Los ojos de Javier recorrían el cuerpo de Ana empapado en sudor, se embelesaban con el vaivén de sus tetas y con su cara que no podía disimular el placer que sentía.

—¡Córrete Ana, córrete! — le dijo y apretó con fuerza sus nalgas.

—¡Siiiiii...! — fue lo único que pudo responder.

Los músculos de la joven se tensaron y sus piernas se aferraron con fuerza al cuerpo del hombre, un placer infinito invadió cada rincón de su cuerpo. El orgasmo fue intenso y prolongado. Ana sentía como Javier seguía bombeando en su interior mientras la llenaba con su cálida y espesa semilla haciendo que lo que estaba sintiendo se intensificara aun más. Ella cayó rendida sobre el pecho de su amante, sus labios besaron su cara y su boca, mientras su miembro aun en su interior se iba relajando. La mano de Javier acaricia su espalda y otra se perdía en su nuca enredándose en su pelo. Se fundieron en un último y apasionado beso, sus lenguas se buscaron sin prisa y se deleitaron en el placer del deseo satisfecho.

Ana se separó de él y bajó de la mesa, él se sentó en ella y observó como recogía sus prendas esparcidas por el suelo del despacho. Finalmente fue Javier quien rompió el silencio.

—Ana, no vas a decir nada.

—No se darne una ducha ahora o guardar tu aroma hasta mañana. — respondió con la ropa arrugada entre sus brazos.

—Eso como prefieras. Pero creo que deberíamos hablar de lo que ha pasado. — su tono sonaba culpable.

—Mejor hablamos mañana, será mejor que te vistas y recojas un poco esto.

Ana subió al baño. Durante la relajante ducha con agua tibia y mientras sus manos recorrían su cuerpo enjabonándose pensó en él, en Fabián. Pensó en si él habría hecho con alguien algo parecido a lo que ella acababa de hacer. Sabía que él nunca le contaría lo que había hecho con otras, lo mismo que ella tampoco le diría lo que había hecho con otros chicos.

Cuando Ana salió del baño y subió a su habitación secándose con una toalla Jorge estaba sentado en su cama. No se cubrió con la toalla, no le importaba que la viese desnuda, ya la había visto y no hacia ni media hora estaban follando encima de la mesa del despacho. La joven no dijo nada continuó secándose.

—Ana...

—Dime.

—Tenemos que hablar.

—Ya estamos hablando — dijo irónicamente.

—Joder Ana... tenemos que hablar de lo que ha pasado.

—¿Qué ha pasado? no ha pasado nada. Javier no le des más vueltas. No hemos hecho nada que no hayamos hecho antes —dijo tranquilamente mientras buscaba unas braguitas en un cajón del armario.

—Es verdad no hemos hecho nada que no hayamos hecho antes, solo hay un problema, que estoy casado, y tu...

—¿Yo qué? — le preguntó mirándolo mientras se ponía las braguitas limpias.

—Que estas actuando como... Mírate, ahí estás desnuda delante de mí como si nada, vistiéndote tranquilamente — dijo nervioso.

—Vamos a ver Javier, ¿Cómo estoy actuando? Estoy en mi habitación y si estoy desnuda delante de ti vistiéndome tranquilamente es porque tú has entrado y ni siquiera has pedido permiso. Además no me digas que ahora te pone nervioso verme desnuda. — dijo mientras terminaba de ponerse una nueva camiseta.

—Pero Marta...

—No te preocupes por Marta, tú no le vas a decir nada y yo tampoco. Y lo que ha pasado hoy, tranquilo, no se volverá a repetir. Solo ha sido un momento de debilidad. ¿Vas a dormir aquí o en tu habitación? Yo estoy cansada. — Dijo metiéndose en la cama.

—Sera mejor que me vaya.

—Buenas noches.

—Me gustaría ser como tú. Eres única simulando que las cosas no pasan. — Dijo saliendo de la buhardilla.

Javier entró en su dormitorio. Marta dormía plácidamente aparentemente ajena a todo lo que había sucedido esa mañana y esa misma noche. Se desvistió y entro en al baño para darse una ducha rápida. Se puso el pijama y se metió en la cama acostándose junto a su mujer. Cerró los ojos e intentó

conciliar el sueño.

—¿Has terminado lo que tenías que hacer? – le pregunto Marta sentándose en la cama apoyando su espalda en el cabecero.

—Lo siento, te he despertado.

—No te preocupes llevo un buen rato despierta. ¿Has terminado todo?

—Sí, he terminado el papeleo.

—No me refería a eso.

—Entonces ¿A qué te referías? No te entiendo.

—Javier no te hagas el tonto. Me refiero a Ana. ¿La has dejado satisfecha?

—Pero...

—No te molestes en negarlo Javier – dijo interrumpiendo a su marido – os he visto follando encima de tu mesa. Ana es demasiado escandalosa. Menos mal que no habéis despertado a los chicos.

—Yo... yo... no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Sé que deseabas tirártela desde que entro por la puerta de casa. ¿Lo has pasado bien? ¿Ha merecido la pena la espera?

—¿Estas enfadada?

—¿Te parezco enfadada?

—En este momento no sabría que decirte.

—No, no estoy enfadada. No puedo estarlo. Yo también he sucumbido a sus encantos.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—El día de la pelea. Cuando la estuve ayudando a bañarse, no pude resistirme a comerle el coño.

—Eres una guarra.

—Y tu un cabronazo. ¿Lo has pasado bien? ¿Ha merecido la pena?

—Sí, ha estado bien. Esa cría es toda una putita pero sinceramente te prefiero a ti.

—Si te digo que me gustaría follar con ella que me dirías.

—Que me gustaría estar en primera fila para veros.

—Eres un perverso.

—Mira quien fue a hablar. Sabes que me encanta que disfrutes. Pero solo te pongo una condición.

—¿Cuál?

—Que luego me lo cuentes con todo lujo de detalles.

—Trato hecho. ¿Sigues teniendo ganas?

—¿De qué?

—De follar. Me he puesto muy cachonda al veros ahí. Quiero que me folles.

—Para ti siempre estoy dispuesto.

El matrimonio se fundió en un apasionado beso. Sus lenguas y sus labios ardían en deseo de saciarse del otro. La mano de Javier ya subía por el muslo de su mujer en busca del tesoro que escondía entre sus bonitas piernas. Marta no llevaba nada bajo el escueto salto de cama y la mano de su marido no tuvo ningún impedimento en acariciar su pubis y su anhelante rajita.

—Voy a comértelo todo.

Javier se deshizo apresuradamente de su pijama y se perdió bajo las sabanas sin dejar que su mujer dijera nada. Metió la cabeza entre las piernas de Marta y empezó a comerle en coño. Marta sentía como su marido le lamía los labios de su vagina con dedicada pasión. Javier lo hacía como nadie. Muchos hombres le habían comido la raja pero ninguno era capaz de igualar a su marido. Marta cerró los ojos y disfrutó de la experta lengua de Javier, que la usaba con maestría en su caliente y empapado coño. Él la miraba desde abajo sonriendo sin parar de entregarse en su trabajo. Javier sabía que su mujer estaba completamente entregada, solo escuchaba su profunda respiración y los pequeños gritos ahogados de satisfacción. Marta agradecía las atenciones de su marido acariciando y arañando su espalda sin parar.

Marta lo único que deseaba era que ese momento no terminase. Quería sentir la cálida lengua de Javier entrando y saliendo de su mágica cueva. Quería sentir como los labios de su marido chupaban su clítoris hasta que alcanzase su máximo esplendor. Quería sentir como su boca cubría completamente su abertura. Y quería que la lengua de Javier no dejase ni un solo rincón sin explorar. Entonces una conocida sensación empezó a invadir su cuerpo, un agradable hormigueo y un delicioso escalofrío eran el preludio de lo que llegaba. Un instante después un maravilloso orgasmo se apoderaba de todo su ser haciendo que se deshiciese en un mar de jadeos a duras penas contenidos. Sujeto la cabeza de su marido en su mágico vértice para que la habilidosa lengua y sus labios no abandonasen ese lugar y así seguir disfrutando de esa placentera sensación.

El cuerpo de Marta ardía, por dentro y por fuera, cuando Javier emergió bajo las sabanas. Estaba satisfecho por el trabajo realizado y su sonrisa, brillante por los jugos vertidos por su mujer, era la prueba de ello. Sus bocas se unieron una vez más y el elixir emanado por Marta se mezcló con sus salivas haciendo que disfrutasen de un delicioso combinado.

Javier se sentó junto a Marta su polla tiesa como un mástil elevaba la ropa

de cama pidiendo a gritos ser atendida. Marta aparto las sabanas y sin apartar la mirada de los ojos de su marido, con una sonrisa picara en los labios, bajo hasta estar a la altura de ese erguido miembro. Sin una sola palabra. Las miradas lo decían todo. Tomo ese pedazo de carne en su mano y después de recorrerlo un par de veces en toda su longitud lo metió en su boca para regalarle una mamada que ninguna cría de poco más de veinte años sería capaz de igualar.

Marta chupaba con pasión en glande de su marido, su lengua rodeaba una y otra vez su verga. Sentía su firmeza y como ese delicioso y transparente néctar brotaba por el dilatado extremo de su polla. Sus ojos no se apartaban ni un solo instante de los de Javier haciendo que la situación fuese mucho más excitante.

—Si, si, si... cariño eres única – repetía entrecortadamente.

“Por supuesto que lo soy. Así no te quedara ninguna duda de donde encontraras en verdadero placer” pensó Marta mientras continuaba chupando ese delicioso trozo de carne dura como si de ello dependiese la salvación del universo.

—No te detengas... por favor... sigue... mi amor.

Y su mujer no se detuvo. Marta apretó los labios en torno a ese delicioso glande y bajo por ese tronco hasta que sus labios tocaron con el rasurado pubis de su marido. La polla de Javier llenaba su garganta dejándola sin aire para un instante después hacer el camino inverso y llenar con aire renovado sus pulmones. Marta comenzó a repetir ese movimiento una y otra vez. Con sus labios totalmente fundidos en torno a ese deseado miembro y con un ritmo que iba en aumento. Javier la detuvo.

—Dios... para un momento amor o harás que me corra y quiero que disfrutes aun más.

Marta no lo dudo un solo momento. Gateó con manos y piernas en los costados de su marido. Fue subiendo despacio hasta que su coño impaciente por recibir nuevamente atenciones rozo la polla de Javier. Entonces ella misma, con un solo movimiento, se empalo en ella. Lleno su dilatada y húmeda vagina con esa verga que tanto le gustaba. Ambos exhalaban al unísono un gemido de placer. Javier la tomo por la cintura y la hizo subir y bajar por su barra marcando el ritmo apropiado, mientras permanecía sentado y apoyado en el cabecero. Lo único que podía escucharse en el dormitorio era sus aceleradas respiraciones y los ligeros crujidos de la cama acompañados a sus movimientos. La polla de Javier no paraba de entrar y salir del lubricado coño

de su mujer, penetrándola hasta lo más profundo de sus entrañas. Ella sentía como su marido la llenaba con cada nueva embestida y como su glande invadía su matriz.

—Cariño... dime si antes alguien te ha follado así. Vamos... dímelo.

—No... amor..., nadie... nadie me folla como tú... eres maravilloso. —  
respondió Marta entre los jadeos que le provocaban sus embestidas.

Javier, hizo girar a su mujer sobre el eje de su miembro sin que este abandonase su cuerpo un solo instante. Marta pegó su espalda al pecho de su marido y este la agarró de nuevo por la cintura para continuar subiendo y bajando a lo largo de su dura verga. Javier besaba y mordía con dulzura el cuello de su mujer, sus hombros y su espalda. Mientras su mano atrapado un pezón de sus duros pechos entre sus dedos. La presión de los dedos de Javier sobre la sensible y dura prominencia de su esposa la hizo correrse. Marta miró la mano de Javier en su pecho y un poco más abajo vio como su coño se contraía con placer en torno a esa polla que seguía entrando y saliendo en ella proporcionándole tanto placer. Los labios de su marido recorrían su cuello al tiempo que ella se tensaba todos y cada uno de los músculos de su cuerpo con ese nuevo orgasmo que le estaba regalando.

Marta no se había rehecho aún de tan maravilloso momento cuando Javier la invitó a cambiar nuevamente de posición. La hizo tumbarse en la cama, elevó sus piernas y él se posicionó entre ellas penetrándola nuevamente. Así, Marta, sentía que la polla de su marido era aun más grande y gruesa. Javier, comenzó nuevamente a follarla, con fuerza, haciendo que las sensaciones del orgasmo se prolongasen en el tiempo. Cada nueva embestida era más fuerte y profunda que la anterior. La polla de Javier se dilató dentro de ella y un nuevo orgasmo la invadió cuando su marido la comenzó a llenar con la cálida semilla que brotaba con fuertes chorros en el interior de su satisfecho coño. Cuando sus cuerpos se separaron aun temblaban de placer. Javier tumbado al lado de su mujer la besó en los labios y la abrazó con fuerza susurrando a su oído:

—Te amo.

Su mujer le respondió con un nuevo beso. Tierno y complacido. Luego Marta bajó de la cama, desnuda como estaba, sintiendo como ese coctel de flujo y semen corría por sus muslos y camino hasta la puerta del baño. Javier siguió el cadencioso movimiento de sus caderas y el suave balanceo de sus firmes pechos. La luz del baño hizo que la silueta de Marta se recortase en la puerta para luego perderse como un ángel en un túnel de luz. Con esa imagen, Javier, cayó en un profundo sueño.

Cuando Marta regresó a la cama su marido dormía plácidamente. Ella se tumbó a su lado y acopló su cuerpo al de él. Cubrió a ambos con las mantas y se abrazó a Javier sintiendo la calidez de su cuerpo y el sereno y acompasado latido de su corazón. Marta cerró los ojos y se unió a él en su tranquilo descanso.

—CAPITULO 11—

## LA CARNE ES DEBIL

Viernes tarde. La habitación estaba decorada con un par de poster de coches deportivos. Una estantería llena de libros. Algunos trofeos y medallas colocadas con cuidado ocupaban uno de los estantes. Un tablón lleno de fotos. Todas tenían algo en común. En todas las imágenes aparecía un chico. Era alto, de complexión atlética, cabello castaño y ojos curiosos de color miel. En algunas de las fotos estaba solo, en otras con un grupo de chicos, otras en las que celebraban alguna victoria, o alguna fiesta y en un par más acompañado de una chica. Ambos sonreían y se miraban. Parecían enamorados. Sobre la mesa había un par de libros abiertos, algunos folios y un par de bolígrafos descansaban sobre ellos. El monitor del ordenador estaba encendido bajo una camisa. En la silla frente a la mesa había una camiseta. Un poco más allá un zapato quitado con urgencia estaba junto a la mesa. A unos metros de él estaba su compañero. A los pies de la cama había un vaquero y justo a su lado otro algo más pequeño y ajustado. Junto a la mesilla de noche un par de zapatillas desordenadas. Y sobre ella un sujetador color lavanda estaba enganchado en la lamparita.

El joven de las fotos estaba tumbado en la cama con su cuerpo desnudo. No estaba solo. La chica de las fotos lo acompañaba. También estaba desnuda sentada, con sus rodillas junto a sus costados sobre él. Ella cabalga despacio siguiendo el ritmo que él marca con sus manos tomándola de la cintura. Él tenía la vista clavada en los pechos de ella. Se movían de manera sutil, con una suave carencia, casi hipnótica. Ella tenía los ojos cerrados y echada hacia atrás apoyada en la cama intenta que el ritmo aumente.

—Vamos Dani... fóllame más fuerte. Quiero que me partas en dos con tu polla. Venga cabrón... dame más duro.

Daniel, casi no podía reconocer a la chica que estaba sobre él. Su novia, Olga, había cambiado mucho. Ya no era esa chica tímida en la cama a la que tanto le costaba convencer para hacer cualquier cosa. Hace poco tiempo no habría podido ni imaginar que esas palabras saliesen de su boca. A él le gustaba esta nueva faceta de Olga, disfrutaba mucho. Era toda una puta en la cama. El sueño de cualquier chico, pero empezaba a dudar que estuviese a la altura de lo que ella esperaba o quería. Olga sigue cabalgando sobre su chico con ímpetu. Se eleva sobre si misma hasta casi dejar fuera de ella la verga de Daniel, para un segundo después empalarse nuevamente en ella.

—Venga Dani, jódeme más fuerte cabrón. Quiero tener tu polla bien a dentro.

Él se incorporó y la abrazó haciendo que ambos girasen para cambiar la posición. Ahora Olga estaba tumbada en la cama, con las piernas enlazadas entorno a la cintura de Daniel para sentirlo bien dentro de ella. Él continuaba bombeando en su interior, apoyando sus manos en la cama para no descargar todo su peso sobre la delicada Olga. Daniel la miraba fijamente sin dejar de moverse mientras ella también movía al compás sus caderas. Él la miraba fijamente. Olga tenía cara de viciosa, mordiendo su labio inferior e incorporándose de vez en cuando para abrazarlo y besarlo con lujuria. Mordiendo sus labios, su lengua, sus orejas y su cuello. Daniel la penetraba con fuerza estaba a punto de correrse e intentaba concentrarse para aguantar un poco más. Cerró los ojos y respiró profundamente para alargar el momento. Olga seguía apremiándolo.

—Más..., más..., vamos cabrón... dámelo todo.

Daniel se tensó y con unas fuertes investidas más profundas alcanzó su orgasmo, llenando a la insaciable Olga con su cálida simiente. Olga no soltó sus piernas de la cintura de su chico, quería tenerlo dentro, él la miraba en la misma postura recuperándose del esfuerzo. Ella lo mira tumbada bajo él, quieta, sintiendo como la polla de Daniel menguaba en su interior. Su cara había cambiado. Ya no era de lujuria y vicio, en ese momento mostraba decepción. Olga abrió sus piernas liberando a Daniel del candado que lo mantenía en su interior. Él se tumba junto a ella y la besa. Ella le devuelve el beso pero sin mucho entusiasmo. Olga se sentó en la cama dándole la espalda. Daniel la acariciaba en toda su longitud apartando su pelo, desde los hombros al nacimiento de sus nalgas.

Olga estaba algo decepcionada. Insatisfecha. El sexo entre ellos había cambiado. Ya no era como antes en que ella se sentía plena con todo lo que le hacía Daniel. Esa tarde apenas había sentido un leve esbozo de orgasmo y en el segundo intento la había dejado a medias. Daniel acariciaba su cintura, su abdomen y subió hasta tomar uno de sus pechos. Ella se levantó de la cama dejándolo con las ganas de continuar su exploración. Camina hasta el espejo que hay en una de las puertas del armario. Olga se situó frente a él mirando su cuerpo desnudo. Veía el reflejo de Daniel a su espalda que seguía en la cama. Se había sentado y apoyaba su espalda en la pared. La miraba. La habitación comenzaba a estar en penumbra. Olga acarició su pecho, su vientre y bajo su mano hasta recorrer la hendidura de su sexo. Sabía que Daniel le estaba

mirando y no perdía detalle.

—¿Estás bien? – preguntó Daniel rompiendo el silencio.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—No sé. Parece que... tienes ganas de más. ¿No lo he hecho bien? ¿No te he dejado satisfecha?

—No. Ha estado muy bien. Has estado genial. – mintió Olga.

—Entonces por qué te tocas.

—¿No te excita ver como recorro mi rajita con los dedos y los meto en mi coño?

—Sí, está bien pero prefería hacértelo yo.

—Entonces a que esperas.

Daniel se levanto de la cama y camino hasta Olga. Se situó tras ella y la abrazó. Acarició su vientre y su pecho, mientras besaba su cuello. La mano que recorría su abdomen bajo hasta la vulva de la joven. Sus manos se unieron y ambas manos jugaban en el vértice del placer de Olga. Ella sentía la verga de su chico en la parte baja de su espalda. La polla seguía flácida a pesar de los juegos y de estar atrapada entre ambos cuerpos. Olga deseaba que el miembro de su novio volviese a recobrar su esplendor y volver a disfrutarlo dentro de ella para tener un largo y placentero orgasmo que por el momento esa tarde no había tenido.

Los dedos de Daniel llenaban su interior mientras continuaba abrazado a ella. El tiempo pasaba y la polla de su novio seguía sin dar señales de vida. Olga estaba muy cachonda y lo demostraba la humedad que corría por la cara interna de sus muslos. Los labios de Daniel recorrían sin parar su cuello y sus hombros. Ella miro al espejo para ver la escena completa. Pero lo que vio no era lo que esperaba. No vio a Daniel abrazado a ella estimulando su clítoris. Lo que vio, como en un flash, fue a Marcos. Se vio en el baño de la facultad frente al espejo con Marcos a su espalda follándosela por el culo. Movi6 la cabeza a ambos lados con fuerza cerrando los ojos para que la imagen desapareciese. Cuando los abrió ah6 seguía Daniel pegada a ella. Pero un nuevo flash apareció en su mente. Ella estaba apoyada en el Mercedes de Marcos, completamente desnuda, y este la follaba desde atrás con fuerza y deseo, haciéndola gozar como la puta que era. Olga volvió a cerrar los ojos con fuerza para que esa imagen se fuese de su mente. Pero cuando los volvió a abrir no vio a Daniel junto a ella. A su espalda estaba su padre. La follaba sujetando sus cintura con una de sus manos mientras la otra se apropiada de una de sus sensibles tetas. Cerró los ojos. Los dedos de Daniel pellizcaron su

pezón, que con lo sensibles que los tenía hizo que un calambre recorriese su cuerpo. Con los ojos muy abiertos miro la difuminada imagen del espejo. La habitación sumida en una penumbra aliviada por la luz que entraba por la ventana hacia que la pareja se convirtiese en una par de sombras unidas frente al espejo.

Daniel continuaba penetrándola con sus dedos, besando sus hombros y su cuello. Pero lo que Olga deseaba era una polla en su interior que la hiciese correrse de gusto para poder exorcizar esos fantasmas que llegaban a su mente desde el pasado. Pero la verga de su novio seguía flácida aprisionada entre sus cuerpos y ella no podía esperar más. Olga tomo la mano de su novio e hizo que sacase los dedos de su vagina. Se liberó de su abrazo y lo dejó frente al espejo mientras ella se dirigía a la ventana. Miró por ella. La noche dominaba la calle. La luz de las farolas era lo único que aliviaba la oscuridad de la habitación.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Tengo que irme. Es muy tarde. – respondió Olga sin apartarse de la ventana.

—Pero si íbamos a pasar la tarde juntos. Aún es pronto. – dijo Daniel desde el armario mirando a Olga.

—Lo sé. Pero me acabo de acordar que he quedado con mi madre para ir de compras.

—Llámala y dile que lo dejas para otro día.

—No, lo siento. Nos vamos de viaje dentro de unos días y no lo puedo posponer más.

—¿Te vas de viaje?

—Sí. Creía que te lo había dicho.

—Pues no. No me habías dicho nada. ¿Dónde vas y cuándo?

—Vamos a Canarias, ocho o diez días, durante el puente de la Constitución.

—Pensaba que iríamos a esquiar juntos como siempre.

—Ya. Pero los padres de Ana nos han invitado y no podíamos negarnos.

—Entiendo. – dijo finalmente Daniel algo decepcionado.

Olga fue a la cama y se sentó en ella. Enciende la pequeña lamparita. Los cuerpos de ambos dejaron el mundo de las sombras para tomar nuevamente entidad. La joven busco su tanga, de color lavanda, a juego con el sujetador que descansaba sobre la mesilla y que también recogió. Olga se puso en pie y busco sus vaqueros. Daniel seguía de pie sin moverse junto al espejo. Veía a su novia desnuda, moverse por la habitación de un lado a otro juntando todas

sus prendas. Lo último que Olga recogió fueron sus mini medias y la camiseta que continuaba en la silla.

—Voy al baño. — dijo Olga saliendo de la habitación con todas las prendas bajo el brazo.

Daniel se quedo solo en su dormitorio. Inmóvil. Increíble. De espaldas al espejo. Se giró y miro su cuerpo desnudo. “Estoy bien. Fuerte. Definido. Me depilo. Me cuido. Y la polla no está mal de tamaño. ¿Entonces qué le pasa a Olga?” pensaba y se preguntaba frente al espejo. Tal como estaba fue hasta su cama y se tumbo en ella mirando al techo. Entonces lo que no quería pensar brotó en su mente. “Hay otra persona. Por eso esta tan diferente. Va a dejarme. Por eso no me dijo lo del viaje. Mierda.” Esos pensamientos iban de un lugar a otro de la mente de Daniel, intentando adivinar quién sería esa persona que había hecho cambiar tanto a su dulce Olga.

Olga entro en el dormitorio. Estaba perfectamente vestida y peinada. Buscó sus zapatos y se sentó en la cama junto a él para ponérselos. Él acarició su espalda recorriendo muy despacio las leves montañitas que marcaban las vertebras de su columna. Desde el cuello hasta encontrarse con el vaquero.

—Olga.

—¿Sí?

—¿Hay otra persona?

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—¿Qué si has conocido a otro chico y vas a dejarme?

—Como puedes pensar eso. Estás loco. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Últimamente estas muy cambiada. Estábamos pasando una tarde perfecta y de repente coges y te vas...

—Ya te he dicho por qué me marchó. Y ¿en que he cambiado?

—Sobre todo en la cama. Antes no actuabas así cuando nos acostábamos.

—¿No te gusta?

—Sí, pero...

—Pensaba que sería bueno hacer cosas nuevas para no caer en la monotonía. Pero si quieres volvemos a lo de siempre la próxima vez.

Daniel no se imaginaba que detrás de todos esos cambios no había ningún hombre. Solo una chica, Ana, que le había hecho ver que la vida hay que disfrutarla y experimentarla en todas sus facetas. Además, también había un hombre aunque lo que había entre ellos no era una relación sentimental, se podría calificar mejor de relación contractual. Pero con el que a pesar de todo

también estaba descubriendo cosas nuevas. Olga se incorporó y fue hasta el armario. Abrió una de las puertas sacó su abrigo y su bolso. Se lo puso frente al espejo y se hizo un último vistazo. Fue hasta la cama donde Daniel se había incorporado y le dio un suave beso en los labios.

—Me voy.

—¿Te paso a buscar mañana?

—No. Es el cumpleaños de mi abuela y vamos a comer con ella, estaremos todo el día.

—Entonces...

—Yo te llamo.

Olga salió del dormitorio dejando a su novio en el mar de dudas que lo invadían. “Hace unos meses se lo habría dicho con antelación que comería con su abuela” pensó cuando escuchó la puerta del piso cerrarse.

Nada más salir buscó su teléfono en el bolso. Mientras bajaba en el ascensor escribía un mensaje. “¿ESTAS OCUPADO? ¿PODEMOS VERNOS?”. Busco el nombre entre los contactos y envió el mensaje. Antes de salir a la calle un bip, anunciaba la entrada de un mensaje. “CREIA QUE ESTABAS DE COMPRAS CON TU MADRE” fue la respuesta. Caminando por la acera escribió una respuesta. “HEMOS TERCERIZADO PRONTO. QUIERO HABLAR CONTIGO” fue su contestación. Metió el teléfono en uno de los bolsillos del abrigo y continuó caminando hasta encontrar una cafetería. Nada más entrar otro bip, indicaba una posible respuesta. “¿ES URGENTE?” leyó en la pantalla. Olga tecleó rápidamente la réplica sentada en una de las mesas del local. “SI. SI NO VIENES OLVIDATE DE MI PARA SIEMPRE” y pulso la tecla de enviar.

—Buenas tardes señorita. ¿Qué va a tomar? – le preguntó un camarero perfectamente vestido con pantalón negro, chaquetilla y camisa blanca y pajarita negra. El camarero era un hombre maduro, de unos sesenta años y a pesar de la edad y el uniforme tenía cierto atractivo.

—Un ron dorado con hielo. Por favor.

—Perdone. Podría enseñarme su carnet de identidad. Parece demasiado joven para tomar algo tan fuerte.

Olga abrió su bolso y buscó su tarjetero. Lo abrió y extrajo su carnet, mostrándoselo al camarero. Este comprobó la fecha de nacimiento de la joven y calculó la edad mentalmente.

—Siento mucho haberla incomodado. Enseguida le traigo su bebida.

—No se preocupe, solo ha hecho lo que debía.

El camarero se retiró y ella volvió a guardar el tarjetero en el bolso. Nuevamente el bip sonó haciendo que el teléfono vibrase sobre la mesa. Olga lo cogió rápidamente y leyó la pantalla. “YA SABES QUE PASARÁ SI TENGO QUE OLVIDARME DE TI. ¿ESTAS SEGURA QUE QUIERES ESO?”. Sin pensarlo un solo segundo tecleó rápidamente la respuesta. “ME DA IGUAL LO QUE HAGAS Y LO QUE PASE. NO ME VOLVERAS A VER”. Inmediatamente volvió a remitir el mensaje. El camarero estaba dejando la copa en la mesa cuando tono habitual acompañado de la vibración informaba que entraba la respuesta. Olga no lo cogió. Espero a que el camarero se marchase y dio trago a su copa, luego sin prisa vio la respuesta. “ESTA BIEN. ¿DONDE ESTAS?”. La joven escribió indicando donde se encontraba y un instante después le decían que en una hora se encontrarían con ella.

Olga esperó tranquilamente mientras daba leves sorbos a su copa. Estaba sentada junto a un enorme ventanal y miraba al exterior observando el ir y venir de la gente. Mientras pensaba en lo que estaba haciendo. Había dejado plantado a su novio un rato antes, porque el muchacho no había tenido una buena tarde y sin pensarlo dos veces lo había buscado a él. Eso lo cambiaría todo. Hasta ese momento era él quien controlaba la situación. La situación cambiaba al no importarle las consecuencias de lo que iba a pasar a partir de esa tarde. Él tal vez tendría que usar su poder de forma opuesta a como lo había estado usando hasta ese momento.

Estaba demasiado excitada y nerviosa por lo que iba hacer, y necesitaba relajarse. Olga había comenzado a beber su segunda copa cuando un Mercedes, negro deportivo, se detuvo en doble fila frente al local. El conductor, un hombre que rondaba los cincuenta, con una tripa difícil de disimular y algo desaliñado, se dirigió a la cafetería. Un pequeño utilitario de color blanco paró justo detrás del deportivo. En su interior un joven tomó la cámara que había en el asiento del copiloto y siguió con ella los movimientos del conductor del deportivo.

El hombre entró en la cafetería y tras caminar unos pasos se detuvo para mirar a su alrededor. Buscaba a alguien. Finalmente la encontró. Estaba sentada junto al ventanal mirando al exterior, pero sin ver a nadie. “No ha podido elegir una mesa menos discreta” pensó mientras iba a su encuentro.

—Bueno, aquí estoy. Tú dirás a que tantas prisas. — fue el saludo del hombre a la joven y con él la sacó de sus pensamientos.

—Hola Marcos. Siéntate.— respondió Olga. Y este se sentó frente a ella.

—¿Y bien? – insistió Marcos.

—¿Quieres tomar algo?

—No. No tengo sed. ¿No es demasiado pronto para una copa?

—Tal vez, pero la necesitaba.

El joven de la cámara no pedía detalle de lo que ocurría dentro del local. Afortunadamente estaban junto al ventanal y no tendría que entrar. Continuó grabando la conversación de la pareja, aunque sin sonido.

—Insisto. ¿Qué quieres? Pensaba que pasarías la tarde con tu madre y por eso...

—¿Sabes? No te entiendo. Me chantajeas para que haga contigo todo lo que se te pasa por esa sucia mente y hoy que soy yo la que quiere verte te cabreas.

—No me cabreo, solo había hecho otros planes.

—Ya. Vas a cenar con tu mujer y luego supongo que te la follaras, puesto que hoy no has tenido oportunidad de darme mi ración.

—Venga Olga. No me digas que estas celosa.

—No estoy celosa. Por qué iba a estarlo, es lo que deberías hacer, follarte a tu mujer y dejarme tranquila de una vez.

—Entonces a que han venido los mensajes y las amenazas.

—No lo sé. Supongo que estoy confundida.

—Sí, seguro. Lo que pasa es que echabas de menos tu ración de polla. Ves como eres una puta.

—Vete a la mierda. Sera mejor que me marche. – Olga hizo ademán de levantarse pero Marcos la detuvo.

—No. Ahora no te puedes marchar. He venido y te voy a dar lo que estas deseando.

Desde su coche y a través de la pequeña pantalla dela video cámara, el joven, veía como si de una película se tratase lo que parecía una discusión de enamorados.

—No he debido molestarte. Ha sido todo un error.

—Pues yo creo que no. Que sabes muy bien lo que haces. Estás cachonda perdida después de pasar la tarde probándote ropa y sabiendo que los tíos intentaban verte desnuda en el probador. Entonces has pensado en ir a tirarte a tu novio, pero como es un crio que no te satisface has llamado al único hombre que conoces que sabe darte lo que te gusta. ¿He acertado?

—No has dado ni una.

—Bueno... si tú lo dices. – y Marcos sonrió maliciosamente con la seguridad del que se sabe en lo cierto.

- ¿Sabes? Estaría bien que me invitases a cenar.
- Aún es pronto. Y yo tengo que estar en casa para la cena.
- Ya. Bueno pues llévame a comer algo.
- Está bien. ¿Dónde quieres ir?
- Me apetece comida mexicana.
- Conozco el sitio perfecto entonces. Vamos.

El joven gravó como Marcos llamaba al camarero y pagaba las consumiciones de Olga. Como la pareja se levantaba y salía de la cafetería. Como en la acera Marcos la tomó del brazo y la besó. Como sus lenguas jugaban. Como succionaba su labio inferior. Como después de separarse le daba una palmada en el culo. Como ambos caminaron juntos hasta el deportivo negro que estaba delante de él. Y como los dos subían al coche. El joven dejó la cámara sobre el asiento del copiloto y puso el motor en marcha. Cuando el vehículo se incorporó al tráfico el joven lo hizo también, siguiéndolo a una distancia prudencial para no perderlo.

Olga sentada junto a Marcos comenzó a manipular el equipo de música del coche. La radio comenzó a sonar con una suave balada que hizo que la joven se relajase en el cómodo asiento, mientras contemplaba el ajetreo de la ciudad.

Un coche blanco se detuvo tras ellos mientras Marcos maniobraba para aparcar. Cuando el deportivo estuvo colocado el vehículo que esperaba con paciencia continuó su camino a marcha lenta. El joven conductor no apartaba la vista de los espejos retrovisores. A través de ellos pudo ver como la pareja bajaba del coche y caminaban en su misma dirección. Unas decenas de metros más adelante ese coche también aparcó. El joven se mantuvo dentro de su coche manipulando una pequeña carpeta, con la documentación de automóvil, disimulando mientras observaba como ambos llegaban a su altura y continuaban su paseo. Guardo apresuradamente los documentos y cogiendo la cámara que seguía a su lado bajó del coche y caminó tras ellos, mientras la cámara grababa el paseo de la pareja. Olga caminaba junto al hombre. El intentaba tomarla por la cintura pero ella se apartaba de él, haciendo que este desistiese en sus intentos. El se detuvo frente a la puerta de un local y sujetándola a ella del brazo ambos entraron. El joven cruzó la calle y se situó frente al establecimiento, un restaurante de comida mexicana. Después de observar el lugar se dio cuenta que no podía ver nada del interior.

—Buenas noches. ¿Mesa para dos? – los recibió un hombre que por sus rasgos y acento parecía oriundo de México.

—Si, por favor. – respondió Marcos.

El camarero hizo que lo siguiesen hasta una mesa al fondo del local. Cuando la pareja tomó asiento el camarero les entrego una carta a cada uno y los dejo solos. Olga abrió la carta y comenzó a repasarla. Marcos se limito a mirar al joven dejando la suya sobre la mesa.

—Parece que todo tiene buena pinta. –dijo Olga sin levantar la vista.

—Aquí todo es buenísimo. Cualquier elección será acertada.

—En ese caso ya sé que voy a tomar.

Marcos levantó la mano y miró hacia donde se encontraba el camarero haciéndole una seña para que tomase nota de su comanda. En ese momento un joven, vestido con vaqueros, camiseta y cazadora del cuero entro en el establecimiento. El camarero que se disponía a atender a la pareja se detuvo para atender al nuevo cliente. Ambos caminaron hacia donde Olga y su acompañante esperaban y el atractivo joven se acomodo un par de mesas antes en diagonal a la pareja. Después de entregarle una carta al solitario comensal fue a tomar nota a la singular pareja. El joven sacó del bolsillo interior de su cazadora la pequeña videocámara aprovechando que el camarero tapaba la visión de su mesa a la pareja. La colocó sobre la silla que estaba junto a él. La enfocó mirando con disimulo la pequeña pantalla y posteriormente se quito la cazadora y la coloco cubriendo el aparato con cuidado de no tapar el objetivo.

—¿Qué van a tomar?

—Yo tomare unos nachos con carne. – dijo el hombre.

—¿Y la señorita? – preguntó a Olga sonriéndole con cierta picardía.

—Para mí una fajita de pollo. Gracias.

—Buena elección. –dijo Marcos.

—Así es, muy buena elección. Es nuestra especialidad. ¿Y que desean beber?

—Un par de Coronitas y unos tequilas. – dijo Olga mirando a Marcos.

—Yo solo la cerveza, tengo que conducir.

El camarero anotó el pedido y se retiró de la mesa, para luego detenerse en la del joven solitario y tomarle nota también. Mientras Olga se quitó el abrigo y lo dejo en la espalda de su silla sin que su acompañante dejara de mirarla.

—¿Sabes? Hoy estas especialmente guapa. Tienes un brillo especial en la cara.

—No hace falta que me hagas cumplidos. Ambos sabemos por qué estamos aquí.

Cuando Marcos se disponía a responder el camarero hizo acto de presencia

dejando frente a ellos un par de cervezas bien frías y añadió un chupito de tequila frente a la joven. Olga miro al camero y le dedicó una sonrisa como agradecimiento. Ella tomo el chupito y lo elevo a modo de brindis. Marcos tomo su cerveza y la elevo a su vez. Por un momento parecía que iba a decir algo pero no lo hizo.

—Por nosotros. —dijo entonces Marcos y chocó el cuello de su botella con el pequeño vaso que Olga mantenía en el aire.

—Por el chantaje que hace extraños y poco deseados compañeros de cama y de mesa. — añadió Olga.

Luego bebió de un solo trago el contenido del vasito dejándolo sobre la mesa con un sonoro golpe. Marcos no hizo ningún comentario y dio un trago a su cerveza. Haciéndose el silencio entre ambos. En ese momento a la mente de Olga llegaron los recuerdo de lo sucedido semanas antes en otro restaurante.

—¿En qué estás pensando? — pregunto Marcos.

—En nada.

—Venga no mientas. Dime te esta rondando por esa cabecita tuya.

—Ya te he dicho que nada, ¿Por qué insistes?

—Por que empiezo a conocerte. Vamos dímelo. Olga...

—Vale... pensaba en la última vez que comimos juntos.

En ese momento llego el camarero. Marcos aprovecho la interrupción para hacer memoria de lo sucedido la última vez que comieron juntos. Se dio cuenta que esa ocasión también había sido la primera y que tampoco estuvieron lo que se puede decir solos.

—Señorita, aquí tiene su fajita. Señor, sus nachos. — dijo el camarero mientras depositaba los platos delante de cada uno de los comensales.

—Gracias.— respondieron los dos a la vez y el camarero se retiró.

Olga dio un largo trago a su cerveza. Se encontraba algo mareada. Había bebido demasiado con el estomago vacio y empezaba a pasarle factura. Miró el plato que tenía delante.

—Ya recuerdo la comida. — dijo Marcos con una sonrisa maliciosa en los labios.

La joven no respondió. Olga se limitó a tomar la fajita y a coger con los dientes uno de los trozos de carne que asomaban por el extremo. Marcos que se estaba deleitando con su plato, mojando los triángulos de maíz en la salsa, no pudo evitar fijarse en Olga. La manera en que se estaba comiendo su fajita hizo que el nacho que tenía en la mano cayese al plato. La joven sin saber por qué se estaba comiendo la fajita de una manera sensual y morbosa. Marcos

dejo de comer y centro su atención en ella. Esa condenada chica sorbía la salsa que derramaba la fajita y comía los trozos de pollo de una manera con sensual y erótica que se estaba poniendo cachondo. Olga también se estaba excitando al ver la mirada de deseo de Marcos y su humedad interior comenzaba a mojar sus braguitas. La joven tomó la cerveza y paseó su lengua rodeando el cuello de la botella para luego introducirlo entre sus labios y dar un largo trago.

—No comes. — le dijo a Marcos.

Marcos no dijo nada. En realidad, ya no tenía hambre, lo que quería era que Olga se comiese también la fajita que había crecido dentro de su pantalón. En ese momento noto como algo empezaba a subir por su pierna hasta llegar a ese trozo de carne que deseaba ser devorado. Él miro hacia abajo y lo que encontró en su entrepierna fue pie de Olga acariciándolo en toda su longitud. Luego volvió a mirar a la joven. Olga seguía comiendo y lo hacía con total naturalidad, como si comer esa maldita fajita de una manera tan excitante fuese lo más normal del mundo. Cuando Olga la terminó miró fijamente a los ojos de Marcos y comenzó a chuparse los dedos. Uno a uno. Despacio. Deleitándose con los restos de salsa que quedaban en ellos.

—Eres una guarra. — dijo Marcos.

—¿Por chuparme los dedos? — respondió Olga chupando por última vez su dedo índice.

—No. No lo digo por eso.

—¿Entonces?

—Por comerte de esa manera la fajita. Ya has notado como me has puesto ¿no?

—¿No me digas que no vas a poder levantarte en un rato? — dijo Olga riendo.

—Eres una puta. —dijo Marcos algo cabreado. —¿Quieres comer algo más? ¿Otra fajita?

—No gracias. Mejor nos vamos. —respondió sonriendo.

—Creo que no. Nos vamos a quedar un rato más y te vas a comer otra fajita.

—Ya te he dicho que no quiero más.— y se bebió de un solo trago lo que le restaba a su cerveza.

—Esta que te vas a comer ahora te va a gustar más. Está llena de leche y será el postré ideal a esta cena.

La cara de Olga cambió en ese momento. Y su expresión risueña se torno seria y preocupada por lo que parecía que estaba insinuando su acompañante.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Vas a comerme la polla y te tomaras toda la leche de postre. — le dijo Marcos en voz baja aproximándose a ella.

—Ni lo sueñes.

—Lo vas a hacer ahora mismo. Ya que te has comportado como una verdadera puta y me has calentado ahora vas a llegar hasta el final.

—Pero pueden verme. —dijo Olga mirando alrededor.

Marcos giró la cabeza y miro por encima de su hombro para ver quien había en el restaurante. Después se volvió y le dijo:

—No te verá nadie. Los camareros están entretenidos en la barra y ese chico de ahí está demasiado entretenido con su comida. ¿O quieres que le diga que se una a nosotros? Ya tienes experiencia en ello.

—Vete a la mierda. Me voy. — y Olga comenzó a levantarse.

—Un momento. — dijo Marcos sacando el teléfono del bolsillo de su chaqueta. — Ya sabes lo que tengo aquí. ¿Quieres que lo envíe ahora mismo?

Olga volvió a sentarse.

—Vamos no te enfades, si en el fondo estas deseando hacerlo y me obligas a amenazarte cuando tú misma lo has provocado. Me estas resultando toda una caja de sorpresas. Creo que en el fondo lo que te gusta de esto no es que te trate como la puta que eres, sino que te domine y tu ser sumisa. ¿Es eso lo que realmente te pone cachonda? Venga tomate tu postre.

Olga no dijo nada. Cogió su bolso que estaba a un lado de la mesa y lo abrió como si buscara algo en su interior para luego dejarlo caer al suelo.

—Vaya. Que manazas.— dijo Olga.

Luego miró a Marcos. Pero no lo hizo con odio, enfado o indiferencia por lo que iba a hacer. En esa mirada por un instante Marcos vio deseo. Olga se agacho para recoger su bolso y se perdió bajo la mesa. Separo las piernas de Marcos y se colocó entre ellas. Este no pudo evitar un respingo cuando sintió las manos de la joven acariciando su polla por encima del pantalón y como intentaba desabrocharlo.

—Tú lo has querido. Voy darte placer. Te voy a comer la polla como nunca antes te lo han hecho cabrón. — dijo Olga sacando la cabeza entre las piernas de Marcos y luego volvió a ocultarse.

Marcos no pudo evitar un tenue jadeo cuando la joven comenzó a morder con delicadeza ese trozo de carne que ya tenía entre las manos. La tensión que tenia acumulada en la zona empezó a relajarse cuando Olga comenzó a chupar dentro de su boca cada uno de sus huevos. El placer que

sintió fue tal que estuvo a punto de correrse en ese mismo instante, pero logro contenerse. La verga de Marcos no podía estar más dura. La lengua y los dientes de Olga recorren ese tronco hasta llegar a su extremo. Ahí, un glande enorme la espera con impaciencia. La joven comenzó a lamerlo con voracidad como si se tratase de un frío helado en una calurosa tarde de verano. Olga engullía esa polla sin ningún complejo. Arriba y abajo, sin parar, una y otra vez. Marcos no podía resistirlo quería verla y levantó el mantel. Ello lo miro con descaro desde abajo mientras seguía tragándose su polla sin parar. “Esta chica es una puta y una zorra que lo único que desea es una buena polla” pensó Marcos mientras contenía los jadeos que le estaba provocando.

—Vamos, sigue así puta. Trágate la entera hasta los huevos.

Olga succionaba su polla al tiempo que sus manos se habían apoderado de sus hinchados huevos. Si la joven continuaba a ese ritmo Marcos no aguantaría mucho más sin correrse. Entonces ella comenzó a aligerar el ritmo con que lo estaba mamando. Subiendo y bajando su cabeza de tal forma que Marcos temía que se la golpease con la mesa y las pocas personas que había descubriesen su juego. Pero ella continuaba y él ya no aguantaba más.

—Vas a tener el postre que más te gusta puta. Te vas a tragar hasta la última gota de leche que salga de mi polla.

Marcos sacó su verga de la boca de Olga y sujetándola con su mano derecha recorrió con su capullo las mejillas y los labios de la chica. Ella sacó la lengua y la chupó otra vez. Olga estaba excitada también, su mano estaba hacia rato dentro de su pantalón y sus dedos daban placer a su inflamado clítoris. Entonces ella hizo el último ataque a ese duro trozo de carne con el que estaba disfrutando. La mamó con intensidad, tragándosela totalmente hasta que ese dilatado glande chocó con su campañilla y se empotro en su garganta.

—Zorra vas a tragarte todo lo que salga de mi polla sin dejar caer una sola gota al suelo.

Cuando Marcos le dijo esto se dio cuenta que Olga se estaba masturbando y entonces no pudo más. El cuerpo de Marcos se tensó y un escalofrío recorrió su cuerpo. Apretó los dientes con fuerza mordiendo su labio inferior para no gritar de gusto cuando sintió como empezaba a brotar su leche caliente directamente en la garganta de Olga. Ella tragaba sin parar y sin apenas separar los labios del tronco de su polla. La corrida fue larga y abundante como pocas veces. Esa puta, efectivamente, le había hecho la mejor mamada de su vida. Olga salió de debajo de la mesa y volvió a sentarse en su silla. Con una sonrisa en los labios Olga cogió la servilleta y se limpió las

comisuras de los labios para eliminar cualquier resto de leche. Mientras, Marcos, guardo su ya flácida polla dentro de su bóxer para luego abrochar el pantalón. Luego levanto la mano e hizo una seña al camarero. Este llevo inmediatamente.

—¿Desean tomar algo más? – les pregunto.

—Traiga la cuenta. Gracias. – fue la respuesta de Marcos.

El camarero volvió a retirarse y Olga se puso su abrigo y metió todas las cosas en su bolso. Un minuto después el camarero dejaba una bandejita con la cuenta al lado de Marcos y se retiraba sin decir nada. Marcos miro la nota y saco un billete de cincuenta euros de la cartera, dejándolo en la bandejita junto a la cuenta.

—Vámonos. – dijo levantándose.

—No esperas la vuelta. – le repuso Olga levantándose también.

—Creo que el local merece la propina lo he pasado bien.

—Pues yo también quiero mi propina.

—No te preocupes la vas a tener ahora mismo. – dijo Marcos mientras ambos salían del restaurante.

El joven se apresuro a ponerse la cazadora y a guardar la cámara cuando la pareja pasó a su lado. Se levanto rápidamente y fue a la barra donde se encontraba el camarero.

—¿Qué le debo?

Después de mirar una libretita y teclear en la caja registradora el camarero le dijo:

—Son dieciséis euros con cincuenta.

El apresurado joven saco un billete de veinte de su bolsillo y lo dejo sobre la barra. Cuando el camarero de disponía a darle el cambio este ya salía por la puerta. Camino rápidamente esta su coche y se montó volviendo a dejar la videocámara sobre el asiento. Cuando introducía la llave en el contacto el deportivo negro pasaba a su lado con la pareja. Se disponía a salir a toda velocidad tras ellos cuando un coche que circulaba por la calle se lo impidió. Cuando logró adelantar al coche el Mercedes deportivo ya se había perdido. Entonces tuvo una idea. Tal vez fueran al aparcamiento donde habían ido en otras ocasiones. El joven condujo a toda velocidad hacia ese lugar con la esperanza de encontrarlos. Unos minutos después casi se empotra con el culo del deportivo. Pisó el freno y dejó que se alejase unos metros de él para seguirlo con seguridad. Efectivamente se dirigían al mismo aparcamiento. El coche negro fue engullido por la boca del edificio dirigiéndose este a sus

entrañas. El joven continuó circulando hasta encontrar un aparcamiento y después cámara en mano bajar corriendo al garaje, justo a tiempo para colocar la cámara en el lugar adecuado.

Esa misma noche. El joven abrió la puerta de su pequeño apartamento. Encendió una lámpara colocada sobre una bobina de madera junto al destartado sofá. Dejó la videocámara junto al televisor y se quitó la cazadora para tirarla sobre una silla. Caminó tras la barra, que separaba el salón de la cocina, y cogió un bote de cerveza del frigorífico. Volvió al salón. Tomó unos cables y conectó la cámara a la televisión. El joven se sentó en el sofá y repasó lo grabado durante la tarde.

Vio lo sucedido en el restaurante. El joven no lo podía creer si no lo estuviese viendo. Ese tipo había hecho que la chica le comiese la polla en el restaurante. La escena era grotesca pero increíblemente excitante. Un bulto comenzó a crecer en el pantalón del joven. Cuando iba a comenzar a ver lo sucedido en el garaje congeló la imagen en el televisor. Se levantó del viejo sofá y cogió su teléfono de uno de los bolsillos de su cazadora. Abrió la agenda del aparato y recorrió con el dedo los contactos cuando encontró el que buscaba pulso el botón verde.

—Soy yo, Fabián, estoy en casa. ¿Quieres venir?

Alguien le respondió al otro lado y acto seguido colgó el teléfono. No había hecho más que dejar el móvil sobre la mesa cuando sonó el timbre. Fabián abrió la puerta. Una joven de unos veinticinco años estaba en el umbral. Estaba descalza, llevaba puestas unas braguitas azules, pequeñas, tipo bikini, con la cintura muy baja y una camiseta recortada por encima del ombligo de color gris. En el vientre, bajo la camiseta, tenía un tatuaje, una especie de rama espinosa que le brotaba del pubis. Fabián la invitó a pasar.

—Hola. No esperaba que me llamas, ¿pasa algo? — dijo la joven entrando en el pequeño apartamento.

—Nada, solo que me apetecía verte y estar contigo. ¿No tendrías planes?, no quisiera molestarte.

—Tú nunca me molestas, además pensaba pasar la noche en casa viendo una película.

—¿Cuál?

—No lo sé. Estaba haciendo zapping buscando algo interesante.

Fabián se sentó en el destartado sofá, mientras la joven se acerca a la televisión y la cámara.

—¿Qué es esto? ¿Qué ves? — preguntó curiosa la joven mientras seguía

paseándose frente a Fabián.

—Algo que me ha pasado un amigo. Creo que es porno casero. ¿Quieres verlo?

—Vale. Será interesante.

Fabián cogió el mando a distancia y pulsó PLAY. La película comenzó a reproducirse. Fabián dejó el mando sobre una mesita. La joven se sentó junto a él a ver la película.

—¿Los conoces? – preguntó la joven.

—No. Solo sé que ese tipo se llama Marcos y ella Olga. Es lo que me ha dicho mi colega, pero supongo que evidentemente no serán sus nombres reales. Y tengo la sospecha que en el fondo son actores. – luego continuaron viendo la cinta en silencio.

Marcos ayuda bajar del coche a Olga. La joven parece un poco intranquila, como si supiese que lo que va a suceder no está bien.

—¿Estás bien? Pareces nerviosa. – le pregunta Marcos.

—Si estoy un poco nerviosa. – dice ella.

—No te preocupes, relájate. No vamos a hacer nada que no hayamos hecho antes. Vamos a sentarnos y te tranquilizas.

—Vale pero siéntate a mi lado, por favor.

Marcos y Olga se sientan en el pulido suelo del garaje. Olga coge una mano de Marcos y la aprieta con fuerza. Marcos responde con un suave apretón para que Olga sepa que puede contar con él. Olga lo mira. Observa sus ojos oscuros. De ellos emana tranquilidad. Marcos la mira y le responde con una sonrisa. A Olga eso la tranquiliza más que un millón de palabras. Le gusta como está reaccionando en esta situación. Tan distinto a otras ocasiones. La tranquilidad y aplomo con que se comporta, sin darle importancia. Se miran a los ojos. Se sostienen la mirada y Olga se aproxima a él. Están muy cerca sienten sus mutuas respiraciones sobre la piel. Finalmente Olga pone sus labios sobre los de él. Sus labios son cálidos y fuertes. Se retira rápidamente esperando la reacción de Marcos. Él se acerca y la besa. Olga instintivamente abre sus labios y sus lenguas chocan. Marcos pasa su mano por la espalda de Olga, busca su cintura. Introduce la mano bajo la camiseta y desabrocha su sujetador. Acaricia su espalda y pasa la mano a su abdomen, luego va subiendo hasta acariciar su pecho. Los pezones de Olga reaccionan inmediatamente al contacto de su mano. No paran de besarse. Olga quita la chaqueta a Luis y desabrocha su camisa. Acaricia su pecho. Enreda sus dedos en sus rizos color plata. Marcos le quita la camiseta y juega con su lengua en

sus pechos desnudos. Dibuja círculos entorno a sus pezones, los muerde suavemente, haciendo que un escalofrío recorra todo su cuerpo.

—Vamos a levantarnos. – Dice Marcos.

Los dos se levantan. Marcos desabrocha el pantalón de Olga y lo desliza a lo largo de sus piernas. Olga lleva una braguita de cintura muy baja de aspecto muy sencillo pero increíblemente sexy. Se queda ahí, agachado, con su cara frente a sus braguitas. Olga le acaricia el pelo con suavidad. Marcos introduce sus dedos en el elástico de la braguita y esta sigue el mismo camino que el pantalón. El sexo de Olga esta brillante, rezuma fluidos. Marcos no puede evitar recogerlos con la punta de su lengua. Marcos recorre la rajita de Olga de arriba abajo y de abajo arriba, introduciéndola bien entre sus labios. Y finalmente juega con el botón rosa de su clítoris haciendo que Olga se corra con un gemido hondo y ahogado. Marcos se pone nuevamente de pie y la besa. Comparte con Olga sus propios fluidos.

Mientras siguen besándose. Olga desabre el cinturón de Marcos, luego su pantalón que lo deja caer a sus tobillos. Bajo el slip negro hay un bulto palpitante desenhado ser liberado. Olga palpa el bulto por encima de la tela. Después se agacha e introduce sus dedos en el elástico a ambos lados de la cintura de Marcos. Los baja, liberando la polla de Marcos que salta con impaciencia. Olga rodea la polla con una de sus manos y la acaricia suavemente. Deja al descubierto el rosado glande de Marcos, del que brota un líquido transparente que Olga no puede resistirse a recoger con la punta de su lengua. Luego introduce su glande en la boca y lo muerde con suavidad mientras su lengua juega con él. Mira a Marcos, está apoyado en el capo del coche con los ojos cerrados y una cara de placer que no puede disimular. Engulle la polla hasta el fondo y comienza masturbarlo con su boca. Cuando lo mira sabe que Marcos está disfrutando.

—Para. Quiero follarte. Esta tarde ya me has hecho una buena mamada. Dice Marcos.

Olga se detiene. Marcos ayuda a Olga a ponerse de pie y la gira. La pone mirando hacia el coche y hace que se incline un poco. Olga apoyo ambas manos en el capo.

Fabián acariciaba la pierna que la joven había puesto sobre él, mientras miraban atentamente la pantalla. La joven bajó las piernas y le pregunto:

—¿Quieres beber algo? Yo tengo sed.

—Otra cerveza.

—Voy a por ellas.

La joven se levantó y fue hasta la cocina. Fabián continuaba viendo la película.

Marcos coge su miembro y lo pasea por toda la rajita húmeda de Olga. Finalmente lo detiene en la entrada de su vagina. La presiona suavemente, sin llegar a entrar, Olga mueve sus caderas con impaciencia. Marcos ignora la señal y permanece así unos segundos más, luego la penetra solo con el glande y vuelve a esperar unos segundos. A Olga la espera se le hace eterna, desea que Marcos la folle.

—Fóllame ya, cabrón. ¿A qué esperas?

Fabián no podía imaginar que una chica como Olga dijese una expresión como esa, pero eso lo excitó mucho más de lo que ya estaba.

La chica regresó al salón con dos latas de cerveza. Volvió al sofá junto a Fabián. Le dio una de las latas. Fabián bebe un trago. La joven, al sentarse derramó algo de cerveza sobre su pierna.

—¡Mierda!

Fabián se acercó a la rodilla de la chica y pasó la lengua por donde había caído la cerveza. Luego, mientras la joven acariciaba el pelo de Fabián, este le quitó las braguitas. Fabián le besó los muslos hasta que llegó a la entrepierna. Fabián separó con su lengua los labios del sexo de la joven, le lamió el clítoris. La chica se estremeció de placer. La joven tenía las piernas completamente abiertas y en tensión, y sus pies apoyados sobre los hombros de Fabián. Tenía todo el coñito de la chica a su disposición. La mano izquierda de Fabián, pasaba por encima del vientre de la joven, mantenía bien abiertos los labios vaginales, entre los que se movía su lengua sin parar, mientras le metía dos dedos de la mano derecha en el coño y en el culo. El vientre de la chica comenzó a contraerse y se corrió.

—Sigue..., sigue..., sigue..., sí..., sí..., sí...

Gritaba la joven entre jadeos, agarrando la cabeza de Fabián y aplastando su cara contra su coño húmedo. Cuando Fabián se incorporó se limpió la cara con las bragas de la chica que estaban en el suelo a su lado. La joven estaba en el sofá, jadeando aun y su vientre todavía se contrajo un par de veces más. La tía había disfrutado de lo lindo, pensó Fabián. Y volvió a centrarse en la película.

Marcos empuja con fuerza e introduce su polla completamente en ella.

—Si..., si..., si.... Otra vez. Más fuerte. — Grita Olga.

Marcos sale de Olga y vuelve a entrar y esta vez con más fuerza. Y así vuelve a repetir una y otra vez. Y a cada nueva embestida, cada vez más

rápido y con más fuerza entierra su polla en el coño de Olga hasta la misma base. La tiene sujeta por la caderas y ve su cara de placer reflejada en el parabrisas cuando cruzan sus miradas en él. Más fuerte, más rápido, más profundo. Más fuerte, más rápido, más profundo. En cada embestida de Marcos, los gritos de Olga van subiendo de intensidad.

—¡Ah...! ¡Ah...! ¡Ah...! Si..., sigue..., sigue... ¡Ah...!

Unos minutos más tarde, la joven apuró de un trago su cerveza, y le quitó la camiseta. Besó su pecho, lo acaricia y baja a su abdomen. La chica le desabrochó el pantalón a Fabián y le dijo:

—Ahora te toca a ti.

Fabián intentaba ver la película, pero la joven, se lo impedía, estaba cachonda y le dijo que cerrase los ojos. La chica le comía la polla, hasta que consiguió que esta llegase a su máximo esplendor. La joven le quitó los zapatos y tiró sus pantalones.

—Ven vamos a follar. – le dijo ella.

Poco después, la joven y Fabián, estaba desnudos en el sofá. La chica en cuclillas sobre Fabián, le acariciaba los huevos con la mano sin dejar de moverse sobre su polla. Cuando cambiaron de postura, Fabián, se puso encima de la joven y esta le clavó sus uñas en los brazos, sin dejar de gritar.

—¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

Fabián levantó las piernas de la chica hasta apoyarlas sobre sus hombros y la penetraba lo más profundamente que podía. La joven cogió la cara de Fabián y, con los ojos cerrados, se mordió los labios. Y gritó:

—¡Así...! ¡Así...! ¡Ah...! ¡Ah...! ¡Me voy a correr...! ¡Me voy a correr...! ¡Me corro...! ¡Me corro...! ¡Me estoy corriendo! ¡Sí...! ¡Sí...! ¡Sí...!

Fabián, sudaba, mantenía el ritmo hasta que la chica dejó de gemir.

—¡Para..., para!

Le dijo la joven mirándolo sonriendo. Fabián le indicó que se diese la vuelta.

—No, que tengo que descansar Fabián, que ahora me hace daño. No, por ahí no, de ninguna manera, que no me apetece.

Pero Fabián, colocó a la joven en su posición preferida, la tenía a cuatro patas sobre el sofá y le estaba follando su preciso culo. Mientras la chica no deja de gritar.

—No. ¡Ay! ¡Ay!. Que cabrón eres, que cabrón, al menos ten cuidado, ten cuidado. ¡Joder!. ¡Ay!. No tan rápido. ¡Ah!. Que me haces daño. ¡Ay! ¡Ay!.

—Calla, no grites, que lo estas disfrutando.

—Me estás haciendo daño. ¡Joder!. Ten cuidado. ¡Ah...! ¡Ah...! ¡Ah...!. No tan rápido, que me haces daño.

—Si te encanta, estas gimiendo como nunca lo has hecho.

—¡Ah...! ¡Ah...! ¡Ah...!. No tan rápido.

Cuando Fabián estaba a punto de correrse, se dio cuenta que la grabación estaba llegado al final.

Marcos sigue imponiendo el ritmo. Y no sabe si puede mantenerlo mucho más tiempo porque está a punto de explotar.

—Me voy a correr. Le dice a Olga.

—¡Espera! ¡Para! — Le ordena Olga.

Marcos sorprendido por el tono tajante de Olga, que nunca antes había usado con él, para inmediatamente. Olga separa una de sus manos del capó e introduce dos dedos en su boca. Los lleva a su clítoris y lo masajea con fuerza. Vuelve a apoyarse con ambas manos en el coche.

—¡Ahora..., córrrete conmigo!

Marcos vuelve a follar a Olga con más fuerza que antes. Después de unas cuantas embestidas más.

—¡Córrete! ¡Córrete! ¡Córrete! ¡Ahora Marcos! ¡Ahora córrrete conmigo!

No puede contenerse más y Marcos explota dentro de Olga. Llenándola completamente. Olga siente como Luis se vierte dentro de ella y como su semen caliente llena cada rincón de su interior. Marcos permanece dentro de ella unos segundo más. Mientras sus respiraciones agitadas se van relajando después de un prolongado orgasmo.

La joven gemía debajo de Fabián, y el orgasmo fue bastante prolongado. Fabián se quedó todavía unos instantes dentro de la chica. Y cuando acabó la escena, sacó su polla bruscamente.

—¡Ay!, ten cuidado al salir. Primo eres todo un cabrón. Espero que te haya gustado.

—Seguro que a ti también te ha gustado.

La joven siguió refunfuñando un poco más, mientras daba vueltas por el salón, pero Fabián no le hacía caso, se había sentado otra vez en el sofá a terminar de ver la grabación.

Marcos sale de su interior y la abraza. Su vientre aun se contrae. La besa. Así estuvieron unos minutos, abrazados. Sintiendo la humedad del sudor de sus cuerpos. Estaban empapados.

De repente Olga se separa inmediatamente de Marcos y comienza a recoger su ropa que esta esparcida por todo el suelo del garaje. Y empieza a vestirse

con prisa. Marcos la imita y hace lo mismo. Intentan recomponer una imagen más o menos presentable frente a los retrovisores del coche. Cuando Marcos termina de introducir su camisa en el pantalón y Olga abrochaba el suyo, se sube al coche apresuradamente y dice:

—Llévame a casa ahora mismo. Rápido.

—Está bien. ¿Pero a que tanta prisa ahora?

—Déjame en paz y conduce.

El coche sale del aparcamiento. Y se ve una mano que toma la cámara por desde atrás para luego ponerse todo negro.

Cuando acabó la cinta, Fabián comenzó a vestirse. La joven estaba otra vez vestida con las bragas y la camiseta lo mira desde la puerta del salón.

—¿Te vas? – preguntó Fabián.

—Sí, me espera mi madre.

—¿Qué va a decir cuando llegues así?

—Nada. Me ha visto salir y sabe estaba con su sobrino preferido. Tengo la sensación que a ella también te la has follado alguna vez.

—No, me reservo solo para ti.

—Eres un cabrón.

—Lo sé. ¿A qué te encanta que lo sea?

Fabián se acercó a ella, abrió la puerta, y dio un azote apretando el culo de su prima. La besó mordiéndole su labio inferior. Pero la joven no correspondió a su beso, solo lo dejó hacer.

—Saluda a la tía de mi parte.

La joven, sin despedirse subió la escalera. Fabián cerró y fue recoger la videocámara para extraer la grabación en una memoria USB.

Sábado. Tarde lluviosa. Ana, frente al televisor, luchaba con el sopor que le producía la aburrida película de la sobremesa. Estaba sola en casa. Toda la familia había ido a la comida de cumpleaños de la madre de Marta. Sonó el teléfono. Ana se movió perezosa para coger su móvil. Respondió sin mirar quien era.

—¿Sí?

—Hola, soy yo. Fabián.

—Hola. Cuanto tiempo. ¿Qué tal estas?

—Bien. ¿Podemos vernos?

—Claro. ¿Pasa algo?

—Tengo lo que me encargaste.

—¿Y?

—Creo que será mejor que lo veas tu misma.

—Puedes adelantarme algo.

—No. Será mejor que lo veas.

—Vale, está bien. ¿Quieres venir a casa?

—No. No creo que sea lo más apropiado.

—Estoy sola.

—Bien. Pero será mejor que nos veamos en otro lugar.

—¿No quieres estar conmigo a solas?

—Me encantaría, pero no quiero que confundas las cosas.

—¿A qué te refieres?

—No quiero que pienses que me aprovecho de ti. Esto lo he hecho por qué he querido, no por estar contigo.

—Muy bien. Todo claro. No hare nada que tú no quieras. ¿Vienes ahora a casa?

—No. Mejor nos vemos en una cafetería. ¿Sabes dónde está El Bronce?

—Sí, no te preocupes, la encontraré.

—Te parece que nos veamos ahí en una hora.

—Vale. Ahí estaré.

—Hasta ahora.

Fabián colgó el teléfono sin dejar que la joven se despidiese. Ana apagó el televisor, cogió su teléfono móvil y subió a la buhardilla para cambiarse. Veinte minutos después Ana se dio un último vistazo frente al espejo. Luego puso en nombre del pub en el buscador de su teléfono para encontrar la dirección. Un segundo más tarde la tenía. Llamó a un taxi para acudir a su cita. Ana salió de casa. Abrió su paraguas y esperó en la acera el coche que la llevaría a su misteriosa cita e imprevista cita. Una mano toca en su hombro y con un leve respingo ella se gira rápidamente. Un hombre bajo un paraguas negro le sonríe.

—¡Pablo!

—¿Te he asustado?

—Sí. No esperaba encontrarme con nadie en este momento.

—¿Qué haces aquí bajo esta lluvia?

—Espero a un taxi. ¿Y tú dónde vas con lo que está cayendo?

—No voy, vuelvo a casa. ¿Y tú?

—He quedado con un amigo para rematar un trabajo de la universidad. — Pablo sonríe, al ver que no lleva nada. Ni libros, carpetas o mochila. Le había puesto una excusa.

—Ya sabes, cuando quieras estoy a tu disposición.

—Gracias. ¿Mañana estas ocupado?

—Tengo toda la tarde libre.

—¿Te molestaría que te hiciese perder algo de tu tiempo?

—Estaré encantado de perderlo contigo. Ya te dije que me tienes a tu disposición.

—Muchas gracias, Pablo.

—Ya sabes que no tienes por qué darlas.

—Sabes, me gustaría preguntarte algo desde hace días, pero...

Un coche hizo sonar su claxon con insistencia interrumpiendo su conversación. Ana se volvió y vio que era su taxi. Caminó hacia él.

—Pero... ¿Qué? No me dejes con la intriga. – dijo Pablo alzando la voz.

—Solo es una duda. Mañana me la resolverás. Adiós.

—Hasta mañana.

Ana subió al coche cerrando su paraguas. Le indicó la dirección al taxista. Cuando el vehículo se puso en marcha le hizo un gesto a Pablo, con la mano a través de la ventanilla, que seguía en la acera observando como el coche se alejaba.

Veinte minutos después el taxi se detuvo en una estrecha calle del centro frente al local elegido por Fabián. Ana pagó la carrera y bajó del coche. Había dejado de llover. Entro en el local. Era una cafetería con viejas mesas de forja con el mármol mate, sin el brillo de antaño, llenas de manchas de los miles de vasos que habían estado encima de él. Con sillas de madera más bien incómodas, con respaldos de rejilla casi desecha que pinchaban en la espalda. En las grandes cristaleras que daban a la calle estaba puesto el nombre del local. El nombre estaba escrito con una letra que hacía suponer que ese lugar había vivido tiempos mejores. “Cafetería El Bronce”. Nombre que probablemente se debía a las columnas que estaban estratégicamente

colocadas por todo el local.

En una mesa, en un rincón, estaba Fabián. Fue hacia él. Sobre el gastado mármol, frente a él, una taza de café vacía. Ana le sonríe. Fabián le devuelve la sonrisa y la invita a sentarse. La joven se quita la cazadora de cuero marrón y la cuelga en el respaldo de la silla, luego se sienta.

—Bueno. Aquí estoy.

—Hola. ¿Quieres tomar algo?

—¿Café?

—Sí. Es lo único bueno de este lugar.

—Entonces uno solo con poca azúcar.

—Tomo nota. – dijo sonriendo.

Fabián se levantó de la mesa y se dirigió a la barra. La barra era de madera noble, que debió estar finamente pulida en sus mejores tiempos, en ese momento estaba llena de arañazos, húmeda y pegajosa. En un rincón, apoyado en ella, había un hombre vestido con un mono azul, el color se adivinaba entre las manchas negras de grasa. Estaba hojeando un diario deportivo al tiempo que tomaba una copa de anís. El camarero salió tras unas cortinas de tirillas con un sonido de plástico chocando entre sí. Eso le hizo mirar hacia la cocina, blancos azulejos y cazos fue lo que pudo ver desde donde se encontraba. El camarero era un hombre bajo y rechoncho. Vestía una camisa blanca y un mandil del mismo color, con lamparones de una amplia gama de colores, que le llegaba a los tobillos.

—Un café solo y otro con leche. Por favor.

El camarero no dijo ni una palabra. Giró sobre sí mismo y manipulo la cafetera que estaba a su espalda. Unos instantes después puso frente al joven dos tazas humeantes.

—Son dos euros. – le dijo al joven directamente.

Fabián sacó un par de monedas de monedas del bolsillo y las puso sobre la barra. El camarero las cogió, sin decir una sola palabra, y las depositó en un bolsillo del mandil. Luego se dio la vuelta para dirigirse a donde se encontraba el hombre del mono azul. Ambos miraron de reojo a la joven, ya que no era el perfil de cliente que solía frecuentar el lugar. Fabián cogió los cafés y volvió a la mesa desde donde Ana observa la situación.

—No parecen muy simpáticos en este sitio. – le dijo a Fabián cuando este se sentó de nuevo dejando las tazas sobre la mesa.

—Lo sé. Pero como te he dicho el café es bueno y el sitio es discreto.

—Ahora puedes contarme que has averiguado. – dijo Ana mientras vertía medio sobre de azúcar en la taza.

Fabián sacó una memoria USB del bolsillo de su vaquero y la dejó sobre la mesa para luego acercársela a Ana.

—Hay tienes. Será mejor que lo veas tu misma.

—Pero..., no puedo ver nada ahora. Necesito un ordenador. – se quejó Ana cogiendo la pequeña memoria.

—Ya lo sé. Prefiero que lo veas sola en casa, tranquilamente.

—Está bien. ¿Me adelantas que encontraré?

—Hay fotos y algunos videos.

—Vale. ¿Y qué hay en ellos?

—No sé si lo que hay ahí es lo que esperabas saber o no. Por eso es mejor que lo veas sola y saques tus propias conclusiones. Luego, si quieres, hablamos de ello.

—¿Debo asustarme?

—No creo que tú te asustes con eso, aunque... tal vez te sorprenda.

—Vale. Está bien. ¿Tienes copias de lo que hay ahí?

—No. Lo he borrado todo.

—Gracias.

Ana guardó la memoria en el bolsillo trasero de su vaquero y apuró su café con un último sorbo. Fabián hizo lo mismo y ambos quedaron en silencio. Mientras, Ana recorría con la mirada las viejas y gris paredes del lugar. De ellas colgaban antiguas fotos en blanco y negro. Algunas eran instantáneas de lugares emblemáticos de la ciudad en otro tiempo. Y otras, tomadas en ese mismo lugar, mostraban las personas que lo habían frecuentado así como hechos ahí acaecidos. Ana se levantó de la silla y fue mirándolas una a una. Fijándose en los detalles e intentando adivinar quienes eran y que hacían los que en ellas aparecían. El camarero y el hombre del mono azul la miraban curiosos, preguntando el por qué de su interés cuando ellos ni si quiera se habían fijado en ellas. Luego una voz la distrajo de su recorrido.

—¿Nos vamos? – dijo Fabián al tiempo que le daba su cazadora.

—Bueno. Pero tenemos que volver aquí. – le respondió poniéndosela.

—Como quieras.

Ambos fueron hacia la puerta y se despidieron con el tintineo de los tubos metálicos que colgaban encima de ella. En la calle hacía frío. Ana subió la cremallera de su cazadora, levantó el cuello y metió las manos en los bolsillos. Ana miró a Fabián de forma interrogativa. La calle que estaba

completamente vacía. Las luces ya se habían encendido. Fabián comenzó a caminar hacia el lugar donde había dejado aparcado su coche, Ana lo siguió sin decir nada. En este preciso momento comenzaban a caer las primeras gotas que no tardaron en convertirse en una abundante lluvia. El joven abrió el paraguas de Ana que él llevaba en la mano. Ella se abrazó a Fabián. Él la cobijó bajo su brazo. Ambos guarecidos en el paraguas continuaron caminando. Ana se sintió segura y protegida. Como cuando era pequeña y su padre la abrazaba las noches de tormenta cuando ella corría a su lado aterrorizada. Pero esa magia se desvaneció cuando Fabián le dijo:

—Sube. – abriendo la puerta de un pequeño coche blanco.

—¿Tienes coche?

—Sí. No es muy grande pero al menos no me mojo cuando llueve.

Ana se rió y se acomodó en el asiento del copiloto. Fabián cerró la puerta y ocupó su sitio frente al volante. Metió la llave en el contacto, puso el motor en marcha, piso el embrague, puso la primera velocidad al tiempo que ponía en funcionamiento el limpiaparabrisas y comenzó a circular por la calle vacía. Luego el tráfico poco a poco fue haciéndose más denso.

—Será mejor que te lleve a casa.

—¿Por qué? ¿No quieres que vayamos a algún otro lugar y pasar la tarde juntos?

—Me encantaría. De verdad. Pero en una hora llega el tren de mi prima y tengo que ir a recogerla. – mintió.

—¿Viene de visita?

—No. Vive aquí con su madre. Ha estado unos días fuera por trabajo. – volvió a mentir.

Luego quedaron nuevamente en silencio. Ana miraba por la ventanilla distraída. Y Fabián la miraba de vez en cuando apartando la vista de la calle. Se preguntaba por qué le había mentido si se moría de ganas de hacer con ella cualquier cosa, aunque fuese así, como en ese momento, los dos en silencio con Ana distraída en sus pensamientos y el feliz de mirarla. Más tarde el coche de detuvo frente a la casa de Ana.

—Hemos llegado.— le dice Fabián.

—Gracias.

—¿Por qué? ¿Por traerte a casa? No tienes que darlas, no podía dejarte sola bajo la lluvia.

—No es por eso.

—¿Entonces?

—Por el abrazo de antes. Ha sido bonito. Me has hecho sentirme bien.

Ana no le dejó responder. Se acercó a él y le dio un suave y tierno beso en los labios. Sutil, delicado, solo un roce. Pero hizo que una corriente desconocida atravesase el cuerpo de los dos. Luego Ana salió corriendo del coche, bajo la lluvia, entrando rápidamente en su casa sin mirar atrás.

Fabián, desconcertado por lo que había sucedido, se sintió aun mas culpable por mentirle y por lo que haría esa tarde. Sacó el móvil de uno de los bolsillos y marcó un número. Alguien respondió al otro lado de la línea.

—Hola. —¿Está la tía en casa? —Perfecto. Llego en veinte minutos espérame en mi casa.

En ese momento puso el motor en marcha y se fue hacia su apartamento. Un remordimiento rondaba su mente. No era tan fuerte como pensaba. Había sido débil y nuevamente había caído en la tentación.

—CAPITULO 12—

## UNA CLASE MUY PARTICULAR

La casa estaba vacía. La familia aun no había regresado del cumpleaños de la abuela. Ana encendió una pequeña lámpara en el salón, estando este en penumbra, y se sentó en el sofá. Desabrocho su cazadora y la dejó a su lado. Sintió como algo se clavaba en su glúteo y recordó lo que había guardado en su bolsillo trasero. Metió la mano y sacó el pequeño dispositivo. Volvió a acomodarse en el sofá sin dejar de mirar lo que sujetaba su mano. Pensó si había hecho bien en entrometerse y si debía ver lo que esa memoria contenía.

Se quitó los zapatos y se tumbo en el sofá. En su puño cerrado seguía encerrado ese diminuto dispositivo. Pensó como algo tan pequeño podría contener algo tan grande. Algo capaz de hacer cambiar la vida como mínimo a dos personas. Seguía dándole vueltas al tema en su cabeza pero el cansancio por la actividad de la semana fue más fuerte y se quedo dormida. Un fuerte estruendo la despertó. Estaba desorientada. Le costó unos segundos ubicarse nuevamente. Se había quedado dormida en el sofá. La casa seguía en silencio. El único sonido era el de la lluvia golpeando con fuerza en los cristales. Miró su reloj. Eran más de las nueve y aun no habían regresado. En ese momento un fognazo azul iluminó la estancia e inmediatamente después un gran trueno hizo que todo temblase. La luz de la lámpara se apagó y encendió un par de veces para finalmente dejar todo en completa oscuridad.

—¡Mierda! Ahora se va la luz.

Ana se dispuso a buscar su teléfono móvil. En ese instante se dio cuenta que

seguía con el puño cerrado y guardando en él la diminuta memoria. Guardó el pequeño dispositivo en el bolsillo de su vaquero y busco tanteando sobre el sofá su cazadora. Una vez encontrada sacó su teléfono del bolsillo y lo conecto para iluminarse con la débil luz del aparato. Camino hasta la ventana y abriendo las cortinas miró al exterior. Todo estaba en completa oscuridad. La lluvia seguía golpeando la ventana. La única luz que se veía era la de los faros de algún coche que pasaba por la calle. Un nuevo relámpago, con su brillante luz azul, la cegó momentáneamente y el posterior trueno otra vez hizo que todo temblase. Se acordó en ese momento que el baño había algunas velas. Con el móvil en la mano iluminó sus pasas hasta el baño de arriba.

En su camino en busca de las velas su mente comenzó a volar. Estaba sola en una casa que no era la suya, había una tormenta de mil demonios y todo estaba oscuro. Entonces recordó como la asustaban esas situaciones cuando era una niña. En ese momento ya no tenía miedo a las tormentas ni a la oscuridad, pero algo dentro de ella hacía que una alarma se encendiese diciéndole que les tuviese respeto. Cuando entro en el baño después de tropezar un par de vez busco en el cajón de un pequeño mueble un mechero. Cuando lo encontró su pequeña llama iluminó el baño. Se aproximó a la bañera y encendió un par de velas que había junto a ella. Guardo también el mechero en su bolsillo y se disponía a coger las velas cuando le entraron unas incontenibles ganas de orinar. Levantó la tapa del inodoro y desabrocho su vaquero bajándolo junto con su braga hasta las rodillas. Tomó asiento y dejó que el dorado líquido fluyese. No pudo evitar sonreír. En ese momento llego a su mente el recuerdo de aquello que su abuela le decía cuando era niña. “Las niñas que juegan con fuego se hacen pis en la cama”. Con una sonrisa en los labios por el grato recuerdo, tomó un trozo de papel y secó su intimidad para después recomponer su vestuario. Después de vaciar la cisterna y dejar todo en orden cogió las velas y salió del baño para subir a su habitación.

La temblorosa luz de las velas hacia con sus sombras que el objeto mas inofensivo pareciese algo terrorífico proveniente de otra dimensión. Subió la escalera con cuidado y cuando estuvo en sus dominios se sintió mucho más segura. Dejó las velas sobre su escritorio y vació también sus bolsillos sobre él. El teléfono, el mechero, el pequeño tarjetero y la memoria USB. Se sentó en la silla y jugó con la memoria entre sus dedos sin saber que hacer aun con ella. En ese momento el sonido del móvil la sobresalto. El brillo emitido por la pantalla iluminada ayudaba a las velas en su cometido haciendo que el ambiente fuese menos fantasmal. Cogió el teléfono y miró la pantalla,

MARTA, aparecía escrito en ella. Pulso el icono verde y respondió.

—Hola Marta.

—Hola Ana. ¿Estás en casa?

—Sí, estoy en mi habitación. ¿Y vosotros, donde estáis? ¿Pasa algo?

—No, no pasa nada. Está todo bien. Solo que aquí hay una tormenta horrible y no podremos volver a casa esta noche. Pasaremos la noche aquí en casa de mi madre y regresaremos por la mañana.

—Aquí también hay tormenta y no hay luz.

—En un cajón de la cocina encontraras velas y cerillas.

—Vale, luego las buscaré de momento he encendido un par de las que había en el baño.

—Muy bien. ¿Podrás prepararte algo para cenar?

—No te preocupes ya improvisare algo.

—Perfecto. ¿Tu estas bien? ¿Quieres que llame a María para que vaya a casa?

—Sí, estoy bien. Perfectamente. Y no molestes a María, no la hagas salir de casa con la noche que hace.

—De acuerdo. Buenas noches entonces.

—Buenas noches.

Ana colgó el teléfono y lo dejó nuevamente sobre la mesa. Abrió su ordenador portátil. No recordaba si tenía cargada la batería pero pulso el botón de encendido para comprobarlo. La pantalla se iluminó y el portátil comenzó a inicializarse. Un instante más tarde en esa pequeña y luminosa ventana aparecía una preciosa cala de Ibiza, en la que tan buenos momentos había pasado, salpicada con algunos pequeños iconos. Sin pensarlo un solo segundo más metió el dispositivo de memoria en el puerto correspondiente y espero a que una ventana apareciese en la pantalla mostrando su contenido. Solo había dos carpetas. FOTOS y VIDEOS. Cliqueó sobre la primera y ante sus ojos se abrió una nueva ventana con decenas de diminutas imágenes. Ana posicionó nuevamente el puntero del ratón sobre la primera de las imágenes volvió a clicar. La imagen se abrió ante ella ocupando toda la pantalla. Moviendo la rueda del ratón las imágenes iban pasando antes sus ojos. La joven no daba crédito a lo que estaba viendo. Nunca habría imaginado que Olga fuera capaz de hacer esas cosas. Ana siempre la había visto como una niña dulce y algo tímida pero ese cabrón de Marcos la estaba convirtiendo en otra persona. Cuando repaso todas las instantáneas sin detenerse demasiado en ninguna salió de la carpeta. Nuevamente ante ella tenía las dos carpetas

FOTOS Y VIDEOS. En esta ocasión abrió la segunda y en la pantalla aparecieron una decena de archivos de video. Ninguno de ellos tenía nombre tan solo una fecha. Ana abrió uno tras otro cada uno de los videos. No los veía completos, saltada rápidamente para solamente reafirmar la idea que ya tenía un su cabeza. Ese chantaje debía terminar y tenía que darle una buena lección a ese cerdo. Apagó su ordenador y permaneció sentada mirando fijamente como las pequeñas llamas bailaban sobre las velas mientras en su cabeza bullían un millón de ideas.

Cuando el estomago le avisó que era hora de cenar salió de su estado de concentración. Ana cogió una de las velas y bajo a la cocina. Buscó las velas que le había dicho Marta. Estaban en una caja todas colocadas. Eran las velas que solía colocar en los candelabros para las ocasiones especiales. Cogió la vela que tenía encendida y tres más en la otra mano y se dirigió al comedor. En un aparador había un candelabro de tres brazos colocó en cada uno de ellos una vela y las encendió con la otra. La claridad aumento considerablemente y tomando el candelabro en su mano volvió a la cocina. Su mente le comenzó a jugar una mala pasada. Las sombras que se proyectaban a su paso la hicieron recordar una vieja película de terror. Ana sabía perfectamente que estaba sola en casa, que no pasaba nada, tan solo había tormenta, la luz se había ido y que todo era una jugarreta de su inconsciente. Pero a pesar de eso aceleró el paso hasta la cocina. Ahí se sintió ligeramente protegida y algo más tranquila se preparó un pequeño bocadillo. Pensó en comerlo en la cocina pero la incesante lluvia y los continuos truenos y relámpagos hicieron que Ana fuese a su habitación donde se sentía realmente a salvo. La joven cogió un bote de refresco, el plato con el bocadillo y el candelabro y subió a su habitación lo más rápido que pudo.

Una vez que Ana alcanzo sus dominios se acomodó en su sofá y se dispuso a comer la improvisada cena. Cuando termino con ella y apuro el último sorbo de refresco se tumbo en el sofá quitándose los zapatos. Nuevamente quedó hechizada por el embrujo de esas tres pequeñas llamas que se movían al unísono y poco a poco sus parpados cada vez más pesados terminaron por cerrarse llevándola a un relajado sueño.

El sonido de voces, pasos y movimientos por la casa sacaron a Ana de la placidez de su descanso. Abrió los ojos sobresaltada. La buhardilla estaba inundada de luz y un sol radiante entraba por las ventanas. Había pasado la noche en el sofá. Frente a ella un candelabro apagado con tres velas convertidas en chupones de cera. Ana se frotó los ojos para intentar adaptarlos

a tanta claridad y después de estirar sus músculos decidió indagar que era ese alboroto.

Cuando llegó a la planta baja se encontró con el resto de miembros de la familia. Miró su reloj y solo eran las nueve y media. Estaba claro que habían madrugado para volver. Desayunaron todos juntos. Durante el desayuno Ana no podía evitar mirar fijamente a Olga. Las imágenes que había visto la noche anterior se repetían en su mente. Estuvo a punto de preguntarle pero finalmente pudo contenerse y dejar el interrogatorio para un momento en el que no hubiese testigos. Cuando terminó el desayuno Ana subió a su habitación y cambió su vestimenta por un conjunto deportivo para irse a correr.

Después de correr por el parque durante más de una hora Ana regresó a casa. Se dio una ducha reconfortante con agua tibia y subió envuelta en su albornoz hasta su habitación. Frente a su armario eligió su indumentaria para el resto del día. No tenía ningún plan especial así que se decantó por algo cómodo. Lo primero fueron unas braguitas blancas de algodón, de aspecto sencillo pero sexy gracias a su reducido tamaño. Luego completó su vestimenta con un vaquero y un jersey negro de cuello cisne sin mangas. Por último se calzó sus Converse con los cordones desatados.

Durante la comida la familia comentó la tormenta de la noche anterior y lo sucedido en el cumpleaños de la abuela. Ana no pudo evitar fijarse en como los ojos de Javier no perdían de vista su pecho. No llevaba sujetador y los pezones se insinuaban sutilmente bajo la prenda. Carlos al igual que su padre también se había percatado de la ausencia de sujetador en el pecho de Ana. Marta estaba atenta a los movimientos de los hombres de su familia y no podía esbozar una leve sonrisa al ver como la vista de su marido se centraba en el pecho de la joven. Al tiempo, Marta, intentaba distraer a su hijo de su ensimismamiento con algún comentario. Olga, ajena a todo esto comía en silencio centrada en sus propios pensamientos.

Una vez concluida la comida, Ana, ayudo a Olga y a su madre a retirar la mesa y recoger la cocina. Marta preparó café para tomarlo en el salón pero Ana declinó el ofrecimiento y subió a su habitación. Unos minutos después la joven apareció en el salón con su cazadora puesta y con unas capetas y su portátil bajo el brazo.

—Voy a casa de Pablo. Tengo que consultarle unas dudas sobre un trabajo de clase. —informó la joven. Luego se dispuso a salir de la casa.

Ana llamó al timbre un par de veces y esperó paciente frente a la puerta. Cuando se abrió Pablo apareció tras ella. Vestía camisa blanca y corbata de

color celeste, pantalón clásico azul marino y zapato negro.

—Hola Ana.— saludó Pablo.

—Buenas tardes. ¿Te interrumpo, ibas a salir?

—¿Lo dices por mi ropa? No, he comido fuera con unos amigos y acabo de llegar. Pero pasa por favor.

—Gracias.

Pablo le flaqueó el paso y la joven accedió al interior de la casa. Su anfitrión cerró la puerta tras ella. La casa aparentemente era igual a la suya. Parecía tener la misma distribución aunque a Ana se le antojaba más pequeña. Pronto se dio cuenta que ambas casas eran idénticas, pero la decoración elegida por Pablo era mucho más clásica. Esa decoración con muebles pesados y oscuros, así como los tonos elegidos para las paredes hacían que la impresión recibida fuese algo agobiante.

—Sera mejor que vayamos a mi despacho estaremos más cómodos para trabajar.— dijo Pablo indicándole el camino a su joven invitada.

Ana lo siguió. Pablo tenía su despacho en la misma habitación donde Javier había dispuesto el suyo, pero ambos despachos eran completamente opuestos. Mientras en el despacho de Javier el único elemento con presencia era su escritorio y el resto a pesar de estar ahí pasaban prácticamente desapercibidos dando una gran sensación de amplitud. El despacho de Pablo estaba rodeado de imponentes librerías de madera noble tan solo interrumpida por los huecos de la puerta de acceso y la ventana de la estancia. En los estantes de las librerías perfectamente ordenados se acumulaban cientos y cientos de volúmenes. El contundente escritorio de la misma madera que el resto de elemento se situaba majestuoso delante de la ventana. Tras él un imponente sillón de cuero negro. Enfrentado a él dos sillones más ligeros estaban dispuestos para las visitas. El resto del mobiliario estaba formado por un contundente sofá Chester con sus sillones a juego, todo tapizado en un elegante cuero de color verde oscuro, una mesa de centro acompañaba a los sillones, mientras el suelo de madera se cubría con un par de mullidas alfombras que delimitaban ambos ambientes. La iluminación, tenue en conjunto, a pesar que esta era más intensa en los puntos destinados la lectura y al trabajo, hacía que la estancia resultase cálida y acogedora.

—Por favor, ponte cómoda. ¿Te apetece tomar un café? Iba a prepararme uno.

—Sí, gracias.

—Lo tomas con leche y mucha azúcar ¿verdad? – intento adivinar Pablo.

—No. Todo lo contrario, me gusta solo y con poca azúcar. —respondió Ana sonriendo.

—Como yo entonces. Voy a por ellos. Pero por favor ponte cómoda y empezamos a trabajar.

—Gracias.

Pablo salió de la habitación dejando a la joven sola. Ana Dejó la cazadora sobre uno de los sillones. Se sentó en el imponente sillón tras la mesa y conectó su portátil.

Abrió una de las carpetas y leyó algunos de los folios que contenía. Fue algo totalmente espontaneo. Ahí estaba ella centrada en sus papeles esperando que Pablo volviese con el café cuando una imagen brotó en su mente. A su memoria llegaron con fuerza las imágenes que había visto durante muchas noches desde su buhardilla. Como Pablo y esa mujer misteriosa se abrazaban. Como se tocaban de manera salvaje sin poder contenerse. Esas imágenes estaban frescas en su memoria.

Pablo entró con una bandeja que depositó sobre la mesa baja. Cuando se disponía a servir el café el himno nacional invadió la habitación. Pablo sacó su teléfono móvil del bolsillo de su pantalón. Miró la pantalla y le dijo:

—Disculpa un momento. Es importante. — y respondió la llamada mientras nuevamente salía del despacho.

La joven pensó que estaban solos en esa casa. Pero se sintió fatal solo de pensarlo. Intentó centrarse nuevamente en sus papeles y dejar atrás lo que había visto. Pero no podía, los recuerdos de esas noches venían a su memoria sin parar. Intentaba luchar contra el deseo que estaba brotando en ella pero este era más fuerte. Inconscientemente, Ana, se estaba frotando contra el sillón de cuero, su sexo quería ser saciado. Tenía que hacerlo. Pero no con Pablo en su memoria, ni con los recuerdos de aquellas noches. Pablo estaba atendiendo el teléfono y tenía la impresión que le llevaría un buen rato, no se enteraría de nada si se masturbaba un poco. La puerta del despacho estaba cerrada y la casa en completo silencio, el mínimo ruido podría oírlo.

Ana dirigió su mano a sus pechos, solo cubiertos por el suave cachemir del jersey, y los apretó. Un gemido salió sin poder contenerlo de su garganta. Su respiración se aceleró y agudizó el oído. No se oía nada. Su mano viajó bajo el jersey y volvió a acariciarse. Sus pezones estaban duros y erectos, y cuando los apretó una sensación de increíble placer recorrió su cuerpo. Ana sentía como su sexo, ardía impaciente, ansioso de tener algo en su interior capaz de calmar su fuego. Sus caderas se movían con deseo. Sin dejar de jugar con sus

tetas, una de sus manos bajo hasta su vaquero, lo desabrochó y lo bajó ligeramente, lo justo para que su mano se perdiese bajo él y su braguita. Ana mordió sus labios para contener sus jadeos y suspiros. Sintió la suavidad de su pubis depilado y como su clítoris palpitaba impaciente pidiendo ser atendido. La joven sentía como la humedad de su interior iba mojando sus diminutas braguitas y como empapaba sus dedos traviesos. Un calor delicioso invadía mi cuerpo. Ana tenía que centrarse en lo que sentía, en su placer, en las suaves caricias entre sus piernas. Centrarse en el movimiento de sus dedos entre sus labios. No podía dejar que en su mente, en su imaginación, apareciese Pablo, y lo que hacía aquellas noches. Casi de forma inconsciente su dedo entro en su interior mientras otro no dejaba de acariciar y rodear ese botón, nudo de nervios, que hacía que un relámpago de placer se extendía por su cuerpo. Mientras, Ana, intentaba disimular como podía sus gemidos y jadeos incontrolados. El placer recorría todo su cuerpo, sus ojos cerrados, para intentar concentrarme solo en ella, mientras sus dedos centrados en su interior hacían placenteros círculos. Su otra mano traviesa, seguía en sus pechos, apretando sus pezones. Todo eso hacía que sus caderas se moviesen solas al ritmo que sus dedos marcaban en su interior. Entonces, la joven, sintió como unos cálidos labios besaban mi cuello.

—Pablo. —dijo al abrir los ojos.

Su interior dio un vuelco y su excitación desapareció casi instantáneamente. Pero Pablo me miraba con una extraña mezcla de cariño y deseo. Ana intentó levantarme del sillón. La mano de Pablo agarró la de la joven y la invitó a continuar. Ana dijo no con la cabeza, eso no podía suceder, pero sus labios, esos labios que habían recorrido el cuerpo de esa desconocida un millón de veces besaron sus labios con ternura. La mano de Pablo acarició la mejilla de Ana, su hombro, su brazo. Ana quería sentirme mal, culpable, eso no podía suceder, pero su cuerpo deseaba satisfacer su necesidad de placer.

La mano de Ana no quería detenerse y volvió a acariciarse, la pausa le producía un mayor placer. Ya no contenía sus gemidos y jadeos, los liberó, los dejó salir. Su mano dejó sola a la de Pablo. El placer apareció en su rostro cuando sus dedos expertos jugaban entre sus piernas. Sus caricias interminables recorriendo sus labios vaginales que finalmente se perdían en su interior húmedo y caliente. Pablo acarició su clítoris y lo apretó suavemente.

—¡Sí!—dijo Ana con un hilo de voz, mientras clavaba las uñas en los brazos del sillón.

Su entrepierna, frente a ella, mostraba el enorme bulto que había bajo ese

pantalón. La mano de Ana empezó a acariciar ese miembro escondido. Bajó esa cremallera, y su mano entro buscando esa virilidad. Su mano peleó con su bóxer y finalmente logro sacar de su escondite ese miembro. Estaba totalmente erecto. Enorme. Lo acarició como había hecho esa desconocía en otras ocasiones y como lo hizo aquella última noche en que ella fue testigo. La mano de Ana lo recorrió en toda su plenitud una y otra vez dejando al descubierto esa apetecible seta rosada. Desabrochó su pantalón y lo dejó caer, luego bajó un poco su bóxer. La joven lo metió en su boca. Las caricias de Pablo que no cesaban pararon en ese momento. Con una de sus manos sujeto la cabeza de Ana e introdujo completamente su polla en su boca. Lo hizo sin miedo, como si supiese de sobra de lo que su invitada era capaz. Ana comió su miembro con ansia, casi podía decirse que lo estaba devorando abrazada a su cintura. La joven sabía cómo hacer disfrutar a un hombre. Pablo no paraba de gemir. Ana sabía lo que les gustaba y se lo estaba haciendo. Mientras él se follaba la boca de la estudiante las manos de ella apretaban sus glúteos y uno de sus deditos se perdió entre ellos. Ese acto hizo que Pablo se estremeciese de placer y acelerase las caricias sobre el clítoris de Ana sin dejar de jugar en su interior con sus hábiles y largos dedos. El empezó a acelerar sus movimientos en el interior de ella para hacerla llegar al clímax junto a él. Pero la excitación era mucha y no pudo contenerse. Su polla embutida en la boca de Ana acelero sus movimientos que ella acompañó con los de su cabeza. La joven quería que su anfitrión disfrutase con ella como lo había hecho tantas noches con aquella mujer misteriosa. Entonces Pablo con un golpe de cadera le clavo su polla en la garganta y empezó a inundarla de su cálida y abundante leche. Ella en ese momento no podía hacer otra cosa que tragarla sin parar. Mientras del pecho de Pablo brotaban profundos gemidos de placer. Pablo intento retirarse pero ella se abrazó a él para impedirselo y poder dejar aquella polla totalmente limpia.

Mientras Pablo se recuperaba de su orgasmo, satisfecho,, empezó a meter y sacar sus dedos del interior de Ana. Ella hubiera querido decirle que parase, pero no pudo. El placer volvía a apoderarse de todo su cuerpo y la hacía estremecer. Las manos de la joven se aferraron con fuerza a los brazos del sillón y su vientre empezó a contraerse. Los gemidos se le escavan sin ningún miedo y las paredes de su vagina se aferraban a esos dedos mágicos queriendo mantenerlos en su interior. Un orgasmo como hacía tiempo que no había tenido la hizo estremecer y levantar su cuerpo del sillón apoyándose en sus brazos para luego caer totalmente rendida.

Después de recomponer su vestimenta Pablo salió del despacho sin decir nada. Ana se quedó allí unos minutos más recuperándose y recobrando el aliento. Después de colocar su ropa fui a la cocina. Ahí estaba Pablo, de espaldas a ella mirando al jardín. Ana bebió un vaso de agua y luego acercándose a él le dijo:

—Cuando quieras podemos comenzar con los estudios.

—Está bien. Vamos. ¿Puedo pedirte una cosa?

—Claro.

—Preferiría que esto quedase entre nosotros.

—Por supuesto, no te preocupes.

—Por cierto... que querías preguntarme ayer cuando nos encontramos.

—No es importante.

—Venga. No me dejes con la intriga.

—Vale. Pero si no me quieres responder no es necesario que lo hagas. Sé que es algo muy personal.

—Bueno, tu pregunta y yo decido.

—¿Quién es la mujer que te ha acompañado algunas noches?

Pablo sonrió. Y la miro fijamente a los ojos. Sin decirle nada, le decía, ¿Cómo lo sabes? ¿Nos has visto? Y luego respondió.

—Esa mujer es mi sobrina. Y siempre que tiene que resolver asuntos en la ciudad vive aquí conmigo y bueno, tenemos una relación muy especial.

—No hace falta que me des explicaciones.

—Quiero hacerlo. Y como te he dicho antes, eso no puede salir de aquí.

—Eso no tenías ni que decirlo.

Luego ambos fueron nuevamente hasta el despacho donde trabajaron durante toda la tarde en las dudas que Ana planteaba sobre su trabajo de clase.

Esa misma tarde en la casa de al lado. Javier y Olga salían de casa para recoger a uno de sus nuevos clientes para llevarlo al Santiago Bernabeu. Ese cliente se había empeñado en ver el partido que esa tarde enfrentaba al Real Madrid y al F.C. Barcelona. Javier había usado algunos de sus contactos y había conseguido unos pases para ver el encuentro desde el palco. Cuando Olga se enteró que su padre iría a ver en directo el partido pidió ir con él. Javier solo tenía cuatro pases, dos para el cliente ya que iría acompañado y dos más, uno para su socio Marcos y otro para él. Ante la insistencia de su hija Javier pensó que estaría bien pasar la tarde con ella. Últimamente no estaban muy unidos y estaría bien intentar un acercamiento. Javier llamó a su socio y le dijo que le había sido imposible conseguir pases para todos y él iría

solo para acompañar al cliente.

Carlos llevaba toda la tarde encerrado en su habitación tenía que ponerse al día con los estudios. La lesión de sus muñecas lo había tenido sin ir a clase más de diez días.

Marta se quedo corrigiendo exámenes de sus alumnos y que no podía esperar más ya que en un par de días se reunía el claustro de profesores para la evaluación del segundo trimestre.

Últimamente Marta no estaba muy centrada. Estaba preocupada por Carlos no podía quitárselo de la cabeza. Su hijo siempre había sido su ojito derecho y lo admiraba en todas sus facetas. Eso no quería decir que no quisiese a su hija Olga, pero esta siempre había estado más unida a su padre. Desde el incidente que ambos tuvieron en la ducha Marta había descubierto nuevas cualidades de su hijo que hasta ese momento le habían pasado inadvertidas. Había descubierto que Carlos ya no era un niño y se lo había dejado muy claro. Carlos tenía una faceta muy viril y vigorosa, un cuerpo que estaba segura haría suspirar a más de una chica, un porte y una compostura que lo hacía todo un galán. Todo eso hizo que Marta sintiese algo nuevo por su hijo. Pero ese nuevo sentimiento hacia que se sintiese culpable. Además de no saber si eso sería correspondido por su hijo. Sabía perfectamente que no debía entrometerse en la vida sentimental y sexual de su hijo, que tan solo debía limitarse a ser su madre. Pero no podía, era superior a ella la lucha que se estaba librando en su interior.

Todo eso había llevado a Marta a fantasear con Carlos. Eso era una vía de escape. Se masturbaba en la ducha pensando en su hijo y en las cosas que este le haría. Incluso había llegado al extremo de que cuando hacía el amor con su marido imaginaba que era Carlos. Que era él quien estimulaba sus zonas erógenas y no su padre. Cuando rodeaba la polla de Javier con su mano y sus labios y su boca se apoderaban de ella, para Marta no era su marido el que estaba allí sino su deseado hijo. Pero luego cuando terminaban y Javier se tumbaba a su lado y la abrazaba colmándola de atenciones no podía evitar sentirse sucia y culpable por serle infiel de esa manera.

Con el paso de los días, Marta, comenzó a racionalizar la situación y a liberarse de los tabúes que la asediaban. Así consiguió olvidarse de su hijo cada vez que estaba con su marido. Pero Carlos no había desaparecido de sus fantasías, tan solo había logrado centrarlas en sus momentos de autosatisfacción. La ducha y su sillón eran los únicos testigos de su masturbación incestuosa, de sus anhelos impúdicos, lascivos, concupiscentes y

carnales que tenía con su hijo.

Esa misma tarde, mientras corregía los exámenes de sus alumnos sabiéndose sola, sentada en su sillón se había regalado una buena sesión de lujuria masturbadora. Marta estaba sofocada y bajó a buscar un vaso de agua a la cocina. Aún estaba excitada y muy caliente. El agua ayudaría a apagar los últimos rescoldos de ese fuego incestuoso que la había quemado unos instantes antes.

No había nadie en casa, salvo Carlos que estaba estudiando en su habitación. Marta no se molestó en vestirse nuevamente para bajar, tan solo se puso la fina y corta bata de estilo japonés que tanto le gustaba a Javier. Era la preferida de su marido ya que con ella era más que evidente su figura, sus voluptuosos pechos con sus pezones erectos eran palpables, porque con ella mostraba la parta baja de su compacto y redondeado culo y además en determinados momentos su sexo quedaba completamente expuesto al abrirse la prenda. Sin mencionar que sus trabajadas piernas se mostraban en toda su longitud.

Ya en la cocina Marta lleno un gran vaso con agua fría y se deleitó con él. El frescor del agua calmaba su calor interior. Algunas gotas que resbalaban por su barbilla para caer en su pecho desnudo hacían que ese contraste de temperaturas erizase su piel. Entonces una voz a su espalda la sobresaltó.

—¡Mamá!

Marta se giró. Ahí estaba Carlos, con el pelo mojado y revuelto, con el tordo desnudo y solo cubierto por la toalla que rodeaba su cintura. Estaba claro que acababa de salir de la ducha.

—¿Dónde vas? – preguntó Marta con aparente normalidad. Como si estar prácticamente desnuda frente a su hijo fuese lo más normal del mundo.

—No estabas en tu habitación y... y... me ha llamado Nacho para... para ir a dar una vuelta. ¿Puedo? – logro concluir Carlos visiblemente nervioso por la imagen que tenía frente a él.

—¿Te has puesto al día con el temario? – pregunto su madre intentando ejercer como tal, sin tener en cuenta el hecho de que el objeto de sus desvelos estaba frente a ella tan solo cubierto con una toalla.

—Eh... si. – respondió ensimismado Carlos.

—Entonces puedes salir. – autorizó Marta.

Carlos salió de la cocina sin decir nada más. Para Marta no pasó inadvertida la forma en que su hijo la había mirado. En sus ojos había deseo y lujuria. Y pudo comprobar cómo en la entrepierna de Carlos la toalla comenzó

a aumentar de volumen rápidamente. En ese momento Marta tuvo claro que lo sucedido en la ducha no fue un mero accidente. Carlos podía sentir atracción sexual hacia ella y no solo la había visco como a una madre, sino como a la mujer atractiva y sensual que era, y que seguía despertando deseos en la mayoría de los hombres.

Cuando Marta regresaba a su habitación, para intentar acabar de corregir los exámenes, vio que la puerta de la habitación de Carlos se había quedado ligeramente entreabierta. No pudo evitar detenerse junto a ella y observar. Su hijo estaba sentado en la en borde de la cama con la toalla a sus pies. Tenía las piernas muy separadas. Su mano derecha subía y bajaba una y otra vez a lo largo de su erecto miembro, mientras sus huevos chocaban por el movimiento con el borde del colchón. Pero no la sorprendió el hecho de que su hijo se estuviese masturbando. Lo que realmente la sorprendió fueron algunas de las frases que estaba susurrando y que pudo escuchar. “Vamos mamá, chúpemela” “Mamá quiero que me comas la polla y correrme en tu boca” “Uh, mamá quiero partirte ese coño y hacerte gozar” “Quiero comerme esas duras tetas”.

Marta se quedo totalmente paralizada frente a la puerta, incrédula de lo que había oído. Pero no tardo en reaccionar dándose cuenta que su pequeño Carlos la deseaba.

Algunas veces había preguntado si cuando su hijo se masturbaba pensaría en lo que había sucedido en la ducha. Tenía claro que no le había resultado indiferente. Y esas frases obscenas que se referían a ella la habían excitado nuevamente hasta el punto que sus dedos empezaron a recorrer su más que húmeda raja. Una nueva frase llego a sus oídos. “Vamos mamá, córrete, córrete conmigo”. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Marta y acuciante deseo sexual se apoderó de su cuerpo. Quería follar con él. Sin pensar nada más Marta entró en la habitación de su hijo.

—¡Mamá! —gritó poniéndose de pie e intentando cubrir su erecto miembro con sus manos.

Sin decir nada Marta se acercó a su hijo y tomando sus manos hizo que descubriese lo que intentaba ocultar. Se abrazó a él. Sus tetas se clavaron en su pecho mientras los brazos de ambos rodearon sus cinturas. La polla de Carlos entre los muslos de su madre luchaba enredada en la escasa tela de la bata. Por fin los labios de Marta se posaron sobre los de su hijo. Carlos respondió al beso iniciado por su madre. Sus lenguas se unieron haciendo que ese bese fuese pasional, húmedo, interminable y sobre todo liberador. Unos instantes después su bata estaba en el suelo a sus pies.

La mano de Marta tomó la larga y gruesa verga de Carlos colmándola de caricias. Poco a poco Marta fue bajando por el cuerpo de su hijo. Lo cubrió de besos y caricias hasta estar arrodillada frente a ese miembro que tanto había deseado. Marta miraba ese miembro fijamente mientras su mano continuaba recorriendo toda su longitud. Entonces su hijo una nueva frase. Parecida a las que susurraba mientras el mismo se autosatisfacía. En esa ocasión había una diferencia ella la haría realidad.

—Chúpamela mamá. Vamos. Hazme una mamada.

—Voy a chupártela, pero solo te pido una cosa, no te corras en mi boca. La primera vez quiero que me llenes las entrañas con tu leche.

Marta apretó esa dura barra de carne entre sus labios, la presionaba con fuerza mientras su lengua no dejaba de girar alrededor del inflamado glande de su hijo. Carlos no pudo contenerse y grito de gusto, mientras sacudía sus caderas para intentar follar la boca de su madre. Esta tomo sus huevos en su mano y los apretó suavemente. Marta tragó la verga de su pequeño hasta que tropezó en su campanilla, entonces comenzó un movimiento de bombeo con su cabeza. Las tetas de Marta bailaban al ritmo que marcaba la mamada. Su cuerpo avanzaba y retrocedía para dar a su hijo todo el placer mientras ella buscaba su mirada desde abajo. Retiró la polla de su boca y esta brillaba cubierta de su saliva. La punta de su lengua recorrió toda la longitud del miembro de su hijo desde la base hasta el capullo. Luego chupó sus huevos succionándolos una y otra vez. Carlos, de pie frente a su madre, con los ojos cerrados no paraba de gemir.

—Ahora enséñame que sabes hacer. — dijo Marta poniéndose en pie.

Luego se acercó al escritorio de su hijo y doblo su cuerpo hasta apoyar sus manos en él y formar un ángulo de noventa grados entre su torso y sus piernas. De esta forma, Marta, dejo totalmente expuestos a la vista de su hijo sus dos preciosos orificios.

Carlos se colocó tras su madre y azotó suavemente sus glúteos. Luego poniendo sus manos en cada una de las duras nalgas de Marta las acaricio haciendo círculos sobre ellas con suavidad y erotismo. Luego se arrodillo entre las piernas de su madre y exhaló su aliento cálido en su sexo haciendo que ella se estremeciese. Carlos lamió la hendidura del cuerpo de su madre. La misma entrada por la que un día el emergió al mundo. Su lengua recorrió esa gruta haciendo círculos para después perderse dentro de ella.

—No te olvides del clítoris.— le recordó su madre.

Como el niño obediente que era hizo lo que su madre le mandaba. Sus

labios y su hábil lengua exploraron los labios de Marta saboreando los jugos que brotaban de su interior. Cuando finalmente los labios del joven llegaron a ese nudo de nervios, botón del placer, lo succionaron con fuerza. Un grito de gusto brotó de la garganta de Marta. Carlos siguió jugando con el clítoris de su madre, de tal manera que, cuando lo succionaba tomaba aire para luego con un sutil movimiento de cabeza penetrarla con su nariz para después soltar su cálido aliento dentro de su cuerpo. Esta operación la repetía una y otra vez. Marta con cada nuevo aliento de su hijo en su interior gritaba de gusto y le regalaba el néctar que manaban abundante de su sexo. Los instintivos movimientos de las caderas de Marta buscaban con ansia los estímulos bucales que su pequeño le brindaba.

—¡Carlos fóllame! – le ordeno su madre.

Carlos obedeció al instante. Se puso en pie y aferrando las caderas de su madre, la penetro sin esperar un instante. Su verga avanzaba dentro de ella lentamente centímetro a centímetro. Marta tuvo que contener su respiración pues su orgasmo estaba próximo. La polla de su hijo no era tan larga como la de su padre pero su grosor si lo era. El pene de Carlos hacía que la vagina de su madre se dilatase como nunca lo había hecho. Eso hacía que le estuviese proporcionando un tremendo placer. Los gritos de gusto y el movimiento de las caderas de Marta fue la señal que su hijo esperaba. Carlos la penetro con fuerza enterrando su miembro lo más profundo de sus entrañas. Las enérgicas embestidas hicieron que Marta estallase en un largo y húmedo orgasmo, mientras no podía dejar de gritar.

El orgasmo de Marta se prolongaba y se encadenaba con el siguiente. Su hijo no dejaba de embestirla cada vez con mayor violencia haciendo que su duro abdomen chocase una y otra vez con las firmeza de sus glúteos. Los pechos de Marta colgaban ingravidos con el loco movimiento que les imponía el bombeo de su hijo. Carlos aprovechó las constantes convulsiones orgásmicas de su madre para clavar su férrea daga hasta el fondo y verterse en su interior. Marta sintió como el miembro de su hijo palpitaba en su interior con cada nueva descarga.

Cuando Carlos se supo completamente vacío permaneció inmóvil dentro del calor del cuerpo de su madre. Carlos acaricio la suave piel de la espalda y los costados de su madre hasta que sintió como su hombría se relajaba. En ese momento abandono el cuerpo de su madre. Marta una vez vacía cayó de rodillas ya que sus piernas no fueron capaces de sostener su peso. Su cuerpo se relajo de tal manera que era una muñeca de trapo.

Su hijo la recogió del suelo y en sus fuertes brazos la llevo hasta su cama. La dejó tumbada y él lo hizo a su lado. La beso con ternura y acaricio su cuerpo con delicadeza mirándola fijamente a los ojos. Marta correspondió a su hijo con nuevas caricias mientras sus músculos poco recuperaban su energía. Su mano pasó por los fuertes y poderosos muslos de su hijo hasta llegar a encrucijada donde ambos se unían marcada por un poste que nuevamente estaba pleno de vigor.

—¿Te ha gustado como lo hago mamá? – pregunto Carlos.

—Mucho hijo. Mucho. – respondió Marta y luego le regaló un nuevo beso en sus suaves y carnosos labios.

—¿Mamá...?

—Sí.

—¿Puedo hacértelo por detrás?

—Está bien... puedes.— dijo tras dudar un instante. Puesto que el miembro de su hijo era mucho más grueso que el de su marido que era el único que hasta ese momento había entrado por su puerta trasera.

Carlos se sentó en el borde de la cama y Marta montó sobre sus muslos buscando su mástil para guiarlo a la entraba de su sexo. Una vez en posición movió sus caderas con violencia para empalarse en la dura verga de su retoño. No paró de moverse hasta que nuevamente se corrió dejando empapada con sus fluidos la polla de su hijo. Entonces Marta hizo que su hizo desenvainase su espada para poder seguir con su juego. Ella su colocó a cuatro patas sobre la cama de su hijo y movió su trasero provocadora.

Su hijo tras ella separó sus glúteos con sus manos y lengua recorrió desde el perineo al comienzo de su espalda. Carlos hizo ese camino una y otra vez. Cada vez que su lengua alcanzaba el ano de su madre esta gemía de placer. El joven empapó sus dedos en el flujo que seguía manando de la vagina de su progenitora. En ese momento el joven colocó sus labios entorno al orificio trasero y succionó con fuerza. Esa acción hizo que casi llegase a correrse de nuevo. Cuando la lengua de Carlos comenzó a rotar entorno a su ano sus brazos dejaron de sostenerla. Su hijo introdujo uno de sus dedos en la estrecha cavidad. Lo hizo despacio ayudado por la lubricación que le brindaban los propios jugos de su madre. Su dedo se movía dentro de ella rotando sobre sí mismo. Marta no podía dejar de gemir y gritar.

—Vamos. Métemela ya. –ordenó impaciente.

Carlos no dijo nada y continuó con su estimulación. Unió un nuevo dedo al que ya estaba dentro de su madre y ambos continuaron la exploración de esa

caverna. Marta con cada movimiento se deshacía en una incontrolable sensación de placer. Fue en ese momento cuando su hijo se arrodilló detrás de Marta y colocando su dilatado glande en su sexo la penetro sin sacar sus dedos de la cueva. Carlos estaba follando a su madre por ambos agujeros mientras su miembro profanaba su vagina sus dedos hacían lo mismo con su ano. Los movimientos perfectamente coordinados de Carlos hicieron gozar a su madre como pocas veces antes lo había hecho. Consiguió que su cuerpo volviese a convulsionar con un nuevo orgasmo.

Marta se pregunto mentalmente donde habría aprendido todo eso su pequeño. Se estaba comportando como un hombre. Estaba segura que no lo había aprendido con su novia puesto que aun era virgen. Su madre se lo había dicho en numerosas ocasiones que los jóvenes aun no habían intimado hasta ese punto. Las opciones que le quedaban era que Carlitos tuviese otra chica muy experimentada o que Ana estaba siendo una excelente profesora. Evidentemente se decantó por la segunda. En cuanto tuviese ocasión debería agradecer a su invitada el buen trabajo que estaba haciendo con su hijo y que ella tanto estaba disfrutando.

Cuando Carlos abandono los agujeros de su madre acomodo su capullo a la entrada de su ya dilatado ano. Esa polla estaba empapada en sus propios jugos. Marta apoyó su cabeza sobre la cama y con sus propias manos separó sus glúteos. La verga de su hijo se abrió paso en el estrecho conducto poco a poco. Marta sentía como ese duro trozo de carne vencía la resistencia que su cavidad ofrecía.

Marta estaba disfrutando de cada centímetro de polla que entraba en ella. No pudo contener un grito cuando la verga de su hijo estuvo completamente insertada en su culo. Carlos estaba quieto dentro de ella y ella se estremeció nuevamente de placer. Luego sujetó la cintura de su madre y comenzó un lento movimiento de bombeo. Carlos regalaba a su madre penetraciones profundas y está cada vez que su hijo avanzaba lanzaba todo su cuerpo hacia atrás para que su verga le llegase lo más profundo posible. Los gritos de Marta se sucedían cada vez que su hijo entraba y salía de su oscura cueva.

Una bomba de placer estalló dentro de Marta y esa sensación se extendió por todo su cuerpo. Su espalda se arqueó como si de una gata se tratase, su cabeza se sacudía y los gritos y jadeos que brotaban de su garganta hacían que el orgasmo que la invadía la dejase fulminada. Carlos acompañó los gritos de su madre con sus propios jadeos y tomándola fuertemente por la cintura enterró su miembro en lo más hondo para llenar las entrañas de su madre con

los abundantes borbotones de su semilla.

Marta se desplomó rendida sobre la cama y su hijo sobre ella. Este la abrazó y permanecieron así en la cama.

La respiración de ambos se fue relajando. Carlos se quedó profundamente dormido. Marta se levantó con cuidado para no despertarlo. De pie junto a la cama observó el cuerpo desnudo de su hijo. Tomó el edredón y lo cubrió con mimo. Luego Marta recogió su bata y se vistió con ella para regresar a su habitación. En su camino de vuelta sentía como por sus muslos bajaba la simiente de su retoño.

Se metió en la ducha y se relajó bajo el chorro de agua templada. Luego se vistió y se acomodó en su sillón para terminar de corregir los exámenes de sus alumnos.

—CAPITULO 13—

COMPRAS EN EL CENTRO COMERCIAL

PRIMERA PARTE

---

Era miércoles por la mañana y toda la familia había coincidido en el desayuno. Cosa que no solía ser muy habitual ya que siempre había alguien con cosas que hacer a primera hora. Todos estaban listos para salir a sus quehaceres en cuanto terminasen con la comida más importante del día. La primera en levantarse de la mesa fue Ana. Recogió su plato, los cubiertos y el vaso, para dejarlos en el fregadero. Clara y Carlos la siguieron. Los tres iban a salir de la cocina cuando Marta los detuvo.

—Chicos un momento.

Los tres se detuvieron y se volvieron intrigados.

—¿Tenéis algo importante que hacer esta tarde después de comer?

—No. Yo tenía entrenamiento y se ha suspendido, así que después de comer estudiare un poco y luego tal vez vaya a ver a Clara – dijo Carlos.

—Yo he quedado con unas amigas para comer después de clase. ¿Por qué? – respondió Olga.

—Había pensado que podíamos ir de compras esta tarde en familia, para ultimar los detalles del viaje. Papá necesita un par de bañadores nuevos y yo mirare algunos bikinis y algún vestido. ¿Vosotros no necesitáis nada?

—Ahora que lo dices también tendría que comprarme algún bikini – dijo Olga.

—¿Y tu Carlos?

—Creo que no necesito nada. Pero bueno iré por si veo algo.

—Muy bien pues todos aquí a las cuatro – dijo Marta.

—Ana ¿vendrás tú también? – pregunto Javier.

—Bueno, no tengo que comprar nada, creo, pero será divertido. Estaré aquí a las cuatro.

—Perfecto. Hasta luego chicos – se despidió Javier.

—Portaos bien – fue la despedida de Marta.

—Síiiii, hasta luego – dijeron los tres jóvenes sincronizados. Todos rieron por la coincidencia y salieron para dirigirse cada uno a sus ocupaciones.

Eran las cuatro menos cinco cuando Ana entraba en casa. Carlos bajaba por la escalera dispuesto para salir. Javier, de pie en el salón esperaba impaciente a que todo el mundo estuviese preparado.

—Hola Carlos. Hola Javier, dejo la mochila y bajo – saludo Ana.

—Hola – saludo Carlos un poco apático.

—Dile a Marta que baje ya de paso – fue el saludo de Javier.

—Ok.

Ana subió a su habitación y tiró la mochila sobre el sofá. Luego fue hasta su armario y cambió su abrigo por una chaqueta mucho más ligera. En los grandes almacenes o en el centro comercial no le haría falta abrigo, pensó. Bajó de su habitación y llamó a la puerta del dormitorio del matrimonio.

—¿Sí? – respondió la voz de Marta desde el interior, mientras Ana abría la puerta.

—Javier parece impaciente. Me ha pedido que te diga que bajes ya – dijo Ana.

Marta estaba frente al espejo. Desnuda de cintura para arriba. Ana no pudo evitar mirar el reflejo de los pechos de Marta en el espejo. Para tener casi cuarenta y haber amamantado a dos críos los tenía perfectos, pensó Ana.

—Dile que bajo en dos minutos – respondió Marta sin volverse y poniéndose una camisa vaquera que combinaba perfectamente con la falda negra por encima de la rodilla que ya vestía.

—Vale, se lo digo.

Ana cerró la puerta y bajo al salón. Carlos sentado en el sofá veía The Big Bang Theory mientras esperaba. Javier no estaba en el salón. Ana se sentó junto a él y miró también la serie. Los dos jóvenes se reían cuando el padre de Carlos entró de nuevo.

—Marta baja enseguida – le dijo Ana conteniendo la risa.

—Sí, ya sabemos...

—¿Qué sabemos? – lo corto Marta tras él.

—...Nada. Venga todos al coche – dijo Javier sin terminar su frase anterior.

Carlos y Ana se levantaron y junto a Marta se dirigieron al garaje. Javier cogió las llaves del coche que estaban sobre la mesa y entonces de acordó.

—¿Dónde está Olga?

—No ha llegado aún – respondió su hermano.

—¿Es que esta niña no puede ser nunca puntual? – preguntó su padre sin esperar ninguna respuesta.

Javier sacó el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó el número de su hija. Después de unos segundos la joven descolgó al otro lado de la línea. Su padre no le dio tiempo a decir nada.

—¿Se puede saber donde estas? Todos te estamos esperando.

—Estoy llegando a casa. Acabo de cruzar la esquina – fue la respuesta de Olga.

—Vale. Vamos sacando el coche.

Toda la familia salía montada en el coche cuando Olga apareció en la puerta del garaje. Javier detuvo el coche para que su hija subiese. La joven dejó su carpeta en la bandeja trasera y se sentó junto a su hermano. Carlos quedó flanqueado por las dos preciosas chicas, Ana a un lado y su hermano al otro.

Durante el recorrido hasta la zona comercial de la ciudad el teléfono de Olga no dejaba de avisarle de la entrada de mensajes que ella rápidamente respondía. Mientras, Carlos, aprovechaba la distracción de su hermana para tocar el muslo de Ana. El la miraba de reojo de vez en cuando y ella sonreía. Ana, incluso, lo incitaba separando un poco sus piernas para que la mano del joven accediese sin problemas a la cara interna de sus prietos muslos, y así facilitarle el avance hacia la entrada del túnel. La joven dirigió la vista a la entrepierna de Carlos, esta había aumentado considerablemente de volumen, y no pudo evitar sonreír intensamente. Ana, miró a Olga que seguía entretenida con su teléfono, miró a Javier y Marta que no estaban atentos a lo que sucedía en el asiento trasero. Una vez hizo las comprobaciones, colocó su mano sobre el abultado paquete de Carlos y lo apretó con fuerza para sentir su espléndida masculinidad. Ana retiró la mano rápidamente cuando vio que el padre del muchacho miraba por el retrovisor.

Aparcaron el coche en el parking de los grandes almacenes y todos juntos se dirigieron al ascensor. Carlos se puso el abrigo nada más bajar del coche para disimular su excitación, mientras en la cara de Ana no podía borrarse una enorme sonrisa.

—¿Qué te hace tanta gracia? – le pregunto Javier.

—Nada. Me estaba acordando de un chiste que me han contado.

—Cuéntalo – pidió Marta.

—Mejor os lo cuento en casa, es un poco verde – respondió Ana.

Olga pulso el botón para llamar a los ascensores. Mientras esperaban varias personas más se unieron a ellos en la espera. Un golpecito de campana indicó la llegada del elevador. Las puertas se abrieron y una pareja salió del cubículo. Carlos, Ana y Olga estaban en el fondo. Javier se colocó delante de Ana de espaldas a ella y Marta frente a su hijo también dándole la espalda. El resto de personas ocuparon los huecos como pudieron. Cuando las puertas empezaron a cerrarse una mano las interrumpió y estas volvieron a abrirse. Tres personas más entraron en la caja elevadora dejando ésta llena a rebosar. Esto hizo que los roces entre los ocupantes del ascensor fueran inevitables.

La espalda de Marta rozó el pecho de su hijo y sintió algo duro presionando en su trasero. La mente de Marta voló, “No puede ser, Carlos esta empalmado”. Marta sintió la mano de su hijo apoyada en su cintura y su cálido aliento en el cuello. El corazón de Marta se aceleró cuando la mano de su hijo se introdujo despacio bajo su corta falda. La mano de Carlos alcanzó la escueta braga de su madre y sus dedos traviesos acariciaron la vulva de su madre. Marta se estremeció. “Este chico es tonto, su padre está aquí, a mi lado” pensó. Su respiración se agitó levemente. “Debo parar esto ahora mismo” volvió a decirse a ella misma. Pero Marta no detuvo a su hijo. El placer que los dedos de Carlos le estaban proporcionando se imponía a la razón. Carlos masturbaba a su madre con suavidad, mientras su madre contenía la respiración para no emitir el más leve gemido. El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. La gente empezó a salir del ascensor y la mano de su hijo abandonó su intimidad. “¡Dios, no. Ahora no. Estoy a punto de correrme!”, gritó en su interior. Y toda la familia comenzó a caminar por una de las plantas de moda, mientras Marta no perdía de vista a su pequeño.

En aquel mismo instante, los mechos de Ana se clavaron en la espalda de Javier. Este pudo sentir los pezones de la joven en su espalda, pese a llevar la camisa y la cazadora. “Me acaba de empitonar. Esta chica es increíble”, se dijo a sí mismo. Una de las manos de Ana cogió con fuerza el trasero de Javier. Lo apretó. Luego la joven deslizó su mano entre las piernas de Javier. Este no pudo evitar dar un ligero respingo cuando esa mano acarició sus huevos. Su miembro reacciono al instante y comenzó a crecer dentro de su pantalón. Ana vio que una señora mayor estaba justo delante de Javier. La joven apoyo la barbilla en el hombro contrario al que se encontraba Marta y le

susurro al oído:

—Ten cuidado. Se la vas a clavar a esa ancianita y puede morir de la impresión.

Luego le mordió el lóbulo de la oreja y volvió a su posición sin sacar la mano de la entrepierna de Javier. Una enorme sonrisa picara llenaba el rostro de Ana. Cuando el ascensor se detuvo y todos salieron Ana camino delante de Javier por la planta de moda. Toda su familia estaba delante de él, no podían verlo, su mano se posó en el prieto culo de Ana, embutido en su vaquero y lo cogió con fuerza para luego darle un azote. Ana aceleró el paso y sin perder la sonrisa, le guiñó un ojo a Javier al tiempo que le sacaba levemente la lengua, como una niña mala y traviesa.

—Voy a ver los bikinis. Luego nos vemos – dijo Olga.

—Pero... Mira tu hija a su puñetera bola – gruño Marta a su marido que ya caminaba a su lado.

—Déjala. En cuanto encuentre algo que le guste te llamará – respondió Javier.

—Tú defiéndela. Se suponía que compraríamos en familia.

—Y que quieres que los chicos nos esperen mientras yo miro un bañador o tú un vestido. Se pondrán insoportables es mejor así y tardaremos menos.

—Vale. Pues ve a la sección de deportes y búscate un par de bañadores. Luego te doy el ok – dijo sonriendo a su marido.

—Yo voy a ver las novedades en la sección de discos – anunció Ana y se marchó sin esperar respuesta.

Javier la miró como se marchaba algo desilusionado. Después de lo sucedido en el ascensor había albergado la esperanza que ella le ayuda con los trajes de baño.

—Carlos. Venga vamos a la sección joven. Acabo de recordar que necesitas un pantalón y una camisa – le dijo Marta a su hijo.

—Pero mamá – protesto Carlos.

—No hay peros. Vamos — le indico al chico. – Nos vemos luego – le dijo a su marido alejándose.

—Vale – fue lo único que dijo.

Ana siguió a Olga a cierta distancia. Tenía la sospecha que sucedía algo. Olga había estado muy callada durante todo el trayecto y centrada en su teléfono al que no dejaban de entrar mensajes. Además empezaba a conocer bien a Olga y sabía que le encantaba ir de compras con su madre. Ana quería saber que era tan importante para que dejase pasar esa oportunidad.

Olga no esperó a los ascensores, tenía prisa, y fue directamente a la escalera mecánica. Una planta tras otra llegó a la planta baja. Ana estaba en la escalera cuando vio quien la esperaba. Era Marcos. Este la tomó del brazo. Olga intentó resistirse pero este tiro de ella hacia la escalera que bajaba al aparcamiento. Ana continuó tras la pareja. Olga y Marcos bajaron hasta el segundo sótano. Caminaban deprisa entre los coches aparcados y Marcos iba tirando del brazo de Olga, que lo seguía con contra su voluntad. Ambos subieron al Mercedes negro de Marcos que estaba estacionado en una zona apartada. Ana se ocultó tras una de las columnas, lo más cerca posible que pudo sin que fuera descubierta y sacó su teléfono móvil del bolsillo de su cazadora. La joven espía comenzó a fotografiar y grabar lo que pasaba dentro de aquel coche.

Marcos intentó besar a Olga pero esta apartó su cara. Marcos le gritó e intentó besarla de nuevo obteniendo una nueva negativa. El hombre metió la mano en su chaqueta y sacó su teléfono móvil, pulso la pantalla del aparato con su rechoncho dedo y tomando a Olga por la nuca le mostró lo que ahí aparecía. Luego volvió a pulsar la pantalla y la joven lo detuvo. Marcos guardó el teléfono nuevamente y besó a la chica mientras metía su mano bajo su jersey. El hombre, después de unos minutos comiéndole la boca a Olga y sobando sus tetas se acomodó en su asiento. Marcos tomó a la chica por la nuca y la obligó a bajar su cabeza hasta su entrepierna. Era evidente que Olga se resistía y a él le costaba que bajase. Finalmente consiguió su propósito. Marcos se recostó cómodamente con los ojos cerrados, con la mano izquierda sobre el volante y la derecha en la espalda de Olga. Con ella que al tiempo que la acariciaba marcaba el ritmo de la mamada que le estaba haciendo.

Unos minutos después Olga se incorporó y volvió a su asiento. Cogió su bolso y sacó unos pañuelos con los que estuvo limpiándose. Olga abrió la puerta brevemente y los tiró fuera. Luego bajó el parasol y se miró en el espejo. Olga intentaba recomponer su aspecto. Marcos a su lado se abrochó el pantalón y subió la cremallera con una sonrisa e satisfacción en su cara. Mientras la joven peinaba su pelo con los dedos y pintaba nuevamente sus labios, el hombre le hablada.

La pareja salió del coche. Ana se ocultó rápidamente y guardó su teléfono nuevamente en el bolsillo. Olga caminaba al lado del socio de su padre y juntos fueron hasta el ascensor. Ana antes de volver a seguirlos cogió sus llaves y se acercó al deportivo de Marcos. Con ellas escribió una palabra sobre el capo. CERDO. Luego espero que ambos tomasen el ascensor y esperó

hasta ver en que plantas se detenía antes de volver a bajar. Ana cogió otro ascensor y buscó a la pareja.

Javier que se había quedado solo. Estuvo deambulando de un lado para otro sin un rumbo fijo. Dio una vuelta por la sección de moda de caballero y miró algunos trajes. Paseó por la sección de electrónica y se entretuvo mirando las novedades en equipos HIFI. Después hojeó las últimas novedades literarias. Cuando se cansó de dar vueltas de un lado para otro finalmente se dirigió a la sección de deportes en busca de los bañadores que le hacían falta. Al cruzar junto al departamento de lencería vio a un hombre que le pareció Marcos, su socio. Ese hombre escogiendo un conjunto. Javier decidió entrar para ver si realmente ese hombre era Marcos. Efectivamente cuando se aproximó a él pudo comprobar que era su socio. Iba saludarlo cuando con un conjunto de lencería negro se dirigió a los probadores. Una joven que estaba de espaldas a él lo espera en la entrada con algunos conjuntos más en la mano. Si no fuera porque era imposible Javier hubiese jurado que aquella chica era su hija. Marcos tomó a la joven de la cintura y entró con ella en la zona de probadores.

“Será cabrón” se dijo a sí mismo, cuando pensó en Irene y Clara, la mujer e hija de su socio. Javier se puso a disimular mirando algunos saltos de cama mientras su socio salía con su amiguita, sin apartar la vista de los probadores.

—Buenas tardes, ¿necesita ayuda? – se ofreció una joven dependienta a su espalda.

—Eh... no gracias. Solo estoy mirando. Busco algo especial para mi esposa – respondió sin ni siquiera volverse.

—Solo llámeme si necesita algo.

Javier no respondió y la dependienta volvió a sus tareas junto a la puerta de los probadores.

—Sabe, creo que a Marta le van más las transparencias y las gasas.

Javier se giró en ese mismo instante y comprobó que esa última frase no era de la dependienta. En ese momento era Ana la que le ofrecía su ayuda. Tenía picardía en la mirada. Como cuando un niño piensa hacer una travesura.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, mirar.

—Yo no miro nada.

—Lo sé. Solo estas esperando.

—¿Cómo?

—Qué esperas a tu socio y a la chica que lo acompaña.

—¿Y tu como lo sabes?

—También los he visto entrar. Venga vámonos. Te ayudare a elegir los bañadores.

—No. Espera un momento que salgan.

—Javier, déjalo. A ti que más te da lo que haga el capullo de tu socio. Venga – y tiró de su manga ligeramente.

—Quiero verlos salir. Solo eso.

—Pero ¿Por qué? Si yo también puedo acompañarte a uno de los probadores.

—Ana, déjame. Tengo que verlos. Tengo una sensación rara, un presentimiento.

—Es mejor que no los veas. Por favor, hazme caso.

—Tú sabes quién es la chica ¿verdad? Dímelo.

—No. Si te lo digo no me creerás. Será mejor que lo veas tu mismo.

Ana cogió uno de los saltos de cama que Javier miraba y tomándolo de la mano se dirigieron a los probadores. En la entrada de los mismos Ana se detuvo y se volvió a Javier.

—Solo te pongo una condición. No quiero que montes una escena. Yo ya me estoy ocupando de todo.

—¿Cómo dices?

—Por favor, prométemelo.

—Está bien, lo prometo.

Ambos entraron en los probadores. Ana mostró la prenda a la dependienta y esta miró de arriba abajo a Javier. Este se dio cuenta. La muchacha lo estaba mirando con desprecio, como diciendo, ya veo quien es tu esposa. Ana lo tomó de la mano y tiró nuevamente de él. Caminaba agachada, mirando a uno y otro lado los probadores. Cuando la joven localizo el que buscaba se incorporo y se volvió hacia Javier. Le indicó que guardase silencio poniendo su dedo índice sobre sus labios y después junto sus manos sobre su pecho y le hizo un gesto, por favor lo has prometido. Los dos entraron en el cubículo formado por tres cortinas y un espejo. Ana cerro la cortina y dejo la prenda en una percha. Con mucho cuidado, la joven, abrió levemente la cortina que los separaba de Marcos y acompañante. Solo fue una rendija, algo imperceptible pero fue suficiente para que Javier viese lo que pasaba al otro lado.

Lo que vio Javier le pareció algo imposible. No podía creérselo. Le parecía grotesco. Si no hubiera sido por que lo estaba viendo con sus propios ojos lo habría negado. Su hija, Olga, vestía una de las prendas que había visto coger a

su socio, Marcos. Ambos estaban de pie en aquel reducido espacio. Marcos se acercó a su pequeña y la besó. Olga instintivamente abrió sus labios y sus lenguas chocaron. Marcos pasó su mano por la espalda de Olga, buscando su cintura. La enorme mano de ese hombre tomaba la cintura de la tierna joven. La mano de Marcos ascendió por la espalda de Olga y desabrochó el sujetador negro de encaje. Acarició su espalda desnuda y pasó la mano a su abdomen, luego fue subiendo hasta acariciar su pecho.

El rostro de Javier era todo un poema. Ana estaba más pendiente de él que de lo que sucedía al otro lado de la cortina. Ella ya sabía de lo que era capaz ese depravado. Ana tenía cogido a Javier por uno de sus brazos, mientras con la otra mano no dejaba de acariciar su espalda para intentar relajarlo. Mientras le susurraba:

—Tranquilo. Por favor.

Los pezones de Olga reaccionaron inmediatamente al contacto de esa mano que había tomado su pecho. Marcos no paraba de besarla. Olga no pudo contenerse y le quitó la chaqueta a Marcos y desabrochó su camisa. Marcos hundió su cara en el pecho de Olga y jugó con su lengua en sus pezones desnudos. Marcos se puso en cuclillas frente a la tierna e inocente joven. Se quedó ahí, agachado, con su cara frente a sus braguitas de negro encaje semitransparente. Olga le acarició el pelo con suavidad. Marcos introdujo sus dedos en el elástico de la prenda y está descendió por esas bonitas piernas.

Cuando Javier vio el sexo de su pequeña Olga estaba brillante, rezumando fluidos. Era imposible. Como su hija podía excitarse con semejante tipo. La pregunta inevitable golpeó su mente. ¿Estaba drogada como aquella noche? Aquella maldita noche en la que no debió de suceder nada, pero pasó todo. Javier sintió una punzada en el estómago, como si una daga se le clavase y le hurgase las tripas, con lo que estaba viendo en ese momento. Marcos, su socio, su amigo, estaba recogiendo con la punta de su lengua el jugo que manaba de su pequeña.

Marcos recorrió la rajita de Olga de arriba abajo y de abajo arriba, introduciendo su lengua bien entre sus labios. Y finalmente jugó con el botón rosa del clítoris que hizo que Olga se corriese con un gemido hondo y ahogado. Marcos nuevamente de pie y la besó. Compartió con Olga sus propios fluidos.

Javier estaba tenso, con los puños cerrados y la cara roja de rabia. Ana a su lado intentaba calmarlo con caricias. Pero sabía que era complicado que un padre estuviese tranquilo en una situación como esa. Una situación que en

cierta forma él había provocado.

—Javier, vámonos. No merece la pena que te tortures así. Venga. – susurraba Ana en su oído y tirando de él.

—No. Tengo que verlo – fue la respuesta casi imperceptible de Javier.

Mientras, la pareja seguía besándose. Olga desabrochó el cinturón de Marcos, luego su pantalón que cayó a sus tobillos. Olga palpó el bulto por encima de la tela, que palpitó en su mano. La joven bajó un poco el slip negro de Marcos, liberando su polla que saltó con impaciencia. El socio de Javier puso sus grandes manos en los hombros de la hija de su amigo obligando a esta a ponerse de rodillas, aunque ella intentó resistirse.

—Ya sabes lo que tienes que hacer – dijo Marcos con un tono bajo pero autoritario.

Olga rodeó la polla con una de sus manos y la acarició dejando al descubierto el rosado glande de Marcos. De ese capullo brotaba un líquido transparente que Olga recogió con la punta de su lengua. Luego se lo introdujo en la boca y lo mordió mientras su lengua jugaba con él. Miró a Marcos, estaba apoyado en el espejo del probador con los ojos cerrados y una cara de placer que no podía disimular. Olga engulló la polla hasta el fondo y comenzó masturbarlo con su boca. Cuando lo miraba sabía que Marcos estaba disfrutando.

—Yo mato ahora mismo a ese cabrón – dijo en un suspiro Javier haciendo ademán de traspasar la cortina.

—Me lo has prometido. No ibas hacer ninguna escena – lo detuvo Ana tomando con fuerza del brazo.

—Pero...

—Calla y vámonos – volvió a insistir Ana.

—No – dijo tajante Javier, casi en un suspiro.

Marcos sujetando del cabello a la pequeña Olga movía ligeramente sus caderas acompañando sus movimientos a los de la cabeza de la chica. Ella se movía cada vez más rápido. Hasta que la detuvieron.

—Para. Quiero follarte – ordenó Marcos.

Olga se detuvo inmediatamente. Marcos la tomó por los brazos y la hizo levantarse, luego la giró. El socio traidor, puso a la chica mirando hacia el espejo del probador e hizo que se inclinase un poco. Olga apoyó ambas manos en el espejo. Ambos podían verse y mirarse a los ojos a través de sus reflejos. Marcos cogió su dura polla y la paseó por toda la raja húmeda de Olga. El hombre detuvo su paseo en la entrada de la abierta y chorreante vagina de la

joven. Olga movió sus caderas con impaciencia, quería ser follada. Marcos ignoró la señal y permaneció así unos segundos más, haciéndose de rogar, luego le metió solo con el capullo y esperó. A Olga la espera se le hacía eterna, deseaba que Marcos la penetrase

—Fóllame ya, cabrón. ¿A qué esperas? – dijo Olga.

Javier nunca habría podido imaginar que su pequeña, su dulce niña, dijese una expresión como aquella.

Marcos empujo con fuerza enterrando su polla completamente en Olga. Ella grito contenidamente de placer.

—Sí. Otra vez. Métemela más fuerte – ordenó Olga.

Marcos salió de Olga y volvió a entrar, pero esa vez con más fuerza aún. Y así volvió a repetirlo una y otra vez. Cada nueva embestida era cada vez más rápido y con más fuerza, enterrando su polla en el coño de Olga hasta la misma base. Marcos la sujetaba por las caderas y veía su cara de placer en el espejo cuando cruzaban sus miradas en él. Más fuerte, más rápido, más profundo. Más fuerte, más rápido, más profundo. Con cada penetración de Marcos los gritos de Olga subían de intensidad.

—Me voy a correr – dijo Marcos.

—Para – fue la respuesta de la joven.

El socio de Javier paró inmediatamente. Olga separó una de sus manos del espejo e introdujo dos dedos en su boca. Los llevo a su clítoris y lo masajeo con fuerza. Volvió a apoyarse con ambas manos en el espejo y dijo.

—Ahora, córrete conmigo.

Y Marcos volvió a follarse a Olga con más fuerza que antes.

Javier incrédulo e impotente salió del probador rápidamente. No podía seguir viendo aquello. Ana iba salir tras él cuando se percató que a sus pies tenía la chaqueta de Marcos. No tendría otra oportunidad como aquella. Ana se agachó y cogió la chaqueta por debajo de la cortina, mientras Olga no dejaba de decirle:

—¡Córrete! ¡Córrete! ¡Ahora Marcos! ¡Ahora, córrete conmigo!

Ana con la chaqueta de Marcos ya en sus manos registro los bolsillos interiores hasta que encontró lo que buscaba.

—¡Lo tengo!

Tiró nuevamente la chaqueta al suelo y salió corriendo de los probadores, mientras guardaba en el bolsillo de su cazadora el teléfono móvil de Marcos. Una vez fuera buscó a Javier con la mirada. No quería que montase una escena. Lo vio en la entrada de la sección de lencería caminando nervioso de

un lado a otro. La dependienta miró a Ana un poco desconcertada. Esta dejó en el mostrador el picardías que todo el tiempo había tenido en la mano y le dijo sin detenerse:

—Lo siento, no me queda bien.

Ana fue hasta donde estaba Javier y lo tomó del brazo. Tiró de él y se dirigieron a las escaleras mecánicas.

—Vamos a la cafetería necesitas tomar algo.

Marta y Carlos deambulaban por la sección de ropa juvenil en busca de un pantalón. Carlos estaba bastante contrariado. A pesar de estar a solas con su madre y después de su juego con ella en el ascensor, Carlos, hubiera preferido irse a la sección de electrónica o ver las últimas novedades en videojuegos. Al joven parecía no gustarle ninguna de las prendas que veían y Marta empezaba a perder la paciencia. Esta cogió un pantalón de una de las estanterías y le miró la talla. Luego miró a su hijo y asintió con la cabeza.

—Toma. Vamos a ver cómo te quedan. Pruébatelos.

—Pero mamá esos no me gustan – protesto Carlos como si fuese un crío de diez años.

—Pruébatelos y luego hablamos – sentenció Marta.

Madre e hijo se dirigieron a los probadores. Carlos entró en uno de los del fondo que estaban libres, corrió la cortina y su madre lo esperó fuera. Una vez los tuvo puestos le pareció que no estaban nada mal.

—¿Qué tal? ¿Cómo te quedan? – pregunto Marta desde el otro lado de la cortina.

—Bien.

Marta descorrió la cortina y entró junto a su hijo. Comprobó la cintura y lo hizo girar sobre sí mismo.

—Te quedan perfectos. Solo un poco largos. Le diré a la chica que les meta un poco.

La madre de Carlos avisó a la dependienta para que cogiese los bajos, mientras ella elegía alguna prenda más. La dependienta que entró sorprendió a Carlos. Era guapísima. Se parecía un montón a su hermana, morena, con un cuerpo de infarto, como solían decir sus amigos y unos ojos que quitaban el hipo. Carlos calculó que podría tener tres o cuatro años más que Olga. La joven, como el resto de dependientas de la sección, vestía una camiseta blanca muy ajustada de cuello en uve y un pantalón negro súper ajustado que definía perfectamente su silueta. Cuando la dependienta estuvo frete a él no dijo nada. Solo le sonrió y se agachó para coger los bajos. Carlos no pudo evitar mirar

su escote. Le hubiese encantado perderse en aquella sima. La imaginación del joven voló. Tenía a aquella preciosa chica a escasos centímetros de su entrepierna. La dependienta manipulaba los bajos mientras Carlos no pudo evitar fijarse en el precioso culo de la chica. La camiseta, por la postura que tenía, se había levantado mostrando la parte baja de su espalda y el ceñido pantalón había bajado unos centímetros. Eso fue suficiente para que Carlos se deleitase con el principio de unas preciosas y redondas nalgas y con el escueto hilo de su más que probable diminuto tanga. Luego pensó que nunca se había fijado si su hermana usaba ese tipo de prendas. Su mente regresó a la dependienta y como sería en la cama. “Follar con ella sería una pasada” pensó. Se preguntó qué haría Olga cuando estaba con su novio y si también sería una pasada estar con ella. Carlos no pudo evitar excitarse con esos pensamientos.

Cuando la guapa dependienta terminó su tarea se puso de pie nuevamente. Miró a Carlos fijamente y sonrió con picardía. Le guiñó un ojo y se dio la vuelta. Marta entraba con un par de camisas y la dependienta le dijo:

—Ya está. Cuando terminen me los dejan en el mostrador para tomar nota y en una media hora estarán listos.

—Gracias —dijo Marta.

La chica se marchó y dejó a madre e hijo solos nuevamente. Carlos sonreía sin apartar la vista del precioso culo de la joven. Pero su madre lo sacó rápidamente de su ensimismamiento.

—Carlos, por favor. Contrólate un poquito — le dijo Marta.

—¿Qué he hecho ahora?

—Por favor, hijo. Que habrá pensado esa chica — respondió su madre al tiempo que le lanzaba una mirada a la entrepierna.

Carlos desvió su mirada hacia el punto que indicaba la de su madre. Estaba completamente empalmado y los pantalones algo ajustados mostraban un enorme bulto difícil de disimular. Carlos no pudo evitar sonreír.

—Pues, mamá, creo que le ha gustado lo que ha visto porque me ha guiñado un ojo y me ha sonreído.

—Ya. Seguro que esta deseado ligar contigo. Si ha hecho eso es por no darte un bofetón. Toma pruébate estas camisas y relájate un poquito.

Marta volvió a salir y dejó nuevamente solo a su hijo en el probador. Cuando la madre de Carlos regresó con otras prendas para que se las probase, la virilidad del joven no se había relajado nada. Cuando Marta vio aquello entró en el probador.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada mamá.

—¿Nada? Primero me metes mano en el ascensor delante de tu padre y ahora esto.

—Pero... no tengo la culpa no puedo controlarlo.

—Venga Carlos. Por favor. No me digas que no has podido controlar el meterme mano. Además no me creo que te hayas puesto así solo porque la dependienta te haya cogido los bajos del pantalón.

—Joder mamá. Vale, lo siento, lo del ascensor no se volverá a repetir. Pero yo no tengo la culpa de esto – dijo finalmente Carlos mirando el gran bulto de su pantalón.

—No te preocupes. Solo estoy un poco nerviosa. Tenemos muchas cosas que hacer y no nos dará tiempo. Haremos una cosa. Te dejo solo unos minutos y te masturbas, así te relajas y podemos continuar.

—¡Mamá!

—¿Qué? No me iras a decir a estas alturas que no te has hecho una paja.

—No. No puedo hacerlo aquí.

—¿Por qué? Estoy segura que lo habrás hecho en sitios aun peores. Piensa en qué harías con la dependienta. O mejor aun en Clara.

—No insistas no puedo.

—¡Joder Carlos!

Marta entro en el probador donde estaba su hijo y corrió la cortina para aislarse del exterior. Se puso de rodillas frente a Carlos y desabrochó el botón del pantalón bajándolo hasta los tobillos del muchacho.

—Pero mamá ¿Qué haces?

—Terminar con este problema cuanto antes.

Después de esas palabras, Marta, bajó también el bóxer de su hijo dejando al descubierto un muy erecto miembro mirando al cielo. Escupió en su mano tomó la polla de su hijo por la base. La mano de Marta comenzó a subir y bajar por el falo de Carlos recorriéndolo en toda su longitud. La mano de la madre se movía con maestría. Era evidente que no era la primera vez que masturbaba a un hombre. Carlos, estaba ahí, de pie, con las piernas ligeramente abiertas, un probador, con su madre de rodillas ante el haciéndole una paja. No lo habría imaginado ni en sus mejores sueños. Marta aceleró el ritmo de su mano para intentar que su hijo terminase lo antes posible. Escupió nuevamente sobre el dilatado capullo de Carlos para lubricar la maniobra.

—¿Te falta mucho? – pregunto Marta sin dejar de pajear a su retoño.

—No... estoy... casi a... puto – respondió Carlos entrecortadamente.

—Pues date prisa.

Marta aceleró nuevamente el ritmo y luego lo mantuvo constante. Con la otra mano cogió los huevos de su hijo y los acarició. Los apretó suavemente y recorrió el espacio que separaban estos de su entrada trasera. Eso excitó mucho más al joven acrecentando la dureza de su miembro.

—Vamos, córrete ya.

—No puedo aún.

—Pues no se que mas necesitas.

—Enséñame las tetas. Terminare antes.

La mano de Marta que acariciaba los huevos de su hijo se dirigió a los botones de su camisa. Tenía un par de ellos desabrochados mostrando el comienzo de un precioso pecho. Cuando comenzó a abrir los siguientes dejó a la vista de su hijo esos dos exuberantes pechos que estaban libres bajo la prenda.

Carlos se apoyó contra el espejo y cerró los ojos para concentrarse y alargar aquel maravilloso momento. Su madre continuaba masturbándolo a buen ritmo y cuando volvió a mirarla esas dos preciosas y firmes tetas se movían al ritmo de su brazo. Carlos no podía más.

—Voy a correrme mamá, voy a correrme.

Marta de masturbar la polla de su hijo y la sujetó firmemente por su base. Su rostro estaba a pocos centímetros de esa dura barra de carne. Abrió su boca y sin previo aviso engulló el falo de Carlos. Este con los ojos como platos y quieto como una estatua se dejó hacer. Su madre movía su cabeza tragando su polla totalmente incrustando en grueso glande en su garganta. Carlos no pudo contenerse y cogió a su madre por la nuca y el pelo haciendo que se detuviese en sus movimientos. El comenzó a mover sus caderas y a follar la boca de Marta. A la tercera embestida comenzó a descargar en la boca de su madre. Carlos se quedó quieto sintiendo como el semen fluída a lo largo de su polla para depositarse en la húmeda y cálida cavidad. Cuando Marta sintió que su hijo había terminado y su miembro comenzaba a perder firmeza, lo saco de su boca y se puso de pie. Frente a él abrochó nuevamente su camisa. Carlos estaba quieto frente a su madre. Cuando esta termino de arreglarse frente al espejo tomo a su hijo por la nuca con su mano y aproximó su boca a la de él. Marta lo beso metiendo su lengua en la boca de su pequeño. Carlos se sorprendió cuando su boca comenzó a llenársele se un liquido espeso que no era saliva. Marta se separó de él.

—Eso es tuyo. Lo mejor que puedes hacer es tragártelo. Ahora cámbiate. Te espero fuera.

Salió del probador dejando a Carlos con la boca llena con su propia leche. Este sin saber que hacer la escupió en un rincón y se vistió apresuradamente. Una vez fuera de los probadores se reunió con su madre que ya lo esperaba con unas bolsas en la mano junto a la dependienta. La joven le sonrió y les indico que en media hora tendrían los arreglos. Mientras madre e hijo salían de la sección de moda joven, Marta le dijo:

—De esto ni una sola palabra a nadie.

—CAPITULO 13—

COMPRAS EN EL CENTRO COMERCIAL

—————SEGUNDA PARTE

---

Ana y Javier estaban sentados en la cafetería de la planta superior de los grandes almacenes desde donde se podía contemplar una preciosa vista de la

ciudad. Frente a Javier había una humeante taza de tila y frente a Ana un vaso de refresco. Los dos estaban callados. Javier tenía la vista clavada en la taza sin dejar de darle vueltas a la infusión con la cucharilla. Ana lo observaba intentando adivinar que estaba pasando en esos momentos por su cabeza.

—¿Tú lo sabías? – preguntó Javier rompiendo el pesado silencio entre los dos.

—¿A qué te refieres?

—A que va a ser. Lo de Olga y Marcos. Antes has dicho que te estabas ocupando de todo.

—Yo lo sé todo. Lo ha Olga hace tiempo que lo sospechaba pero hasta hace unos días no lo tuve seguro.

—¿Todo? ¿Qué quieres decir?

—Javier... sé lo que paso en la fiesta. Bueno, mejor dicho después de la fiesta.

—¿Cómo lo has sabido? – pregunto Javier completamente pálido.

—Tu socio intento chantajearme con unas fotos para que me acostase con él. Me negué y le dije que le enseñase las fotos a quien quisiera. Evidentemente no ha hecho nada. Pero luego lo intentó con Olga. Y por eso ella estaba con él. La chantajea.

—Pero... tampoco parecía que se negara – dijo Javier algo contrariado.

—Vamos a ver. Un cerdo la esta chantajeando. No le queda más remedio que acceder a sus deseos, supongo que para no volverse loca intentará disfrutar dentro de lo posible.

—Yo lo mato. Esta misma noche voy a su casa y lo mato.

—No. Esta noche no harás nada. Y seguirás comportándote como siempre.

—De eso nada. Esta misma noche se termina todo.

—Javier... ¿Quieres que Marta sepa lo que le hiciste a Olga aquella noche?

—¿Me estas amenazando? Además tú no tienes nada. Las fotos las tiene el cabrón de Marcos. Tu misma lo has dicho.

—No. No es una amenaza. Solo quiero evitar que hagas una tontería. Además he conseguido las fotos que tenia Marcos.

—Quiero que me las des. ¿Dónde las tienes? ¿Las has visto?

—Sí, las he visto y están en un lugar seguro. Solo me queda comprobar si tiene alguna copia y todo habrá terminado.

—¿Qué vas a hacer?

—Tú no te preocupes. Solo confía en mí. Tú secreto está a salvo conmigo.

Ana cogió el vaso del refresco y lo bebió de un solo trago. Se levantó y se

dispuso a marcharse.

—Ana... — dijo Javier intentando retenerla.

—Luego nos vemos y te ayudo a elegir los bañadores.

La joven salió de la cafetería y se dirigió a la sección de telefonía móvil. Mientras bajaba sacó el teléfono del bolsillo de su cazadora. Ana sonrió satisfecha, todo sería más fácil de lo que había pensado, el teléfono se desbloqueaba tan solo pasando el dedo sobre la pantalla sin necesidad de ningún patrón determinado. Fue directamente a la galería de fotos. Miró los álbumes. Había mucho material y muy interesante. Finalmente encontró las fotos de aquella noche. Solo las vio por encima. Javier la folló aquella noche. En el fondo no le sorprendió, al final habían terminado haciéndolo. Lo que si la sorprendió fue ver que también se folló a su hija aquel día.

Cuando Ana llegó a la sección de telefonía un joven muy atento se ofreció a ayudarla. Ella le mostró el teléfono de Marcos. Luego le pido un cargador y un cable de datos para ese aparato. El joven miró el modelo y unos minutos después ponía en una pequeña bolsa lo que Ana le había solicitado. Ana le pagó y se fue pensando en la suerte que había tenido.

Marta caminó sola hacia la sección de ropa de señora. Carlos, más relajado después de lo sucedido en los probadores logró escabullirse a la sección de electrónica. Justo antes de llegar vio a Ana sola, sentada en un banco, hojeando distraída un libro. Se acercó a ella y se sentó a su lado.

—¿Qué lees? – preguntó Marta sacando a Ana de su distracción.

—¿Eh...? Eres tú. No me había dado cuenta – respondió la joven.

—Ya veo. Estabas muy concentrada en la lectura.

—No leía, tan solo lo hojeaba echando un vistazo por encima – y le mostró la portada.

—Un Jardín al Norte. ¿Boris Izaguirre? No me imaginaba que te gustase ese tipo de literatura.

—No es lo que piensas.

—Si a mí no me importa, puedes leer lo que te apetezca, lo importante es leer.

—Ya. Pero no es lo que imaginas. Este libro no es nada frívolo. ¿Has leído El tiempo entre costuras?

—Sí. Aunque me dejó un sabor agridulce. ¿Eso que tiene que ver con este libro?

—Pues la amiga de Sira, Rosalinda, en el libro ese personaje viene, va y podría haber dado mucho mas juego. Este libro digamos que es la vida de

Rosalinda, me quedé con ganas de saber más sobre ella y bueno lo he comprado.

—Siendo así me gustaría leerlo. Cuando lo termines me lo pasas.

—Eso está hecho. Por cierto ¿Qué haces por aquí?

—Iba a la sección de moda de señora, ¿me acompañas?

—Claro.

Ana y Marta pasearon por la sección de moda mirando la ropa. Al tiempo que iban escogiendo las prendas que les gustaban y Marta consideraba más adecuadas, charlaban de unas cosas y otras. Una vez tuvieron hechas las elecciones Marta se dirigió a los probadores. Ana se quedó distraída entre los distintos percheros.

—¿No vienes? – le dijo Marta.

—Ahora cuando te cambies voy.

—No digas tonterías. Venga vente y me ayudas.

Ambas entraron en los probadores. Colgaron las prendas en algunas que había en el cubículo. Marta comenzó a desabrochar su blusa mientras Ana observaba como poco a poco esta iba dejando al descubierto sus pechos desnudos. Después se deshizo de la falda quedando tan solo vestida con el tanga de color negro. Ana la ayudó con los vestidos y mientras los ponían y los quitaban ella aprovechó para no perder detalle de aquellas preciosas tetas que la tenían fascinada. Al tiempo que sus manos entre cambio y cambio rozaban y acariciaban descuidadamente la suavidad y tersura de esos pechos, así como la dura excitación de los pezones de Marta. El tiempo pasaba volando y Ana cada vez estaba más excitada.

—Tienes un cuerpo magnifico y ese tanga te sienta fenomenal, además tienes unas tetas preciosas. Espero que cuando tenga tu edad las mías estén igual – dijo Ana de improviso.

—Muchas gracias, pero tú no te puedes quejar – fue la respuesta de Marta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Tal vez pienses que es un poco indiscreta.

—Pregunta lo que quieras creo que ya tenemos confianza.

—¿Te las has operado? – pregunto Ana poniendo un tono tímido.

—No. Completamente naturales. Tan solo es cuestión de hacer los ejercicios adecuados. Puedes tocarlas si quieres.

Ana no se lo pensó dos veces y colocó con suavidad sus manos sobre ambos pechos. Los sopesó comprobando su tamaño, los apretó como si comprobase la madurez de una fruta y finalmente los acarició con calma mientras sus pulgares hacían círculos los prominentes pezones.

—¿Que puedo decir? Casi las tienes mejor que yo. Lo que debe disfrutar Javier con ellas.

—No puedo quejarme. Javier y yo tenemos una vida sexual bastante activa. Pero creo que tu tampoco debes de tener queja con lo guapa y sensual que eres.

—Ya sabes que no salgo con nadie, pero... nunca falta un roto para un descosido – dijo Ana sonriendo con cierta picardía.

Mientras hacían esos comentarios Marta fue vistiéndose bajo la atenta mirada de la joven. Cuando terminó, ambas salieron y pagaron las prendas elegidas. La siguiente parada era la sección de moda baño. Ese era el motivo de la tarde de compras, Marta quería un par de bikinis nuevos para sus días de vacaciones. Las dos mujeres vieron todos los modelos de las prendas de baño. Ana no eligió ninguno. Marta cogió varios para probárselos. Ambas entraron nuevamente en los probadores.

Marta volvió a chitarse la camisa y se probó la parte superior del primero de los bikinis. Ana a su lado la ayudaba dando y recogiendo las prendas según se las iba solicitado. Marta se deshizo de su falda y posteriormente del pequeño tanga quedando completamente desnuda junto a su joven acompañante. Ana excitada se fijo en que Marta iba completamente rasurada, sintiendo unas ganas enormes de probar esa rajita. La joven le pasó la parte inferior del enésimo bikini y una vez colocada en su lugar le aproximó la parte superior. Ana se puso de pie tras Marta y ató en su cuello y espalda los cordones de la prenda. La joven la miraba en el espejo desde su espalda, deleitándose con el precioso reflejo. La mano de Ana rodeó desde atrás la cintura de Marta abrazándose a ella.

—Estas guapísima. Tienes que llevarte este – susurró la joven al oído de la bella madura.

Ana acariciaba el plano y firme abdomen de Marta. Se apretó contra ella para que sintiese en su espalda como sus pezones se habían convertido en dos estiletes bajo su fina camiseta. La mano de la joven descendió hasta introducirse bajo el bikini de Marta, mientras la otra se había apoderado de uno de sus pechos. Los dedos de Ana recorrieron la suavidad del sexo de la mujer comprobando que estaba comenzando a mojar la prenda. Las caricias en el sexo de Marta hicieron que esta ronronease como una gatita mimosa con los ojos cerrados, al tiempo que los carnosos labios de Ana recorrían su cuello y sus hombros. Ana abandonó la entrepierna de Marta y esta la miró con deseo a través del espejo. Las manos fueron acariciando el cuerpo de la mujer hasta

que ambas se situaron en sus caderas. Con un rápido movimiento Ana deshizo los lazos que sostenían la prenda en su lugar haciendo que esta cayese al suelo. Los dedos de la joven volvieron a explorar la entrepierna de Marta. Sus dedos la penetraron mientras su otra mano amasaba sus tetas sobre la pequeña prenda veraniega. Ana hábilmente la estaba follando con dos dedos mientras su pulgar estimulaba el dilatado y sensible clítoris de Marta. Los dedos de Ana entraban una y otra vez cada vez más rápido. La respiración de la mujer se aceleraba convirtiéndose en un jadeo. Los fluidos de Marta brotaban abundantes empapando la mano de Ana, conforme ella se aproximaba al orgasmo y esta aceleraba el ritmo de sus penetraciones. Marta giró su cabeza buscando la boca de Ana. La joven sacó su lengua y busco la de la mujer. Ambas se fundieron en un beso y sus lenguas se enredaron. Ana se detuvo de repente. Saco la mano del seco de Marta y soltó su pecho. Se separó de ella. Marta se volvió impaciente por el inminente orgasmo que tenía a las puertas.

—¿Qué pasa? – le pregunto jadeante y contrariada.

—Eres una guarra – fue la cortante respuesta de Ana.

—¿Cómo? No he sido yo quien ha empezado esto. Tendrás te acabarlo.

—De eso nada. Le has comido la polla a Carlos.

—¿Qué estás diciendo?

—Venga Marta. No te hagas la ofendida te sabe la boca a su semen. Era por eso que te molestaba tanto que yo follase con él. Lo querías para ti solita.

—Tú no sabes nada.

—Así es, no sé nada, ni quiero saberlo.

Ana llevo los dedos empapados por los fluidos de Marta hasta su boca y los limpio relamiéndose.

—Deliciosos.

Luego sacó del bolsillo trasero de su vaquero un paquete de chiche y tomando dos pastillas se las metió en la boca. El resto del paquete se lo dio a Marta al tiempo que le decía:

—Comete un par de ellos. No querrás besar a tu marido y que se entere que te estás follando a su hijo – dejando a Marta desnuda, caliente, con un paquete de chicle y unas ganas locas de correrse.

La joven salió de los probadores y de la sección de moda baño. Fue a buscar a Javier a la sección de deportes donde tenían los bañadores de caballero. Después de dar unas vueltas por allí no lo encontró. Ana sacó su teléfono y marco el número del hombre.

—¿Dónde estás? – le preguntó sin darle tiempo a otra cosa que a descolgar.

—En la cafetería. ¿Ha pasado algo?

—No. Solo espera ahí, no te muevas.

Ana se dirigió con premura a la cafetería. No esperó a ninguno de los ascensores. Fue directamente a las escaleras mecánicas y al tiempo que ellas se elevaban, Ana subía los peldaños de dos en dos. Entró en la cafetería e inmediatamente se fijó en la mesa que había ocupado con él. Ahí seguía. Fue hasta él y tomando de la mano lo hizo levantarse.

—¿Qué pasa? – pregunto Javier contrariado.

—Nada. Acompáñame al baño. Tienes que sujetarme la bolsa.

—Déjamela y te espero aquí.

—No. Vamos ven – dijo en tono imperativo y dejó un billete de veinte euros sobre la mesa al tiempo que arrastraba a Javier con ella hacia el baño.

—Vale, vale, voy contigo.

Cuando los dos llegaron a la entrada del aseo de señoras Javier se dispuso a esperarla en la puerta y a coger la bolsa que la joven llevaba en la mano. Ana se asomó al baño y se aseguró que estaba vacío.

—Vamos entra conmigo – dijo tirando del hombre hacia el interior.

Ana cerró el pestillo de la puerta cuando ambos estuvieron dentro. Dejó la bolsa sobre el lavabo. Luego se quitó la cazadora vaquera y la dejó sobre la bolsa. Javier la miraba contrariado sin saber que pasaba exactamente. Las manos de Ana tomaron la parte baja de su camiseta y en un solo movimiento esta salió por su cabeza. Javier miró incrédulo el torso desnudo de la joven y el leve bamboleo de sus pechos tras la maniobra.

—¿Se puede saber qué haces? – acertó a preguntar Javier.

—Quiero que me comas las tetas. Venga – lo apremió.

Javier no hizo que se lo repitiese otra vez y hundió su rostro entre aquellas dos maravillas de la naturaleza. Su boca, sus labios, su lengua, se hicieron con la tersura de aquellos duros y firmes pechos. Javier mordió, lamió y besó cada centímetro de piel, mientras sus manos los amasaban y recorrían el torso desnudo de Ana. La joven se estaba volviendo loca, Javier, estaba ignorando sus erectos y sensibles pezones. Pero en realidad no era así. El hombre jugaba alrededor de esos dos rosados botones con su lengua y sus labios. Javier sabía lo que hacía, quería dejar para el final las guindas de aquellos dos deliciosos pasteles. Cuando finalmente Javier mordió aquel duro pezón y sus dedos pellizcaron el otro una explosión de placer brotó de cada uno de aquellos puntos. La onda expansiva recorrió el cuerpo de Ana, su respiración acelerada se convirtió en un sonoro jadeo y este a su vez en gritos cuando todo ese

placer se concentró en el vértice de sus piernas haciendo que se corriese en un húmedo orgasmo.

La mano de Ana busco la entrepierna de Javier mientras este seguía disfrutando de sus tetas. La joven comprobó sobre la tela del pantalón que Javier estaba también dispuesto a recibir atenciones. Aquel bulto prominente y palpitante invitaba a ello. Ana se separó de Javier y este quedó boqueando, como un pez fuera del agua, al dejarlo sin sus caramelos. Lo hizo volverse y que se apoyase en el lavabo quedando de espaldas al espejo. Ana lo besó fugazmente y se arrodilló frente a él.

Ana desabrochó el cinturón de Javier, luego su pantalón que dejó caer a sus tobillos. Bajo el bóxer negro el bulto seguía palpitando de impaciencia deseando ser liberado. Ana volvió a palparlo por encima de la tela. Después introdujo sus dedos en el elástico a ambos lados de la cintura de Javier. Los bajó, liberando aquella polla que saltó impaciente. Ana rodeó la verga con una de sus manos y la acarició con suavemente. Dejó al descubierto gruesa y rosada seta de Javier, de la que ya brotaban las primeras gotas de ese líquido transparente que Ana no podía resistirse a recoger con la punta de su lengua. Después introdujo ese glande en su boca y lo mordió con suavidad mientras su traviesa lengua hacía círculos entorno a él. Ana miró a Javier, continuaba apoyado en el lavabo con los ojos cerrados y con una cara de felicidad que no podía disimular. Quería que se olvidase de lo sucedido en los probadores entre Olga y Marcos, a la vez que vengarse de Marta por haberse follado a su propio hijo en unos grandes almacenes.

Javier se dejaba hacer mientras la joven continuaba trabajándole en los bajos. Ana siguió lamiendo y mordiendo aquel grueso tronco, mientras una de sus manos, la que no sujetaba aquella herramienta, acariciaba los duros huevos de Javier llegando hasta su puerta trasera. La joven abandonó por unos segundos la mamada para ensalivar a conciencia un par de sus dedos. Ana volvió a comerle la polla a Javier que comenzaba a gemir. Sus dedos masajearon el ano del hombre con suaves círculos. Mientras continuaba trabándose ese miembro hasta la misma base. Javier dio un leve grito de placer cuando uno de los dedos de Ana invadió su interior y comenzó a estimularlo. La joven adaptó el ritmo de su mamada a la frecuencia con la que estaba dando placer a Javier en su punto G. Ana miró hacia arriba. Él seguía con los ojos cerrados concentrado en todo el placer que estaba recibiendo de aquel diablo de chica. Estaba claro que Javier tardaría mucho tiempo en olvidar lo sucedido en aquel baño. Cuando Javier se sabía próximo a terminar

tomó a Ana por la nuca y uno de sus hombros. Ella detuvo su mamada y fue él quien comenzó a follarle la boca. Ese enorme capullo chocaba una y otra vez contra su campanilla y su garganta, haciendo que esta se dilatase por el tamaño del miembro. Ana en ningún momento dejó de estimular el ano de Javier e incremento el ritmo conforme el aceleraba en sus embestidas. Un sonido agudo y ahogado abandono la garganta de Javier cuando comenzó a correrse. Con cada nueva culada de Javier un potente chorro de semen llenaba la boca de Ana, mientras su dedo seguía haciendo de las suyas en el interior del hombre. Ana estuvo a punto de atragantarse por la abundante cantidad de leche que Javier estaba dispensándole, pero finalmente logro tomarse hasta la última gota, como una niña buena.

Cuando Javier termino de moverse y saco su miembro aun erecto de la boca de Ana, esta se puso en pie y le dio de nuevo un leve beso en los labios. Javier intento decir algo pero Ana no le dejo. Lo hizo callar colocando su dedo índice en sus labios. La joven se lavó las manos y se enjuago la boca con abundante agua, bajo la atenta mirada de Javier. Este seguía con los pantalones y el bóxer en los tobillos y una sonrisa de oreja a oreja. Ana se seco las manos y la cara, tomó su camiseta y se la puso rápidamente. Después se puso su cazadora y cogió su bolsa. Javier ya se había subido el bóxer cuando Ana se disponía a salir del baño.

—Nos vemos en el coche. No te preocupes por los bañadores yo me encargo. Usas una talla... 46 de pantalón ¿verdad?

Javier asintió con la cabeza y Ana desapareció tras la puerta dejándolo solo. Esa chica había conseguido que se olvidase de todos sus problemas.

A pesar que Ana le había dicho que no se preocupase de los bañadores, Javier, no las tenía todas consigo respecto a los gusto de ese diablesa de chica y se dispuso a ir el mismo a por ellos. Pensó que lo peor que podía ocurrir es que juntase cuatro y siempre tendría la posibilidad de devolver alguno. Cuando estuvo en la sección de deportes Javier cogió un par de trajes de baño y se dispuso a probárselos.

Olga frente al espejo se ajusto la parte superior del bikini rojo que se estaba probando, luego hizo lo mismo con la inferior. Comenzó a mirarse de un lado y de otro, le sentaba fenomenal aunque habría quien diría que algo escaso de tela. En ese momento escucho una música que le resultaba familiar, la banda sonora de “Los Cazafantasmas”, uno de los tonos de llamada que su padre tenía en su móvil. Se quedó en silencio y escuchó. No era un tono muy habitual y si su padre estaba al otro lado de la cortina menuda coincidencia.

—Dime Marta.

Escuchó como respuesta Olga. Era la voz de su padre no había ninguna duda.

—De acuerdo. Nos vemos en media hora en la cafetería. Avisa tu a los chicos mientras termino con los bañadores – después de un silencio — Vale no me echas la bronca. Un beso.

La joven busco inmediatamente su teléfono móvil. Cuando lo encontró inmediatamente desconecto el sonido del aparato. No quería que su padre supiese que estaba ahí. Dejó nuevamente el móvil en el bolsillo del vaquero que colgaba de una percha. Sintió curiosidad. Olga sutilmente aparto la cortina que servía de separación, lo suficiente para ver que hacía su progenitor. Javier tenía la chaqueta colgada de la percha. Después desabotonó su camisa y la puso sobre la otra prenda. Cuando Olga vio como su padre desabrochaba su cinturón, su pantalón y comenzaba a bajar la cremallera de la bragueta, cayó en la cuenta de una cosa que hasta ese momento no había pensado. Nunca había visto a su padre desnudo, al menos que ella pudiese recordar. Había visto a su padre miles de veces en bañador, más o menos amplios, pero nunca desnudo y nunca le había dado por pensar en ello. Por primera vez Olga se fijó detenidamente en el cuerpo de su padre. Estaba fuerte y musculado, se notaba que iba tres veces por semana al gimnasio. Sin saber muy bien por qué se fijó en los abdominales. No los tenía marcados, la típica tableta, pero tampoco tenía tripa. Javier lucía un abdomen plano y aparentemente fuerte. No pudo evitar sentir repelús cuando le llegó a la mente la imagen de la voluminosa tripa de Marcos. Si tuviese que hacer con su padre lo que hacía con Marcos sería mucho más agradable. Debía reconocer que su padre estaba muy bueno a pesar de haber cumplido ya los cuarenta. Hay lo tenía al otro lado de una cortina tan solo vestido con un ajustado bóxer que le sentaba de maravilla. Olga no pudo evitar ver que su padre marcaba lo que parecía un buen paquete.

Javier se disponía a probarse el primero de los bañadores frente al espejo pero se detuvo. Cuando Olga se dio cuenta que su padre se disponía a quitarse el bóxer se echó hacia atrás con intención de dejar la cortina en su posición y no mirar. Pero su curiosidad pudo más y la pregunta ¿la tendría grande? Que en cualquier otro momento no se habría hecho. Necesitaba respuesta. Así que Olga volvió a su posición para ver lo que su padre ocultaba. Los ojos de la muchacha fueron recorriendo en cuerpo de su padre hasta que llegaron al punto fruto de su curiosidad. Olga no pudo pestañear cuando vio lo que su padre tenía entre las piernas y la mandíbula se le descolgó, dejándola boquiabierta

de admiración. Era la polla más grande que había visto Olga con diferencia. Aunque el catálogo de pollas con las que comparar tampoco era muy extenso, la de su novio, la de Marcos y las de un par de compañeros de clase. “Y eso que esta flácida, cuando empiece a crecer. Madre mía” pensó. En ese momento comprendió por qué su madre no podía evitar gritar algunas veces. Tener todo eso dentro debería ser maravilloso. Luego cuando Javier se puso el bañador, Olga, al otro lado de la cortina sintió como la cara le ardía y como se iba sonrojando por momentos. Cuando su padre se quitó el bañador para probarse el siguiente Olga cerró la rendija por la que había espiado y se apoyó contra el espejo para tranquilizarse. Afortunadamente no podía verla nadie.

Una idea brotó en la mente de Olga. “Porque no” se dijo recordando lo que había hecho en un par de ocasiones cuando empezaba a iniciarse en el sexo. Miro su móvil, su madre la había llamado ya, apenas tenía tiempo. Pero el deseo era más fuerte y el saber que su padre estaba desnudo al otro lado de la cortina lo hacía mucho más excitante y morboso. Se volvió y vio su reflejo en el espejo del probador. Con el pelo suelto y ese bikini tenía un look muy sexy, “si fuese un hombre me haría el amor ahí mismo” se dijo. Precisamente era lo que iba hacer, hacérselo ella sola. Luego se preguntó ¿Mi padre me haría el amor? Pero no pensó una respuesta.

Olga no podía esperar más. El tiempo corría en su contra y su madre no tardaría en volver a llamarla. Se quitó la parte superior del bikini y bajo las braguitas hasta sus rodillas. Mientras oía los movimientos de su padre al otro lado empezó a frotar su clítoris. Con aquel frenético movimiento de sus dedos pudo haber tenido un orgasmo en un par de minutos. Estaba ansiosa por alcanzarlo pero quería disfrutar al máximo. Dejo de estimular su botón del placer y dos dedos entraron en su vagina, el flujo era abundante y Olga lamía sus dedos para eliminarlo parcialmente ya que no dejaba de salir. La joven aprovechó su abundante humedad para lubricar su ano preparándolo así para unirse a su fiesta privada. Quería experimentar nuevamente lo que Ana le había enseñado. Cada mano jugaba con dos dedos dentro de cada una de sus entradas proporcionándole un placer que casi le impedía sostenerse en pie.

La excitada Olga dejó caer la braga del bikini al suelo para poder abrir más sus piernas y continuar con su juego. Pero quería algo más en su culito que sus dos deditos. Quería sentir algo similar a tener dentro de su culo la polla de su padre. Miro alrededor y no encontró nada que le sirviese. Entonces recordó lo que tenía en su bolso. Lo abrió rápidamente y ante ella apareció lo que había comprado instantes antes. Una botella de refresco le daría placer y sería el

sustituto ideal de la polla que quería en ese momento. Olga acercó la botella a su sexo para cubrirla totalmente con su flujo y así poder introducirla en su puerta trasera.

Estaba tremendamente excitada y el corazón le latía desbocado esperando disfrutar en su culito de aquella botella. Que en su imaginación era la inmensa polla de su padre que continuaba a su lado. Olga empujó la botella contra su ya algo dilatado ano, esta empezó a entrar pero con algo de dificultad ya que era bastante gruesa y a ella aún le faltaba algo de práctica. De cualquier forma aquellas sensaciones no eran nuevas para ella y deseaba disfrutar de esos momentos previos a la penetración total. Cuando su esfínter se dilató lo suficiente gran parte de la botella desapareció en su interior haciendo que disfrutase de un maravilloso placer anal. Un placer que solo aquellas que lo hayan experimentado sabrían apreciar. El placer que sentía era tal que no podía permanecer quieta. Daba pequeños pasos en la escasa superficie del probador sin poder parar, puesto que, el movimiento hacía que el placer fuese mucho más intenso. Eso hizo que los primeros gemidos saliesen de su garganta. El placer que sentía, Olga, era extraordinario. Cada movimiento era transformado por su ano y su ocupante en un relámpago de placer que hacía que no pudiese dejar de moverse. Y su mente no podía dejar de pensar en cómo sería tener la verga de Javier ahí alojada. En ese momento decidió que no tardaría en experimentarlo.

Olga tenía sus pezones duros como rocas. La joven los atendía con tirones y pellizcos. Ya no disimulaba los gemidos de placer que le producía el frotar su sexo. Le daba igual que su padre la oyese. Quería que la escuchase y se preguntara quien disfrutaba junto a él. Lo frotaba como si su mano estuviese poseída por el mismo diablo. Cuando su cuerpo no pudo más, Olga, cayó al suelo sentándose sobre la botella que seguía alojada en su recto haciendo que esta entrase por completo. Olga apoyó la espalda en el espejo, abrió completamente sus piernas y siguió torturando su clítoris sin ningún miramiento.

Cuando no pudo aguantar más, su pulgar se hizo cargo de su inflamado clítoris mientras el índice y el corazón se hundieron en su vagina. Fue entonces cuando llegó lo que tanto deseaba. Un grandioso orgasmo recorrió todo su cuerpo. Los espasmos hicieron que su espalda se arquease y la presión a la que su recto sometió a la botella hizo que esta fuera expulsada de su interior. El culo de Olga quedó tan dilatado que no llegó a cerrarse completamente. Olga gritó de placer y temblando aun por las sacudidas que le había producido

ese añorado amigo, el orgasmo, se relajó. Permaneció sentada en el suelo. Quieta, esperó a poder reaccionar y ser nuevamente dueña de su cuerpo. La fuerza volvió a sus extremidades y sin levantarse sonrió de manera traviesa. “¿Su padre sería capaz de proporcionarle un momento parecido?” se preguntó a sí misma, “Espero que sí” se respondió sin dejar de sonreír. Ya que hasta ese momento ni su novio, ni Marcos, el socio de su padre lo habían conseguido.

Agudizó el oído y ya no estaba su padre al lado. Todo estaba en silencio.

Supo que era el momento de marcharse cuando se puso en pie y cogió su teléfono, tenía cuatro llamadas perdidas de su madre. Conectó nuevamente el volumen del aparato. No sabía si alguien se había dado cuenta de lo que había hecho o incluso si su padre sintió curiosidad y la había visto. Todo estaba tranquilo. Se vistió rápidamente y adecento su aspecto lo mejor que pudo. Cogió el bikini para pagarlo en caja. Cuando salía de los probadores su móvil sonó de nuevo. Lo miró y era su madre. En esa ocasión sí respondió.

—Dime mamá.

—¿Se puede saber dónde te metes que no coges el teléfono?

—Había mucho jaleo y no lo he oído. ¿Qué pasa?

—Estamos todos en la cafetería esperándote.

—Voy para allá ahora mismo. Dame cinco minutos.

Olga llegó rápidamente a la cafetería. Todos estaban sentados en una mesa charlando animadamente. Miró a su padre desde la distancia y lo vio de otra manera. No como su padre, si no como a un hombre atractivo y deseable con el que estaría encantada de estar en la intimidad. Se sentó con ellos y tomó un refresco, mientras comentaban las compras que habían realizado. El suyo lo había olvidado en el probador. Sonrió al recordarlo. Más tarde, ya de regreso a casa, Javier comentó:

—Me ha pasado una cosa curiosa en los probadores de la sección de deportes. En el probador de al lado había una pareja haciendo el amor. Ese chico debía de ser una máquina ya que la chica gritaba de lo lindo sin cortarse un pelo. Es increíble que la gente haga esas cosas en un lugar público.

Nadie hizo ningún comentario pero sus miradas se cruzaron instantáneamente y todos sonrieron. “Si supieses que la chica que gritaba era yo y el hombre que me hacía disfrutar eras tú” pensó Olga mirando a su padre a través del espejo retrovisor. Cuando la mirada de Javier se cruzó con la de su hija, su sonrisa desapareció de su cara.

—CAPITULO 14—

UNA NOCHE DE CHICAS CON SORPRESA

Esa mañana, Ana, durmió más tiempo del habitual. Eran más de las once de la mañana cuando se despertó. Se había quedado dormida y se había perdido sus primeras clases y a la siguiente tampoco llegaría. Decidió tomarse la mañana libre y retomar sus clases de la tarde. Se desperezó estirándose en la cama. Se levantó y se puso las braguitas que había junto a ella. Ana sonrió cuando sintió sus muslos y su entrepierna pegajosos aun por lo sucedido la noche anterior. Cogió la sudadera que descansaba en una silla junto a la cama y se la puso. Subió la cremallera de la prenda, dejando que cubriese sus caderas, hasta la mitad de su pecho, mostrando un impresionante escote. Camino descalza por la habitación mientras recogía su pelo revuelto en un moño que sujetó con un lápiz que tomo de su escritorio.

La casa estaba tranquila y en silencio cuando bajo de la buhardilla. La puerta del dormitorio de Javier y Marta estaba abierta. La habitación estaba perfectamente recogida. Las puertas de las habitaciones de Olga y Carlos también estaban abiertas y totalmente ordenadas. Todo el mundo estaba en sus quehaceres menos ella y a María la había cundido la mañana.

Cuando paso junto a la puerta del baño su vejiga la avisó que necesitaba ser vaciada. Entró y bajó su pequeña braguita hasta situarla en sus tobillos. Ana se sentó en el inodoro y se relajó mientras escanciaba el dorado líquido. Cuando terminó con su fisiológica necesidad no volvió a colocar la prenda que ataba sus tobillos. Con un movimiento de sus pies se deshizo de la braguita para luego dejarla en el cesto de la ropa sucia. Su estomago protestó, tenía hambre. Así que tan solo vestida la con sudadera bajo a desayunar a la cocina.

A la mitad de la escalera escuchó voces. La voz de mujer la identificó inmediatamente, era María, la asistenta. Pero la voz masculina le era muy familiar pero no lograba identificarla. Estaba segura que no eran ni Javier ni Carlos. No continuó bajando y se sentó en la escalera a esperar. Ana pensó que no era buena idea aparecer en la cocina ante un desconocido tan escasamente vestida. No es que a ella le importase que la viesen así un desconocido, pero prefería guardar las apariencias ante María. Ella no aprobaría que entrase así en la cocina estando un extraño en ella, era demasiado conservadora.

Desde donde Ana se encontraba no podía entender lo que decían. La joven seguía intentando adivinar quién era el hombre que hablaba con María. Una palabra llegó más clara a sus oídos y pudo identificarla “Anita”.

—¿Fabián? – dijo en un susurro para ella misma.

En ese momento supo quién era. Pero era imposible, no podía ser, que hacia él en su casa y hablando con la asistenta. Tuvo un primer impulso de correr y entrar en la cocina. Quería saber que estaba pasando, pero logro contenerse. Ana continuó en la escalera esperando que la visita se marchase. Unos minutos más tarde un joven salió de la cocina y se dirigió a la puerta. Efectivamente era Fabián. Ella no se movió, siguió sentada con las piernas abiertas. Si en ese momento se hubiese vuelto podría haber visto toda su intimidad expuesta ante él. Una vez la puerta se cerró ella fue a la cocina.

—Hola María. —dijo Ana al entrar. María la miró algo sorprendida por la indumentaria de la joven. Pero no hizo ningún comentario.

—Buenos días señorita —respondió la asistenta —¿quiere que le prepare algo para desayunar?

—Gracias. Tomaré café, tostadas con aceite y tomate, zumo y unas magdalenas.

—Parece que se ha levantado con apetito esta mañana.

—Sí. Me he levantado con hambre.

—Eso es bueno. Se lo preparo ahora mismo.

—Gracias. María...

—Dígame.

—Cuando bajaba me ha parecido ver a un chico que salía y no era Carlos.

—Sí. Era mi sobrino Fabián me ha traído esa carpeta que se me ha olvidado en casa.

—Que amable. No sabía que vivía contigo.

—No. No vive conmigo. Vive en un apartamento en el mismo edificio. Cuando mi hija se dio cuenta que me la había dejado le pidió que me la trajese.

—Parece un buen chico. ¿A qué se dedica?

—Era militar profesional, lo dejo hace unos meses y ahora es monitor de artes marciales en un gimnasio.

—¿Monitor de artes marciales? Impresionante. ¿Qué edad tiene?

—Sí. Es especialista en ello. En el ejército entrenaba a los miembros de los comandos especiales. Y tiene veinticinco años.

—¿En qué gimnasio da las clases? Me gustaría matricularme para saber defenderme.

—No sé exactamente como se llama pero si quiere le pregunto a mi hija que va a él y luego se lo digo.

—Te lo agradecería.

—Bueno, mientras termina con el desayuno voy a arreglar su habitación.

—Vale, gracias.

María salió de la cocina dejando a Ana terminando con su desayuno. La joven dio un golpe sobre la mesa enfadada.

—Será cabrón. Simples coincidencias. Me va a oír — Se dijo así misma.

Terminó su desayuno y subió al baño para darse una ducha. Tenía que relajarse, se había cabreado mucho al saber que Fabián había estado jugando con ella todo el tiempo y siempre iba sobre seguro. Cuando entro en el cuarto de baño tiró la sudadera también en el cesto de la ropa sucia y se metió bajo la ducha. El agua tibia lamiendo su cuerpo la relajo llevándose los deseos de venganza así como las muestras físicas de lo sucedido la noche anterior. Ahí bajo el agua rememoró lo sucedido.

Ella estaba sentada en su escritorio recogiendo y preparando unos apuntes para el día siguiente. Eran más de las dos de la madrugada y ya estaba preparada para meterse en la cama. Unas cómodas y pequeñas braguitas de algodón y una camiseta ajustada del mismo tejido serian su pijama. Ambas prendas estaban cubiertas por una amplia sudadera con la cremallera abierta. Unos brazos la abrazaron desde atrás y unos labios la besaron en la mejilla muy cerca de la comisura de los labios. Ana se giró sorprendida.

—¿Marta?

—Perdona, ¿te he molestado? – dijo Marta casi en un susurro.

—No. Ya estaba terminando. ¿Qué haces aquí? – interrogó Ana sorprendida por la visita.

—Nada me iba a la cama y vi luz. He subido por si te habías quedado con ella encendida. Sabes has dejado la buhardilla muy bien – dijo Marta después de una pausa – no he tenido ocasión de decírtelo has hecho un buen trabajo con ella. Es una pena que no puedas disfrutarla como se merece.

—Yo no diría tanto. He tenido algún buen momento aquí – puntualizó Ana.

—¿Has vuelto a traerte a algún amigo? – se lo pregunto con total tranquilidad sin importarle que la respuesta fuese afirmativa.

—No. Os prometí que no volvería a traer a nadie a casa y yo cumplo mis promesas.

—¿Entonces...?

—Por qué no te sientas y hablamos mas tranquilamente – le sugirió Ana intuyendo que esa conversación podría tener alguna finalidad que aún no podía adivinar.

—Vale.

Marta paseo por la buhardilla haciendo sonar sus zapatos de tacón. Pero no se sentó en el sofá que estaba frente a ellas, entro hasta donde se encontraba la cama y se acomodo en ella.

—Apago el ordenador y te acompaño – dijo Ana aun en su escritorio.

Ana tomo su ratón y cliqueó sobre el icono de la cámara que tenia instalada enfocando a su cama. No sabía el motivo de la visita de Marta pero pensó que estaría bien conservar la visita. Vio la imagen que aparecí en la pantalla. Era perfecta, la cámara seguía en posición y se veía todo el dormitorio. Puso a grabar el dispositivo y cerró el ordenador. Se levanto de la mesa y camino descalza hasta su cama.

—Pues aquí me tienes. ¿De qué quieres hablar? – dijo Ana sentándose a su lado.

—Seguimos donde lo habíamos dejado. Dices que la has disfrutado ¿Con quién? ¿Con Javier?

La joven la miro con cara de sorpresa. Eso era. Se había enterado de lo sucedido entre Javier y ella y quería pedirle cuentas. Pero Marta la tenía totalmente desconcertada. No parecía enfada. Y tampoco estaba conteniéndose en sus reacciones, estaba tranquila y relajada. Después de un incomodo silencio Ana dio una respuesta.

—Lo siento mucho, de verdad. Te prometo que no se volverá a repetir.

—No te preocupes por eso. No pasa nada.

—Pero... ¿Cómo te has enterado? ¿Por qué no pasa nada?

—Javier me lo contó. No hay secretos entre nosotros. Javier quería acostarse contigo y me lo confesó desde el primer momento. Lo mismo que yo.

—Marta, no te entiendo. ¿Lo mismo que tú?

—Sí. Yo también le conté que pasó entre nosotras en la ducha aquel día. Además yo también quiero follar contigo. No tienes que extrañarte, de la manera en que me estuviste provocando el otro día durante las compras, supongo que esperarías que subiese antes o después – soltó Marta sin ningún preámbulo.

Ana no pudo evitar sorprenderse por lo que acababa de escuchar. Efectivamente durante esa tarde de compras había jugado a provocar y seducir a todos y cada uno de los miembros de la familia. Pero para ella solo había sido un juego. Marta se levanto de la cama y conecto el equipo de música que había en la estantería. Una música sensual invadió la habitación. Luego Marta fue hasta la entrada de la buhardilla. Un instante después regresaba con una botella de cava y un par de copas. Le entregó ambas copas a la joven que

continuaba sentada incrédula en la cama y procedió a descorchar la botella. Cuando el corcho salto lleno las copas con el fresco y espumoso vino. Marta dejó la botella en la mesilla y tomo una de las copas de las manos de Ana. Esta hizo chocar suavemente su copa con la que Ana sostenía en su mano.

—Por nosotras – dijo como brindis y bebió un sorbo de su copa.

—Por nosotras – respondió Ana y aproximó la copa a sus labios.

Marta comenzó a bailar frente a la joven al ritmo que marcaba la sensual música. Contoneaba su cuerpo frente a Ana mientras seguía dando sorbos a su copa. Luego le tendió la mano a su joven compañera y la invito a unirse a ella. Ana acepto la invitación. Ambas juntaron sus perfectos y preciosos cuerpos moviéndolos y frotándolos hipnotizadas por la sensualidad de la canción.

Cuando la terminó la canción ambas se sentaron nuevamente en la cama. Marta lleno nuevamente las copas y las dos se hicieron confesiones mientras disfrutaban de una suave música de fondo y la tenue iluminación de la estancia. Las primeras notas de una antigua canción invadieron la buhardilla. Marta se levanto dejando la copa sobre la mesilla y tomando la de Ana y dejándola junto a la suya la hizo acompañarla. Las dos mujeres se abrazaron y bailaron con sus cuerpos pegados.

“...Nunca te podre olvidar porque me enseñaste amar. Con un sorbito de champagne brindando por el nuevo amor. La suave luz de aquel rincón hizo latir mi corazón. Es tan fácil recordar siempre que vuelvo a brindar con un sorbito de champagne... Y entonces fue cuando te besé... de tu besar yo me enamoré...”

En ese momento los labios de Marta besaron profundamente la boca de Ana. Su lengua se movía y empujaba con impaciencia hasta que se encontró con la de la joven. Ana dejo escapar un leve suspiro mientras frotaba sus ya duros pechos sobre los de Marta. La joven tomo a Marta por la nuca para que el beso no terminase. Chuparon y mordieron sus labios en un beso entre lujurioso y tierno, pero completamente apasionado.

—Quiero comerte toda – dijo Marta en un susurro en el oído de Ana.

Marta acomodó su pierna entre los muslos de la joven mientras le quitaba la sudadera y tirándola sobre una silla próxima para luego recorrer su espalda con su delicada mano bajo su camiseta. Ana subió la falda de su acompañante y acaricio la suave piel de sus prietos muslos.

—¿Y tus braguitas?! – pregunto Ana sorprendida.

—Estaban muy mojadas. Se las he dejado a Javier para que se entretenga.

—¿Entonces sabe que estas aquí?

—Sí.

—Podía haber subido contigo – propuso Ana.

—Eso lo dejaremos para otro momento. Ahora déjate llevar.

Marta empujó a la joven sobre la cama y se deshizo de su ajustada camiseta. Se deleitó con la visión de esos perfectos pechos coronados por dos duros y erectos botones que pedían ser mordidos. Pero Marta se contuvo. Volvió a besar a la joven en la boca y, ahora sí, acarició sus pechos con suma delicadeza. Ana totalmente entregada jadeaba entrecortadamente. Eso fue el pistoletazo de salida para que la mano de Marta apretase una de las tetas de la joven y poder recorrerlas en toda su plenitud. Su mano iba costado al valle que separaba ambas montañas y subía por el hasta su cuello, mientras sus labios se apoderaban del erecto pezón. Luego Marta se separó un instante de la joven para desabrochar su falda mientras Ana la despojó de su blusa, para quedar completamente desnuda frente a la joven.

—¡Wow! Completamente depilado...—observó Ana.

—Sabía que te gustaría – fue la respuesta de Marta.

—No. Es lo que le gusta a Javier.

Y esta volvió al trabajo pero esta vez con el otro pecho de la joven. El sexo de Marta era un mar de fluidos que no dejaban de manar. Haciendo una pausa retiró la braguita de Ana dejándola caer junto a la cama. Marta aproximó su cuerpo desnudo al también desnudo cuerpo de la joven. Ana abrió sus piernas para permitir a Marta que se acomodase sobre ella. Cuando Marta colocó su sexo sobre el de su invitada esta no pudo contener un gemido de placer. El cuerpo de Ana excitado también hacia que su humedad aflorase abundante.

Sus labios vaginales se besaban una y otra vez con los movimientos de cadera de Marta. Los estudiados movimientos recordaban a Ana los que un chico hacía cuando la follaba. Con la diferencia de que en cada embestida de Marta sus sexos se unían para hacer una explosiva mezcla de jugos y sus dilatados clítoris chocaban deseosos de un nuevo contacto.

—Vas a hacer que me corra – dijo Ana entre suspiros y jadeos.

—Es lo que deseo. Vamos. Córrete para mí.

Marta aumentó el ritmo de sus movimientos para hacer que Ana explotase. Unos instantes después el cuerpo de la joven comenzó a templar mientras sus músculos se tensaban bajo el cuerpo de Marta señal inequívoca que el orgasmo ya se había apoderado de su cuerpo. De la vagina de Ana no dejaban de brotar cataratas de flujo que empaparon a ambas mujeres. Y sus gemidos y suspiros, de Ana, pasaron a ser gritos que Marta contuvo con sus labios. Las

reacciones de Ana hicieron que Marta también estallase en un orgasmo como pocas veces había experimentado con otra mujer. Mientras el placer se apoderaba de su cuerpo, haciendo que se convirtiese en agua, no dejó de moverse sobre la joven un solo instante para alargar sus sensaciones al máximo, lo que hizo que el orgasmo de Ana se prolongase aun más en el tiempo.

Cuando sus cuerpos comenzaron a relajarse se tumbaron una junto a la otra en la amplia cama. Una vez recuperadas de las sensaciones vividas, Ana, besó el cuello de la mujer que la acompañaba. Luego la boca de la joven bajó recorriendo la anatomía de su anfitriona hasta tomar posesión de una de sus tetas. Cuando los labios de Ana se apoderaron del erecto pezón de Marta comenzó a mamar como si de un bebé se tratara. Ana mamó de ambos pechos. Esos pechos años atrás habían alimentado a Carlos y Olga. En ese momento la joven Ana se sintió como una hija de Marta, mientras ella acariciaba su rubia melena.

Ana tomó la iniciativa, elevó su pierna y con ella rodeó las caderas de Marta para acercarla a ella quedando ambas frente a frente. La joven frotó su sexo sobre el de su nueva madre. Sus labios nuevamente se unieron y sus lenguas lucharon en un intercambio de alientos y salivas. Al mismo tiempo cuatro duras coronadas por otros tantos erguidos pezones chocaban y se frotaban haciendo que ambas no pudiesen contener suspiros de placer. Mientras dos pares de manos no dejaban de moverse explorando la firmeza y suavidad de sus excitados cuerpos.

Los flujos del placer de ambas mujeres se mezclaban empapando sus piernas ya que sus calientes coños no paraban de manar. Sus caderas se movían sin cesar. Sus inflamados clítoris chocaron y sus respectivos cuerpos buscaron el máximo contacto y placer. Sus cuerpos se acompañaron haciendo que girasen en sentidos opuestos sus caderas sin que sus rosados botones del placer se separasen un solo milímetro. La estimulación de ambas mujeres era máxima y sus cuerpos lo agradecieron. Dos intensos orgasmos partieron al unísono de los incendiados clítoris de ambas extendiendo su onda expansiva por sus cansados y sudorosos cuerpos. Los jadeos y suspiros de ambas se tornaron gritos que las dos ahogaron comiéndose sus respectivas bocas. Mientras sus sexos se vaciaban en un mar de flujos que las empapaba.

—Ha sido genial – dijo Ana aún sobre Marta mientras la miraba fijamente a los ojos.

—Pues si te ha gustado esto no ha hecho más que comenzar – respondió con

una sonrisa.

Ana se tumbó junto a Marta liberándola del peso de su cuerpo relajándose y disfrutando ambas de las sensaciones vividas. Después Marta se levantó y fue hasta la mesilla para llenar de nuevo las copas. Ana aprovecho para ocupar totalmente la cama con sus brazos y piernas abiertas. Marta frente a ella con dos copas en las manos vio como el brillante coño de Ana aun palpitaba por la excitación. En ese momento no pudo evitar pensar en Javier y en cómo le gustaría verlo enterrar su polla en el abierto y chorreante coño de Ana en ese preciso instante. Pero no era el momento. Marta se sentó en la cama y le ofreció la copa su compañera de juegos. Ana la tomó en su mano mientras se incorporaba lo suficiente para beberla de un solo trago y volver a su posición de mujer de Vitrubio.

Marta tomó un sorbo de cava y mirando a los azules ojos de la joven besó sus labios para compartir con ella las burbujas del vino que cosquilleaba sus lenguas. Luego vertió algo de cava sobre la barbilla y el cuello de Ana para inmediatamente recogerlos a lametones. Cuando terminó le llegó el turno a sus pechos. El frío cava bañó las tetas de la joven haciendo que estas se erizaran nuevamente. Los labios y la lengua de Marta volvieron a recoger el vino de la tersa y suave piel de su compañera de juegos. Luego llegó el turno de regar el firme abdomen y de llenar el pozo de su ombligo. Los labios de Marta recorrieron todo el llano de ese cuerpo recogiendo el líquido dorado para finalmente beber las burbujas que se guardaban en el diminuto pozo sorbiéndolas con fuerza. El pecho de Ana se movía agitado por la respiración entrecortada que le producían los gemidos de placer.

Cuando Marta se acomodó entre las piernas de Ana observó el brillo de su empapado coño. Apuro el contenido de la copa de un último trago y hundió su cabeza entre los muslos de Ana. Acto seguido como si de un surtidor se tratase proyectó un chorro de burbujas en la vagina de la joven. Lamio la entrada de esa cueva de abajo arriba recogiendo el coctel que se había formado hasta llegar a ese nudo de nervios que pedía atenciones a gritos. Marta lo cubrió con su boca bañándolo en burbujas, rodeándolo con su lengua y succionando al tiempo. Ana tomó la cabeza de Marta y la aplastó contra su cuerpo mientras gritaba de gusto. Era como si un millón de minúsculos labios besasen su clítoris sin dejar un solo milímetro sin atender. El orgasmo que Ana experimentó fue único e irrepetible, nunca había vivido nada igual.

Pero Marta no se conformó con eso, quería darle más, quería que no olvidase esa noche en mucho tiempo. La lengua de Marta recorrió la raja en

toda su longitud abriendo a su paso los labios de Ana. Luego los besó como si de una boca se tratase jugando con su traviesa lengua en su interior. La eficiencia en la estimulación que Marta le proporcionaba hacia que Ana se contorsionase de placer. Marta continuó besando el sexo de su joven amante buscando otra vez el botón que haría que todo explotase. Cuando sus labios lo encontraron lo envolvieron y lo succionaron con suavidad. Los dedos de Marta decidieron que era el momento de explorar la cueva que se abría ante ellos. Cuando entraron en la húmeda caverna esta de contrajo en torno a ellos aprisionándolos y tirando de ellos hacia el interior, como si de un agujero negro se tratase. Venciendo la resistencia del cuerpo de Ana a ser abandonado los dedos de Marta comenzaron su movimiento de bombeo. Cuando Marta elevó su rostro un instante de entre las piernas de la joven vio como esta amasaba sus tetas y pellizcaba sus erectos pezones. La atenta anfitriona volvió a su labor con más ahínco. Aceleró el ritmo de las penetraciones de sus diestros dedos y el de sus labios y lengua en ese mágico botón. Ana explotó sacudiendo su cabeza y apretando entre sus muslos la cabeza de Marta. Su cuerpo estaba en tensión recorrido por un calambrazo de placer. Cuando el cuerpo de Ana se fue nuevamente relajando liberó la cabeza de Marta que no había detenido las estimulaciones del cuerpo de la joven para que su orgasmo se prolongase aun más.

Marta aún quería más. Quería volver a correrse junto a la insaciable Ana. Se puso en pie dejando el cuerpo de Ana entre las columnas de sus piernas. Marta estaba muy excitada. Su sexo lo demostraba goteando flujo sobre el abdomen y el pecho de la receptiva Ana. Los ojos de ambas mujeres de unieron en una mirada de deseo. Ana hizo un gesto afirmativo con la cabeza dando carta blanca a Marta para realizar su próxima acción fuese la que fuese. Marta fue bajando lentamente sobre el cuerpo de la joven, despacio, muy despacio. Dejando que el flujo que brotaba de sus sexo empapase las tetas de Ana. Una vez alcanzada la posición, Marta, acaricio los pechos de Ana entre sus muslos. Una vez los senos de Ana estuvieron bien lubricados, Marta, acomodó su sexo en el erecto y duro pezón de la joven. Con sus manos guiaba el pecho a lo largo de su raja para llegar a su entrada y penetrarla con él, para luego continuar frotando su inflamado y sensible clítoris en la pétrea protuberancia. El placer que estaba sintiendo Marta era inenarrable pero quería más.

Dio un par de pasos con sus rodillas y Marta posiciono su sexo sobre el rostro de Ana. Ana besó la cara interna de los muslos de Marta. Esta casi sin

darse cuenta de lo que estaba haciendo, abrió aun más las piernas para permitirle libre acceso a la joven. Ana avanzaba a besos y lengüetazos tímidos y cautos, abriéndose paso de forma lenta pero seguro, hasta la entrepierna de Marta, y luego, con dos de sus dedos, separó en dos el coño de su amante. Después deslizó su dedo corazón a lo largo de la abertura de la vagina de Marta, describiendo círculos traviesos en tu recorrido, jugando a excitarla, y a retrasar aquello que ella estaba deseando. Por fin, Ana, llegó al clítoris de Marta, y entonces elevó su cabeza sobre él y, con la punta de la lengua, comenzó a ensalivarlo a conciencia. Marta acompañó los movimientos de su pelvis al ritmo que imponía la traviesa lengua de Ana. Los lametazos de la joven cada vez más confiados y decididos, descendían hasta la abertura del sexo de Marta y ahí recogía sus fluidos. Después, Ana, introdujo en ella el dedo corazón y bien impregnado por sus propios jugos comenzó a masajear sus labios inferiores. Marta a esas alturas del juego ya los sentía hinchadísimos, como si de dos fresas se tratasen. Marta gemía y balanceaba sus caderas, era incapaz de controlar su excitación. Ana sabía exactamente, el ritmo que debía usar, la profundidad hasta la que debía sumergirse. Demostrándole a Marta que ella también era experta en esos juegos. En un momento, Ana, se detuvo y separando la cara de ella la miró. Marta vio como sus jugos brillaban la barbilla y el rostro de la joven amante, como sus ojos se reflejan en sus azules zafiros. Entonces, Ana, volvió a sumergirse en las entrañas de Marta. Culebreando con su lengua alrededor del inflamado e impaciente clítoris de Marta, pero sin llegar a tocarlo jamás. Ana estaba usando una delicadeza extrema, que a Marta casi le resultaba molesta. Entonces Ana apoyó las palmas de sus manos en las prietas nalgas de Marta apretándolas con fuerza y así adelantarla hacia ella. Marta se sentía a merced de la joven Ana. Y le gustaba. Toda su atención está centrada exclusivamente en su clítoris. Para Marta en ese momento no existió nada más. Ana estimulaba el sensible botón con una presión segura y rítmica que se hacía más intensa por momentos. Marta cerró los ojos, arqueó la nuca y apretó sus puños. Su cuerpo se preparaba para lo que se avecinaba. Ana continuó lamiendo a ritmo constante, intensificando por momentos la velocidad de tus caricias. Y cuando Marta estaba a punto de correrse Ana paró.

Ana soltó el prieto glúteo de Marta y abofeteó con ella la cara interna de sus muslos. A Marta le encantó, casi se corrió en ese instante. Abrió aun más las piernas dispuesta a recibir a la joven Ana. La penetra con sus dedos brillantes de flujo que se movían de manera experta en el interior de Marta. La

mujer estaba preparada para recibirla en su interior, estaba abierta y empapada. Ana desencadenó una reacción en cadena que llevaría a Marta hasta el orgasmo. Cuando ese placer tomó el cuerpo de Marta fue el más intenso que había sentido con una mujer hasta ese momento. Marta cerró los ojos y estalló en un mar de convulsiones tan intensas como descargas eléctricas atravesando su cuerpo. Marta siguió un rato sacudiéndose por los espasmos que no era capaz de reprimir. Cuando por fin abrió los ojos una vez su cuerpo comenzó a relajarse la vio a ella. Ana seguía ahí, entre sus piernas, sonriendo y sin apartar la mirada de ella. Marta cayó al lado de la sonriente joven y se abrazó a ella. La besó y luego tomó el revuelto edredón para cubrir sus cuerpos sudorosos.

—Deberías volver con Javier, te estará esperando – dijo Ana.

—No. Con él duermo todas las noches, hoy quiero hacerlo contigo. Ahora duerme y descansa pequeña. Te lo has ganado.

Marta acurrucó en sus brazos y la meció como si de una niña pequeña se tratara. Ana sentía el calor de los pechos de Marta en su casa y escuchaba el rítmico latido de su corazón. Poco a poco, los parpados de Ana comenzaron a pesarle hasta que finalmente cerró sus acuosos ojos vencida por el sueño y el cansancio de la ajetreada noche.

Cuando Ana salió de la ducha se envolvió en su cálido albornoz y subió a su habitación. María estaba terminando de arreglar la buhardilla. Había cambiado las sábanas y todo estaba perfectamente ordenado. Se dio cuenta que no había ni rastro de la botella ni las copas que habían disfrutado la noche anterior.

—Señorita, ya me marchó, he terminado – dijo María cuando se percató de la presencia de la joven.

—No te preocupes por mí, haz lo que tengas que hacer.

—Gracias. Por cierto he hablado con mi hija y le he preguntado por el nombre del gimnasio. Me ha dicho que se llama... ArteSport – informo consultando un trozo de papel que saco del bolsillo de su bata.

—Muchas gracias. Voy a apuntarlo.

—No. Tome el papel a mí no me hace falta – y le entrego la nota – yo he terminado aquí seguiré en la cocina.

—Bien. Gracias María.

María salió de la habitación y Ana se sentó frente a su escritorio y cogió su teléfono móvil. Buscó en la agenda el número de Fabián y pulsó llamada. Un tono, dos tonos, tres tonos... Será capaz de no cogerme el teléfono pensó

mientras esperaba. Ya estaba dispuesta a colgar cuando Fabián respondió al otro lado.

—Hola Ana. ¿Qué tal el día?

—Bien, relajado. ¿Dónde estás metido que no me cogías el teléfono?

—Trabajando.

—¿Trabajando? No sabía que la gente como tú trabajase – dijo con cierta mala leche.

—Pues ya ves, la gente como yo también trabaja.

—Me has sorprendido, la verdad. Pensaba que solo te dedicabas a dar palizas y vagabundear por ahí todo el día.

—Vale. ¿Qué quieres? Estoy ocupado – la cortó Fabián.

—Tengo una idea para conseguir el teléfono del tipo que seguiste. Me gustaría que me ayudases. Lo puedes considerar un trabajo. ¿Cuándo podemos vernos?

—Que graciosa te has levantado hoy.

—Sí, ya ves, te parezco graciosa hoy. Si pudieses verme ahora mismo no dirías lo mismo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque estoy totalmente desnuda. Y estoy segura que te gustaría verme. ¿Verdad?

—¿Qué haces desnuda a estas horas? ¿Te acabas de follar a algún amiguito pijo?

—¿Estas celoso? Porque lo pareces.

—¿Celoso yo? No te lo tengas tan creído. Por mi puedes tirarte a todo bicho vivientes que se te ponga delante.

—Gracias. Tendré en cuenta que me has dado permiso. Bueno ¿podemos vernos esta tarde?

—Parece que tienes prisa, ¿te está esperando el tipo en la cama?

—Pensaba que no te importaba.

—Y no me importa. Y hoy no podemos vernos tengo trabajo todo el día. Te llamaré cuando este libre.

—Muy bien. Gracias.

—Adiós – dijo Fabián y colgó el teléfono algo cabreado por la forma de actuar de Ana sin dejar que esta se despidiese.

Ana también colgó su teléfono y volvió a dejarlo sobre la mesa. Abrió su ordenador y pincho sobre la cámara que aún seguía en funcionamiento. Pudo ver su cama vacía y ordenada. Detuvo la grabación y rebobinó rápidamente.

Vio como María había hecho la cama y cambiado las sábanas. Vio cuando se ella se levantó. Vio como estuvo durmiendo sola. Pero llegó a una parte interesante Javier estuvo ahí también. Continuó rebobinando hasta que esta estar Marta y ella solas. Y comenzó a visionar lo sucedido después de quedarse dormida.

Marta seguía junto a la joven en la cama y unos minutos después Javier entraba en la habitación tan solo vestido con un pantalón de pijama. Javier se detuvo junto a su mujer. Marta apartó el edredón mostrando a su marido los cuerpos desnudos de ambas. El frotó su polla sobre la tela del pantalón mientras hablaba con su mujer. Javier se aproximó al cuerpo dormido de Ana y lo acarició con suavidad con dos de sus dedos. Recorrió con ellos sus labios, su cuello, sus pechos, su abdomen y finalmente llegó a su sexo. Javier mojó sus dedos en el flujo viscoso que lo mojaba aun la vagina de Ana. Cuando los separó un fino hilo de fluido espeso unía sus dedos al sucio coño de la joven. Javier, llevó los dedos a su boca y los chupó deleitándose. Su mujer lo imitó y también mojó sus dedos en el coño de Ana para degustar la mezcla ya macerada que había probado toda la noche. Luego se levantó de la cama y besó a su marido. Ana estaba profundamente dormida en su cama, desnuda ante el matrimonio, mientras ellos se besaban. Javier no dejaba de recorrer el cuerpo de Marta con sus manos al tiempo que lanzaba miradas al cuerpo de Ana. Marta se puso de rodillas frente a su marido y le bajó de golpe el pantalón, dejando a la vista su erecto miembro. No esperó un segundo antes de empezar a comerle la polla y pajearlo delante de la joven. Unos instantes después Javier sostenía la cabeza de su mujer y movía sus caderas a buen ritmo. Eso ya no era una mamada. Javier le estaba follando la boca a su mujer. Minutos después sacó su polla de la boca de Marta y se puso de rodillas en la cama junto a Ana. Marta desde atrás lo masturbaba con fuerza mientras su marido tenía sus manos en la nuca y los ojos cerrados con cara de placer. Unos instantes después Javier comenzó a lanzar chorros de semen sobre el cuerpo dormido de Ana. Marta dirigía la polla de su marido haciendo que su leche cayese en las tetas, el vientre y el pubis de la joven bella durmiente. Javier se puso nuevamente de pie y su mujer sentada en la cama le limpió los restos de leche de su polla a lametazos. Luego Marta comenzó a recoger con delicadeza la semilla vertida por su marido sobre el cuerpo de Ana y se la tomó toda hasta dejarlo prácticamente limpio. Javier se colocó el pantalón mientras se deleitaba con la imagen de su mujer tomándose su leche vertida en el cuerpo de esa deseada mujer. Ana seguía descansando plácidamente ajena a todo.

Ambos se besaron. Luego los dos besaron con ternura los labios de la joven, pero esta no despertó como en el cuento. Javier cubrió su cuerpo de nuevo con el edredón. Marta recogió su ropa y su marido la botella vacía y las copas que había sobre la mesilla. Después salieron de la habitación cogidos de la mano.

Ana sorprendida por lo sucedido mientras dormía editó la grabación. Borró todo lo sucedido después de que el matrimonio abandonase la buhardilla. Luego guardo el archivo con el nombre, MARTA – MARTA Y JAVIER. Fue a su armario y buscó la memoria donde guardaba las grabaciones. Ana la insertó en el puerto correspondiente y guardo el archivo. Saco la memoria y apago su ordenador. Ana fue nuevamente a su armario y guardo la memoria. Luego se vistió frente al espejo y se puso a estudiar hasta la hora de comer.

—CAPITULO 15—

### UN COMBATE APASIONADO

Unos días después. Aquella tarde cuando Ana fue a clase además de sus apuntes llevaba una pequeña mochila con ropa deportiva. Había estado pensando en ello durante toda la mañana, pero no estaba segura que fuese una buena idea. Quería ir al gimnasio donde trabajaba Fabián, aún no había dado señales de vida desde que lo llamó unos días antes, y pillarlo in fraganti dando alguna clase. Estaba molesta por cómo se había burlado de ella aquella mañana de domingo en El Retiro. Lo decidiría cuando terminase las clases, así pues mejor ir preparara por si decidía hacerlo.

Cuando Ana termino sus clases abandonó rápidamente el edificio de la facultad. Las clases habían sido muy monótonas y necesitaba algo de acción. Fue derecha a la estación del metro. Después de media hora y un par de transbordos Ana volvía a emerger a la superficie. No estaba familiarizada con esa zona de la ciudad y estaba algo desorientada. A unos metros de ella una pareja de policías caminaban hacia su coche estacionado en la esquina. Ana aceleró el paso y fue a su encuentro.

—Hola. Disculpen, ¿puedo hacerles una pregunta? – dijo Ana dirigiéndose a los agentes.

—Buenas tardes – respondieron al unísono al tiempo que saludaban con la mano de manera marcial.

—Usted dirá señorita – agrego el mayor de los dos.

—Estoy buscando un gimnasio. Se llama ArteSport. Me han dicho que está calle.

—Así es. Esta a unos cien metros en esa dirección – dijo el mismo policía

indicándole.

—Muchas Gracias. Muy amables – respondió Ana.

—No hay de qué. Buenas Tardes – volvieron a decir ambos y volvieron a saludarla de manera marcial.

—Buenas tardes – se despidió Ana y caminó en la dirección que le habían indicado.

Ana caminó por la acera con su mochila al hombro. Casi lo pasó de largo. En la calle tan solo había una puerta con un luminoso sobre ella. ArteSport, en letras rojas. Empujó la puerta y al entrar encontró un pequeño rellano y unos cuantos escalones que bajar. Era el único camino. “Esto es un sótano. ¿Dónde me he metido?” pensó Ana mientras bajaba. Cuando terminó la escalera Ana se sorprendió. El local era enorme. Por lo que pudo observar calculó que serian alrededor de quinientos metros cuadrados, muchos espejos, tragaluces y una perfecta ventilación. No parecía que estuviese en un gimnasio, el aire era fresco y agradable. Miró al alto techo y gruesos tubos de acero lo recorrían insuflando aire fresco y retirando el viciado.

—Hola, ¿qué deseas? – le preguntó una chica sonriente, rubia platino con el pelo muy corto y un peinado informal, tras un moderno mostrador.

—Busco a un amigo.

—Si me dices quien es tal vez pueda decirte si esta.

—Se llama Fabián.

—El único Fabián que conozco aquí es uno de nuestros monitores.

—Es el que busco.

—Ahora está en clase, ¿quieres que lo llame?

—No, no hace falta que lo molestes. Esperaré por aquí. Además así hecho un vistazo y si me gusta me matricularé. Me han dicho que es muy bueno en artes marciales.

—Vale, como quieras. Y si es muy bueno en artes marciales, seguro que te gusta. Por cierto si quieres probar las maquinas o cualquier cosa dímelo y te doy una taquilla.

—Gracias.

La recepcionista volvió a sus tareas y Ana comenzó a recorrer las instalaciones. Después de merodear un rato por el local lo vio en una de las salas. Estaba entrenando a un joven algo mayor que él. Ambos daban pequeños saltitos mientras se lanzaban golpes al tiempo que Fabián le daba indicaciones. Ana observaba sus movimientos y vuelve a recordar el por qué estaba ahí, se había burlado de ella en el parque. Continuó con su paseo por

las instalaciones. Cada vez había menos gente estaba claro que se aproximaba la hora del cierre. Ana subió a una de las bicicletas estáticas y se puso a pedalear.

Fabián terminó su clase y fue a la recepción mientras su alumno se fue a las duchas a cambiarse.

—Bueno, he terminado por hoy. Me doy una ducha y me marchó. Tienes que apuntarle a Luis dos horas de entrenamiento – le dijo a la recepcionista.

—Muy bien – dijo la chica de recepción tecleando en el ordenador – pero antes de irte te espera una chica. Pregunto por ti expresamente y parecía interesada en tus clases.

—¿Quién es?

—No me ha dicho su nombre.

—¿Y donde esta? ¿En la cafetería?

—No. Estaba dando una vuelta por las instalaciones. Ya te he dicho que estaba interesada en matricularse. La encontraras enseguida, es una rubia muy guapa vestida de calle y con una mochila.

—Gracias voy a ver.

Fabián recorrió algunas de las salas buscando a la misteriosa chica rubia que lo buscaba. Finalmente la vio pedaleando al fondo de una sala y fue hacia ella. La reconoció al instante.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, Karate Kid. Pareces enfadado – respondió Ana bajando de la bici.

—¿Qué leches estás haciendo aquí? – insistió Fabián.

—Solo quería probar este gimnasio. Me han dicho que el monitor de artes marciales es muy bueno.

—¿Y no hay mas gimnasios en Madrid?

—Supongo que sí. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí. ¿Cómo me has encontrado?

—Yo también tengo mis métodos y no se pueden revelar.

—Vale. Eres muy lista. Voy a cambiarme y te llevo a casa.

—De eso nada. Ya te he dicho que quiero probar el gimnasio.

—Ana, por favor no digas tonterías. Venga vámonos.

—De eso nada. Quiero pelear contigo. Y esta vez en serio. No quiero que juegues conmigo con en el parque.

—Tú estás loca. No pienso pelear contigo.

—Pues tu mismo. Yo no me pienso marchar hasta que me des la revancha.

—Anita, no digas tonterías y vámonos.

—Te he dicho un millón de veces que no me llames así – dijo Ana dándole un fuerte puñetazo en el hombro – y no me voy.

—¡Au! No ves que vamos a cerrar.

—Muy bien. Tienes dos opciones. Una peleamos ahora y dos, si no quieres, no vuelvas a dirigirme la palabra ya que no quiero saber nada de ti.

Ana cogió su mochila del suelo y poniéndosela al hombro se dirigió a la salida con paso firme y decidido.

—Espera – dijo Fabián a su espalda. Ana se detuvo y se dio la vuelta esperando que continuase – está bien tendremos un pequeño combate. Te vendrá bien soltar adrenalina. Pero hay un problema no tienes ropa para cambiarte. Le diré a Raquel que te deje algo.

—No hace falta. Tengo mi ropa – dijo Ana mostrándole la mochila.

Fabián no pudo evitar sonreír. Le encantaba la cara de niña traviesa que ponía cuando se salía con la suya.

—Bien. Le diré a Raquel...

—¿Qué tenías que decirme? – pregunto esta desde la puerta.

—Que le dieras una taquilla a Ana para que se cambie.

—Pero si ya hemos cerrado. Todo el mundo se ha marchado ya. Solo quedamos nosotros.

—No te preocupes. Tu dale la taquilla a Ana y márchate yo me encargo de cerrar cuando terminemos.

—Bueno. Como quieras. Ana ven conmigo.

Ana salió de la sala y se marchó con Raquel. Mientras Fabián fue a la sala para prepararlo todo y luego la esperó en recepción, después de despedir a Raquel y cerrar por dentro. Mientras en el vestuario, Ana, después de desvestirse también cambio su sexy conjunto de ropa interior por un top y un culote deportivos, para luego ponerse el pantalón corto y una amplia y corta camiseta que dejaba su ombligo a la vista. Luego salió descalza del vestuario mientras recogía su pelo con una goma en una coleta.

—Bien, Karate Kid, cuando quieras empezamos – dijo Ana sonriendo.

—Preferiría otro apodo. Vamos.

—Cuando piense otro te lo diré.

Ambos caminaron hacia una sala con el suelo cubierto de colchonetas. Cuando entraron Fabián le entrego las protecciones.

—No quiero protecciones.

—Venga. Yo también me las pondré.

—Ya veo que me tienes miedo.

—Vale, no discutiré más. Pero al menos los guantes sí. No quiero que te hagas daño en unas manos tan bonitas.

—Bueno, trae los guantes. Pero que sepas que no me vas a ablandar con piropos.

—Habrá que poner algunas reglas.

Fabián no había terminado de decir la frase cuando un puñetazo le da en plena cara rápido y preciso.

—Muy bien. Genial – dijo Fabián tocándose la mandíbula y moviéndola a derecha e izquierda.

—¿Nada roto? – preguntó Ana dando saltitos y lanzando golpes al aire a modo de calentamiento.

—Estoy bien Anita. Cuando quieras empezamos de verdad.

—Ahora sí que me has cabreado.

Ana se abalanzó sobre Fabián con furia y comenzó a pegarle. Fabián detenía riendo los golpes y patadas que le llegaban por todas partes hasta que una patada le dio de lleno.

—¡Eh...!

—Tocado y hundido – dijo sonriendo Ana.

Aquella patada dio de lleno en la entrepierna de Fabián. Quedó doblado a causa del dolor y cuando consiguió recobrar el aliento:

—¡Dios! ¡Así no vale!

—Lo siento, pero en la guerra todo vale.

—Y en el amor también, Ana. Si en este momento quisiera demostrártelo creo que no estaría a la altura de lo que esperarías de mí.

—Veo que no has perdido el sentido del humor. Me alegro. Y por cierto... No te preocupes por no poder demostrarme tu amor, confío en tu palabra.

Fabián continuó doblado intentando recuperarse. Golpeó fuerte con sus pies en la colchoneta, llevo ambas manos a su cintura y respiró profundamente al tiempo que se incorporaba.

—Ahora podría machacarte. Pero me importas demasiado – le dijo Fabián más recuperado.

—Que bueno eres. ¿Por qué no vamos al ring que ahí fuera?

—¿Quieres boxear? No creo que ese sea tu estilo.

—No, efectivamente ese no es mi estilo. Prefiero una combinación de Full Contact y Krav Maga. ¿Vamos? – Ana se lo comentó con la mayor naturalidad del mundo, con una sonrisa en los labios y completamente segura de sí misma.

Ana salió de la sala. Fabián la siguió. Cuando llegaron al cuadrilátero Ana

subió y levantó las cuerdas para que él pasase bajo ellas. Luego ella le siguió. Cuando los dos estuvieron dentro Fabián intentó establecer algunas reglas:

—Creo que estaría bien que no hubiese golpes prohibidos. Me refiero a los golpes bajos, ¿vale? – le puntualizo.

Ana no le respondió se reunió con él en el centro del ring y ambos chocaron sus guantes como si de un combate profesional se tratase.

—¿Preparada?

—Siempre. Por cierto, se admitirán todos los golpes, sobre todo los prohibidos y los bajos. Al menos por mi parte, ya lo sabes.

—¿Debería asustarme?

La respuesta de Ana no fue verbal. Lo que tuvo como contestación fue un intento de golpearle en la cara, pero en esa ocasión no lo pilló desprevenido y paró el golpe. El contraataque de Fabián fue una patada en el culo de Ana, intentando no hacerle mucho daño. Después del primer encontronazo ambos daban pequeños saltitos dando vueltas alrededor del otro. Se estaban estudiando mutuamente intentando descubrir los puntos débiles de su adversario. Ana nuevamente toma la iniciativa y comienza a golpearlo.

—¿Lo estas pasando bien? Porque no voy a tardar en...

Un nuevo golpe alcanzó a Fabián de lleno en la tripa dejándolo momentáneamente sin aliento.

—Eres rápida.

—Será mejor que hables menos y reserves tus fuerzas te harán falta.

—Solo te diré que después de un buen golpe debes continuar atacando. Evitaras que tu contrincante se recupere.

Luego fue Fabián quien tomó la iniciativa. Lazó un par de golpes a Ana, procurando que no fuesen demasiado fuertes ni rápidos. Ana los detuvo sin problemas pero el tercero la golpeó en la barbilla. Ana se apartó tambaleándose acusando el golpe. Fabián le había pegado demasiado fuerte e intentó sujetarla para que no cayese a la lona.

—Lo siento, ¿te he hecho daño? – preguntó Fabián preocupado.

Ana respondió lanzando el puño contra la barbilla de Fabián, aunque tan solo alcanzó a rozarlo. Para luego decir:

—No ha sido nada. ¡Vamos!

Y volvió veloz al ataque al tiempo que se colocaba un par de mechones rebeldes que se habían escapado de su coleta y le cubrían la cara. Una serie de patadas y puñetazos combinados le llovían a Fabián por ambos flancos. El joven detenía el ataque como podía intentando no golpearla, aunque lo estaba

poniendo en serios aprietos. Sus cuerpos estaban cada vez más próximos hasta que Ana logró llevarlo al rincón contra las cuerdas.

—Eres demasiado impulsiva.

Fabián se cubrió la cara con los guantes mientras ella continuaba con su ataque. Después de un golpe que dio de pleno en su costado, el joven lo aprovechó y bloqueó el brazo de Ana con el suyo, manteniéndola bien sujeta.

—¡Ya eres mía! Te lo he dicho eres muy impulsiva y entonces pasa esto.

Ana intentaba liberarse. Se echaba hacia delante y hacia atrás tomando impulso contra las cuerdas para chocar contra Fabián y conseguir escaparse. Entonces Fabián con la mano libre le dio un puñetazo en la cara pero sin hacerle daño. Volvió a golpearla una, dos, tres, cuatro veces como si de un saco se tratase.

—Ves lo que ocurre. ¡Esto ha terminado!

La respuesta de Ana fue intentar golpearlo con la mano que aun tiene libre. Pero Fabián no tuvo dificultad en detenerlos, pero ella no se rendía. Ana intentaba golpearlo tanto desde arriba como desde abajo. Se subía en la cuerda para tomar impulso y así golpearlo con más fuerza. Pero Ana no tenía nada que hacer. Fabián estaba quieto en el rincón y la tenía bien sujeta.

—¡Aaaaah! – gritó Ana.

Ana volvió al ataque e intentó golpearle con la rodilla pero Fabián levantó su pierna y detuvo el golpe. Nuevamente, Ana, intentó una serie de puñetazos con su mano libre pero a Fabián cada vez le llegan con menor fuerza y velocidad. Ana parecía un poco cansada. Y eso era lo que Fabián esperaba para inmovilizarle el brazo libre.

—¿Ahora qué? Parece que está potrilla salvaje va a ser domada – dijo Fabián mientras la joven forcejea intentando liberarse — ¿Por qué no te relajas aquí en mis brazos?

Ana persistía en su intento de soltarse pero no lo conseguía. La técnica y la mayor envergadura de Fabián se lo hacían prácticamente imposible. Fabián se acercó más a la joven prisionera y la besó en los labios. Ana pareció receptiva e incluso se relajó por un momento. Pero luego.

—¡Ah! ¡Me has mordido! ¡Me cago en...!

Fabián la soltó inmediatamente liberando los brazos de la joven y rebelde prisionera. Luego separándose de ella llevó el guate a su labio para comprobar si sangraba.

—Has estado a punto de partirme el labio. Eres una chica mala. Parece que quieres que vaya en serio de verdad.

—Parece que no me escuchas cuando hablo. No tengo miedo y esto va muy en serio.

Esa fue la respuesta de Ana y para que no quedasen dudas giró sobre si misma elevando una de sus piernas para golpearlo con una patada. Pero Fabián rápido de reflejos se agachó y barrió la pierna de apoyo de su adversaria. Ana cayó a su lado.

—Es mejor que te rindas Ana. Peleas bien, pero nunca vencerás al maestro.

Justo después Fabián estaba sobre ella. Le bloqueó el cuerpo con las piernas entorno a su cintura mientras con una de sus manos la mantenía con la cara pegada al suelo.

—¿Sabes que en este momento estas guapísima? Te lo digo totalmente en serio – después de unos segundos de silencio — ¿Quieres hacer el amor conmigo Ana?

—¿Aquí? ¿En el ring? – respondió sonriendo y sacudiendo la cabeza como respuesta negativa.

—Vale. Entonces volvamos a la pelea. Pero luego no te quejes de que no te he dado otra opción.

Fabián la liberó y ambos se pusieron en pie al mismo tiempo. El tomó la iniciativa en el ataque hasta llevarla a uno de los rincones sin dejarle salida posible. Ahí, Fabián, comenzó a golpear a Ana pero sin excederse. Ana era rápida e intentó escabullirse, pero él con un empujón volvió a tenerla en el rincón. Ana se agachaba esquivando los golpes que le llovían por todas partes al tiempo que continuaba intentado salir ahí. Cada nueva intentona de Ana era bloqueada rápidamente por Fabián. Este comenzaba a relajarse y eso lo aprovechó Ana para su contraataque. En esa ocasión fue ella, con unos rápidos movimientos que cogieron desprevenido a Fabián, la que logró bloquear sus brazos. Fabián pensó que sería sencillo librarse de ella con un simple cabezazo, pero desechó inmediatamente la idea mientras Ana le decía.

—¡Ves! ¿Qué harás ahora que eres tú el prisionero? – hizo una pausa para recobrar el aliento – Espero que no me muerdas. Como lo hagas no tendré piedad contigo.

Ana lo besó. El se dejó hacer. Era divertido. Una lluvia de besos suaves, ansiosos y tiernos lo golpeaban en ese momento. Besos en los que el sabor de sus salivas se mezclaba con el sudor que corría por sus rostros. Ana jugaba con sus labios y el la abrazó con sus guantes. Ella frotaba su cuerpo contra el de su adversario. Continuaron besándose en el rincón, frotando sus cuerpos mientras su abrazo se iba relajando y sus cuerpos excitando. Fabián se

deshace de uno de sus guantes que cae junto a los pies de Ana. Esa mano libre acaricia suavemente la espalda de la joven perdiéndose bajo la tela de la camiseta para sentir la humedad y tersura de ese cálido cuerpo. Ese acto de Fabián la hace reaccionar.

—¡Eh! ¿Dónde vas tan rápido? – dijo apartándose de él.

Fabián la tomó por la cintura y la volvió a acercar a él. Con un rápido movimiento hizo que Ana cayese a la lona y él la sigue quedando sobre ella. Ana trató de golpearlo en la cara con su guante pero Fabián enterró su rostro entre los pechos de ella. Ella intentó zafarse pero él la inmovilizó nuevamente con una de sus manos colando las de ella sobre su cabeza. Fabián con su mano libre acarició sus brazos bajando hasta su cuello. Su piel era cálida y estaba húmeda por el sudor. Luego besó su cuello y saboreo el sabor salado del esfuerzo, mientras ella seguía intentando liberarse.

—¡Eres un cabrón! ¡Suéltame!

—¿Qué hacemos ahora que tu eres mi prisionera?

—¡Hijo de puta! ¡Que me sueltes! ¡Cabrón déjame!

Él no respondió a los insultos y las peticiones de Ana. Se limitó a silenciarla poniendo su boca sobre la de ella y a besarla con pasión, mientras ella movía su cabeza para terminar con ese beso. La mano libre de Fabián acarició el vientre desnudo y fue subiendo bajo la corta y mojada camiseta hasta alcanzar los pechos de Ana. Su mano pasó bajo el ajustado top de la joven tomando posesión de una de sus tetas. Por primera vez sintió el suave tacto del pecho de Ana, su firmeza y como se iba endureciendo conforme su mano lo amasaba. Sus dedos lo coronaron y tomaron el pezón que ya erguido mostraba la excitación de Ana. Luego liberó ambos pechos de la presión de la ajustada prenda y subió la camiseta hasta el cuello de Ana dejando su torso completamente desnudo. Ana continuaba intentando liberarse poniendo toda la resistencia que era capaz. Fabián vuelve a basarla el cuello y bajó con sus labios para poder subir por las montañas de sus pechos. Fabián besó las tetas de Ana, las lamió y las chupó degustando el sabor salado de su piel, hasta que sus labios se apoderaron de los pezones de ella. La resistencia de Ana cesó cuando un gemido contenido se escapo de su boca. Ana sentía el duro miembro de Fabián frotándose en su pubis y cintura, lo deseó dentro de ella. Fabián abandonó los senos de la joven y volvió a besarla. En esa ocasión no tuvo resistencia y ella correspondió al beso haciendo que su lengua se enredase con la de él. Fabián la soltó y ella siguió sumisa bajo su cuerpo. En ese momento el se detuvo y se incorporó. Miró a Ana a los ojos y vio rabia y deseo en

ellos. Fabián cubrió las tetas de Ana nuevamente con el top y la camiseta y se puso de pie, dejándola tumbada en la lona.

Fabián le tendió la mano. Ella extendió su brazo y él tomó su mano aun cubierta por el guante por el pulgar del mismo para ayudarla a levantarse. Ana quedó frente a él y lo miró fijamente a los ojos. Él se perdió en esos dos océanos que lo miraban con intensidad a escasos centímetros.

—Sera mejor que nos tranquilicemos.

—Yo no estoy nerviosa.

—Pero es tarde. Es mejor que nos demos una ducha, nos cambiemos y nos vayamos a casa.

—¿Qué te pasa?

—Nada. No me pasa nada. Venga a la ducha y si quieres después te invito a tomar algo – dijo Fabián separándose de ella y levantando la cuerda para que saliese del ring.

—¿Cómo que no? Si hace un minuto casi me estabas violando y... Joder ¿Por qué no has seguido? ¿No te gusto?

—Si me gustas y mucho. Por eso no he seguido, no quiero que mi primera vez contigo sea así. Venga ve a la ducha.

—Pero...

—No hay peros, venga ve a cambiarte.

Ana paso bajo la cuerda que Fabián levantaba y bajo del ring. Ambos se encaminaron a los vestuarios. Ella camino junto a él siguiéndolo. Y cuando él se dispuso a entrar en el de caballeros Ana quiso seguirlo.

—Ana, por favor. Ve al tuyo.

Ella no dijo nada. Solo hizo un gracioso mohín con su cara, como cuando los niños pequeños se enfadan y se dio la vuelta para ir a su vestuario. Fabián sonrió cuando ella movió su precioso culito traviesa para provocarle. Él le dio una suave palmada en ese culito que tanto deseaba y entró en su vestuario dejando que ella se marchase al suyo. Mientras Fabián se desnudaba y entraba en la ducha no pudo evitar pensar como una sola persona podía encerrar cosas tan distintas. Mirarlo con la dulzura e ingenuidad de una niña pequeña y al mismo tiempo provocarlo y excitarlo con esos juegos traviosos de chica mala. Pero todos esos pensamientos se evaporaron cuando el chorro de agua helada golpeo su cuerpo. Tenía que bajar la excitación que en ese momento sentía.

Pero Fabián no pudo evitar volver a pensar en Ana, es esa chica que en ese mismo instante estaría bajo la ducha completamente desnuda a escasos metros de él. ¿Pero que tiene esa chica? Se volvió a preguntar mientras se duchaba.

Tenía un culo bonito, una bonita sonrisa, era divertida y simpática. Aunque también era agotadora. También pensó que hacía mucho tiempo que no tenía una relación duradera con una chica. Pero... tampoco se esta tan mal solo, se dijo después, recordando anteriores relaciones. Luego se pregunto qué tipo de mujer sería realmente, sofisticada, pasota, derrochadora, tacaña, loca, drogadicta o imposible. Pero la respuesta le lleo en el momento. Ana era natural, salvaje, elegante, pura, apasionada, antidroga, altruista y divertida.

Su mente dejó de filosofar y volvió a imaginar a Ana en la ducha con el agua escurriendo por su voluptuoso cuerpo desnudo. La polla de Fabián reacciono a esos pensamientos y rápidamente volvió a mirar al techo. Él llevó la mano al erecto miembro y comenzó a masturbarse. Poco a poco iba incrementando el ritmo de su brazo cuando una voz lo interrumpió.

—Vaya, vaya – dijo Ana sonriendo.

Fabián se giró y cogió rápidamente la toalla que colgaba a su lado y se cubrió con ella intentando disimular su erección. Se puso colorado como un tomate. Ahí estaba Ana frente a él tan solo cubierta por una toalla anudada sobre su pecho y que la tapaba hasta menos de la mitad de sus precios muslos.

—Fabián, no hace falta que te tapes ya lo he visto todo.

Ana seguía sonriendo y tenía una mirada picara que la hacía irresistible. Fabián retiró despacio la toalla y volvió a colgarla en su lugar. Su miembro había perdido gran parte de su esplendor. Él la miró fijamente. Estaba guapísima, con el pelo mojado, los ojos brillantes y con su piel llena de gotitas de agua. Ana desanudó la toalla y la dejo caer a sus pies.

—Bueno ahora estamos igual – dijo ella.

Fabián no supo reaccionar. Se quedó sin palabras y con la boca abierta mientras el agua seguía cayendo a su espalda. La tenia frente a él, completamente desnuda, mostrándole su perfecta y escultural anatomía con total naturalidad.

—¿Estás bien? Parece que no has visto nunca a una chica desnuda.

—Sí, estoy bien.

—Entonces, ¿Qué te pasa?

—Que eres preciosa.

Ana se acercó a él y lo abrazó. Fabián la rodeo con sus brazos y sus labios se unieron en un largo y apasionado beso. Mientras sus lenguas peleaban dentro de sus bocas sus manos recorrían sus espaldas sin cesar. Ana se apoderó del culo de su compañero de juegos y sopeso su dureza con ambas manos. Fabián siguió su ejemplo y tomo entre sus manos los firmes y prietos

glúteos de Ana. Mientras una de manos de Fabián exploraba el trasero de Ana la otra decidió ir en busca de nuevos territorios y subió por su duro abdomen hasta alcanzar una de las montañas gemelas. Sintió nuevamente la calidez, la suavidad y la firmeza de ese pecho entre sus manos. Los labios de Fabián bajaron por el cuello de la joven con pequeños y dulces besos hasta que estos coronaron la cima de esa preciosa montaña. Fabián besó, chupó, lamió y mordió esas preciosas tetas que tanto había anhelado. Su miembro aprisionado contra el vientre de Ana había recuperado su esplendor y tuvo que esforzarse por no correrse en el instante que sus labios notaron como los pezones de Ana se endurecían entre ellos.

Fabián decidió continuar con su exploración de los nuevos territorios que se abrían ante él. Sus labios y sus manos continuaron su viaje por la llanura del vientre de Ana. Aprendiéndose cada una de sus curvas. Hizo un descanso en el pozo de su ombligo antes de continuar viaje. Las manos de Ana acariciaban la nuca y los hombros de Fabián con ternura. Cuando reanudó su viaje de exploración y sus labios y sus manos alcanzaron el limpio pubis de la joven el dulce y salvaje olor de su sexo invadió sus fosas nasales. Eso hizo que Fabián acrecentase el ritmo de su viaje para alcanzar lo antes posible la gruta que era su objetivo. Sus manos se adelantaron en la exploración del territorio y recorrieron acariciando con suavidad la cara interna de los muslos de Ana. Eso hizo que ella instintivamente abriese un poco más sus piernas para facilitar la entrada a esos viajeros.

Un instante después las manos, los labios y la lengua de Fabián tomaron posesión del lugar. Hundió la cabeza entre esas piernas dispuesto a hacer disfrutar a esa diosa que lo acogía. Recorrió suave y depilada vulva a besos y lametones. Luego su lengua recorrió toda la longitud de esa rajita, recogiendo el flujo que manaba y abriendo esos carnosos y sensuales labios a su paso. Cuando la punta de la lengua de Fabián alcanzó ese nudo de nervios que empezaba a brotar entre los pliegues de ese precioso sexo Ana dio rienda suelta a sus gemidos y jadeos. Fabián se centro en ese sensible punto. Succionaba, lamia, besaba y mordía ese diminuto apéndice que tanto placer le estaba proporcionando a la preciosa Ana. Mientras su boca no dejada de trabajar en ese centro de sensaciones, dos de sus dedos se aventuraron a explorar el interior de la cálida y húmeda cueva. Los dedos entraban y salían a ritmo constante al tiempo que los abría y cerraba en su interior. Los suspiros y jadeos de Ana se habían convertido en gritos cuando un nuevo explorador se unió a los dos anteriores. Instantes después el cuerpo de Ana convulsionaba de

placer, un mágico orgasmo se había apoderado de su cuerpo. Sus músculos se tensaron y su vagina se contrajo dejando a los tres exploradores atrapados en el interior de la gruta, mientras ellos no dejaban de hacer diminutos pataleos que prolongaban el placer que experimentaba Ana. Un río de jugos brotó de ese manantial empapando la mano, el brazo y el rostro de Fabián, mientras corrían a lo largo de sus piernas. Fabián no paraba de beber ese dulce néctar. Era la prueba de que la había hecho disfrutar.

Las piernas de Ana fallaron cuando su cuerpo comenzó a relajarse. Fabián la sujeto entre sus brazos y la sentó en el banco que había frente a ellos. Él de rodillas frente a ella la besó y compartió con Ana su propia esencia, que mezclada con sus salivas era el mejor de los cocteles. Cuando sus bocas se separaron Fabián pudo contemplar de cerca la cara de éxtasis de Ana.

—Fabián, por favor. Hazme el amor.

A Fabián le hubiese gustado negarse, eso no era lo que él quería para la primera vez con ella, pero no pudo. Se le pidió de una manera dulce y sincera. Casi con un susurro como si lo que le estaba diciendo la avergonzase. Ana, en parte, había perdido con él su habitual seguridad en todo lo que hacía. Él tomó una toalla y la extendió en el banco donde Ana aun permanecía sentada.

—Tumbate ahí.

Ana obedeció sin rechistar. Se sentó sobre la toalla y luego se tumbó boca arriba sin apartar la vista de él. Estaba completamente excitado y su erecto miembro no dejaba lugar a ninguna duda. Fabián no pudo evitar deleitarse con la visión de ese magnífico par de tetas. Se habían separado y parecían dos flanes coronados por una guinda cada uno. Fabián se sentó frente a ella con el banco entre sus piernas. Los pies de Ana casi podían tocar con la punta de sus dedos la dura verga de Fabián.

—Abre un poco las piernas.

Ella lo hizo. Separó sus torneadas piernas hasta que estas abandonaron la superficie del banco y posó sus pies en el mojado suelo. Su húmedo y caliente sexo se abrió ante los ojos de Fabián que no podía apartar la mirada de ese mágico vértice. Poco a poco, Fabián se fue deslizando por el banco acercándose a Ana. Cuando las rodillas de ambos chocaron las manos del chico acariciaron lenta y suavemente los firmes muslos de Ana. Esas fuertes manos subían y bajan por esos muslos recorriéndolos en toda su longitud. Pasaban de la cara externa a la interna en un mismo movimiento, sin levantar las manos en un solo instante. Subiendo por el interior de las piernas de Ana hasta casi rozar esos abiertos labios. Fabián la estaba volviendo loca con esas

caricias. Ella lo necesitaba dentro y él estaba dilatando el momento. Ana mordía se mordía sus carnosos y apetecibles labios para contener el aliento y su deseo. Tan solo con las caricias de sus manos la estaba convirtiendo en agua y esta brotaba sin parar entre sus piernas. Cuando las manos de Fabián subieron por el vientre de Ana y alcanzaron sus duros pechos no pudo contenerse más, un largo gemido salió de su garganta. Las poderosas manos de Fabián abarcaron las sensibles tetas de la joven y las amasaron con parsimonia. El pecho de Ana subía y bajaba apresuradamente por su agitada respiración, que se había convertido en una interminable cadena de suspiros y gemidos. En ese momento Ana notó como algo rozaba con suavidad ese inflamado nudo de nervios que estaba a punto de explotar. “Pero su tiene las manos en mis tetas. ¿Con que me acaricia ahí?” pensó Ana en ese momento. Ana se aferró con fuerza a la tabla del banco colocando las manos sobre su cabeza. El saber que esa dura polla se estaba paseando y dando pequeños en su clítoris la hizo explotar en un increíble orgasmo. Esa sensación de placer se extendió por todo su cuerpo como si de la onda expansiva de una bomba se tratase. La cantidad de flujo que salía de su cuerpo era impresionante ya que Ana sentía que tenía una cascada entre sus piernas. Se vertía sobre el banco y la toalla, corría por sus muslos y cosquilleaba entre los cachetes de su culo mojando también el palpitante agujero negro.

Ana estaba extasiada. Abrió los ojos y lo miró fijamente. Fabián había conseguido que se corriese y tener uno de los orgasmos más maravillosos de su vida tan solo acariciando su cuerpo.

—¡Bésame! – le pidió Ana.

Fabián se aproximó a ella y Ana lo abrazó fundiéndose en un tierno beso lleno de amor. Luego Ana acurruco su cara en su cuello. El sentir el suave rostro de Ana, su cálido aliento y el cosquilleo de sus largas pestañas hizo que Fabián se conmoviese. Él correspondió estrechándola entre sus brazos. Luego volvieron a unir sus labios y luego sus lenguas. Luego Fabián se separó de ella y la contempló expuesta ante él, abierta en canal, dispuesta para el sacrificio ritual que él deseaba completar. Perfectamente visible el botón rosado de su clítoris, el mismo que la punta de su miembro había acariciado instantes antes palpitaba ante él. Fabián lo admiró en silencio. Ana continuó ahí, quieta, sin moverse un solo milímetro. Lo miraba fijamente con sus enormes ojos azules llenos de pasión e impaciencia. Fabián se arrodilló frente a ella con sus rodillas en contacto con los muslos de Ana. Los dedos de Fabián acariciaron la mejilla de la joven y luego sus labios. Ana los abrió y chupo con lujuria ese

dedo explorador. Luego continuó su recorrido bajando por la mandíbula y el cuello hasta alcanzar el hombro. Luego Fabián volvió a acariciar las tetas de Ana. Lo hizo despacio, muy despacio dedicándole tiempo a los erectos, duros y rosados pezones.

—Cierra los ojos – susurró Fabián.

Ana lo hizo. La sumisión de ella era total, igual que si la hubiese atado a ese banco que los acogía. Los dedos de Fabián coronaron por última vez la cresta de sus pechos para luego descender hasta el hueco de las axilas y dibujar con sus dedos el perfil de sus brazos. Fabián se tomó su tiempo disfrutando del inexplicable pudor de Ana. Ella continuó sin moverse sintiendo como se le erizaba la piel con el contacto de aquellos dedos sabios. El ceremonial que Fabián estaba realizando tan elaborado, lento y minucioso le hizo pensar que se correría sin ni siquiera penetrarla. La piel de Ana era increíblemente suave. Mucho más que la de ninguna de las chicas con las que había estado. Era una piel cuidada que sugería caros tratamientos de belleza, cremas hidratantes y sales de baño. Luego Fabián continuó jugando con sus dedos en el torso y el abdomen de Ana. Hizo un círculo entorno su bonito ombligo y Ana involuntariamente abrió aun más las piernas. Fabián ignoró la señal que ella le mandaba y rodeó el suave y rasurado pubis para dedicar su atención a la cara interna de sus muslos. Fabián sabía perfectamente que Ana estaba mojada. Sentía como sus fluidos se derramaban sin parar y vio su sexo empapado y reluciente. La polla de Fabián estaba tensa como la cuerda de un violín. Ana arqueó la espalda y adelantó sus caderas. Fabián sintió como Ana contuvo el aliento cuando sus dedos acariciaron ese delicado pubis que parecía el de una inocente niña. Fabián volvió a lamerla. En esa ocasión primero apenas paladeó con la punta de la lengua ese inflamado clítoris y tan solo con eso supo que estaba en su punto, dispuesto para ser degustado nuevamente. Se tomó su tiempo y se deleitó con ese nudo de nervios apresándolo entre sus labios jugando con él y succionándolo para hacerlo suyo. Ana sabía diferente al resto de chicas, era especial. Su sabor no era salado con el de las otras mujeres que había probado, era un sabor completamente diferente que no logró identificar pero que lo volvía loco y no podía dejar de probar. Luego, Fabián, nuevamente arrodillado ante ella se inclinó cubriendo su cuerpo. Tumbado sobre ella Fabián permaneció apoyado en el banco para no descargar su peso sobre la frágil Ana. Él la sintió indefensa bajo su cuerpo y no dejó de preguntarse cuanto aguantaría en esa posición. Aquella era una postura incomoda, tenía el miembro erecto apoyado en la palpitante e impaciente raja

de Ana, como si de un león acechando a su presa se tratara. Sus rostros se tocaron y el de Ana abrasaba como si de un horno se tratase. Luego la miró a los ojos. Fabián los vio muy de cerca y la parecieron dos enormes lagos azules iluminados por el brillo y la fiebre de la pasión y el deseo. Eso a Fabián lo hizo sentirse poderoso. Luego muy despacio comenzó a frotarle su polla contra el clítoris, volviendo a hacer que Ana gimiese de impaciencia. La besó de nuevo y exploró por enésima vez su boca. Ana se aferró al banco y ancló sus pies en el suelo. Adelanto sus caderas y en ese momento Fabián entró en ella. Lo hizo muy despacio para que ella sintiese el mas mínimo avance de su miembro dentro de ella. Ana lo recibió con ansia, las paredes de su vagina se contraían a su paso atrayendo hacia el interior ese deseado invasor. Cuando estuvo completamente dentro de ella permaneció quieto, siento la presión de los músculos vaginales de Ana entorno a su dura verga. Luego comenzó a moverse dentro de ella, adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás, bombeando una y otra vez en esa cálida y húmeda gruta. Adelanta y atrás, adelante y atrás hasta que Ana se corrió con un grito incontenible. Fabián continuó adelante y atrás, adelante y atrás, aguantando unas cuantas embestidas más. Cuando supo que no podía aguantar más e iba a terminar salió rápidamente de Ana. Fabián se corrió sobre el abdomen de Ana. La cubrió con los espesos chorros de semen que brotaban con fuerza. Luego cuando se supo vacío la abrazó y la blanca leche se extendió entre sus cuerpos por la presión. Ana rodeó el cuello de Fabián con sus brazos y le acarició la nuca con ternura, para fundirse en un tierno beso.

Cuando se separaron permanecieron unos instantes mirándose sin apartar sus miradas el uno del otro. Fue Fabián el que rompió la magia de ese momento.

—Creo que deberías ir a ducharte. Es tarde y seguro que te esperan en casa.

—Y si me ducho aquí contigo.

—Prefiero que vayas a tu vestuario.

—¿Por qué? ¿Ya te has cansado de mí? – protestó Ana haciendo un mohín de niña enfurruñada.

—Dios no. Como me voy a cansar de ti. Eres lo mejor que me ha pasado. La razón es que si nos duchamos juntos no creo que pueda contenerme y volvería a hacerte el amor.

—Pues estaría encantada.

—Y yo mucho más. Pero debemos marcharnos.

Ana se acercó nuevamente a él, apoyó las manos en sus hombros y

elevándose levemente sobre las puntas de sus pies le dio un leve, tierno y fugaz beso en los labios. Fabián sintió como sus aún excitados pezones acariciaron su pecho. Luego Ana se separó de él, se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Caminaba de puntillas como si calzase unos zapatos de gran tacón, con los brazos a lo largo de su estilizado cuerpo. Se movía con la sutileza, la elegancia y la sensualidad de una pantera.

Después de una ducha fría, Fabián, se secó y se vistió rápidamente. Metió sus cosas en una bolsa que guardaba en su taquilla y abandono el vestuario. Fue a la recepción y en el cuadro de luces comenzó a bajar interruptores, dejando una sala tras otra en completa oscuridad. Cuando llegó el turno del correspondiente al vestuario femenino por la mente de Fabián pasó la ocurrencia de gastarle una broma a Ana. La imaginó saliendo corriendo del vestuario, completamente desnuda, y el frente a la puerta esperándola para contemplar nuevamente su precioso cuerpo. Deshecho rápidamente la ocurrencia, no quería estropear lo que había sido una tarde perfecta.

Cuando Ana salió del vestuario femenino no pareció la misma mujer. Llevaba el pelo suelto, ligeramente ondulado, cayéndole unos mechones sobre el rostro y se había puesto algo de maquillaje. Había sombreado sus ojos con un gris muy suave que hacia resaltar aún más en azul profundo de su mirada. Sus labios de un pálido color rosa con un leve brillo los hacían tremendamente apetecibles. A pesar de su atuendo sport, vaqueros, camiseta, cazadora y mochila de cuero, era tremendamente sofisticada. Fabián la miró embobado.

—¿Qué te pasa? ¿En qué estás pensando?

—... En nada – respondió un poco titubeante.

—Estas pensando en mí – lo dijo con seguridad y al mismo tiempo de forma divertida.

Ana se dirigió con paso firme y sensual a la escalera que la llevaría fuera del gimnasio. Fabián fue rápidamente a desconectar el resto de las luces y subió tras ella. Mientras el cerraba ello lo espero apoyada en un coche aparcado frente a la entrada.

—Vamos tengo el coche aquí cerca te llevo a casa – le dijo a Ana cuando se incorporo después de cerrar.

—No. Vamos a tomar algo.

—Pero has visto la hora que es.

—Venga... Yo invito. Seguro que aquí cerca hay algún sitio donde podamos ir.

—Vale, de acuerdo. Pero iremos en el coche.

Ana se separó del coche donde estaba apoyada de un salto, feliz por haberse salido nuevamente con la suya. Se acercó a Fabián y se apretó a él cogiéndose de su brazo. Él sonrió y ella puso la cabeza sobre su hombro, luego le dio un beso en la mejilla y juntos caminaron hasta el coche. Pararon delante de un pequeño local. Bajaron del coche y entraron.

—¿Qué te parece? Es un sitio tranquilo al que no viene mucha gente.

—¿No quieres que te vean conmigo?

—Por favor... tienes ganas de discutir de nuevo. Debería haber sido más severo contigo en el ring.

—Si quieres volvemos. Ya has visto que no te tengo miedo.

—¿Otra vez? – respondió Fabián sonriendo.

—Vale, tomemos la copa tranquilamente.

Una hora más tarde el pequeño coche blanco se detenía frente a la casa. Ana cogió la mochila que estaba en el asiento trasero, le dio un rápido beso en los labios y bajo del coche. La joven entró y cerró la puerta sin mirar atrás. Fabián sonrió para sí mismo. Cuando otro conductor tocó el claxon a su espalda este se puso en marcha y continuó su camino.

—CAPITULO 17—

## VACACIONES EN CARNARIAS

---

### PRIMERA PARTE

---

La mañana había empezado temprano y comenzaba a ser estresante. Ana, no llevaba ni media hora levantada y Marta ya había estado dos veces en su habitación. La primera, a las ocho de la mañana, para despertarla y la segunda, veinte minutos después, para confirmar nuevamente si tenía todo preparado. La joven había dejado preparado el ligero equipaje la noche anterior. Cuando terminó de arreglarse cogió su maleta y el bolso y lo bajo a la entrada de la casa. El ajetreo era increíble. Todos subían, bajaban, entraban y salían ultimando los detalles de sus respectivos equipajes. Ana entró en la cocina donde ya olía a café recién hecho y María estaba preparando unas tostadas.

María colocó frente a ella una taza de café humeante y un par de tostadas. Ana puso una cucharadita de azúcar a su café y un poco de aceite a sus tostadas. Comenzó a comer con apetito. Mientras desayunaba pensó en lo sucedido la noche anterior con Fabián y que al final no había hablado con él

sobre el tema que tenía pendiente. Apuró su café y cogió la tostada que le quedaba y se dispuso a salir de la cocina. En la puerta tropezó con Javier.

—Buenos días. ¿Lo tienes todo preparado? – se interesó Javier.

—Hola. Si todo listo. Cuando quieras nos marchamos.

—Por mi encantado pero... tendremos que esperar a los demás.

Ana sonrió y dejó a Javier en la cocina, mientras ella salió al porche delantero de la casa. El cielo estaba de un color plomizo y los gruesos nubarrones anunciaban la inminencia de la lluvia. Mientras mordía su tostada sacó el móvil del bolsillo del vaquero y buscó el número de Fabián. Marcó y esperó su respuesta. Después de cinco tonos:

—¿Si? – respondió una voz pastosa y dormida al otro lado.

—Soy Ana, ¿Te he despertado?

—Sí. ¿Sabes qué hora es...?

—Lo siento. Y ya son casi las nueve – dijo después de consultar su reloj.

—¿Pasa algo? No es normal que me llames tan temprano – se interesó con una voz más normal, pero notándose que seguía tumbado en la cama.

—Ayer teníamos que haber hablado y... bueno, no lo hicimos.

—No pasa nada. Quedamos luego donde quieras y hablamos.

—No va a poder ser. Me marcho en media hora al aeropuerto.

—¿Dónde vas? ¿Vuelves a casa?

—No. Vamos a Canarias. Mis padres se han empeñado en que pasemos ahí estos días del puente.

—¿No vas sola con ellos?

—No. Viene toda la familia. Ya sabes, para agradecerles que me hayan acogido en su casa.

—Entonces hablamos cuando vuelvas.

—Es importante.

—¿De qué se trata?

—El teléfono de Marcos no te lo di para que se lo devolvieses. Y... me gustaría que te hicieras con una copia del disco duro de su portátil.

—Todo eso es mejor que lo haga cuando vuelvas.

—Fabián cuanto antes mejor. ¿Podríamos vernos en el aeropuerto? Así te doy el teléfono y nos despedimos.

—Pero... mira qué hora es. Tu ya te marchas no llegaré a tiempo.

—Inténtalo al menos. Si veo que no llegas te llamo y te digo donde te lo he dejado.

—De acuerdo. Nos vemos en una hora más o menos.

—Gracias. Un beso. Te quiero.

—Un beso.

Ana colgó y volvió a entrar en la casa. Se había quedado helada. Se puso su cazadora que reposaba sobre su pequeña maleta y se sentó en el salón. Todo el mundo seguía revolucionado y Javier gritaba apremiando a su familia ya que el monovolumen que nos llevaría al aeropuerto estaba a punto de llegar. Javier entró al salón y se dejó caer en el sillón.

—Odio salir de viaje – dijo resoplando.

—¿Por qué? Lo pasaremos bien – le respondió Ana, conciliadora.

—Lo sé. Pero odio todo este estrés de la salida.

El timbre sonó y Javier se levantó como si eso hubiese activado un resorte en su trasero. De nuevo comenzó a gritar mientras salía del salón para abrir la puerta.

—¡Vamos! ¡¿Dónde os habéis metido?! ¡El coche esta aquí!

Ana salió del salón, tomo su maleta y se fue al coche que los esperaba. Marta y los chicos bajaban apremiados por Javier. Mientras todos se dirigían al aeropuerto Javier continuaba quejándose de todo el equipaje que habían preparado. Tres cuartos de hora más tarde estaban en la terminal y se dirigían al mostrador de Iberia para recoger los pasajes que los padres de Ana les habían reservado.

Frente a la puerta de embarque, Ana, se movía nerviosa mientras miraba su reloj. Fabián no llegaba y los pasajeros estaban comenzando a entrar.

—Javier, voy al baño. Vuelvo enseguida.

—¿No puedes esperar e ir en el avión?

—No. No puedo aguantar.

—Vale date prisa. Toma tu pasaje.

La joven camino rápidamente hacia uno de los baños. Mirando insistentemente para ver si Javier la seguía con la vista. Cuando estuvo segura que no estaba pendiente de ella fue hacia las consignas. Estaba a punto de entrar cuando su teléfono sonó.

—¿Dónde estás? – preguntó Fabián sin preámbulos.

—En la sala de consignas iba a dejarte ahí el teléfono.

—Ok. En dos minutos estoy ahí. No te muevas.

Fabián no le dio tiempo a decir nada y colgó el teléfono. Un instante más tarde los jóvenes se encontraban. Ana lo abrazó y le dio un suave beso en los labios. Fabián se retiró de ella inmediatamente.

—¿Qué te pasa? – inquirió Ana.

—Pueden vernos.

—¿Quién?

—Tu familia.

—No es mi familia y aunque lo fueran. Soy mayorcita para besar al chico que me gusta. Además ya están subiendo al avión – dijo sonriendo.

Él en ese momento se acercó a ella, la tomó por la cintura y estrechándola contra él la besó sin temor. Ana correspondió al apasionado beso, pero a desgana se separó de Fabián.

—Toma – le dijo entregándole el teléfono de Marcos junto con el cargador y el cable que había comprado.

—¿Cómo se lo devuelvo?

—Estoy segura que se te ocurrirá algo. Y también inventaras algo para hacerte con una copia de sus discos duros.

—Ana, creo que piensas que soy James Bon y no lo soy.

—Tú eres mi Sr. Bon y confío en ti. Ahora tengo que irme.

—Vale. Llámame cuando aterrices.

—Lo haré. No te preocupes. Estaremos en contacto.

Cuando Ana se disponía a marcharse a la puerta de embarque Fabián la detuvo tomándola de la mano. Luego volvió a besarla.

—Te voy a echar de menos – dijo Fabián cuando se separaron.

—Y yo a ti. Te quiero.

Y Ana salió corriendo para tomar el vuelo que la llevaría a las islas afortunadas. Entregó su pasaje a la azafata que controlaba el embarque y subió al avión. La sobrecargo la acompañó a su asiento y vio que los demás ya estaban acomodados.

—¿Todo bien? – se interesó Javier que estaba sentado tras ella.

—Sí. Sin problemas. ¿Mi maleta?

—Ahí arriba.

Ana se levantó y abrió en compartimento de equipajes. Bajo su pequeña maleta y abrió la cremallera del bolsillo exterior. Sacó un libro y su reproductor de MP3, luego dejó la maleta en su lugar. Minutos después el comandante informaba que se abrochasen los cinturones y el avión comenzó a rodar por la pista cuando las nubes comenzaron a descargar la lluvia que acumulaban. Ana miró por la ventanilla como despegaba el aparato, mientras la lluvia golpeaba con fuerza el fuselaje. Unos minutos más tarde el avión atravesaba el manto de nubes para finalmente volar sobre un suelo de esponjoso algodón blanco bañado por un radiante sol. Cuando el comandante volvió a dirigirse al pasaje para indicarles la duración del vuelo, que en Tenerife había un sol radiante y una temperatura de veinticinco grados, así como que ya podían desabrochar los cinturones. En ese momento Ana se puso los auriculares y se centró en la lectura de su libro para evadirse de todo y que no la molestasen.

El vuelo pasó rápido. Antes de darse cuenta una de las azafatas ponía su mano en el hombro de Ana para llamar su atención. Ana se quitó los auriculares.

—Estamos a punto de aterrizar. Abróchese el cinturón. Gracias.

La joven cerró su libro y apagó su reproductor de música. Tomó los extremos del cinturón y lo cerró entorno a su cintura. Minutos después el aparato aterriza. Cuando el avión se detiene y los pasajeros comienzan a levantarse Ana continua sentada sin moverse. Javier deja la maleta de la joven el asiento que hay vacío junto a ella. Ana le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y luego guardó en la maleta su libro y su MP3.

—Vamos.— Le indicó Marta.

Ana se levantó y caminó tras Marta por el estrecho pasillo. Cuando entran en la terminal los padres de Ana, Ricardo y Elena, los esperan. La joven corre hacia ellos y se lanza a los brazos de su padre. Los tres se saludan muy efusivamente. Después los padres de Ana saludan a Javier, Marta y los chicos. Todos salen del aeropuerto. Ana sube junto con sus padres en el coche que estos ha llevado. Javier y su familia suben en el monovolumen que los espera y donde también cargan todo el equipaje. Los dos vehículos media hora más tarde llegan al complejo hotelero que los padres de Ana tienen en la isla y donde se alojarán todos. Javier y su familia se instalan en una de las villas del complejo y Ana y sus padres en su suite del hotel.

Aquella misma tarde después de comer, todos juntos fueron a la playa.

Ana después de quitarse el mini short que ocultaba el pequeño bikini blanco se chitó la camiseta quedándose directamente en topless. La madre de Ana, Elena, hizo lo mismo y Ricardo no le dió la menor importancia. Estaba acostumbrado a ver a su mujer y su hija así. Marta se animó y se quitó la parte superior de su bikini. Olga era la única que permanecía tapada a parte de los chicos. Ana la animó y buscando la aprobación de su madre Olga finalmente se unió al grupo y mostró al mundo sus encantos.

Javier había visto a su hija en alguna ocasión haciendo topless en la piscina de casa junto a su madre pero siempre había procurado estar el menor tiempo posible para que Olga no se sintiese incomoda. Y ahora estaba ahí tumbada en su toalla con los ojos cerrados y tomando el sol tranquilamente mientras enseña al mundo esas dos delicias. Javier no puede apartar los ojos de las tetas de su hija y su polla toma vida propia. Ana percatándose de ello no hace

más que provocarle.

Carlos se sentía en la gloria. Tenía a la disposición de su vista cuatro magníficos pares de tetas. Las de Ana las había disfrutado, las de su madre también, pero lo que no se podía imaginar es que los pechos de su hermana lo iban a hipnotizar de esa manera. Y no quería ni mirar los de la madre de Ana porque también le fascinaban.

La situación se repitió los siguientes días. Todas las mujeres hacían topless tanto en la playa como en las piscinas del complejo donde se alojaban. Javier y Carlos vivían en un estado de excitación permanente que hacía alguna que otra situación fuese incomoda.

Los juegos en el agua hacían que padre e hijo no la pudiesen abandonar hasta momentos después en que lograban que la tensión se relajase. Cada vez que los pechos de su hija lo rozaban cuando se divertían en el agua o cuando su mano accidentalmente los tocaba en algún lance del juego eso hacía que una descarga eléctrica recorriese su cuerpo. La que estaba realmente disfrutando de aquella situación era Marta, puesto que su marido en un estado de excitación permanente la follaba varias veces al día en cuánto tenía oportunidad.

Carlos no estaba disfrutando nada de la situación. Estaba todo el día empalmado y no podía follar con nadie. Se lo había insinuado a Ana en un par de ocasiones pero había pasado de él. Supuso que delante de sus padres quería ser una niña buena. También lo intento con su madre haciéndole llegar alguna indirecta, pero ella no se dio por aludida estaba planamente satisfecha con los servicios que le estaba ofreciendo su esposo.

Olga notó que la relación con su padre durante aquellos días había cambiado sustancialmente. Ella sentía la necesidad de estar junto a él, pero él estaba muy tenso cada vez que ella se acercaba, hasta que finalmente se mostró muy distante con ella.

Aquella mañana Javier estaba muchos más irascible que los días anteriores y cuando Olga apareció en el salón con short que prácticamente no dejaba nada a la imaginación y una camiseta bajo la que claramente se apreciaba que

no llevaba nada salvo su piel hizo que estallase. El detonante de la explosión fue un simple beso de su hija. Olga besó a su padre como todas las mañanas, salvo que aquella mañana el beso fue en la comisura de sus labios, algo que lo encendió sobre manera y lo que avivó aun más la llama fue sentir el roce de sus duros pezones a través de la delgadísima tela de su camiseta.

Javier estallo como pocas veces lo había hecho con su hija. Olga no entendía nada. Su padre nunca se había metido en su forma de vestir y en ese momento le estaba gritando por cómo iba vestida. Marta intento mediar en la discusión pero Javier estaba siendo poco razonable. Al final Olga se marchó a su habitación dejando a su padre con la palabra en la boca.

Olga entró rápidamente en su habitación y lazó la puerta tras ella. Su intención era dar un portazo, pero no le dio el impulso adecuado, la puerta se detuvo antes quedando entreabierta. Si vestía de manera sexy y a su padre le ponía pero él no quería admitirlo. Tenía claro que desde que estaban en la isla y la estaba viendo semidesnuda en la playa y la piscina la relación entre ellos era mucho más tensa. Y por su poca eso solo quería decir una cosa, su padre se sentía atraído por ella.

Se tiró en la cama y rodó por ella hasta quedar boca abajo. Olga pasó una de sus manos bajo su cuerpo, desabrochó el botón del short y bajó la cremallera, para abrir la cintura y facilitar la maniobra que tenía en su cabeza. La mano navegó bajo su braguita acariciando su pubis y notó la humedad de la prenda.

“¿En que estas pensando?” se dijo ella misma. Pero esa idea bullía en su mente desde que vio a su padre aquella tarde, en aquel probador, en el centro comercial. Y el estar en aquella isla viéndolo en bañador no la estaba ayudando mucho a desechar la idea. Eso hacía que su excitación estuviese alcanzando niveles críticos y ahí no tenía a Daniel, ni a Marcos, para aplacar su deseo.

Se mordió su labio inferior cuando su índice circundó su clítoris que estaba inflamado y necesitado de atenciones. Su cuerpo llevaba días pidiendo guerra y ese dedo fue un alivio momentáneo. No podía esperar a regresar a Madrid. Olga aceleró el movimiento de sus dedos que frotaban con brusquedad el dilatado apéndice rosado que tanto placer le proporcionaba. Luego separó los

labios de su sexo y recorrió su rajita con uno de sus dedos recogiendo parte de la humedad que los impregnaba. Ese dedo aventurero poco a poco entró en aquella gruta donde encontró un manantial de placer. Un segundo dedo se unió a su compañero, ambos entraban y salían explorando la cavidad.

—¡Mmmm...! – suspiró intentando no hacer ruido.

Olga comenzó a imaginar cómo sería tener a su padre disfrutando de ella en ese momento que tanto lo necesitaba. Cómo sería follar de manera salvaje con él. Lo que necesitaba era hacerlo con un hombre de verdad. Lo hacía con Marcos, pero lo hacía por obligación, y aunque era algo mejor de Daniel, estaba segura que su padre era mucho mejor que los dos juntos. Todos esos pensamientos no ayudaban a que su cuerpo se tranquilizase. Todo lo contrario la estaban excitando aun más. Prueba de ello era el flujo que manaba abundante de su interior y se deslizaba por su limpio pubis. Aquellos deditos traviosos la estaban haciendo disfrutar. Elevó sus caderas para que un tercer explorador se uniese al grupo y así tuviesen espacio para profundizar aún más en la cueva. Olga estaba tan cachonda que hubiese podido meterse la mano entera. Olga rodó sobre si misma hasta quedar cómodamente boca arriba. Abrió las piernas y se sintió extraña. Ella no solía hacer esas cosas. Pero ahí estaba, abierta de piernas sobre la cama, masturbándose, mientras imaginaba como sería ser follada por su podrió padre haciendo gritar de gusto.

El pantaloncito comenzaba a ser una molestia, así pues se deshizo de él con la mano que aun tenía desocupada. Abrió un poco más las piernas para facilitar la labor a esos tres exploradores que continuaban entrando y saliendo de su húmeda cueva. En su nueva postura, más cómoda, su mano libre corrió bajo su camiseta subiéndola hasta su cuello.

Luego prestó asistencia a sus duros y sensibles pezones. De nuevo su mente voló, e imagino cómo sería sentir los labios, los dientes y la lengua de su papá comiéndose sus dos preciosas y firmes tetas. Y otra vez vio a su padre entre sus piernas, follándola, y sintió el peso de su cuerpo sobre el suyo.

Olga escucho un leve ruido que hizo que abriese los ojos. No detuvo su juego. Observo y vio una sombra tras la puerta entreabierta. No podía ver quién era, aunque estaba segura que a ella la podía ver perfectamente. Observó como la sombra se movía levemente. Estaba claro que su madre no

era, ella habría entrado y por el volumen de lo que podía ver solo podía ser una persona, su padre. ¿Qué hacía ahí? Pensó, ver como se masturbaba y disfrutaba de sus deditos traviosos. “Entra y fóllame” quiso decirle, pero tal vez no era la mejor idea en ese momento. Lo mejor sería jugar con él para encenderle la llama del deseo.

La joven Olga estaba perdiendo la cabeza. En lugar de sentir vergüenza por la situación y detener la escena, arqueo su espalda para mostrarle una visión perfecta de sus duros pechos. Unos pechos coronados por dos rosados, jugosos y duros pezones que deseaban ser devorados por la boca de quien estaba tras la puerta.

La persona que estaba tras la puerta desprendía deseo y lujuria. Olga lo podía notar, lo podía sentir. Y su respiración acelerada y profunda que a ella le llegaba atenuada se lo confirmaba. Pero ¿Por qué seguía allí? Mirándola. Podía haber pasado de largo, o haberse detenido un segundo y luego marcharse. Pero no, seguía ahí, mirándola. Y Olga estaba segura que él se había dado cuenta que ella lo había visto, que sabía que estaba ahí.

Olga vio como la enigmática sombra se movía de manera repetitiva y rítmica. ¿Qué estaba haciendo? Se preguntó. Pero la respuesta para eso solo podía ser dos, aunque se podría decir que la misma. Se estaba acariciando el prominente bulto que debía tener entre las piernas o se estaba masturbando a la vez que su niñita. Olga lo tenía ahí mismo, solo a unos metros de ella. Tan solo tendría que gatear hasta él, como una gatita mimosa, arrancarle su pantalón y deleitarse con aquel miembro que se había convertido en su obsesión.

La joven se retorció de placer cuando aceleró el ritmo con el que sus traviosos dedos la follaban. Ríos de fluido empapaban su mano. Cada vez que se penetraba un jadeo de gusta salía de su garganta. Olga no se preocupaba por disimularlos o contenerlos. Quería que él la escuchase. Saber que su papá estaba ahí, escuchándola, la excitaba aún más. Hasta el punto de no saber se aguantaría a ese ritmo mucho más. Cuando los dedos de Olga tomaron su muy sensible clítoris el siguiente jadeo de convirtió en un débil grito.

—¡Oh!, ¡oh!, me voy a correr – dijo entre los jadeos pero de manera que el

pudiese oírla perfectamente.

Ahí estaba Olga, en su cama, totalmente abierta, con las braguitas arrugadas en su ingle, con la camiseta en su cuello y con el pecho al aire. Y en esa situación, con los dedos entrando y saliendo de ella a la velocidad del rayo, mientras su pulgar presionaba rosada perla y su otra mano torturaba la sensibilidad de sus tetas y pezones. El orgasmo invadió su cuerpo. Su cuerpo se tensó arqueando su espalda, un calambre recorrió sus piernas haciéndolas temblar. Un grito de placer salió de su agitado pecho.

—¡Que gusto! ¡Sí! ¡Joder!

Olga se mordió su carnoso labio inferior y disfruto de la dulce sensación que se había apoderado de toda ella. Cuando sacó los dedos de su interior donde seguían nadando en el abundante caudal que la abandonaba, se incorporó y miró de nuevo a la sombra. Seguía ahí, mirándola. Estaba segura que tendría la polla a punto de estallar, pero continuaba impassible tras la puerta. ¿Por qué no había entrado a mostrarle su verga y a follarla como la puta que era? ¿Cómo podía aguantar? Se preguntó. Entonces Olga decidió usar el último cartucho que tenía en ese momento. Miró fijamente a la apertura de la puerta. Llevó su empapada mano hasta sus labios y engullo los tres dedos que habían estado dentro de ella. Los chupo con ansia deleitándose con su propia esencia mientras sonreía con picardía. Al mismo tiempo le decía con la mirada, lo que hay en mi boca podría ser tu polla. Entonces vio como la sombra se movía y desaparecía, dejándola de nuevo sola.

Olga salto de la cama y fue hacia la puerta conforme estaba. La abrió de golpe y se asomó. Ya no estaba. Se había ido. Pero tuvo la sensación que su juego había calado en él y podrían disfrutarlo. Luego entró en la habitación y esta vez sí cerró la puerta, entró en el baño y después de asearse recompuso su aspecto.

Javier y Marta habían quedado con los padres de Ana para después de comer ir a ver una exposición de un nuevo artista local que exponía en la galería de un amigo. Javier estaba buscando alguien nuevo con ideas frescas para realizar los carteles promocionales de una feria de muestras que habían encargado en su agencia.

Ana se había encontrado indispuesta durante la comida y se había marchado a su habitación para descansar hasta la hora de la cena.

Y Carlos en vista del aburrido panorama que tenía por delante después de comer se marchó a dar un paseo por la playa con la esperanza de conocer alguna chica local o extranjera y ligar con ella.

Olga decidió quedarse en la villa y pasar una tarde tranquila después de todo lo sucedido esa mañana. Cogió el libro que se había llevado de casa y se dispuso a pasar la tarde tumbada en la terraza leyendo tranquilamente. Pero no se podía imaginar que su hermano tenía otros planes para aquella tarde.

Carlos saltó sobre su hermana besándola apasionadamente. Olga sorprendida abrió por instinto levemente su boca dejando que la lengua de su hermano la invadiese. Un fuerte sabor a menta se apoderó de sus papilas gustativas. Una alarma se disparó dentro de Olga poniendo todos sus sentidos en alerta y le erizó la piel.

—¿Qué coño estás haciendo? – espetó Olga separándose de su hermano.

—Besarte.

—Hasta ahí llego. ¿Por qué me has besado?

El joven respondió aproximándose a su hermana. La abrazó e intentó besarla nuevamente. Olga apartó su cara. Pero eso no desanimó a su hermano que ocultó su cara en el cuello de Olga, lo besó y subió hasta morderle tiernamente el lóbulo de la oreja. Olga empujó otra vez a su hermano apartándolo de ella.

—Carlos ¿Se puede saber qué demonios te pasa?

—¿A mí? ¿Qué te pasa a ti? Primero me calientas y ahora te haces la sorprendida. Joder, Olga. Llevo todo el puto día pensando en ti, en podernos quedar solos y ahora me sales con estas.

—¿Qué yo te caliento? ¿Pensando en mí?

—Tú estás enfermo.

—No, yo no. Aquí la única enferma eres tú. Y si no ¿a qué ha venido lo de esta mañana?

—¿A qué te refieres? No tengo ni idea de que estás hablando.

—Joder, que mala memoria tienes hermanita. Yo haría que me lo miraran.

—Quieres dejarte de sarcasmos y explicarme de una puta vez a que viene todo esto.

—Increíble ¿Lo estás diciendo en serio?

—Me parece que no tengo cara de estar bromeando.

—Dios. Si que estás enferma.

—Carlos vete a la mierda.

Olga se dio la vuelta para entrar en el salón y dejar solo a su hermano en la terraza. Pero Carlos la sujetó del brazo reteniéndola.

—Suéltame. Me estás haciendo daño.

—De eso nada. No te vas a ir dejándome así.

—Carlos, me haces daño y me estas asustando. Déjame, por favor.

—Vamos hermanita, no te hagas ahora la estrecha y la tonta. Eso no va contigo. Tal vez engañes a papá y mamá, pero a mí no.

—Carlos ¿Qué te pasa? Explícamelo.

—¿Qué te pasa a ti? Esta mañana te pones a masturbarte sabiendo perfectamente que te había visto, y en lugar de parar o decirme algo te regodeaste y me incitaste. Si estabas pidiéndome a gritos que pasara a follarte. Y ahora me sales con estas.

—¿Cómo? ¿Eras tú?

—Claro que era yo. ¿Quién iba a ser?

—Papá – respondió en un susurro prácticamente inaudible, sin pensar.

—¿Te estabas masturbando para papá? Joder Olga. ¿Te follas a papá?

—¡No! – gritó y dio un tirón soltándose de su hermano.

—Yo creo que sí. Cuando se entere mamá de esto se va a liar una buena.

—No pensaras decírselo. No serás tan gilipollas.

—La única gilipollas aquí eres tú hermanita. Y si se lo cuento todo a mamá, bueno, depende de ti.

—¿Qué quieres?

—¿Tú qué crees?

—Eres un cabrón.

—Tal vez. Pero tú eres una putita. Vamos – dijo finalmente cogiéndola de la mano y tirando de ella.

—¿A dónde?

—Al dormitorio. ¿No querías que te follara papá? Pues tendrás que conformarte conmigo, aunque siempre puedes imaginar que soy él. Venga lo vas a pasar muy bien.

Carlos continuó tirando de la mano de su hermana. Olga lo seguía en silencio pero no se resistía. Sabía perfectamente que era inútil. ¿Cómo me puede pasar a mí esto? Se preguntó. Primero me chantajea el cabrón de Marcos y ahora mi propio hermano. ¿Y si me niego? Se volvió a preguntar. No, no puedo negarme. Se lo contaría con toda seguridad. No sería la primera vez que lo hiciese. Ya lo hizo cuando me pilló con Daniel la primera vez que lo hicimos y me negué a comprarle un juego para la Play. Fueron dos meses de castigo. Pero con esto no serían dos meses de castigo. Podrían divorciarse y papá incluso podría ir a la cárcel. No podía permitirlo, se dijo finalmente Olga a sí misma.

—Pero esta no es tu habitación – dijo Olga frente a la puerta del dormitorio.

—Claro. He pensado que como querías hacerlo con papá por qué no hacerlo en su cama.

Los dos hermanos entraron en el dormitorio. En ese momento el cuerpo de Olga se encendió como si en el hubiesen accionado un interruptor. Se la iba a follar en la cama de sus padres. Donde su padre habría follado con toda seguridad esa misma noche. O tal vez, solo hiciese unas horas. Olga se mordió su carnoso labio inferior para intentar contener la excitación que estaba fluyendo entre sus piernas.

Carlos hizo que su hermana se sentase en la cama, mientras él se quitaba la camiseta. Olga observó detenidamente el cuerpo de su hermano. Tenía marcados los abdominales, unos brazos fuertes y su paquete. ¿Todo eso es suyo? Se dijo cuando vio el enorme bulto que había en su pantalón. Estaba buenísimo. Sus amigas tenían razón cuando se lo decían. ¿Por qué ella nunca lo había visto de esa manera hasta aquel momento? La calentura de Olga aumentaba por momentos.

La mano de Carlos tomó la de su hermana y la acercó hasta su inflamada entrepierna. Olga acarició el duro bulto de su hermano y la lujuria se desató en ella. Se agachó hasta que su nariz rozó aquella vibrante tienda de campaña que no dejaba de temblar. Olga sacó la lengua y lamió la bragueta de su hermano mientras lo miraba a los ojos. Sin apartar la vista de él, las manos de Olga, desabrocharon primero el cinturón y luego el pantalón. La respiración de Carlos se aceleró cuando su hermana empezó a bajar la cremallera de sus vaqueros. Cuando tuvo abierta la cremallera bajó de un tirón el pantalón de su hermano hasta sus tobillos. El bóxer de color azul a duras penas podía contener semejante miembro. Olga aproximó sus labios a la entrepierna de su hermano y sobre la tela tomó entre sus labios el dilatado capullo. Jugó con la punta de su lengua sobre el fino tejido estimulando la sensibilidad de su propio hermano. Cuando Olga se separó del palpitante el miembro de Carlos, una mancha húmeda oscurecía la zona donde los lujuriosos labios de Olga se habían posado sobre la hombría de su hermano. Olga acercó su mano y acaricio despacio, muy despacio, la erección de Carlos bajo el bóxer.

Olga, deseaba en su interior que su hermano explotase con los tocamientos que le estaba proporcionando para evitar dar un paso más con él. Pero Carlos estaba aguantando y no parecía tener intención de acabar pronto.

—Hermanita, creo que sabes lo que estoy esperando. No demores más lo inevitable.

La joven en vista que no tendría más remedio que llegar hasta el final decidió que no demoraría ni un segundo más lo que tenía que pasar. Olga bajó el bóxer de su hermano hasta sus rodillas liberando su erecto miembro. La joven se mordió su labio inferior y acercándose a Carlos recorrió con la punta de su lengua el erguido tronco que tenía frente a ella. Su hermano no se pudo contener cuando sintió la lengua de Olga recorriendo su miembro y emitió un profundo suspiro de gusto. Carlos cerró los ojos para concentrarse en el placer que estaba recibiendo, echó su cabeza atrás y cogió la cabeza de su hermana para que no retrasase más lo que estaba deseando. Estaba claro que Carlos no estaba muy conforme con los juegos de su hermana, pero ella continuó jugando con él a su antojo. “Ya que tenía que hacerlo, lo haría a su manera” se dijo Olga. Situó los incisivos en la punta del capullo de su

hermanito y comenzó a bajar por ese grueso trozo de carne, con suavidad, pero para que tuviese claro quién tenía el control de la situación. Olga lo miró desde abajo y los hermanos cruzaron sus lujuriosas miradas llenas de deseo. La joven rodeó con sus labios el jugoso glande y lo succionó con fuerza. Olga se deleitó con la polla de su hermano. Carlos, ya impaciente, sujeto la nuca de su hermana y la embistió con fuerza envainando en su garganta toda la longitud de su verga. En ese momento la imagen de su padre apareció en su mente y pensó lo que le gustaría que esa polla que estaba comiéndose fuese la de él y no la de su hermano. Olga dejó de acariciar y apretar los huevos de Carlos. Sus manos se apoderaron de sus duros glúteos y clavándole las uñas lo apretó más contra ella. Olga se había excitado con la imagen de su padre y quería que la penetrasen por todos y cada uno de los orificios de su caliente cuerpo. Un cuerpo excitado que comenzaba a fluir entre sus piernas empapando sus braguitas. Olga paseó una de sus manos entre sus muslos para intentar calmar mínimamente su calentura. Carlos se apartó de ella y le dijo:

—¡Joder! Olga, nunca me han comido la polla con tanta intensidad.

—No te puedes imaginar cómo me has puesto cabrón. ¿Me vas a follar ya?

Carlos dibujo en su cara una sonrisa de oreja a oreja e hizo que su hermana se tumbase en la cama. Le arrancó el pequeño short y la diminuta braguita tirando las prendas a los pies de la cama. Carlos bajó de la cama y buscó su pantalón.

—¿Qué haces? – le preguntó su hermana.

—Busco un condón.

—No te hace falta, tomo la píldora. Vamos.

Los dos hermanos se enredaron en un apasionado abrazo sobre la cama de sus padres. Sintieron totalmente el contacto de sus cuerpos desnudos. Se exploraron abrazados sobre la cama. Carlos estaba maravillado de la naturalidad con que su hermana asumía su propio deseo, sin ningún tipo de remordimiento y sin ninguna inquietud. Fue Olga quien recorrió el torso de su hermano con las palmas de las manos, como si quisiera memorizar cada curva

y cada musculo. Pero lo que Carlos no sabía que lo que Olga estaba acariciando el pecho de su padre. Carlos, mientras permanecía inmóvil y, para que negarlo algo asustado. Los hermanos habían dejado de besarse y él volvió a contemplarla de cerca. Era preciosa y ya no era su hermana Olga, se había transformado en una mujer diferente. Ambos jadeaban y poco a poco fueron acompasando el ritmo de sus respiraciones hasta que acabaron haciéndolo al unísono. Olga se abalanzo sobre su hermano, no había otra forma de explicarlo. Carlos penetró a su hermana y ella gimió de alivio al sentirse completamente llena. Olga tenía demasiada tensión sexual acumulada y era la única forma de liberarla. Mientras su hermano la penetraba, Olga escribía en la piel de él una criptografía de caricias y arañazos que dirían al mundo que ese cuerpo había sido suyo. Los hermanos estaban rojos, acalorados y sudorosos. Olga estaba bajo él. Carlos le acaricio la espalda hasta que se detuvo en las caderas, para aferrarlas después a su cuerpo con ambas manos y ambas piernas.

—Espacio. —Dijo ella.

Su hermano pensó que ella quería ser la maestra de ceremonias y llevar la voz cantante. Carlos contuvo el aliento mientras entraba en ella de nuevo, pero en esa ocasión, calculada y morosamente, centímetro a centímetro, de forma que ella pudiera sentir cada diminuto avance. Realmente no le costaba entrar en Olga pues su sexo fluía como una fuente. Carlos sentía el miembro tenso al máximo, pleno de vigor y entusiasmo a medida que entraba y como las paredes de la vagina de su hermana se contraían a su alrededor, como dándole la bienvenida, como invitándole a entrar, como intentando atraerlo hacia lo más profundo, y por fin él se supo dentro, completamente dentro, casi fundido con ella. Y Carlos se mantuvo allí, rígido e inmóvil, sin desplazarse un solo milímetro. Olga agitaba las caderas, impaciente, pero su hermano permaneció inmutable, descansando en su interior, con las manos apoyadas en el cabecero de la cama para no perder el equilibrio. Y entonces, Carlos, muy, muy, muy despacio, haciendo gala de su autocontrol, empezó a moverse con estudiada calma. Carlos se retiro y volvió a entrar en su hermana como a cámara lenta, y en la segunda investida hundió el miembro un poco más profundamente. Poco a poco incrementó el ritmo, más rápido, más profundo, más rápido, más profundo, hasta alcanzar tal intensidad que con cada nuevo impacto y aquella fricción le provocaban a él un calor intenso que se iba extendiendo por todo el cuerpo. En un momento los cuerpos de los hermanos parecían pegados uno al otro, al momento siguiente Carlos se despegaba. Olga respondía a cada nuevo

ataque con un profundo gemido y a medida que él aceleraba el ritmo los gemidos de ella ganaban en volumen. Cuando Carlos comprendió que su hermana había perdido su seguridad y había dejado de ser ella la que llevaba la iniciativa, él se sintió poderoso y dueño de la energía necesaria para tomar aquel cuerpo. Carlos se emborrachó en la sensación de superioridad y dominio, y sin poder evitarlo, sintió como se unía a su hermana de una manera muy especial. De repente todo el contenido del dormitorio de sus padres pareció converger hacia la cama, un gemido más intenso y agudo ascendió salvaje por su garganta, y cuando lo dejó salir, lleno a su hermana con toda su cálida simiente. En ese preciso instante un irrefrenable orgasmo se apoderó del cuerpo de Olga tensándolo. Carlos se desplomó sobre su hermana, entre espasmos, luego se tumbó a su lado y ambos se abrazaron relajando sus cuerpos. Olga lo besó con una ternura, que Carlos nunca había sentido antes.

Carlos se quedó dormido y Olga recogió su ropa y abandonó rápidamente el dormitorio de sus padres para ir al baño a darse una ducha reparadora.

—CAPITULO 18—

## VACACIONES EN CARNARIAS

---

### SEGUNDA PARTE

---

Un grito despertó a Olga de su ligero sueño. Se incorporó en la cama y miró su reloj que descansaba sobre la mesilla. Eran las tres de la madrugada. Olga agudizó un poco el oído y dedujo que provenía del dormitorio de sus padres. “Seguro que están follando” se dijo y recordó lo sucedido esa misma tarde en esa misma habitación. ¿Por qué no podía ser ella la que estuviese ahí, en lugar de su madre? Lo que había hecho con su hermano había estado bien, muy bien incluso, pero ella quería a su padre. Olga decidió abandonar todos esos pensamientos, si volvía a excitarse no podría dormir. Aunque tenía la opción de desfogarse con su hermano no era lo más apropiado estando sus padres allí.

Olga se levantó de la cama y se puso una camiseta ya que estaba durmiendo solo con una pequeña braguita. La temperatura en las islas solía ser agradable todo el año, pero en esos días de diciembre era especialmente alta. Casi le recordaba una bochornosa noche de julio en Madrid, aunque ahí era mucho más soportable. La joven fue a la cocina tomar algo que la ayudase a conciliar el sueño. Abrió el frigorífico y buscó algo que le apeteciese. La leche fría le

resultó tentadora y saco la botella. Olga cogió un vaso de la repisa y lo llenó. Bebió un largo trago y sintió como la frescura de la leche relajaba su cuerpo. Salió al salón para sentarse en el sofá a terminarse el vaso. Pero algo la sobresaltó cuando iba a acomodarse.

—¡Joder! ¿Qué haces aquí? – dijo llevando la mano a su boca para acallar su voz.

—Tomar una copa – respondió su padre tumbado en el sofá y tintineando el hielo del vaso que sostenía en su mano — ¿Y tú?

—No podía dormir y he venido a por un poco de leche.

—Espera.

Javier se levantó del sofá en la penumbra del salón y fue hasta el mueble bar. El padre de Olga solo vestía un pantalón de pijama y por lo se podía apreciar sin ropa interior. Ahí buscó una botella y volvió a sentarse junto a su hija que ya se había acomodado. Abrió la botella y vertió un poco del contenido en la leche de Olga. Luego metió uno de sus dedos en el vaso y removió la mezcla. Luego llevo el dedo a su boca y lo limpio con sus labios.

—¿Qué haces?

—Es brandy, te ayudará a dormir.

—Si yo no bebo.

—Vamos, Olga, no me vengas con eso a estas alturas. Sé que bebes, no pasa nada, pero procura hacerlo con moderación. Además haces cosas peores que tomarte una copa.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Pero gracias por dejar la cama hecha.

—¿Cómo? – respondió Olga mirando fijamente a su padre.

—Nada.

Pero no lo vio como siempre. Y estaba claro que él tampoco. Su mirada la estaba traspasando más allá de la camiseta. Olga en ese momento no se sintió como siempre se había sentido con su padre, como una niña, que era como el siempre la miraba. En ese momento Olga se sintió como una mujer, que era de la forma en que la estaba viendo su padre. Javier no respondió y dio un sorbo a su copa. Olga decidió atacar.

—¿Sienta bien una copa después de follar? – le preguntó.

Su padre dio un nuevo sorbo a su copa y carraspeo para aclararse la garganta mientras dejaba su vaso en la mesa auxiliar. Luego miró a su hija. Olga creyó que se iba a morir. Nunca antes la había mirado de esa manera y ella deseaba que lo hiciese pero con su rostro enterrado entre sus muslos.

—Mira Olga. Eres una niña. Bueno... al menos lo eras hace no mucho. Últimamente no te comportas lo mismo. Entiendo que estas creciendo, que quieras gustar a los chicos, y que quieras seducir. Pero no entiendo lo que está pasando en tu cabeza, lo que hiciste esta tarde con tu hermano o el otro día con Marcos.

Olga dio un respingo y todos sus sentidos se pusieron en alerta cuando escucho nombrar a Marcos en ese sentido a su padre.

—¿Cómo sabes lo de Marcos?

—Eso ahora da lo mismo. Lo que debes entender es que hay cosas que no debes hacerlas. ¿Qué crees que pensaría Daniel si lo supiese?

—Me da igual lo que piense.

—No, Olga, no debería darte igual. Es con él, o con cualquier otro chico de tu edad, con quien debes hacer y experimentar esas cosas. Deja a tu hermano tranquilo, es un crío y lo único que conseguirás es confundirlo.

—Pero...

—Espera, déjame terminar. Y en cuanto a Marcos... —la pausa de Javier se hacía tensa ya que al recordar lo que había visto algo hervía en su interior y debía calmarlo— Bueno, me imagino que te sentirás atraída por los hombres mayores que tú, por su experiencia, pero creo que Marcos no es la persona adecuada, podría ser tu padre.

—Eso es papá. Podrías ser tú.

—¿Cómo dices?

—Que a quien quiero es a ti. Es a ti al que deseo y con quien quiero estar. Sabes me he despertado mientras lo hacías con mamá. Y me hubiese encantado ser yo la que estuviese ahí y que me lo hubieses hecho a mí.

—Olga, no digas eso.

—Es la verdad papá. No te imaginas lo que estoy sintiendo ahora mismo al estar aquí contigo.

—Se que tienes las hormonas revolucionadas, pero Carlos estoy seguro que te ha dejado satisfecha. Y mejor dejamos ese tema.

—Joder, papá. No lo podemos dejar. ¿Sabes en quien pensaba mientras esta tarde Carlos me follaba? En ti papá, en ti.

—Olga espero que no lo estés diciendo en serio —dijo cambiando la expresión de su cara— Sabes que soy un padre comprensivo, que puedo llegar a entender lo que has hecho esta tarde o lo del otro día. Pero lo que estás diciendo ahora no, no lo entiendo y no voy a permitírtelo.

—¿Cómo puedes decirme eso? Crees que no me doy cuenta de cómo me has

estado mirando todos estos días en la playa. Sé que te excito. Lo he visto. De hecho mírate –indicó con gesto hacia la enorme tienda de la entrepuerta de su padre.

—Sera mejor que te calles – dijo tenso Javier.

Olga se acercó a su padre. Poco a poco por el sofá. Luego lo miró a los ojos y puso su mano sobre el abultamiento que elevaba la tela del pijama. Sintió su calor y como palpitaba bajo el tejido.

—Vamos papá. Sé que tú también tienes ganas de hacerlo. No tiene por que saberlo nadie. Venga hagámoslo aquí mismo en el sofá. Sé que deseas darme duro papá.

Olga acarició de nuevo la hombría de su progenitor. Luego cogiendo la parte baja de su camiseta se la quitó con un rápido gesto, mostrando a su padre su torso desnudo, la firmeza de sus pechos y la dureza de sus erguidos pezones. Entonces sintió como su mequilla comenzó a arderle. Su padre le había dado una bofetada. Nunca le había pegado antes, ni siquiera un pequeño azote cuando era una cría y hacia un millón de trastadas sacándolo de sus casillas. Olga siguió mirando fijamente a su padre. Cogió su camiseta y sujetándola con su antebrazo cubrió sus pechos desnudos. Sus ojos se inundaron de lágrimas que se desbordaron por sus mejillas. Con su mano libre acarició el ardor de su mejilla intentando calmarlo. Luego se levantó del sofá y de nuevo se fijó en el bulto de su pantalón. Las lágrimas seguían corriendo por su cara para saltar hasta su pecho o la camiseta que sostenía intentando cubrirlo.

—Espero que te hayas desahogado. Aunque no lo creo. Tu cabeza te ha dicho que me cayes a cualquier precio, pero tu cuerpo desea otra cosa. Buenas noches papá.— dijo la joven la mayor calma que fue capaz y un tono de odio que no pudo evitar.

—Olga...

Olga se dio la vuelta y salió del salón sin quitar la mano de su dolorida mejilla. “Me ha pegado, ¿Cómo ha podido hacerlo” pensó mientras entraba en su habitación. Dejó caer la camiseta y se metió en la cama. Abrazó su almohada y siguió llorando. A pesar de todo se sentía más tranquila y el sueño entre lagrimas no tardó en hacerse con ella.

A la mañana siguiente Olga se levantó más tarde de lo habitual, pero el día anterior había sido complicado. No podía quitarse de la cabeza lo ocurrido la noche anterior y la bofetada que le había dado su padre. Sabía que ella misma había provocado la situación y sus sentimientos eran contradictorios, rabia por

el resultado, pero excitación por todo el juego de provocación. Tenía hambre y entró en la cocina. Olía aun a café y sobre la mesa había churros y una nota.

“Nos vamos todos a la playa. No te he despertado porque papá me ha dicho que has pasado una mala noche. Te dejo churros y café. Si te apetece baja a buscarnos. Un besito. Mamá”

Olga tomó la cafetera y se puso una gran taza de café con leche. Cogió un churro que aun estaba caliente y lo mordió con apetito.

—¡Ummm...! – no pudo evitar exclamar.

Una sonrisa de picardía se le dibujo en la cara. Estaba pensando que comerse un plátano tenía mucho morbo y muchas chicas evitaban comerlo delante de cualquier chico por las dobles intenciones que se pudiesen sacar, pero un churro se lo comía cualquiera sin ninguna preocupación cuando podía ser igual de morboso o más. Mojado en el café, morderlo y que la gotita corriese por la comisura de los labios. Olga estaba en esos pensamientos cuando...

—¿Está bueno? – dijo a su espalda Javier.

—¿Vas a dejar de sobresaltarme y aparecer cuando no se te espera? – respondió Olga volviéndose enfadada.

Olga miró a su padre de arriba abajo. Tenía el pelo mojado, barba de un par de días y tan solo vestía una amplia bermuda de baño. Su mirada se detuvo justo en el centro de la anatomía de su padre, en ese punto donde parecía apreciarse una leve reacción.

—¿Y tú? – dijo su padre.

—Yo ¿Qué? – y Olga dio un nuevo mordisco a su churro pero de una manera más sensual. Pasando sus labios y su lengua por el alimento antes de morderlo

—Deja de mirarme así. Y no hagas eso.

—¿Qué he hecho?

—Olga por favor.

—¿No tenias que estar en la playa?

—He venido a ver como estabas. Y deja de provocarme.

—Papá no te estoy provocando. Ya me diste anoche una bofetada por ello.

—Lo siento, Olga. No quería hacerlo pero...

—Pero... ¿Qué? Papá.

—Que lo que hiciste anoche no estuvo bien. No creo que ningún hombre este preparado para que su propia hija...

—Termina la frase. Vamos papá. Ya no soy una niña, creo que anoche te lo deje claro. Termina la frase, tu propia hija...

—Olga para mí siempre serás una niña. Mi niña. Y nunca podré concluir esa frase.

—Dame al menos una razón.

—Solo hay una razón y no quieres entenderla hija. Lo que tú quieres no es normal y no está bien.

—Pues no, papá, no lo entiendo. No entiendo qué hay de malo en que un hombre y una mujer se atraigan y se deseen. Tú eres un hombre y si, eres mi padre, pero eso no motivo para que como mujer me gustes y te desee.

—Olga, por favor. Estas entrando en terreno pantanoso. – dijo en un muy serio e intentando mantener la tranquilidad.

—Pues en ese caso quiero ahogarme en él.

Olga se acercó a su padre, hasta quedar a escasos centímetros de él. Javier bajo su mirada y encontró la de su hija clavada en él.

—Vamos, papá, dime que no me quieres. Dime que no te gusto. Venga dímelo y esto se terminará para siempre. Es muy fácil papá, dímelo.

—Olga, como pretendes que te diga eso. No puedo. Sabes perfectamente que tú, tu hermano y tu madre es lo que más quiero en este mundo. Y sabes que haría cualquier cosa por vosotros.

La joven se abrazó a su padre y apoyó su cara en su pecho. Javier correspondió estrechando a su hija entre sus brazos.

—Entonces ¿Por qué no lo haces por mí? – susurro Olga.

—Pero, Olga, te das cuenta lo que me estas pidiendo.

—Sí. Aunque no lo creas, lo sé. Te entiendo. Pero necesito que tú me entiendas a mí. Que entiendas que te quiero como padre, pero también te quiero como hombre y te deseo como tal. Por favor, papá, hazme tuya de verdad, tómame. Aunque solo sea una vez.

—Olga...

—Por favor, nadie lo sabrá nunca.

Padre e hija continuaban abrazados. Olga notó como algo comenzaba a endurecerse contra su vientre. Javier la estrechó con fuerza nuevamente antes de separarse de ella.

—Estás manchada de café – dijo Javier mirándola.

—¿Dónde?

—Ahí – respondió al tiempo que limpiaba su dedo el labio superior de su hija.

—Creo que se ha secado. Tendrás que mojarlo.

Javier se agachó un poco y puso su lengua sobre el labio superior de Olga.

Luego posó sus labios. Olga poniéndose de puntillas se abrazó a su padre y busco su boca. Sus labios se unieron y sus lenguas pronto vencieron la resistencia de sus dientes para enlazarse en un sensual baile e intercambio de salivas. El beso subió en intensidad y pasión, hasta que Javier se separó de su hija. La miró nuevamente y con dulzura colocó unos mechones rebeldes detrás de sus orejas, para así despejar su cara.

—No sé cómo he podido besarte – dijo Javier.

—Es fácil. Los dos lo deseábamos. Además estoy segura que te gusto lo que viste ayer por la tarde.

—No debo responder a eso.

—Ahora no me vengas con esas, papá, ¿te gustó?

—Claro que me gusto. En quién crees que pensaba mientras lo hacía anoche con tu madre.

—Pues ahora soy tuya. Puedes hacerme lo que quieras. – dijo Olga con una amplia sonrisa.

Javier tomó la mano de su hija y ambos salieron de la cocina. Se encaminaron al dormitorio de Javier. Olga a cada paso sentía como su entrepierna se licuaba, temiendo que de un momento a otro su deseo corriese por sus muslos desnudos. Entraron en la habitación y en el ambiente aun flotaba el aroma del deseo desbordado unas horas antes.

—¿Estás segura de lo que quieres hacer? – preguntó Javier.

Javier lo pregunto con la esperanza de que Olga, al verse tan cerca, se arrepintiese y todo terminase. Aunque él, nunca admitiría que deseaba que siguiese adelante.

—Es lo que quiero, papá – respondió Olga haciendo que se cumpliera el oscuro deseo de su progenitor.

Olga puso la mano sobre el bañador de su padre y recorrió toda la longitud de la abultada verga que se ocultaba bajo él. Lo hizo lentamente intentando recordar con su tacto lo que había visto aquella tarde en el probador. Deseando tener dentro de ella aquella virilidad que tanto placer prometía. Javier no dijo nada, se dejo hacer. Tomó a su hija y la tumbó en su propia cama. En la misma cama donde se había follado a su mujer y madre de su hija, pensando en ella. Pero en ese momento la tenía a ella, a su hija, el objeto de su deseo. Javier le quitó la camiseta y se recreó mirando el busto de su hija. Se inclinó y tomo entre sus labios uno de sus erectos y rosados pezones. Olga no contuvo su agitada respiración cuando la hábil lengua de su padre jugaba con uno de sus pechos mientras el otro era atendido por su experimenta mano. El

muslo de Olga se acomodó entre las piernas de su padre y su polla se movía libre bajo la amplia bermuda. Sintiéndola ahí, libre, Olga deseaba probarla y engullirla en toda su plenitud. Javier deslizó la escueta braga de su hija a lo largo de sus bonitas y suaves piernas descubriendo su ansiado premio. Separó las piernas de su hija y la contemplo totalmente abierta ante él. Alargó su mano para tomar su regalo y una duda atravesó su mente haciendo que se detuviese. Olga vio la indecisión en el rostro de su progenitor y como contenía el deseo de disfrutar de su rosado y jugoso sexo.

—Es todo tuyo. Haz lo que quieras con él. Cómetelo.—Dijo para tranquilizarlo y disipar cualquier atisbo de remordimiento.

Javier sonrió ampliamente. Olga suspiró relajada, la niebla se había desvanecido.

—Desde anoche solo deseo hacerte esto.

Un par de dedos de Javier recorrieron en su totalidad la entrada de aquella caverna. Cuando los deslizó en el interior de su hija, Javier, sintió su húmeda calidez. Olga movió sus caderas llevada por el ritmo de los dedos de su padre. Javier inclinó sobre el vértice de su hija y acarició con la punta de su nariz la erguida y rosada pepita de Olga, sin dejar de complacerla con sus diestros dedos.

—Eres embriagadora.

Javier clavó sus ojos en los de su primogénita y abriendo sus labios cubrió su sexo. La respiración de Olga se aceleró y no pudo contener los jadeos. Olga sentía como la lengua de su padre recorría una y otra vez su encharcado coño. Estaba disfrutando como nunca. Nadie hasta ese momento le había proporcionado un placer igual de aquella manera. Su padre era todo un maestro en el arte del sexo oral. La chupaba, la mordía, la succionaba, la lamía y la acariciaba en todas y cada una de las partes de su sexo. Javier estaba sometiendo a su propia hija a la más dulce de las torturas. Olga aferrada a las sábanas se dejó ir en un largo y agónico orgasmo que la dejó completamente desmadejada. Fue en ese momento cuando Javier detuvo su tortura.

—Ahora vas a hacer lo que estabas deseando. Vamos ponte en pie. —Dijo Javier.

Olga obedeció a su padre y se levantó de la cama con las piernas aún temblorosas por el placer experimentado. Mientras su padre se puso también de pie frente a ella.

—Arrodíllate. —Ordenó Javier poniendo las manos en los hombros de su

hija.

La joven hizo lo que su padre le pedía y se postro frente a él. La abultada bermuda palpitaba a la altura de su rostro. La mirada de Olga se movía con rapidez entre dos puntos, los ojos y la erección de su padre.

—Vamos. Creo que ya sabes lo que tienes que hacer. ¿O ahora te da vergüenza?

Olga no se dejó intimidar por su padre, cogió las perneras de la prenda que lo cubría y de un solo tirón la bajó hasta sus tobillos. El miembro liberado se elevó en un rápido movimiento rozando la nariz de Olga. La joven se quedó paralizada. Visto tan de cerca era enorme y muy grueso. Olga dudó si sería capaz de abarcar semejante barra de carne. Tomó con su pequeña mano la base del sexo paterno y aproximó a sus abiertos labios el dilatado y morado glánde. “Es imposible que esto entre en mi boca” pensó. Pero ese pensamiento fue fugaz. Nada más sentir el roce de la polla de su padre en sus labios este la sujetó con su mano por la nuca aproximándola a él al tiempo que adelantaba sus caderas. Olga nunca había abierto su boca de semejante manera, hasta el punto que temía que se le desencajase la mandíbula. Le costaba respirar con la polla de su padre encajada en la garganta, pero poco a poco se fue acomodando a la situación. Javier comenzó a follar la boca de su hija con rítmicos movimientos de entrada y salida que golpeaban una y otra vez su campanilla. La baba brotaba por las comisuras de los labios de Olga y corría por su barbilla cayendo en finos hilos sobre sus endurecidos pechos. Los ojos se le llenaron de lágrimas por los momentos de asfixia, pero no quería que su padre dejara de follarle la boca. Olga quería mamársela y hacerlo disfrutar, igual que ella había disfrutado. Así pues, la lengua de Olga comenzó a enredarse en la polla de su padre cada vez que esta la invadía. La joven clavó su intensa y lasciva mirada en los ojos de su padre. Javier le sostuvo la mirada, mientras invadido por el placer empezó a emitir jadeos entrecortados.

—Olga no me mires así, pareces una puta y harás que me corra —le dijo Javier sacando su miembro de la cavidad bucal de su hija.

—Soy tu puta y quiero que te corras. — Respondió la joven acariciando sus mejillas y barbilla doloridas por el sobreesfuerzo, al tiempo que limpia la baba.

La joven apartó la mirada de los ojos de su progenitor y la centró en su brillante y empapada polla que la hacía aun más deseable. Olga de muy buena gana la hubiese encajado nuevamente entre sus doloridas mandíbulas. Pero Javier no le dio opción.

—Acuéstate otra vez en la cama.

Cuando Olga estuvo en posición su padre se arrodilló entre sus piernas. Javier tomó los tobillos de su hija y tiro de ella hasta que colocó sus pequeños y delicados pies sobre sus anchos hombros. Olga sentía la dura verga de su padre pasearse por sus hinchados labios vaginales. Sentía como la humedad brotaba de su interior y corría empapando su apretado orto y sus firmes glúteos.

—¿Estas preparada?

Olga no tuvo tiempo de responder. Solo pudo contener la respiración cuando aquel sable la atravesó de una sola estocada. La joven abrió aun más las piernas para que semejante miembro se acomodase en su interior y soltó todo el aire que retenía en sus pulmones. Cuando Javier salió de su hija y volvió a penetrarla más profundamente. Olga gritó de placer, recobrando una agitada respiración. Su padre repetía el movimiento una y otra vez. A Olga le encantaba sentir a su padre dentro de ella, se sentía completamente llena, completa, nunca había experimentado nada igual hasta ese momento. El cuerpo de Olga se contorsionaba de gusto, su espalda se arquea, sus manos se crispaban y con los ojos cerrados movía su cabeza de un lado a otro sin dejar de gritar. Javier salió del cuerpo de su hija. Olga dejó de gritar y abrió los ojos. Miró a su padre suplicante, no podía dejarla así. Se sentía vacía, hueca y con el sexo tan dilatado que debía parecer la boca de un túnel.

—Olga, ponte a cuatro patas.

La joven lo hizo inmediatamente. Olga deseaba tenerlo nuevamente dentro de ella. Javier, tras ella puso una mano sobre su hombro sujetándola con fuerza. El duro miembro de Javier recorrió el culo de su hija, bajando poco a poco, hasta encontrar la amplia entrada que ansiaba recibirlo nuevamente. No se hizo esperar y Javier embistió a su pequeña con fuerza. Olga volvió a sentirse completa y lo agradeció con un nuevo grito de placer. Su padre la tomo por la cintura y ambos acompasaron los movimientos a las profundas embestidas. El coño de Olga se contrajo entorno a la dura polla de su padre cuando el primero de una interminable cadena de orgasmos bombardeando su cuerpo. Javier no cesaba en sus acometidas mientras una de sus manos tomaba una de las bamboleantes tetas de su hijita. Mientras la otra bajaba por su cintura hasta alcanzar su perforado sexo y empaparse con el torrente de flujos que manaban de su interior. Jugos que empapaban la polla de su padre y que descendían por sus muslos. Los dedos de Javier pinzaron el erecto clítoris de su hija mientras seguía bombeando en su interior. Una explosión de placer

como nunca antes había experimentado broto en su interior y fue extendiéndose por todas y cada una de las células de su cuerpo. Conforme el orgasmo la atrapaba en sus brazos, las fuerzas de todos sus músculos la abandonaban. Olga calló exhausta sobre la cama sintiendo de nuevo un gran vacío en su interior. Pero en ese momento no tenía aliento para pronunciar una sola palabra y pedirle a su padre que volviese a llenarla hasta correrse en ella.

Javier dejó unos instantes para que su hija se recuperase. Acariciaba su espalda con delicadeza sintiendo la humedad de la transparente película de sudor que cubría su cuerpo. Finalmente las manos de Javier se acoplaron a la firme redondez de las nalgas de Olga. Comenzó a amasarlo con delicadeza mientras separaba los glúteos sus pulgares recorrían el valle que se abría entre ellas. Javier se inclinó sobre tan precioso manjar y comenzó a rozarlo con su nariz, sus labios lo besaron y finalmente su lengua rodeó la rosada y prieta apertura posterior. Olga se tensó inmediatamente al pensar lo que su vecinaba.

—No, eso no. —Dijo e intentó zafarse de las manos de su padre.

—¿Qué pasa? No me digas que aun nadie ha usado esta entrada.

—No. Ningún chico lo ha hecho. Solo Ana.

—¿Ana?

—Sí, Ana. Tenía curiosidad y me lo hizo con uno de sus juguetes.

—Bueno pues ahora sabrás lo que es hacerlo de verdad.

—No. Me dolora. No lo hagas.

—Tranquila. Yo nunca le haría daño a mi pequeña.

Acto seguido Javier dejó caer su saliva en el ano de su hija, este se contrajo inmediatamente al sentir la humedad. Los pulgares de Javier ensalivaron la zona con delicadeza hasta que uno de ellos se coló en el orto de Olga. La joven sintió como el intruso la invadía y se movía en círculos en su interior.

—Olga relájate y disfruta.

Y sin darle tiempo a responder sintió como el delatado capullo de su padre pugnaba por vencer la resistencia que ofrecía su estrecho túnel. Este finalmente cedió al asedio del duro ariete. Y una sensación de escozor se apoderó de Olga.

—Papá, por favor, no sigas. Me duele y no podre con toda.

—Qué no. Mira.

Javier tomó la mano de su hija y la llevó hacia atrás para que ella comprobase la situación. “No puede ser. Si casi la tengo toda dentro” se dijo al sentir los huevos de su progenitor acariciando su perineo. El culo le ardía

como nunca antes y la molestia era casi insoportable, pero era lo normal al estar empalada con semejante barra de erecta carne. Su padre no se movía y le acariciaba sus glúteos y masajeaba con sus dedos la dilatada y tensa apertura. Poco a poco, Olga, se fue relajando conforme su cuerpo se acomodaba al invasor y las molestias iniciales comenzaban a diluirse. Javier empezó a moverse despacio dentro de su hija. Las embestidas de Javier fueron subiendo en intensidad. Olga seguía sintiendo el ardor de sus entrañas pero este comenzó a confundirse con el placer cuando los hábiles dedos de su padre se apoderaron también de su empapado sexo, masturbándola con maestría. Javier incremento una vez más el ritmo de sus penetraciones en ambos agujeros de su hija. Olga sentía como los testículos de su padre chocaban una y otra vez en su sexo chapoteando en sus fluidos. La joven estaña a punto de explotar. Lo único que necesitaba es que su padre activase su espoleta. Y Javier lo hizo. Su dedo pulso el botón rosado del placer y el orgasmo nuevamente se apoderó del cuerpo de Olga, que gritaba sin cesar. La sensación se acrecentó cuando con bufidos su padre comenzó a llenarle el intestino con su cálida semilla. Chorros y chorros de semen la rellenaban golpeando su interior.

Cuando Javier abandono la entrada posterior de su hija esta cayo rendida sobre las sabanas. Observo el oscuro túnel y como de él salía su simiente, luego se dejo caer junto a su hija. Olga se volvió sobre sí misma y miró a su padre que la observaba en estasis. La joven llevó su mano hasta su chorreante culo y recogió con dos de sus dedos la espesa, caliente y blanca semilla de su progenitor. Después los llevó hasta sus labios y los introdujo en su boca. Lamió sus propios dedos y degustó la esencia de la que ella misma había surgido.

—Ha sido maravilloso papá. Debemos repetirlo.

—Ya veremos, Olga, ya veremos.

Javier acarició el torso de su hija con ternura, le apartó unos mechones rebeldes de su cara como cuando era una niña y la besó en la frente. Poco a poco los parpados de la joven iban pesando cada vez más por el agotamiento de lo vivido. Finalmente los ojos de Olga se cerraron para sumergirla en un dulce y profundo sueño.

Cuando Olga despertó estaba en su cama. La luz del atardecer entraba por la ventana. Estaba desconcertada. ¿Cuántas horas llevaba durmiendo? ¿Había sido todo un sueño? Entonces levantó la sabana que cubría su cuerpo desnudo, llevó su mano hasta la última imagen que recordaba. Una sonrisa se dibujo en su rostro cuando sus dedos hallaron los restos de lo que había sido una

maravillosa experiencia. Olga se levantó y vio su camiseta y sus braguitas dobladas a los pies de la cama. Desnuda como estaba abrió la puerta de su dormitorio y fue directamente al baño. Bajo el fresco chorro de agua de la ducha y mientras sus manos enjabonaban su cuerpo se recreó con las imágenes de lo vivido.

—CAPITULO 19—

## VACACIONES EN CARNARIAS

---

TERCERA PARTE

---

Elena, la madre de Ana, Marta y Olga habían decidido quedarse en el complejo para más tarde ir de compras por la ciudad. Ricardo, el padre de Ana, tenía que atender unos asuntos de trabajo y se quedaría en su despacho de la suite toda la mañana. Mientras que Javier y Carlos querían ir a dar una vuelta por la zona del puerto. Deseaban ver a los pescadores llegar con las capturas del día y si era posible comprarles algo de pescado fresco. Ana se encontraba en un dilema ya que no tenía ganas de ir de compras, pero mucho menos de ir al puerto con los chicos o de quedarse en el hotel aburrida. Como tampoco le apetecía esa mañana ir a la playa decidió salir por la calle de en medio. Se excusó, con sus invitados y con sus padres, y se marchó sola con el pretexto de hacer una gestión.

Cuando Ana salió del complejo fue directamente al puerto deportivo donde su padre tenía amarrado su barco en esa época del año. A Ana le encantaba ese barco, era uno de los pocos lugares donde se sentía realmente libre, además de que en él había pasado muy buenos momentos.

De camino al puerto, Ana, hizo algunas paradas. Una de ellas en un tenderete donde había una infinidad de sombreros. Se probó algunos, aunque no era su complemento preferido, a ella le gustaba más una simple gorra, era mucho más informal y menos llamativo. Pero en ese momento el probárselos a Ana le pareció divertido. Finalmente se decidió y se compró una bonita pamelita de color blanco. Continuó su camino y Ana se dio cuenta que estaba siendo el centro de muchas miradas. Muchos hombres se paraban y se volvían a mirarla. Pero a ella no le importaba le gustaba ser el centro de atención y esa

mañana lo había conseguido. Un corto vestido blanco vaporoso que dejaba al descubierto prácticamente la totalidad de sus torneadas y doradas piernas. Unas sandalias de tacón que además de realzar aún más la longitud de sus piernas, hacían destacar su firme trasero que se movía insinuante con cada paso de la joven. Su melena rubia suelta bajo el sombrero recién adquirido y sus inseparables Ray—Ban de aviador le daban un toque al conjunto sensual y misterioso.

Ya en el puerto deportivo, Ana, fue directamente al bar del club marítimo donde compró una botella helada de exquisito vino blanco de la isla, algunas delicatessen para picar y una bolsa de hielo. Desde ahí Ana fue caminando lentamente por el muelle. Saludó a algunas personas que descansaban en sus barcos o realizaban alguna tarea en ellos. Cuando llegó al final del muelle ahí estaba amarrado el barco de papá. Parada frente a él, Ana, observo el barco y rememoró algunos momentos vividos en él. Luego leyó el nombre “Thalikundia” y no pudo evitar sonreír. Recordó cuando era aún una cría, de cinco o seis años, y sus padres la llevaron por primera vez a verlo. Recordó cómo mientras ella correteaba descalza de un lugar a otro de la cubierta sus padres intentaban ponerse de acuerdo en cómo bautizar el barco. Recordó cómo se acercó a su padre y tirando de su pantalón le dijo:

—“Thalikundia”

—¿Cómo dices hija?

—“Thalikundia” – repitió la pequeña Ana.

—¿Qué es eso? – intervino su madre.

—El nombre que estáis buscando. “Thalikundia” – respondió ella.

—Pero ¿Qué es eso? ¿Qué significa? – le pregunto su padre agachándose para ponerse a su altura.

—Significa lugar bonito. Lo he leído en un cuento – respondió Ana a su padre sonriendo.

Ricardo, el padre de Ana, miró a Elena, su mujer y esta le hizo un gesto afirmativo con la cabeza sonriendo. Su padre le dio un tierno beso en la mejilla mientras su madre le revolvía el pelo con ternura. Luego la pequeña Ana volvió a sus juegos en la cubierta. Recordó como unos días después fueron a la botadura y ella soltó la cuerda que lanzó contra el casco una botella de champagne haciendo oficial el bautismo del barco.

Ana, feliz por estar ahí, se quitó los zapatos y subió a bordo. Abrió una de las escotillas y bajó en busca de una cubitera un sacacorchos y una copa. De nuevo en cubierta, la llenó la cubitera con el hielo que había comprado, descorchó la botella y la dejó reposar en el frío elemento dejando la copa al lado. Luego se quitó el sombrero y recorrió de popa a proa toda la cubierta. Se acomodó en uno de los sofás de popa y llenó la copa. Dio un sorbo al frío y exquisito vino y probó algunos de los manjares que le habían puesto para acompañarlo. Luego mecida por el mar, mientras el suave sol de las islas y la brisa acariciaban su piel, se perdió en sus pensamientos mientras miraba al horizonte.

Carlos y Javier, después de dar un largo paseo por el puerto de pescadores y no conseguir su objetivo de comprar algo de pescado recién cogido llegaron al puerto deportivo. Javier habló con el encargado para que los dejase pasar con la excusa de que estaban buscando un barco que comprar. Luego padre e hijo recorrieron los muelles viendo las embarcaciones que allí estaban amarradas. Al final de uno de los muelles por el que paseaban padre e hijo se fijaron en la joven que descansaba plácidamente en la popa de aquel barco. Ambos se miraron como si supiesen lo que estaba pensando el otro y ambos lo dijeron a un tiempo.

—¡Es Ana!

—¡Ana! ¡Ana! – grito Javier para hacerse oír.

La joven abrió los ojos y miró hacia el lugar del que provenían los gritos que la llamaban. Cuando vio a Javier y Carlos se puso en pie y se aproximó a la borda.

—¿Qué hacéis por aquí? Pensaba que ibais al puerto de los pescadores –

dijo Ana desde lo alto.

—Fuimos pero no hemos podido comprar nada. Luego hemos venido por aquí y le dije al encargado que estaba interesado en comprar un barco y nos ha dejado pasar – respondió Javier.

—Que malos sois.

—¿Y tú qué haces ahí? – pregunto curioso Carlos.

—Anda, quitaos los zapatos y subid a bordo.

Padre e hijo se descalzaron aceptando la invitación de la joven. Una vez en cubierta los tres fueron a sentarse donde antes descansaba Ana.

—¿Qué haces aquí? – volvió a interesarse Carlos.

—Es el barco de mi padre.

—Pensaba que lo tenía amarrado en Mallorca – comentó Javier.

—Normalmente sí, pero durante los meses de invierno le gusta tenerlo aquí que hace mejor tiempo para navegar. ¿Os apetece una copa de vino y picar algo? No tengo otra cosa que ofrecer.

—Nos lo podías haber dicho, esto es guay – añadió Carlos.

—No sabía que os gustaran los barcos.

—Tiene que ser genial navegar en uno de estos y estar en mar abierto – continuó el joven.

—¿Queréis que demos una vuelta?

—De verdad podemos – dijo entusiasmado Carlos.

—Claro.

—¡Eh! Más despacio chicos – interrumpió Javier.

—¿Qué pasa? – le interrogo impaciente su hijo.

—Que no es tan fácil como parece. Se necesita un permiso para llevar un barco de estos – respondió Javier.

—Javier no te preocupes. Tengo el título. Si quieres te lo enseño está ahí en la cabina. Además lo he llevado cientos veces. No hay ningún problema.

—Pero necesitaras ayuda para llevarlo y nosotros no tenemos ni idea – continuo poniendo trabas Javier.

—Javier de verdad, no te preocupes. Puedo llevarlo sola pero si te quedas más tranquilo solo navegaremos a motor y no nos alejaremos de la costa.

—Venga papá. Ana sabe lo que hace – insistió Carlos.

—Está bien – accedió finalmente Javier.

—En ese caso grumetes ¡soltad amarras! – les dijo Ana sonriendo.

—¿Cómo? – respondió Carlos.

—Que desatéis las cuerdas que hay a los extremos del barco. Mientras llamaré por radio al puerto para informar que salimos y me informen del estado del tiempo y la mar.

Ana fue hasta la cabina para comunicarse con el puerto mientras padre e hijo se dispusieron a cumplir la orden de la capitana. Después de los preparativos el barco salía por la bocana del puerto rumbo a mar abierto. Carlos y Javier disfrutaban de la travesía mientras Ana, situada tras el timón gobernaba la embarcación. Javier no pudo evitar fijarse en la joven. Con su cabello dorado mecido por la suave brisa y ocultando su mirada turquesa tras su gafas de sol, estaba preciosa. Cuando Ana notaba como Javier la observaba se limitaba a sonreír. Conforme la mañana avanzaba la temperatura iba en

aumento y la sensación de calor se empezaba a acrecentar conforme la brisa que hasta ese momento disfrutaban rolaba para transformarse en una incómoda calima.

—¡Que calor! Pensaba que en el mar se estaba fresquito – dijo Carlos algo contrariado.

—Normalmente sí. Pero ésta empezando a soplar calima. Así que tendremos que volver pronto a puerto.

—¿Pues qué es eso? – se interesó Carlos.

—Es el viento que viene del desierto.

—Por aquí que yo sepa no hay desiertos – se hizo el enterado Carlos.

—Sí, el Sahara – respondió Ana.

—Venga ya. Quieres tomarme el pelo.

—Te lo digo en serio. Cuando tome fuerza traerá el polvo del desierto y no se verá nada.

—Ya. Seguro que va a llegar la arena del Sahara aquí.

—Carlos, no seas cabezona no está de broma – lo cortó su padre.

—Pues yo sigo teniendo calor – dijo Carlos. Acto seguido, el joven, se quitó la camiseta.

—Es una pena que no hubiésemos planeado la salida antes. Podríamos haber traído los bañadores y disfrutar de nadar en mar abierto – dijo Ana al contemplar a los dos hombres.

—Tienes razón pero ninguno habíamos previsto esto – dijo Javier.

—Y si nos quedamos en ropa interior como si fuesen los bañadores. Al fin y

al cabo tampoco hay tanta diferencia – propuso Carlos.

—No creo que sea lo más apropiado – respondió Ana. Mas por guardar las apariencias ante padre e hijo que por vergüenza.

—Carlos tiene razón. Además solo estamos nosotros, nadie nos vera – los sorprendió Javier con su comentario.

A continuación Javier se puso en pie y comenzó a desnudarse. Primero la camisa, mostrando su definido y depilado torso. Después, bajo su pantalón mostrando sus bóxer ajustados que no dejaban demasiado a la imaginación. Carlos imitó a su padre y también se deshizo de su pantalón, quedando solo vestido por un slip de color blanco muy sugerente.

Ana maniobro la embarcación posicionándola con la proa a barlovento y soltó el ancla. Después, animada por padre e hijo, la joven comenzó a despojarse de su vestido. Bajó la cremallera lentamente con algún movimiento sugerente, que todos rieron, como si de un striptease se tratara, hasta que la prenda terminó sobre la cubierta. El conjunto de ropa interior de Ana era sencillo pero tremendamente sexy. El sujetador y la pequeña braga, sin llegar a ser un tanga, eran de un color azul muy pálido y de un fino tejido que no llegaba a transparentarse pero que era tremendamente insinuante. Luego con total naturalidad Ana se tumbó en la proa, sin quitarse sus gafas, a tomar el sol. La joven parapetada tras el espejo de sus cristales veía como Carlos y Javier no perdían detalle de su bonito cuerpo. “Si queréis guerra la vais a tener. Haber hasta donde sois capaces de llegar” pensó Ana. Y comenzó con un juego de insinuaciones cuando era observada por alguno de los hombres. Entre otras cosas estuvo formado por un amplio abanico de carias descuidadas y movimientos aparentemente despreocupados. Ese juego hizo la que la temperatura de todos subiese aun más, pero sobre todo la de padre e hijo.

—Hoy el sol es excelente. Nos pondremos moremos enseguida. Vamos a ser la envidia de todos cuando volvamos a Madrid – dijo Ana.

—Ya lo creo, será alucinante cuando se lo cuente a mis amigos – comento Carlos.

—Aunque lo mejor será quitarse toda la ropa. Es muy feo que el sol deje marcas. A mí por lo menos no me gusta. ¿Qué os parece si nos desnudamos? – soltó Ana.

Padre e hijo se miraron sorprendidos por la propuesta de la joven capitana. Después miraron a Ana y Javier quiso imponer algo de sentido común.

—No. No me parece bien. No creo que sea lo más adecuado que te desnudes estando nosotros aquí, ni que nosotros lo hagamos estando tú.

—Venga Javier no me vengas con eso ahora – respondió Ana.

—Ana no insistas no nos sentiríamos cómodos ninguno.

—Yo no sé si me atreveré – dijo Carlos casi en un susurro.

—No creo que debas preocuparte por eso Carlos. No creo que padre se asuste por verte desnudo y tú no creo que te asustes por verlo a él. En cuanto a mí, no voy a ver nada que no haya visto ya y vosotros tampoco – concluyó Ana sonriendo.

Carlos y Javier se volvieron a mirar. Las palabras de Ana golpearon a ambos. No podían dejar de observarse. Javier no se podía imaginar que su pequeño Carlos se había tirado a su invitada. O habría sido al revés. Pero prefirió pensar que su chico era todo un machote y que no desaprovechaba la ocasión de tirarse a una bella mujer, ya que por lo que tenía entendido su novia era un poquito estrecha. Javier esbozó una sonrisa. Carlos estaba perplejo, su padre se había follado a Ana, que solo tenía un par de años más que su hermana. Si podía ser su hija. No pudo evitar que se le pasase por la cabeza si su padre también se habría acostado con su hermana. Sintió algo de repelús, pero luego se dio cuenta que él había follado con su madre y la sensación desapareció. Aunque esa incógnita quedó ahí.

—Javier ¿tú tampoco te atreves? – pregunto Ana.

—Déjalo Ana no creo que esto sea lo más normal.

—¿Lo dices en serio? Es lo más normal del mundo tomar el sol desnudo en

las cubiertas de los barcos. Además, mira. Es tan sencillo como esto.

Ana se puso en pie llevó sus manos a la espalda y soltó el sujetador. Los tirantes corrieron por sus brazos y liberaron unos pechos firmes que no se inmutaron por la ausencia de la prenda. La capitana lo dejó caer a sus pies. Después comenzó a bajar lentamente sus braguitas. Estas se enrollaron en sus brillantes muslos hasta que finalmente quedaron en la cubierta junto al sujetador. Ahí estaba Ana, desnuda, a escasos centímetros de padre e hijo que la miraban con la boca abierta y cada de incredulidad.

—Ahora es vuestro turno – los animó Ana.

—Pero... — comenzó a decir Javier.

—Yo sería justo que yo este así y vosotros no.

—Me da vergüenza – soltó Carlos.

—Ahora me vienes con eso. ¿Quieres que te desnude yo? – dijo Ana aproximándose a él.

—No creo que eso sea necesario – interrumpió Javier.

Este se puso en pie y bajó su bóxer de golpe hasta los tobillos, lo pisó y lo retiró de una patada. Ana no pudo evitar dirigir la mirada a la polla de su Javier que empezaba a estar excitado. Javier miró a su hijo y le dijo:

—Venga, solo quedas tú.

Carlos se puso colorado como un tomate. Su padre lo inquirió con la mirada y el chico se puso en pie e imitó a su progenitor. Bajo su slip y su miembro completamente erecto saltó golpeándole el vientre. Ana sonrió al ver el espectáculo. Tenía para ella sola a padre e hijo, uno preparado para la batalla y el otro presto para estarlo. Cuando ambos miembros estuvieron en todo su esplendor Ana deseó disfrutar las dos. Aunque la naturaleza es sabia y hace que la especie vaya mejorando generación, tras generación, en este caso el padre superaba ligeramente al hijo, aunque ambos estaban excelentemente bien

dotados.

Ana decidió calmar el calor que empezaba a brotar en su interior además del propio que imponía el fuerte sol. La capitana se aproximó a la borda y se lanzó de cabeza al mar. Disfrutó de esa sensación en la que hay algo incitante, íntimo y salvaje, afín con la naturaleza, en el simple hecho de estar ahí sumergida completamente desnuda. Sintió como el mar la ceñía con su frescura y como el agua acariciaba todo su cuerpo como ningún hombre sería capaz de hacer. El mar la estaba acogiendo, la estaba envolviendo y jugaba con ella. El mar le lamó los pezones y consiguió ponérselos de punta, mientras le besaba todo el cuerpo. Cuando Ana daba una patada para avanzar bajo el líquido elemento, el mar que iba y venía se deslizaba entre sus piernas como la lengua del más experto de los amantes. Cuando estuvo cansada de nadar y empezó a sentir dolor, un dolor tan placentero que se confundía con el placer de hacer el amor. Cuando Ana salió de su estasis miró al barco donde padre y hizo la seña con la mirada.

—Vamos. Tiraos al agua. Esta ideal y disfrutareis la agradable sensación de nadar desnudos en el mar – los animó Ana.

Ambos se lanzaron al agua aceptando la invitación de la joven. Nadaron unos instantes y después los tres jugaron en el agua como si fueran niños. Aunque en esos juegos, toques, roces y caricias no había nada de inocencia.

Ana salió del agua y esperó a sus dos acompañantes al pie de la escalerilla de popa por si tenía que ayudarlos a salir. Cuando ambos salieron se encontraron a escasos centímetros de su rostro la depilada vulva de la capitana, recorrida por gotitas de agua que hacían un rápido y sensual eslalon por todo su cuerpo. Luego Ana bajó a la cabina y regresó un instante más tarde con unas toallas de un blanco inmaculado y un bote de protección solar.

—Tomad unas toallas y secaos. Luego poneos protección u os quemareis – les advirtió la joven ofreciéndoles las toallas.

Todos empezaron a secarse. Se miraban unos a otros y todos sonreían. Cuando Ana terminó de secarse cogió el bote de protector solar y se lo tendió a Javier, diciendo:

—¿Puedes ayudarme con esto?

Javier se colocó a la espalda de Ana, se puso una buena cantidad de protector en las manos y comenzó a aplicarla en la espalda de la joven. Primero los hombros y desde ahí fue descendiendo hasta alcanzar el redondo y prieto culo de la capitana. Javier continuó con la aplicación del protector en la zona con total naturalidad. La sensación de sentir las manos de Javier en su culo, delante de Carlos, hizo que el placer recorriese su cuerpo.

—Ayúdame. No querrás que Ana se quemé – dijo Javier a su hijo para que se uniese a la pareja.

Ana sintió pronto las manos de Carlos sobre su cuerpo. Cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones. Las manos de Carlos recorrían las curvas de la joven siguiendo el camino abierto por su padre. Hombros, cintura y antes de darse cuenta ya tenía sus manos amasando los duros glúteos de Ana. Pero Carlos fue más osado que su padre y aprovechó para que su mano se perdiese entre esos preciosos cachetes y su dedo entrase en aquel estrecho agujerito. Mientras, Javier, recorría los brazos de Ana y su firme abdomen para finalmente proteger sus duros y tersos pechos. Los amasaba como si de dos masas de pan se tratasen con la habilidad de un experto panadero. Ana se limitaba a disfrutar de las agradables sensaciones que le estaban proporcionando aquellas cuatro manos. Una de esas manos se aventuró entre sus piernas y recorrió despacio, muy despacio todo el lugar hasta cubrir totalmente aquel precioso y depilado coñito. Un largo dedo invadió su intimidad mientras el resto de la mano giraba haciendo pequeños círculos sobre su inflamado clítoris. Un profundo y placentero gemido salió de Ana. Aquellas cuatro manos ya no le estaban aplicando el protector solar, solo le proporcionaban placer. Se habían apoderado de todos y cada unos de los lugares que hacían que se estuviese convirtiendo en un torrente de flujo. Aquellas manos dueñas de su sexo, su culo, sus pechos y aquellos dos pares de labios y aquellas lenguas que no dejaban de recorrer su piel, habían hecho que Ana perdiese totalmente el sentido. Los orgasmos se sucedían sin parar recorriendo toda su bella anatomía. No había logrado recuperarse de uno cuando el siguiente ya había explotado en su interior. Los gritos, jadeos y suspiros de Ana se sucedían incesantes, hasta que las fuerzas que la sostenían

abandonaron su cuerpo y sus piernas dejaron de sustentarla. Ana calló sobre la cubierta como si fuese una muñeca de trapo deshecha por el placer.

Carlos y Javier se sentaron junto a ella. Acariciaron su pelo y cubrieron de besos sus hombros, su cuello y sus labios, mientras Ana se recuperaba de todo el placer vivido. Cuando estuvo repuesta, Ana, correspondió a los besos y caricias que padre e hijo le regalaban. Entonces Javier la detuvo y dándole el frasco de crema protectora le dijo:

—Creo que ha llegado nuestro turno.

Ana comenzó por él. Puso crema en sus manos y empezó a recorrer su espalda y su pecho, disfrutando de la definición de ese cuerpo que ya se conocía. Sus manos disfrutaron de la dureza de aquel culito pero se cansaron pronto de él y se centraron en aquel enorme y erecto miembro que pedía a gritos atenciones. La engrasada mano de Ana subía y bajaba una y otra vez por el duro mástil de Javier. El rostro del hombre no dejaba lugar a dudas de que estaba disfrutando de aquellas pequeñas pero habilidosas manos. Carlos, lejos de permanecer pasivo frente al disfrute de su progenitor se unió a la pareja. Mientras el padre gozaba con los juegos de manos de Ana, el hijo decidió hacer gozar a su capitana. Carlos abrazó el cuerpo de Ana desde atrás rodeando su estrecha cintura, mientras, su otra mano se apoderaba de aquellos pechos y esos erectos pezones que tanto le gustaban. La potente erección del joven se apretaba contra el cuerpo de Ana recorriendo sus lumbares. Pero poco a poco esa dura caricia fue bajando hasta lograr encajarse en la zanja de sus nalgas. Ana no dejó de proporcionar placer al padre ni un solo instante, mientras el hijo disfrutaba de aquel placentero bocadillo de salchicha.

—Ana, para por favor. Voy a estallar – la detuvo Javier entre jadeos.

La capitana obedeció, se detuvo, y dejó que Javier siguiese disfrutando de la situación sin correrse. Ana se giró haciendo que aquella dura salchicha saliese de entre sus nalgas. Tomó el frasco de protector y comenzó a recorrer el cuerpo del pequeño Carlos. Pero Javier, celoso por las atenciones que Ana estaba dispensando a su retoño no se contuvo. Comenzó a recorrerla con sus fuertes manos, sus labios y su lengua. Javier prestó atención a los puntos que por experiencia sabía la harían disfrutar más. Eso hizo que Ana no pudiese

evitar volver a gemir y ronronear como una gatita en celo. Padre e hijo la abrazaron con fuerza, uno desde el frente y otro desde atrás. Javier la tomo de su culito y elevó en sus brazos. Ana abrazó su cuello y rodeo la cintura del hombre con sus piernas. Javier la dejo caer un poco, lo suficiente para que el grueso y duro estilete que tenía entre las piernas entrase en ella haciéndola gozar. Un suave subibaja hacia que Ana disfrutase del vigor de aquel miembro en su interior, mientras entre jadeos y respiraciones entrecortadas no dejaban de comerse la boca.

Pero el placer de Ana no había alcanzado aún su punto más álgido. Sintió el frescor de la crema rodeando y estimulando su abertura posterior y como dos dedos la profanaron sin previo aviso. Carlos no tardo en posicionar su inflamado miembro en la entrada de aquel oscuro canal. Ana sentía la presión y como aprovechó que su padre bajaba su cuerpo para entrar en ella. En el siguiente movimiento Ana sintió como aquellos duros y erectos miembros la apuñaban al unísono y como chocaban en su interior separados por una fina membrana. Los gritos de placer de Ana podían ser escuchados a varias millas a la redonda. Aquellos minutos de gozo sintiéndose completamente llena alcanzaron su cima cuando padre e hijo desataron en ella son orgasmos simultáneos. El cuerpo de Ana se tensó y agitó con aquellos dos terremotos que recorrían su cuerpo desde dos epicentros muy próximos pero claramente diferenciados. Carlos y Javier aceleraron sus embestidas perfectamente sincronizadas. Ana pensaba que la iban a destrozar por dentro fruto de la excitación. En ese momento, padre e hijo, comenzaron a inundar las entrañas de Ana con los potentes, abundantes y cálidos chorros de su placer. Ana soltó el cuello de Javier y abrió el candado que sus piernas hacían en su cintura. Cuando sus pies tocaron la madera de la cubierta continuaba empalada en aquel par de estacas que poco a poco perdían su firmeza. Javier fue el primero en extraer su puñal del cuerpo de la joven y a continuación su hijo saco el suyo. El relax que lleno el cuerpo de Ana después de la tensión de aquel doble orgasmo simultáneo hizo que sus piernas le fallasen. Tuvo que apoyarse en los hombros de Javier para evitar volver a caer. Este la abrazó por la cintura y la besó con ternura en los labios, mientras Carlos le apartaba el cabello y besaba su cuello. Ana estaba en el cielo.

Cuando los tres se separaron del dulce abrazo, Ana, camino hasta el sofá de popa. Sintió como la blanca semilla de ambos hombres mezclada con sus

propios jugos descendía lentamente por sus muslos desde sus dos profanadas y dilatadas entradas. Se sentó y lleno su copa de vino. Padre e hijo la siguieron y se sentaron frente a ella. Ana les hizo un gesto con la copa a modo de saludo y brindis para después beberla de un solo trago. Javier tomo la botella helada que descansaba en la cubitera y dio un largo trago del frio vino directamente de la misma. Cuando sació su sed le paso la botella a su hijo que hizo lo mismo que su padre.

La mano de Ana que no sostenía la copa descansaba entre sus piernas abiertas. Sus dedos inquietos y traviesos comenzaron a teclear sobre un prominente botón rosado que abrió de nuevo las compuertas de su dique interior. Además, ese mismo botoncito, por extrañas conexiones, esta activando los dos misiles que reposaban frente a ella y que comenzaban a elevarse hasta su posición de lanzamiento. Cuando el primero de los misiles estuvo listo, Ana, se levanto de su sitio y se arrodilló frente a Carlos justo entre sus piernas, que ella misma separó. Sin dar tiempo a decir nada, la capitana, comenzó a recorrer aquella dura barra de carne con la punta de su lengua, una y otra vez. La joven no apartaba su mirada de la del chico, que no pudo disimular su asombro cuando vio como su polla desaparecía ante sus ojos dentro de la boquina de Ana. La verga de Carlos aparecía y volvía a desaparecer, una y otra vez, cada vez más rápido conforme la mamada ganaba en intensidad. El padre del muchacho quiso unirse a la fiesta de los jovencitos y hacer que Ana disfrutase como solo él sabía hacerla disfrutar. Javier se posicionó tras la joven la tomo de la cintura y la posicionó para lo que iba a hacer. Mientras Ana seguía comiéndose la polla de Carlos su padre comenzó a comerse el culito de ella. Javier mordía sus duras nalgas, pero lo que la hizo estremecer fue sentir su lengua entrando por su orificio posterior. Esa acción de Javier hico que Ana incrementase el ritmo de la mamada que le estaba brindando a Carlos.

La hábil lengua de Javier estaba haciendo maravillas en el culito de la joven. Todas las sensaciones que brotaban desde ese punto recorrían su cuerpo. Pero lo que hizo que el orgasmo volviese a brotar en su interior, fue sentir el durísimo miembro de Javier empapándose entre sus piernas, para después colocado en su orto embestirla con todas sus fuerzas hasta empotrarse en su interior. Ana no pudo reprimir el grito de placer al sentir toda aquella carne dentro de su cuerpo, lo que hizo que dejase de comerse la polla de

Carlos. Cuando su padre comenzó a follarle el culo con ganas a la capitana, esta retomó el trabajo que estaba realizando al joven, mientras sus miradas se cruzaban denotando lo que ambos estaban disfrutando.

Carlos, instantes después sacó su miembro de la boca de Ana y con una de sus manos la sostuvo por la nuca, mientras con la otra se masturbaba con fuerza. Potentes disparos se estrellaron contra su cara, su cuello y sus pechos, cubriéndola de espesos surcos blancos. Ana al sentir los espesos y cálidos impactos se apartó instintivamente hacia atrás apretando su culo contra el padre del muchacho que no dejaba de dispararle. La joven sintió como los huevos de Javier rebotaban en su encharcado coño cuando su polla estuvo en lo más profundo de sus entrañas. Ahí, se quedó quieto mientras su miembro se dilata aun más dentro de Ana. Luego con leves pero potentes embestidas Javier inundó con su leche caliente el cuerpo de la capitana. Ana gritaba de placer aferraba con ambas manos a los muslos de Carlos.

Cuando Javier salió de la joven a esta le quedó una enorme sensación de vacío en su interior. Ana se tumbó en la cubierta con los brazos en cruz y mirando al cielo para recuperarse. Pero el impetuoso Carlos no le dio oportunidad, quería probar también el coñito de la joven. Se arrodilló entre las piernas de Ana y tomándolas por los tobillos las subió hasta sus hombros. En esa posición la miró y acarició sus tetas, untando con su propia semilla el torso de la joven. Carlos tomó su verga y recorrió con ella desde su dilatado ano hasta su hinchado clítoris, cubriéndola con los jugos de la joven y el semen de su propio padre. Entonces, Carlos, comenzó a follarla. Lo hacía con fuerza, cogiéndola de la cintura para aproximarla a él en cada embestida y que esta fuese lo más profunda posible. Ana gritaba con cada golpe de cadera del joven mientras sus pechos bailaban como flanes. Javier no se pudo contener y cubrió las tetas con sus manos. Pero el padre del impulsivo y vigoroso Carlos no se iba a conformar con eso. Se puso de rodillas con la cabeza de Ana entre sus piernas y mientras con una mano no dejaba de amasarle las tetas, con la otra tomó su polla y comenzó a acariciar su cara con ella mientras se masturbaba. Carlos continuaba follando a su capitana con más ímpetu aún al ver los jueguitos de su padre. La excitación de ambos era máxima. Los dos frente a frente, observado lo que hacen y tan solo separados por el cuerpo de la joven del que ambos disfrutaban al mismo tiempo. Javier cayó los gritos de Ana enterrando su miembro en su boca para follársela. Eso calentó a su hijo

hasta el punto de no poder contenerse. Tensó su cuerpo y comenzó a bombear leche en su interior inundando su matriz. El padre al ver como su vástago se corría tampoco se contuvo. Extrajo su verga de la boca de Ana y comenzó a regarle el cuerpo con su semilla, mientras se la meneaba para darle hasta la última gota.

Una vez que padre e hijo estuvieron completamente secos se apartaron de Ana sentándose en uno de los sofás. La joven quedó tirada en cubierta, desmadejada de placer por los infinitos orgasmos que habían recorrido su cuerpo y cubierta de semen de ambos hombres. El cansancio pudo con ella y sin poder moverse se quedó dormida en ese mismo lugar. Cuando abrió los ojos ambos estaban vestidos y charlaban en la proa del barco. Ana se puso en pie a duras penas pues sus piernas casi no la sostenían. Y llamó la atención de sus amantes al grito de:

—¡Lavad anclas! Nos vamos a casa.

Ninguno de los dos dijo nada y acataron la orden. Ana tal como estaba, completamente desnuda y cubierta de semen se puso tras el timón poniendo rumbo a puerto. El viaje de vuelta fue prácticamente en silencio hasta que tuvieron el puerto a la vista y se disponían a entrar en él.

—Javier, toma el timón un momento – ordenó la capitana.

Este volvió a acatar la orden sin rechistar. Cuando Javier estuvo tras el timón Ana comenzó a recoger su ropa que estaba desperdigada por toda la cubierta. Luego bajó a la cabina. Un minuto después apareció de nuevo en cubierta tan solo vestida por un blanco albornoz y ocupó su puesto al timón para la maniobra de entrada al puerto.

—¿Estás bien? – le pregunto Javier.

—Sí. Estoy bien.

—Estas muy callada.

—Solo estoy cansada. Además vosotros también estáis muy callados.

—Bueno... la situación ha sido... no sé cómo decirlo... Lo que quiero decir es que uno no hace esto todos los días con su hijo, ni un hijo con su padre. Vamos que cuando dicen que padres e hijos tienen que hacer cosas juntos creo no se refieren precisamente a esto.

—No te pienses que yo me tiro todos los días a un padre y un hijo juntos. Habéis sido los primeros. Además, esto os va a unir.

—¿Por qué?

—Compartís un secreto. Eso suele unir.

Cuando Ana concluyó la maniobra de entrada en el puerto y el barco estaba atracado en su pantalán, les indicó a Carlos y Javier como debían amarrarlo. Una vez que todas las operaciones amarre estaba terminadas Javier le dijo a Ana:

—Será mejor que te vistas y nos vayamos a casa.

—Mejor marchaos vosotros. Yo me quedaré un rato más para descansar y arreglarme tranquilamente.

—¿Pero no vas a comer? – intervino Carlos.

—No tengo apetito en este momento. Nos vemos esta noche.

—¿Estás segura? ¿Quieres que me quede? – pregunto Javier.

—No. Será mejor que os vayáis los dos. Olga y Marta os esperan para comer.

—Vale como quieras. Pero Marta seguro que se preocupa si no vas a comer – añadió Javier.

—Invéntate cualquier cosa – respondió Ana.

—Vale. Ya veré que me invento.

Padre e hijo abandonaron el barco mientras Ana los observaba desde la popa. Cuando ya se disponían a marcharse por el muelle Javier se volvió.

—Le diré a Marta que me llamaste pare decirme que comerías con una amiga que te has encontrado – y después de una pausa esperando que Ana dijese algo – Por si Marta te pregunta esta noche.

—Hasta la noche – fue la respuesta de Ana.

—Hasta luego — se despidieron Carlos y Javier a un tiempo.

Ana esperó a que los dos abandonasen el muelle y perderlos de vista. Una vez completamente sola bajo a la cabina y fue hasta su camarote. Tiró el albornoz a los pies de la cama y se metió en la ducha. Dejo que el agua helada corriese por su cuerpo haciendo que sus músculos se contrajesen. Luego se lavo en profundidad, todos y cada uno de los rincones de su cuerpo hasta que se sintió nuevamente limpia y fresca. Volvió a dejar que el agua corriese sobre ella unos minutos y salió de la ducha envuelta en una toalla. Se tumbo en su cama y volvió a quedarse profundamente dormida mecida por el vaivén leve del agua.

—CAPITULO 20—

## VACACIONES EN CANARIAS

---

CUARTA PARTE

---

Ana estaba tumbada en la terraza de su suite tomando el sol completamente desnuda cuando la alegre música del teléfono la saca de sus ensoñaciones. La joven coge el aparato que descansa sobre una pequeña mesa junto a ella y mira la pantalla. La foto de Fabián aparece en el aparato y ella pasando su dedo responde la llamada.

—Hola.

—Hola ¿Cómo estás? ¿Te estás divirtiendo?—pregunta el joven al otro lado de la línea.

—Bien y bueno hago lo posible por no aburrirme mucho.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Estoy tumbada en la terraza, completamente desnuda tomando el sol.

—Tú lo que quieres es calentarme.

—¿No me crees?

—No. No te creo. Por que tus padres estarán por ahí.

—Espera un momento.

Ana coge el aparato, pulsa la aplicación de la cámara, enfoca su cuerpo desnudo abriendo ligeramente las piernas y hace una foto donde se le ve todo menos la cabeza. Inmediatamente la adjunta a un mensaje y lo envía a su interlocutor.

—Bueno, ¿qué me dices ahora? – pregunta la joven sonriente.

—Joder, es verdad. Sabes cómo me has puesto ahora mismo.

—Me lo imagino. Pero estoy segura que no me has llamado para que te ponga cachondo y cuando cuelgue te hagas una paja a mi salud.

—No. No te he llamado para eso, pero me hare una paja pensando en ti.

—Mmmm... Eres un chico malo.

—No te imaginas cuanto.

—Sabes que yo ya me estoy tocando solo de imaginarte.

—Anita, estas salida.

—¡Que no me llames Anita! ¡Joder! Veras cuando te tenga al lado.

—¿Qué me vas a hacer?

—Ya lo veras. Pero nos veremos en el Ring.

—Mmmm... Eso me gusta. Sobre todo si termina como la última vez.

—Ya veremos.

—Que mala eres, serias capaz de darme una paliza y luego no compensarme.

—Eso no lo dudes.

—Entonces mejor no te provoco más.

—Está bien. Pasemos a lo que querías.

—He conseguido una copia del disco duro de Marcos y ya le he devuelto el teléfono.

—Genial. ¿Cómo lo has hecho?

—Un profesional no desvela sus métodos.

—De acuerdo. ¿Qué hay?

—Hay mucho material. Podemos hacer con ese tío lo que nos dé la gana. Te lo mando y échale un vistazo cuando puedas. Y ya me dirás cual será el siguiente paso.

—Muy bien. Te llamo mañana.

—¿Sigues tocándote?

—No. Me has dicho Anita.

—¡Joooo!

—Eso pasa por ser malo. Pero te quiero un besito.

—Un besito.

La joven colgó y dejó el aparato de nuevo sobre la mesilla. Volvió a recostarse en su hamaca y cerró los ojos, mientras se relajaba con su mano diestra paseando entre sus muslos hasta que el sopor vespertino se hizo con ella. Una mano se posó en su hombro y la movió con suavidad. Poco a poco Ana salió del mundo de los sueños abriendo con dificultad sus bonitos ojos azules molestos por el resplandor. Puso una de sus manos frente a ellos para protegerlos de la claridad y ver quien la importunaba. Era la mano de su madre la que la había despertado.

—¡Mamá!

—Toma ponte estoy y entra un momento – le dijo tendiéndole un pareo.

—¿Pasa algo?

—Nada serio. Entra y hablamos. –respondió su madre y entró en la suite.

Ana se puso de pie y enrolló el pareo entorno a su pecho para luego cruzarlo y anudarlo tras su cuello formando un sensual vestido bajo el que solo estaba su cálida piel. Luego entró siguiendo los pasos de su madre. Sus padres la esperaban sentados en uno de los amplios sofás que decoraban la habitación. Ana caminó hasta donde se encontraban.

—Siéntate Ana. – le dijo su padre.

—¿Qué sucede? Me estáis asustando – preguntó la joven sentándose frente a su padre y cruzando las piernas para evitar mostrar su intimidad a su progenitor.

—No te asustes no es nada serio. Tenemos que volver a Palma. —respondió su madre.

—Pero se suponía que estos días estaríamos juntos. — replicó Ana decepcionada.

—Ya lo sé cariño, pero han surgido unos problemas y tengo que solucionarlos. —explicó su padre.

—¡Joder papá! Siempre lo mismo. Nunca tenéis tiempo para mí.

—Ana, no te enfades. Son cosas que pasan te compensaremos. — intentó mediar la madre.

—Mamá no quiero que me compenséis. Solo quiero que pasemos unos días juntos como una familia sin que tengáis que marcharos a toda prisa. — Ana hizo un puchero cuando estaban a punto de saltarle las lágrimas.

Su padre se levantó y se sentó a su lado abrazándola con ternura y dándole un cariñoso beso en la mejilla.

—Lo siento de verdad peque, no llores. Sabes que si no fuese realmente importante no iríamos. — se disculpó su padre.

—Lo sé. — y una lagrima corrió por la mejilla de Ana.

—Venga no llores. —Su padre la abrazó y secó esa lágrima con el torso de la mano. Ana respondió a su abrazo.

—¿Cuándo os marcháis? — preguntó Ana.

—Esta noche. — le respondió su padre.

—Por qué no hacemos una fiesta esta noche. — propuso su madre alegremente para relajar la tensión.

—Para qué, si os marcháis. – dijo Ana desilusionada.

—Nos iremos cuando termine la fiesta. Venga alegre esa cara. – la animó su padre.

—Yo me encargo de todo. Tu solo diviértete. – tomo la iniciativa su madre.

—Está bien. – fue la respuesta de Ana con una sonrisa triste. – Voy a mi habitación.

Ana se levanto del sofá y se dirigió a su dormitorio. Estaba desilusionada. Lo estaba pasando bien esos días. Cogió su portátil y se tumbo en la cama para revisar su cuenta de correo. Había al menos una decena de correos de Fabián todos con datos adjuntos. Con paciencia descargo todo lo que le había enviado y fue guardándolo en una memoria USB.

Antes de guardarla memoria en un sitio seguro hecho un vistazo rápido a todo lo que ahí había. Encontró todas las imágenes de aquella noche. El cabrón de Marcos quería tener cubiertas las espaldas e hizo una copia. Pero lo que vio después era demasiado. Había decenas de carpetas, todas y cada una con una nombre de mujer. Comenzó a abrir unas y otras al azar. El contenido de todas era similar. Un Currículum, con todos los datos de cada una de las chicas, la mayoría de ellas modelos y otras que deseaban serlo, un montón de fotos y algunos videos donde los protagonistas era la chica de turno y el cerdo de Marcos. Revisó las edades de las chicas y todas estaban en una franja de entre dieciséis y dieciocho años.

Ana estaba muy enfadada con lo que estaba viendo y de la gran cantidad de chicas de las que se había aprovechado ese cerdo. Estaba segura que a la mayoría les habría prometido algún trabajo en publicidad para que accediesen a estar con él, y así, aprovechar para fotografiarlas y gravarlas para poderlas chantajear como estaba haciendo con Clara. Tal vez no iría a la cárcel si alegaba que habían sido relaciones consentidas y las chicas no lo negaban. Aunque con el material que tenía siempre podrían alegar coacción. Pero lo que tenía claro es que sacar todo ese material a la luz arruinaría la reputación de Marcos y lo que más deseaba que su mujer y su hija lo mandasen a la mierda y lo dejasen en la ruina. Cuando guardo la memoria USB en su cabeza ya tenía el

esbozo del plan a seguir. Luego Ana se dejó el pareo sobre la cama y se fue a la ducha para arreglarse para la fiesta.

La fiesta fue todo un éxito. La madre de Ana pese a solo tener unas horas para organizarlo todo lo había conseguido. Hay estuvieron todos sus amigos de la isla. Además de amigos y conocidos de sus padres, y por supuesto, Javier, Marta y sus hijos.

A la media noche Ricardo y Elena, los padres de Ana, se despidieron de ella. El coche que los llevaría al aeropuerto los estaba esperando. Le advirtieron cariñosamente que se portase bien y no dejase que la fiesta se desmadrara demasiado. Finalmente quedaron en llamarla por la mañana para saber cómo salió todo.

La fiesta continuó. Bebieron y bailaron hasta que el jefe de recepción del hotel subió a decirles que los huéspedes se estaban quejando. En ese momento Ana tuvo que dar por finalizada la fiesta si no quería una buena bronca de sus padres. Todos los invitados se marcharon. Ana, Javier y Olga se quedaron solos. Marta y Carlos se habían marchado un rato antes a su villa. Marta no se encontraba bien por algo que había tomado y Carlos había tomado demasiado sol y le dolía la cabeza.

xxx

Marta había abandonado la fiesta alegando que no se encontraba bien, pero antes se despidió de los padres de Ana y le dijo a su marido que se marchaba a descansar. La villa estaba en completo silencio. Los grandes ventanales que durante el día brindaban unas espectaculares vistas del mar estaban abiertos. El suave rumor de las olas se escuchaba desde el dormitorio y un agradable olor a salitre invadía el ambiente. Marta estaba cansada pero el bañarse en el mar en ese momento le resultó la idea más apetecible y relajante. Se quitó el vestido y buscó en el cajón uno de sus bikinis. Solo encontró el de color blanco ya que el resto los había enviado a la lavandería y hasta la mañana siguiente no los tendría disponibles. Frente al espejo se despojó de su ropa interior y se puso el bikini. No se lo había puesto hasta ese momento ya que consideraba que no la favorecía, pero después de los días que llevaban en las islas esa prenda resaltaba espectacularmente el bonito color dorado de su piel, además de acentuar todas y cada una de sus curvas.

Salió de la villa accediendo directamente a la playa privada que se extendía frente a ella. Caminó con calma sintiendo la suave y fina arena en sus pies hasta que el agua comenzó a romper en sus tobillos. Poco a poco fue entrando en el agua, sintiendo como el agradable frescor del mar acariciaba sus pantorrillas, luego sus muslos, después empapó su sexo a través de la fina tela del bikini, siguió subiendo por su abdomen hasta alcanzar sus pechos. Estos reaccionaron inmediatamente con el fresco y húmedo beso del mar en sus pezones. Marta comenzó a nadar. Nadó durante unos minutos antes de regresar a la playa, paseo por ella para secar su cuerpo con la suave y cálida brisa antes de volver a la villa y meterse en la cama.

Estaba a un centenar de metros de la villa cuando una sombra apareció frente a ella. Pudo adivinar el brillo de unos ojos de gato. Se quedó quieta. No debía haber nadie a esa hora. La sombra avanzaba muy despacio hacia ella. Conforme se acercaba pudo ver como los rasgos de la sombra se iban definiendo. Vestía una camiseta blanca y pantalón oscuro. Finalmente cuando estaba a una decena escasa de metros de ella vio quien era. Era Carlos, su hijo, y se suponía que estaba durmiendo porque le dolía la cabeza.

—¿Qué haces aquí? ¿No te dolía la cabeza? – preguntó su madre sorprendida al verlo.

—Sí, ya se me ha pasado. Además me apetecía pasear. Te estaba esperando. – respondió Carlos.

—¿Cómo?

—Hace un buen rato que te espero. Vamos.

—¿Qué quieres Carlos?

—Te quiero a ti. Quiero hacerle el amor. Quiero sentir tu cuerpo en mi cuerpo – fue la respuesta de su hijo.

Carlos puso sus manos en la cintura de su madre. Marta sintió el calor de las manos de su hijo en su piel y la atrajo hacia él. Carlos buscó la boca de su

madre, la besó, su lengua exploró cada rincón de su boca. Su lengua buscaba la de Marta y ambas se enlazaron en una suave y cálida danza. Marta notó un agradable sabor a menta y su hijo compartió su chicle con ella.

El joven cansado de la boca y de los labios de su madre bajó por su cuello, por sus hombros, hasta encontrar sus pechos. Esos pechos que una vez lo alimentaron. Se deshizo hábilmente de la parte superior del bikini. Las manos del joven masajearon suavemente las turgentes tetas de su madre, mientras su lengua no dejaba de jugar con sus pezones ya duros como piedras. Marta estaba inmóvil, Carlos, no la dejaba que se moviese y ella se dejaba hacer. El joven tumbó a su madre sobre la arena y le quitó la parte inferior del bikini. Carlos tiró su camiseta, se liberó de sus vaqueros y volvió a estimular con habilidad los pechos de su progenitora. Después bajó por su vientre hasta su sexo y no lo dudó un instante, lo devoró. No dejó un solo milímetro en el que Marta no sintiese la suavidad de los labios de su hijo, la humedad de su lengua o el calor de su aliento. Carlos lamió el clítoris de su madre con maestría volviéndola loca de placer, haciendo que se aferrase con fuerza a la arena con sus manos, abrió sus labios con sus dedos y la punta de su lengua penetró su intimidad. El joven no dejó un solo segundo de estimular ese botón del placer que tanto le gustaba.

Marta estaba totalmente empapada por los fluidos que manaban de su interior y por la saliva de su hijo. Este levantó sus piernas colocándoselas sobre los hombros y situándose de rodillas frente a ella. Carlos empezó a penetrarla despacito haciendo que sintiese cada centímetro de su polla invadiendo su interior. Cuando se supo completamente dentro el ritmo suave con el que el joven comenzó a follarse a su madre fue incrementándolo progresivamente. Sus embestidas, pausadas y seguidas, se convirtieron en fuertes y enérgicos golpes de cadera conforme el rostro y los ojos de Marta le indicaban su necesidad.

Carlos cansado ya de follarse a su madre en esa posición la ayudó a ponerse a cuatro patas haciendo que su culo en pompa estuviese a su entera disposición. Comenzó a comerle el coño y el culito desde atrás, su lengua recorría una y otra vez el camino que separaba el clítoris de su madre de su entrada trasera. Cuando supo que estaba nuevamente a punto empezó a follar su palpitante y caliente coño. A Carlos le encantaba poseerla así, viendo como

con sus embestidas su madre movía hacia adelante cada vez que se la clavaba hasta el fondo y sintiendo como sus tetas bailaban al ritmo que el imponía.

La mano del joven alcanzó la boca de Marta. Comió sus dedos mojándolos con su saliva. Cuando Carlos consideró que estaban suficientemente ensalivados empezó a perforar con ellos el culito prieto de su madre y en ningún momento dejó de taladrar su coño con su potente herramienta. Sus hábiles dedos prepararon concienzudamente el ano de Marta para lo que a él más le gustaba. Cuando Carlos vio que el orto de su progenitora quería algo más grande y contundente, saco su polla del túnel que la alojaba. La penetro despacio pero con fuerza. Marta sentía dolor conforme la invadía ese gran trozo de carne dura y caliente, pero poco a poco, cuando estaba totalmente dentro de ella se movió muy lentamente, con movimientos prácticamente imperceptibles, haciendo que su cuerpo aceptase al invasor transformando el dolor en placer. Comenzó a follarla más fuerte. Con calma incrementaba el ritmo con el que le partía el culo a su madre. Los gritos y jadeos de Marta le indicaban a hijo que le fascinaba que la follase de esa manera. Los jadeos y su respiración acelerada de Carlos le decían a su madre que él también estaba disfrutando de se precioso y sensual cuerpo. El placer que sintió Marta cuando su pequeño comenzó a follarle ambos agujeros hizo que se anclase con fuerza a la arena y no dejase de arañarla. La polla de Carlos cambiaba de orificio a tal velocidad que su madre sentía como si dos hombres la follasen a un tiempo, sentía un placer inmenso que la hizo estallar en un orgasmo indescriptible entre gritos de placer.

Marta no había conseguido recuperarme aún de ese inigualable placer cuando su hijo la hizo tumbarse boca arriba. Abrió sus piernas y se situó de rodillas entre ellas. La tomó por la cintura, la aproximó a él, al tiempo que elevaba sus caderas para empalarla de un solo golpe con su gran verga. Carlos entraba y salía a una velocidad vertiginosa. La velocidad era tal que parecía que su polla no se movía del coño de su madre, pero la fricción y el calor que esta sentía en su interior eran tremendamente placenteros. Era como si estuviera siendo follada por un rayo. Un nuevo orgasmo tomo el cuerpo de Marta encadenándolo con el anterior e hizo que se corriese de gusto encima de la polla de su hijo empapando su vientre sin ningún control. Los gritos de Marta con seguridad se escuchaban en toda la playa y el las villas cercanas a esta.

Pero Carlos no estaba dispuesto a dejarlo ahí. No dejó que su madre se recuperase de ese placer y descansara. Se levantó tomó a su madre en brazos con las piernas abiertas y la empujó contra una palmera cercana y empezó a follarla nuevamente. La follaba a pulso, en vertical, solo sujetándola por la cintura con sus manos, con su rabo dentro y las piernas de su madre enlazadas entorno a su culo. Cuando Carlos vio que su madre estaba a punto de desvanecerse por el placer que no dejaba de sentir en ningún momento la devolvió a la arena. Él se puso de rodillas frente a ella. Nuevamente la tomó de las piernas y elevándolas para acomodarla a él, su enorme asta, volvió a empujarla. Carlos la embestía con fuerza, con furia, arrancándole a su madre con cada golpe de sus caderas un nuevo grito de placer, hasta que por enésima vez hizo que se corriese entre fuertes espasmos, como si hubiera estado poseída.

Carlos ya no podía aguantar más, sacó su enorme rabo del interior de su madre dejándola vacía. Con unos movimientos de muñeca el joven comenzó a correrse sobre Marta. Potentes chorros de leche caliente bañaron su cuerpo, cayeron en su vientre, sus tetas y su cara. Cuando esa fuente inagotable de esperma dejó de fluir las manos del chico acariciaron el cuerpo de su madre haciendo que se impregnase con su esencia para que no pudiese olvidar que había sido suya.

xxx

Ana intentó poner un poco de orden antes de irse a la cama. Pensó que Olga y su padre se habrían marchado ya a dormir, pero no, los vio a ambos sentados en la terraza con una copa cada uno.

—¿Aún os quedan ganas de fiesta? – preguntó Ana sentándose en una silla que había junto a la mesa.

—Estaba diciéndole a papá que podíamos jugar al póquer – dijo Olga – pero que te parece si para hacerlo más interesante, quien pierda debe quitarse una prenda.

—¿Lo estás diciendo en serio? – dijo Ana incrédula, ya que espera que

Javier hubiese puesto alguna objeción a la propuesta de su hija.

—Claro que lo digo en serio.

—Javier tú no tienes nada que decir – le inquirió Ana.

—No. No tengo nada que objetar. Solo os pongo una condición.

—¿Cuál? – le pregunto su hija impaciente.

—Cuando alguno de nosotros pierda su última prenda se termina el juego y todos a la dormir. Y solo pierde prenda el que tenga la peor jugada de los tres. ¿De acuerdo?

—Por mi vale – dijo Olga.

—¿Ana? – insistió Javier.

—Si a vosotros no os importa y os parece bien. No seré yo quien me niegue – dijo Ana en tono apagado.

—Genial. Pero ámate Ana, no seas sosa – le soltó Olga y aplaudió contenta.

Javier miró a su hija y después a Ana esperando la reacción de esta. Pero no hubo reacción alguna por parte de la joven. Al menos que exteriorizase. Ana no podía creerse que esa mosquita muerta que hacía apenas unos meses no sabía prácticamente nada de sexo y se escandalizaba por cualquier cosa la llamase sosa a ella, y estuviese dispuesta a quedarse en pelotas delante de su padre. Podía esperarlo de Javier, después de lo que vio en aquel probador y lo que pasó aquella noche después de la fiesta, lo estaba esperando. Pero lo que Ana no podía creer es que esa cría se lo pusiese en bandeja delante de sus narices.

—¿Queréis que bebamos algo? – pregunto Ana.

—Yo tomare un ron con hielo – pidió Javier.

—Pues yo lo mismo – dijo Olga mirando a su padre.

Javier no puso ninguna pega. Ana entró en busca de las bebidas. Un momento después la joven regresaba a la terraza con una botella de ron dorado y tres vasos llenos de hielo. Los dejó sobre la mesa y puso la bebida. Olga ya tenía una bajara francesa en las manos y movía las cartas entre sus dedos. Ana se sentó a la mesa y dio un buen trago a su copa. Le parecía increíble que Javier hubiese aceptado jugar a esto con su propia hija.

—¿Os parece bien si empiezo yo repartiendo? – pregunto Olga después de tomar un pequeño sorbo de su vaso.

—Adelante – le dijo su padre.

Ana se limitó a hacer un gesto de aprobación con la cabeza mientras apurada el resto de su copa de un solo trago y volvió a llenarla. Olga repartió las cartas. En la primera mano la suerte fue esquivada con Olga, aunque a ella parecía no importarle mucho el haber perdido. Olga se quitó la camiseta. Bajo la prenda vestía un bonito sujetador de color negro semitransparente. Los ojos de Javier se abrieron como platos al ver el espectáculo que le brindaba su propia hija. El siguiente en repartir fue Javier y en esa ocasión la peor mano fue la de Ana. Cuando tuvo que pagar su prenda decidió que si Olga quería jugar duro ella también lo haría y pagó con el pequeño short vaquero que llevaba. Javier tampoco perdió detalle de cómo Ana deslizaba en pantaloncito por sus piernas dejando al descubierto un precioso y sexy tanga de color marfil. Pero Javier perdió el interés por Ana en cuanto esta volvió a sentarse y la preciosa imagen se perdió bajo la mesa. Javier volvió a centrar su mirada en el generoso y voluptuoso pecho de su hija. Ana fue la última en dar las cartas y no le trajo suerte a Javier. Fue él quien perdió en esa ocasión y pagó con su camisa. Cuando Olga vio el torso desnudo de su padre le fue imposible disimular la mirada de deseo. Nuevamente fue el turno de Olga para dar las cartas y de nuevo fue su padre el que tuvo la peor mano. Javier se puso en pie y tranquilamente se quitó el pantalón delante de las dos jóvenes. Las dos chicas no tuvieron más remedio que fijarse en la potente erección que ocultaba su bóxer. Ana y Olga se miraron e inmediatamente volvieron a centrar su atención en lo más obvio. Javier no parecía incomodo por la situación, sino

todo lo contrario, permaneció en pie más de lo necesario exhibiéndose ante las jóvenes para que disfrutasen de su esplendido miembro.

—Que bien lo va a pasar mamá esta noche – dijo Olga cuando su padre volvió a sentarse.

—Creo que no. Esta noche tu madre no está para fiestas y me quedaré con las ganas.

—O tal vez no. Nunca se sabe lo que puede pasar – le respondió su hija.

Era increíble. Si Ana no hubiese estado delante hubiese dicho que aquello no había pasado. Olga le estaba tirando los tejos a su padre descaradamente delante de ella. Esa chica se había convertido en toda una puta. Ana empezaba a dudar si era buena idea vengarse de Marcos por lo que estaba haciéndole, puesto que, parecía que Olga había aprendido a disfrutarlo. Tal vez debería olvidarse del asunto.

Javier mezcló las cartas y las repartió de nuevo. En esa ocasión la suerte volvió a ser esquiva con Ana que tuvo la peor combinación. No se lo pensó dos veces y se quitó la camiseta con la esperanza que Javier se centrara en sus tetas que tanto había deseado en lugar de las de su hija. Pero Javier no fue capaz de centrarse en ninguna de las dos. Sus ojos pasaban de una a otra de tal forma que en lugar de jugar al póquer parecía que estaba viendo un partido de tenis. Ana tomó la baraja y dio las cartas. En esa ocasión la peor mano fue la de Javier. Se deshizo de la única prenda que le quedaba, su bóxer, mostrándoles a las chicas su erección.

—¡Joder! – dijo Olga sin poder contenerse.

—Olga, por favor – le respondió el y volvió a sentarse. Pero lo hizo a cierta distancia de la mesa para que ambas sin mucho esfuerzo continuasen disfrutando del espectáculo.

—Bueno. Ya hemos terminado. Sera mejor que nos vayamos a dormir – sentenció Ana.

—¿Por qué? – dijo Olga algo molesta.

—Es lo que ha dicho tu padre. Cuando uno de nosotros perdiese toda su ropa terminaba el juego.

—Es verdad. Sera mejor que nos vayamos a dormir – medió Javier.

—No. Aun tienes los zapatos – le dijo su hija.

—Olga no fastidies – la increpó Ana.

—Son las reglas. Yo no las he puesto.

—Javier, creo que deberías decirle algo a tu hija.

—Venga chicas no discutáis. El único que podría estar incomodo en esta situación soy yo. Y no me importa. Jugamos tres o cuatro manos más y lo dejemos. ¿Estáis las dos de acuerdo? – medio Javier.

—Está bien – accedió Ana sin ganas, pero para no quedar como una estrecha moji-gata delante de la puta de Olga.

—¿Olga? – la insistió su padre.

—Vale. Me parece bien. Pero...

—Pero... ¿Qué? – la animo a continuar su padre.

—Por qué no hacemos estas últimas manos más interesantes.

—Que quieres decir.

—Que deberíamos subir la apuesta.

—¿Cómo? – pregunto Ana.

—Fácil. El que tenga la peor mano a de hacer algo que le pida el que tiene

la mejor.

—Olga te estás pasando – le respondió Ana visiblemente molesta.

Olga miró a Ana sorprendida. No se lo podía creer, la chica liberal que disfrutaba de todo sin importarle nada se estaba cortando. ¿Por qué? No podía entenderlo. Estaba segura que ella y su padre se habían acostado, estaría incomoda porque era ella la que estaba llevando las riendas de la situación, o por qué le estaba tirando los tejos descaradamente a su propio padre delante de ella. Tal vez la alumna había aventajado a la profesora. Entonces le respondió:

—Venga Ana, no me vas a decir que este juego no te está poniendo cachonda.

—Javier. No deberías decir algo – lo inquirió Ana.

—No. Yo ya lo he perdido todo. Ahora solo puedo ganar – fue la respuesta.

—Muy bien juguemos entonces. Pero antes iré a por más hielo – concluyo Ana.

—Genial. Pero no tardes estoy desenhado de verte desnuda – le dijo Olga con picardía.

Ana se levantó y retiró los vasos. Entró en la suite y los llenó nuevamente de cubitos de agua helada. Había creado un monstruo, pensó. Pero en una cosa si tenía razón estaba cachonda. Tener a Javier desnudo y a Olga insinuándosele descaradamente la habían puesto a tono. Tenía el tanga empapado, pero no iba a reconocerlo delante de esa niña.

Cuando Ana regresó prosiguieron con el juego. La siguiente en perder fue Olga y pagó su prenda. Pero en lugar de quitarse la falda se deshizo del sujetador. La polla de su padre que estaba frente a ella reacciono al instante emocionada. Olga que había perdido detalle se acaricio uno de sus pezones de manera descarada. Se notaba perfectamente que los tenía duros como piedras. Ana hubiese querido decirle algo pero prefirió mantenerse en silencio ya que

parecía que el tema de subir la apuesta se había olvidado. Pero en la siguiente mano fue Ana la que perdió y Javier el que tenía la mejor jugada. Cuando Ana se disponía a quitarse el sujetador para pagar la apuesta Javier la detuvo.

—No te quites nada. Quiero que Olga te desnude.

—Javier qué coño estás diciendo – le respondió Ana cabreada.

—Las apuestas hay que pagarlas – dijo Olga puesta en pie y acercándose a ella.

—No. Esto es una gilipollez.

—Ana no te enfades solo es un juego – dijo Javier.

—Sí, pero hay ciertos límites. Joder, Javier. Que es tu hija.

—No me vengas ahora con eso Ana, los dos sabemos que ha hecho cosas peores.

Olga miro a su padre y a Ana sorprendida. ¿De qué estaban hablando? ¿Sabrían algo de lo que estaba pasando con Marcos? Pero hizo que esas preguntas desapareciesen pronto de su mente y siguió con el juego.

—Venga Ana, si te va a encantar, he tenido una buena profesora – le dijo susurrando junto a su oído – Papá me ayudas – añadió en voz alta, mientras deslizaba suavemente su mano por su espalda.

—No. Yo me limitare a mirar ese es el juego.

—Por favor, levántate – pidió Olga con un tono sensual en su voz.

Ana aparto su mirada de Javier al que estaba fulminando con ella y se puso de pie. Olga acarició los hombros de su amiga y deslizó los tirantes por ellos hasta que colgaron de sus brazos. Bajó las copas de la prenda descubriendo la firmeza de sus pechos y la dureza de sus excitados pezones. Olga se inclinó sobre ellos y tomo entre sus carnosos labios la erecta protuberancia. Ana

intentó negarse pero en lugar de una protesta lo que salió de su garganta fue un gemido de placer. Miró a Javier con la esperanza de que detuviese aquella locura, pero estaba claro que no lo iba a hacer. Lo estaba disfrutando demasiado. Recorría toda la longitud de su erecto miembro con su mano, una y otra vez, con un ritmo suave, mientras su mirada no perdía detalle del espectáculo que ambas chicas le ofrecían. Olga continuó estimulando los sensibles pechos de su amiga. Los recorría con su lengua, los besaba, los mordía y los sopesaba en sus suaves y pequeñas manos.

—¿Te gusta?

Pregunto Olga a su amiga. Pero Ana no le respondió y ella tampoco esperó respuesta. Decidió comprobarlo por ella misma. Olga llevo su mano al vértice donde las piernas de Ana se unían. Puso la mano sobre la escasa tela que cubría el sexo de Ana y sintió la humedad de la prenda.

—Veo que lo estas disfrutando – comento Olga.

Rodeo el cuerpo de Ana con sus brazos, acercando se mucho a ella y ambas sintieron el excitado aliento de la otra en sus labios. Olga desabrochó el sujetador de manera sutil y casi imperceptible. Cuando Olga se aparto de su amiga retiró la prenda dejando su torso completamente desnudo. Le tiró el sujetador a su padre y este lo unió a su placer, masturbándose con él. Olga continuó con sus caricias sobre el cuerpo de Ana. Su lengua recorrió su firme estomago que se movía agitado por la excitada respiración. Cuando llego a la frontera que marcaba la cintura de su tanga no se detuvo. Lo apartó lo suficiente para que sus labios tomasen el dilatado clítoris de Ana. Cuando Olga lo mordió con delicadeza tirando de él, Ana, no pudo contener un fuerte gemido de complacencia. Ana sintió como la lengua de Olga profanaba la humedad de su raja entrando y saliendo con maestría. Luego se ayudo de sus dedos y mientras estos la follaban el caliente coñito de su amiga, sus labios y su lengua volvieron a adueñarse de la deliciosa perla rosada del placer. Ana no pudo evitar que su cuerpo se tensase y un potente orgasmo recorriese su cuerpo mientras su rajita se corría con una abúndate emisión de fluido. Cuando aun se recuperaba de su orgasmo un gruñido llamó su atención y Ana abrió los ojos. Miró a Javier y vio su vientre y su sujetador cubiertos por su blanco semen.

—¿Te ha gustado papá? – le preguntó Olga después de ver como se corría.

—Muchísimo hija. Tendremos que jugar a esto más veces. No os imagináis lo cachando que me habéis puesto las dos. Tú también lo has disfrutado ¿verdad? Ana.

Ana no dijo nada solo hizo un leve gesto de desaprobación mientras se colocaba el tanga en su lugar. Olga no había llegado a quietárselo y Ana se limitó a dejarlo.

—Venga Ana, no finjas que no te ha gustado, te has corrido como una perra – le escupió Olga.

—Eres una...

—Vamos chicas sentaos y continuemos jugando – corto Javier de raíz.

Las dos jóvenes volvieron a sus asientos mientras Javier mezclaba de nuevo las cartas. La fortuna estaba aliada con Javier y nuevamente tuvo la mejor mano. La peor le correspondió a su hija. Olga lejos de intimidarse por la situación miró fijamente a su padre y con una lasciva y sensual voz le preguntó:

—¿Qué quieres que haga papá?

Javier no dijo nada. Como única respuesta elevó ligeramente su pelvis para mostrarle la nueva erección de su verga. Olga no lo pensó, se puso de rodillas frente a su padre y comenzó a lamer lentamente la dureza de su miembro. Ana notó como un fuego prendía en su interior mientras miraba a padre e hija. Javier gemía mientras su hija cada vez se tragaba un poco más de su virilidad. Ana en su silla, sin darse cuenta fue bajando sus dedos hasta que se colaron en su tanga y se apoderaron de su clítoris. Comenzó a masturbarse, frotando y golpeando el sensible nudo de nervios, mientras humedecía sus dedos en sus propios jugos para facilitar la labor. Olga seguía engullendo sin descanso la polla de su padre. Había aumentado la intensidad de su mamada y ya se la tragaba completamente, hasta el punto que su naricita chocaba una y otra vez

con el pubis de su progenitor. Javier tenía la cara desencajada, la respiración acelerada y gemía sin parar con los ojos cerrados. Indudablemente intentaba concentrarse para no correrse y seguir disfrutando de la boca de su hija. Pero Olga estaba haciendo un excelente trabajo a su papá y no aguantó mucho más. Javier sujetó con ambas manos la cara de su hija, esta lo miraba fijamente a los ojos, él movía sus caderas follándosela sin control mientras le inundaba la garganta con su espesa semilla. La misma semilla de la que un día había salido ella. Ana ante semejante imagen no pudo contenerse y se corrió nuevamente. Aunque su orgasmo pasó inadvertido para padre e hija. Cuando Javier se detuvo, Olga, lamio los hinchados huevos de su padre mientras su mano exprimía su polla para sacarle las últimas gotas de leche que recogió con la punta de su lengua. Cuando dejó completamente limpio el miembro de su progenitor se puso en pie y le dijo:

—Papá estoy demasiado excitada para seguir jugando.

Su padre ni respondió. Puso la mano en el tanga de su hija y recorrió su raja sobre la tela mojada marcando bien sus labios. Luego la llevo hasta su nariz y se deleito con su aroma de mujer. Javier se puso en pie tomó la mano de su hija y entraron en la suite. Ana los siguió hasta su dormitorio con la incómoda sensación de que estaban pasando de ella. Cuando entró en la habitación Olga la miró y la invito a que se acercase a ellos.

—Siéntate en la cama apoyada en el cabecero – le indicó Olga.

Ana hizo lo que le pidió la joven mientras besaba a su padre metiéndole la lengua en la boca. Acomodó las almohadas a su espalda y esperó que terminase el apasionado beso.

—Papá me follará primero a mí y luego a ti. ¿Te parece bien?

Sin nada que decir, Ana, asintió afirmativamente. Olga gateó por la cama como una gatita mimosa hasta colocar su cabeza entre las piernas de Ana. Apartó la empapada prenda que envolvía el deseado manjar y comenzó a comerlo con ansia. Javier tras su hija también retiró en mojado envoltorio, lo suficiente para empapar su miembro en los jugos que manaban de su hija. Luego con su apéndice bien lubricado comenzó a penetrarla poco a poco. Los

gemidos de Olga al principio eran suaves y cadenciosos, los intercalaba con el trabajo que su boca, lengua y labios hacía en la entrepierna de Ana. Pero conforme su padre incrementaba el ritmo y la violencia de las embestidas a su hija, los gemidos de esta fueron transformándose en gritos de placer. Eso impedía que su boca siguiese dando placer a Ana, así pues, metió tres dedos en el inundado pozo de su amiga y la masturbó con violencia. La misma violencia con la que su padre la penetraba. El placer de ser penetrada era incrementado por la presión de su pulgar sobre el sensible clítoris. Ana no tardó en correrse y cuando abrió los ojos Javier ya no estaba follando a su hija. Estaba de pie frente a la cama masturbándose mientras veía como Olga daba placer a Ana.

—Ana, lo has debido pasar de miedo con mi padre, me ha follado de maravilla. Papá ¿Puede Ana comerme la rajita? Quiero sentir sus labios ahí.

—Está bien, pero solo un poquito. Quiero ser yo quien te lo coma en profundidad.

—Sigue pajeándote para mí. Me excita un montón y me vendré mucho antes.

—Vale, pero déjame tus braguitas.

Olga sentada en la cama se quitó el tanga lo deslizó por sus piernas y se lo tiró a su padre al tiempo que abría ante él bien las piernas para mostrarle bien abierta su rosada intimidad. Javier tomó la íntima prenda de su hija, la envolvió en su duro miembro y comenzó nuevamente a masturbarse para ella. Luego Olga y Ana intercambiaron sus lugares. Ana empezó besando el caliente sexo de su amiga para luego recorrer con su lengua sus jugosos labios y bebió el jugo que manaba cuando los abría con su lengua. Cuando la estimulación bucal de Ana se centró en el hinchado clítoris de Olga esta comenzó a gritar de gusto mientras aplastaba la cara de su amiga contra su palpitante coño. Una vez que Ana estaba dispuesta a llevar al cielo a Olga sintió como un par de dedos entraban en su culito en pompa. Miró de reojo y pudo ver como Javier le estaba profanando su entrada trasera mientras con la otra mano continuaba dándose placer. Olga no apartaba la vista de su padre al tiempo sus manos amasaban sus pechos y tiraban de sus sensibles y duros pezones. Ana dispuesta al último asalto empezó a meter dedos en el manantial de Olga hasta

que estos dejaron de nadar. Tres dedos cupieron en aquel dilatado coño que era un mar de jugos. Los dedos de Ana entraban y salían con destreza moviéndose en el interior de su amiga para que el placer fuera máximo. Los jadeos y gritos de placer de Olga se acentuaron cuando los labios y los dientes de Ana torturaron su sensible nudo de placer. La hija de Javier estaba a punto de correrse cuando su padre retiró a Ana de entre sus piernas e hizo se arrodillase frente a él.

—¡Hazme lo que sabes que me gusta! – le ordeno Javier.

Ana lo miró desde abajo y este le indicó con un gesto para que comenzase con la mamada. Así lo hizo. Lo primero fue meterse sus huevos en la boca y acariciarlos con la lengua al tiempo que los succionaba con fuerza. Luego recorrió con la punta de su lengua toda la longitud de aquel grueso e inflamado tronco hasta llegar a aquella seca roja y pasar suavemente sus dientes por ella. Javier estaba a punto de explotar porque sujeto la nuca de la joven y le clavo su polla en la garganta con brusquedad. Comenzó a follarla con fuerza pero unos segundos después inundaba de leche su garganta hasta casi atragantarla. Javier la ayudó a ponerse de pie, la besó con pasión degustando en la boca de Ana el coctel formado por su propia simiente y los jugos de su hija.

—Riquísimo quiero más – dijo Javier sentándose en la cama.

Ana miró su polla y continuaba en plena forma no había perdido ni un ápice de fuerza. No era posible pensó, a no ser que hubiese pedido ayuda a la pastillita azul, pero ella no se había percatado que tomase nada a parte de las copas de ron.

—Vamos os voy a hacer gozar a las dos. Olga voy a comerte el coño hasta que te corras como una putita y a ti, Ana, te voy a follar hasta reventarte dentro.

Javier se tumbó en la cama, le indicó a su hija que se colocase de rodillas con su cabeza entre las piernas y a Ana que se acomodase sobre su erguido mástil. Javier penetró a Ana rápido y con contundencia, mientras trabaja con su boca los bajos de su hija. Ana y Olga se aproximaron y empezaron a besarse al tiempo que Javier seguía dándoles placer a ambas. Las fuertes

embestidas estaban partiendo a Ana por dentro, mientras empezaba a comerse la perla de su propia hija. Las chicas seguían comiéndose sus respectivas bocas con lujuria y sus manos acariciaban las tetas y la espalda de su contrincante. Las sensaciones eran indescriptibles y aquello prometía ser una explosión de placer como pocas veces se consigue. El coño de Olga era perforado con maestría por la lengua de su padre y su clítoris empezó a ser estimulado por la experta mano de su amiga. La otra mano de Ana se apoderó de los huevos de Javier y los retorció con delicadeza mientras sus penetraciones se volvían más intensas y contundentes. Olga también ayudó a su amiga estimulándole su botón del placer. Las dos continuaban con sus bocas juntas, pero más que besarse lo que hacían era intercambiarse sus alientos agitados, sus jadeos contenidos y sus gritos de placer. Javier sujetó la cintura de Ana y tensándose en su interior comenzó a descargar su orgasmo dentro de ella con profundas penetraciones. El semen inundando sus entrañas espoleó el orgasmo de Ana haciendo que esta se corriese con una abundante emanación de fluidos que empaparon la polla de Javier. Los acelerados jadeos de placer de Ana y la fuerte presión de sus dedos en el clítoris de Olga, junto con los profundos lametazos de su padre en su inflamada raja, detonaron lo inevitable. Olga se corrió sobre su propio padre empapándole la cara con un abundante y húmedo orgasmo. Olga gritó y cayó desecha sobre la cama. Ana se dejó ir junto a ella quedando los tres hechos un revoltijo de brazos, piernas, torsos y cabezas. Todo aliñado por los jugos, el esperma y el sudor de todos ellos, con una aroma a sexo y pasión que hacía el ambiente prácticamente irrespirable.

Poco a poco aquel ovillo de cuerpos se fue desenredando y fueron acomodándose en la cama revuelta. Ana con la garganta seca se levanto a por un poco de agua. Cuando la joven regreso a su dormitorio encontró a padre e hija besándose. Pero no era un beso lascivo y lujurioso, era un beso con la pasión de dos enamorados. Estaban abrazados y se acariciaban con ternura, pero no la ternura de un padre a una hija o viceversa, no, era la ternura de un hombre hacia una mujer. Ana se dio cuenta que sobraba en aquella habitación, fue al armario y cogió en edredón que ahí había. Salió de su dormitorio cerrando la puerta tras ella y se acomodó en el sofá. Estaba claro que no la iban a echar en falta. Cuando Ana estaba a punto de dormirse escuchó los gemidos que provenían de su habitación.

Cuando Carlos se acercó a su madre la abrazó y recogió con su lengua su propia esencia que tenía en la mejilla. La besó compartiendo con ella esa semilla. Sus besos fueron tiernos pero apasionados. No dejó de besarla mientras la estrechaba contra su pecho hasta que la dejó descansar, por fin, en brazos de Morfeo.

Cuando Marta despertó, con las primeras luces del día, estaba en su cama cubierta por la fina sábana blanca junto a su marido, que dormía plácidamente. Se levantó de la cama envolviendo su cuerpo con la tela y recorrió la villa. Carlos y Olga dormían en sus habitaciones como si no hubiese pasado nada. Las únicas evidencias de lo sucedido la noche anterior eran su cuerpo desnudo y dolorido, por la intensidad de los juegos realizados, las piezas de su bikini en el suelo junto a la cristalera y un rastro de arena hasta el dormitorio.

xxx

A la mañana siguiente cuando Ana se despertó, la puerta del dormitorio estaba abierta. Se envolvió en el edredón y entró. Lo único que encontró fue la cama revuelta y un fuerte olor a sexo acumulado. Ana abrió el ventanal y una bocanada de aire fresco con aroma a mar inundó la estancia. Lo aspiró profundamente dejó caer el edredón a sus pies y buscó un pantalón y una camiseta en la cómoda que había junto a ella. Salió a la terraza y sintió el sol. Miró la inmensidad del océano que se extendía frente a ella y volvió a llenar sus pulmones de esa frescura mientras una suave y cálida brisa acariciaba su dorado pelo revuelto y un montón de imágenes y pensamientos inundaban su mente.

—CAPITULO 21—

VACACIONES EN CANARIAS

---

QUINTA PARTE

---

Ana estaba tumbada en el amplio sofá de su suite cuando sonó el teléfono. La joven cerró el libro dejándolo junto a ella y cogió el aparato que insistía en ser atendido sobre una mesita junto a ella. Descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Señorita Céspedes, siento molestarla pero hay un joven que pregunta por usted – respondió la voz del recepcionista.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Dice que se llama Carlos y que usted lo conoce.

—Está bien, déjele que suba.

—Así lo hare. Siento haberla molestado – se disculpó el encargado de la recepción.

—No se preocupe.

—Gracias.

La joven colgó el teléfono y fue hacia la puerta. Cuando Carlos salió del ascensor Ana lo esperaba en el ático con la puerta abierta. La joven vestía unos vaqueros y una camiseta de finos tirantes de color blanco. El muchacho se acercó a ella y le dio un piquito que ella no rechazó pero al que tampoco respondió.

—Pasa – le indicó – Carlos, has bebido.

—Si me he tomado un par de copas antes de venir. El tipo de abajo me ha dicho que no querías visitas – dijo Carlos para romper el hielo.

—Así es. No estoy sola. Deberías haberme llamado antes de venir.

—Lo siento. No quería molestarte. Sera mejor que me marche.

—No es lo que piensas. Tú hermana esta aquí.

—Es que me moría de ganas de verte y de estar contigo.

—Espera. Vamos a mi habitación.

—Claro.

En el salón, en ese momento, estaba sentada Olga frente al televisor. Tenía el pelo mojado y solo estaba vestida con una toalla. Con uno de sus pies sobre la mesita de centro pintaba sus uñas de color negro. Olga no se imputó al ver entrar a su hermano.

—Hola – dijo Carlos a su hermana.

—Hola – respondió Olga sin apartar la vista de su tarea.

—Olga lo siento yo...

—Carlos déjalo no pasa nada – lo cortó mirándolo en ese momento fijamente a los ojos.

—Pero...

—He dicho que no pasa nada. No te preocupes. Papá y mamá no se enteraran. Además, nadie nos obligó a hacerlo. ¿Verdad?

—Gracias. Pero... ¿Por qué te has venido aquí?

—Solo necesitaba estar sola un rato. Estoy bien. De verdad.

Olga se levanto del sofá y le dio un casto beso a su hermano en la mejilla. Algo totalmente diferente a lo que había sucedido la noche anterior. Carlos no pudo evitar mirar el pecho de su hermana prieto por la toalla y como esta apenas tapaba sus glúteos.

—Vamos a mi habitación. Tenemos que hablar – dijo Ana a Olga.

—No os preocupéis.

Ana y Carlos entraron en la amplísima habitación. Carlos se sentó en la cama directamente. Ana abrió un mueble situado junto al gran ventanal de la

habitación. Sacó una botella de güisqui y puso dos copas. Ana le entregó una a Carlos y se sentó junto a él en la cama.

—No debería haberte dado la copa.

—¿Por qué?

—Tengo la sensación de que ya has bebido demasiado.

Carlos no respondió. Ana abrió un cajón de la mesilla que estaba junto a ella. Cogió un paquete de cigarrillos y puso uno entre sus dedos. Lo llevó a sus carnosos labios y aproximó al pitillo la azulada llama del mechero. Después de una primera calada, Ana, dejó salir el humo de una manera muy sensual entre sus labios. Después miró a Carlos y le dijo:

—Bueno, ¿Por qué tantas ganas de verme?

—¿Tú qué crees?

—Ya lo imaginaba pero hoy no podrá ser. Tu hermana está ahí fuera.

—Seguro que no le importa, o igual se anima, y se une a nosotros.

—Carlos tú te estás oyendo.

—Claro. ¿Qué pasa?

—Nada. Solo que no dejáis de sorprenderme.

—¿Por qué?

—No me hagas caso. Entonces ¿Te gustaría hacer un trío tu hermana y conmigo?

—Creo que estaría bien. ¿Te importaría que me follase a Olga delante de ti?

—Lo que a mí me importe da igual. Además, creo que no soy la única a la que te follas, aparte de tu novia y a tu hermana. Estoy completamente segura que tienes algún lio más por ahí.

—No, te equivocas, ahora eres mi único lio. Pero no has respondido, a si te importaría que lo hiciese con ella aquí delante de ti.

—Carlos estás enfermo o borracho, tal vez ambas cosas. Y sí, me importaría, ya es bastante tener que compartirte con tu novia.

—Entonces...

Carlos se acercó a ella y metió la mano bajo la camiseta. Ana sonrió y dijo:

—Ten cuidado. Cuidado, que estoy fumando y cuidado con el güisqui me lo

vas a verter.

El joven comenzó a besarle el cuello. Carlos le quitó el vaso de la mano y el cigarrillo, que apagó en el cenicero. Luego la empujó, se puso sobre ella y abrió sus piernas con la suyas. Se frotó con ella. Ana no quería e intentó detenerlo con calma.

—Venga para. No seas cabezón Carlos. Hoy no puede ser.

Carlos intentó desabrocharle el pantalón y Ana le agarró la muñeca con fuerza.

—No Carlos, aquí no, que te lo estoy diciendo.

Pero Carlos continuó intentándolo. Estaba algo bebido y estaba obstinado en conseguir su objetivo. Hasta que Ana en tono imperativo lo detuvo.

—¡Que no hostias! ¡Que te he dicho que aquí no!

Carlos se levantó y fue hacia la puerta del dormitorio. Ana se levantó tras él y se interpuso en su camino.

—Carlos entiéndelo. Siéntate y hablamos tranquilamente.

—Ana, estoy cansado de hablar. Lo que quiero es follar.

—Y donde ibas entonces, a buscar a tu madre.

—¿Cómo?

—No te hagas el sorprendido. Sé todo lo que pasa en vuestra familia.

—Mejor así. Así no te asustaras de lo que va a pasar.

—¿Qué vas a hacer? ¿Dónde vas?

—Al salón a decirle a Olga si quiere echar un polvo.

—No serás capaz.

—¿Quieres verlo?

En ese momento unos nudillos golpearon la puerta. La voz de Olga se escucho al otro lado.

—Ana, perdona que os moleste, voy a bajar un momento a dar un paseo. Me dejo el móvil cargando, no creo que me llamen, si suena diles que vuelvo enseguida.

—Vale. No te preocupes – respondió Ana.

—Gracias, perdonad por haberos molestado – Y Olga se alejó en dirección a la puerta.

—¡Olga! –gritó Carlos.

—¿Sí, queréis algo? –pregunta Olga otra vez al otro lado de la puerta.

—Pasa por favor – dice su hermano.

Carlos sonrió y apuró su copa de un solo trago. Empujó a Ana nuevamente hacia la cama haciéndola caer sobre ella. La puerta de la habitación se abrió y desde la puerta Olga dijo:

—No quería molestar. Siento haberos molestado. Si queréis me entretengo un buen rato por ahí.

—Sé lo que estas pensando y ya te he dicho que no – dijo Ana a Carlos.

—¿Qué pasa? – preguntó Olga.

—Vamos a ver, le estaba diciendo a Ana que iba a ir a decirte si te apetecía follar – dijo Carlos a su hermana.

—Ya veo que estas más tranquilo y después de lo del otro día. Yo estoy dispuesta. Pero si Ana no quiere no hare nada –respondió Olga.

Ana se quedó sorprendida por la respuesta de la Olga. Sabía que Olga se estaba desinhibiendo en todo lo referido al sexo, pero con esa respuesta supo que se había convertido en una puta profesional. De nuevo Carlos la intentó besar. Cuando Ana aparta la boca, Carlos, le dice al oído.

—Venga Ana por favor, te lo pido por favor.

Carlos tomó una mano de Ana y la llevó hasta su entrepierna para que le tocara el duro bulto que allí había.

—Carlos si hago esto te juro que de esta te vas acordar –dijo Ana.

—Venga Ana por favor... pensaba que eras mucho más atrevida para estas cosas, pero me estas desilusionando –siguió insistiendo Carlos intentando un chantaje emocional.

—Que no –se negó nuevamente Ana.

—Ana...

—Carlos te lo he advertido. Lo voy hacer, por pesado, pero no lo hago a gusto – sentenció Ana.

—Venga Olga únete a nosotros –le indicó Carlos a su hermana.

—Ana ¿Estás segura, quieres que me una a vosotros? – preguntó Olga buscando su confirmación.

—Sí, ya has oído a tu hermano. Únete a nosotros. Ya verá él las consecuencias de esto —dijo Ana a Olga.

Ana fue nuevamente hasta el mueble que había junto al ventanal y sacó otro vaso. Se lo dio a Olga. Luego le puso un güisqui, también le relleno la copa a Carlos y ella misma volvió a llenar su vaso.

—Vamos, ¿Cuál de las dos empieza a quitarse la ropa? — preguntó Carlos con una sonrisa de satisfacción por haberse salido con la suya que no le cabía en la cara — o mejor aún, nos vamos quitando una prenda cada uno por turno. Venga Olga empieza tu — organizó su hermano el juegucito.

—¿Empiezo? — preguntó Olga mirando a Ana.

Esta le indicó que podía comenzar con un gesto de cabeza. Carlos estaba sentado en la cama, su hermana, seguía de pie cerca de la puerta con su copa en la mano y Ana estaba sentada en un sillón que había a los pies de la cama. En la primera ronda, Olga, se quitó la camiseta quedándose en sujetador. El siguiente fue Carlos, que se quitó la camisa. En último lugar Ana se quitó los vaqueros. Carlos miraba insistentemente a su hermana, concretamente sus exuberantes pechos, cautivos en el sujetador color menta. La ronda siguiente fue Carlos el primero, se quitó el pantalón. Ana y Olga no pudieron evitar fijarse que Carlos estaba totalmente empalmado, por el más que apreciable bulto que se dibujaba en su bóxer. A Carlos no le importó que Ana y su hermana lo viesan así. Ana la lo había visto todo y su hermana estaba a punto de hacerlo. Así que Carlos quedó un ratito de pie frente a Olga exhibiéndose. Quería que las dos chicas se deleitasen con su esplendoroso cuerpo. Su hermana miró a Ana sin poder contener una sonrisa.

Fue nuevamente el turno de Ana, se quitó la camiseta con la esperanza de que Carlos dejase las tetas de su hermana y se fijase en las suyas. Pero la jugada no salió como ella esperaba. Carlos repartió sus miradas entre las dos. Olga que nuevamente tenía el turno de quitarse prenda, decidió jugar fuerte, y en lugar de quitarse su faldita como era previsible, se quitó el sujetador. La polla de su hermano palpitaba bajo su bóxer, pugnando con la tela de la prenda por salir de allí. Olga que no perdía detalle se acarició sus pezones para calentar aun más a su hermano. Cuando nuevamente le correspondió a Ana comenzar una ronda, Carlos se adelantó saltándose el turno. Este se quitó la única prenda que le quedaba, el bóxer. Estaba totalmente empalmado y cuando la polla fue liberada saltó con fuerza hasta chocar con sus abdominales.

—Lo que habrás disfrutado con semejante instrumento — dijo Olga

sonriendo traviesa a Ana. Era evidente que Olga estaba gustando la situación.

—Creo que va siendo hora de que vayamos un paso más allá – dijo Carlos mientras acariciaba su polla – ¿qué os parece si ahora cada uno pide una cosa y el otro, o la otra, o los otros dos lo hacen?

—No te estás pasando – le dijo Ana.

—Ana no me digas que esta situación no te está poniendo cachonda – soltó Olga de improviso.

Ana no respondió. Se había quedado de piedra, la alumna había superado a la maestra. Recogió los vasos de todos y los dejó sobre la cómoda. Pero en realidad, Ana, estaba muy excitada y sentía la humedad fluir entre sus piernas. El hecho de ver ahí a Carlos totalmente desnudo y empalmado, junto a su hermana tan solo vestida con esa minúscula faldita la tenía a mil. Pero por supuesto no podía decirlo.

—Vamos a echar a suertes quien empieza a hacer las peticiones – dijo Carlos, organizándolo todo nuevamente.

—Perfecto – secundo su hermana.

—Bien ¿Cómo lo hacemos? ¿Cómo lo echamos a suertes? – preguntó Ana menos entusiasmada que Olga.

—Nos lo jugamos a los chinos – respondió Carlos, cogiendo unas cuentas de una pecera que había sobre la mesilla de noche y entregándoles tres a cada una de las chicas.

Todos escondieron las manos en la espalda y sacamos los puños cerrados al frente. Y empezaron a decir cada uno el número que pensaban sería el ganador.

—Cuatro –dijo Olga, que fue la primera en lanzarse.

—Tres –pidió Ana.

—Pues seis – sentenció finalmente Carlos – vamos manos abiertas.

Abrieron las manos y aparecieron las cuentas. Dos que guardaba Olga, una que guardaba Ana y tres que tenía Luis.

—¡Genial seis! ¡Gano yo! – exclamó Carlos con satisfecho.

—¿Qué vas a pedir? – le preguntó su hermana con impaciencia.

—Quiero que desnudes a Ana – fue la orden de Carlos.

Olga se acercó a Ana y se puso a su espalda. Estaba preparada para desabrochar el sujetador de su amiga y sus dedos acariciaban su espalda. Cuando lo tenía desabrochado, Olga preguntó a su hermano:

—¿Me ayudas?

—No. Yo solo os miro – respondió Carlos acariciándose la polla que estaba a punto de explotar.

Ante esa respuesta Olga continuó con su mandato. Acarició los hombros de Ana y bajo los tirantes por ellos, dejando caer el sujetador por sus brazos. Luego se lo tiró a su hermano que lo cogió al vuelo y aspiró su aroma. Olga se puso frente a Ana y beso sus pezones. Ana no pudo evitar emitir un leve gemido al sentir los cálidos labios de su amiga sus ya duros pezones. Ana miró a Carlos que se masturba sentado en la cama con su sujetador mientras las observaba.

—¿Te gusta? – le pregunto Carlos a Ana, mientras movía su brazo rítmicamente.

—No – fue la respuesta de Ana de forma seca.

Olga bajo su mano a la entrepierna de Ana, pasando su mano suavemente sobre la tela de la braguita y notando su humedad.

—Si te ha gustado – dijo Olga susurrando al oído de su amiga.

Poniéndose de rodillas frente a Ana, Olga paso su lengua por el abdomen de su amiga hasta llegar al elástico de la braguita. Lo apartó un poco, lo suficiente, para rozarle el clítoris. Ana no pudo evitar suspirar. Sintió como la lengua de Olga empezó a entrar y salir de su cueva totalmente empapada. Olga empezó a ayudarse con los dedos hasta que Ana se corrió en un húmedo orgasmo. Un gemido ronco y ahogado las hizo mirar hacia donde estaba sentado Carlos, del que se habían olvidado hasta ese momento. Carlos se había corrido. Estaba tumbado en la cama con el estomago cubierto de semen y con el sujetador de Ana en la mano salpicado también de motitas blancas.

—¿Ha sido satisfecha tu petición? – le pregunto su hermana.

—Totalmente satisfecha. Has hecho más de lo que yo pensaba, vamos a tener que jugar a esto más veces, me habéis puesto muy cachondo – dijo Carlos.

Olga no le llegó a quitar las braguitas a Ana, así que esta se quedo con ellas puestas. Aun le temblaban las piernas cuando Olga pidió seguir jugando. Volvieron a jugárselo a los chinos quien hacia la petición. Nuevamente ganó

Luis.

—¿Qué hay que hacer ahora? – le pregunto su hermana, entusiasmada, que evidentemente estaba disfrutando mucho con el jueguito.

Carlos adelantó sus caderas para que Olga viese que su polla estaba nuevamente erecta. No le hizo falta nada más. Olga se puso de rodillas nuevamente, ahora frente a su hermano, y empezó a comerle el hinchadísimo glande lentamente. Ana notaba como su excitación subía mientras los miraba. Carlos gemía mientras su hermana cada vez engullía un poco más de su polla. Sin darse cuenta, los dedos de Ana bajaron hasta su clítoris y empezó a masturbarse sentada en su sillón. Olga incrementó la intensidad con la que se comía la polla de Carlos. Ya se la tragaba totalmente y Carlos parecía que iba a correrse otra vez por la intensidad que alcanzaban sus jadeos. Ana se corrió antes que Carlos y Olga pero ellos no se dieron ni cuenta. Cuando Carlos se corrió por fin, su hermana le comía los huevos y lo seguía masturbando para sacarle hasta la última gota de leche.

—Estoy muy, pero que muy excitada – dijo Olga limpiándose los restos de semen de su hermano con el dorso de la mano.

Su hermano sin decir nada paso su mano bajo la falda Olga para tocar su entrepierna. Impregnó sus dedos de la humedad de su tanga e inspiró su aroma. Luego cogiéndola de la mano la tumbo en la cama olvidándose de Ana totalmente. Olga le hizo un gesto para que se uniese a ellos.

—Tumbate aquí – le pidió Carlos a Ana, mientras le quitaba la faldita a su hermana – primero voy a follarme a Olga y luego te follare a ti.

Ana se tumbó en la cama como Carlos le indicó. Olga le quitó las braguitas y poniéndose a cuatro patas hundió la cabeza en el sexo de Ana, haciendo que su lengua no dejase un solo pliegue de sus labios que recorrer. Olga besó, chupó y mordió cada uno de los pliegues de su amiga hasta que se centro totalmente en el dilatado clítoris de Ana. Mientras Carlos se follaba a su hermana desde atrás. Primero poco a poco y luego acelerando el ritmo. Lo que hacía que Olga gimiese y gritase de placer entre las piernas de Ana. Cuando Ana se corrió en un prolongado orgasmo, Carlos, ya no se estaba follándose a Olga, estaba sentado en el sillón masturbándose mientras las miraba.

—Ana quiero que me comas el coño. Tengo ganas de sentir tus labios en mi

rajita – pidió Olga.

—Me parece bien. Pero yo también quiero comértelo – apostilló Carlos uniéndose a la petición.

—Sigue masturbándote mientras te miro, eso me pone muchísimo y me correré antes – le dijo Olga a su hermano.

—Vale pero déjame tu tanga para meneármela.

Olga deslizó el tanga que tenía arrugado en su ingle a lo largo de sus piernas y de una patada se lo lanzó a Carlos. Este lo recibió con ansia e inmediatamente siguió pajeándose. Luego se tumbó en la cama y Ana comenzó su misión. Primero le besó su rajita, luego acarició con su lengua los labios inferiores, y notó como fluía el jugo de ellos. Olga comenzó a gemir, era señal que Ana, como no podía ser de otra manera, estaba haciendo un buen trabajo. Ana sintió como unos dedos entraban en su culo. Miró un segundo y vio como Carlos la penetraba, mientras con la otra mano seguía pajeándose la polla. Olga no dejaba de mirarlo mientras jugaba con sus pezones que a esas alturas eran rocas. Ana metió un dedo en la gruta de Olga pero nadaba en un mar de fluidos sin resistencia. Aumentó la apuesta y metió tres de sus dedos en la inundada cueva de Olga, follándola con ellos rápidamente. Olga se volvió loca de placer cuando además Ana le comió su dilatado clítoris. Olga estaba a punto de estallar en un salvaje orgasmo cuando su hermano apartó a Ana de su trabajo. Carlos puso a Ana de rodillas frente a él.

—Mámamela, quiero correrme en tu boca – ordenó Carlos.

Carlos estaba a punto de correrse, el líquido pre—seminal que salía de su capullo así lo indicaba. Ana le comió sus huevos introduciéndolos en su boca y luego su lengua subió haciendo un reguero de saliva desde estos hasta su dilatado glande. Un calambrazo de placer recorrió la espalda de Carlos y metió su polla en la boca de Ana con impaciencia. Ana subía y bajaba sus labios a lo largo de la polla de Carlos al tiempo que este acompañaba el movimiento agitando su pelvis. Unos instantes después una leche cálida y espesa inundaba la boca de Ana, mientras Carlos no paraba de gemir de gusto.

—Es mi turno – dijo Carlos al tiempo que una de sus manos apretaba los pechos de Ana y la otra introducía un dedo en su rajita para comprobar si estaba lubricada.

Carlos se tumbó, su hermana, se puso de rodillas sobre su cara y este inmediatamente empezó a trabajar en su húmedo chochito. Ana se acoplo

sobre el erecto miembro de Carlos que no había perdido un ápice de vigor y este la penetra rápidamente. Olga y Ana Olga se besaban y jugaban con los pechos y pezones de la otra. Ana sentía las profundas investidas de Carlos. Olga disfrutaba con el trabajo que la lengua de su hermano hacía en su clítoris. Carlos perforaba la vagina de su hermana con su lengua y la mano de Ana empezó a masajear el clítoris de su compañera mientras con la otra estrujaba los huevos de Carlos. El mete saca de Carlos se volvió más rápido e intenso hasta que se corrió dentro de Ana sin dejar el movimiento de bombeo. Luego fue Ana la que explotó en un prolongado orgasmo que hizo que se corriese sobre la verga de Carlos que aun estaba en su interior. La última en terminar fue Olga, lo hizo con un grito de placer y empapando la cara de su hermanito con todos los fluidos que salían de su interior.

Agotados, cayeron los tres en la cama, siendo una masa informe de cuerpos, cabezas, brazos y piernas sudados y cansados. Cuando poco a poco fueron recomponiéndose los tres se tumbaron. Carlos en el centro y Ana y Olga a cada uno de sus lados. Carlos empezó a besar y acariciar a su hermana y la abrazó con ternura. Ya no eran dos hermanos solo eran un hombre y una mujer. Ana contempló la escena y se levantó de la cama. Recogió su ropa y salió de la habitación. Ninguno de los dos la había echado de menos. Un rato después, desde el salón, Ana escuchó como Olga gemía mientras de nuevo su hermano la follaba.

Ana puso una película para no hacer caso a lo que estaba pasando en su dormitorio. Finalmente se centró en la película cuando los gritos y gemidos cesaron en el dormitorio. Un rato después Carlos apareció en el salón abrochándose el pantalón y con la camisa abierta. Se sentó al lado de Ana en el sofá e intentó besarla. Ella rechazó sus besos. Carlos lo intentó de nuevo pero obtuvo una nueva negativa de Ana.

—Venga Ana no seas así, bésame. — le dijo Carlos. Y esta niega con la cabeza — Bueno por lo menos hazme una última paja antes de marcharme.

—¿Y tú hermana? ¿Por qué no lo hace ella?

—Está dormida. ¿No te abras enfadado? Si solo ha sido un juego y todos lo hemos pasado muy bien.

—Sí, un juego pero antes de empezar te advertí que tendría consecuencias.

—No seas así, Ana. Vamos hazme una paja y me voy. Por favor — suplicó

Carlos.

—Te la voy hacer por pesado y porque quiero perderte de vista. Espero que estés excitado porque en cuanto acabe la película me largo y ahí te quedas como estés – le advirtió Ana.

Olga le abrió la bragueta sin ningún cuidado y le bajó un poco los pantalones. Luego comenzó a tocarle bruscamente, sin ganas, y sin besarle. Pero a Carlos ese sentimiento de que Ana lo hacía contra su voluntad le excita aun más.

—Bésame – le pidió Carlos.

La agarró, por la nuca, para acercarla hasta su boca abierta. Ana se resistía y rechazaba sus lengüetazos. Mientras, Ana, continúa masturbándole mecánicamente. Su mano recorría de arriba abajo el miembro de Carlos. El líquido que brotaba del dilatado capullo hacía que este brillase y ayudaba a lubricar y suavizar los bruscos movimientos de la mano de Ana. El ritmo que marcaba la mano de Ana era cada vez más rápido. Carlos sentía algo de dolor cada vez que la mano de Olga chocaba con la base de su polla. Le encantaba. Sobre todo lo excita la brusquedad y la desgana con la que lo tocaba. Instantes después, Carlos, se corrió con un gemido y apretó su cara junto a la de Ana.

—Bueno ¿ya estas contento? – preguntó Ana sin sonreír.

—Sí –respondió Carlos satisfecho.

—Pues ahora, coges, te abrochas los pantalones y te largas de aquí – le ordenó Ana.

—Venga Ana no te pongas así – dijo Carlos en un tono suplicante.

Olga se levantó del sofá y fue a la puerta de la cocina que estaba integrada en el salón.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Vete – fue la respuesta de Ana en tono serio y enfadado.

Después Ana se centro en trajinar en la cocina. Carlos fue al baño y se limpió el vientre con papel del váter, meó, y se fue. Se asomó al dormitorio para despedirse de su hermana, de la que había disfrutado tanto. Pero Olga continuaba dormida. Entró en la cocina para despedirse de Ana.

—Nos vemos luego – se despidió Carlos.

—Adiós – fue lo único que obtuvo de ella.

Ana no lo acompañó a la puerta. Se quedó en la cocina y continuó preparándose un bocadillo. A Carlos no le importó. Salió de la suite con una sonrisa de satisfacción. Lo que no imaginaba era que esa era la última vez que vería a Ana y hablaría con ella.

—¿Estas enfadada? —Preguntó Olga apoyada en el marco de la puerta completamente desnuda.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que debería estarlo? —respondió Ana dando un bocado a su bocadillo.

—No lo sé. Tal vez, yo lo estaría.

—Olga, todos somos mayorcitos ya, lo que hagas con tu hermano no es asunto mío. Yo no soy la más adecuada para criticarlo. Así que no te preocupes. Yo estoy bien. Será mejor que te des una ducha y te vistas para volver a la villa con tus padres, has estado todo el día aquí y te echarán de menos. — y Ana volvió a morder su bocadillo.

—Está bien. Solo espero que me perdones y no me guardes rencor por lo de esta tarde.

—No hay nada que perdonar ya te lo he dicho. Todo está bien, de verdad.

—Gracias. —dijo Olga y se fue al baño.

Ana terminó de comerse su bocadillo y recogió lo que había ensuciado en la cocina. Luego fue al salón y se puso a leer el libro que había elegido para esos días. Un rato después Olga apareció en el salón duchada y vestida.

—Ana me voy. ¿Nos vemos luego en la cena?

—Creo que no. Estoy cansada, me quedaré aquí leyendo esta noche. Se lo dirás a tus padres.

—Claro no te preocupes.

Ana se levantó del sofá donde estaba acomodada y fue con ella hasta la puerta de la suite. Hay le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Estás bien? – preguntó Olga extrañada.

—Muy bien.

—De acuerdo, entonces nos vemos mañana. – se despidió Olga.

—Adiós. – fue la respuesta de Ana.

Cuando cerró la puerta, Ana, fue directamente a su habitación. La cama estaba hecha un revoltijo y los vasos encima de los distintos muebles. Cogió los tres vasos y junto los restos de güisqui en uno de ellos, luego se lo bebió de un solo trago. Llevó los vasos a la cocina y volvió al dormitorio. Adecentó un poco la cama y puso su maleta sobre ella. Abrió el armario y los cajones de la cómoda y comenzó a llenarla con sus cosas.

Media hora más tarde, con la maleta hecha esperándola junto a la puerta, salió a la terraza y vio como empezaba a ponerse el sol en el horizonte. Entró cogió su maleta y abandonó la suite. Cuando estuvo en la planta baja fue a recepción, ahí dejó un sobre para Javier. El recepcionista le dijo que el director quería despedirse de ella. Pero Ana pidió que la disculpase, no tenía ganas de hablar con ese tipo arrogante, y salió para tomar el taxi que ya la esperaba para llevarla al aeropuerto.

—CAPITULO 22—

TODO TIENE UN FINAL

Ana bajó del coche en la puerta del aeropuerto arrastrando tras ella su pequeña maleta. Una maleta pesada, no por su contenido, sino porque representaba lo que estaba dejando atrás y las vivencias que se llevaba con ella.

Tenía que marcharse. Ella ya no era la protagonista de los juegos. Había sido sustituida por su alumna cosa que nunca imaginó que pasaría. Era Olga la que provocaba y sugería. Habían cambiado los papeles y ahora era ella la que se escandalizaba por lo que había provocado. Se preguntaba por qué. Tal vez algo había cambiado dentro de ella, tal vez los nuevos sentimientos hacia

Fabián. Lo único que tenía seguro era que su sitio ya no estaba con Javier y su familia. Para ella había llegado el momento de cerrar ese capítulo y pasar al siguiente. Pero la diosa Fortuna es caprichosa y sus deseos no eran exactamente lo que Ana esperaba.

En el mostrador de la compañía aérea la joven pidió un pasaje para el primer vuelo a Madrid. Le ofrecieron una plaza en el último vuelo del día con salida programada en la media noche. Aun quedaban un par de horas. Ana fue hasta uno de los restaurantes donde pidió algo para cenar. Pero lo único que consiguió fue picotear algo de los platos. Tenía el estomago cerrado.

Fue hasta una de las salas de espera e intento concentrarse en su libro pero le fue imposible. En su cabeza había demasiadas cosas dando vueltas para centrarse. Sacó el teléfono de su bolso, buscó el número de Fabián y llamó. Una llamada, dos, tres, cuatro, Ana empezó a desesperarse cuando a la sexta Fabián aun no había respondido. Fue a la octava cuando escuchó su voz al otro lado de la línea.

—¿Sí? —respondió con un tono divertido.

—Soy Ana.

—Hola Ana ¿Qué tal todo por las islas? — continuó con el tono que denotaba que reía.

—Regular. Estoy en el aeropuerto. Salgo para Madrid dentro de un rato.

—¿Ha pasado algo? — se interesó sin que se borrara su sonrisa.

—Te lo cuento cuando nos veamos. Puedes recogerme en el aeropuerto luego sobre las dos de la mañana.

—Ana lo siento mucho pero no voy a poder. Tengo un compromiso y no puedo cancelarlo, además no sé cuando terminaré.

—Está bien, no te preocupes. — Dijo Ana un poco decepcionada por la respuesta de Fabián.

—No sabía que venias hoy, si me hubieses avisado con antelación. — Intentó disculparse el chico.

—De verdad, no pasa nada ya me las arreglaré.

—Vale. Llámame mañana y nos vemos.

—Hasta mañana. Te quiero — se despidió Ana.

—Nos vemos — se despidió Fabián sin disimular su tono feliz y colgó.

Ana guardo de nuevo el teléfono en el bolso y vio el llavero. Se encogió de hombros y se dijo a si misma que podía ser peor. Se puso los auriculares y esperó que llegase la hora del embarque.

Fabián no estaba solo, Tania, su prima lo acompañaba. De hecho prácticamente se había instalado en su casa durante esos días. María, la madre de Tania y tía de Fabián, aprovechando que Javier y su familia estaban de vacaciones se había marchado al pueblo a ver a la familia.

Tania era una chica de cabello negro y una media melena de amplios y desiguales rizos. Sus ojos negros y profundos como la noche, daban a su precioso rostro y picara sonrisa un toque misterioso. Su cuerpo espectacular hacia que el conjunto fuese irresistible y atrayente para la mayoría de los hombres.

Habían cenado en casa, Tania tenía buena mano con la cocina y con cualquier cosa era capaz de preparar algo rico. Estaba claro que su madre estaba detrás de eso. Después de la cena se habían acomodado en el sofá frente al televisor viendo una película que aunque aparentemente parecía otra cosa terminó siendo de terror. Tania había acabado abrazada a su primo ya que las continuas escenas inquietantes hacían que la chica se encogiese a cada instante.

Mientras Fabián hablaba por teléfono con Ana no podía evitar tener una sonrisa en los labios. Tania vestía un pequeño pijama de dos piezas, un escueto culote y una ajustada camiseta, sin ninguna prenda más bajo él. Fabián acaricia la espalda y la pierna de su prima mientras besaba su cabello, al tiempo que escuchaba que Ana volvía a Madrid. Cuando Fabián colgó el teléfono besó a Tania con suavidad y ternura. Tania permaneció impasible ante el beso de su primo concentrada en la película. Pero cuando él menos se lo esperaba y la tensión de la escena que se proyectaba iba en aumento la joven correspondió al beso de su primo. Fue un beso largo, muy largo, sus lenguas se entrelazaron y exploraron unidas la boca de su contrincante. Cuando sus labios se separaron Tania se acomodó sobre las piernas de su primo y volvió a besarle. Mientras sus lenguas continuaban su lucha, las manos de Fabián recorrían la espalda de su prima hasta que finalmente bajaron hasta su firme culo y tomaron posesión de él. El joven amasó los glúteos de Tania aproximándola cada vez más a él. Finalmente logró colocarla sobre su erección. La prima pudo notar sin ningún género de dudas la dureza del miembro de Fabián a través de la fina tela de su pijama y del pantalón del chico.

Las manos de Fabián se aventuraron bajo la ajustada camiseta de su prima. El joven sintió la suavidad y calidez de la piel de Tania. Cuando la joven se separó de él para mirarlo a los ojos con picardía su primo comenzó a subirle

la camiseta hasta que finalmente la despojó de ella. Fabián nuevamente tenía ante él los pechos desnudos de su prima. Unos pechos que lo volvían loco. Unos pechos del tamaño justo, ni grandes, ni pequeños, que se ajustaban perfectamente al cuenco de su mano. Unos pechos redondos, erguidos, coronados por unos pequeños, duros y rosados pezones que pedían a gritos ser degustados. Los labios de Fabián no pudieron resistirse y besaron con ansia las maravillas que se alzaban ante él, mientras sus manos los sopesaban con suavidad. Los dedos del joven atendían el pezón libre de su prima haciendo que creciese entre ellos al tiempo que se endurecía considerablemente.

Tania separó a su primo del deleite de sus pechos y lo besó con ansia, sacando toda la furia y el deseo que tenía en su interior. La joven devoraba la boca de Fabián, mordía su labio inferior y recorría con sus manos la fuerte espalda de su primo. Tania le arrancó la camiseta a tirones impacientes y luego ambos se deshicieron con prisa de las pocas prendas que les quedaban. Cuando la erección de Fabián fue liberada por su prima esta se apresuro a colocarse a horcajadas sobre él, ensartándose ella misma en esa dura barra de carne. Tania cabalgaba el miembro de su primo, con las manos en sus hombros, y la cabeza y la espalda curvadas hacia atrás. Fabián con las manos en su cintura intentaba controlar el endiablado ritmo con el que la joven subía y bajaba una y otra vez. En la respiración acelerada de la joven se intercalaban profundos gemidos que ella no podía controlar. Los gemidos y suspiros de Tania conforme se aproximaba el momento fueron aumentado en frecuencia e intensidad. Cuando llegó el orgasmo su vagina que contrajo entorno al miembro de su primo absorbiéndolo hacia su interior. Un profundo y gutural gemido brotó de su garganta. Fabián intentó contenerlo comiendo la boca de su prima y toda su pasión. Tania se paró en seco empalada en la polla de su primo mientras sin dejar de besar a Fabián su cuerpo comenzaba a relajarse.

—No creas me que conformo con esto. Además tú no has terminado — fueron las palabras de Tania al oído de su primo.

Y entonces fue Fabián el que tomó la iniciativa. Sin pensárselo dos veces colocó a Tania de rodillas sobre el sofá y con los brazos apoyados en el respaldo. Con la espalda arqueada, su cabello negro sobre los hombros y expuesta completamente ante él, era una visión impresionante a la que no pudo resistirse. Fabián tomó nuevamente a su prima igual que aquella lejana ya primera vez. El cuerpo de Tania era vestido por su primo con más violencia que velocidad. Hundía su miembro hasta lo más profundo de sus entrañas una y otra vez. El calor de la pasión se apoderó de sus cuerpos y Tania no pudo

contener sus gemidos de placer. Fabián hizo más cortas sus investidas pero lo compenso con mayor ritmo. La fricción en el interior de Tania era máxima aunque el movimiento era mínimo lo que la hacía sentirse completamente llena en todo momento. El joven amordazó con su mano la boca de su prima cuando los gritos de esta subían en decibelios. Una vez logró contener los gritos cogió con fuerza una de las tetas de Tania y la amasó con fuerza entre sus dedos. Fabián estaba a punto de alcanzar su meta e hizo un último esfuerzo. Sus embestidas fuertes y rápidas ganaron en intensidad. El joven estaba a unos cuantos golpes de cadera de su merecido premio cuando Tania volvió a tomarle la delantera. La joven estalló entre gritos en un orgasmo que se extendió por toda su anatomía tensando todos y cada uno de sus músculos. Fabián soltó el pecho de su prima y llevo la mano hasta su clítoris sin dejar de penetrarla con fiereza. Lo frotó con rabia haciendo que el orgasmo de su prima se prolongase lo suficiente para el alcanzar su objetivo. No dejo un solo instante de estimular el nudo de nervios de su prima y de follarla con rabia. Las paredes de la vagina de Tania contraídas en torno a su férrea polla hicieron el resto. Fabián comenzó a llenar con su simiente las entrañas de su prima sin contener un ahogado gemido de gusto. Después de la tensión sus miembros se relajaron y Fabián se desplomó sobre la espalda de su prima. Tania también cayó desmadejada sobre el sofá bajo su primo. Fabián se hizo a un lado para retirar su peso del frágil cuerpo de su prima, se sentó y la tomó entre sus brazos para acomodarla sobre él y besarla con ternura. Tania se aproximó a la oreja de su primo y tomo su lóbulo entre sus dientes, para arrancarle un escalofrío que recorrió de su espina dorsal en toda su longitud.

—Sera mejor que continuemos en un lugar más cómodo. — Le susurro de manera sensual la joven.

Fabián se puso en pie con su prima pegada a su cuerpo. Él la sujetaba por el culo mientras ella abrazaba con sus piernas su cintura y sus brazos se enroscaban en su cuello. Durante el breve camino hasta el dormitorio de Fabián los labios de ambos no se separaron ni un solo momento. El joven dejó a su prima sobre su cama y se acomodó entre sus piernas para besarla nuevamente. El apasionado beso fue correspondido con deseo por Tania. Las manos de ambos viajaban ansiosas recorriendo la anatomía del otro dibujando una sinfonía de caricias y arañazos. Pecho contra pecho, piel con piel. Fabián sintió como los pezones de Tania se endurecían hasta clavarse en su cuerpo. El joven abandonó los labios de su prima y despacio dibujo un camino de besos y saliva. Un camino que bajaba por su cuello, recorría su clavícula para luego

ascender por el monte de sus pechos. Cuando Fabián alcanzó la cima atendió debidamente aquellos insolentes que coronaban la cumbre. Se tomó su tiempo y mientras sus labios besaban, chupaban, succionaban y mordían uno de esos duros y rosados botones, su mano acariciaba, amasaba y pellizca el otro a la espera de ser atendido por su boca. Tania se aferraba a las sabanas y al cuerpo de su primo disfrutando del placer que este le proporcionaba mientras no cesaba de emitir delicados suspiros y gemidos.

Una vez tuvo conquistadas ambas cumbres, Fabián, siguió dibujando su camino. Bajo por el valle que se abría entre ambos montes para adentrarse en la llanura de su vientre. La recorrió de parte a parte hasta que encontró el pozo de su ombligo. Lo rodeo mil veces con su lengua y lo penetró con ella otras tantas hasta hacer que el vientre de Tania se contrajese por la sensual sensación. Continuó su viaje hacia el sur. Subió el monte de Venus y cuando lo bajo encontró un brillante manantial donde saciar su sed.

La lengua de Fabián se abrió paso entre los dulces, suaves y rosados pliegues que ocultaban la entrada de esa cueva. La recorrió en toda su longitud una y otra vez, llegando un poco más arriba. Hay encontró a un erguido y sensible vigilante. Cuando los labios y la lengua de Fabián tomaron contacto con el clítoris de Tania esta se estremeció de placer. Un calambre recorrió su cuerpo, hizo que arquease su espalda y que un gemido incontrolado abandonase su garganta. Fabián mordió, lamió, chupó, besó y sopló aire cálido en todos y cada uno de los rincones de aquel apetitoso y jugoso manjar, mientras sus dedos entraban y la salían de la calidez de aquella cueva que de nuevo querían explorar. La acelerada respiración de Tania hacia que su pecho se moviese agitadamente y fuese pasando de gemidos contenidos a gritos incontrolados. La joven tomo la cabeza de su primo para hundirla más entre sus piernas y apretar sus firmes muslos contra ella. Tania explotó nuevamente en un húmedo y abundante orgasmo que sació la sed de su primo, que bebió hasta la última gota de ambrosia que brotó de las entrañas de su precioso cuerpo. Fabián hizo el camino inverso hasta llegar al punto de partida. Hay beso a Tania y compartió con ella un delicioso coctel de jugos y semen que no era la primera vez que probaban.

Tania, una vez recuperada, hizo que su primo se tumbase boca arriba tomando de nuevo la iniciativa. Después de besarlo fue bajando por su definido pecho dejando un rastro de suaves y tiernos besitos. Se lo tomo con calma hasta que llego a una erguida y dura polla plena de vigor nuevamente. La joven aferró el miembro de su primo y comenzó a masturbarlo. El ritmo

pausado del principio fue aumentando progresivamente en intensidad hasta que su brazo comenzó a cansarse. Tania se detuvo, miro a su primo fijamente con una sonrisa pícara y su lengua y sus labios continuaron el trabajo. La lengua de la joven rodaba y jugaba con el delatado glande de su primo mientras sus sensuales labios abrazaban el contorno de su verga avanzando y retrocediendo una y otra vez. A medida que el ritmo aumentaba Tania engullía cada vez más longitud de aquella dura barra de carne, hasta que su nariz comenzó a golpear el pubis de su primo. Fabián miraba la escena sin parpadear viendo como aparecía su polla y al instante siguiente se esfumada dentro de la boca de su prima.

Cuando Fabián sintió que estaba al límite de su aguante hizo que su prima se detuviese. Deseaba follársela otra vez. Tania recostada en la cama con las piernas abiertas esperaba impaciente la entrada de su primo. Este se colocó entre sus piernas y la beso. Pero la joven no estaba para preámbulos y cogiendo la polla de Fabián la guio con prisas a su entrepierna. Cuando el joven enterró su miembro en el oscuro légamo de Tania su calor y humedad lo abrasaron, pero no cambiaria aquella sensación por nada del mundo. La joven gritó cuando estuvo completamente llena y su primo comenzó a moverse lentamente. Fabián la sacaba casa por completo para luego volverse a hundir en ella más profundo y más fuerte arrancándole, a Tania, cada vez un nuevo grito de placer. Un placer que no podía disimular su rostro de ojos entrecerrados y boca abierta, con un intenso color rojo en sus mejillas. La velocidad de las penetraciones de Fabián iban en aumento y Tania no queriendo que la abandonase en su ritmo se encadeno con sus piernas a la cintura de su primo para conseguir cortas y rápidas investidas. Fabián con gran esfuerzo logró zafarse del candado con que las piernas de su prima lo sujetaban. Una vez libre subió las piernas de Tania sobre sus hombros para que sus penetraciones fuesen aun más profundas. Las entrañas de la joven se contrajeron abrazando al deseado invasor. Un nuevo orgasmo se hizo con ella. Las contracciones sobre su hinchado miembro hicieron que Fabián inundase por segunda vez con su semilla en cuerpo de su prima.

Poco a poco sus cuerpos se fueron relajando después de la tensión del orgasmo y tumbados uno junto al otro volvieron a besarse. Fueron besos pausados, tiernos y amorosos, ya desprovistos de la lujuria y la pasión del principio del encuentro. Los besos se fueron espaciando cada vez más en el tiempo hasta que Tania fue vencida por el sueño. Fabián cubrió sus cuerpos con el edredón y abrazado a ella también se dejo llevar por Morfeo.

Eran más de las tres de la madrugada cuando el avión procedente de Tenerife tomó tierra en Madrid. Ana recorrió la terminal desierta seguida de su pequeña maleta hasta la salida. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando pisó la calle que la hizo temblar. Cogió un taxi que la llevase a casa de Javier. Agradeció el calor del coche y se arrebujó en el asiento. El termómetro del taxi indicaba que la temperatura exterior era de dos grados bajo cero. El taxista intento entablar conversación pero Ana no se encontraba con ánimos y respondía con monosílabos. Cuando el coche se detuvo frente a la casa Ana pagó la carrera y busco el llavero en su bolso antes de salir. Se dirigió apresurada por el frío hasta la puerta mientras el taxista esperaba que la joven entrase. Entró y cerró tras ella sin mirar atrás. Atravesó corriendo el jardín y con la misma premura abrió la puerta de la vivienda.

Ana subió directamente a su buhardilla. El frío se había metido en su cuerpo, buscó el pijama más gordo que tenía y bajó al baño para darse una ducha caliente. El agua hizo que el cuerpo de la joven recobrase el calor perdido. Se envolvió en el mullido albornoz y secó su pelo. Se puso su pijama más calentito y se metió rápidamente en la cama buscando no perder el recobrado bienestar bajo su edredón. El cansancio del viaje, lo sucedido en los últimos días y el sentirse relajada después de su baño hizo que rápidamente se sumergiese en un profundo sueño.

A pesar de haberse ido a la cama a altas horas de la madrugada Ana abrió los ojos después de apenas cinco horas de sueño. Se desperezó y se reubicó. Se encontraba descansada como hacía mucho que no se había sentido. Saltó de la cama y se dispuso a vestirse, en lo que no tardó más que unos minutos. Buscó su maleta grande y metió en ella todo lo necesario para irse a casa de Fabián y poder sacar sus cosas de la buhardilla de Javier más adelante tranquilamente. Ana no se entretuvo en desayunar, quería hacerlo con él. Llamó a un taxi se puso su cazadora de cuero marrón y salió a la calle. Cuando el coche llegó le indicó la dirección de Fabián y fue a su encuentro.

Fabián abrió los ojos lentamente, mirando al techo, molesto por la claridad que entraba por la ventana de su dormitorio. Inmediatamente llegó a su mente el recuerdo de lo sucedido la noche anterior y una sonrisa se dibujó en su rostro. Estiró su mano buscando el cuerpo de Tania a su lado, pero lo único que encontró fue un vacío y unas sábanas revueltas. Se levantó de la cama y tras ponerse el pantalón del pijama salió del dormitorio. Caminó en silencio

recorriendo los pocos metros cuadrados de la vivienda para encontrarla en la cocina. Tania vestida solo con su ropa interior, un bonito conjunto de lencería de color cielo, trajinaba en la cocina preparando algo para el desayuno. Fabián sigiloso se aproximó a ella por su retaguardia y la abrazó por su desnuda y firme cintura.

—¿Qué tal has dormido? – le preguntó el chico en un susurro junto al oído tras darle un tierno beso en el cuello.

Tania dio un respingo al sentirse atrapada. Giró sobre sí misma, rodeada en todo momento por el fuerte brazo de su primo, para clavar sus profundos ojos negros sobre él. La joven colocó sus manos en los hombros de su primo y poniéndose de puntillas lo besó en los labios. Fabián respondió a ese beso sin soltar su cintura.

—Hacía tiempo que no dormía tan bien. No he querido despertarte y estaba preparando algo para el desayuno. – Le respondió Tania después de separar sus labios.

—Pues deberías despertarme, creo que aun estoy dormido.

—Tal vez tu cabeza superior este dormida, pero tu amiguita de ahí abajo hace rato que se ha levantado. –Respondió Tania al sentir la erección de su primo presionando su vientre.

Tania, pegada a él notó como sus pezones comenzaban a endurecerse clavándose en el pecho de su primo. Fabián lo sintió claramente. La pierna de la joven se introdujo entre las suyas y la movió suavemente hasta subir a su entrepierna.

—Tania...—Susurro Fabián.

—¿Sí...?—Respondió ella con un profundo suspiro junto a su oído y mordió su oreja.

—Nada. – Dijo dejando escapar un leve suspiro de su pecho.

Se miraron fijamente a los ojos y ambos vieron lo mismo: pasión y deseo. Tania apoyó sus manos en su duro abdomen de su primo y fue subiendo muy despacio, para que sus manos recordasen ese camino otras veces recorrido. Cuando sus manos llegaron a los hombros de su primo, este la estrechó entre sus fuertes brazos sus nuestros labios se juntaron de nuevo. Las manos de la joven recorrían los brazos y la espalda de su primo mientras sus lenguas jugaban dentro de sus bocas.

Fabián sentía el calor del cuerpo de su prima en su pecho y como sus pezones erectos y duros se le clavaban a través del fino encaje del sujetador. Las manos del joven recorrieron la espalda de Tania bajando hasta si culo y lo

agarraron con fuerza, sopesando si todo seguía lo mismo que la noche anterior. Entonces sus labios se separaron y volvieron a mirarse.

—¿Qué te parece?— Preguntó Tania con la mirada clavada en él.

—¿Qué?— Respondió como si no supiera de qué hablaba.

—Mi culo— Dijo sonriendo.

—Esta exactamente igual que ayer, durito y apretado— Fue la respuesta y volvieron a besarse.

Volvieron a juntas sus labios sin dejar de recorrer nuestros cuerpos sus nuestras manos. Fabián agarró el culo de Tania con más fuerza y la alzó hasta depositarla sobre la encimera de mármol de la cocina. Entonces el deseo y pasión volvieron a desbocarse. Sus labios chocaban con impaciencia, sus lenguas luchaban incansables por conquistar la boca del otro y tiernos mordiscos hacían que las lenguas no escapasen. Las manos de Tania aferraban con fuerza la nuca de su primo para aproximarle aún más a ella al tiempo que sus piernas abrazaban su cintura. Las manos de Fabián se abrieron paso bajo el sujetador de su prima encontrándose con sus duros y sensibles pechos. Cuando la joven sintió el tacto de sus manos en ellos, como los acariciaba y apretaba, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Tania no pudo contener el suspiro de placer que se escapo de su garganta.

—Espera un momento—Le dijo Fabián.

La joven obediente se detuvo. Fabián dejó los pechos de su prima deseosos de seguir sintiendo sus manos y bajo estas hasta su cintura para luego subir por su espalda. Fabián manipuló con habilidad el cierre del sujetador de su prima dejando al descubierto su pecho desnudo que se erguía insolente y deseoso de más atenciones. Sus labios se juntaron mientras sus fuertes manos volvieron a conceder a las tetas de Tania las atenciones que merecían. Los labios del joven empezaron a recorrer la barbilla de su prima, luego bajaron por su cuello dejando un delicioso y húmedo camino. Cuando los labios de Fabián llegaron a sus pechos comenzaron ascender por ellos mientras sus manos no dejaban de acariciarlos y apretarlos con ternura. Finalmente sus labios hicieron cumbre y tomaron posesión nuevamente de las montañas perdidas. Besó sus duros y sensibles pezones, los mordió y su lengua jugó con ellos como tantas otras veces. Mientras sus manos seguían amasando con calma sus tetas su boca siguió su viaje. Bajó por el abdomen de su prima y rodeó su ombligo con un círculo de saliva. El cuerpo de Tania no dejaba de estremecerse al sentir de nuevo esas manos y esos labios recorriendo y acariciando su piel. Cuando Fabián llegó al elástico de la braguita sus manos

se apresuraron a introducirse él. La joven alzó su cuerpo para facilitarle la labor y su diminuta braguita descendió por sus piernas para perderse en el suelo junto a su sujetador.

Fabián, agachado como estaba, con su cara a la altura del sexo rezumando humedad de su prima, cogió sus piernas y las acarició recorriéndolas en toda su longitud. Luego las colocó encima de sus fuertes hombros y se puso en pie. Esto hizo caer hacia atrás a Tania apoyándose en los codos. El joven besó la cara interna de sus muslos con un claro objetivo final. Sus manos no paraban de recorrer las nalgas, las caderas, la cintura, los pechos, la boca y el cuello de Tania. Ella sentía su aliento cálido acercarse. Tania estaba impaciente por sentir los labios y la lengua de su primo en ese lugar. Ese lugar que solo hacía unas horas el había visitado. La respiración de la joven se aceleró y sintió que el corazón se le iba a salir del pecho cuando la lengua de Fabián empezó a recorrer los bordes de sus despejados labios mayores. Las piernas de Tania se cerraron entorno al cuello de su primo para atraerlo más a ella. Sentía el cosquilleo de su barba de tres días en sus muslos, mientras Fabián engullía sus labios con tirones ansiosos. Tania estaba en el cielo, estaba a punto de correrse, cuando su primo succiono con fuerza su clítoris, lo sujetó con sus labios y lo mordió suavemente mientras su lengua no dejaba de rodearlo. Un escalofrío recorrió su espalda. El placer era máximo. Tania mordía sus labios para intentar contener el orgasmo que luchaba por invadirla al tiempo que contraía mi vagina. La lengua de su primo empezó a moverse de manera vertiginosa haciendo que las descargas que brotaban de ese punto a todas y cada una de las partes del cuerpo de la joven fueran incontenibles. Eso hizo que Tania no pudiese evitar el mover sus caderas para acomodarlas al ritmo de la lengua de Fabián.

Los orgasmos empezaron a encadenarse uno tras otro. Tania no acababa de recuperarme del anterior cuando la lengua desenfrenada de su primo hacía que saltase otro. Los largos dedos del joven se unieron al juego y buscaron la humedad que empapaba el sexo de su prima. Sin más, dos de sus dedos entraron y los jadeos y gritos salían de la garganta de Tania sin control. Con cada nueva embestía de sus dedos, Fabián, hacía que aumentase de volumen. Un nuevo dedo se unió a los anteriores y esos tres diablos entraban y salían de de la joven, giraban en su interior, acariciaban y frotaban las paredes de su vagina que se cerraba entorno a ellos para no dejarlos escapar. Un nuevo orgasmo mucho más intenso que los anteriores brotó del interior de Tania. Sus piernas se tensaron en torno a su primo lo mismo que cada musculo de su

cuerpo. Un grito desgarrado de placer surgió de lo más profundo de ella dejándola totalmente sin aire, mientras se corazón iba a explotar en se pecho. Después, el cuerpo de la joven se quedo sin fuerza y se desplomó sobre la encimera con los brazos extendidos a lo largo de su cuerpo inerte, mientras sus piernas como dos trapos aun descansaban sobre los hombros de Fabián.

—Tania. Tania. ¿Estás bien?—Preguntaba Fabián ansioso mientras la sujetaba por los hombros y la movía para hacerla reaccionar.

Poco a poco los pulmones de la joven se fueron llenando nuevamente de aire y sus brazos y piernas recobrando la fuerza perdida. Luego, cuando Tania notó que su respiración volvía poco a poco a la normalidad pudo decirle algo.

—Dame un minuto—susurró entrecortadamente y lo abrazó. Acercó sus labios a su oído—Ha sido el mejor orgasmo de mi vida.

—Joder me habías asustado—dijo Fabián más relajado y en su rostro brillante bañado de los jugos de su prima se dibujo una sonrisa.

—Si me das otro minuto veras de lo que soy capaz—dijo ella más relajada. Los ojos de su primo brillaron, y su rostro se ilumino al escuchar sus palabras —Ve a la mesa—le dijo mas repuesta mientras bajaba de la encimera.

Fabián fue hasta la mesa y apartó las tazas de café que Tania había preparado para el desayuno. Cuando terminó se giro hacia ella. Tania se acercó despacio a él dejando que se recrease en su cuerpo.

—Tumbate en la mesa—le ordenó cuando estuvo junto a su primo.

Tania puso sus manos sobre el pecho de su primo y le empujó suavemente. Cuando Fabián estuvo tumbado en la mesa del salón subía la cabeza para ver lo que ella iba haciendo y como se movía a su alrededor. Ella acarició las fuertes piernas de Fabián por encima de la tela del pantalón de su pijama y llegando a su entrepierna pasó sus manos por encima de ese bulto que palpitaba bajo la tela. La joven notó su miembro erecto duro e impaciente. Sus manos acariciaron sus inflamados testículos sobre la tela del pijama. Tania se inclinó sobre él y su lengua recorrió la silueta dibujada por su erecto miembro en el suave tejido. Después lo liberó del pantalón y se lo tiró a la cara. Fabián sonrió. Las manos de la chica acariciaron el miembro de su primo bajando hasta sus testículos y apretándolos suavemente. Después, lo miró fijamente y se humedeció los labios con su lengua de una forma sensual. Tania se inclinó sobre la polla de Fabián y sujetándola con su mano aproximó sus labios a ella. La joven apoyó sus labios sobre la punta de su glande y fue descendiendo muy despacio, ejerciendo una ligera presión sobre el miembro con sus labios y sus dientes, su lengua jugaba a su alrededor hasta que su nariz chocó con el pubis

del chico. Tania había engullido totalmente la verga su primo, su lengua lamía ese firme falo y se centraba especialmente en ese hinchado capullo.

Cuando la joven comenzó a retirarme para Fabián fue una tortura insoportable. Con la boca totalmente ensalivada, Tania, devoraba ese miembro, ascendía un centímetro y se detenía para seguir jugando y atendiendo con se lengua ese delicioso manjar. La joven antes de continuar subiendo volvía a bajar la mitad de lo ascendido y volvía a dejar que su lengua atendiera debidamente esa dura polla que latía en el interior de su boca. A Tania le encantaba torturarlo de esa manera. La chica sabía perfectamente que su primo estaría a las puertas del orgasmo cuando alcanzó la parte baja de su glande y lamió con ansia la zona del frenillo llevándolo casi a un punto sin retorno. Los labios y la lengua de Tania lamieron el dilatado capullo como si de un caramelo se tratase para finalmente despegar sus labios de la polla de su primo. Fabián había aguantado in extremis las atenciones que su prima le había brindado y que no creyó que aguantase sin correrse.

Tania empezó a besar los abdominales, el ombligo y continué por el pecho hasta llegar a los pezones de su primo que sus dientes mordieron mientras lo miraba a los ojos con cara de chica mala. Chupó y lamió los pezones de Fabián mientras la mano de la joven no dejaba de jugar son su polla y sus huevos. La boca de Tania subió hasta la de su primo y sus labios de apropiaron de los suyos. La mano de la chica seguía acariciando la dura polla y los huevos bajando hacia el perineo y lo acarició suavemente. Tania retiró la mano sin dejar de besarlo y la lleve a su empapada entrepierna, la humedeció bien en sus propios jugos y volvió a acariciar el perineo de su primo. Sus lenguas continuaron luchando. La empapada mano de la joven buscó la entrada oscura de su primo y uno de sus dedos lubricado con su propia humedad se abrió camino en su interior. Fabián no protestó por la atrevida incursión de su prima. Ella sabía que le gustaba y le ponía a mil sodomizarlo mientras no dejaban de comerse la boca.

La joven ya no aguantaba más y el fuego que había en su interior tenía que ser apagado. Tania subió a la mesa y montó sobre las caderas de su primo buscando la manguera capaz de apagar lo que ardía dentro de ella. Se dejó caer sobre ese duro miembro que se clavó en su interior por completo. Así en esa posición con sus ojos clavados en los de Fabián permaneció unos segundos deleitándose con esa plenitud que llenaba su interior. Una de las manos de Tania acariciaba sus huevos para estimularlo y con la otra atendía sus tetas y pellizcaba sus duros pezones.

Ella cerró los ojos y las manos de Fabián tomaron sus caderas, muy despacio fueron subiendo por su abdomen y su torso hasta que alcanzar sus pechos. Fabián retiró la mano de su prima y estrujó, amasó y masajeó sus firmes y duras tetas con una mezcla de impaciencia, pasión y dulzura. El trabajo de Fabián sobre los pechos de su prima la excitó hasta el punto de casi correrse. No podía evitar emitir intensos jadeos. Tania se inclinó apoyado las manos en los fuertes hombros de su primo. Las manos del joven aferraron con fuerza el culo de su prima ayudándola a iniciar una lenta y erótica cabalgada. Cada vez que el cuerpo de Tania descendía clavándose nuevamente su polla en su interior, ella, buscaba el placer se rozar se dilatado y sensible clítoris con el pubis de Fabián. Estaban perfectamente acoplados y sincronizados como el movimiento de un reloj suizo. Tania estaba disfrutando de cómo cada centímetro de miembro llenaba su interior y como frotaba las paredes de su vagina que se cerraban en torno a él para aumentar el mutuo placer.

Fabián se incorporo y empezó a comerle las tetas mientras ella no dejaba de cabalgar sobre él. Eso hizo aumentar la excitación de Tania y sus movimientos sobre su primo aumentaron de intensidad para dejar salir el orgasmo que ya crecía en su interior. Ella sabía que Fabián estaba a punto de correrse, sentía como su miembro se dilataba en su interior y casi podía sentir sus hinchadas venas. Sabía que intentaba contenerse, pero también, sabía que no podría hacerlo por mucho más tiempo. Los ojos del chico recorrían el cuerpo empapado en sudor de su prima, se embelesaba con el vaivén de sus tetas y con se cara que no podía disimular el placer que sentía.

—¡Córrete Tania, córrete!—le dijo y apretó con fuerza sus nalgas.

—¡Siiiiii...!—fue lo único que pudo responder ella.

Los músculos de Tania se tensaron y sus piernas se aferraron con fuerza al cuerpo de su primo. Un placer infinito invadió cada rincón de su cuerpo. El orgasmo fue intenso y prolongado, sentía como Fabián seguía bombeando en su interior mientras la llenaba con su cálida y espesa semilla haciendo que lo que estaba sintiendo se intensificara aun mas. Tania cayó rendida sobre el pecho de su primo, sus labios besaron su cara y su boca, mientras su miembro aun en su interior se iba relajando. La mano de Fabián acaricia su espalda y otra se perdía en la nuca de la chica enredándose en su pelo. Se fundieron en un apasionado beso. Sus lenguas se buscaron sin prisa y se deleitaron en el placer del deseo satisfecho.

El sonido del timbre de la puerta hizo que la pareja se separase. Tania bajó de la mesa y buscó sus braguitas en el suelo de la cocina. Una vez con ellas

puestas cubrió sus pechos con su antebrazo y se dirigió a la puerta donde al otro lado no dejaban de insistir. Fabián aún sentado en la mesa observó a su prima como miraba por la mirilla.

—Tania no iras a abrir así. – dijo Fabián.

—No pasa nada, es una chica. –y abrió la puerta.

Una joven de cabello rubio y ojos azules apareció al otro lado acompañada de una enorme maleta. Ambas se miraron intentando adivinar quién era quién y qué hacia ahí.

—Hola. Siento molestarte. – dijo Ana al ver como la joven morena de ojos negros había abierto la puerta. – Creo que me he equivocado de piso. Busco a un chico que se llama Fabián. ¿Lo conoces? ¿Puedes decirme dónde vive?

—No te has equivocado. Es aquí. Pasa.

Tania flanqueo la entrada permitiendo que Ana entrase en el apartamento. Una sonrisa se dibujo en su cara cuando vio la expresión de la rubia al saber que no se había equivocado.

—Fabián, te buscan – gritó Tania mientras cerraba la puerta.

Ana vio como Fabián saltaba de la mesa y se apresuraba a buscar algo que ponerse. Una vez encontró el pantalón del pijama salió al salón.

—¡Ana! ¿Qué haces aquí? – dijo sorprendido.

—Yo necesito una ducha os dejo solos – anunció Tania aunque sabía que no era atendida por ninguno de los dos y caminó contoneándose en dirección al baño.

—Nada. Creo que no he venido en un buen momento. Será mejor que me marche. – Y una lágrima corrió por su mejilla.

—Ana, yo...

—No digas nada. No hace falta.

—Pero Ana, por favor déjame explicarme.

—Creo que está todo muy claro. – cortó mientras abría la puerta.

—No es lo que tú crees. Tania es mi prima. – dijo en un intento de detenerla.

—Claro, eso lo explica todo. Adiós Fabián. – se despidió entrando en el ascensor.

Fabián salió para intentar detenerla pero las puertas del elevador se lo impidieron. Su última imagen de Ana sería una chica triste y decepcionada con el rostro cruzado por surcos de lágrimas. Corrió por la escalera intentando darle alcance pero cuando Fabián alcanzó la calle Ana se marchaba en un taxi. Volvió a subir a su casa donde Tania lo esperaba envuelta en una toalla

terminando de preparar el desayuno interrumpido. Cogió su teléfono móvil y marcó el número de Ana. Ella no respondió ninguna de sus insistentes llamadas y finalmente la única respuesta que recibía era la de: “El teléfono marcado está apagado o fuera de cobertura”. Fue a buscarla a casa de Javier, pero ahí no había nadie. Se acordó de cuando hablaron por primera vez frente al Ángel Caído y también fue ahí en su busca. Preguntó a los vecinos de Javier y a los paseantes. El único que le dio noticia de ella fue el vecino de al lado. Pero lo único que le dijo era lo que ya sabía. Había llegado de madrugada a casa, salió temprano con una maleta y no había regresado. Fabián volvió abatido a su casa donde Tania lo esperaba. Pensó que había dejado escapar a una tía genial por no saber tener la polla guardada en los pantalones. Pero pronto se olvidó de Ana cuando su prima le mostró los encantos que podía disfrutar.

#### ————— Epilogo —————

Ana subió a un taxi e indicó al conductor que la llevase a un hotel. Su teléfono no dejaba de sonar insistentemente una y otra vez, el nombre de Fabián aparecía siempre en la pantalla. Y una u otra vez su respuesta era la misma rechazar la llamada hasta que finalmente apagó el aparato. Una vez en su habitación dejó la maleta a un lado y se tiró sobre la cama llorando. Se sentía traicionada por todos. Lloró hasta que el agotamiento pudo con ella y se quedó dormida.

Cuando despertó de madrugada decidió que debía hacer algo. Lo primero buscarse un apartamento y recoger todas sus cosas de casa de Javier antes que regresaran. Y lo segundo: era conseguir dinero para financiarse sin ayuda de sus padres su estancia en la ciudad hasta que terminase el curso, ya que ellos no debían saber que no estaba con sus adorables amigos. Ana tenía muy claro quién le daría el dinero, Marcos.

A primera hora de la mañana Ana salió del hotel decidida a llevar a cabo todo lo que tenía pensado. Localizó un guardamuebles y esa misma mañana una empresa de mudanzas se llevó todas sus cosas dejando la buhardilla completamente vacía. Dejó una nota dirigida a Javier junto con una memoria flash con una copia de algunas de las cosas que habían hecho. En la nota le indicaba que no debía decirle nada a sus padres sobre que se había marchado o ese material tan sensible podría caer en manos poco adecuadas.

El resto del día lo pasó visitando los apartamentos que le ofrecía la agencia inmobiliaria a la que había recurrido para acelerar el proceso. Esa misma tarde tenía apalabrado un bonito apartamento frente al Parque del Retiro.

Ya solo tenía que conseguir el dinero. Esa misma noche después de cenar en el restaurante del hotel llamó a Marcos para concertar una cita. Al principio se mostró reticente, pero cuando Ana le insinuó que sabía que estaba haciendo con la hija de su socio todo fueron facilidades y quedaron en reunirse al medio día en su despacho de la agencia.

A las doce en punto Ana entraba en la agencia y se dirigió directamente al mostrador donde se encontraba la recepcionista, que la saludó afectuosamente.

—Buenos días Ana. ¿Qué tal las vacaciones, ya habéis regresado?

—Hola Sara. Muy bien te puedes imaginar. Solo he regresado yo. Javier y su familia se han quedado unos días más yo tenía cosas que resolver y me he adelantado.

—Ya me imagino, lo que daría por poder irme unos días.

—Si tienes unos días libres llámame y me encargo de todo. Toma mi número. —Ana apunto su teléfono en una hojita de papel y se la entregó a Sara.

—Muchas gracias, te tomo la palabra. ¿Te puedo ayudar en algo?

—¿Esta Marcos?

—Si está en su despacho, esperaba una visita pero aun no ha llegado.

—Entonces voy a verlo antes de que llegue.

—¿Quieres que lo avise?

—No hace falta. Nos vemos ahora. — y Ana se encaminó hacia el despacho de Marcos.

Ana llamó a la puerta pero no esperó respuesta y entró directamente. Marcos estaba sentado tras su escritorio y a pesar de conocer la visita de la joven su rostro denotaba sorpresa. La joven avanzó decidida y se sentó frente a él. Ambos se observaban sin decir una sola palabra intentando encontrar un punto débil en su adversario. Después de unos tensos minutos de silencio Marcos se decidió a comenzar la reunión.

—Bueno, tú dirás.

—Ya veo que quieres ir directamente al grano.

—Sí, tengo cosas que hacer dejemos a un lado las formalidades.

—Está bien. Toma. — Ana dejó una memoria USB sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

—Creo que es algo que puede interesarte.

—¿Qué tiene que ver con Olga?

—Puedes ver el contenido. No tengo prisa y así sabremos de qué hablamos los dos.

Marcos cogió la memoria flash y la pincho en uno de los puertos de su

ordenador. En el monitor ante él aparecieron un serie de carpetas todas con nombre de mujer. De una manera u otro todos aquellos nombres le sonaban de algo. Pincho en una de ellas al azar y aparecieron dos subcarpetas. Fotos. Videos. Hizo doble clic sobre la de fotografías y aparecieron en la pantalla decenas de fotos de una joven en distintas situaciones embarazosas y en muchas de ellas él la acompañaba. Cuando hizo lo propio con la carpeta de videos pudo ver varios en los que la joven y él eran los protagonistas. La cara de Marcos cambio de gesto y se puso completamente blanco. Decidió probar en otra y buscó la que se llamaba OLGA. Pudo ver fotos y videos de sus encuentros con la hija de su socio.

—¿De dónde has sacado todo esto? – preguntó Marcos intentado contener su rabia.

—Eso ahora no importa. Lo que realmente importar es que hago con todo ese material.

—Voy a borrarlo ahora mismo – dijo Marcos alterado moviendo el ratón sin sentido.

—Como quieras. Tengo varias copias más listas para ser entregadas a quien corresponde.

—Eres una puta. ¿Qué quieres? – dijo visiblemente cabreado.

—Puede que sea una puta, no te lo negaré, pero te advertí que me dejaras en paz.

—Yo a ti no te he molestado.

—Es cierto. Pero has molestado a Olga y eso me cabrea mucho más. Y mira por donde resulta que he encontrado cosas muy interesantes.

—Vamos. ¿Qué coño quieres de mí?

—Es fácil. Quiero ciento cincuenta mil euros en efectivo y tu deportivo. Así me olvidaré de todo.

—¿Qué? Tú estás loca.

—Tal vez. Veo que no te interesa la oferta. – Ana se puso en pie y se dispuso a marcharse.

—Espera, siéntate. – la detuvo Marcos. – Negociemos.

—Está bien. ¿Qué ofreces? – dijo Ana volviendo a sentarse.

—Te doy diez mil, te olvidas de todo y yo no uso las fotos que tengo tuyas de la fiesta. ¿Qué dirán tus padres si las ven?

—¿Intentas chantajearme tu a mi? Marcos, por favor te creía más inteligente. Me da lo mismo lo que digan mis padres, no creo que se sorprendan por eso, saben que he hecho cosas mucho peores. Y si decides

enviarlas a mis amigos o conocidos puedes hacerlo cuando quieras, me es indiferente. Solo te digo una cosa: Estas seguro que a ti también te es indiferente que eso lo vea tu mujer, tu socio, la policía y un juez de menores. Si es así estamos perdiendo el tiempo los dos.

—No te atreverías.

—Quieres apostar algo a que en menos de 24 horas tienen una copia de todo eso y tú duermes en comisaria esta noche.

—¿Cómo puedes ser tan zorra?

—Digamos que he ido evolucionando hasta llegar aquí, gracias a tipos como tú.

—Vale. Te daré cincuenta mil y te compro un coche pequeño. – Intentó negociar Marcos.

—¿Qué tal... ciento cincuenta y tu coche?

—Setenta y cinco.

—Mira Marcos, sabes cuál es mi precio y no pienso bajar un solo céntimo. Tómalo o déjalo pero no me hagas perder el tiempo. ¿Qué?

—¿Es tu última palabra?

—Sí. Así que dame una respuesta. Lo tomas o lo dejas.

—Está bien – dijo aceptando su derrota.

—Perfecto. Mañana a la misma hora quiero el dinero y las llaves del coche con los papeles en regla. Yo traeré las copias.

—No puedo hacerlo en tan poco tiempo.

—Estoy segura de que si puedes. Mañana a las doce paso a recogerlo. Hasta mañana. – dijo Ana levantándose y salió del despacho con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Al día siguiente cuando en la radio que Marcos tenía en el despacho daban las señales horarias del medio día Ana entraba en su despacho sin llamar. La joven sorprendió a Marcos con un maletín abierto sobre la mesa.

—Espero que eso sea lo mío – dijo Ana a modo de saludo.

—Sí, es lo tuyo. Espero que tú hayas traído lo mío.

—Claro. Soy una mujer de palabra.

Marcos cerró el maletín y puso sobre él una carpeta con la documentación del coche y los juegos de llaves, para luego empujarlo suavemente hasta Ana.

—Ahí lo tienes. El coche esta abajo en el parking.

—Aquí tienes lo tuyo. – y Ana saco de su bolso cinco memorias flash que dejó sobre la mesa.

Ana cogió el maletín, la documentación y las llaves y se dispuso a salir del

despacho.

—¿No lo cuentas?

—No, no hace falta. Me fio de ti.

—Tal vez no deberías.

—Yo creo que sí. Igual que tú has de fiarte de mí.

—¿Cómo? No me has traído todas las copias.

—Sí. Esas son todas las copias. El original lo tiene un notario con las instrucciones pertinentes por si a mi casualmente me sucede algo o simplemente intentas engañarme. Solo tengo que hacer una llamada y tú serás historia.

—Pero...

—Pero nada Marcos, entre putas y cabrones hemos de fiarnos los unos de los otros. ¿No crees? Adiós.

Ana salió del despacho, bajo al parking y salió conduciendo su nuevo coche. Unos días más tarde estaba instalada en su nuevo apartamento. Esas Navidades las pasó con sus padres en Mallorca. Cuando regresó tras las vacaciones retomó sus estudios. No volvió a tener contacto con Javier y su familia a excepción de Olga con la que se encontró en algunas ocasiones en la facultad. Marcos la había dejado tranquila aunque seguía manteniendo con su padre un apasionado romance en complicidad con su madre y su hermano.

—xxx—

Algún tiempo después...

—Olga, me tienes cautivado – susurró su padre a su oído –. Vamos a mi dormitorio quiero follarte.

Cuando se levantaron de la mesa a Javier le era imposible disimular su erección, abrazo a su hija por la espalda y así fueron hasta la habitación. Entraron apresurados y se abrazaron para besarse con lujuria, mientras su ropa iba cayendo prenda a prenda a sus pies.

—Esto es una locura – dijo Olga cuando Javier la estrechó de nuevo en sus brazos.

—¿Te arrepientes de algo? – pregunto su padre mientras tomaba los pechos de su hija y acomodaba su verga entre sus muslos. – Me tienes cautivado y te deseo a todas horas. ¿Te arrepientes?

—No. No me arrepiento de nada – respondió Olga entre jadeos.

—Disfrutemos entonces.

Javier flexiono las piernas para acomodarse a la anatomía de su hija. Movía la cadera adelante y atrás de tal manera que su polla acariciaba el sexo de su

hija. Sus manos amasaban sus firmes y duras tetas. Olga en respuesta movía las caderas haciendo chochar su culito respingón con el abdomen de su progenitor. El sexo de Olga convertido en flujo empapaba a ambos.

—Si continuas así harás que me corra sin que me la metas – acertó a decir Olga entre grito y grito.

Minutos después Olga se corría con un escandaloso orgasmo. Lejos de relajarse eso hizo que el deseo de la joven se intensificara. Javier ya conocía las necesidades de su pequeña y la dejó recuperar el aliento. La acercó hasta la cómoda e hizo que se inclinase formando un ángulo de noventa grados. Olga se sujetó con fuerza al borde del mueble mientras su padre abría sus piernas.

Olga creyó que la penetraría en ese momento, estaba empapada y deseaba tenerlo dentro. Pero esos no eran los planes de su padre, se puso de rodillas tras ella y hundiendo su cara entre las piernas de su hija comenzó a lamerla. La joven no pudo contener los gritos de placer cuando la lengua de su progenitor estimuló su punto más sensible.

Los dedos de Javier acompañaron el trabajo de su lengua y si adentraron en el interior de su pequeña niña. Sus labios recorrían la limpia y suave vulva de su hija haciéndola enloquecer. Javier estimuló el clítoris de Olga justo en el momento que sus dedos se hacían con el punto de máximo placer interior. La joven agarrada con fuerza al borde de la cómoda se retorció de placer y sacudía la cabeza entre gritos y gemidos de placer. Javier alternaba magistralmente las succiones de sus labios sobre el clítoris de su hija con la penetración de sus dedos. Los músculos del sexo de Olga se contraían entorno a los dedos de su padre anunciando lo inminente. Una ola de placer se apoderó de su cuerpo mientras se corría por segunda vez. Su sexo se había licuado y empapaba la cara de su padre.

—Eres exquisita, un manjar de dioses. – dijo Javier mientras continuaba lamiéndola.

—Lo sé – respondió Olga con un punto de inmodestia. – Ahora fóllame.

Javier se puso en pie y separando los cachetes de su pequeña acomodó su capullo en la entrada de su sexo. Olga se estremeció al sentir la polla de su padre a las puertas de su cueva del placer. Cuando el hombre adelanto su cadera su miembro se abrió paso en el interior de su hija. Javier la penetraba con fuerza enterrándola en cada embestida completamente en el cuerpo de la joven. Arrancándole con cada nueva penetración un grito de placer.

—¡Más fuerte papá, fóllame más fuerte! – exigió Olga.

Su padre no respondió tan solo incremento el ritmo y la fuerza de sus

embestidas. Los pies de Olga se elevaban del suelo con cada envite y ella se aferraba a la cómoda con fuerza para no perder el equilibrio. Su reflejo en el espejo mostraba una Olga desencajada por el placer y un Javier concentrado en darle todo a su hija sujeto a su cintura.

El placer de nuevo se apoderó del cuerpo de Olga y un orgasmo que se repetía una y otra vez avanzaba imparable por todos y cada uno de los rincones de su cuerpo. Su coño fluía en cataratas que corrían por las piernas de ambos, mientras Javier seguía penetrándola sin parar. La joven gritaba, gemina y se retorció de gusto. Su padre en un último esfuerzo aceleró sus embestidas hasta inundar las entrañas de Olga con su simiente. Esta estaba aun en el séptimo cielo del orgasmo cuando alguien la interrumpió.

—¡Javier! ¿Qué coño haces? – gritó Marta desde la puerta del dormitorio.

El hombre no respondió a su esposa. Se limitó a salir del cuerpo de su hija y a relajarse del esfuerzo realizado. Olga se incorporó jadeando y se aproximó a su madre mientras el semen de su padre mezclado con sus jugos resbalaba por sus muslos.

—No pasa nada. Solo lo pasamos bien. Vamos únete a nosotros – dijo Olga con un tono suave y cautivador.

Olga avanzaba hacia su madre de manera sensual mientras su mano se empapaba en el coctel que manaba entre sus piernas. Javier las observaba en la distancia cuando su hija le tendió la mojada mano a su mujer.

—Pruébalo y dime que no lo deseas.

Marta lamió la mano y los dedos de su hija. Al principio tímidamente y luego con glotonería mientras miraba a su marido y este le sonría aliviado. Olga levantó su pierna y la apoyó en la cama de sus padres haciendo que su sexo se abriese.

—Es todo tuyo, mamá – susurro la joven.

Su madre se puso de rodillas y metiendo la cara entre sus piernas comenzó a limpiar a lengüetazos el flujo de su hija y el semen de su marido. Olga se dejó llevar de nuevo por el placer que su madre le proporcionaba. La lengua de Marta se movía ágil entre los pliegues de su hija. Olga aun muy sensible por el orgasmo anterior soltó la cabeza de su madre y gimió cuando la lengua de esta jugó con su clítoris. Marta estaba excitada y llevó sus al sexo de su hija.

Javier abrazó a su hija por la espalda. Él dudaba estando su mujer ahí, pero cuando sus miradas se cruzaron por un instante supo que tenía su aprobación. Entonces acopló su verga entre los glúteos de su hija y sus manos apresaron sus pechos.

—Te deseo —dijo Javier al oído de su hija.

Marta penetraba a su hija con sus dedos con un continuo y excitante ritmo de entrada y salida, mientras sus labios succionaban con fuerza el sensible y delicado botón rosa de Olga.

—¡Mmmm! Enséñame que sabes hacer con tu boquita mama — dijo Olga extasiada.

Olga tuvo claro que su madre era una experta y que no era su primera vez con una mujer. Sus dedos se movían dentro de ella de una manera magistral. Sabía tocar los puntos exactos que la hacían disfrutar y sus labios acompañan la labor de forma única. Mientras, Javier movía su polla entre sus nalgas como si la estuviese penetrando. Las personas que un día se unieron para concebirla ahora se afanaban en darle placer.

Cuando las piernas de Olga no fueron capaces de sostenerla su padre la sujetó con fuerza. Ella tomo la cabeza de su madre y la acercó aun más a ella para que no dejara de darle placer. Volvió la cara hacia Javier y este la besó en la boca ahogando el grito de su orgasmo.

Javier liberó a su hija de entre sus brazos y esta cayó de rodillas junto a su madre. Olga la abrazó y la beso con ansia en la boca. La joven tomó a su padre de la mano e hizo que se pusiese frente a ellas. No hizo falta nada más. Marta cogió la polla de su marido y se la metió en la boca. La madre de Olga era buena en las técnicas orales de eso no había duda. Estaba haciendo un gran trabajo en la mamada a su padre. Se tragaba la verga por completo con lujuria y succionaba con fuerza mientras estimulaba sus huevos con su mano.

Olga colocándose tras su madre la abrazó y la besó en el cuello. Buscó la cremallera de su vestido y cuando esta bajó hasta su tope este cayó hasta sus corvas donde estaba arrodillada. Luego bajó el tanga y le dio un azote.

—¿Qué hacéis? — interrogó una voz desde la puerta.

Cuando la joven giró la cabeza su hermano Carlos los observaba.

—¿Qué haces ahí? — inquirió Olga.

—Eh... — Carlos no supo que decir.

Aquello era extraño pero a partir de ese momento había una nueva relación familiar. Se acostaba con su padre y su madre acaba de comerle el coño como nunca lo habían hecho. Por la mirada que su hermano y su Marta intercambiaron podía adivinar que había más que la relación filial. Sería mejor que todos estuviesen en ello, pensó Olga. Luego se puso en pie y se acercó a su hermano.

—Venga Carlos únete a nosotros — dijo seductora.

Carlos se tensó cuando su hermana lo abrazó completamente desnuda delante de sus padres que se encontraban en la misma situación. Se relajó cuando vio que nadie decía nada y pasó a la acción. Besó la boca de su hermana con pasión y agarró su culo para apretar sus cuerpos uno contra otro. Olga pudo sentir la dura polla de su hermano en su vientre.

—Vamos quítate la ropa – lo apremió Olga mientras acaricia el bulto de su entrepierna sobre el pantalón.

Mientras Carlos se quitaba el pantalón y su hermano no se perdía detalle este le hizo un gesto con la cabeza para que mirase a sus padres. Javier se había recostado en la cama y Marta se disponía a ponerse a horcajadas para follarlo.

—¿Te has follado a Carlos? – preguntó Javier a su mujer.

—Sí, y puedes estar orgulloso de él porque esta a tu altura – respondió Marta. Luego gritó cuando al dejarse caer sobre el erecto miembro de su marido este la llenó completamente. Marta recobró el aliento y comenzó a mover sus caderas.

Carlos ya desnudo junto a su hermana mostraba una potente erección. Ambos hermanos se abrazaron y volvieron a besarse. El joven acopló su miembro entre los muslos de su hermana mientras sus manos amasaban otra vez sus posaderas. Olga elevó su pierna para rodear a la cintura de su hermano dejando su húmedo sexo a su entera disposición. Carlos metiendo su mano desde atrás acarició el sexo de su hermana, haciéndola gemir cuando su dedo abrió sus sensibles labios.

Mientras sus padres disfrutaban en la cama. Marta cabalgaba sobre su marido y sus tetas bailaban al ritmo de sus saltos. Javier sujetaba a su mujer por la cintura para acompañar sus movimientos con las investidas de su cintura.

—Si quieres follarme vamos al baño. Tengo el coño inundado de leche de papá – indicó Olga.

—¿Estás segura? – susurró Carlos.

—Claro. Vamos.

Olga cogió de la mano a su hermano y entraron en el baño del dormitorio de sus padres. Ella se sentó en el inodoro y frente a su hermano vació su vejiga sin pudor. La joven sentía como la simiente de su padre resbalaba de su sexo.

—Tú no meas – le dijo Olga a su hermano cuando se incorporo.

Carlos se colocó en posición y tomó entre sus dedos su polla semierecta y apuntó. El dorado líquido manó y Olga lo miraba recordando la primera vez

que vio a un hombre hacer eso y en lo que derivó. Recordó como su padre entró en el baño mientras ella se duchaba y meo frente a ella sin ningún reparo. Luego todo fue surgiendo. Los gritos que llegaban desde el dormitorio anunciaban que Marta estaba en pleno éxtasis. Los hermanos se miraron y sonrieron como cuando eran niños y estaban a punto de hacer una travesura.

Olga entró en la ducha y abrió el mando de la ducha manual, subió una de sus piernas y enfocó el chorro de agua en vértice de ellas. Con la mano libre abría su sexo para que el agua penetrase en él y quedar lo más fresca posible para su hermano.

—Entra conmigo – invitó Olga a Carlos.

Carlos no se hizo de rogar y entró en la ducha junto a su hermana. Olga lo besó en los labios, estaba excitada y las emociones de las últimas horas habían sido intensas. Carlos alargó la mano y acarició el sexo de su hermana. Ella le dio el bote de gel y este lavó con entusiasmo la concha de Olga. Ella gemía al sentir sus dedos recorriendo su rajita una y otra vez. Olga puso gel en sus manos y enjabonó a conciencia el erecto miembro de su hermano, mientras el agua seguía cayendo sobre sus cuerpos desnudos. Cuando Olga dio por buena la limpieza de sus cuerpos aclaró el jabón de ambos y cerró el agua. Se puso de rodillas frente a Carlos tomó la dura herramienta de este en su mano y mirándolo a los ojos le dijo.

—Voy a hacerte una mamada pero no quiero que te corras en mi boca, tengo otros planes para ti.

Olga comenzó a masturbarlo y cuando sus labios envolvieron el capullo de su hermano este no pudo contener un gemido de placer. Con más de la mitad de la verga de Carlos en su boca los labios de la joven la estrechaban con fuerza mientras su lengua hacia infinitos círculos entorno a su inflamado capullo. Carlos jadeaba sin cesar mientras se sacudía follando la boca de su hermana. Olga jugaba con los huevos de su hermano al tiempo que él se la metía hasta la campanilla. Sus tetas danzaban al son que imponían las embestidas de Carlos, mientras ambos buscaban la mirada del otro. Olga se separó de su hermano sacándose la polla de la boca para lamerla en toda su longitud. Después metió las bolas de Carlos en su boca y las devoró con ganas.

—Te toca hermanito. Pórtate como el hombre que se que eres. No me defraudes.

Y dicho eso, Olga se puso en pie. Luego doblo su cintura formando un ángulo recto, separó sus piernas y apoyo con firmeza sus manos en la grifería. Momentos antes su padre la había follado en esa posición y ahora era el turno

de su hermano. Carlos se colocó tras ella y recorrió su culo con sus manos. La estaba acariciando con deseo y lujuria. Olga espera la embestida de su hermano pero esta no llegó. Carlos se arrodilló y metiendo la cabeza entre sus piernas insufló su cálido aliento en la humedad de su concha. Eso hizo que el cuerpo de Olga fuese recorrido por un escalofrío de placer. Carlos lamía con devoción todos y cada uno de los pliegues de la intimidad de su hermana. Su lengua hacía círculos en los lugares más sensibles para luego penetrarla con ella y se deleitaba degustando los jugos que destilaba el cuerpo de su hermana. Finalmente se centró en el clítoris de Olga succionándolo con fuerza y alternar una serie de movimientos. Primero succionaba al tiempo que tomaba aire, después con leve movimiento de cabeza su nariz penetraba la intimidad de su hermana dejando ahí su aliento para después volver a comenzar. Olga gritaba con cada nuevo halito de su hermano y su sexo era un manantial del que no dejaban de manar sus placenteros jugos.

—¡Carlos fóllame ya! – ordenó Olga con un grito totalmente indiferente a la presencia de sus padres en la habitación contigua.

Su hermano no se hizo esperar y una vez incorporado la tomó por las caderas. Carlos la penetró despacio para que saborease todos y cada uno de los centímetros de su hombría. Olga se derretía y desesperaba con el lento avance que ya le adelantaba las primeras notas del orgasmo. Cuando estuvo totalmente empalada en la polla de su hermano esta se dilato en su interior haciéndola gritar de gusto. La joven no contuvo el movimiento de sus caderas buscando el placer de la penetración que le estaba negando. Carlos comenzó a bombear atendiendo las señales de su hermana. Entraba y salía de ella con fuerza haciéndola gritar con cada una de sus estocadas. No pudiendo contenerse un segundo más, el cuerpo de Olga fue poseído por un húmedo y prolongado orgasmo.

Marta y Javier observaban a sus hijos follar dentro de su ducha. Carlos seguía penetrando sin parar a su hermana haciendo que su orgasmo no tuviese fin. Javier se colocó entre los brazos de su Olga dejando a la altura de sus labios su erección, mientras los cuerpos de sus hijos seguían chocando nalga contra abdomen en un baile sin final. Olga con semejante herramienta frente a sus ojos no lo dudó un segundo y abrió su boca.

Las embestidas de Carlos, en el coño de su hermana, hacían que esta se tragara la polla de su padre hasta que su nariz chocaba con su pubis y su capullo impactaba en su campanilla ahogándola. Javier la sujetó de los hombros para no asfixiarla en cada golpe de cintura de su propio hijo. Así

Olga pudo degustar de nuevo el miembro de su padre. El coctel de semen y jugos de sus progenitores la embriagó aun más en el deseo. Un deseo que su padre y hermano se afanaban por saciar. Mientras uno follaba su boca sin control, el otro continuaba haciendo lo mismo chapoteando en su coño.

Marta no quiso ser ajena al disfrute familiar. Cuando vio los pechos de su hija moviéndose en un desordenado vaivén no pudo resistirse. Se posicionó bajo Olga y tomó sus voluptuosas tetas en sus manos. Las amasaba sintiendo su suave firmeza al tiempo que sus labios, dientes y lengua se ocupaban de la erección de sus sensibles pezones. Javier y Carlos sincronizaron sus movimientos y entraban y salían del cuerpo de Olga a un tiempo, mientras Marta se afanaba en mamar de su propia hija. El placer que Olga sentía era tal que los orgasmos se encadenaban uno tras otro sin cesar. Carlos no pudo contenerse al sentir las convulsiones orgásmicas de su hermana y se corrió gritando mientras le inundaba con su leche las entrañas. Javier viendo el placer de sus vástagos no contuvo el suyo depositando su semilla en la garganta de Olga. Esta la tomó con gusto procurando no dejar escapar una sola gota de tanpreciado manjar.

Cuando padre e hijo abandonaron el cuerpo de Olga dejándola vacía, su cuerpo desmadejado cayó sobre el de su madre que la recogió en sus brazos. Marta acunó a su hija en sus brazos mientras la besaba con pasión para saborear la leche de su esposo. Olga correspondió al beso de su madre con la misma pasión.

Olga fue extendiendo su cuerpo sobre el de su madre. De sus entrañas escurría la leche de su hermano y en su boca aún había restos de la de su padre. Cuando madre e hija acoplaron sus cuerpos ambas movían en círculos sus caderas para que sus sexos rozando y frotándose uno contra otro encontrasen el mayor placer. Al mismo tiempo la dureza de sus pechos se clavaba en la contraria para acentuar la sensación de bienestar.

Javier no quiso desaprovechar la ocasión y se sentó de forma que las cabezas de su mujer e hija quedaron entre sus piernas. Ambas mujeres no lo dejaron pasar por alto y estimularon adecuadamente el miembro de su padre y esposo con sus bocas. Carlos no queriendo ser ajeno al nuevo juego recorría con sus manos los cuerpos de Marta y Olga al tiempo que enterraba su ya dura vergas entre las nalgas de ambas.

Madre e hija se disputaban el miembro del cabeza de familia. Cuando Marta mamaba con ansia la polla de su marido, Olga se ocupaba de estimular adecuadamente con su boca los huevos de su padre para luego intercambiarse.

Las dos mujeres hacían esto sin dejar de mover sus caderas para que sus sexos nadasen en sus respectivos flujos y en la simiente de los hombres de la familia que habían depositado en sus entrañas. Madre e hija imitando la penetración masculina hacían chocar sus cuerpos hasta alcanzar el clímax. A pesar de sus respectivos orgasmos no dejaron desatendida la verga de Javier que ante semejante espectáculo no se contuvo y cubrió de blanco los rostros de sus mujeres. Carlos también incontenible ante la imagen que se tenía ante él descargó su leche en la zanja de las nalgas de su madre.

El amasijo de cuerpos y extremidades comenzó a deshacerse cuando Javier sugirió que era el momento de ducharse y regresar al dormitorio donde estarían más cómodos. Todos se pusieron en pie. Madre e hija frente a frente, con los ojos cerrados, se abrazaron mientras padre e hijo enjabonaban sus cuerpos. Olga y Marta unieron sus labios mientras cuatro manos recorrían sus cuerpos y unas vergas sin nombre buscaban un lugar entre sus muslos. La tibieza del agua de la ducha cayó sobre los cuatro cuerpos cuando Javier la conectó para que la espuma escurriese de sus cuerpos.

Poco a poco se fueron separando pero la excitación seguía habitando en sus cuerpos. Fueron saliendo de la ducha y secando sus cuerpos con las toallas y albornoces que entraron. Luego fueron saliendo hacia el dormitorio sin pudor a sus cuerpos desnudos para ocupar un puesto en la amplia cama de matrimonio. Padres e hijos reían y jugaban como cuando los chicos eran pequeños e invadían su cama los domingos. Las únicas diferencias eran que habían pasado quince años, los niños eran ya un hombre y una mujer, todos estaban desnudos y las risas se debían a juegos mucho menos inocentes.

—xxx—

Unos meses más tarde...

Aquella tarde de principios de julio cuando Javier entro en el jardín de su casa encontró un espectáculo maravilloso, tres bellas mujeres tomando el sol en topless. Ya estaba más que acostumbrado a encontrarse a su mujer y a su hija de ese modo, de hecho en algunas ocasiones incluso las había encontrado completamente desnudas. Pero esa tarde madre e hija querían guardar mínimamente las apariencias ante su invitada. Clara la novia de Carlos estaba pasando la tarde con ellas.

—Buenas tardes – saludo Javier.

—Hola – respondieron Olga y Marta sin inmutarse.

—Buenas – dijo Clara al tiempo que se cubría el pecho con su antebrazo y se ponía visiblemente colorada.

—¿Dónde está Carlos? – se interesó su padre.

—Ha salido pero no ha dicho donde – respondió su madre.

—Parece que estáis muy bien aquí y yo vengo asfixiado. Voy a cambiarme y os acompaño después de darme un chapuzón – informó Javier y se dispuso a entrar en la casa.

—Yo creo que será mejor que me marche ya a casa – dijo Clara.

—Quédate, Carlos seguro que vuelve pronto y así cenas con nosotros – propuso Olga.

—Claro quédate – animo Marta.

—Gracias pero tengo que marcharme. Es el cumpleaños de mi abuela y cenamos todos en su casa – se excusó Clara.

—Como quieras – le dijo Marta para luego gritar — ¡Javier!

—¿Si? – respondió Javier asomando se nuevo al jardín.

—Espera, no te cambies y lleva a Clara a su casa. Tiene que irse – pidió Marta a su marido.

—No hace falta, no quiero molestar – añadió Clara.

—No es molestia. Además Javier estará encantado de llevarte – le dijo Marta.

—Marta, de verdad, no hace falta molestar a Javier. Puedo ir sola – insistía Clara.

—Clara no seas cabezota. Te lleva Javier y no se hable más – sentencio Marta en tono de madre autoritaria.

—En ese caso voy a cambiarme – respondió Clara sumisa.

Clara cogió la parte superior de su bikini que descansaba en la hierba junto a la hamaca sin retirar el brazo que cubría su pecho. Luego entró en la casa mientras Javier se sentaba en el porche a esperarla. La joven al pasar junto al hombre de forma inconsciente dirigió su mirada a sus pantalones que parecían abultados en el sitio más obvio. Eso quería decir que lo más probable es que ahí abajo estuviese su impresionante erección. La joven fue directa al baño que compartían los hermanos y ahí se despojó de la braguita del bikini para darse una ducha.

Cuando terminó, frente al espejo, la joven Clara observó la imagen de su cuerpo desnudo. Se sentía a gusto con ella misma y con su precioso cuerpo. El último año le había sentado muy bien. Con sus dieciocho años recién cumplidos había concluido su transformación y sus formas de mujer lucían en todo su esplendor. Tenía unos preciosos pechos, altos y firmes, coronados por unos erectos pezones en el centro de sus rosadas aureolas. Acarició la

erección de sus pezones, provocada el agua fría de la ducha, con las palmas de sus manos. Ese leve contacto provocó un calambre que terminó en su entrepierna. Retiró inmediatamente la mano, no quería entretenerse, la estaban esperando. Continuó deleitándose con su cuerpo. Su culito firme y duro era casi perfecto. Acaricio con ambas manos sus glúteos y un nuevo calambre se prolongo al vértice de sus piernas. Retiró de nuevo las manos y guiándose un ojo ante el espejo termino de secarse.

Una vez en el coche sentada junto a Javier, Clara, se dio cuenta que la habían empujado de nuevo a estar a solas con él, después de mucho tiempo. Sabía que no podría resistirse si él le hacía alguna insinuación. Seguía enamorada de Javier, aunque había sido ella la que decidió dar por terminada la relación después de unos meses apasionados. No estaba bien acostarse con el padre de su novio.

Subiendo por La Castellana la mano de Javier se posó sobre la rodilla desnuda de la joven después de un cambio de marcha. Antes de que Clara se diese cuenta los dedos del hombre ya se aventuraban bajo su corta falda, recorriendo la cara interna de sus muslos.

—Javier, no. Estate quieto, por favor – advirtió Clara apartándole la mano.

—Estaba deseando hacer esto desde que he entrado en el jardín – respondió con deseo.

—Creo que te dejé claro la última vez que habíamos terminado. Te quiero Javier pero no podemos seguir con esto. No está bien lo que le estamos haciendo a Carlos y Marta. Además imagina que mi padre se enterase. No podemos volver a hacerlo.

—Pensé que te referías a que tenías miedo a que enterasen de nuestra relación. Y eso es una tontería sabes de sobra que tomamos todas la precauciones posibles – respondió Javier.

Y la mano del hombre volvió a perderse bajo la falda de la joven. Clara, tomándolo de la muñeca intento apartar la mano de su entrepierna. Pero no lo logró Javier era mucho más fuerte.

—Mira, estás empapada – exclamó sonriente.

Los dedos de Javier acariciaban la suave tela de la braguita que cubría la vulva de Clara, y ella dejó de oponer resistencia. No podía resistirse a sus caricias, nadie la tocaba como él. No pudo resistirse ni la primera vez, cuando casi la hace correrse con simple roce de sus dedos. Cuando debería haberle dado una bofetada y contárselo a su padre. Lo que hizo fue aferrarse a su cuello, besarlo y guardar el secreto.

Clara está enamorada de Carlos, de eso no tiene la menor duda. Carlos es el chico ideal, es cariñoso, atento y casi siempre puede contar con él. Además lo pasa genial con él en la cama, desde que empezaron a acostarse hace unos meses, nunca imagino que sin tener experiencia sería tan buen amante. Pero... no era Javier. Estar con Javier era distinto a todo. Si Clara fuese un chico diría que Carlos es jugar en primera división, pero con Javier era jugar la Champions. Además con Javier tenía un acicate que nunca tendría con Carlos, el placer de lo prohibido.

Javier intentó quitarle la braguita a la joven llevando su mano hasta su cintura. Era complicado con el coche en marcha si ella no ayudaba.

—¡Javier, para! – gritó asustada cuando el coche dio un bandazo.

—Quítatelas – ordenó Javier con dulzura.

La joven sabía que no debía hacerlo, pero lo estaba deseando y no podía resistirse. Levantó el culito del asiento, subió su falda lo suficiente para bajar sus braguitas y dejarlas a la altura de sus tobillos. Luego adelantó sus caderas y abrió las piernas, para permitirle a Javier libre acceso al objeto de su deseo. Y los dedos del hombre no se hicieron esperar yendo directamente al rosado botón del placer.

Clara con los ojos cerrados disfrutaba de las caricias y el placer que Javier le daba. No se percató que ya no iban a su casa y se dirigían a las afueras de la ciudad hasta que Javier retiró la mano y abrió los ojos. La había dejado al borde del clímax anhelante de obtener su recompensa. Pero ella sabía perfectamente cómo obtenerla y que esperaba Javier de ella.

Las manos de la joven fueron directamente a la bragueta del conductor. Sus pequeños y hábiles dedos bajaron la cremallera, para que su mano se perdiese en su interior en busca de la dura carne. Extrajo de su escondite el poderoso miembro y tomándolo con su mano comenzó a recorrerlo arriba y abajo. Clara se inclinó sobre Javier y abriendo sus lindos labios tragó la mayor longitud de miembro que pudo. Su cabeza subía y bajaba acompañando los movimientos con su mano. De vez en cuando detenía sus movimientos para pirarlo y así circunvalar con su lengua en hinchado glande del hombre, durante unos segundos, antes de volver a comerle la polla. Clara se incorporó de nuevo cuando notó que el coche se había detenido y no escuchaba el ronroneo del motor.

Estaban en un parking que a Clara le resultaba familiar y en cuanto ambos bajaron del coche lo reconoció al instante. Era el aparcamiento subterráneo del hotelito donde daban rienda suelta a sus instintos durante sus encuentros.

Un hotel apartado y discreto frecuentado por parejas como ellos. Camino al ascensor la joven colocó su falda, oculto en su pucho las braguitas mientras con la otra mano se limpiaba los labios y Javier volvía a acomodar su erección dentro de sus pantalones.

Como siempre una vez en el hall del hotel ella esperó junto a los ascensores mientras Javier se acercaba a recepción. Ya no hacían falta palabras y el recepcionista sabía que debía darle. Subieron juntos en el ascensor y caminaron de la misma forma hasta su habitación habitual. Nada en sus gestos y comportamiento presagiaba lo que ocurriría al cruzar la puerta, aunque ella lo sabía perfectamente.

Ya en la habitación las manos de Javier tomaron los bordes de la camiseta de la joven y la subieron hasta su cuello. Luego una de sus manos se perdió nuevamente fajo la corta falda retomando las caricias iniciadas en el coche, mientras la otra mano y su boca se ocupaban de sus ya más que duros y sensibles pezones.

El puño de Clara se abrió dejando caer las arrugas bragas. Desabrochó su falda y esta cayó a sus pies acompañando a la otra prenda. En el momento que Javier se apartó de ella para comenzar a desabotonar su camisa aprovechó para también quitarse la camiseta. Ahí estaba, de nuevo, desnuda ante él aunque se había jurado que eso no se repetiría. Clara le sonrió con picardía, mientras él se deshacía de su cinturón, y se subió a la cama poniéndose en cuatro sobre ella. Apoyada en rodillas y codos volvió a mirarlo, a él le encantaba verla así y como siempre lo notó en el brillo de sus ojos al poderla contemplar expuesta para él.

Javier paseó su capullo por la húmeda entrada de aquella cálida cueva que tan bien conocía para hacerse desear. Finalmente, después de unos segundos que a Clara se le hicieron interminables, sintió como aquel puñal se introducía en su vaina sin dificultad. Javier de pie tras ella la embestía con fuerza una y otra vez hundiendo su miembro en lo más oscuro y profundo del cuerpo de la joven.

La respiración acelerada se transformó en jadeos y los jadeos en gritos conforme el ritmo de las penetraciones se incrementaba. Clara ya conocía las reacciones de Javier y lo que ellas implicaban. Su polla palpitaba en su interior tras cada embestida, lo que significaba que estaba próximo el punto en el que no había vuelta atrás. La joven se rebulló de su amante hasta lograr tumbarse de espaldas, con las piernas abiertas para mirarlo fijamente. Javier la cogió de las pantorrillas y tiró de ella para acercarla a él. La tomó de la

cintura y la elevó hasta que pudo penetrarla nuevamente. Clara descansó las piernas en los hombros de su amante que la follaba con dureza, mientras ella atendía con sus manos su inflamado clítoris y sus sensibles pezones.

Todo estaba a punto para la gran explosión. Las entrañas de la joven comenzaron a contraerse con fuerza aprisionando la polla de Javier en su interior. Sus empujones, más cortos, pero fuertes y profundos hicieron que la brutal reacción se desencadenara recorriendo todos y cada unos de los rincones de su anatomía. Mientras, Javier la inundaba con su leche mordiendo su labio inferior para hacer más prolongado su placer.

Ambos se derrumbaron sobre la cama como si los hubiesen dejado sin esqueleto que los sostuviese. Mientras ambos se recuperaban Javier besaba el cuello de su joven amante que buscaba refugio entre sus brazos.

Pero en esa ocasión no tenían tiempo para más arrumacos. Javier se levantó y comenzó a vestirse. Era tarde y a Clara la esperaban en casa. La apremió para que se vistiese pero no la dejó que se pusiese las bragas. Las acercó a su nariz, aspiró su aroma y las guardó en el bolsillo de su pantalón antes de salir de la habitación.

De camino a casa de Clara ambos miraban al frente en silencio. Siempre era así. Ella se sentía culpable por no resistirse a los encantos de Javier y se juraba que no volvería a caer. Pero sabía que el fondo deseaba que se produjese otra oportunidad en la que poder entregarse de nuevo a él.

El coche se detuvo frente a la casa. Clara se disponía a abrir la puerta y despedirse pero Javier se adelantó con una petición.

—Mastúrbate para mí antes de irte. Quiero ver como lo haces.

—Ni lo sueñes. ¿Qué pasa si sale alguien de casa y me ve? Adiós Javier.

Clara se dispuso de nuevo a salir del coche pero Javier se adelanto bloqueando con el seguro todas las puertas.

—Clara... hazlo por favor. Tócate para mí – le pidió de nuevo en un irresistible susurro y con una mirada a la que no se pudo negar.

De nuevo había caído en su red. Clara subió su falda y llevó sus manos a su vulva, iniciando unas lentas caricias. En ese momento supo que tenía que llegar hasta el final. Los dedos de una de sus manos frotaban con fuerza su clítoris en una interminable sucesión de círculos, mientras su otra mano se entretenía estimulando los hinchados labios de su sexo. Clara jadeaba sin parar con los ojos cerrados sabiendo que Javier tenía clavados sus ojos en ella y en cada uno de sus gestos y reacciones. Su placer aumentaba exponencialmente anunciándole que estaba cerca su recompensa. Javier, en ese

instante, metió dos de sus dedos en su vagina. Ella abrió los ojos y miró al exterior. Le daba igual estar frente a la puerta de su casa, estaba a punto y junto a Javier el pudor y la razón no tenían sentido. Los dedos de su amante se movían en su interior con maestría y no dejaron de hacerlo aunque otra vez esa tarde un intenso y prolongado orgasmo recorrió su cuerpo.

Javier sacó sus dedos al tiempo que desbloqueaba las puertas. Lamió la esencia de Clara empapaba su mano y luego la besó en la mejilla. Ella abrió la puerta, bajo del coche con las piernas aun temblorosas y que a duras penas sostenían el peso de su pequeño cuerpos. Cerró la puerta y el cristal descendió.

—Adiós Clara – le dijo Javier.

El coche arrancó antes de que ella tuviese tiempo a responder. Clara entró en casa en silencio. De nuevo culpable por no resistirse a los encantos de Javier y jurándose no volver a caer en ellos. Pero, como siempre, consciente que a la menor oportunidad nuevamente se entregaría a él.

Javier también volvía a casa en silencio, también se sentía culpable por lo que hacía con la hija de su socio. Pero no por él. Él se merecía que se follase a su hija y seguro que cosas peores que no se atrevía a hacer. Se sentía culpable por engañar a su hijo, pero era el precio que debía pagar por vengarse del cabrón de su socio.

————FIN————

Quiero agradecerlos a todos el seguimiento que habéis hecho de esta serie de relatos. Gracias a ello, a vuestros comentarios, correos, consejos y sugerencias ha sido posible.

Siento si algunos de vuestros correos han quedado sin responder pero el tiempo es limitado. Quiero que sepáis que todos y cada uno de ellos los he leído y tenido en cuenta.

Muchas gracias a todos. Besos apasionados.

Dark.